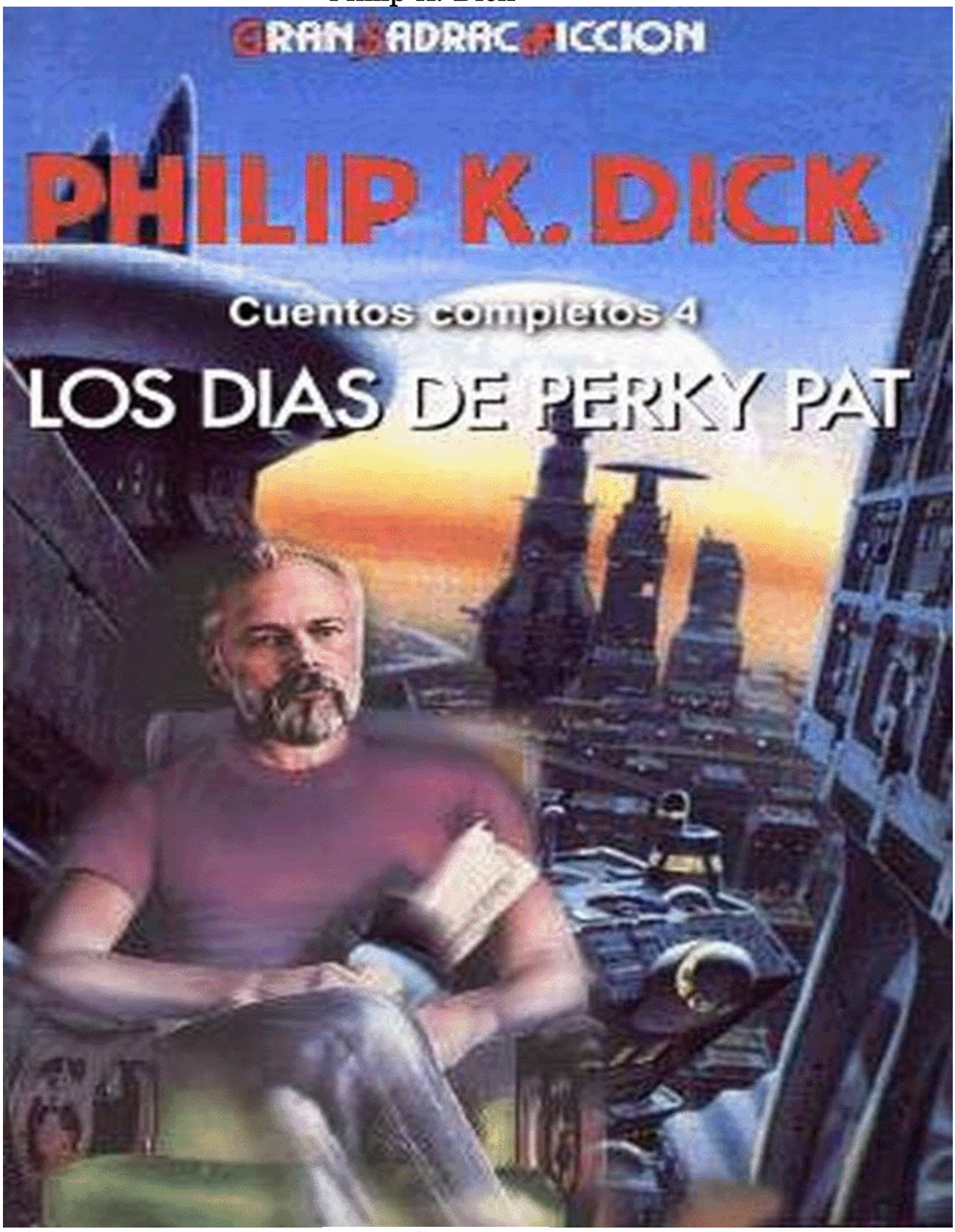
CUENTOS COMPLETOS 4 - LOS DÍAS DE PERKY PAT

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

NOTA DEL EDITOR DIGITAL

Los cinco tomos que constituyen los «Cuentos completos» de Philip K. Dick fueron publicados por primera vez en Estados Unidos en 1987, cinco años después de la muerte de su autor. Aunque agruparon la totalidad de relatos cortos, se omitieron algunos cuentos largos —o novelas cortas— que posteriormente fueron empleados como «soporte» para la producción de sendas novelas, técnica a la que el escritor recurrió en varias ocasiones. El lanzamiento de los «Cuentos completos» fue un rotundo éxito, habiéndose conocido hasta la fecha al menos tres reediciones en idioma inglés.

Al año siguiente, la editorial Martínez Roca compró los derechos para editar estos escritos en lengua española, y así ven la luz los primeros tres volúmenes: «Aquí yace el wub» (1989), «La segunda variedad» (1991) y «El padre-cosa» (1992). Pero los anhelados volúmenes cuarto y quinto, previstos para 1993 y 1994 respectivamente, jamás fueron publicados. Pero fue entonces cuando la casa editora atravesó dificultades económicas que derivaron en su desaparición. Así, los numerosos lectores de Dick se vieron impedidos de «deleitarse» con el resto de sus relatos. Inexplicablemente, ninguna otra editorial tomó la posta dejada por Martínez Roca. Y puntualizo «inexplicablemente» porque, a juicio personal, considero que sería un verdadero éxito de ventas, al igual que la traducción y publicación de las trece novelas que siguen inéditas en nuestro idioma, más aún en un momento en que la obra de Dick cada vez es más leída y valorizada, al tiempo que es motivo de estudios, tesis y monografías.

Esta situación no se modificó; así transcurrieron diez años, hasta que un impaciente grupo de amantes de la obra de Dick decidió intentar llevar a cabo la edición (en formato digital) de los dos volúmenes faltantes.

La palabra que sintetiza esta obra es «cooperación». Apenas la idea fue propuesta en Internet, innumerables seguidores de Dick se ofrecieron para colaborar en el proyecto. El primer paso fue digitalizar los cuentos publicados en español en diferentes antologías; luego se dispuso de los tomos faltantes digitalizados en inglés: varios traductores comenzaron a volcarlos a nuestro idioma —esta edición digital tiene el privilegio de ofrecer ocho relatos del maestro, inéditos en habla hispana—; después fue el turno de los correctores de estilo, y hasta de los diseñadores que crearon las portadas, quienes se valieron de imágenes de publicaciones americanas, con las que lograron un montaje similar a las ediciones nonatas de Martínez Roca.

Este trabajo sólo fue posible por estos esfuerzos desinteresados. Aunque más bien debería decir «interesados»: interesados en dar a conocer la obra de Dick, en que ésta pueda ser disfrutada por todos, esperando a cambio a lo sumo un «gracias». Ese agradecimiento debemos dárselo a los traductores, digitalizadores y revisores que intervinieron en el proyecto, cuyos nombres figuran al pie de esta obra. A ellos, nuestra eterna gratitud.

Sadrac, Buenos Aires, Abril de 2003.

INTRODUCCIÓN: ¿CÓMO SABER QUE SE ESTÁ LEYENDO A PHILIP K. DICK?

Pienso, primero y principalmente, que por su singularidad. Singular, Dick lo fue y lo sigue siendo. Creo que fue esa circunstancia la que me mantuvo rastrillando los catálogos de CF para conseguir más obras suyas, esperando por cada nuevo libro que saliera. Uno escucha que se dice, acerca de Dick, que «simplemente no piensa como el resto de la gente». Y es cierto. En las historias, no puedes decir qué va a suceder después.

Y, sin embargo, sus personajes son aparentemente diseñados para ser gente común, excepto por su ocasional mujer psicótica vociferante, que es una de las especialidades de Dick, y que es siempre tratada con amor. Ellos son gente común atrapada en situaciones salvajemente bizarras: estar a cargo de la fuerza de la policía con la ayuda de los murmullos de idiotas precognitivos; enfrentando a una fabrica autoduplicadora que domina al mundo, etc. Ciertamente, uno de los factores de su singularidad es el cuidado que toma Dick para situar a sus personajes en el mundo de la realidad, un aspecto ignorado por otros escritores.

¿En cuántas otras historias de ciencia ficción conoces el medio de vida del héroe cuando no está atrapado en el argumento en particular? Oh, él puede ser un miembro de una tripulación espacial, o, vagamente, un científico. O un joven *Werther*. Con Dick, te introduces en los *negocios* del héroe desde la página uno. Esto no es literalmente cierto en los cuentos cortos que contiene este volumen (he ido hacia atrás y lo he chequeado), pero la impresión de la omnipresencia de la suciedad de los *negocios* se encuentra en todas partes, especialmente en sus novelas. El héroe en su antiguo negocio, por así decir; cuando una nueva maravilla asoma, él reflexiona si es acaso redituable. Cuando los muertos hablan, ofrecen consejos sobre los negocios. Dick nunca pierde la noción de que sabemos cómo sus personajes ganan su pan y manteca. Es parte del peculiar estilo descarnado de Dick.

Otra parte de ese estilo descarnado es la indeterminación en el dialogo. Nunca puedo decidir si el dialogo de Dick es puramente irreal, o mas real que la mayoría. Sus personajes interactúan tanto que ofrecen monólogos para llevar adelante el argumento, o incrementar la conciencia del lector sobre la situación.

Y las situaciones son puramente Dick. Sus argumentos son como ningún otro en CF. Si Dick escribe una historia sobre viajes por el tiempo, por así decir, tendrá un giro que lo convertirá en un *«sui generis»*. Bastante acostumbradamente, la maravilla central no estará *centrada*, pero irá hacia ti oblicuamente, en el curso, por ejemplo, de una elección política.

Y cualquier relación entre Dick y cualquier escritor de ciencia ficción es una total coincidencia. En mis más sanguíneos momentos, reconozco que él probablemente sabe qué sucederá cuando enchufes una lámpara y la enciendas, pero más allá de eso hay una pequeña evidencia de tecnología o ciencia. Su ciencia, tal como es, está toda enlazada con la tecnología del alma, con los conocimientos de psicología anormal.

Hasta aquí tal vez he enfatizado sus rarezas a costa de sus méritos. ¿Qué te mantiene leyendo a Dick? Bueno, en principio, su rareza, como he dicho, pero dentro de ella siempre hay una atmósfera de esfuerzo por alcanzar algo, de hombres desesperados por lograr alguna necesaria tarea; o esfuerzo, al menos, por entender qué es lo que los golpea. Un alto porcentaje de los héroes de Dick son hombres torturados; Dick es un experto en la maquinaria de desesperanza.

Y otra belleza es la desolación. Cuando Dick te da una desolación, por así decir, después de una bomba, es una desolación única en su clase. Hay una de esas en el libro. Pero a un lado de la desolación, puedes encontrar otro de los toques característicos de Dick, los *animales pequeños*.

Los animales pequeños son, con frecuencia, mutantes o robots pequeños que han conseguido la vida. No están definidos, simplemente son notados por otro personaje a la pasada. ¿Y qué están haciendo? Ellos se esfuerzan por alcanzar algo también. Un gorrión congelándose abraza una pieza de trapo alrededor de sí, una rata mutante planea una construcción, «Juzgar y planear». Esta sensación de sobrellevar una vida libre de ocupación, aunque condenada; de un paisaje en el que cada elemento tiene su propia vida; que esta *tratando de vivir*, es típica y profundamente Dick. Lleva el mérito de la compasión más los afilados bordes y las agallas; la compasión que uno sospecha en Dick, pero que nunca aparece frontalmente. Es esta cualidad de amor, siempre rápidamente suprimida, que brilla a través de las planicies borrascosas de Dick, la que las hacen únicas y memorables.

James Tiptree, Jr.
Diciembre de 1986.

AUTOMACIÓN

I

La tensión aumentaba en los tres hombres que esperaban. Fumaban, se paseaban de un lado a otro, dando puntapiés a voleo sobre los matorrales y las piedras del camino. Un sol tórrido de mediodía se abatía sobre los campos de color castaño, las filas de casas de plástico y la distante línea de montañas hacia el oeste.

—Ya es tiempo —dijo Earl Perine anundándose sus huesudas manos—. Varía de acuerdo con la carga, en medio segundo por cada libra adicional.

Morrison repuso sombríamente:

—Vamos, déjanos al menos imaginar qué ocurre para ser tarde.

El tercer hombre no dijo nada. O'Neill iba a visitar otro establecimiento, no conocía bien a Perine ni a Morrison para discutir con ellos. En su lugar se acurrucó y se entretuvo en arreglar bien los papeles que llevaba en su cartera. A la brillante luz del sol, los brazos de O'Neill aparecían tostados y recubiertos de vello, relucientes de sudor. Con sus cabellos enmarañados de color ya gris y sus gafas, tenía un aspecto de mayor edad que los otros dos. Vestía pantalón corto, una camisa sport y zapatos de suela *crepé*. Entre sus dedos, su estilográfica se movía, metálica y eficiente.

—¿Qué está usted escribiendo? —gruñó Perine.

—Estoy anotando el procedimiento que vamos a emplear —repuso O'Neill con suaves formas—. Es mejor sistematizarlo ahora, en lugar de intentarlo al azar. Queremos conocer lo que intentamos hacer y qué es lo que no funciona. De lo contrario, nos moveremos a ciegas en un círculo cerrado. El problema que tenemos es sólo el de la comunicación, así es como yo lo veo.

—Comunicación... —repitió Morrison con su voz profunda—. Sí, no podemos conseguir tomar contacto con esta condenada cosa. Llega, carga y continúa. No hay ni el más mínimo contacto entre nosotros y ella.

—Es una máquina —dijo Perine excitadamente—. Es algo muerto..., ciego y sordo.

—Pero sí que está en contacto con el mundo exterior —recalcó O'Neill—. Tiene que haber alguna forma de conseguirlo. Las señales específicamente semánticas tienen significado para ella, todos nosotros tenemos que hacer esas señales. Hemos de redescubrirlo, aunque sólo tengamos una decena entre mil millones de posibilidades.

Un lento y sordo rumor interrumpió a los tres hombres. Los tres miraron hacia el camino, alertados. El momento había llegado.

—Aquí viene —dijo Perine—. De acuerdo, sabio amigo, veamos si es capaz de producir el menor cambio en su rutina.

El camión que llegaba era impresionante, macizo, rodando bajo su cargamento cuidadosamente bien sujeto. En muchos aspectos, daba la impresión de un vehículo de transporte operado por seres humanos; pero con una excepción. No tenía cabina de dirección. La superficie horizontal era una estiba de carga y en aquel lugar debería normalmente haber llevado los faros. El radiador era una masa fibrosa y esponjosa de receptores en que se hallaban los aparatos sensoriales de su utilidad móvil.

Apercibido de la presencia de los tres hombres, el camión acortó la marcha y se detuvo, sacó la marcha y puso en acción los frenos de urgencia. Transcurrió un momento mientras los relés funcionaban, y después una porción de la superficie de carga dejó caer una cascada de paquetes sobre el piso de la carretera. Con las mercancías, había caído una hoja con detallado inventario de la descarga.

—Ya sabe lo que tiene que hacer —dijo O'Neill—. Vamos, de prisa, antes de que se vaya de aquí.

Con mano experta, los tres hombres fueron tomando los paquetes y rompiendo los envoltorios. Varios objetos brillaron a la luz del día: un microscopio binocular, una radio portátil, docenas de platos de plástico, diverso equipo sanitario, hojas de afeitar, ropas y alimentos. La mayor parte de la mercancía, como de costumbre, era alimento. Los tres hombres comenzaron sistemáticamente a aplastar las mercancías. En pocos minutos, sólo quedó a su alrededor un verdadero caos de desperdicios.

—Eso es todo —dijo finalmente O'Neill echándose hacia atrás. Y buscó su hoja de comprobación—. Veremos ahora lo que hace.

El camión había comenzado a rodar de nuevo, pero repentinamente se detuvo y dio marcha hacia atrás a donde se encontraban los tres hombres. Sus receptores habían tomado nota de que aquellos hombres habían destrozado la porción dejada caer de la carga. Dio media vuelta en un círculo y volvió de forma que el tablero de recepción cayese frente a ellos. La antena surgió hacia arriba; había empezado a comunicarse con la fábrica. Las instrucciones estaban ya en camino.

Y entonces, un segundo e idéntico movimiento de descarga se produjo como la primera vez.

—Hemos fracasado —dijo Perine al ver que una segunda hoja con el inventario de la parte descargada caía con las mercancías—. Hemos destruido todo eso para nada.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Morrison a O'Neill—. ¿Cuál es la próxima estratagema que se le ocurre?

—Echadme una mano —dijo O'Neill.

Recogió uno de aquellos paquetes y lo depositó en la parte de atrás del camión. Dejándolo en la plataforma, volvió por otro. Los otros dos hicieron lo mismo, hasta volver a depositar la carga en el camión. Cuando el camión comenzó a marchar hacia delante, la última de aquellas cajas se hallaba de nuevo en su lugar.

El camión vaciló. Sus receptores registraron el retorno de la carga. Desde su instalación interior surgió una baja y sostenida nota zumbante.

—Esto puede trastornar su sistema de conducción —comentó O'Neill sudando—. Espero que altere sus operaciones y se vuelva loco.

El camión hizo un movimiento de avance como para continuar. Después dio la vuelta y volvió a dejar la carga sobre la carretera.

—¡Cogedlos, pronto! —gritó O'Neill. Los tres hombres comenzaron frenéticamente a recargar el camión una vez más; pero a medida que las cajas y los paquetes iban cayendo sobre la plataforma, un dispositivo automático iba dejándolos nuevamente caer al suelo.

—Es inútil —dijo Morrison, jadeando—. Es como echar agua en un tamiz.

—Estamos chasqueados —opinó Perine de acuerdo con su compañero—. Como siempre. Nosotros, los humanos, salimos perdiendo siempre. No hay nada que hacer.

El camión pareció mirarles con calma, con sus receptores en blanco e impasibles. Cumplía con su trabajo. La red a escala planetaria de factorías automáticas llevaba a cabo su tarea impuesta hacía cinco años antes, desde los primeros tiempos del Conflicto Total del Globo.

—Bien, ya se va —observó Morrison, desmoralizado. La antena del camión había descendido, se oyó cómo se colocaba la primera para arrancar y soltaba el freno.

—Vamos a intentarlo por última vez —sugirió O'Neill. Tomó uno de los paquetes y desgarró el envoltorio. De él, sacó un envase de diez galones de leche y le destapó la cubierta.

—Esto es absurdo —protestó Perine. De mala gana, encontró una copa entre los desperdicios y la llenó de leche—. ¡Esto es un juego de chicos!

Los tres bebieron rápidamente de aquella leche. Como estaba planeado, O'Neill fue el primero en retorcer el gesto, tiró la copa y escupió con repugnancia en el suelo.

—¡Qué porquería! —exclamó, indignado.

Los otros dos hicieron lo mismo, acabando por dar con el pie despectivamente al envase de la leche y escupiendo indignados en el suelo. Y miraron acusadoramente al impasible camión.

—¡Esto es un asco! —rugió Morrison.

Curioso, el camión se hizo un poco atrás. Los circuitos electrónicos respondieron a la nueva situación y la antena volvió a surgir hacia arriba como un estandarte.

—Vamos a probar otro —dijo O'Neill, temblando. Conforme el camión aguardaba, tomó un segundo envase de leche y repitió la misma acción, destaparlo y probarla—. ¡Es lo mismo! —gritó al camión—. ¡Es tan mala como la otra!

Del camión surgió un cilindro de metal. El cilindro cayó a los pies de Morrison, que rápidamente lo recogió y lo abrió. En él se leía en letras grandes:

ESTABLECER LA NATURALEZA DEL DEFECTO.

El catálogo inscrito en el rollo comprendía una lista abundante de posibles defectos de la mercancía, con casilleros especiales para cada uno, y donde se rogaba que se trazase una marca mediante el bolígrafo adjunto, en la particular deficiencia del producto.

—¿Qué es lo que marco? —preguntó Morrison—. ¿Contaminada? ¿Bacterial? ¿Agria? ¿Rancia? ¿Incorrectamente etiquetada? ¿Cuajada?

Pensando con rapidez, O'Neill intervino.

—No compruebes ninguno de esos defectos. La factoría, sin duda, está dispuesta automáticamente para rehacerlo inmediatamente y corregirlo. Realizará sus propios análisis y nos ignorará por completo —Y su rostro resplandeció ante una súbita inspiración—. Escribe en ese espacio en blanco que hay al fondo apropiado para *«otros datos»*.

—¿Qué escribo?

—Escribe: El producto está totalmente superfluizado.

—¿Qué palabra es ésa? —preguntó Perine, asombrado y confuso.

—¡Escríbelo! Es más bien un acertijo semántico..., la factoría no estará en condiciones de entenderlo. Quizás de esa forma le echemos a perder todo su trabajo.

Con la pluma de O'Neill, Morrison escribió cuidadosamente que la leche estaba superfluizada. Moviendo la cabeza, enrolló nuevamente el cilindro y lo entregó.

—Creo que lo hemos conseguido. Al fin hemos tomado contacto con esos fantasmas.

—Sí, claro que lo hemos conseguido —dijo O'Neill—. Nunca oí hablar de un producto que estuviera superfluizado.

Cortada sobre la roca en la base de las montañas, yacía la vasta extensión recubierta de metal en forma de cubo, de la factoría de Kansas City. Su superficie estaba corroída por las radiaciones, picoteada y desgarrada de los cinco años de guerra que se habían abatido sobre ella. La mayor parte de la factoría estaba enterrada en el subsuelo bajo las rocas y sólo eran visibles los accesos de la entrada: El camión parecía una mota brillante rodando a gran velocidad hacia la entrada. Al aproximarse a pocas yardas, un mecanismo secreto actuó el acceso y el camión desapareció entre las sombras, cerrándose inmediatamente tras él.

—Y la cuestión importante queda en pie —dijo O'Neill—. Ahora tenemos que persuadirles de que dejen de funcionar de una vez y por todas y que paren definitivamente en su automación.

Judith O'Neill servía café negro a la gente que se aglomeraba en el cuarto de estar. Su marido hablaba, mientras que escuchaban los demás. O'Neill era casi una autoridad en el sistema de automación hasta donde podía serlo en aquellos días de la posguerra.

En su propia zona, en la región de Chicago, había conseguido hacer saltar la valla de acero protectora de la factoría automática; pero mucho antes de que pudiese llegar hasta el cerebro electrónico que regía la factoría, la planta

reconstruyó por sí misma otra valla mucho más inaccesible. Con aquello, al menos, había demostrado que las factorías no eran infalibles.

—El Instituto de Cibernética Aplicada —explicaba O'Neill—, había completado el control sobre toda la red de automación. Pero la guerra tuvo la culpa. Se perdió el conocimiento que nos hubiera sido preciso y, en todo caso, el Instituto fracasó al transmitirnos ese conocimiento, y ahora nos encontramos con que tampoco sabemos qué hacer exactamente, ni transmitir nuestras ideas. No vemos la forma de indicar a estas factorías automáticas que la guerra ya terminó y que los hombres estamos dispuestos a hacernos cargo de los recursos de producción normalmente, y reasumir el control de las operaciones industriales.

—Y entre tanto —intervino Morrison— esa maldita red se expande y consume todos los recursos disponibles.

—Yo tengo la idea —opinó Judith— de que si se le pegara fuerte y profundo se llegaría hasta los túneles. Deben existir minas potentes por todas partes.

—¿Es que esto no va a tener límite? —preguntó nervioso Perine—. ¿Están acaso dispuestas y equipadas para expandirse indefinidamente?

—Cada factoría está limitada a su propia área de operaciones —dijo O'Neill—; pero la red en sí misma, no conoce fronteras. Puede continuar por siempre buscando recursos naturales. El Instituto decidió concederles la máxima prioridad; a nosotros, los humanos, nos dejó en segundo lugar.

—¿Y dejarán algo para nosotros? —quiso conocer Morrison.

—No, a menos que detengamos las operaciones de la red de automación. Ya han agotado media docena de materias primas minerales. Sus equipos de exploración se hallan en el exterior constantemente, desde cada una de las factorías, buscando hasta la más pequeña cantidad útil para llevar a casa.

—¿Qué ocurriría si los túneles de dos factorías se cruzaran unos con otros?

O'Neill se encogió de hombros.

—Normalmente eso no ocurre nunca. Cada factoría tiene su sección especial en nuestro planeta, *«su propio trozo de la tarta»*, como si dijéramos, para su uso exclusivo.

—Pero eso podría ocurrir.

—Bien, son trópicas hacia las materias primas, en tanto exista algo de lo que busca, irán a cazarlo inexorablemente —O'Neill sopesó la idea con gran cuidado—. Es algo que debemos considerar. Supongo que las cosas cada vez escasean más y...

O'Neill dejó de hablar. Una alta figura entraba en la habitación, y se quedó silenciosa a la entrada, como vigilándolos a todos.

En la penumbra la figura parecía casi humana. Por un instante, O'Neill pensó que se trataría de algún recién llegado al establecimiento. Después, conforme avanzaba comprobó que sólo era un robot tan perfecto que parecía casi humano, un bípedo funcional con un chasis asombrosamente bien acabado, con todo el conjunto de receptores de datos en la parte correspondiente a la cabeza, y efectores y propiorreceptores montados en un perfecto diseño. Su resemblanza a un ser humano probaba la eficiencia de su naturaleza; de aquella máquina prodigiosa nada podía esperarse como imitación a ninguna clase de sentimiento emocional.

El representante de la factoría había llegado.

Comenzó sin preámbulos:

—Yo soy la máquina colectora de datos —comenzó a decir—, capaz de toda clase de comunicación oral. Contengo toda clase de aparatos de emisión y recepción de radio y puedo integrar hechos relevantes en cualquier línea de investigación.

La voz resultaba agradable y confiada. Sin duda alguna, se trataba de una cinta magnetofónica, impresa por algún Instituto Técnico antes de la guerra. Viniendo de aquella figura casi humana, sonaba un tanto grotesca y O'Neill se imaginó vívidamente a un hombre joven muerto ya, cuya voz resonaba en aquellos momentos en la boca mecánica de aquella construcción de acero y conexiones electrónicas.

—Una palabra de advertencia —continuó el robot—. Es totalmente inútil que consideren a este receptor como algo humano y se enzarcen en discusiones para lo que no está equipado. Aunque capaz de cumplir diferentes propósitos, no está capacitado para el pensamiento conceptual, sólo puede reunir material ya dispuesto para ello.

Aquella voz optimista calló y surgió una segunda voz. Se parecía algo a la primera; pero sin entonación especial, algo más bien neutral. La máquina estaba utilizando la pauta discursiva del hombre muerto que prestó su voz para ella.

—El análisis de los productos rehusados —estableció el robot—, no muestra elementos extraños y tampoco deterioro apreciable. El producto ha sufrido el continuo control empleado a través de la totalidad de la red de automación.

—Está bien —repuso O'Neill—. Hemos encontrado la leche por debajo de su calidad normal —continuó pesando sus palabras—. No queremos nada con semejante producto. Insistimos en una preparación más cuidadosa.

La máquina respondió inmediatamente:

—El contenido semántico de la palabra superfluizada es extraña por completo a la red de automación. No existe en el vocabulario que tenemos registrado. ¿Pueden ustedes presentar un análisis real de la leche en términos específicos presentes o ausentes?

—No —repuso O'Neill, dándose cuenta de que el juego que llevaba adelante se hacía muy complicado y peligroso—. Superfluizada es una palabra especial que no puede reducirse a constituyentes químicos.

—¿Qué es lo que significa superfluizada? —preguntó la máquina—. ¿Puede usted definirla en términos de símbolos semánticos alternados?

O'Neill vaciló. El representante tenía que dirigirse desde su investigación inicial a regiones más generales y de ser posible hasta el último problema de cerrar la red. Si pudiera infiltrarse por algún punto débil de aquella defensa y conseguir que comenzase una discusión teórica...

—Superfluizada —dijo— significa la condición de un producto que es manufacturado cuando no existe ninguna necesidad de él. E indica que el tirar dichos objetos al suelo, tiene como consecuencia el que no se deseen en absoluto.

La máquina repuso inmediatamente:

—El análisis de la red muestra la necesidad de leche sucedánea pasteurizada en alto grado en toda esta zona. No hay otro recurso que la sustituya; la red de automación controla toda la leche de tipo apropiado para los mamíferos que hay en existencia. —Y añadió—. Las instrucciones

originales registradas describen a la leche como un elemento esencial para la dieta humana.

O'Neill estaba siendo desbordado, la máquina llevaba la discusión hacia lo específico.

—Hemos decidido —dijo por último, desesperadamente— que no queremos más leche. Preferimos pasarnos sin ella, al menos hasta que hayamos localizado a las vacas.

—Eso es contrario a los registros de la red —objetó la máquina—. No hay vacas. Toda la leche se produce sintéticamente.

—Entonces la produciremos nosotros sintéticamente —interrumpió Morrison impaciente—. ¿Por qué no podemos tomar posesión de las máquinas? ¡Dios mío, no somos niños! ¡Estamos en condiciones de poder gobernar nuestras propias vidas!

El representante de la factoría se dirigió hacia la puerta.

—Hasta que llegue el momento en que su comunidad encuentre otros recursos en el aprovisionamiento de leche, la red continuará suministrándola. Los aparatos analíticos y de evaluación permanecerán en esta zona; continuando su trabajo normal y corriente.

Perine exclamó irritado:

—¿Cómo podremos encontrar otros medios de suministro? ¡Ustedes disponen de todo el equipo! ¡Son ustedes los amos de todo! —Y siguiendo tras él, le gritó a quemarropa—: Dicen ustedes que no estamos en condiciones de solucionar las cosas por nuestros propios medios. Y afirman que no somos capaces. ¿Cómo lo sabe usted? ¡No nos dan una sola oportunidad! ¡Nunca la tendremos!

O'Neill estaba petrificado. La máquina salía de la habitación, su mente dirigida en un solo sendero había triunfado.

—Mire —le dijo bloqueándole el paso—, queremos que terminen de fabricar, ¿comprende? Queremos hacernos cargo de las máquinas y resolver nosotros las cuestiones. La guerra ya se terminó. ¡Maldita sea, ustedes ya no nos son útiles para nada más!

El representante de la factoría se detuvo brevemente en la puerta.

—El ciclo imperativo —dijo el robot— no se pondrá en marcha hasta que la producción de la red duplique simplemente la del exterior. Y puesto que eso no ocurre en absoluto, de acuerdo con nuestro continuo análisis, la producción de la red de automación continuará.

Sin previo aviso, Morrison echó mano a un trozo de tubería de acero y la aplastó con un golpe brutal contra el hombro del robot, destrozándole el pecho y su complicada red de sensibles aparatos electrónicos. El bloque de los receptores saltó hecho pedazos, esparciendo trozos de cristal y diminutas partes y piezas mecánicas de ensamblaje de la máquina.

—¡Valiente paradoja! —gritó Morrison—. Un juego de palabras... hace que tengamos que sentirnos derrotados. La Cibernética hecha por hombres triunfando sobre los hombres... —Y con la misma tubería volvió a golpear salvajemente a la máquina, que recibía los golpes sin la menor protesta—. Nos tienen encerrados en una trampa odiosa. Estamos totalmente desamparados.

La habitación se hallaba en un puro clamor.

—Es la única forma —dijo Perine pasando junto a O'Neill—. Tendremos que destruirles. Se trata de la red o de nosotros, no hay elección posible. —Y echando mano a una lámpara, la estrelló contra el *«rostro»* del robot. La

lámpara y el rostro del robot saltaron en pedazos, y Perine continuó golpeándolo y destruyéndolo por todos los medios. En un momento, todo el personal que había en la habitación se había reunido junto a la máquina, haciéndole víctima de su contenido resentimiento. La máquina se desplomó al suelo.

Temblando, O'Neill se apartó de allí. Su esposa le tomó por un brazo y lo llevó a un extremo de la habitación.

—Esos idiotas... No pueden destruirlo, así sólo conseguirán enseñarles la forma de que construyan más defensas. Están poniendo el problema mucho más difícil y peor de resolver.

Momentos después, entró en la estancia un equipo de reparación procedente de la red de automación. Expertamente, las unidades mecánicas se apartaron de la unidad-madre y se escurrieron entre los humanos allí vociferantes y excitados. Se deslizaron entre ellos y poco después la inerte carcasa era llevada al interior de la unidad-madre. Recogieron todos los elementos dispersos caídos por el suelo y se los llevaron con el máximo cuidado, incluyendo los trozos de vidrio, plástico, piezas y cables rotos. Un momento más tarde, la unidad partió.

A través de la puerta abierta de la factoría, emergió un representante de la factoría, exacto duplicado del primero. En el vestíbulo, había dos más. El establecimiento humano iba a ser literalmente invadido por todo un cuerpo de representantes robots. Como una horda de hormigas las máquinas móviles colectoras de datos, se habían filtrado a través de la ciudad, hasta que una de ellas, por casualidad, se había presentado a O'Neill.

—La destrucción de las unidades móviles colectoras de datos, sólo va en detrimento de los intereses humanos —informó el representante último a la población reunida—. La producción de materias primas está siendo alarmantemente afectada por un sensible descenso y lo que todavía existe debería ser utilizado en la manufactura de comodidades para el consumidor.

O'Neill y la máquina estaban encarados uno con otro.

—¿Ah, sí? Es muy interesante... Quisiera saber qué es lo que tienen dentro de esa cabeza mecánica y por qué están luchando.

II

Los rotores de un helicóptero zumbaron suavemente por sobre la cabeza de O'Neill; ignorándolos se dedicó a otear con cuidado a través de la cabina el suelo que discurría a poca altura bajo el aparato.

Escorias y ruinas por todas partes. La maleza se expandía salvajemente en todas direcciones, formando escondrijos enmarañados donde los insectos hormigueaban. Aquí y allá, colonias enteras de ratas se hacían visibles: toscas formaciones con figura de chozas construidas con huesos y guijarros. La radiación había mutado a las ratas, al igual que a muchos insectos y otros animales. Un poco más allá, O'Neill identificó a una ardilla de tierra perseguida por todo un escuadrón de pájaros. La ardilla esquivó a las aves y en un rápido regate se escondió en un agujero bien disimulado del suelo. Los pájaros se dispersaron, decepcionados.

—¿Y crees que podremos reconstruir esto alguna vez? —le preguntó Morrison—. Sólo de verlo me pone enfermo.

—Todo se hará con el tiempo —afirmó O'Neill—. Asumiendo, por supuesto que dispongamos de utillaje industrial. Tendrá que ser lento, de todos

modos. Tendremos que salir alguna vez de los establecimientos en que estamos asentados por ahora.

Hacia la derecha había una colonia humana; personas que como fantasmas se movían entre los escombros y las ruinas de lo que una vez había sido una población de alguna importancia. Se había hecho un claro en unos cuantos acres de terreno plano, donde ya crecían algunos vegetales, y en unos cercados fácilmente observables, se veían gallinas y aves de corral. También comprobó la existencia de algunos caballos errando por el terreno sembrado.

—Habitantes de las ruinas —comentó O'Neill sombríamente—. Demasiado lejos de la red de automación..., sin conexión con ninguna de las factorías.

—Ellos tienen la culpa —repuso Morrison—. Debieron haberse venido a cualquiera de los establecimientos.

—Esa fue su ciudad. Están tratando de hacer lo que consideran que deben hacer..., reconstruirlo todo de nuevo por sí mismos. Ahora sólo están en los comienzos, sin herramientas ni máquinas, simplemente con las manos desnudas y utilizando como clavos trozos de pedernal. Desgraciadamente será un esfuerzo inútil. Necesitamos máquinas. No podemos reparar las ruinas; hemos de conseguir recomenzar con la producción industrial.

Más allá se extendía una serie de tortuosas colinas, como ruinas de lo que una vez fue una cadena montañosa. Más allá se extendía el titánico y espantoso cráter producido por una bomba H, medio relleno de limo y agua en descomposición, como una isla, foco de infecciones y enfermedades.

Y más lejos aún..., un hormigueo de constante movimiento.

—Allí —señaló O'Neill, haciendo descender rápidamente el helicóptero—. ¿Podrías decir de qué factoría proceden?

—A mí todos me parecen iguales —murmuró Morrison inclinándose para ver mejor—. Tendremos que esperar a que regresen cuando hayan conseguido su carga.

—Si es que la consiguen —corrigió O'Neill.

La tripulación de la autofactoría en exploración ignoró al helicóptero que zumbaba por sobre sus máquinas, concentrándose únicamente en hacer debidamente su trabajo. Por delante del camión principal, ronroneaban dos tractores oruga, saltando sobre las escorias, montones de ruinas y pedruscos hasta desaparecer en una extensión recubierta de cenizas que se esparcían sobre las escorias. Los dos exploradores mecánicos hicieron catas minerales a cierta profundidad, siéndoles visible solamente la antena. Finalmente surgieron a la superficie.

—¿Qué será lo que buscan? —preguntó Morrison.

—Dios sabe —repuso O'Neill mientras hojeaba rápidamente una serie de papeles—. Tendremos que analizar todo esto.

Bajo ellos, la tripulación exploradora de la autofábrica desapareció detrás. El helicóptero pasó sobre una franja desierta de arena en donde no se advertía el menor movimiento. Un boscaje de arbustos y malezas altas se les apareció y lejos, hacia la derecha, una serie de puntos en movimiento.

Una procesión de camiones automáticos de mineral discurría sobre aquella zona y correctamente alineados uno tras otro. O'Neill volvió el helicóptero hacia ellos y pocos minutos más tarde el aparato se cernía sobre la propia mina.

Masas de pesado equipo de minería habían llegado hasta allí. Se observaban las galerías y los pozos de extracción, y próximos a ellos los camiones vacíos esperaban en pacientes hileras. Una pesada columna de camiones cargados se daban prisa en dirección al horizonte, dejando una estela de mineral a su paso. La actividad y el ruido de las máquinas se cernía sobre toda la zona; allí existía todo un centro industrial en medio de un desierto de cenizas y escorias.

—Aquí es adonde vendrá aquella patrulla exploradora —comentó Morrison, mirando hacia atrás por el camino que habían traído—. ¿Crees que tal vez se confundirán? —Y frunció el ceño—. No, creo que es esperar demasiado de esas condenadas máquinas.

—Creo que probablemente están buscando diferentes sustancias —dijo O'Neill—. Y lo más seguro es que estén normalmente condicionadas para ignorarse unas a otras.

La primera de las máquinas exploradoras llegó a la línea de los camiones del mineral. Se desvió ligeramente y continuó en su búsqueda, y los camiones continuaron viajando en su línea inexorable como si nada hubiese ocurrido.

Decepcionado, Morrison se apartó de la ventanilla del helicóptero y soltó un juramento.

—Es inútil. Es como si cualquiera de ellos no existiera para el otro.

Gradualmente, el equipo de exploración se apartó alejándose de la línea de camiones de mineral, más allá de la zona de operaciones de la mina y sobre una altura del terreno. No se observaba ninguna prisa especial, habían pasado sin reaccionar hacia la presente maquinaria de minería allí instalada a su paso.

—A lo mejor son todas de la misma factoría —aventuró Morrison.

O'Neill apuntó hacia las visibles antenas del equipo mayor de minería.

—Sus veletas están orientadas a vectores diferentes, por tanto creo con seguridad que representan a dos factorías distintas. Esto va a ser todo un problema duro de pelar, tenemos que conseguirlo, o no habrá reacción alguna —Operó en el equipo de radio hasta conectar con el equipo del establecimiento humano de donde procedían—. ¿Hay algún resultado?

El operador le puso con las oficinas del establecimiento.

—Están empezando a entrar —respondió Perine—. Tan pronto como consigamos suficientes muestras, trataremos de determinar qué materias primas faltan en cada factoría. Será algo arriesgado al tratar de extrapolar la cuestión sobre productos complejos. Tiene que existir un común básico de elementos para los varios sistemas de fabricación.

—¿Qué ocurrirá cuando hallemos a dos factorías coincidiendo en un material del que ambas se hallan escasas? —preguntó Morrison a O'Neill.

—Entonces —repuso O'Neill —comenzaremos a recoger el material por nuestra cuenta, aunque tengamos que fundir todo lo que tengamos en el establecimiento.

III

En la oscuridad de la noche, soplaba un viento frío y suave. La densa maleza susurraba casi con un sonido metálico. Aquí y allá, un roedor nocturno patrullaba con sus sentidos extremadamente alertados, husmeando, rebuscando algún alimento para sobrevivir.

Aquella zona era totalmente salvaje. En muchas millas no existía ningún establecimiento humano, la totalidad de la región había quedado reducida a una tabla rasa como consecuencia de la espantosa explosión de las bombas de hidrógeno. En alguna parte y entre la sombría oscuridad, un delgado curso de agua se escurría entre las escorias y las malezas sonando entre lo que una vez había sido un intrincado laberinto de colectores y cañerías maestras de conducción de agua. Las tuberías aparecían por doquier rotas y corroídas, mezcladas confusamente con la salvaje vegetación. El viento arrastraba nubes de ceniza negra que se enroscaban danzando entre los matorrales. En una ocasión, un enorme abadejo mutante se despertó de su sueño, emitió unos chasquidos con el pico y se alejó graznando de aquel lugar.

Durante algún tiempo, no se advirtió movimiento alguno. Miríadas de estrellas aparecían en los claros del cielo con su brillo lejano y frío, remotamente. Earl Perine se estremeció con escalofríos y se aproximó más al elemento pulsátil de calor hincado en el suelo entre los tres hombres.

—¿Y bien? —dijo Morrison, castañeteando los dientes.

O'Neill no repuso. Acabó su cigarrillo, lo aplastó contra un terrón endurecido y sacando el encendedor encendió otro. La masa de tungsteno —el cebo— estaba puesta a unas cien yardas delante de ellos.

En el transcurso de los últimos días anteriores, tanto la factoría de Detroit como la de Pittsburgh habían escaseado en el tungsteno. Y al menos en un sector, sus aparatos estaban sin reservas. Aquel pesado montón puesto como cebo representaba la necesidad para muchísimos aparatos de precisión, equipo de cirugía de alta calidad, secciones de magnetos permanentes, dispositivos de medida..., aquel tungsteno había sido reunido febrilmente de todos los establecimientos próximos.

Una neblina se extendía sobre el montón de tungsteno. Ocasionalmente, una polilla nocturna revoloteaba sobre él atraída por el reflejo de las estrellas al incidir sobre el material. La polilla permanecía unos instantes batiendo sus grandes alas sobre el mineral y desaparecía de nuevo en las sombras de la noche.

—No es éste un lugar muy bonito que digamos —dijo Perine.

—Vamos, no digas tonterías —repuso O'Neill—. Éste es el sitio más bonito de la Tierra. Este lugar será la tumba de la red de autofabricación. La gente vendrá un día aquí para verlo. Creo que tendrán que erigir una placa conmemorativa de una milla de altura.

—Creo que estás tratando de mantener alta tu moral —rezongó Morrison—. Ni tú mismo irás a creer que vayan a destrozarse entre sí por un montón de instrumentos quirúrgicos y filamentos de bulbos electrónicos. Probablemente tendrán alguna máquina que desde el fondo y bajo la superficie extraiga el tungsteno de las rocas.

—Es posible —repuso O'Neill mientras mataba un mosquito que le estaba fastidiando.

Y en aquel momento allí tenían lo que habían venido a ver.

O'Neill se dio cuenta de que había estado mirándolo durante varios minutos sin reconocerlo. El aparato explorador permanecía absolutamente callado, en la cresta de una pequeña elevación, con la proa ligeramente levantada y los receptores totalmente extendidos al máximo. Podría habérsele confundido con un casco abandonado, en él no se advertía la

menor señal de actividad, ni signo de conciencia mecánica. El aparato encajaba perfectamente con el resto del panorama.

La máquina robot examinaba la pila de tungsteno. El cebo tenía ya su primera presa.

—Creo que es el momento de pescarlo —sugirió Perine.

—¿Qué diablos estás diciendo? —gruñó Morrison. Pero en aquel momento se dio cuenta a su vez de la presencia de la máquina robot—. Jesús —murmuró, levantándose y adelantando su pesado corpachón para ver mejor—. Bien, ya tenemos a uno de ellos. Ahora todo lo que necesitamos es que llegue otra unidad procedente de otra factoría. ¿De cuál suponéis que debe ser ésta?

O'Neill localizó la inclinación de su veleta y trazó el ángulo.

—De Pittsburgh...

—Entonces, recemos como locos porque venga otra de Detroit.

Satisfecha la máquina robot, al parecer, se apartó del lugar y rodó hacia delante. Se acercó con precaución al montón de tungsteno y comenzó a realizar una complicada serie de maniobras, rodando en una dirección y después en otra. Los tres hombres observaban fascinados, hasta comprobar que se aproximaban otras máquinas robots.

—Se están comunicando —dijo O'Neill en voz baja—. Como las abejas.

En el acto, cinco máquinas más exploradoras de Pittsburgh se aproximaban al cebo. Los receptores ondulaban excitadamente, incrementando su paso y rodeando el montón de tungsteno. Una de ellas excavó rápidamente un agujero y desapareció por él. El montón se estremeció, la máquina se hallaba bajo tierra explorando la extensión del hallazgo mineral.

Diez minutos más tarde, el primer camión de mineral de Pittsburgh apareció comenzando rápidamente su carga.

—¡Maldita sea! —exclamó O'Neill—. ¡Van a llevárselo todo antes de que aparezca Detroit!

—¿No podremos hacer algo para ir deteniéndolos? —preguntó Perine, desamparado. Se puso en pie, levantó un peñasco y lo lanzó sobre el camión más próximo. El peñasco rebotó sobre la carcasa de la carretilla de mineral y ésta continuó su marcha imperturbable.

O'Neill se puso en pie y patrulló alrededor con el cuerpo rígido de cólera. ¿Dónde se hallaban? Las autofábricas eran iguales en todos los aspectos y el lugar se hallaba o debería hallarse a la misma distancia lineal de cada centro. Teóricamente deberían haber llegado simultáneamente. Con todo, allí no aparecía el menor signo de Detroit..., y las últimas piezas de tungsteno fueron cargadas ante sus propios ojos sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Pero entonces algo pasó cerca de él.

No pudo reconocerlo porque el objeto se movía demasiado rápidamente. Se desplazó como una bala entre la maleza, se encaramó a la cresta del altozano, se detuvo un instante como para apuntarse a sí mismo y se arrojó como un proyectil por el otro lado, yendo a aplastarse directamente en la carretilla de cabeza. El proyectil y la víctima explotaron en un repentino estallido.

Morrison dio un salto.

—¿Qué diablos es eso?

—¡Ahí está! —gritó Perine, hablando y levantando los brazos como un loco—. ¡Es Detroit!

En seguida apareció una segunda máquina de Detroit, vaciló para ponerse en situación y seguidamente se lanzó furiosamente a las carretillas de Pittsburgh en retirada. Fragmentos de tungsteno se esparcieron por todas partes, cables, planchas rotas, resortes y engranajes de los dos antagonistas volaban en todas direcciones. El resto de las carretillas parecieron confundirse momentáneamente, y una de ellas tomó su carga de tungsteno y salió a toda velocidad. Le siguió una segunda. Una de las máquinas robots de Detroit se apercibió de lo que sucedía y le salió al paso tumbándola ruedas arriba, enzarzándose en una feroz pelea dando como resultado que la máquina y la carretilla cayeran rodando hasta un enorme charca de agua estancada y maloliente. Sin dejar de luchar, continuaron debatiéndose medio sumergidas.

—Bien —dijo O'Neill—, creo que lo hemos conseguido. Podemos pensar en volver a casa. —Sintió que sus piernas le traqueaban—. ¿Dónde está nuestro vehículo?

Conforme ponía en marcha el motor, algo relampagueó desde una larga distancia, algo largo y metálico que se movía sobre el desierto y el panorama cubierto de cenizas. Era una densa caravana de carretillas de mineral que se dirigían corriendo hacia la escena de la lucha. ¿De qué factoría vendrían?

Bien, aquello no importaba mucho, porque de la maleza y los viñedos silvestres y enredaderas, otro grupo de máquinas se dirigía igualmente hacia el lugar de la lucha. Ambas factorías estaban reuniendo sin duda todos sus elementos móviles alrededor de la pila de tungsteno que aún quedaba puesta como cebo por los tres hombres. Ciega, mecánicamente, con la inflexible rigidez de sus directrices mecánicas, los dos oponentes trabajaban para reunir el mayor número posible de fuerzas.

—Vamos —dijo Morrison dando prisa—. Salgamos de aquí. Va a desatarse un verdadero infierno.

O'Neill se dio prisa para volver el camión en dirección del establecimiento humano de donde procedían, comenzando a rodar en la oscuridad de vuelta a casa. De tanto en tanto, una forma metálica pasaba junto a ellos en dirección opuesta.

—¿Visteis la carga de la última carretilla de mineral? —dijo Perine, preocupado—. No estaba vacía.

Aquellas máquinas constituían una caravana dirigida por alguna unidad de muy alto control remoto.

—Son armas —dijo Morrison, con los ojos abiertos por una evidente aprensión—. Están echando mano de las armas. Pero, ¿quién va a usarlas?

—Mira allá —repuso O'Neill, indicando un movimiento hacia su derecha—. Esto es algo que no habíamos sospechado.

Y vieron al primer representante de la factoría en acción.

Al entrar el vehículo en el establecimiento de Kansas City, Judith se precipitó jadeante hacia ellos. En las manos sostenía una tira de papel enrollado.

—¿Qué es eso? —dijo O'Neill, tomándolo.

—Acaba de llegar —repuso Judith respirando fatigosamente—. Una unidad móvil llegó de prisa, lo lanzó y se marchó. Hay una gran excitación.

Jesús, toda la factoría... es una fogata de luces. Se pueden ver desde millas a la redonda.

O'Neill echó un vistazo al papel metálico. Era un certificado de la factoría para el último grupo de órdenes de los refugiados en la colonia, una tabulación total de las necesidades solicitadas y analizadas por la factoría. Estampadas a través de la lista y en grandes caracteres negros se leían seis palabras:

SUSPENDIDO TODO DESPACHO HASTA NUEVAS DISPOSICIONES

O'Neill alargó el papel a Perine, nervioso e inquieto por la emoción.

—Se acabaron los artículos de consumo —dijo con el rostro retorcido por una mueca—. La red de automación está en guerra.

—Entonces, ¿lo conseguimos? —preguntó Morrison.

—Así es. Ahora que el conflicto ha comenzado, me siento un poco horrorizado. Pittsburgh y Detroit van a liquidarse mutuamente. Creo que es demasiado tarde para nosotros hacer que cambien de opinión..., están reuniendo aliados para su destrucción.

IV

La fría luz del sol de la mañana se extendía sobre las ruinas de aquella llanura de negras cenizas metálicas.

—Ten cuidado donde pones los pies —dijo O'Neill a su esposa tomándola del brazo mientras subían por entre las escorias y ruinas hacia la parte más alta de unos grandes bloques de cemento, destrozados restos de una instalación de cajas de píldoras. Les seguía Earl Perine, vacilante y cuidadoso.

Tras ellos, se extendía el amplio establecimiento humano como un desordenado tablero de ajedrez de casas, edificios y calles. Desde que la autofábrica había suspendido los suministros y provisiones en toda su red, los establecimientos humanos habían caído en un estado de semibarbarismo. Las comodidades que aún quedaban apenas si eran usables. Hacía ya un año desde que apareció el último camión de la factoría cargado con alimentos, herramientas, ropas y piezas de repuesto diversas. De la amplia y plana rampa del pie de la montaña nada había emergido en tal dirección hacia el exterior.

Sus deseos se habían cumplido..., ya estaban aislados de la red de automación, sin depender de ella para nada.

A merced de sus propios medios y voluntad.

Alrededor del establecimiento crecían ya campos bastante cultivados de trigo y vegetales. Se habían distribuido herramientas hechas a mano, artefactos primitivos, conseguidos a cambio de un duro trabajo por los varios campamentos, que ahora estaban ligados entre sí por carros tirados por caballos y por un telégrafo primitivo también. No obstante, se las habían arreglado para mantener una regular organización. Los artículos y servicios eran intercambiados sobre antiguas bases de libre comercio. Se producían las comodidades básicas y se distribuían entre ellos. Las ropas que O'Neill y su esposa vestían, así como las de Perine, eran toscas y mal cortadas, pero fuertes. Y se las habían arreglado para reconvertir algunos camiones de la

red de autofábricas en vehículos impulsados por gasógenos al faltar otro combustible.

—Ya estamos —dijo O'Neill—. Desde aquí podremos ver.

—¿Vale la pena? —preguntó Judith fatigada, casi exhausta, inclinándose para sacarse de un zapato un trozo de guijarro que le destrozaba la planta del pie—. Creo que hemos recorrido demasiada distancia para ver algo que vemos todos los días desde hace trece meses.

—Es verdad —admitió O'Neill, descansando la mano sobre el hombro de su mujer—. Pero éste debe ser el final. Y esto es lo que deseo ver.

En el cielo gris que se extendía sobre sus cabezas, se movía un punto negra circular. Alto, remoto, aquel punto cambiaba de curso siguiendo una intrincada trayectoria. Gradualmente, sus diversas variaciones se encaminaron hacia las montañas, en cuya base aparecía la negruzca estructura deshecha por las bombas de la entrada de la autofábrica.

—Es de San Francisco —explicó O'Neill—. Debe ser uno de esos enormes proyectiles teledirigidos de largo alcance de la costa occidental.

—¿Y crees que será el último? —preguntó curiosamente Perine.

—Es el único que hemos visto en este mes —repuso O'Neill sentándose y comenzando a liar un cigarrillo con un resto de tabaco—. Antes estábamos acostumbrados a verlos por cientos.

—Tal vez tengan algo mejor —sugirió Judith, encontrando una piedra lisa donde sentarse—. ¿Podría ser?

Su marido se sonrió irónicamente.

—No, no tienen nada mejor.

Los tres permanecieron silenciosos y tensos. Por encima de ellos, el punto circular aparecía ya mucho más próximo. No existía el menor signo de actividad procedente de la lisa superficie de cemento y acero; la factoría de Kansas permanecía inerte, sin respuesta alguna al posible ataque. Unas cuantas nubes ligeras de cenizas danzaban sobre ella. La factoría ya había soportado diversos ataques e impactos directos de los proyectiles teledirigidos y parte de ella estaba sumergida en un informe montón de cascotes y ruinas. A lo ancho de la planicie, las atarjeas de sus túneles subterráneos aparecían expuestas al aire libre, cegadas con cascotes y la enmarañada y espesa vegetación oscura de las enredaderas silvestres.

—Esas malditas enredaderas —gruñó Perine restregándose sus mejillas sin afeitar—. Se van a hacer dueñas del mundo entero.

Aquí y allá, en el terreno circundante de la autofactoría, las ruinas y demoliciones causadas por las explosiones aparecían blanqueadas por el helado rocío de la mañana. Carretillas de mineral, camiones, tanques orugas de prospección, representantes de las factorías, convectores de armamento, armas, trenes de suministro, proyectiles subterráneos y multitud de piezas indiscriminadas de otra maquinaria se mezclaban confusamente en montones impresionantes de chatarra fuera de servicio, retorcida y deshecha. Algunos vehículos habían sido destrozados al volver a la factoría, otros habían sido alcanzados al emerger de la planta subterránea, completamente cargados con equipo. La totalidad de la autofactoría —lo que de ella quedaba—, parecía estar aún más sumergida en el interior de la tierra. La superficie superior apenas si resultaba visible, casi perdida en la cambiante ceniza que la brisa movía de un lado a otro.

No se conocía actividad en los últimos cuatro días, ni movimiento visible de ninguna especie.

—Eso está muerto —dijo Perine—. Ya podéis verlo, está liquidado.

O'Neill no respondió. Acurrucado en el suelo, se puso lo más confortable que pudo y esperó. En su interior, estaba seguro de que aún debería quedar algo en movimiento allá en el secreto corazón de la autofábrica. El tiempo lo diría. Miró a su reloj de pulsera; eran las ocho y treinta. En los antiguos días, la factoría ya habría comenzado su rutina diaria, con sus caravanas de vehículos diversos cargados con suministros surgiendo a la superficie, para empezar sus constantes expediciones hacia los establecimientos humanos.

A la derecha, se movió algo. Volvió rápidamente la atención hacia aquello.

Un vehículo colector de mineral se dirigía vacilante hacia la factoría. Una última unidad automatizada que aún pretendía cumplir su cometido. La carretilla estaba prácticamente vacía, apenas en su interior podían divisarse unos cuantos trozos de materias primas, seguramente partes metálicas sueltas que debió encontrar en su camino. Como un insecto metálico ciego y vacilante, la carretilla se aproximaba a la autofactoría. Su trayectoria resultaba grotesca, deteniéndose, vacilando, yendo de un lado a otro, sin un rumbo fijo y apartándose con frecuencia del camino recto.

—El control va mal —dijo Judith, con un leve tono de horror en su voz—. Se ve que la factoría apenas si puede ayudarle a volver.

Sí, aquello era un hecho cierto. En los alrededores de Nueva York, la factoría había perdido su transmisor de alta frecuencia completamente. Sus unidades móviles se habían desperdigado en disparatadas direcciones, corriendo al azar, trazando círculos, chocando contra árboles o rocas, y acabando por despeñarse al fondo de los barrancos y terminando por quedarse inmóviles a su pesar.

La carretilla del mineral automatizada alcanzó el borde de la arruinada planicie y se detuvo brevemente. Por encima de ella, el punto negro que se cernía como un pájaro de mal agüero seguía dando vueltas en el cielo de la mañana. Durante algún tiempo, la carretilla permaneció como petrificada.

—La factoría está tratando de decidir —comentó Perine—. Necesita el material; pero tiene miedo de que el proyectil pueda colarse en el interior.

Durante unos momentos la situación continuó igual. Después, la unidad móvil recomenzó su vacilante arrastrarse hacia la entrada. Dejó la maraña de enredaderas de la entrada y se dirigió hacia ella. Con un infinito cuidado se encaminó rectamente hacia la base de la montaña.

El proyectil teledirigido cesó en sus vueltas.

—¡Echarse a tierra! —gritó O'Neill—. ¡Van a bombardearla nuevamente!

Su esposa y Perine se echaron por el suelo a su lado, escrutando ansiosos la llanura frente a ellos y a aquel insecto metálico que trataba de introducirse en los subterráneos de la autofábrica. Desde el cielo, el punto negro circular se dirigió en picado directamente sobre la unidad móvil. Sin ruido y sin aviso, trazó una línea en picado, recto como una flecha.

Con las manos puestas en el rostro Judith se estremeció:

—¡Es algo que no puedo ver! ¡Es horrible!

¡Como animales salvajes!

Al darse cuenta de su proximidad, la unidad móvil intentó desesperadamente entrar en el interior de la factoría, como si buscase seguridad en su refugio: Olvidando la amenaza que le venía de la altura, la

factoría se apresuró frenéticamente a abrir sus compuertas de acceso y guió cuidadosamente la unidad móvil hacia su interior directamente. Es todo lo que deseaba el proyectil teledirigido.

Antes de que la barrera pudiera cerrarse, el proyectil se deslizó al interior siguiendo una línea de vuelo paralela a la superficie. Conforme la carretilla desaparecía en las profundidades de la factoría, el proyectil siguió tras ella. Dándose cuenta repentinamente del peligro la factoría soltó rápidamente la barrera que prohibía el acceso. La carretilla luchó grotescamente contra ella, se hallaba cogida a medio camino de la entrada medio abierta.

Pero todo era ya demasiado tarde. El terreno se movió con un trueno espantoso, como sacudido por un terremoto. Una onda expansiva subterránea pasó junto a las tres personas que acechaban desde lejos la tragedia. De la factoría se elevó una impresionante columna de humo negro. La superficie de hormigón se abrió como una vaina vegetal seca, rota y deshecha, vomitando un verdadero volcán de escorias y fragmentos de maquinaria, objetos y toda clase de materiales. El humo se cernió durante un buen rato, siendo arrastrado después por el viento de la mañana.

La factoría era en aquel momento, una catástrofe total. Había sido alcanzada en su interior y destruida.

O'Neill se puso en pie.

—Bien, eso es todo. Todo está terminado. Hemos conseguido lo que tanta queríamos... hemos destruido la red de autofábricas. —Y miró a Perine—. ¿No era eso lo que íbamos buscando?

Miraron hacia el establecimiento humano que se extendía tras ellos. Poco quedaba ya de las ordenadas hileras de casas y calles de un año antes. Sin la red de automación, el establecimiento había decaído rápidamente. La limpieza original se había disipado, aquello tenía un aspecto muy sucio y descuidado.

—Por supuesto —repuso Perine—. Una vez que tomemos posesión de las factorías y comenzaremos a establecer nuestros propios planes...

—Pero..., ¿habrá quedado algo?

—Tiene que haber quedado. ¡Dios mío!, tiene que haber millas enteras de subniveles bajo tierra que aún no conozcamos...

—Algunas de las bombas que han tirado últimamente eran terriblemente grandes —observó Judith—. Peores que las arrojadas durante la guerra.

—¿Recuerdas aquel campo que vimos? Me refiero a aquellos habitantes de ruinas...

—Yo no estuve —respondió Perine.

—Parecían animales salvajes, comiendo raíces y larvas, afilando pedernales, curtiendo pieles. Un completo estado de salvajismo y de bestialidad.

—Pero eso es lo que desea una gente así —repuso Perine a la defensiva.

—¿De veras lo desean? ¿Queremos nosotros realmente esto? —indicó O'Neill señalando hacia el establecimiento—. ¿Es eso lo que hemos estado procurando, desde el día en que reunimos el tungsteno? ¿O desde el día en que tiramos la leche? Sí, aquella leche que estaba... —Y se detuvo por no recordar la palabra.

—Superfluizada —recordó Judith.

—Vamos —indicó O'Neill—. Vámonos cuanto antes. Veamos qué es la que queda aún de la factoría... lo que hayan dejado para nosotros.

Se aproximaron a la deshecha factoría ya tarde.

Cuatro grandes camiones merodeaban cerca del acceso con sus motores humeantes. Tensos y alertas un grupo de trabajadores rebuscaban entre los escombros y las cenizas.

—Tal vez sea demasiado pronto —objetó uno de ellos.

O'Neill no tenía la intención de esperar más.

—Vamos —ordenó, y tomando una linterna eléctrica se adentró en el cráter.

El gran refugio blindado de la factoría de Kansas City aparecía hacía delante. En la entrada todavía permanecían algunas carretillas colectoras de mineral, atrapadas como insectos; pero sin luchar. Más allá, aparecía un impresionante hueco de tinieblas. O'Neill se sirvió lo mejor que pudo de la linterna para abrirse paso hacia el interior.

—Creo que deberemos descender bastante —opinó Morrison que cuidadosamente iba junto a él—. Si queda algo, tiene que ser en el fondo.

Continuaron avanzando entre aquellas imponentes ruinas, hasta que comprendieron que habían llegado al interior de la factoría... una extensión de restos confusos de una verdadera catástrofe, sin pauta y sin significado.

—Entropía —murmuró Morrison, oprimido—. Esto fue construido para vivir y luchar, y ahora está deshecho, sin ningún propósito.

—Más abajo, bajo tierra —insistió O'Neill tozudamente—, tenemos que encontrar otros enclaves de interés. Yo sé que estas autofábricas estaban concebidas para funcionar en secciones independientes y autónomas y preservar a ultranza lo esencial intacto y para recomponer la propia vida de la autofábrica.

Tras ellos los trabajadores avanzaban lentamente. Una sección se desprendió como una cascada en una verdadera lluvia de fragmentos y trozos de la catástrofe sufrida por la estructura.

—Eh, muchachos —dijo dirigiéndose a los hombres—. Volved a los camiones. No tiene sentido que pongamos las cosas más en peligro de lo que ya lo están. Si Morrison y yo no volvemos... olvidadnos. No corráis el riesgo de enviar ninguna patrulla de salvamento. —Y mientras los hombres obedecían, puso una mano sobre el hombro de Morrison—. Vamos amigo.

Una rampa descendía hacia las entrañas de la tierra, parcialmente intacta.

Silenciosamente, los dos hombres fueron descendiendo de un nivel a otro, sin el menor movimiento por ningún lado. Todo parecía muerto definitivamente. Millas de oscuras minas, sin el menor sonido ni el más leve indicio de actividad. Apenas si eran visibles las oscuras formas de la imponente maquinaria, los inmóviles trenes de conducción y equipo de traslado del interior de la factoría automática. De tanto en tanto, incluso las baterías de proyectiles montadas sobre sus soportes aparecían desvencijadas y rotas por la última explosión.

—Podríamos salvar mucho de todo esto —indicó O'Neill, aunque en el fondo no estaba muy convencido. La maquinaria parecía fundida, sin formas, totalmente descuajada. Todo parecía descoyuntado e inútil para ningún otro servicio posible—. Una vez que lo llevemos a la superficie...

—No podremos —le contradijo Morrison con amargura en la voz—. No tenemos grúas ni medios de elevación.

—Sí, pareció antes una buena idea —dijo O'Neill— pero ahora que lo veo no estoy demasiado seguro.

Habían penetrado ya en un gran trecho dentro de la autofactoría. El nivel final se extendía ante sus ojos. O'Neill fue iluminándolo todo con la linterna, tratando de localizar secciones que no estuviesen destrozadas o porciones de ensamblajes mecánicos aún aprovechables.

Fue Morrison quien se dio cuenta primero. Se dejó caer repentinamente sobre manos y rodillas y puso el oído al suelo escuchando atentamente, con los ojos bien abiertos por la emoción.

—Por el amor de Dios...

—¿Qué ocurre?

Y entonces, O'Neill hizo lo propio. Bajo ellos, una leve e insistente vibración, en forma de un zumbido persistente, se distinguía claramente a través del suelo, un claro indicio de actividad mecánica. Se habían equivocado; el proyectil teledirigido no había tenido un completo éxito. Más abajo, en un nivel más profundo, la factoría estaba viva todavía. Aunque pequeñas, aún se realizaban determinadas operaciones en ella.

—Trabaja para sí misma —murmuró Morrison, tratando de localizar el elevador—. Una actividad autónoma, preparada y dispuesta para funcionar cuando todo lo demás hubiese acabado. ¿Cómo podríamos llegar hasta abajo?

El elevador estaba roto, atascado por una gran sección de metal. El último reducto de la autofactoría estaba como precintado; no había entrada alguna para tener acceso a él.

Corriendo hacia atrás y deshaciendo el camino O'Neill alcanzó la superficie y se aproximó al camión que primero encontró a mano.

—¿Dónde diablos está el soplete? ¡Vamos, traedlo aquí!

El precioso instrumento le fue entregado y se dio prisa en volver de nuevo junto a Morrison, allá abajo en las profundidades de la planta. Allí, estaba Morrison esperando. Los dos comenzaron frenéticamente a cortar la sección metálica que obstruía el paso del elevador.

—Ya va cediendo —advirtió Morrison.

Por fin, la plancha cedió y cayó al nivel inferior por el hueco del elevador. Un resplandor de luz blanquísima surgió a su alrededor y los dos hombres dieron un paso atrás.

En la cámara sellada, una furiosa actividad se llevaba a cabo, percibiendo el eco acompasado de las máquinas de su interior. A un extremo un continuo chorro de materias primas entraba en la cinta transportadora, al otro extremo lejano, salían los productos ya manufacturados, inspeccionados y enviados al tubo convector.

Todo aquello les resultó visible en una fracción de segundo; después la intrusión fue descubierta. Los robots hicieron una señal y los relés y conexiones se detuvieron en el acto. El resplandor vivísimo de luz disminuyó hasta casi quedar en la oscuridad. La línea de montaje frenó hasta detenerse; todo pareció quedar detenido en su anterior furiosa actividad.

Las máquinas emitieron un último chasquido y todo quedó en silencio.

A un extremo, una unidad móvil se desligó del conjunto y se dirigió con urgencia hacia el agujero por donde Morrison y O'Neill habían descendido a la planta inferior. Rompió un precinto de emergencia situado

convenientemente y la escena anterior cambió nuevamente. Un instante después, toda la planta hervía nuevamente en frenética actividad.

Morrison, pálido y estremecido de pánico se volvió hacia O'Neill.

—¿Qué están haciendo? ¿Qué irán a hacer ahora?

—No son armas —repuso O'Neill.

—Lo que sea está siendo enviado a la superficie —dijo Morrison gesticulando convulsivamente.

O'Neill, excitado se dispuso a salir.

—¿Podríamos localizar el sitio?

—Pues... yo creo que sí.

—Será mejor que vayamos a verlo —O'Neill empuño nuevamente la linterna y seguido de Morrison comenzó la ascensión hacia los niveles superiores—. Vamos a ver qué clase de objetos son esos que disparan hacia el exterior.

La válvula de salida del tubo convector estaba oculto entre una maraña de enredaderas silvestres y ruinas a un cuarto de milla más allá de la factoría. En una grieta entre las rocas de la base de la montaña, la válvula arrojaba los objetos como una cerbatana. Era visible desde diez yardas de distancia; los dos hombres casi se encontraron sobre ella cuando la advirtieron.

Cada cinco o seis segundos, era arrojada hacia el cielo una bola. El tubo se retraía para cambiar de ángulo de tiro y nuevamente volvía a disparar otra nueva bola en otra dirección distinta, con variada trayectoria.

—¿Y hasta qué distancia llegarán? —quiso imaginar Morrison.

—Debe variar probablemente. Las está distribuyendo al azar.

O'Neill avanzó con cuidado; pero el mecanismo no pareció advertir su presencia. Pegada junto al muro de la montaña y casi en su cima había una de aquellas bolas, que sin duda la válvula disparó directamente por el costado de la montaña. O'Neill subió hacia la cima, la recogió y la trajo de nuevo junto a su amigo Morrison.

Aquel recipiente era una aplastada caja de maquinaria; pero de maquinaria tan diminuta que seguramente sería preciso un microscopio para observarla adecuadamente.

—No es un arma ofensiva —murmuró O'Neill asombrado.

Aquella bola metálica se había desgarrado. Al principio no pudo decir si había sido por el impacto o por un deliberado mecanismo del interior. Comenzaron a caer en el suelo, deslizándose pequeñas miniaturas que tenían como vida propia. Agachándose, O'Neill las examinó detenidamente.

Aquellas pequeñas partículas entraron en movimiento. Era una maquinaria microscópica, más pequeña que hormigas, trabajando enérgicamente con un propósito... construyendo algo que parecía un diminuto rectángulo de acero.

—Están construyendo algo —dijo O'Neill totalmente perplejo.

Se puso en pie y anduvo alrededor. A mayor distancia, una de aquellas bolas caídas anteriormente, se hallaba ya en una fase más adelantada de construcción. Aparentemente, había sido expelida hacía más tiempo.

Aquélla había hecho ya grandes progresos que podían ser identificados. Diminuta como era, la estructura resultaba familiar. La maquinaria estaba construyendo una factoría en miniatura, réplica exacta de la que había sido destruida por las bombas.

—Bien... —dijo O'Neill suspirando profundamente—. Así volvemos ahora al principio de nuevo. Para lo mejor o para lo peor... Lo cierto es que lo ignoro.

—Imagino que estas maravillas deben estar expandidas ahora por toda la Tierra —comentó Morrison—. Sí, lanzadas al azar y trabajando con el mismo propósito.

Un súbito pensamiento vino a la mente de Morrison.

—Tal vez alguno de estos proyectiles hayan sido diseñados para sobrepasar la velocidad de escape de la gravedad de la Tierra. Esto significaría... que las autofábricas se expandirán por todo el Universo.

Tras ellos, la boca de la válvula expulsora, continuaba lanzando rítmicamente su torrente de metálicas semillas.

SERVICIO DE REPARACIONES

Sería aconsejable explicar qué estaba haciendo Courtland justo antes de que sonase el timbre.

En su ostentoso apartamento de la calle Leavenworth, donde el monte Russian Hill desciende hasta la llana extensión de la Playa Norte y finalmente a la propia Bahía de San Francisco, David Courtland estaba sentado con su cuerpo doblado sobre un montón de informes rutinarios, una carpeta semanal con información técnica sobre los resultados de las pruebas de Mount Diablo. Como director de investigación de Pinturas Pesco, Courtland estaba preocupado por la durabilidad comparativa de varias superficies elaboradas por su compañía. Las tablillas tratadas se habían estado cociendo y habían sudado lo suyo en el calor de California durante quinientos sesenta y cuatro días. Había llegado la hora de ver la resistencia a la oxidación del recubrimiento poroso y ajustar la planificación de la producción en consecuencia.

Inmerso en los intrincados datos técnicos, Courtland no escuchó al principio el timbre. En una esquina de la sala de estar su amplificador de alta fidelidad *Bogen*, con disco giratorio, estaba reproduciendo una sinfonía de Schumann. Su mujer, Fay, estaba limpiando los cacharros de la cena en la cocina. Los dos niños, Bobby y Ralf, estaban ya en sus literas, durmiendo. Al ir a coger su pipa, Courtland se reclinó de la mesa un momento, se pasó una gruesa mano por su escaso pelo gris... y escuchó el timbre.

—Demonios —dijo.

Se preguntó vagamente cuantas veces habría sonado la discreta campanilla; recordaba subliminal y nebulosamente repetidos intentos por atraer su atención. Ante sus cansados ojos la montaña de informes fluctuaba y se batía en retirada. ¿Quién demonios sería? Pero su reloj marcaba las nueve y media, realmente no podía quejarse, aún.

—¿Quieres que lo atienda yo? —dijo con claridad a Fay desde la cocina.

—Yo lo atenderé.

Fatigosamente, Courtland se levantó, se calzó las zapatillas y avanzó pesadamente por la sala, pasando junto al sofá, la lámpara de pie, el revistero, el fonógrafo y la librería hasta llegar a la puerta. Era un grueso

ingeniero de mediana edad y no le gustaba que la gente le interrumpiese su trabajo.

En el vestíbulo había un visitante desconocido.

—Buenas noches, señor —dijo el visitante, examinando fijamente un portapapeles—. Siento molestarle.

Courtland le dedicó una mirada agria al joven. Un vendedor, probablemente. Delgado, rubio, camisa blanca, corbata, traje azul de solapa simple, el joven seguía allí de pie sujetando su portapapeles con una mano y un abultado maletín negro en la otra. Sus huesudos rasgos mostraban una expresión de adusta concentración. Tenía un aire de confusión típica de los estudiosos; cejas fruncidas, labios tensos y juntos, los músculos de sus mejillas empezaban a contraerse de forma preocupante. Levantando la mirada, pregunto:

—¿Es este el 1846 de Leavenworth? ¿Apartamento 3A?

—En efecto —dijo Courtland, con la infinita paciencia de un animal lento.

El ceño fruncido de la cara del hombre se relajó mínimamente.

—Muy bien, señor —dijo en tono apremiante. Mirando más allá de Courtland, al interior del apartamento, añadió—. Siento molestarle a estas horas, mientras está trabajando, pero como usted probablemente sepa hemos estado muy atareados el último par de días. Esa es la razón por la cual no hemos podido atender antes su llamada.

—¿Mi llamada? —repitió Courtland. Bajo su cuello desabotonado estaba empezando a sentir como le subía un ardor. Sin duda alguna, Fay tenía algo que ver con aquello; algo que ella pensaba que él debería haber arreglado, algo vital para una agradable vida hogareña—. ¿De qué demonios está hablando? —preguntó—. Vaya al grano.

El joven se ruborizó, tragó saliva ruidosamente, trató de sonreír y se apresuró a decir con voz ronca:

—Señor, soy el técnico de reparaciones que solicitó, estoy aquí para arreglar su *swibble*.

La réplica jocosa que acudió a la mente de Courtland fue del tipo que sólo habría usado en sus sueños más profundos. *«Quizás»*, deseó decir, *«yo no quiera arreglar mi swibble. Quizás quiera mi swibble tal como está»*. Pero no lo dijo. En su lugar, parpadeó, dejó que la puerta se abriese ligeramente y dijo:

—¿¡Mi qué!?

—Sí, señor —insistió el joven—. El registro de la instalación de su *swibble* nos llegó como esperamos. Normalmente realizamos una comprobación automática de ajuste, pero su llamada llegó antes de que lo hiciésemos. Así que aquí estoy con un equipo de reparaciones completo. Ahora, en lo referente a la naturaleza de su queja en concreto... —El joven buscó enérgicamente entre el montón de papeles de su portafolios—. Bien, no tiene ningún sentido que lo busque; usted puede decírmelo de palabra. Como probablemente sabrá, señor, nosotros oficialmente no somos parte de la empresa vendedora... tenemos lo que se denomina una cobertura de seguro que cobra existencia automáticamente cuando se realiza la compra. Por supuesto, puede rescindir el acuerdo con nosotros. —Intentó hacer un chiste—. He oído que hay un par de competidores en el negocio de las reparaciones.

Una seria expresión de profesionalidad reemplazó al humor. Estirando su enjuto cuerpo, terminó diciendo:

—Pero déjeme decirle que nosotros hemos estado en el negocio de reparación de *swibbles* desde que el viejo R.J. Wright presentó el primer modelo experimental A-propulsado.

Por un instante, Courtland no dijo nada. Una fantasmagórica sucesión de imágenes fluyó por su mente: pensamientos aleatorios cuasi-tecnológicos, evaluaciones reflejas y reflexiones sin importancia. Así que los *swibbles* se estropean, ¿verdad? Negocios de mantenimiento a largo plazo... envían un técnico de reparaciones tan pronto como la venta está cerrada. Tácticas monopolísticas... para expulsar a la competencia antes de que tengan una oportunidad. Comisiones para la sociedad matriz, probablemente con cuentas cruzadas.

Pero ninguno de sus pensamientos se ocupaba del asunto básico. Con un enérgico esfuerzo se obligó a prestar atención de nuevo al impetuoso joven que esperaba nervioso en el vestíbulo con su maletín negro de reparaciones y su portapapeles.

—No —dijo Courtland enfáticamente—, no, su dirección no es la correcta.

—¿Sí, señor? —el joven titubeó educadamente, con un tono de afligido abatimiento en sus rasgos—. ¿La dirección equivocada? Buen Dios, ese nuevo mecanismo me ha vuelto a enviar a otra dirección errónea...

—Será mejor que vuelva a consultar sus papeles de nuevo —dijo Courtland, empujando con aspereza de la puerta—. Sea lo que demonios sea un *swibble*, yo no tengo ninguno; y yo no le he llamado.

Mientras cerraba la puerta advirtió el horror final en la cara del joven, una parálisis estupefacta. Entonces la brillante superficie de madera pintada de la puerta se interpuso en la visión y Courtland regresó cansinamente a su escritorio.

Un *swibble*. ¿Qué demonios era un *swibble*? Se sentó malhumorado e intentó seguir en el punto que lo había dejado... pero sus pensamientos estaban totalmente desbaratados.

No existía nada que se llamase *swibble*. Y él estaba al día, industrialmente hablando. Leía el *U.S. New* y el *Wall Street Journal*. Si existiese tal *swibble* habría oído hablar de él... salvo que un *swibble* fuese algún aparatejo para el hogar. Quizás fuese eso.

—Oye —le gritó a su mujer cuando Fay apareció momentáneamente por la puerta de la cocina con un paño de cocina y un plato azul sauce en sus manos—. ¿De qué va esto? ¿Sabes algo sobre *swibbles*?

Fay sacudió su cabeza.

—No tengo ni idea.

—¿No encargaste un *swibble* ac-dc de plástico y cromo de *Macy´s*?

—Con toda seguridad, no.

Quizás fuese algo para los niños. ¿Quizás fuese la última moda en el colegio, el cuchillo, tarjeta inteligente o chuchería de moda del momento? Pero los niños de nueve años no compraban cosas que necesitasen un técnico de reparaciones cargado con un enorme maletín negro de herramientas, no con una paga de cincuenta centavos a la semana.

La curiosidad se sobrepuso al disgusto. Tenía que saber, aunque solo fuese para que constase, qué era un *swibble*. Se levantó, corrió a la puerta del vestíbulo y la abrió rápidamente.

El vestíbulo estaba vacío, por supuesto. El joven se había marchado. Quedaba un débil olor a colonia para hombre y transpiración nerviosa, pero nada más.

Nada más excepto un papel boca abajo que se había caído del portapapeles del hombre. Courtland se agachó y lo recogió del felpudo. Era una copia de carbón de una orden de reparación, junto a un código de identificación, el nombre de la empresa de reparaciones y la dirección de la persona que había llamado.

> 1846 Leavenworth Street SF. Video-llamada recibida por Ed Fuller 09.20 PM 28-5. Swibble 30s15H (deluxe). Se recomienda comprobar la retroalimentación lateral y reemplazar el banco neural. AAw3-6.

Los números, la información, no le decían nada a Courtland. Cerró la puerta y regresó lentamente a su escritorio. Alisó la arrugada hoja de papel y releyó las desvaídas palabras de nuevo, tratando de extraer algún significado de ellas. El membrete impreso era:

> ELECTRONIC SERVICE INDUSTRIES
> 455 Montgomery Street, San Francisco 14. Ri8-4456n
> Fundada en 1963

Eso era. La exigua afirmación impresa*: Fundada en 1963*. Con manos temblorosas, Courtland buscó mecánicamente su pipa. Ciertamente, eso explicaba porqué nunca había oído hablar de los *swibbles*. Explicaba porqué no tenía uno... y porqué, no importaba a cuántas puertas del edificio de apartamentos llamase, el joven técnico de reparaciones no encontraría a nadie que tuviese uno.

Los *swibbles* aún no habían sido inventados.

Tras un intervalo en el que pensó intensa y furiosamente, Courtland descolgó el teléfono y marcó el número de su subordinado en los laboratorios Pesco.

—No me importa —dijo cautelosamente— qué estés haciendo esta tarde. Te voy a dar una serie de instrucciones y quiero que las lleves a cabo inmediatamente.

Al otro lado de la línea podía oírse a Jack Hurley resoplar enfadado.

—¿Esta noche? Escucha, Dave, la empresa no es mi madre... Tengo vida propia. Si se supone que tengo que acudir a la carrera...

—Esto no tiene nada que ver con Pesco. Quiero una grabadora y una cámara con lente infrarroja. Quiero que consigas un taquígrafo judicial. Quiero uno de los electricistas de la empresa... escógelo bien, quiero al mejor. Y quiero a Anderson, de la sección de ingeniería. Si no puedes conseguirle, tráete a alguno de nuestros diseñadores. Y quiero a alguien de la línea de montaje; consigue a algún viejo mecánico que conozca su oficio. Que conozca de verdad las máquinas.

Dubitativamente, Hurley dijo:

—Bueno, tú eres el jefe; al menos, eres el jefe de investigación. Pero creo que tendrás que aclarar esto con la empresa. ¿Te importaría si hablo con tu jefe y obtengo permiso de Pesbroke?

—Adelante. —Courtland tomó la decisión sobre la marcha—. Mejor aún, le llamaré yo mismo, probablemente quiera saber que vamos a hacer.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Hurley con curiosidad—. Nunca te había oído hablar de esa forma antes... ¿ha inventado alguien una pintura autopulverizadora?

Courtland colgó el teléfono, esperó un interminable momento y marcó el número de su superior, el dueño de Pinturas Pesco.

—¿Tiene un minuto? —preguntó con seguridad cuando la esposa de Pesbroke hubo despertado al hombre de pelo cano de su siesta y le hubo dado el teléfono—. Estoy metido en algo grande; me gustaría hablarle de ello.

—¿Tiene algo que ver con la pintura? —masculló Pesbroke, medio en serio medio en broma—. Si no es así...

Courtland le interrumpió. Hablando muy despacio, le describió detalladamente su contacto con el técnico de reparaciones del *swibble*.

Cuando Courtland hubo acabado, su jefe siguió en silencio.

—Bien, —dijo finalmente Pesbroke—, supongo que puedo saltarme algunos procedimientos. Puesto que ha conseguido interesarme. De acuerdo, me hago cargo. Pero —añadió en voz baja— si es una elaborada pérdida de tiempo, le pasaré factura por el uso de los hombres y el equipo.

—Con pérdida de tiempo... ¿quiere decir si no obtenemos nada rentable de esto?

—No —dijo Pesbroke—. Quiero decir si sabe de antemano que es una estafa; si me está gastando una broma a sabiendas. Tengo migraña y no consentiré bromas. Si habla en serio, si realmente cree que esto puede ser algo, cargaré los gastos en las cuentas de la empresa.

—Hablo en serio —dijo Courtland—. Usted y yo somos ambos condenadamente viejos para andar con jueguecitos.

—Bien —reflexionó Pesbroke—, cuanto más viejo eres, más proclive te vuelves a explorar las profundidades, y esto suena muy profundo. —Podía oír como trabajaba su mente—. Telefonearé a Hurley y le daré la autorización. Podrá disponer de todo lo que quiera... Supongo que intentará localizar a ese técnico de reparaciones y descubrir qué es realmente.

—Eso es lo que pretendo hacer.

—Suponga que dice la verdad... entonces, ¿qué?

—Bien —dijo Courtland cautelosamente— entonces averiguaré lo que es un *swibble*. Para empezar. Quizás después...

—¿Cree que regresará?

—Podría ser. No va a encontrar la dirección correcta, eso lo sé. Nadie en este vecindario llamó a un técnico de reparaciones de *swibbles*.

—¿Y qué importa qué es un *swibble*? ¿Por qué no averigua como llegó desde su tiempo futuro hasta aquí?

—Creo que sabe lo que es un *swibble*... y no creo que sepa cómo llegó aquí. Ni siquiera sabe que está aquí.

Pesbroke se mostró de acuerdo.

—Es razonable. Si voy hasta ahí, ¿me permitirá estar presente? Me encantaría presenciarlo.

—Claro —dijo Courtland, sudando, con la vista puesta en la puerta cerrada del vestíbulo—. Pero tendrá que verlo desde otro cuarto. No quiero que nada estropee esto... nunca tendremos otra oportunidad

Refunfuñando, el equipo reclutado de la empresa llegó al apartamento y esperó instrucciones de Courtland. Jack Hurley, con camisa hawaiana,

bermudas y camperas, miraba oscuramente a Courtland y movía su puro en la boca.

—Aquí estamos; no sé qué le contaste a Pesbroke, pero ciertamente le pusiste en marcha. —Recorriendo con la mirada el apartamento, preguntó—: ¿Puedo dar por supuesto que vamos a tener la reunión ahora? No hay mucho que pueda hacer esta gente sin que comprendan antes a lo que se van a enfrentar.

En la puerta del dormitorio estaban los dos hijos de Courtland, medio dormidos de sueño. Fay se los llevó dentro nerviosamente y los metió de vuelta en sus camas. En la sala de estar los diversos hombres y mujeres ocupaban posiciones indeterminadas, en sus rostros se observaba una inquieta y airada curiosidad y una aburrida indiferencia. Anderson, el ingeniero, actuaba de forma distante e indiferente. MacDowell, el operario barrigón y caído de hombros de la cadena de montaje, observó con resentimiento proletario el caro mobiliario del apartamento y se hundió en una apatía abochornada cuando se percató de sus botas de trabajo y sus pantalones llenos de grasa. El especialista en grabaciones estaba tirando cables desde sus micrófonos a la grabadora colocada en la cocina. Una esbelta joven, la taquígrafa judicial, trataba de ponerse cómoda en una silla de la esquina. En el sofá, Parkinson, el electricista de emergencias de la fábrica, hojeaba con desgana un ejemplar de *Fortune*.

—¿Dónde está el equipo de cámara? —preguntó Courtland.

—Viene de camino —respondió Hurley—. ¿Pretendes atrapar a alguien que vaya a llevar a cabo el viejo timo del Tesoro Español?

—Para eso no necesitaría un ingeniero ni un electricista —dijo Courtland secamente. Tenso, comenzó a dar vueltas por la sala de estar—. Probablemente no volvamos a verle; probablemente esté de vuelta en su tiempo a estas alturas, o vagando por Dios sabe dónde.

—¿Quién? —chilló Hurley, echando bocanadas de gris humo de puro debido a la agitación creciente—. ¿Qué va a suceder?

—Un hombre llamó a mi puerta —relató Courtland brevemente—. Habló de cierta maquinaria, un equipo del que nunca oí hablar, de algo llamado *swibble*.

Todos en el cuarto se quedaron taciturnos y en silencio.

—Averigüemos lo que es un *swibble* —continuó Courtland ásperamente—. Anderson, empiece. ¿Qué podría ser un *swibble*?

Anderson sonrió burlonamente.

—Un anzuelo para pescar.

Parkinson se ofreció voluntario para continuar con las suposiciones.

—Un coche inglés con una sola rueda.

A regañadientes, Hurley fue el siguiente.

—Alguna estupidez. Una máquina para deshacerse de las mascotas domesticas.

—Un nuevo sostén plástico —sugirió la taquígrafa judicial.

—Ni idea —murmuró MacDowell con resentimiento—. Nunca oí hablar de nada similar.

—Vale —asintió Courtland, examinando de nuevo su reloj. Estaba a punto de sufrir un ataque de histeria; había pasado una hora y no había señales del técnico de reparaciones—. No lo sabemos, ni siquiera podemos suponerlo. Pero algún día, dentro de nueve años, un hombre llamado Wright va a inventar el *swibble* y se va a convertir en un gran negocio. Se

fabricarán, la gente los comprará y pagará bien por ellos; los técnicos de reparaciones se sumarán al negocio y les atenderán.

La puerta se abrió y Pesbroke entró en el apartamento, con un gabán sobre sus hombros y un destrozado sombrero *Stetson* sobre su cabeza.

—¿Ha vuelto a aparecer? —Sus ojos ancianos y alerta recorrieron la habitación—. Ustedes parecen estar listos para comenzar.

—Seguimos sin señales de vida de él —dijo Courtland ansiosamente—. Maldición... Yo le despaché, no intenté retenerlo hasta que ya se había marchado.

Le enseñó a Pesbroke la estrujada copia de carbón.

—Ya veo —dijo Pesbroke devolviéndosela—. Y si regresa grabarán lo que diga y fotografiarán todo lo que tenga en el maletín de herramientas. —Señaló a Anderson y MacDowell—. ¿Qué hay del resto de ellos? ¿Para qué son necesarios?

—Quiero tener aquí gente que pueda hacer las preguntas correctas —explicó Courtland—. No podemos conseguir respuestas de otra forma. El hombre, si aparece finalmente, sólo se quedará un tiempo limitado. Durante ese tiempo, tenemos que descubrir... —se interrumpió cuando su esposa se le acercó—. ¿Qué sucede?

—Los niños quieren mirar —explicó Fay—. ¿Pueden? Prometen que no harán ruido —añadió ansiosamente—. A mí me encantaría mirar también.

—Mirad, entonces —respondió Courtland con pesimismo—. Quizás no haya nada que ver.

Mientras Fay servía café, Courtland continuó con su explicación.

—Lo primero de todo, queremos averiguar si ese hombre dice la verdad. Nuestras primeras preguntas tendrán como objetivo descubrirle; quiero que estos especialistas trabajen en él. Si es una estafa, probablemente lo descubran.

—¿Y si no lo es? —preguntó Anderson con una expresión de interés en su rostro—. Si no lo es, estás diciendo que...

—Si no lo es, entonces viene de la próxima década, y quiero sacarle todo lo que sepa de valor. Pero... —Courtland se detuvo—. Dudo si sabrá mucho de teoría. Tengo la impresión de que está en lo más bajo de la pirámide. Probablemente lo mejor que podremos conseguir es una demostración de su trabajo específico. Partiendo de ahí, deberemos completar el cuadro, realizar nuestras extrapolaciones.

—Cree que puede contarnos cómo se gana la vida —dijo Pesbroke astutamente—, que es lo que queremos.

—Tendremos suerte si aparece de una vez —dijo Courtland. Se sentó en el sofá y empezó a golpear rítmicamente su pipa contra el cenicero—. Todo lo que podemos hacer es esperar. Cada uno de vosotros que vaya pensando en lo que va a preguntar. Tratad de imaginar las preguntas que os gustaría hacerle a un hombre del futuro que no sabe que viene del futuro, que está intentado reparar equipos que aún no existen.

—Estoy asustada —dijo la taquígrafa judicial, pálida y con los ojos desorbitados, haciendo temblar su taza de café.

—Estoy cansado de esto —murmuró Hurley con los ojos súbitamente fijos en el suelo—. Todo esto no es más que castillos en el aire.

Justo en ese momento el técnico de reparaciones del *swibble* regresó y llamó tímidamente a la puerta del vestíbulo una vez más.

El joven técnico de reparaciones estaba aturdido. Y se estaba empezando a alarmar.

—Discúlpeme, señor —comenzó sin preámbulos—. Veo que tiene visitas, pero he vuelto a examinar mis direcciones y esta es sin ninguna duda la dirección correcta —añadió lastimeramente—. Lo he intentado en algunos apartamentos más; nadie sabía de qué estaba hablando.

—Entre —le invitó Courtland. Se hizo a un lado, apartándose de entre el técnico de reparaciones y la puerta, y le condujo hacia la sala de estar.

—¿Es él? —dijo con dubitativa voz cavernosa Pesbroke, entrecerrando los ojos.

Courtland lo ignoró.

—Siéntese —le pidió al técnico de reparaciones del *swibble*. Por el rabillo del ojo pudo ver a Anderson, Hurley y MacDowell acercándose y a Parkinson dejando su *Fortune* y poniéndose rápidamente de pie. Se oía desde la cocina el sonido de la cinta corriendo por el cabezal de grabación... el cuarto había cobrado vida.

—Puedo venir en otro momento —dijo el técnico de reparaciones, preocupado, mirando el círculo de gente que se cerraba sobre él—. No quiero molestarle, señor, ahora que tiene visitas.

Sentado desmañadamente en el brazo del sofá, Courtland dijo:

—Este es tan buen momento como cualquier otro. De hecho, es el momento ideal. —Una desbocada sensación de alivio le inundó: ahora tenían una oportunidad—. No sé qué me pasó —continuó rápidamente—. Estaba confundido. Por supuesto que tengo un *swibble*; está en el comedor.

La cara del técnico de reparaciones se contrajo en un amago de carcajada.

—Oh, de verdad —dijo ahogadamente—. ¿En el comedor? Ese es chiste más gracioso que he oído en semanas.

Courtland miró a Pesbroke. ¿Qué demonios era tan gracioso de aquello? Entonces todo su cuerpo se tensó: sudores fríos bañaron su frente y las palmas de sus manos. ¿Qué demonios era un *swibble*? Quizás harían mejor preguntándolo directamente... o quizás no. Quizás estaban adentrándose en algo más profundo de lo que creían. Quizás —y no le gustó en absoluto la idea— estaban mejor sin saber nada.

—Me confundió —dijo— su terminología. No pienso en ello como *«swibble»* —terminó cautelosamente—. Sé que es la jerga popular, pero con tanto dinero involucrado, me gusta más pensar en ello por su nombre auténtico.

El técnico de reparación de *swibbles* parecía totalmente confundido, Courtland se dio cuenta de que había cometido otro error; aparentemente *swibble* era su nombre auténtico.

Pesbroke dijo:

—¿Cuánto tiempo lleva reparando *swibbles*, señor... —esperó, pero no salió respuesta de la blanca y delgada cara—. ¿Cuál es su nombre, joven? —exigió.

—¿Mi qué? —el técnico de reparación de *swibbles* se levantó a trompicones—. No le entiendo, señor.

Dios mío, pensó Courtland. Iba a ser mucho más difícil de lo que se había imaginado... más de lo que ninguno de ellos se había imaginado.

Airadamente, Pesbroke añadió:

—Usted tiene que tener un nombre. Todo el mundo tiene un nombre.

El joven técnico de reparaciones tragó saliva y bajó la vista hacia la alfombra con la cara ruborizada.

—Yo solo estoy en el grupo de servicio cuatro aún, señor. De forma que aún no tengo un nombre.

—No importa —dijo Courtland. ¿Qué tipo de sociedad concedía los nombres como un privilegio de *status*?—. Quiero asegurarme de que es usted un técnico de reparaciones competente —explicó—. ¿Cuánto tiempo lleva reparando *swibbles*?

—Seis años y tres meses —aseguró el técnico de reparaciones. El orgullo sustituyó al bochorno—. En el Instituto obtuve un 10 en aptitudes para el mantenimiento de *swibbles* —su pequeño pecho se hinchó—. Soy un hombre adecuado para los *swibbles* de forma innata.

—Perfecto —asintió Courtland ansiosamente, no podía creer que la industria fuese de tales proporciones. ¿Hacían test en los Institutos? ¿Consideraban el mantenimiento de *swibbles* como un talento básico, como la capacidad de trabajo con símbolos o la destreza manual? ¿Se había vuelto tan importante el trabajo con *swibbles* como el talento para la música o como la habilidad para concebir relaciones espaciales?

—Bien, —dijo vigorosamente el técnico de reparaciones, recogiendo su abultado equipo de herramientas—. Estoy listo para empezar. Debo estar de vuelta en la tienda lo antes posible... Tengo muchas más llamadas.

Sin miramientos, Pesbroke se levantó y se situó delante del enjuto joven.

—¿Qué es un *swibble*? —exigió—. Estoy cansado de darle vueltas estúpidamente al asunto. Dice que trabaja con esas cosas, ¿qué son? Es una pregunta bien sencilla; deben ser algo.

—Vaya —dijo el joven vacilando—. Quiero decir, es difícil de explicar. Suponga... bien, suponga que me pregunta qué es un perro o un gato. ¿Cómo puedo responder a eso?

—Así no vamos a llegar a ninguna parte —intervino Anderson—. Los *swibbles* se fabrican, ¿verdad? Entonces usted debe tener planos; entréguelos.

El joven técnico de reparaciones sujetó su maletín de herramientas a la defensiva.

—¿A qué viene todo esto, señor? Si esta es su idea de una broma... —se volvió hacia Courtland de nuevo—. Me gustaría empezar a trabajar; de verdad que no dispongo de mucho tiempo.

De pie en la esquina, con las manos metidas en los bolsillos, MacDowell dijo lentamente:

—He estado pensando en comprar un *swibble*. La mujer y las niñas creen que debemos tener uno.

—Oh, desde luego —se mostró de acuerdo el técnico de reparaciones. El color volvió a sus mejillas y continuó—. De hecho, estoy sorprendido de que aún no tenga un *swibble*, no puedo imaginar qué les sucede a ustedes. Están actuando todos de forma... extraña. ¿De dónde, si se me permite preguntar, son ustedes? ¿Porqué están tan... bien, desinformados?

—Esta gente —explicó Courtland— viene de una región del país donde no hay *swibbles*.

Inmediatamente la expresión del rostro del técnico de reparaciones se endureció con recelo.

—Oh —dijo mordazmente—. Interesante. ¿Qué región del país es esa?

Courtland había vuelto a decir algo incorrecto, lo sabía. Mientras titubeaba una respuesta, MacDowell se aclaró la garganta y continuó inexorablemente.

—De cualquier forma —dijo—, hemos estado pensando en comprar uno. ¿Lleva usted algún folleto? ¿Fotografías de diferentes modelos?

—Me temo que no, señor —respondió el técnico de reparaciones—. Pero si me da su dirección haré que el Departamento de Ventas le envíe la información. Y si usted quiere, un técnico especializado puede llamarle cuando le venga bien y describirle las ventajas de poseer un *swibble*.

—¿El primer *swibble* fue diseñado en 1963? —preguntó Hurley.

—Exactamente —las sospechas del técnico de reparaciones habían desaparecido momentáneamente—. Y justo a tiempo, además. Déjenme decirles esto: si Wright no hubiese conseguido hacer funcionar aquel primer modelo, no quedaría vivo ningún ser humano. Ustedes que no poseen *swibbles*, puede que no los conozcan, y ciertamente actúan como si no los conociesen, pero siguen vivos gracias al viejo R.J. Wright. Son los *swibbles* los que hacen que el mundo siga funcionando.

Abriendo su maletín negro, el técnico de reparaciones sacó raudamente un intrincado mecanismo de tubos y cables. Llenó un cilindro con un líquido claro, lo selló, presionó el émbolo y lo alineó.

—Comenzaré con una inyección de dx... que normalmente los devuelve a su estado operativo.

—¿Qué es dx? —preguntó inmediatamente Anderson.

Sorprendido por la pregunta, el técnico de reparaciones contestó:

—Es un concentrado alimenticio con alto contenido proteico. Hemos descubierto que el noventa y nueve por ciento de las llamadas para reparaciones en tan breve tiempo son el resultado de una dieta inapropiada. La gente simplemente no sabe cómo cuidar de sus nuevos *swibbles*.

—Dios mío —dijo Anderson en un susurro—. Están vivos.

La mente de Courtland entró en barrena. Se había equivocado, no era precisamente un técnico de reparaciones lo que había provocado que reuniese a todo aquel equipo. El hombre había venido a arreglar el *swibble*, de acuerdo, pero su profesión era ligeramente diferente de lo que había supuesto. No era un técnico de reparaciones, era un veterinario.

Mientras sacaba y preparaba instrumentos y medidores, el joven explicó:

—Los nuevos *swibbles* son mucho más complejos que los primeros modelos; necesito todo esto ya sólo para empezar. Pero échenle la culpa a la Guerra.

—¿La Guerra? —repitió Fay Courtland con aprehensión.

—No la primera guerra. La grande, en el '75. Aquella pequeña guerra del '61 no fue gran cosa realmente. Ya saben, supongo, que Wright era originalmente un ingeniero de la Armada, destinado en... bueno, creo que lo llamaban Europa. Creo que la idea le surgió debido a todos aquellos refugios llenos hasta los topes. Si, estoy seguro de que fue así. Durante aquella pequeña guerra del '61 fueron millones los que pasaron por ellos. Y luego de vuelta a sus procedencias. Dios bendito, la gente iba y venía entre los dos bandos... era para sublevarse.

—La historia no es mi fuerte —dijo Courtland con voz poco clara—. Nunca presté mucha atención en la escuela... la guerra del '61, ¿fue entre Rusia y América?

—Oh —dijo el técnico de reparaciones— fue entre todo el mundo. Rusia lideraba el bloque del Este, por supuesto. Y América el bloque Occidental. Pero todo el mundo estuvo involucrado. Pero, no obstante, esa fue la guerra sin importancia; no cuenta.

—¿Sin importancia? —preguntó Fay horrorizada.

—Bueno, —admitió el técnico de reparaciones—, supongo que en su momento les debió parecer muy importante. Pero lo que quiero decir es que quedaron edificios en pie, después de todo. Y sólo duró unos cuantos meses.

—¿Quién... ganó? —dijo ahogadamente Anderson.

El técnico de reparaciones se rió con disimulo.

—¿Ganar? Qué pregunta tan extraña. Bien, quedó más gente en el bloque del Este, si es lo que quiere decir. De cualquier forma, la importancia de la guerra del '61, y estoy seguro de que sus profesores de historia dejarían esto bien claro, fue que aparecieron los *swibbles*. R.J. Wright sacó su idea de los refugiados que iban de Campo en Campo que aparecieron en esa guerra. Así que en el '75, cuando la guerra de verdad llegó, tenía un montón de *swibbles*. —Pensativamente, añadió—: De hecho, yo diría que la guerra de verdad fue una guerra por los *swibbles*. Quiero decir, fue la última guerra. Fue la guerra entre la gente que quería los *swibbles* y aquellos que no los querían. —Con satisfacción, terminó diciendo—: Huelga decirlo, nosotros ganamos.

Después de un lapso, Courtland consiguió preguntar:

—¿Qué les sucedió a los otros? Aquellos que... no querían a los *swibbles*.

—Vaya —dijo finamente el técnico de reparaciones—, los *swibbles* se encargaron de ellos.

Temblando, Courtland dejó caer su pipa.

—No sabía eso.

—¿Qué quiere decir? —exigió saber con voz ronca Pesbroke—. ¿Cómo se encargaron de ellos? ¿Qué hicieron?

Atónito, el técnico de reparaciones sacudió la cabeza.

—No sabía que había tanta ignorancia en estos niveles. —Estar en la posición de experto le gustaba; sacando pecho, procedió a explicar al círculo de rostros atentos lo fundamental de la historia—. El primer *swibble* A-propulsado de Wright era tosco, por supuesto. Pero cumplía su propósito. Originalmente, era capaz de diferenciar a los refugiados en dos grupos: aquellos que eran trigo limpio realmente y aquellos que fingían. Aquellos que llegaban para después irse de vuelta a sus lugares de procedencia... que no eran realmente leales. Las autoridades querían saber cuales de los refugiados provenían realmente de Occidente y cuales eran espías y agentes secretos. Esa era la función original de los *swibbles*. Pero eso no es nada comparado con la actualidad.

—No —se mostró de acuerdo Courtland, petrificado—. Nada en absoluto.

—Ahora —dijo lisa y llanamente el técnico de reparaciones—, ya no se encargan de esas tareas tan vulgares. Es absurdo esperar hasta que un individuo haya abrazado una ideología contraria, y esperar entonces que la abandone. En cierto modo es irónico, ¿verdad? Después de la guerra del '61 realmente sólo había una ideología contraria: aquellos que se oponían a los *swibbles*.

Rió alegremente.

»Así que los *swibbles* diferenciaron a aquellos que no querían ser diferenciados por los *swibbles*. Oh, dios mío, esa fue toda una guerra. Porque no fue una guerra sucia, con muchas bombas y napalm. Fue una guerra científica, nada de hacer daño de forma aleatoria. Consistió en que los *swibbles* bajasen a los sótanos, ruinas y lugares escondidos y sacasen a la luz a las Contrapersonas una a una. Hasta que los tuvieron a todos ellos.

De esta forma ahora —terminó, recogiendo su equipo— no tenemos que preocuparnos por guerras ni nada de ese estilo. No habrá más conflictos, porque no tenemos ideologías contrarias. Como Wright demostró, no importa qué ideología tengamos; no importa si es Comunismo, Capitalismo, Socialismo, Fascismo o Esclavismo. Lo que es importante es que todos nosotros estemos completamente de acuerdo, que todos seamos absolutamente leales. Y desde que tenemos los *swibbles*... —guiñó un ojo significativamente a Courtland—. Bien, como nuevo poseedor de un *swibble* usted ya conoce las ventajas. Conoce la sensación de seguridad y satisfacción al saber con certeza que su ideología es totalmente congruente con la del resto del mundo. Que no hay ni una posibilidad, que ni por asomo puede estar descarriado... y de que algún *swibble* que pase por ahí se lo coma a usted.

Fue MacDowell quien logró acercarse a él primero.

—Sí —dijo irónicamente—. Ciertamente suena como lo que mi mujer, las niñas y yo queremos.

—Oh, debe tener un *swibble* propio —apremió el técnico de reparaciones—. Reflexione... si tiene su propio *swibble*, se ajustará a usted automáticamente. Le mantendrá en el buen camino sin esfuerzo ni jaleos. Siempre sabrá que no se va a desviar... recuerde el eslogan de los *swibbles*: ¿Por qué ser legal a medias? Con su propio *swibble*, su perspectiva será corregida sin dolor alguno... pero si está a la espera, si tiene la esperanza de estar en el camino correcto, oh, uno de estos días puede entrar en la sala de estar de un amigo y su *swibble* puede simplemente partirle en dos y sorberlo. Por supuesto —reflexionó— un *swibble* que pase por ahí también puede cogerle a tiempo de enderezarlo. Pero normalmente es demasiado tarde. Normalmente... —sonrió—. Normalmente la gente está más allá de la redención una vez que ha empezado.

—¿Y su trabajo —murmuró Pesbroke— es mantener a los *swibbles* operativos?

—Se desajustan, si se les deja a su aire.

—¿No es una especie de paradoja? —prosiguió Pesbroke—. Los *swibbles* nos mantienen ajustados y nosotros los mantenemos ajustados a ellos... es un círculo cerrado.

El técnico de reparaciones estaba intrigado.

—Sí, es una forma interesante de verlo. Pero debemos mantener controlados a los *swibbles*, por supuesto. Así no se mueren —tembló—. O aún peor.

—¿Mueren? —dijo Hurley, aún sin comprender—. Pero si realmente se fabrican... —frunciendo el ceño añadió—: O son máquinas o están vivos. ¿Cuál de ellas?

Pacientemente, el técnico de reparaciones explicó la física elemental.

—El germen *swibble* es un fenotipo orgánico cultivado en un medio proteínico bajo condiciones controladas. El tejido neurológico controlador que forma la base del *swibble* está vivo, ciertamente, en el sentido de que crece, piensa, se alimenta, excreta deshechos. Sí, definitivamente está vivo. Pero el *swibble*, como un todo funcional, es un objeto fabricado. El tejido orgánico se inserta en un contenedor principal que se sella. Yo ciertamente no reparo eso; le aporto nutrientes para restaurar un adecuado equilibrio dietético e intento ocuparme de los organismos parásitos que se cuelan

dentro. Trato de mantenerlo ajustado y sano. La estabilidad del organismo es, por supuesto, totalmente mecánica.

—¿El *swibble* tiene acceso directo a las mentes humanas? —preguntó Anderson, fascinado.

—Naturalmente. Es un metazoo telepático desarrollado artificialmente. Y con él, Wright resolvió el problema básico de los tiempos modernos: la existencia de diversas facciones ideológicas enfrentadas y beligerantes, la presencia de la deslealtad y la disensión. En palabras del famoso aforismo del General Steiner*: La guerra es una extensión de las discrepancias de las cabinas electorales al campo de batalla.* Y el preámbulo de la Carta Mundial de Derechos: *La guerra, si va a ser eliminada, debe ser eliminada de las mentes de los hombres, porque es en las mentes de los hombres donde comienzan las discrepancias.* Hasta 1963, no había forma de entrar en las mentes de los hombres. Hasta 1963, el problema era irresoluble.

—Gracias a Dios —dijo Fay claramente.

El técnico de reparaciones no la escuchó; estaba ensimismado con su propio entusiasmo.

—Pero mediante el *swibble*, hemos conseguido transformar el problema sociológico básico de la lealtad en una rutina técnica: de mero mantenimiento y reparación. Nuestra única preocupación es mantener los *swibbles* funcionando correctamente, el resto es cosa suya.

—En otras palabras —dijo Courtland débilmente— ustedes los técnicos de reparaciones son el único control que se ejerce sobre los *swibbles*. Ustedes representan a toda la humanidad frente a esas máquinas.

El técnico de reparaciones reflexionó.

—Supongo que sí —admitió modestamente—. Si, es correcto.

—Si no fuese por ustedes, ellos controlarían condenadamente bien a la raza humana.

El pecho huesudo se hinchó de complacencia, arrogancia confiada.

—Supongo que es cierto.

—Mire —dijo Courtland con voz poco clara. Sujetó al hombre por el brazo—. ¿Cómo demonios puede estar seguro? ¿Realmente están al mando?

Una descabellada esperanza crecía en su interior: mientras los hombres tuviesen poder sobre los *swibbles* había una oportunidad de devolver las cosas a su sitio. Los *swibbles* podían ser desarmados, desmontados pieza a pieza. Mientras los *swibbles* tuviesen que someterse a las reparaciones de los humanos quedaba un resquicio de esperanza.

—¿Qué dice, señor? —indagó el técnico de reparaciones—. Por supuesto que estamos al mando. No se preocupe. —Firmemente, se liberó de los dedos de Courtland—. Ahora, ¿dónde está su *swibble*? —paseó la vista por el cuarto—. Tendré que apurarme, no queda mucho tiempo.

—No tengo *swibble* —dijo Courtland.

Por un momento no se percató. Entonces una extraña e intrincada expresión atravesó el rostro del técnico de reparaciones.

—¿No tiene *swibble*? Pero usted me dijo...

—Algo ha salido mal —dijo Courtland con voz ronca—. No existen los *swibbles*. Es demasiado pronto... aún no han sido inventados. ¿Comprende? ¡Vino demasiado pronto!

Los ojos del joven se abrieron como platos. Aferrando su equipo, reculó dos pasos a trompicones, parpadeó, abrió su boca e intentó hablar.

—¿Demasiado... pronto? —Empezaba a comprender. De repente parecía mayor, mucho más viejo—. Ya me extrañaba. Todos los edificios intactos... el mobiliario arcaico. ¡La máquina de transmisión debe estar fuera de fase! —La furia le inundó—. Ese servicio instantáneo... Sabía que los envíos deberían haber seguido con el viejo sistema mecánico. Les dije que hiciesen test más potentes. Señor, nos va a costar un ojo de la cara; me sorprendería que siquiera consiguiésemos arreglar este desaguisado.

Agachándose con furia, metió precipitadamente su equipo en el maletín. Con un solo movimiento lo cerró y le echó llave, se enderezó y saludó respetuosamente a Courtland.

—Buenas tardes —dijo con frialdad. Y se desvaneció.

El círculo de observadores se quedó sin nada que observar. El técnico de reparación de *swibbles* se había marchado por donde había venido.

Después de un tiempo, Pesbroke se giró y señaló al hombre que estaba en la cocina.

—Puede perfectamente apagar la grabadora —murmuró lóbregamente—. No hay nada más que grabar.

—Buen Dios —dijo Hurley, temblando—. Un mundo dominado por máquinas.

Fay tiritó.

—No puedo creer que aquel hombrecito tuviese tanto poder; pensaba que era sólo un operario inexperto.

—Estaba por completo al mando —dijo Courtland amargamente.

El silencio les rodeó.

Uno de los niños bostezó somnolientamente. Fay se volvió de improviso hacia ellos y los llevó eficientemente de vuelta al cuarto.

—Es hora de que vosotros dos estéis en la cama —ordenó con falsa jovialidad.

Protestando de mala gana, los dos niños desaparecieron y la puerta se cerró. Poco a poco la sala de estar cobró vida. El hombre de la grabadora comenzó a rebobinar la cinta. La taquígrafa judicial recogió temblorosamente sus notas y guardó sus lápices. Hurley encendió un puro y se quedó de pie echando bocanadas caprichosamente, con el rostro lóbrego y sombrío.

—Supongo —dijo finalmente Courtland— que todos lo habremos dado por bueno, que hemos asumido que no es una broma.

—Bien —señaló Pesbroke—, él se desvaneció. Eso debería ser prueba suficiente. Y todos los trastos que sacó de ese maletín...

—Será dentro de nueve años —dijo pensativamente Parkinson, el electricista—. Wright ya debe haber nacido. Busquémosle y clavémosle un cuchillo.

—Ingeniero de la Armada —asintió MacDowell—. R.J. Wright. Debe ser posible localizarlo. Quizás podamos evitar que suceda.

—¿Cuánto tiempo creen que la gente como él podrá mantener bajo control a los *swibbles*? —preguntó Anderson.

Courtland se encogió de hombros con cansancio.

—Ni idea. Quizás años... puede que un siglo. Pero más tarde o más pronto sucederá algo, algo que no se esperan. Y entonces toda esa maquinaria depredadora acabará con todos nosotros.

Fay se estremeció intensamente.

—Suena horrible; me alegro de que no vaya a suceder por el momento.

—Tú y el técnico de reparaciones —dijo Courtland amargamente—. Mientras no os afecte a vosotros...

Los nervios a flor de piel de Fay terminaron por estallar.

—Lo discutiremos más tarde —sonrió nerviosamente a Pesbroke—. ¿Más café? Traeré más —girando sobre sus talones, salió apresuradamente de la sala de estar y entró en la cocina.

Mientras llenaba la cafetera de agua, el timbre de la puerta sonó quedamente.

Todo el mundo en el cuarto se estremeció. Se miraron entre ellos, mudos y horrorizados.

—Ha vuelto —dijo Hurley con voz poco clara.

—Quizás no sea él —sugirió Anderson sin mucha convicción—. Quizás son la gente de la cámara, por fin.

Pero ninguno de ellos fue hasta la puerta. Después de un lapso, el timbre volvió a sonar, durante más tiempo y más insistentemente.

—Tenemos que atenderlo —dijo petrificado Pesbroke.

—No seré yo —dijo temblorosamente la taquígrafa judicial.

—Este no es mi apartamento —apuntó MacDowell.

Courtland se acercó a la puerta tenso. Incluso antes de agarrar el tirador, sabía de qué se trataba. Enviado usando la transmisión instantánea reparada. Algo para llevar al personal y los técnicos de reparaciones directamente a sus destinos. Para que el control de los *swibbles* pudiese ser absoluto y perfecto, para que nada saliese mal.

Pero algo había salido mal. El control se había jugado una mala pasada a sí mismo. Había funcionado cabeza abajo, completamente sin control. Autoderrotándose, haciéndose inefectivo: era demasiado perfecto. Aferrando el tirador, abrió la puerta.

En el vestíbulo había cuatro hombres. Llevaban uniformes grises y gorras. El primero de ellos se quitó la gorra, miró una hoja de papel impreso y señaló educadamente con la cabeza a Courtland.

—Buenas tardes, señor —dijo alegremente. Era un hombre fornido, ancho de hombros, con una mata de poblado pelo castaño sobre su frente reluciente de sudor—. Nosotros... uh... estamos un poco perdidos, me temo. Nos ha llevado un rato llegar hasta aquí.

Mirando al interior del apartamento, ajustó su pesado cinturón de cuero, metió su hoja de instrucciones en su bolsillo y frotó sus grandes y competentes manos una contra la otra.

—Está abajo, en el maletero —anunció, dirigiéndose a Courtland y el resto de la gente de la sala de estar—. Díganme dónde lo quieren y lo subiremos. Necesitamos un sitio bien amplio, aquella pared de allí junto a la ventana podría valer.

Dándose la vuelta, él y sus hombres se dirigieron con bríos hacia el ascensor de servicio.

—Estos *swibbles* último modelo ocupan un montón de espacio.

EL CLIENTE PERFECTO

Sábado por la mañana a eso de las once, la señora Edna Berthelson estaba lista para emprender su pequeño viaje de negocios. Si bien se trataba de un acontecimiento semanal que requería cuatro valiosas horas de su tiempo, siempre hacía sola el lucrativo viaje, para no tener que compartir el secreto de su descubrimiento.

De eso se trataba, justamente; un verdadero descubrimiento, una racha de buena suerte. En los cincuenta y tres años que llevaba de conocimiento del comercio, nunca le había ocurrido nada semejante. En realidad, si contaba la época en que vivía su padre, más años aún hacía que estaba en los negocios, pero aquellos no podían computarse, ya que, tal como él mismo se lo había aclarado, sólo había sido tiempo de experiencia, pues no recibía pago alguno. Pero alguna vez comenzó a atender sus propios negocios, a desarrollar la habilidad de ocuparse de un pequeño comercio de campaña, a quitarle el polvo a los cuadernos, a desplegar el papel matamoscas, a despachar judías secas, y cuando hacía falta, espantar el gato que dormía sobre la lata de las galletas.

Ella y el negocio habían envejecido a la par. Hacía muchos años que el hombre corpulento de oscuras cejas que fuera su padre, había muerto. Los hijos que ella había engendrado, y los hijos de sus hijos, estaban dispersos por distintos lugares. Uno a uno habían venido a este mundo y después de vivir en Walnut Creek y de sudar en los veranos resecos, calcinados por el sol, se habían ido uno por uno, tal como habían venido. Cada año que pasaba tanto ella como el negocio cedían un poco, se asentaban algo más, se tornaban más frágiles, más adustos y también, más severos. Se volvían un poco más —y mutuamente— ellos mismos.

Esa mañana, bien temprano, Jackie le había dicho:

—Abuela, ¿adónde vas?

Por supuesto que sabía adónde iba. Saldría como siempre en el camión, en su viaje de todos los sábados. Pero le gustaba preguntárselo, de todos modos; la invariabilidad de la respuesta lo complacía. Era siempre la misma.

Pero la repetida respuesta a otra pregunta, también repetida, no le gustaba tanto. Era ésta: «¿Puedo ir contigo?» correspondía siempre la misma contestación: «No».

Edna Berthelson acarreaba afanosamente paquetes y voluminosas cajas desde la trastienda del negocio, hasta el ya desvencijado camión pick-up, oxidado y cubierto de polvo. El rojizo metal de sus costados aguantaba, paciente, calentándose al sol del mediodía. Cerca de las ruedas, algunos pollos escuálidos picoteaban entre el polvo. Una lanuda oveja blanca se había echado bajo el porche del negocio y observaba pasivamente la actividad general, con sus ojos indolentes y vacuos.

Algunos coches y camiones circulaban por el Boulevard Mount Diablo. Unos pocos granjeros y sus esposas hacían las compras caminando lentamente por la avenida Lafayette y mezclándose con pequeños comerciantes, peones de campo y algunas mujeres de la ciudad, vestidas alegremente con pantalones de tonos vivos, camisas estampadas, sandalias y pañuelos atractivos. Desde el frente del negocio, una radio transmitía con voz metálica canciones populares.

—Te hice una pregunta —dijo Jackie, indignado—, te pregunté adónde vas.

La señora Berthelson se agachó con dificultad, para levantar la última caja. La noche anterior el sueco Arnie se había ocupado de casi toda la

carga. Era un hombre corpulento, de pelo blanco, empleado para todo el trabajo pesado del negocio.

—¿Qué? —preguntó distraída la anciana, el rostro gris arrugado por la concentración—. Sabes perfectamente adónde voy.

Jackie la siguió, quejoso, mientras ella volvía al negocio para buscar su cuaderno de pedidos.

—¿Puedo ir? ¡Por favor! ¿No puedo acompañarte? Nunca me dejas ir; no permites que nadie vaya contigo.

—Claro que no —contestó en tono cortante la señora Berthelson—, a nadie le interesa.

—Pero yo quiero ir contigo —dijo Jackie, a título de explicación.

La astuta viejecilla volvió la cabeza gris y observó largamente al chico como un pájaro cansado y descolorido observa un mundo al que no entiende del todo.

—Lo mismo sucede con los demás —dijo la señora Berthelson, apretando los labios para reprimir una sonrisa—; pero nadie puede ir.

Enfurruñado, Jackie refugió su contrariedad en un rincón, las manos bien hundidas en los bolsillos del *jean*, empecinado en no participar en algo que le estaba vedado. La señora Berthelson no le prestó atención. Se colocó el raído suéter azul sobre los hombros escuálidos, buscó sus gafas de sol, cerró con cuidado la puerta de alambre tejido y con paso firme se dirigió al camión.

Hacer arrancar ese vehículo era un proceso bastante complicado. La mujer se sentó un rato tironeando malhumorada de la palanca, bombeando enérgicamente el embrague mientras esperaba impaciente que los dientes engranaran. Por fin, tras una sucesión de chirridos desagradables, los engranajes encajaron. El camión dio un pequeño barquinazo, la señora Berthelson puso entonces el motor en segunda y liberó el freno de mano.

Mientras la camioneta saltaba ronroneando por la senda para coches, Jackie se apartó de la sombra de la casa y corrió por un trecho junto al vehículo. No veía a su madre por ninguna parte. Lo único que había a la vista era la oveja adormecida y los dos pollos hambrientos; ni siquiera el sueco Arnie andaba por allí, tal vez había entrado a buscar una *Coca-Cola*. Era el momento oportuno. No se le presentaría otra ocasión igual. De todas maneras, tarde o temprano, tenía que ocurrir; estaba decidido a acompañar a su abuela.

Tomándose con fuerza de la chapa trasera del camión Jackie se dio un ágil impulso hacia arriba y se dejó caer, boca abajo, sobre las pilas de cajas y paquetes perfectamente embalados. Sentía bajo su cuerpo los barquinazos del vehículo. Jackie se agarró con todas sus fuerzas, como si de ello dependiera su vida, y cogiendo las cajas llevó las piernas hacia adelante hasta quedar en cuclillas, mientras trataba desesperadamente de no ser despedido hacia atrás. Poco a poco la marcha del vehículo se hizo más regular, y los saltos disminuyeron. Con un suspiro de alivio Jackie se acomodó para seguir el viaje.

¡Al fin lo había logrado! Aunque ella no lo supiera, estaba acompañando a la señora Berthelson en su secreto viaje semanal. Se sentía partícipe en una empresa misteriosa de la que, según decían, sacaba ganancias fabulosas. Nadie entendía bien esos viajes, y en los pliegues de su mente infantil él sabía que debía tratarse de algo maravilloso y aterrador al mismo tiempo. Bien valía la pena correr algún riesgo. Deseó con fervor que la anciana no se

detuviera en medio del camino para controlar la carga, de lo contrario estaría perdido.

Tellman preparó con esmero una taza de café. Primero, llevó una taza desde la lata llena de granos tostados hasta el tambor de gasolina que la colonia usaba para mezclar alimentos; después de arrojar el contenido allí, agregó un puñado de achicoria y algunas hebras de salvado. A pesar del temblor que agitaba sus manos sucias consiguió hacer fuego entre las cenizas y carbones que quedaban en el hoyo, bajo la parrilla de metal. Colocó sobre las llamas una cacerola de agua tibia y buscó una cuchara.

—¿Qué andas haciendo? —le preguntó desde atrás su mujer.

—Ah... —murmuró Tellman, escurriéndose nerviosamente entre Gladys y su preparación—. Paso el tiempo, nada más.

A su pesar, la voz pareció un gemido rezongón.

—Creo que tengo derecho a prepararme algo, ¿verdad? Como todo el mundo.

—Tendrías que ir a ayudar.

—Ya lo hice, pero creo que me disloqué algo en la espalda.

El hombre delgado, de edad mediana, se alejó incómodo del lado de su mujer, tironeándose los restos de la sucia camisa blanca.

—¡Maldito sea! Uno tiene derecho a descansar de vez en cuando.

—Podrás descansar cuando lleguemos —le reconvino Gladys monótonamente mientras cepillaba su pelo rubio oscuro—. Imagina, si todos fueran como tú... —agregó, en tono burlón.

Un rubor de indignación coloreó el rostro de Tellman.

—Después de todo, ¿quién trazó el trayecto? ¿Quién se encargó de todas las tareas de navegación?

Los labios resecos de la mujer se distendieron en una sonrisa irónica.

—Ya habrá ocasión de ver si esos mapas sirven de algo. Entonces podrás hablar —dijo.

Furioso, Tellman salió de la casilla y se zambulló bajo el sol cegador de la tarde.

¡Cómo detestaba ese sol! Estéril resplandor blanco que duraba desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche. La Gran Explosión había evaporado toda la humedad contenida en el aire; el sol castigaba sin piedad, nadie se salvaba de sus rayos, pero no quedaban muchos para que importara.

A su derecha estaba el grupo de casuchas que componía el campamento; mezcla heterogénea de cartones, láminas de metal, alambre y papel alquitranado, y algún que otro bloque vertical de hormigón armado. Todo lo que habían podido arrastrar desde San Francisco, a unos sesenta y cinco kilómetros hacia el oeste. Frazadas viejas y trapos se agitaban lúgubremente en las puertas, en un vano intento por proteger a la gente de las nubes de insectos que de tanto en tanto invadían el campamento. Los pájaros, enemigos naturales de los insectos, habían desaparecido. Hacía dos años que Tellman no veía un pájaro, y ya no esperaba volver a verlos. Más allá del campamento se extendían las negras cenizas muertas, la faz chamuscada del mundo, desprovista de accidentes, vacía de vida.

Habían asentado la colonia en una depresión natural del terreno. Un costado estaba protegido por las desmoronadas ruinas de lo que fuera alguna vez una cadena de montañas bajas. La sacudida de la explosión

había hecho estallar los gigantescos acantilados, y durante varios días, una lluvia interminable de rocas había descendido en cascada hasta el valle. Después del incendio que arrasó San Francisco, los sobrevivientes se habían arrastrado hacia los muros de grandes rocas buscando refugio del sol. No intentaban siquiera protegerse de los insectos ni de las nubes de cenizas radiactivas, ni de la furia blanca de las explosiones, sino del sol. Muchos más eran los muertos debidos a la deshidratación, la sed y la locura enceguecedora, que los causados por los gases tóxicos.

Tellman sacó del bolsillo de la camisa un precioso paquete de cigarrillos. Tembloroso, encendió uno. Sus manos sarmentosas, delgadas como garras, temblaban de cansancio, de ira, de tensión. ¡Cómo odiaba ese campamento y todos los que estaban en él, su mujer también! A veces se preguntaba si valdría la pena salvarlos. Tenía dudas. Casi todos se habían convertido en bárbaros. ¿Qué importaba si la nave podía o no salir? Para salvarlos había sudado día y noche, pensando, tratando de utilizar los escasos medios de que disponían. ¡Al diablo con todos!

Pero su destino estaba irremediablemente ligado al de los demás; si no se salvaban todos, él también estaba perdido.

Movió con esfuerzo las piernas entumecidas y se acercó a Barnes y Masterson, que conversaban.

—¿Cómo va todo? —preguntó ásperamente.

—Muy bien —repuso Barnes—, ya no falta mucho.

—Una carga más —dijo Masterson con un tic nervioso—. Espero que no nos falle. Ella debe llegar de un momento a otro.

Tellman detestaba el olor de animal sudoroso que emanaba del cuerpo gordo de Masterson. La situación en que estaban no era excusa para andar sucios como cerdos... En Venus las cosas serían diferentes. En esos momentos, Masterson y su habilidad mecánica eran muy valiosos, insustituible para montar una turbina y los chorros de la nave; pero después de aterrizar, después que saquearan la nave...

Tellman pensaba obsesionado en el restablecimiento de un orden justo. Simultáneamente con la destrucción de las ciudades, las jerarquías se habían derrumbado, las autoridades caducaron; ya llegaría el momento en que volverían a imponerse más fuertes que nunca. Allí estaba Flannery, por ejemplo. ¿Quién era Flannery sino un irlandés bocasucia, un estibador acostumbrado a vivir en casuchas? Pero dirigía la operación de cargar la nave, el trabajo más importante en ese momento. Flannery era el principal... por ahora. Pero las cosas podían cambiar.

Tendrían que cambiar, pensó Tellman para sí, tratando de consolarse mientras se apartaba de Masterson y Barnes para ir hacia la nave, que era enorme. A pesar de las cenizas llevadas por el viento y los rayos calcinantes del sol, conservaba aún su identificación, marcada en su parte delantera:

EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS. ARTILLERÍA. SERIE A-3.

En su origen había sido empleada como arma de alta velocidad para represalias masivas y, provista de una unidad H de guerra, estaba equipada para sembrar la muerte indiscriminadamente en territorio enemigo. El misil no había sido disparado nunca. Cristales tóxicos de origen soviético se habían introducido lentamente por las puertas y ventanas del comando

local. Cuando llegó el día del lanzamiento ya no había tripulación para llevarla a cabo. No tenía mucha importancia..., tampoco quedaban enemigos. Por muchos meses el cohete había estado sentado en sus nalgas y en esa posición estaba aún cuando los primeros refugiados tambaleantes buscaron abrigo en las montañas demolidas.

—Es bonito, ¿verdad? —preguntó Patricia Shelby, levantando la vista de su trabajo mientras sonreía legañosamente a Tellman.

La fatiga, el cansancio visual, marchitaron tempranamente el rostro bonito, de delicadas facciones, de la joven.

—Me hace recordar al tritón de la Feria Mundial de Nueva York —agregó.

—¡Dios mío! —dijo Tellman—, ¿aún recuerdas aquella época?

—Tenía ocho años solamente —dijo Patricia.

Protegida por la sombra de la nave, trabajaba controlando los relojes automáticos encargados de mantener constantes el aire, la temperatura y la humedad interior de la nave.

—Nunca lo olvidaré. Tal vez fue un presentimiento; cuando lo vi apuntando la nariz hacia el cielo, algo me dijo que algún día sería de gran importancia para todos.

—Para todos... Para los veinte que hemos quedado —agregó Tellman, que en un gesto espontáneo le ofreció el resto de su cigarrillo—. Toma, aquí tienes; creo que te vendrá bien.

—Gracias —dijo Patricia, y continuó trabajando, el cigarrillo entre los labios—. Me falta poco para terminar. ¡Dios, algunos relés son tan pequeños! —la chica levantó una microscópica lámina de plástico transparente y agregó—: Piensa un poco. Durante el tiempo en que todos estemos sin sentido, de esto dependerá la vida y la muerte de toda la humanidad —sus ojos azul oscuro se abrieron expresando un extraño asombro.

—Eres igual que Flannery —rezongó Tellman—, siempre balbuceando esa jerga idealista.

Sentado junto a Flannery y Jean Dobbs, el profesor John Crowley, ex jefe del Departamento de Historia de la Universidad de Stanford y líder de la colonia, examinaba el brazo supurante de un niño de diez años.

—Es consecuencia de las cenizas que están asentándose. Si no logramos irnos pronto de aquí, estamos listos —dijo.

—No es radiación —le corrigió Flannery con una seguridad recién adquirida en la voz— es envenenamiento por los cristales tóxicos. En las colinas ese polvo llega a la altura de las rodillas y el niño ha estado jugando por ese lugar.

—¿Es cierto? —preguntó Jean Dobbs.

El chico asintió, sin atreverse a mirarla.

—Tienes razón —dijo la mujer a Flannery.

—Ponle un poco de ungüento —dijo Flannery—, y ojalá se salve. Ya sabes que lo único que tenemos es un poco de sulfatiazol, a menos que hoy nos traiga la penicilina —agregó, poniéndose repentinamente tenso.

—Si no la trae hoy, nos quedaremos sin eso —afirmó Crowley—. Esta es la última carga y en cuanto la hayamos almacenado, debemos partir.

—Saquemos el dinero entonces —exclamó Flannery, restregándose las manos.

—¡Eso es! —contestó Crowley, sonriente.

Buscó a tientas en uno de los armarios de acero inoxidable usados como depósito, y extrajo un puñado de billetes. Sostuvo un manojo ante el rostro de Tellman y lo abanicó con ellos, incitándolo.

—Elige el que quieras. Llévatelo todo.

—Ten cuidado —dijo Tellman, nervioso—, probablemente nos aumente el precio de todo.

—¡Tenemos dinero de sobra! —exclamó Flannery, y tomando algunos billetes al azar los metió dentro de un cargamento a punto de ser enviado a la nave—. Ya ves cuánto llega de todas partes volando por el aire, mezclado con las cenizas y astillas de huesos. Cuando lleguemos a Venus no nos servirá para nada. Da lo mismo que se lo entreguemos todo a ella.

Tellman pensó en Venus. Cuando lleguemos allá, pensó furioso para sí, las cosas volverán a su cauce natural y Flannery tendrá que cavar zanjas, como le corresponde.

—¿Qué nos trae hoy? —preguntó dirigiéndose a Crowley y Jean Dobbs, sin prestar atención a Flannery—. ¿En qué consiste la última carga?

Flannery, un joven alto, delgado de cabello oscuro, se secó la transpiración de la frente que mostraba signos de una calvicie prematura.

—Revistas de historietas y algunas armónicas —contestó con aire soñador.

Crowley le guiñó el ojo.

—Una colección de ukeleles, así, cuando pasemos el día tendidos en las hamacas colgantes, tendremos acompañamiento musical para entonar distintas canciones.

—Y varillas calientes —le recordó Flannery—, para producir muchas burbujas en nuestro champagne cosecha ‘38.

—Son un par de... degenerados —dijo Tellman, hirviendo de ira.

Crowley y Flannery soltaron la risotada y Tellman se fue, echando chispas, agobiado por una nueva humillación. ¿Qué clase de imbéciles y lunáticos eran? Todavía tenían ganas de hacer chistes en momentos como el que estaban viviendo. Dirigió hacia la nave una mirada cargada de reproches y mal humor. ¿Qué clase de mundo iban a fundar?

La enorme nave centelleaba bajo el despiadado resplandor blancuzco. El gran tubo de aleación y mezcla de fibras protectoras sobresalía entre el grupo de chozas miserables. Un cargamento más y podrían despegar. Faltaba sólo un camión repleto de las provisiones que les traía su única fuente de recursos, y estarían listos. Esa lenta entrega de mercaderías libres de contaminación representaba la diferencia entre la vida y la muerte.

Tellman se volvió, esperando la llegada de la señora Berthelson y su destartalado camión rojo. Rogaba para sí que nada saliera mal. Ella era el frágil cordón umbilical que los unía a un pasado opulento y sano.

Bosquecillos de apetitosos albaricoques se extendían a ambos lados del camino. Moscas y abejas zumbaban embriagadas entre la fruta en descomposición, esparcida por el suelo. De vez en cuando aparecía un puesto de venta al costado del camino, atendido por niños que parecían sonámbulos. En las calzadas había muchos automóviles *Buick Oldsmobile* estacionados. Perros de campo vagabundeaban aquí y allá. En una intersección, una lujosa taberna ostentaba un aviso de luz fluorescente que parpadeaba continuamente, destacándose apenas bajo el sol pálido de la media mañana.

La señora Berthelson dirigió una mirada hostil a la taberna y a los coches estacionados a su alrededor. La gente de la ciudad se mudaba hacia los valles; cortaba los añosos cedros, echaba abajo las viejas quintas de árboles frutales, elegían su casa en los suburbios. Hacían un alto alegre en el camino para beber cócteles, y luego seguían conduciendo un poco alegres. Muchas veces conducían a más de ciento veinte kilómetros por hora sus fastuosos *Chryslers* con capota baja. Detrás del camión se había formado una columna de coches; no tardaron en hacerse a un lado y dejarlos atrás. Con el rostro endurecido, ella los dejó pasar, indiferente. Tenían su castigo por andar siempre deprisa. Si ella también se hubiese apresurado, como todos los demás, no habría tenido oportunidad de prestar atención a esa extraña habilidad que descubrió en sus viajes solitarios e introspectivos. Nunca habría podido descubrir que tenía capacidad de mirar *«hacia delante»*, jamás habría descubierto ese orificio en la urdimbre del tiempo que le permitía negociar tan fácilmente a precios exorbitantes. «¡Que se apuren, qué más da...!», pensó.

En la parte posterior del camión, la pesada carga saltaba rítmicamente. El motor ronroneaba; una mosca medio muerta zumbaba pegada al cristal posterior. Jackie disfrutaba del viaje, tirado entre las cajas y cartones, contemplando con satisfacción los árboles de albaricoque y los coches que pasaban. Contra un cálido cielo blanco y azul se elevaba el Mount Diablo, pared de fría roca. Velos de niebla se adherían a la cima, ya que la altura de la montaña era bastante considerable. Hizo una morisqueta a un perro que esperaba indolente, al costado del camino. Le dijo adiós con la mano al hombre de la Compañía de Teléfonos que reparaba las líneas desenrollando metros y metros de cable de una enorme bobina.

Súbitamente el camión tomó un recodo y salió de la carretera del estado, metiéndose por un camino lateral, de superficie negra. Ahora circulaban menos coches. El camión empezó a ascender por la montaña... Las ricas huertas fueron quedando atrás y en su lugar aparecieron chatos campos de color parduzco. Hacia la derecha había una granja destartalada; la miró con interés, pensando en qué año habría sido construida. Cuando eso se perdió de vista no volvió a ver nada hecho por la mano del hombre. Los campos estaban descuidados. De vez en cuando se veían restos de cercos destrozados, caídos; algunos avisos rotos, ilegibles. El camino se acercaba ya a la base de Mount Diablo... Muy poca gente venía por ese lado.

El chico se preguntó por qué el viaje de la señora Berthelson tomaba ese rumbo. Nadie vivía por allí. De pronto no hubo más campos, sólo matorrales y arbustos, campo abierto y salvaje, el costado escabroso de la montaña. Un conejo saltó ligeramente cruzando el camino casi inexistente. Excepto por alguna torre de los servicios estatales, no había nada; colinas y una amplia extensión de árboles y rocas esparcidas por todas partes; de vez en cuando algún depósito de agua. Vio una zona para picnic mantenida antes por el Estado, y ahora completamente abandonada.

El niño se sintió azuzado por el dedo del miedo. En ese lugar no podía haber clientes... Él había estado casi seguro que el desvencijado camión rojo los llevaría a alguna ciudad; que él y la carga irían a parar a San Francisco, a Oakland o a Berkeley, donde podría correr y ver cosas interesantes. Por estos lugares no había nada, sólo el desierto desolado, silencio y extraños presentimientos. Al llegar al pie de la montaña el aire se tornó helado. Tembló. En ese momento deseó no haber hecho el viaje.

La señora Berthelson aminoró la marcha y con un chirrido prolongado hizo el cambio de velocidad. Entre rugidos del motor y explosivos eructos de gases, el camión empezó a subir una empinada cuesta por un estrecho del sendero limitado por guijarros filosos y amenazantes. A lo lejos, un ave lanzó un chillido agudo; Jackie escuchó perderse el eco del canto, y se preguntó cómo haría para llamar la atención de su abuela. ¡Qué lindo sería viajar en la cabina...!

En ese momento lo vio; al principio no pudo creerlo, pero tenía que creerlo. Bajo su cuerpo, el contorno del camión empezó a desdibujarse. Se borraba lentamente, en forma casi imperceptible. El camión se tornaba más pálido; sus costados rojizos se volvieron grises, después incoloros y por último, el camino negro pudo verse bajo el camión transparente. Dominado ya por el pánico, el chico se aferró desesperadamente a la pila de cajas. Pero las manos pasaron entre las cosas; estaba navegando precariamente sobre un mar de formas vagas, fantasmas casi invisibles.

Una brusca sacudida lo hizo deslizarse hacia abajo. En ese momento quedó suspendido en la mitad del camión, justo encima del tubo de escape. Dando manotazos trató desesperadamente de sostenerse cogiéndose a las cajas que estaban encima de él.

—¡Socorro! —gritó.

El eco de su voz reverberó en torno. Era el único sonido, ya que el ruido del camión se estaba extinguiendo. Por último quedó aferrado a la forma esfumante del camión; después, suave y gradualmente la última imagen del camión se desvaneció del todo, y el niño cayó sobre el camino con un crujir espantoso de huesos.

El impacto lo hizo rodar entre los pastos secos, más allá de la cuneta. Sorprendido, mareado por el dolor y desconcertado, quedó unos minutos tirado, jadeante, hasta que trató débilmente de ponerse de pie. Todo era silencio; el camión y la señora Berthelson habían desaparecido. Estaba completamente solo. Cerró los ojos y continuó tendido, atontado de miedo.

Poco más tarde lo despertó el chirrido de unos frenos. Un camión anaranjado, cubierto de polvo, de una división de mantenimiento del Estado, se había detenido con un barquinazo; dos hombres con uniforme de color caqui descendieron para ayudarlo. Lo hicieron ponerse de pie de un tirón, mientras lo miraban serios y preocupados.

—¿Qué hacer por aquí? —le preguntaron.

—Me caí del camión —logró farfullar el niño.

—¿De qué camión? —preguntó uno de los hombres—. ¿Cómo sucedió?

¿Cómo podría explicarles? Lo único que sabía era que la señora Berthelson se había ido. Después de todo, no había logrado su propósito y ella continuaba el viaje sola, como siempre. Nunca podría saber adónde iba, y se quedaría sin descubrir quiénes eran sus clientes.

Prendida con fuerza al volante del camión, la señora Berthelson tuvo conciencia de que ya había ocurrido la transición. Tenía una vaga noción de que los campos parduzcos, las rocas y los matorrales verdes habían desaparecido. La primera vez que había seguido *«hacia delante»* el camión se había tambaleado sobre un mar de cenizas negras. La excitación que le provocaba el descubrimiento le había impedido «escudriñar» las condiciones del otro lado del orificio. Supo que había clientes y sin vacilar se dirigió rápidamente a través de la urdimbre para llegar primero. Sonrió satisfecha,

no había sido necesario apresurarse... Allí no había ninguna competencia. En realidad los clientes estaban tan ansiosos por hacer negocios con ella, que habían hecho lo imposible para facilitarle las cosas.

Los hombres habían construido una burda sección de camino hasta la zona de las cenizas; era una especie de plataforma de madera sobre la que rodaba el camión. Pero había descubierto el momento preciso de *«seguir adelante»*; era justo cuando el camión pasaba la alcantarilla de drenaje, un cuarto de kilómetro dentro de los límites del Parque del Estado. Allí todavía quedaban restos de la alcantarilla, un cúmulo desordenado de piedra destruida. Y el camino estaba totalmente hundido. Ya podía escuchar el crujir y el gemido de los toscos tablones bajo el peso del camión. Si pinchaba una llanta se vería en aprietos, aunque uno de ellos, con toda seguridad, podría arreglársela. Se pasaban el tiempo trabajando y una pequeña tarea más para ellos no significaba mucho. Ya podía verlos. De pie, al final de la plataforma de madera la esperaban con impaciencia. Detrás de ellos estaba el grupo de casuchas desvencijadas y malolientes, más atrás todavía, la nave.

Le importaba un bledo la nave que tenían. Sabía muy bien de qué se trataba: material robado al Ejército. Su mano huesuda apretó con fuerza la perilla de cambio de velocidad y puso el camión en neutral para hacerlo detener. Mientras los hombres se acercaban, empezó a tirar del freno de mano.

—...tardes —murmuró el profesor Crowley, clavando la mirada ansiosa en la parte posterior del camión; bultos, paquetes, cajas...

La señora Berthelson farfulló una respuesta ininteligible. Esos hombres le daban asco... Eran sucios, olían a sudor, a miedo, tenían las ropas cubiertas de mugre; parecían envueltos en un manto de desesperación del que nunca podrían despojarse. Se arracimaron en torno al camión como niños lastimosos, sorprendidos, tanteando ansiosamente los paquetes, bajándolos hasta el suelo negruzco sin esperar.

—Un momento —ordenó ella con voz áspera—. Dejen esas cosas donde están.

Retiraron las manos como si se hubieran quemado. La señora Berthelson descendió con firmeza del camión, tomó su hoja de inventario y caminó con afán hacia Crowley.

—Deben esperar —dijo ella—; primero debemos controlar los paquetes.

El asintió, dirigió una mirada a Masterson y mojándose los labios resecos se dispuso a esperar. Todos esperaban. Siempre era lo mismo. Ellos sabían, tan bien como ella, que era la única forma de obtener las provisiones. Si no las recibían así, la comida y los medicamentos y las ropas y los instrumentos y las herramientas y la materia prima no podrían salir en la nave.

En este mundo, en el mundo *«hacia delante»*, no existían esas cosas. Por lo menos no en una forma en que cualquiera pudiera disponer de ellas. Una sola mirada le había bastado para comprobarlo; podía ver las ruinas con sus propios ojos. No habían sabido cuidar su mundo. Lo habían desperdiciado, destruido, convertido en ruinas y cenizas negras. Bueno, era asunto de ellos que no le incumbía para nada.

Nunca se había interesado mucho en la relación entre el mundo de los otros y el propio. Le bastaba saber que ambos existían y que ella podía pasar del propio al de ellos y después volver. Era la única que sabía cómo hacerlo. En varias oportunidades, gente de este mundo, miembros del grupo con el

que comerciaba, habían tratado de *«volver hacia allá»* junto con ella, pero siempre habían fracasado. En el momento de la transición quedaban detrás. Era un poder especial, una facultad que sólo ella poseía; no era algo que pudiera compartirse, y eso le causaba alegría. Además, para una persona de negocios era realmente una facultad muy valiosa.

—Está bien —afirmó con vigor.

Parada en un punto desde el que podía observarlos, empezó a controlar cada caja, a medida que la sacaban del camión. Seguía siempre la misma rutina, precisa y justa; era parte de su vida. Por tanto tiempo como su memoria le permitía recordar, había efectuado negocios de una manera muy personal. Su padre le había enseñado a desenvolverse en el mundo comercial, y ella había aprendido muy bien sus reglas y principios rigurosos. Ahora no hacía más que ponerlos en práctica.

Flannery y Patricia Shelby estaban juntos, hacia un costado. Flannery tenía el dinero para pagar la entrega.

—Y bien —murmuró él entre dientes—, ya podemos decirle que se vaya y se tire en el río.

—¿Estás seguro? —preguntó Pat, nerviosa.

—Ya tenemos el último cargamento —dijo Flannery, sonriendo y alisándose los cabellos escasos con mano insegura—. Ahora podemos preparar el despegue. Con toda esta mercadería la nave estará repleta. Tal vez debamos sentarnos a comer algo de lo que tenemos ahora —dijo, señalando una caja de productos de almacén—: tocino, huevos, leche, café legítimo... Quizá no convenga ponerlos en el congelador, ¿por qué no hacer una orgía aquí, la última cena antes del vuelo?

—Sería maravilloso —dijo Pat, ávidamente—. Hace tanto tiempo que no disfrutamos de una buena comida...

Masterson se acercó a grandes pasos.

—¿Por qué no la matamos y la hacemos hervir en una gran olla? —dijo—. Vieja bruja y flaca..., tal vez haga buen caldo.

—Sería mejor en el horno —corrigió Flannery—, un poco de pan de jengibre para comer en el viaje.

—Quisiera que no hablaran de esa manera —dijo Pat, aprehensiva—. Es tan... Bueno, tal vez es una bruja; es decir, tal vez las brujas eran así..., viejas, poseedoras de extraños dones, como ella, que es capaz de pasar a través del tiempo.

—Por suerte para nosotros —dijo Masterson secamente.

—Pero ella no entiende, ¿no les parece? ¿Creen que sabe lo que hace? ¿Creen que siquiera se le ocurre que podría salvarnos compartiendo su habilidad? Quizá ni sabe lo que le sucedió a nuestro mundo y a nosotros, aquí, extraviados...

—Tal vez no lo sepa, o no le interese —sentenció Flannery, después de pensarlo—. Una mentalidad como la suya, que sólo ve los negocios y la posible ganancia, que sólo piensa en sacarnos fabulosas utilidades vendiéndonos estas cosas a precios increíbles... La ironía de la situación es que el dinero no significa nada para nosotros. Si ella pudiera ver, tendría que darse cuenta. En este mundo el dinero es un simple papel, pero ella sigue pegada a su mezquina rutina; negocios, ganancias —meneó la cabeza—. Una mente como la suya, distorsionada, del tamaño de una mosca..., y miren, ella posee ese único talento.

—Pero ella ve —insistió Pat—; ve las cenizas, las minas. ¿Cómo es posible que no sepa?

Flannery se encogió de hombros.

—Probablemente no lo relaciona con su propia vida. Después de todo, ¿cuánto más podrá vivir? Dentro de un par de años morirá y no podrá presenciar la guerra en su época verdadera, sólo verá este resultado, la realidad presente como una región que puede visitar, una especie de catálogo de viajes por tierras extrañas. Ella puede ir y venir, pero nosotros estamos atrapados. ¡Qué sensación de seguridad debe darle poder salir de un mundo y entrar en otro! ¡Dios, lo qué no daría yo por volverme como ella...!

—Ya se ha intentado —señaló Masterson—. Tellman, ese estúpido, trató de hacerlo y tuvo que volver a pie, cubierto de cenizas. Dijo que el camión se había esfumado.

—Así fue la cosa —dijo tímidamente Flannery—. La vieja lo condujo a Walnut Creek, de vuelta al año 1965.

Habían terminado de descargar el camión. Los miembros de la colonia subían fatigosamente por el declive, cargados con los cajones, hasta la zona de control que estaba al pie de la nave.

La señora Berthelson, acompañada de Crowley, se acercó a Flannery.

—Aquí está el inventario —dijo, sin titubear—; faltan algunas cosas, ya les dije que no tengo existencia de todo en mi negocio. Debo pedir casi todos los artículos.

—Sí, lo sabemos —dijo Flannery con calma, un poco divertido.

En realidad habría sido muy curioso encontrar un negocio de campo que tuviera microscopios, largavistas, tornos blindados, paquetes congelados de antibióticos, transistores de radio de alta frecuencia, libros de texto avanzados en todas las ramas de la ciencia.

—Por eso debo cobrarles un poco más —continuó la mujer, haciendo uso de la táctica habitual para extorsionar—, por los artículos que tengo que pedir a otros proveedores, para traérselos a ustedes.

Revisó el inventario y después devolvió la lista de diez páginas, escritas a máquina, que Crowley le había dado en la visita anterior.

—Faltan algunas cosas que no pude encontrar, pero las marqué para volver a pedirlas. Ese Laboratorio del Este dijo que los metales... Tal vez más adelante —una mirada astuta relampagueó en los viejos ojos grises—, y seguramente han de costar muchísimo.

—No importa —dijo Flannery, entregándole el dinero—; Puede cancelar ese pedido.

Al principio no cambió de expresión. No pareció comprender.

—No habrá más embarques —explicó Crowley.

Estaban libres de tensión. Por primera vez no le temían a vieja. La tenue relación había llegado a su fin. Ya no dependían del rojo camión oxidado. Habían recibido el último embarque, y estaban listos para irse.

—Vamos a despegar —dijo Flannery, riendo de oreja a oreja—. Ya tenemos todo.

De súbito comprendió.

—Pero yo he colocado pedidos por esos artículos —la voz chillona no revelaba emoción—; me los enviarán y tendré que pagarlos.

—Y bien —dijo Flannery, suavemente—. Vea usted qué mala suerte.

Crowley lo miró, tratando de prevenirlo.

—Lo siento —dijo a la anciana—. No podemos permanecer más tiempo aquí; este lugar es cada vez más peligroso. Debemos irnos lo antes posible.

La cara marchita pasó de una expresión de sorpresa, a otra de ira.

—Me han pedido esas cosas y tendrán que recibirlas —dijo, con un graznido de furia—. ¿Qué quieren que haga con todo eso?

Pat Shelby intervino para quitarle a Flannery la oportunidad de lanzarle una respuesta cruda.

—Señora Berthelson, ya es mucho lo que ha hecho por nosotros, aunque no quiso hacernos pasar por el orificio del tiempo. Le estamos muy agradecidos. De no ser por usted, no tendríamos las provisiones necesarias. Pero realmente debemos irnos —alargó la mano, tratando de tocar el hombro de la anciana, que se apartó furibunda—. Lo que deseo expresar —insistió Pat un poco torpemente—, es que no podemos quedamos más tiempo. Ya no se trata de si deseamos o no. ¿Ve usted toda esa ceniza negra? Pues bien, es radiactiva y lentamente se va filtrando, cada vez más. El nivel de envenenamiento se eleva constantemente; si nos quedamos un poco más, terminará por destruirnos.

La señora Berthelson continuaba de pie, apretando en su mano la hoja de inventario. Su rostro tenía una expresión desconocida para los presentes. Había desaparecido el violento espasmo de ira y en ese momento, una dura capa de frialdad parecía cubrir las viejas facciones. Los ojos, semejantes a piedras grises, no revelaban ningún sentimiento.

Flannery continuaba imperturbable.

—Aquí está su botín —le dijo, entregándole un puñado de billetes, y volviéndose hacia Crowley agregó—: ¡Qué diablos! ¿Y por qué no le damos también el resto? Metámoslo todo en su maldita garganta.

—Cállate —replicó Crowley.

Flannery se hizo hacia atrás, resentido.

—¿Con quién crees que estás hablando?

—¡Basta ya! —exclamó Crowley, tenso y preocupado.

Dirigiéndose a la vieja, trató de hacerla razonar.

—No pretenderá que nos quedemos aquí para siempre, ¿verdad?

La mujer no contestó. Volviéndose súbitamente, se dirigió al camión con paso decidido.

Masterson y Crowley se miraron, intranquilos.

—Ahora sí que se ha enojado —dijo Masterson con aprehensión.

Tellman llegó presuroso, miró a la vieja que subía al camión y se agachó para elegir entre los paquetes de productos de almacén, la cara enjuta iluminada por una intensa avaricia infantil.

—Mira —dijo, jadeando—. Es café; más de cinco kilos. ¿Por qué no abrimos una lata? ¿Puedo abrir una, para celebrar…?

—Por cierto —contestó Crowley con tono opaco, sin apartar los ojos del camión.

El vehículo describió una amplia curva y con un bronco rugido, ascendió por la rústica plataforma en dirección a las cenizas. Siguió rodando por sobre el blando polvo, se deslizó un corto trecho y luego desapareció. Sólo quedó la oscura planicie tétrica, castigada por el sol.

—¡Café! —exclamó alegremente Tellman, y arrojó la lata de metal brillante al aire para recibirla torpemente de vuelta.

—¡A celebrar! La última noche… Nuestra última cena en la Tierra.

Era cierto.

Mientras el rojo camión pick-up trotaba metálicamente por el camino, la señora Berthelson escudriñó el *«más adelante»* y comprobó que los hombres le habían dicho la verdad. Contrajo los labios delgados y sintió en la boca un ácido gusto bilioso. Había dado por sentado que continuarían comprándole siempre. No tenía competencia, era la única fuente de aprovisionamiento, pero ahora estaban listos para irse. Si lo lograban, no le quedarían más clientes.

¿Dónde podría encontrar un cliente tan satisfactorio como ese grupo? Era perfecto; el grupo de refugiados era el cliente perfecto. Tenía casi doscientos cincuenta mil dólares escondidos en la caja con llave, detrás del negocio, bajo las bolsas de reserva de granos. En el curso del mes la colonia prisionera le había ido entregando una verdadera fortuna, mientras trataba de reconstruir la nave.

Y pensar que ella lo había hecho posible. Ella era responsable de que estuvieran en condiciones de irse. Debido a su miopía, ahora estaban listos para escaparse. No había sabido emplear la cabeza.

Sentada al volante del camión, de regreso al pueblo, trató de calmarse, de pensar con serenidad. La culpa era exclusivamente suya; era la única capaz de llevarles provisiones, sin ella estaban indefensos.

Sin perder la esperanza empezó a mirar aquí y allá, como un pescador que arroja varios anzuelos, tratando de penetrar con su profundo sentido los *«más adelantes»* diversos. Porque había más de uno, por supuesto. Existía una trama intrincada de *«más adelantes»* distribuidos en distintos casilleros del tiempo. Podía elegir el que quisiera y penetrar en él. Pero en ninguno parecía hallar lo que deseaba. En todos encontraba planicies sombrías cubiertas de ceniza negra y desprovistas de vida humana. No había lo que ella buscaba: clientes.

Era muy compleja la trama de los *«más adelantes»* formada por eslabones entrelazados. Un paso llevaba al próximo..., pero no era posible pasar a cadenas paralelas.

Con sumo cuidado y gran precisión empezó la tarea de búsqueda a través de cada una de las cadenas. Había muchísimas... Una verdadera infinidad de posibles *«más adelantes»*. Tenía el poder de elegir, así como había tenido el poder especial de penetrar en aquella única y determinada cadena donde se apretujaba la colonia que trabajaba para reconstruir la nave. Al penetrar en ella, la había puesto de relieve; había logrado inmovilizarla en la realidad. La rastreó entre otras muchas, entre una verdadera multitud de posibilidades.

Ahora era preciso rastrear otra; ese determinado *«más adelante»* había resultado insatisfactorio; el mercado se había escabullido.

El camión entraba ya en el agradable pueblo de Walnut Creek, pasando ante negocios alegres, casas y supermercados, cuando al fin lo localizó. Había tantos, y su mente era tan vieja..., pero ya lo había elegido. Apenas lo encontró, supo que era el adecuado. Su innato sentido de los negocios lo confirmó; ese *«más adelante»* engranó perfectamente.

Había encontrado la única entre varias posibilidades. La nave estaba bien construida y había pasado todas las pruebas. Un *«más adelante»* tras otro, la nave se elevaba, parecía vacilar un poco hasta que la maquinaria automática arrancaba y después, con una gran explosión, salía hacia arriba hendiendo la atmósfera en pos de la estrella matutina. Unos pocos *«más adelantes»*

después, la nave estallaba en fragmentos blancos. Pero ella desdeñó esos *«más adelantes»*, no había en ellos ninguna ventaja.

En otros *«más adelantes»* en cambio, la nave no lograba despegar; las turbinas jadeaban, se producía una pérdida de gas y la nave quedaba clavada en el mismo lugar. Entonces los hombres empezaban a salir y se distribuían en distintas direcciones, iban hacia las turbinas en busca de las partes que podían haber fallado. Nada lograría ella pues, en segmentos posteriores de la cadena; los otros reparaban la avería de la nave y el despegue se cumplía, más tarde pero satisfactoriamente.

Pero había una cadena perfecta; en ella cada elemento, cada eslabón se desarrollaba a la perfección. Los cierres eran herméticos; la nave despegaba del terreno liso de negra ceniza. Cuando había ascendido a unos cuatro kilómetros, los chorros posteriores se desprendían. La nave vacilaba, entraba en una curva descendente ensordecedora y se dirigía de punta a la Tierra. El equipo de descenso de emergencia, diseñado para Venus, era arrojado hacia afuera. La nave perdía velocidad, planeaba durante minutos agonizantes, para chocar por último contra el cono de deshechos que fuera el Mount Diablo. Allí quedaban los restos de la nave; láminas de metal retorcido, humeando en medio del silencio desolador…

Los hombres salían de la nave, temblorosos y enmudecidos, dispuestos no obstante, a inspeccionar los daños. Era preciso volver a empezar la miserable y fútil tarea. Acumular provisiones, emparchar el cohete… La vieja sonrió para sí. Eso era lo que quería. Sería perfecto. Todo lo que debía hacer —una verdadera insignificancia—, era elegir la serie durante su próximo viaje. Sería el sábado próximo, cuando hiciera su pequeño viaje de negocios.

Crowley yacía semienterrado en las negras cenizas, frotándose débilmente una profunda herida en la mejilla. Se le había roto un diente y la encía le palpitaba. Sangre espesa le manaba de la boca y sentía el gusto salado del fluido orgánico que perdía irremediablemente. Trató de mover la pierna, pero no tenía sensibilidad. Rota. El aturdimiento, la desesperación, le impedían comprender.

Cerca de él, Flannery se movió en la penumbra. Se oyó un lamento de mujer. Heridos y agonizantes estaban dispersos entre las rocas y las partes destrozadas de la nave. Una silueta logró enderezarse, trastabilló y volvió a caer. Hubo un destello de luz. Era Tellman, abriéndose paso torpemente entre los restos descalabrados de su mundo. Miró a Crowley con expresión tonta, las gafas le colgaban de una oreja, le faltaba parte del maxilar inferior. De pronto cayó de bruces sobre un cúmulo humeante de provisiones. Su cuerpo flaco fue sacudido por una serie de convulsiones.

Crowley logró arrodillarse. Masterson se inclinó hacia él y oyó que le hablaba, repitiendo siempre las mismas palabras.

—Estoy bien —carraspeó Crowley.

—Nos hemos venido abajo; naufragamos.

—Lo sé.

La cara destrozada de Masterson reveló los primeros síntomas de histeria.

—Ustedes creen que…

—No —murmuró Crowley—, no es posible.

Masterson dejó escapar una risita tonta. Las lágrimas desteñían la mugre de sus mejillas; gruesos goterones le resbalaban por el cuello.

—Lo consiguió. Miren lo que ha logrado. Quiere que nos quedemos aquí.

No podía ser; simplemente, no era posible.

—Nos iremos —afirmó—. Vamos a juntar los restos y empezar de nuevo.

—Verán que volverá —dijo Masterson con voz temblorosa—. Ella sabe que la estamos esperando aquí. ¡Sus clientes!

—¡No! —volvió a decir Crowley, incrédulo, forzándose por no ver la realidad—. ¡Tenemos que irnos!

EL MODELO DE YANCY

Leon Sipling gruñó y empujo a un lado sus papeles de trabajo. En una organización formada por miles era el único empleado improductivo. Probablemente era el único hombre de Yancy en Calixto que no estaba haciendo su trabajo. El temor y las rápidas punzadas de la desesperación lo hicieron levantar la mano y llamar la atención del circuito de audio de Babson, el controlador general de la oficina.

—Cambio —dijo Sipling roncamente—, creo que estoy atorado, Bab. ¿Qué tal si corremos la Gestalt a través, hacia mi punto? Quizá pueda volver a tomar el ritmo. —Hizo un gesto débilmente—. Con el humo de otras mentes creativas.

Después de un momento, Babson intentó alcanzar el impulso de la sinapsis, su gran cara llena de desagrado.

—¿Obstaculizando el progreso, Sip? Esto tiene que ser integrado con el diario a la seis. La agenda precisa que el trabajo esté en las líneas de video durante el período de la hora de la comida.

El lado visual de la Gestalt había comenzado ya a formarse en la pantalla de la pared; Sipling volvió su atención hacia ella, agradecido de tener una oportunidad de escapar de la fría mirada de Babson.

La pantalla mostraba una imagen en tercera dimensión de Yancy, su típico perfil de tres cuartos, de la cintura hacia arriba. John Edward Yancy en su camisa desteñida, la camisa arremangada, los brazos marrones y velludos. Un hombre de mediana edad, al final de sus cincuentas, su cara bronceada por el sol, el cuello ligeramente rojo, una sonrisa que mostraba buena disposición, entrecerrando los ojos porque estaba mirando hacia el sol. Detrás de Yancy, la imagen fija de su patio, su garaje, su jardín de flores, el césped y la parte trasera de su limpia casa de plástico. Yancy le sonrió a Sipling: un vecino haciendo una pausa en la mitad de un día de verano, sudando por el calor y el ejercicio de cortar el césped, a punto de lanzar unos cuantos comentarios inocuos sobre el clima, el estado del planeta, la condición de su vecindario.

—Hey —dijo Yancy, por los audífonos instalados en el escritorio de Sipling. Su voz era queda y personal—. La cosa más curiosa le sucedió a mi nieto Ralf, la otra mañana. Saben cómo es Ralf; siempre llega a la escuela media hora antes; dice que le gusta estar en su asiento antes que nadie.

—El entusiasta de siempre —dijo Joe Pines, desde el escritorio de al lado, al alcance de la voz.

Desde la pantalla, la voz de Yancy siguió, confiada, amistosa y sin perturbarse:

—Pues bien, Ralf vio esa ardilla, estaba sentada ahí a un lado del camino. Se detuvo un rato y la miró. —La mirada de Yancy era tan real que Sipling casi creía en él. Podía, casi, ver la ardilla y al más joven y testarudo nieto de la familia Yancy, el chico familiar del familiar hijo de la persona más familiar, y amada, del planeta.

—Esta ardilla —explicó Yancy con su tono íntimo— estaba recogiendo nueces. Y, ¡caramba!, esto fue apenas el otro día, apenas a la mitad de junio. Y aquí estaba la pequeña ardilla… —con sus manos hizo un gesto para indicar el tamaño— recogiendo esas nueces y guardándolas para el invierno.

Y entonces, las facciones divertidas, anecdóticas, en la cara de Yancy se desvanecieron. Una mirada pensativa y seria las sustituyó: un gesto lleno de significado. Sus ojos azules oscurecidos (un buen trabajo con el color). Su mandíbula se volvió más rígida, más imponente (un buen maniquí realizado por el equipo de los androides). Yancy parecía más viejo, más solemne y maduro, más impresionante. Detrás de él, la escena del jardín se había sacudido y un fondo diferente se filtraba en ella; Yancy ahora estaba firmemente erguido en un paisaje cósmico, entre montañas, nubes y enormes bosques antiguos.

—Me hizo pensar —dijo Yancy, y su voz era más profunda, más lenta—. Esa ardilla. ¿Cómo sabía que el invierno se acercaba? Ahí estaba, trabajando duramente, preparándose para su llegada. —La voz de Yancy se elevó—. Preparándose para el invierno que nunca había visto.

Sipling se tornó rígido y *se preparó;* aquí seguía. Desde su escritorio, Joe Pines, sonrió y gritó:

—¡Prepárense!

—Esa ardilla —dijo Yancy solemnemente—, tenía fe. No, nunca había visto signo alguno del invierno. Pero sabía que el invierno estaba llegando. —la mandíbula reacia se movió; una mano se empezó al alzar lentamente…

Y entonces la imagen se detuvo. Se congeló, inmóvil y en silencio. Sin palabras; el sermón había terminado abruptamente, a la mitad de un párrafo.

—¡Eso es todo! —dijo Babson bruscamente, filtrándose su voz a través de la imagen detenida de Yancy—. ¿Necesitas alguna ayuda?

Sipling manoseó con rigidez sus papeles de trabajo.

—No —admitió—, realmente no necesito ayuda. Pero… me las arreglaré para que funcione.

—Eso espero. —La cara de Babson se oscureció peligrosamente y sus pequeños ojos maliciosos parecieron volverse más pequeños—. ¿Cuál es el problema contigo? ¿Problemas en casa?

—Estaré bien —murmuró Sipling, transpirando—. Gracias.

Sobre la pantalla permanecía la imagen desteñida de Yancy, a punto de terminar de decir la palabra «llegando». El resto de la Gestalt estaba en la cabeza de Sipling: el continuo fluido de palabras y de gestos no había funcionado ni había alimentado el producto compuesto. La contribución de Sipling se había perdido y así la Gestalt completa se había estropeado al no poder seguir la trayectoria.

—Cambio —dijo Joe Pines incómodo—. Con gusto me hago cargo, por hoy. Desconecta tu escritorio del circuito y yo me conectaré.

—Gracias —murmuró Sipling—, pero soy el único que puede terminar esta maldita parte. Es la gema central.

—Deberías tomarte un descanso. Has estado trabajando muy duro.

—Sí —estuvo de acuerdo Sipling, al punto de la histeria—. He estado un poco bajo presión.

Eso era obvio; todo mundo en la oficina podía darse cuenta. Pero sólo Sipling sabía por qué. Y luchaba con todas sus fuerzas para no vociferar a gritos el motivo desde lo más profundo de sus pulmones.

El análisis básico del ambiente político en Calixto era preparado por el equipo de computación de la Policía Niplan en Washington DC; pero la evaluación final era hecha por técnicos humanos. Las computadoras de Washington habían determinado que la estructura política de Calixto estaba evolucionando hacia un estado totalitario, pero no podían decir que indicaba eso. Los seres humanos eran requeridos para clasificar el movimiento como maligno.

—No es posible —protestó Taverner—. Hay un constante tráfico industrial de salida y entrada en Calixto; excepto por el sindicato de Ganímedes que ha reprimido el comercio planetario. Lo sabríamos tan pronto como algo encubierto comenzara a tomar lugar.

—¿Pero cómo lo sabríamos? —preguntó Kellman, el director de la Policía.

Taverner señaló las hojas con datos, gráficos y esquemas de figuras y porcentajes que cubrían las paredes de las oficinas de la Policía Niplan.

—Lo mostrarían de cientos de maneras. Levantamientos terroristas, prisioneros políticos, Campos de Exterminio. Oiríamos sobre retractaciones políticas, traiciones, deslealtad... todos los puntales básicos de una dictadura.

—No confundan una sociedad totalitaria con una dictadura —dijo Kellman secamente—. Un estado totalitario alcanza cada esfera de la vida de sus ciudadanos, moldea sus opiniones en cada tema. El gobierno puede ser una dictadura, *o* un parlamento, *o* un presidente electo, *o* un concilio de sacerdotes. Eso no importa.

—Correcto —dijo Taverner, apaciguado—. Iré. Formaré aquí un equipo de trabajo y veré qué están haciendo.

—¿Pueden hacerse ver como calixtanos?

—¿Cómo lucen?

—No estoy seguro —admitió Kellman pensativo, mirando de reojo las elaboradas tablas en la pared—. Pero como sea, están comenzando a verse muy normales.

Entre sus pasajeros, la nave interplanetaria de vuelo comercial que aterrizaría en Calixto, llevaba a Peter Taverner, a su esposa y sus dos hijos.

Con un gesto de preocupación él divisó la figura de los oficiales locales aguardando a la salida del casco de la nave. Los pasajeros iban a ser escrutados minuciosamente; conforme la rampa descendía, el grupo de oficiales se adelantó.

Taverner se detuvo y reunió a su familia.

—Ignóralos —le dijo a su esposa—. Nuestros papeles nos permitirán seguir adelante.

Documentos preparados por expertos los identificaban como un especulador en metales no férricos, buscando un mercado de mayoreo donde dar salida a su producción. Calixto era un punto obvio para aterrizar y realizar operaciones minerales; un constante flujo de empresarios ávidos y

ricos llegaba y partía, acarreando materia prima de las lunas sin explotar, trayendo equipo minero de los planetas interiores.

Cautelosamente, Taverner arregló su abrigo sobre su brazo. Un hombre de fuerte complexión, de más de treinta años, podía pasar por un operador de negocios exitoso. Su traje cruzado era caro, pero conservador. Sus grandes zapatos brillaban lustrosos. Todo había sido considerado, probablemente lo conseguiría. Mientras él y su familia avanzaban hacia la rampa de salida, aparentaban una imitación perfecta y exacta de la clase negociante que venía al planeta.

—Estado de sus negocios —demandó un oficial vestido de verde, alzando un lápiz. Tablas de identificación eran consultadas, se tomaban fotografías, se hacían grabaciones. Comparaciones de la pauta cerebral también eran realizadas: la rutina usual.

—Empresario en metales no férricos —comenzó Taverner, pero un segundo oficial lo interrumpió bruscamente.

—Usted es el tercer policía esta mañana. ¿Qué se traen entre manos, ustedes, la gente de la Tierra? —El oficial miró intensamente a Taverner—. Nos están llegando más policías que ministros.

Tratando de mantener su pose, Taverner respondió llanamente:

—Estoy aquí para tomarme un descanso. Alcoholismo agudo... nada oficial.

—Eso es lo que dijo su compañero. —El oficial sonrió con humor—. Bueno, ¿qué daño hará un policía de la Tierra más? —Deslizó las barreras de protección e hizo un gesto a Taverner y a su familia para que pasaran—. Bienvenidos a Calixto. Diviértanse... que disfruten su estancia en la Luna del Sistema con más rápido crecimiento.

—Prácticamente un planeta —comentó irónicamente Taverner.

—Cualquier día de estos. —El oficial examinó algunos reportes—. De acuerdo con nuestros amigos en su pequeña Organización, están tapizando las paredes de su oficina con gráficos y tablas sobre nosotros. ¿Somos tan importantes?

—Interés académico —dijo Taverner; si habían tenido tres aciertos eso implicaba que el equipo completo había sido atrapado. Las autoridades locales estaban obviamente interesadas en detectar infiltraciones... el darse cuenta de ello le produjo escalofríos.

Pero lo estaban dejando entrar. ¿Por qué estaban *tan* confiados?

Las cosas lucían bien. Buscando en los alrededores un taxi, se preparó con ánimo implacable para llevar a cabo el trabajo de integrar a los miembros dispersos del equipo y formar una unidad operativa.

Esa noche, en el bar *Stay-Lit* en la calle principal del distrito comercial del pueblo, Taverner se encontró con dos de los miembros del equipo. Inclinados sobre sus whiskys cortados, compararon notas.

—He estado aquí casi por doce horas —puntualizó Eckmund, mirando impasible las hileras de botellas en el lóbrego fondo del bar. El humo de los puros se mezclaba en el aire; la máquina de música automática sonaba en la esquina con un toque metálico y apagado—. He estado caminando por el pueblo, mirando todo, haciendo observaciones.

—Yo —dijo Dorser— he estado en la biblioteca de videocintas. Averiguando el mito oficial y comparándolo con la realidad calixtana. Y

hablando con los eruditos… gente educada que remolonea en los cubículos lectores.

Taverner tomó un sorbo de su bebida.

—¿Algo de interés?

—Conoces la primitiva prueba de la regla del pulgar —dijo Eckmund, irónicamente—, anduve haraganeando en la esquina de un barrio bajo hasta que conseguí entablar conversación con algunos personas que esperaban el autobús. Comencé golpeando a las autoridades: quejándome del servicio de transporte, de las fallas en el alcantarillado, de los impuestos, de todo. Estuvieron de acuerdo. Honestamente. Sin dudas. Y sin miedo.

—El gobierno legal —comentó Dorser— está constituido a la vieja usanza típica. Sistema de dos partidos, uno más conservador que otro… sin diferencias fundamentales, desde luego. Pero ambos eligen candidatos en elecciones primarias abiertas, las papeletas circulan y todos los votantes tienen acceso a ellas. —Un espasmo de diversión surcó su rostro—. Esto es un modelo de democracia. Leí los libros de texto. Nada más allá de las frases idealistas: libertad de expresión, de asamblea, de religión… de empleo. La misma vieja gramática de los libros escolares.

Los tres se quedaron en silencio por un momento.

—Hay cárceles —dijo Taverner lentamente—. Cada sociedad tiene violaciones a las leyes.

—Visité una —dijo Eckmund, eructando—, ladrones de poca monta, asesinos, defraudadores, pandilleros… lo usual.

—¿No había prisioneros políticos?

—No —dijo Eckmund elevando su voz—. Podríamos discutir esto a gritos. A nadie le importa… a las autoridades no les importa.

—Probablemente cuando nos marchemos metan a la cárcel a varios miles —Dorser murmuró de manera pensativa.

—Por Dios —replicó Eckmund—, la gente puede abandonar Calixto en el momento en que ellos lo deseen. Si estás operando un estado policial tienes que mantener tus fronteras cerradas. Y éstas están totalmente abiertas. La gente entra y sale.

—Quizá hay una sustancia química en el agua —sugirió Dorser.

—¿Cómo diablos pueden tener una sociedad totalitaria sin terrorismo? —demandó retóricamente Eckmund—. Lo juro… aquí no hay Policía del Pensamiento. No hay absolutamente temor alguno.

—De alguna manera se ejerce alguna presión —insistió Taverner.

—No por la policía —dijo Dorser de manera enfática—. No por la fuerza y la brutalidad. No por arrestos ilegales, encarcelamientos y Campos de Trabajo Forzado.

—Si este es un estado policíaco —dijo Eckmund reflexivamente— debería haber alguna clase de movimiento de resistencia. Alguna clase de grupos subversivos tratando de bloquear a las autoridades. Pero en esta sociedad eres libre de quejarte; puedes comprar tiempo en la televisión o en las estaciones de radio, comprar espacio en los diarios y expresar lo que quieras. —Se encogió de hombros—. Así que, ¿para qué habría de haber un movimiento de resistencia clandestino? Suena tonto.

—Sin embargo —dijo Taverner—, esta gente está *viviendo* en una sociedad con los efectos de un solo partido político con una línea partidista, con una ideología oficial. Muestran los rasgos de un estado totalitario cuidadosamente controlado. Son conejillos de Indias… lo sepan o no.

—¿No se darían cuenta?

Confundido, Taverner sacudió su cabeza.

—Tendría que pensar. Hay algún mecanismo que no estamos comprendiendo.

—Todo es abierto. Podemos mirar donde queramos.

—Debemos estar mirando por el lado equivocado. —Indolentemente, Taverner le echó un vistazo a la televisión del bar. La rutina de una chica desnuda cantando y bailando había terminado; ahora, los rasgos de un hombre se formaban en la pantalla. La cara agradable y redondeada de un hombre a mediados de su cincuenta, con unos ojos azules, inocentes, un gesto casi infantil en sus labios, una franja de cabello marrón rodeando sus orejas ligeramente grandes.

—Amigos —la imagen en la televisión retumbó—, es bueno estar con ustedes de nuevo, esta noche. Creo que debo charlar un poco con ustedes.

—Un comercial —dijo Dorser, señalando al robot tabernero para que le sirviera otra bebida.

—¿Quién es? —preguntó Taverner con curiosidad.

—¿Ese viejo excéntrico de aspecto amable? —Eckmund examinó sus notas—. Es una especie de comentarista popular, con el nombre de Yancy.

—¿Es parte del Gobierno?

—No que sepa. Es un tipo de filósofo casero. Conseguí una biografía de él en una tienda de revistas. —Eckmund le pasó el panfleto de colores chillones a su jefe—. Un hombre totalmente ordinario, como puedo ver. Fue un soldado; se distinguió en la Guerra de Marte contra Júpiter… en una misión en el campo de batalla. Fue ascendido al rango de mayor —se encogió con indiferencia—. Es una especie de almanaque parlante. Hace comentarios sustanciosos sobre cualquier tema. Experiencia de viejos: cómo curar un resfriado en el pecho. Cuál es el problema allá con la Tierra.

Taverner examinó el folleto.

—Sí, vi su imagen por los alrededores.

—Es una figura muy popular. Amado por las masas. Es el hombre del pueblo… habla por ellos. Cuando estaba comprando cigarrillos, me di cuenta que apoya una marca particular. Una marca muy popular, ahora; ha sacado del mercado a sus competidores. Lo mismo sucede con la cerveza. El escocés en este vaso es probablemente de la marca que apoya Yancy. Lo mismo con las pelotas de tenis. Sólo que no juega tenis… juega croquet. Todo el tiempo, cada fin de semana. —Aceptando su fresca bebida, Eckmund finalizó—: Así que ahora todo el mundo juega croquet.

—¿Cómo puede ser el croquet un deporte planetario? —preguntó Taverner.

—Este no es un planeta —puntualizó Dorser—. Es una luna de mala muerte.

—No según Yancy —dijo Eckmund—. Tenemos que pensar en Calixto como en un planeta.

—¿Cómo? —preguntó Taverner.

—Espiritualmente, es un planeta. A Yancy le gusta que la gente adopte una visión espiritual de todo. Para él es muy importante Dios, la honestidad en el gobierno, trabajar duramente y el ahorro. Está saturado de perogrulladas.

La expresión del rostro de Taverner se endureció.

—Interesante —murmuró—. Tengo que dejarme caer por ahí y encontrarme con él.

—¿Para qué? Es el tipo más aburrido y mediocre que pudieras concebir.

—Quizá —respondió Taverner—, eso es por lo cual estoy tan interesado.

Babson, enorme y amenazante, se topó con Taverner a la entrada del Edificio Yancy.

—Desde luego que usted puede conocer al señor Yancy. Pero es un hombre ocupado... haré lo posible por conseguirle una cita. Todo mundo quiere conocer al señor Yancy.

Taverner no estaba impresionado.

—¿Cuánto tiempo tengo que esperar?

Mientras cruzaban el vestíbulo hacia los elevadores, Babson hizo un cálculo—: Oh, digamos que unos cuatro meses.

—¡Cuatro meses!

—John Yancy es el hombre vivo más popular.

—Quizá lo sea por aquí —comentó enojado Taverner, mientras entraban al elevador atestado—. Nunca había oído de él antes. Si es tan popular, ¿cómo es que no ha sonado su nombre en Niplan?

—Realmente —admitió Babson, en un murmullo ronco y confidencial—. No puedo imaginar lo que la gente ve en Yancy. En mi opinión Yancy es sólo una gran bolsa llena de aire. Pero la gente de por aquí lo disfruta. Después de todo, Calixto es... provincial. Yancy apela a cierto tipo de mente rural... a gente que le gusta el mundo simple. Me temo que la Tierra sería demasiado sofisticada para Yancy.

—¿Lo han intentado?

—Aún no —contestó Babson. Reflexivamente, agregó—: Quizá más tarde.

Mientras Taverner estaba analizando el significado de las palabras del enorme hombre, el elevador cesó de ascender. Los dos entraron en un lujoso salón alfombrado, iluminado por luces ocultas. Babson empujó una puerta para abrirla, y entraron en una oficina grande y llena de actividad.

Adentro, una pantalla con la Gestalt de Yancy estaba en progreso. Un grupo de hombres de su equipo la observaban en silencio, las caras alertas y críticas. La Gestalt mostraba a Yancy sentado en su escritorio de roble pasado de moda, en su estudio. Era obvio que había estado trabajando en algunas ideas filosóficas; regados sobre el escritorio había libros y papeles. Una expresión meditabunda cubría el rostro de Yancy; estaba sentado con las manos sobre la frente, sus rasgos deformados en un solemne gesto de meditación.

—Esto es para el siguiente domingo por la mañana —explicó Babson.

Los labios de Yancy comenzaron a moverse y a hablar:

—Amigos —comenzó con su amistosa voz personal, profunda e íntima—, he estado sentado aquí en mi escritorio, bueno, de la misma manera en que ustedes se sientan en sus salas. —Un cambio en la imagen de la cámara se llevó a cabo; mostró la puerta abierta del estudio de Yancy. En la sala estaba la familiar imagen de la esposa de Yancy, con su dulce rostro; estaba sentada en un cómodo sillón, bordando y cosiendo. Sobre el piso, su nieto Ralf jugaba con las cartas al juego más familiar de entonces. El perro de la familia dormitaba en un rincón.

Uno de los hombres de Yancy hizo una anotación sobre su libreta. Taverner le echó un vistazo con curiosidad, confundido.

—Desde luego, estaba yo con ellos —continuó Yancy, sonriendo brevemente—. Estaba leyéndole la parte más divertida a Ralf. Él estaba sentado sobre mis rodillas. —El fondo se fue desvaneciendo para ser reemplazado por una escena donde se veía a Yancy sentado con su nieto sobre las rodillas. Luego la toma del escritorio y del estudio regresó—. Estoy enormemente agradecido con mi familia que se ha vuelto un pilar de fuerza y sostén. —Otra anotación fue hecha por uno de los hombres de Yancy.

—Sentado aquí, en mi estudio, esta maravillosa mañana de domingo —retumbó Yancy—, me doy cuenta de la suerte que tengo de estar vivo, de tener este adorable planeta con sus bellas ciudades y casas, todas las cosas que Dios nos ha dado para disfrutar. Pero debemos ser cuidadosos. Debemos asegurarnos de no perderlas.

Un cambio había tenido lugar en Yancy. Le parecía a Taverner que la imagen se estaba alterando sutilmente. No era el mismo hombre; la nota de buen humor se había ido. Este era un hombre más viejo, más grande. Un padre de mirada serena, hablándoles a sus hijos.

—Amigos míos —entonó Yancy—, hay fuerzas que podrían debilitar este planeta. Todo lo que hemos construido para nuestros seres queridos, para nuestros hijos, *podría sernos arrebatado esta misma noche.* Debemos aprender a estar vigilantes. Debemos proteger nuestras libertades, nuestras posesiones, nuestra forma de vida. Si nos dividimos, y empezamos a discutir entre nosotros, seremos presa fácil de nuestros enemigos. Debemos trabajar juntos, mis amigos.

»Eso es lo que he estado pensando esta mañana de domingo. *Cooperación. Trabajo en equipo.* Debemos estar seguros, y para estar seguros, debemos ser un pueblo unido. Esa es la clave, mis amigos, la clave para una vida de mayor abundancia. —Señalando hacia su ventana, afuera, hacia el césped del jardín, dijo—: Saben, estaba…

La voz se desvaneció. La imagen quedó congelada. Las luces de todo el salón se encendieron, y los hombres de Yancy se movieron en una murmurante actividad.

—Bueno —uno de ellos dijo—. Bastante, al menos. ¿Pero dónde está el resto?

—Ha sido Sipling de nuevo —contestó otro—. Su trozo aún no ha llegado. ¿Qué es lo que está mal con este tipo?

Frunciendo el ceño, Babson se separó:

—Perdóneme —le dijo a Taverner—. Tengo que pedirle disculpas… problemas técnicos. Es libre de mirar por los alrededores, si lo desea. Puede tomar cualquiera de los folletos… los que desee.

—Gracias —dijo Taverner con incertidumbre. Estaba confundido; todo *parecía* inofensivo, incluso trivial. Pero algo básico marchaba mal.

Con desconfianza, comenzó a merodear.

Era obvio que John Yancy había pontificado sobre cada tema conocido. Se podían conseguir opiniones de Yancy sobre cada tópico imaginable… el arte moderno, o el uso del ajo en la cocina, el empleo de bebidas tóxicas, el comer carne, el socialismo, la guerra, la educación, los vestidos escotados de las mujeres, los impuestos elevados, el ateismo, el divorcio, el patriotismo… cada matiz y tono de opinión posible.

¿Había algún tema del que Yancy *no hubiera* ya expresado una opinión?

Taverner examinó la voluminosa pila de videocintas que llenaban en hileras las paredes de la oficina. Las pronunciaciones se habían convertido en miles de millones de metros de cinta de video… ¿podía un hombre tener una opinión sobre cada cosa en el Universo?

Escogiendo una cinta al azar, se encontró ante una exposición sobre los buenos modales en la mesa.

—Saben —comenzó un Yancy en miniatura, su vocecita en los oídos de Taverner—, a la hora de la cena la otra noche sucede que me percaté cómo estaba cortando su bistec mi nieto Ralf. —Yancy sonrió ante el visor, mientras la imagen del niño de seis años serruchando ceñudamente aparecía en la pantalla brevemente—. Bueno, pensé que Ralf no se las estaba arreglando con el bistec, no tenía ninguna suerte con él. Y eso me pareció…

Taverner apagó la cinta y la regreso a su ranura. Yancy tenía opiniones definidas sobre cada cosa… o, ¿eran realmente tan definidas?

Una extraña sospecha estaba creciendo en su interior. En algunos temas, sí. Sobre cuestiones menores, Yancy tenía reglas exactas, máximas específicas extraídas del rico almacén del folklore de la humanidad. Pero las cuestiones mayores sobre filosofía y política eran otra cosa.

Sacando una de las muchas cintas listadas bajo el título «Guerra», Taverner la echó a andar al azar.

—…estoy en contra de la guerra —pronunció Yancy enojado—. Y si no he de saberlo; he contribuido con mi parte en la lucha.

Seguía un montaje de escenas de batalla: la Guerra entre Marte y Júpiter en la cual Yancy se había distinguido por su coraje, por la preocupación por sus camaradas, por el odio contra el enemigo, por la variedad de emociones tan plenas y adecuadas en cada momento.

—Pero —continuaba Yancy con fuerza—, creo que un planeta debe ser fuerte. No debemos rendirnos con humildad… la debilidad invita al ataque y a posteriores agresiones. Siendo débiles promovemos la guerra. Debemos prepararnos y proteger a aquellos que amamos. Con todo mi corazón y con toda mi alma estoy en contra de las guerras inútiles; pero lo digo de nuevo, como lo he dicho muchas veces antes, un hombre debe ir hacia delante y pelear una guerra *justa.* No debe evadir su responsabilidad. La guerra es algo terrible. Pero algunas veces debemos…

Mientras devolvía la cinta a su lugar, Taverner se preguntaba qué diablos *había dicho* Yancy. ¿Cuál era su punto de vista sobre la guerra? Tomó diferentes carretes de cintas; Yancy siempre estaba dispuesto a hablar sobre temas vitales y grandiosos como la Guerra, el Planeta, Dios, los Impuestos. ¿Pero *decía* algo realmente?

Un escalofrío helado corrió por la espalda de Taverner. En cuestiones específicas, y triviales, emitía opiniones absolutas: los perros eran mejores que los gatos, el pomelo era demasiado agrio para comerse sin una cucharadita de azúcar, era bueno levantarse temprano en la mañana, demasiada bebida hacía daño. Pero en las grandes cuestiones… un hueco vacío, rellenado con la ampulosa vaguedad de frases sonoras. Un público que estaba de acuerdo con Yancy sobre la guerra, los impuestos, Dios y el planeta, a la vez estaba de acuerdo con *nada.* Con absolutamente nada y con todo.

En los tópicos de importancia, las personas carecían de opinión en lo absoluto. Sólo *pensaban* que tenían una opinión.

Rápidamente, Taverner escudriñó y echó un vistazo a cintas sobre varios de los temas más importantes. Era lo mismo. En una oración Yancy daba algo; en la siguiente lo quitaba. El efecto total era una limpia anulación, una cuidadosa negación. Pero el espectador se quedaba con la ilusión de haber consumido un festín intelectual rico y variado. Era sorprendente. Y era algo profesional: los finales eran tan logrados que no podían ser un mero accidente.

Nadie era tan inofensivo y soso como John Edward Yancy. Era demasiado malditamente bueno para ser verdad.

Sudando, Taverner dejó la sala principal de referencias y caminó lentamente hacia las oficinas de la parte de atrás, donde los hombres de Yancy trabajaban constantemente en sus escritorios y en sus mesas de montaje. La actividad zumbaba por todas partes. La expresión en las caras de los hombres que lo rodeaban era benigna, inofensiva, casi aburrida. La misma expresión amistosa y trivial que Yancy presentaba.

Inofensiva… y en su inocuidad, diabólica. Y no había nada que pudiera hacer él. Si a la gente le gustaba escuchar a John Edward Yancy, si querían convertirlo en el modelo de sus vidas… ¿qué podía hacer la Policía Niplan?

¿Qué crimen se estaba cometiendo?

No había duda que a Babson no le importaba si la Policía merodeaba por ahí. No había duda que las autoridades los admitirían libremente. No había cárceles para prisioneros políticos, ni cuadrillas de trabajo, ni Campos de Concentración. No los necesitaban.

Las Cámaras de Tortura y los campos de Exterminio se precisaban solamente cuando la persuasión fallaba. Y la persuasión estaba funcionando perfectamente. Un estado policiaco, regido por el terror, aparecía cuando el aparato totalitario comenzaba a desmoronarse. Las sociedades totalitarias más tempranas habían estado incompletas; las autoridades no habían logrado llegar a cada esfera de la vida de la sociedad. Pero las técnicas de comunicación habían mejorado.

El primer estado totalitario realmente exitoso se estaba convirtiendo en una realidad ante sus ojos; y emergía trivial e inofensivo. Y el siguiente estado, cual horrible pesadilla, pero completamente lógico, sería cuando todos los niños recién nacidos fueran nombrados, feliz y voluntariamente, John Edward.

¿Por qué no? Ya vivían, actuaban y pensaban como John Edward. Y estaba la señora Margaret Ellen Yancy, para las mujeres. Tenía su propio rango de opiniones, también; tenía su cocina, su gusto en el vestir, sus pequeñas recetas y consejos, para que todas las mujeres la imitaran.

Incluso estaban los niños Yancy, listos para que toda la juventud del planeta los imitara. Las autoridades no habían pasado nada por alto.

Babson se paseaba con una expresión afable en su rostro.

—¿Cómo va todo, oficial? —Se reía entre dientes con gran frescura mientras colocaba su mano sobre el hombro de Taverner.

—Bien —se las agenció Taverner para responder; evitó la mano.

—¿Le gusta nuestro establecimiento? —Había un genuino orgullo en la gruesa voz de Babson—. Hacemos un gran trabajo. Un trabajo artístico… tenemos verdaderos niveles de excelencia.

Sacudiéndose con rabia inútil, Taverner salió de la oficina hacia el pasillo. El elevador tardaba mucho; furiosamente, se dirigió hacia las escaleras. Tenía que salir del Edificio Yancy; tenía que irse de ahí.

De las sombras de un pasillo apareció un hombre, la cara pálida y cuadrada.

—Espere. ¿Puedo… hablar con usted?

Taverner lo empujó y pasó junto a él.

—¿Qué quiere?

—¿Es de la Policía Niplan de la Tierra? Yo… —La manzana de adán del hombre se sacudió—. Trabajo aquí. Mi nombre es Sipling. Leon Sipling. Tengo que hacer algo… no puedo soportarlo más.

—Nada se puede hacer —le dijo Taverner—. Si quieren todos ser como Yancy…

—Pero no hay ningún Yancy —interrumpió Sipling, su afilada cara contrayéndose espasmódicamente—. Es una farsa. Nosotros lo inventamos.

Taverner se detuvo de golpe.

—¿Ustedes *qué?*

—Ya lo decidí —la temblorosa voz de Sipling habló excitadamente y de prisa—. Voy a hacer algo… y sé exactamente qué. —Aferrándose a la manga de Taverner y rechinando los dientes, dijo—: Tiene que ayudarme. Puedo detener todo esto, pero no lo puedo hacer solo.

En la atractiva y bien amueblada sala de Leon Sipling, los dos hombres estaban sentados bebiendo café y mirando a sus hijos jugar en el suelo. La esposa de Sipling y Ruth Taverner estaban en la cocina, secando los platos.

—Yancy es una síntesis —explicó Sipling—. Una especie de persona compuesta. Realmente no existe un individuo así. Lo delineamos a partir de prototipos básicos de los registros sociológicos; basamos la Gestalt en varias personas típicas. Así surgió a la vida. Pero quitamos lo que no queríamos, e intensificamos lo que sí deseábamos. —Cavilando, agregó—: Podría haber un Yancy. Existe un montón de gente como Yancy. De hecho, ese es el problema.

—¿Deliberadamente desplegaron la idea de remodelar a la gente en función del modelo de Yancy? —preguntó Taverner.

—No puedo precisar cuál es la idea, a un nivel elevado. Yo era un escritor publicitario para una compañía de enjuagues bucales. Las autoridades de Calixto me contrataron y trazaron a grandes rasgos lo que querían que yo hiciera. He tenido que conjeturar el propósito del proyecto.

—¿Por autoridades se refiera al Concilio de Gobierno?

Sipling rió irónicamente.

—Me refiero a los Sindicatos Comerciales que poseen esta Luna: los que son los dueños de absolutamente todo. Pero se supone que no debemos llamarla luna. Es un planeta. —Sus labios se curvaron amargamente—. Aparentemente, las autoridades tienen desarrollado un gran programa. Implica absorber a sus rivales comerciales de Ganímedes… cuando eso se lleve a cabo, tendrán monopolizados a los planetas exteriores.

—No pueden vencer a Ganímedes sin una guerra abierta —protestó Taverner—. Las compañías ganimedeanas tienen a su propia población detrás de ellas. —Entonces cayó en la cuenta—. Ya veo —dijo suavemente—. Realmente comenzarían una guerra. Entonces sí valdría la pena una guerra, para ellos.

—Tiene toda la maldita razón que lo harían. Y al empezar una guerra, tienen que llamar a filas a la población. Pero realmente, la gente no tiene nada que ganar. Una guerra destruiría a todos los pequeños operadores…

concentraría el poder en menos manos ... y actualmente ya son muy pocas manos las que lo sustentan. Para tener a ocho millones de personas aquí, detrás de la guerra, necesitan un público indiferente, como ovejas. *Y están consiguiendo eso.* Cuando esta campaña de Yancy finalice, la gente aquí en Calixto aceptará cualquier cosa. Yancy se encarga de pensar por ellos. Les dice cómo lavar su cabello, qué juegos deben de jugar. Dice los chistes que los hombres luego repiten a sus amigos. Su esposa prepara rápidamente la comida que todos tendrán para la cena. Sobre todo este pequeño mundo... millones de duplicados del día de Yancy. Cualquier cosa que haga, cualquier cosa que él crea. Hemos estado condicionando a la gente durante once años completos. El punto importante es la invariable monotonía de esto. Está creciendo una generación completa que ve a Yancy como una respuesta a todo.

—Es entonces un gran negocio —observó Taverner—. Este proyecto de crear y mantener a Yancy.

—Miles de personas están implicadas tan sólo en escribir el material. Usted vio sólo la primera fase... y así es en cada ciudad. Cintas, filmes, libros, revistas, pósters, panfletos, espectáculos dramáticos visuales y radiales, anuncios en los diarios, historietas para los niños, reportes verbales, publicidad elaborada... de todo. Un continuo flujo sobre Yancy. —Sacando una revista de la mesa de centro le indicó el artículo principal—. ¿Cómo es el corazón de John Yancy? Analiza la cuestión sobre qué haríamos sin Yancy. La siguiente semana, un artículo sobre el estómago de Yancy. —Con acritud, Sipling terminó—: Conocemos un millón de aproximaciones. Cubrimos cada poro. Somos conocidos como los «Hombres de Yancy»; es una forma de arte.

—¿Cómo se sienten ustedes... el equipo, acerca de Yancy?

—Es un gran saco de aire caliente.

—¿Ninguno de ustedes está convencido?

—Incluso Babson tiene que reírse. Y Babson está en la cumbre; después de él están los chicos que firman los cheques. Dios mío, si hasta nosotros hemos empezado a creer en Yancy... si hemos empezado a pensar que toda esa basura *significa* algo... —Una expresión de aguda agonía cubrió el rostro de Sipling—. Así es. Es por eso que no puedo seguir.

—¿Por qué? —preguntó Taverner, con profunda curiosidad. El micrófono de su garganta estaba tomando todo, enviándolo de regreso a la oficina en casa, allá en Washington—. Me interesa saber por qué cambió de opinión.

Sipling se inclinó y llamó a su hijo.

—Mike, deja de jugar un momento y ven acá. —A Taverner le explicó—: Mike tiene nueve años. Yancy ha andado por aquí desde que él ha estado vivo.

Mike se aproximó con lentitud.

—Sí, señor.

—¿Qué calificaciones has obtenido en la escuela? —preguntó su padre.

El pecho del niño se alzó con orgullo; era una clara miniatura de Leon Sipling.

—Sólo A y B.

—Es un chico listo —le dijo Sipling a Taverner—. Es bueno en aritmética, geografía, historia, todas esas cosas. —Dirigiéndose al niño, dijo—: Voy a hacerte unas preguntas; quiero que este caballero escuche tus respuestas, ¿está bien?

—Sí, señor —dijo el niño, obediente.

Con la mirada lúgubre, Sipling le dijo a su hijo:

—Quiero saber lo que piensas de la guerra. Te han hablado de la guerra en la escuela; conoces las guerras más famosas de la historia. ¿Correcto?

—Sí, señor. Aprendimos sobre la Revolución Americana, sobre la Primera Guerra Global, luego sobre la Segunda Guerra Global, y entonces vino la Primera Guerra de Hidrógeno, y la Guerra entre los colonizadores de Marte y Júpiter.

—Llevamos a las escuelas —Sipling le explicó a Taverner— material de Yancy… subsidios educacionales en forma de paquetes. Yancy lleva a los niños a través de la historia, les explica el significado de todo. Yancy les explica ciencias naturales. Yancy les enseña buenas posturas y astronomía y cada cosa en el universo. Pero nunca pensé que mi propio hijo… —Su voz se fue apagando con infelicidad, luego volvió a la vida—: Así que sabes todo sobre la guerra. Muy bien, ¿y qué piensas de la guerra?

El niño respondió rápidamente:

—La guerra es mala. La guerra es lo más terrible que hay. Casi destruyó a la humanidad.

Mirando a su hijo con gran intensidad, Sipling replicó:

—¿Alguien te dijo eso?

—No, señor. —El niño titubeó con incertidumbre.

—¿Realmente crees esas cosas?

—Sí, señor. Es la verdad, ¿no es así? ¿No es mala la guerra?

Sipling asintió:

—La guerra es mala. ¿Pero qué hay de las guerras *justas*?

Sin dudarlo en chico respondió:

—Tenemos que luchar en las guerras justas, desde luego.

—¿Por qué?

—Para proteger nuestra forma de vida.

—Y, ¿por qué?

Una vez más no hubo duda alguna en la respuesta del niño—: No podemos dejar que ellos nos pisoteen y pasen sobre nosotros, señor. Eso alentaría una guerra más agresiva. No podemos permitir un mundo de poder brutal. Debemos tener un mundo de… —Buscó la palabra exacta—: Un mundo de *leyes.*

Fatigado, y un poco para sí mismo, Sipling comentó:

—Yo escribí esas palabras contradictorias y sin sentido, hace ocho años. —Recomponiéndose con gran esfuerzo, preguntó—: Así que la guerra es mala. Pero debemos pelear las guerras justas. Bien, quizá este… *planeta,* Calixto, tenga que estar en guerra con… digamos al azar que Ganímedes. —Era incapaz de mantener el tono de ironía en su voz—. Sólo por decirlo y tomarlo al azar. Ahora, estamos en guerra con Ganímedes. ¿Es una guerra *justa*? O, ¿es sólo una guerra?

Esta vez no hubo respuesta. La suave cara del niño estaba distorsionada en un gesto aturdido, esforzándose por contestar.

—¿No hay respuesta? —preguntó Sipling fríamente.

—Por qué, eh… —el chico titubeaba—. Quiero decir… —Miró hacia ellos con esperanza—. Cuando llegue el momento, ¿nos lo dirá alguien?

—Seguro —dijo Sipling sin aliento—. Alguien nos dirá. Quizá sea el señor Yancy.

El alivio inundó la cara del chico.

—Sí. El señor Yancy nos lo dirá. —Intentó dirigirse hacia los otros niños—. ¿Puedo irme ahora?

Mientras el niño corría de nuevo a su juego, Sipling se volteó hacia Taverner con expresión desconsolada:

—¿Sabe qué juego es el que están jugando? Se llama Hippo-Hoppo. Y adivine al nieto de quién le fascina. Adivine quién lo inventó.

Se hizo silencio.

—¿Qué sugiere? —preguntó Taverner—. Dijo que pensaba que había que hacer algo.

Una fría expresión apareció en el rostro de Sipling, un chispazo de profunda y sentida malicia.

—Conozco el proyecto… sé cómo puede boicotearse. Pero alguien tiene que apuntar una pistola a la cabeza de las autoridades. En nueve años he llegado a ver la clave esencial de la personalidad de Yancy… la clave del nuevo tipo de gente que se está gestando aquí. Es simple. Es el elemento que hace de la persona un ser lo suficientemente maleable para ser inducido.

—Entiendo —dijo Taverner con paciencia, esperando que la línea a Washington estuviera clara y limpia.

—Todas las creencias de Yancy son insípidas. La clave es la *levedad*. La ligereza. Cada parte de su ideología está diluida: nada es excesivo. Hemos llegado lo más cerca posible de la *no* creencia… lo ha visto. Siempre que sea posible hemos cancelado todas las actitudes, dejando a las personas apolíticas. Sin punto de vista.

—Así es —estuvo de acuerdo Taverner—. Pero con la ilusión de un punto de vista.

—Todos los aspectos de la personalidad han de ser controlados; queremos una persona total. Así debe existir una actitud específica hacia cada cuestión concreta. En cada aspecto, nuestra regla es: *Yancy cree en la posibilidad menos problemática.* La más superficial. La visión más simple y sin esfuerzo, la visión que falla en profundizar y evade cualquier pensamiento real.

Taverner captó la idea.

—Buenas y sólidas visiones embaucadoras. —Presa de la excitación habló con rapidez—: Pero si se expusiera una idea extremadamente original, una que llevara un gran esfuerzo de entender, algo con lo que fuera difícil vivir…

—Yancy juega al croquet. Así que todo el mundo anda tonteando por ahí con una maleta. —Los ojos de Sipling centellearon—. Pero supongamos que Yancy prefiriera… el Kriegspiel.

—¿El *qué*?

—Ajedrez jugado en dos tableros. Cada jugador tiene su propio tablero, con un equipo completo de hombres. Nunca ve el otro tablero. Un moderador revisa ambos; le dice a cada jugador cuando ha tomado una pieza contrincante, o cuando ha perdido una, o hecho un movimiento hacia un lugar ocupado, o hecho un movimiento imposible, o hecho jaque o se ha hecho jaque él solo.

—Ya veo —dijo Taverner rápidamente—. Cada jugador trata de inferir la localización de su oponente en el tablero. Juega a ciegas. Dios Santo, implicaría cada facultad mental posible.

—Los prusianos enseñaban estrategia a sus oficiales militares de esa manera. Es más que un juego: es un partido de lucha cósmica. ¿Qué tal si Yancy se sienta en la tarde con su esposa y su nieto, y juegan un partido

agradable y vivaz de Kriegspiel, de seis horas? Supongamos que sus libros favoritos, en lugar de ser los viejos westerns anacrónicos, fueran tragedias griegas. Supongamos que su pieza musical favorita fuera el *«Arte de la Fuga»* de Bach, y no *«My Old Kentucky Home».*

—Estoy empezando a captar el cuadro general —dijo Taverner, con toda la calma posible—. Creo que puede ayudar.

Babson chilló por una vez:

—Pero esto es… ilegal.

—Totalmente —estuvo de acuerdo Taverner—. Es por eso que estamos aquí. —Agitó la mano al escuadrón del Servicio Secreto de Niplan para que entrara al Edificio Yancy, ignorando a los perplejos trabajadores que se sentaban repentinamente rígidos en sus escritorios. Se dirigió al micrófono de su garganta—: ¿Cómo les va con los grandes tiros?

—Bastante bien —llegó la voz apagada de Kellman, aumentada por el dispositivo del sistema entre Calixto y la Tierra—. Algunos lograron escabullirse, desde luego. Pero la mayoría nunca pensó que entraríamos en acción.

—¡Ustedes no pueden! —Babson se quejó, su gran cara desecha en un gesto desesperado—. ¿Qué hemos hecho? ¿Qué ley hemos…?

—Creo —interrumpió Taverner—, que los podemos atrapar en terrenos puramente comerciales. Han usado el nombre de Yancy para facturar varios productos fabricados. No existe tal persona. Esa es una violación de los estatutos que determinan la presentación ética de la publicidad.

La boca de Babson se cerró con un chasquido, luego se abrió débilmente:

—¿Qué no… existe… tal persona? Pero todos conocen a John Yancy. Para qué, él está… —Tartamudeando, gesticulando, finalizó—: Está en todas partes.

De repente una maligna y pequeña pistola apareció en su mano pulposa; la estaba empuñando salvajemente cuando Dorser, silenciosamente, lo tumbó al suelo con un certero golpe. Babson se colapsó en una histeria torpe.

Disgustado, Dorser sujetó unas esposas a su alrededor.

—Compórtese como un hombre —le ordenó. Pero no hubo respuesta. Babson estaba muy lejos para escucharlo.

Satisfecho, pasando a través de los desconcertados trabajadores, Taverner se zambulló en las oficinas internas del proyecto. Asintiendo secamente, Taverner llegó hasta el escritorio donde Leon Sipling estaba sentado rodeado de su trabajo.

La primera de las Gestalt alteradas ya estaba parpadeando en la pantalla. Juntos, los dos hombres permanecieron de pie mirándola.

—Bien —dijo Taverner, cuando estaba hecho—. Usted es el juez.

—Creo que servirá —Sipling respondió nerviosamente—. Espero que no lo cambiemos mucho… ha tomado once años construirlo; tenemos que deshacerlo gradualmente.

—Una vez que la primera fisura esté hecha, todo comenzará a tambalearse. —Taverner se movió hacia la puerta—. ¿Estará bien aquí usted solo?

Sipling alcanzó a divisar a Eckmund quien esperaba al final de la oficina, los ojos fijos en los industriosos e incómodos hombres de Yancy.

—Supongo que sí. ¿A dónde va a ir usted?

—Quiero observar esto mientras se lleva a cabo. Quiero estar por los alrededores cuando el público lo vea por primera vez. —En la puerta, Taverner se detuvo—. Va a tener un gran trabajo, poner en marcha la Gestalt usted solo. Puede que no tenga mucha ayuda por un rato.

Sipling señaló a sus compañeros de trabajo; ya estaban comenzando a tomarle el ritmo a lo que habían dejado.

—Se quedaran en su trabajo —disintió—, mientras tengan su salario completo.

Taverner caminó en silencio por el pasillo rumbo al elevador. Un momento más tarde estaba en camino de la planta baja.

Cerca de una esquina, un grupo de gente se había reunido alrededor de una pantalla pública. Anticipaban la presentación televisiva de la tarde de John Edward Yancy.

La Gestalt comenzó de la manera usual. No había duda en ello; cuando Sipling quería, podía reunir una buena parte. Y en este caso él había hecho prácticamente el trabajo completo.

Con la camisa arremangada y los pantalones manchados, Yancy estaba en cuclillas en su jardín, tenía una desbrozadora en la mano, un sombrero de paja se inclinaba sobre sus ojos, sonriéndole al cálido brillo del sol. Era tan real que Taverner podía a duras penas creer que tal persona no existiera. Pero había visto al personal de Sipling construyendo experta y laboriosamente esa cosa completamente.

—Buenas tardes —Yancy habló amistosamente. Se secó el sudor que manaba en su florida cara y se incorporó con dificultad—. Hombre —admitió—, está haciendo mucho calor hoy. —Señaló un tiesto de prímulas—. Las estaba plantando. Vaya trabajo.

Hasta aquí era bastante buena. La multitud miraba impasiblemente, tomando su alimento ideológico sin resistencia particular. Por toda la luna, en cada casa, salón de clases, oficina, en cada esquina de las calles, la misma Gestalt se estaba mostrando. Y sería mostrada de nuevo.

—Sí —Yancy repitió—, es un día realmente caluroso. Demasiado cálido para estas prímulas… ellas prefieren la sombra. —Una rápida toma mostró como había plantado cuidadosamente las flores a la sombra de su garaje—. Por otro lado —continuó Yancy, con su voz suave, educada y en el tono amigable de una conversación con el vecino en el patio trasero—, mis dalias necesitan mucho sol.

Dirigiéndose hacia una silla de lona a rayas donde se dejó caer, Yancy removió su sombrero de paja y limpió su frente con un pañuelo que traía en el bolsillo.

—Así —continuó de manera suave y amistosa—, si cualquiera me pregunta qué es mejor, si el sol o la sombra. Tendría que replicarle que depende de si usted es una dalia o una prímula. —Sonrió a la cámara con su famosa sonrisa infantil y sin malicia—. Creo que yo debería ser una prímula… he tenido todo el sol que puedo soportar por hoy.

La audiencia lo estaba aceptando sin ninguna queja. Un comienzo poco favorable, pero iba a tener consecuencias a largo plazo. Y Yancy estaba empezando a desarrollarlas exactamente ahora.

Su sonrisa benévola se desvaneció. La apariencia familiar, el esperado gesto serio que mostraba sus pensamientos profundos estaba llegando, tomando lugar. Yancy iba a hablar: la sabiduría estaba en camino. Pero no era nada pronunciado por él anteriormente.

—Saben —dijo Yancy lentamente, con toda la seriedad— esas cosas lo ponen a uno a pensar. —Automáticamente, estiró la mano para alcanzar su vaso de ginebra con agua quinada... un vaso que hasta ahora había contenido cerveza. Y la revista detrás de él ya no era *Historias mensuales de perros* sino *The Journal of Psichological Review.* La alteración de los accesorios periféricos penetraría de manera subliminal; en este instante, toda la atención conciente estaba fija en las palabras de Yancy.

—Se me ocurre —Yancy declamó, como si la sabiduría estuviera fresca y recién hecha, como si estuviera llegando justo ahora—, que hay personas que se mantienen en eso, digamos, que la luz del sol es *buena* y la sombra es *mala.* Pero eso es bastante tonto. La luz del sol es buena para las rosas y las dalias, pero bien podría estropear mis fucsias.

La cámara mostró sus ubicuas y preciadas fucsias.

—Quizá ustedes conocen gente como esa. Que sólo no entienden que... —Y como era su costumbre, Yancy recurría al folklore para salirse con la suya—. Lo que para un hombre es alimento —señaló con profundidad—, para otro hombre es veneno. Como por ejemplo, para el desayuno a mi me gustan los huevos con la yema brillante, quizá con algunas ciruelas guisadas, y una pieza de pan tostado. Pero Margaret prefiere un tazón de cereal. Y a Ralf no le gusta ninguna de las dos cosas. Le gustan las tortas. Y al vecino calle abajo, al del gran patio delantero, a él le gusta el pastel de riñones con una botella de cerveza de malta.

Taverner respingó. Bueno, tendrían que andar a tientas para encontrar su camino. Pero la audiencia todavía estaba de pie absorbiéndolo todo, palabra tras palabra. Los primeros débiles murmullos de una idea radical: que cada persona tenía un sistema diferente de valores, un estilo único de vida. Que cada persona podía creer, disfrutar y aprobar cosas diferentes.

Tomaría tiempo, como Sipling decía. La gran biblioteca de videocintas tendría que ser reemplazada. Mandatos judiciales elaborados para cada área tendrían que ser detallados. Un nuevo tipo de pensamiento estaba siendo introducido, comenzando con una observación trillada sobre las prímulas. Cuando un niño de nueve años quisiera averiguar si la guerra era justa o injusta, tendría que preguntárselo a su propia mente. No habría respuestas fáciles de Yancy; una Gestalt estaba siendo ya preparada para ello, mostrando que cada guerra puede ser justa para unos, mientras que para otros, injusta.

Había una Gestalt que Taverner deseaba ver. No pasaría mucho tiempo pero habría que esperar por un tiempo. Yancy iba a cambiar sus gustos en el arte, lentamente pero de manera constante y firme. Uno de estos días el público sabría que Yancy ya no disfrutaba de las escenas pastorales de los calendarios.

Que ahora prefería el arte del pintor alemán del siglo quince, el maestro del horror macabro y diabólico, Hieronimus Bosch.

EL INFORME DE LA MINORÍA

El primer pensamiento que tuvo Anderton al ver al joven fue: *«Me estoy poniendo calvo, gordo y viejo»*. Pero no lo expresó en voz alta. En su lugar,

echó el sillón hacia atrás, se incorporó y salió resueltamente al encuentro del recién llegado extendiendo rápidamente la mano en una cordial bienvenida. Sonriendo con forzada amabilidad, estrechó la mano del joven.

—¿Señor Witwer? —dijo, tratando de que sus palabras sonaran en el tono más amistoso posible.

—Así es —repuso el recién llegado—. Pero mi nombre es Ed para usted, por supuesto. Es decir, si usted comparte mi disgusto por las formalidades innecesarias.

La mirada de su rubio semblante, lleno de confianza en sí mismo, mostraba que la cuestión debería quedar así definitivamente resuelta. Serían Ed y John: todo iría sobre ruedas con aquella cooperación mutua desde el mismo principio.

—¿Tuvo usted dificultad en hallar el edificio? —preguntó a renglón seguido Anderton, con cierta reserva, ignorando el cordial comienzo de su conversación instantes atrás. *Buen Dios, tenía que asirse a algo.* Se sintió lleno de temor y comenzó a sudar.

Witwer había comenzado a moverse por la habitación como si ya todo le perteneciese, como midiendo mentalmente su tamaño. ¿No podría haber esperado un par de días como lapso de tiempo decente para aquello?

—Ah, ninguna dificultad —repuso Witwer, con las manos en los bolsillos. Con vivacidad, se puso a examinar los voluminosos archivos que se alineaban en la pared—. No vengo a su agencia a ciegas, querido amigo, ya comprenderá. Tengo un buen puñado de ideas de la forma en que se desenvuelve el Precrimen.

Todavía un poco nervioso, Anderton encendió su pipa.

—¿Y cómo funciona? Me gustaría conocer su opinión.

—No mal del todo —repuso Witwer—. De hecho, muy bien.

Anderton se le quedó mirando.

—¿Esa es su opinión particular?

—Privada y pública. El Senado está satisfecho con su trabajo. En realidad, está entusiasmado. —Y añadió—: con el entusiasmo con que puede estarlo un anciano.

Anderton sintió un desasosiego interior, que supo mantener controlado, permaneciendo impasible. Le costó, no obstante, un gran esfuerzo. Se preguntaba qué era *realmente* lo que Witwer pensaba, lo que se encerraba en aquella cabeza. El joven tenía unos azules y brillantes ojos... turbadoramente inteligentes. Witwer no era ningún tonto. Y sin la menor duda, debería estar dotado de una gran dosis de ambición.

—Según tengo entendido —dijo Anderton— usted será mi ayudante hasta que me retire.

—Así lo tengo entendido yo también —replicó el otro, sin la menor vacilación.

—Lo que puede ser este año, el próximo... o dentro de diez. —La pipa tembló en las manos de Anderton—. No tengo prisa por retirarme ni estoy bajo presión alguna en tal sentido. Yo fundé el Precrimen y puedo permanecer aquí tanto tiempo como lo desee. Es una decisión puramente *mía*.

Witwer aprobó con un gesto de la cabeza, con una expresión absolutamente normal.

—Naturalmente.

Con cierto esfuerzo Anderton habló con un tono de voz algo más frío.

—Yo deseo solamente que las cosas discurran correctamente.

—Desde el principio —convino Witwer—. Usted es el Jefe. Lo que usted ordene, eso se hará. —Y con la mayor evidencia de sinceridad, preguntó—: ¿Tendría la bondad de mostrarme la Organización? Me gustaría familiarizarme con la rutina general, tan pronto como sea posible.

Conforme iban caminando entre las oficinas y despachos alumbrados por una luz amarillenta, Anderton dijo:

—Le supongo conocedor de la *Teoría del Precrimen*, por supuesto. Presumo que es algo que debe darse por descontado.

—Conozco la información que es pública —repuso Witwer—. Con la ayuda de sus mutantes premonitores, usted ha abolido con éxito el Sistema Punitivo Post-criminal de Cárceles y multas. Y como todos sabemos, el castigo nunca fue disuasorio, ni pudo proporcionar mucho consuelo a cualquier víctima ya muerta.

Ya habían llegado hasta el ascensor y mientras descendían hasta niveles inferiores, Anderton dijo:

—Tendrá usted ya una idea de la disminución del porcentaje de criminalidad con la metodología del Precrimen. Lo tomamos de individuos que aún no han vulnerado la Ley.

—Pero que seguramente lo habrían hecho —repuso Witwer convencido.

—Felizmente *no* lo hicieron... porque les detuvimos antes de que pudieran cometer cualquier acto de violencia. Así, la Comisión del Crimen por sí misma es absolutamente una cuestión metafísica. Nosotros afirmamos que son culpables. Y ellos, a su vez, afirman constantemente que son inocentes. Y en cierto sentido, *son* inocentes.

El ascensor se detuvo y salieron nuevamente hacía otro corredor alumbrado con igual luz amarillenta.

—En nuestra sociedad no tenemos grandes crímenes —continuó Anderton—, pero tenemos todo un Campo de Detención lleno de criminales en potencia, criminales que lo serían efectivamente.

Se abrieron y cerraron una serie de puertas, hasta llegar al ala del edificio que se ocupaba del problema analítico. Frente a ellos surgían unos impresionantes bancos de equipo especializado, receptores de datos, y ordenadores que estudiaban y reestructuraban el material que iba llegando. Y más allá de la maquinaria, los premonitores sentados, casi perdidos a la vista entre una red inextricable de conexiones y cables.

—Ahí están —dijo Anderton—. ¿Qué piensa usted de ellos?

A la luz incierta de aquella enorme habitación, los tres idiotas farfullaban palabras ininteligibles. Cada palabra soltada al azar, murmurada sin ton ni son en apariencia, era analizada, comparada, reajustada en forma de símbolos visuales y transcritos en tarjetas perforadas convencionales que se introducían en las ranuras de los ordenadores. A todo lo largo del día, aquellos idiotas balbuceaban entre sí o aisladamente, prisioneros en sus sillas especiales de alto respaldo, sujetados de forma especial en una rígida posición por bandas de metal, grapas y conexiones.

Sus necesidades físicas eran atendidas automáticamente. No tenían necesidades espirituales en ningún sentido. Al igual que vegetales, se movían, se retorcían y existían. Sus mentes permanecían nubladas, confusas, perdidas en las sombras. Pero no las sombras del presente. Las tres murmurantes criaturas con sus enormes cabezas y estropeados cuerpos estaban contemplando el futuro. La maquinaria analítica registraba sus

profecías y los tres idiotas premonitores hablaban, mientras que las máquinas escuchaban cuidadosamente.

Por primera vez, la confiada cara de Witwer pareció perder seguridad. En sus ojos apareció una desmayada expresión de sentirse enfermo, como una mezcla de vergüenza y de shock moral.

—No es... agradable —murmuró—. Nunca pude imaginarme que fueran tan... —Luchó con su mente para encontrar la palabra adecuada—. Tan... deformes.

—Sí, deformes y retrasados —convino Anderton al instante—. Especialmente aquella chica, Dona. Tiene cuarenta y cinco años pero el aspecto de una niña de diez. El talento lo absorbe todo: su facultad especial de premonición del porvenir altera el equilibrio del área frontal. Pero, ¿para qué vamos a preocuparnos? Conseguimos sus profecías. Aquí tienen cuanto necesitan. Ellos no comprenden absolutamente nada de esto, pero *nosotros* sí.

Algo sobrecogido por el espectáculo, Witwer atravesó la habitación y se dirigió hacia la maquinaria. De un recipiente tomó un paquete de fichas.

—¿Son éstos los nombres que han surgido?

—Desde luego que sí. —Y frunciendo el ceño, Anderton tomó las fichas de manos de Witwer—. No he tenido aún la oportunidad de examinarlas —explicó guardándose para sí la preocupación que aquello le causaba.

Fascinado, Witwer observaba cómo las máquinas de tanto en tanto expulsaban una ficha sobre un recipiente. Después continuaban con otra y una tercera. De los discos que zumbaban con un murmullo constante, surgían fichas, una tras otra.

—¿Los premonitores ven muy lejos en el futuro? —preguntó Witwer.

—Sólo ven una extensión relativamente limitada —le informó Anderton—. Una semana o dos como mucho. Muchos de sus datos son inútiles para nuestro trabajo... simplemente sin importancia para nuestra investigación. Pasamos esas informaciones a otras agencias. Agencias, que a cambio nos pasan otros informes interesantes. Cada agencia importante tiene su subterráneo de *«monos»* guardados como un tesoro.

—¿Monos? —dijo Witwer mirándole con desagrado—. Oh, sí, ya comprendo. Es una curiosa forma de expresarlo.

—Muy *adecuada* —automáticamente, Anderton recogió las últimas fichas expulsadas por los ordenadores—. Algunos de estos nombres, tienen que ser totalmente descartados. Y la mayor parte de los que quedan se refieren a delitos poco importantes, como los de evasión de impuestos, asalto o extorsión. Como estoy seguro que usted ya sabe, el Precrimen ha rebajado las fechorías en un 99%. Apenas si se dan casos actualmente de traición o asesinato. Después de todo, el delincuente sabe que lo confinaremos en un Campo de Detención una semana antes de que tenga la oportunidad de cometer el crimen.

—¿En qué ocasión se cometió el último asesinato? —preguntó Witwer.

—Hace cinco años.

—¿Y cómo ocurrió?

—El criminal escapó de nuestros equipos. Teníamos su nombre... de hecho teníamos todos los detalles del crimen, incluido el nombre de la víctima. Sabíamos también el momento exacto y el lugar preciso del planeado acto de violencia que iba a cometerse. Pero a despecho nuestro y de todo, el criminal consiguió llevarlo a cabo. —Anderton se encogió de

hombros—. Después de todo, resulta imposible cogerlos a todos. —Barajó las fichas con las manos—. Sin embargo, conseguimos evitar la mayoría.

—Un crimen en cinco años —murmuró Witwer, en cuya voz se advertía que retornaba la confianza perdida—. Es realmente un récord impresionante... algo para sentirse orgulloso.

—Yo *estoy* orgulloso —repuso con calma—. Hace treinta años descubrí la teoría... allá en aquellos días cuando los crímenes se producían abundantemente. Vi proyectado hacia el futuro algo de un incalculable valor social.

Alargó el paquete de tarjetas a Wally Page, su subordinado a cargo del equipo de *«monos»*.

—Vea usted cuáles necesitamos —le dijo—. Utilice su propio criterio.

Mientras Page desaparecía con las fichas, Witwer dijo pensativamente:

—Pues creo que es una gran responsabilidad.

—Sí, lo es —convino Anderton—. Si dejamos que un criminal se escape —como ocurrió hace cinco años— tenemos una vida humana en nuestra conciencia. Nosotros somos los únicos responsables. Si fallamos, alguien puede perder la vida.

Amargamente, recogió tres nuevas fichas acabadas de surgir del ordenador.

—Es una cuestión de confianza pública.

—¿Y no se sienten ustedes tentados a...? —Witwer vaciló—. Quiero decir, algunos de los hombres que ustedes detienen por este procedimiento tendrán que ofrecerles muchas posibilidades.

—En general enviamos un duplicado de las tarjetas del archivo al Cuartel General Superior del Ejército. Allí se comprueba cuidadosamente. Así pueden también seguir nuestro trabajo. —Anderton, lanzó un vistazo a la parte superior de una de las fichas recién salidas—. Así, aunque nosotros deseásemos aceptar un...

Se detuvo de repente, con los labios apretados.

—¿Ocurre algo? —preguntó Witwer alarmado.

Cuidadosamente, Anderton dobló la ficha y la depositó en uno de sus bolsillos.

—Ah... nada —murmuró—. No es nada, nada en absoluto.

La dureza de la voz de Anderton puso alerta a Witwer.

—Con sinceridad, a usted le disgusto yo.

—Es cierto —admitió Anderton—. No me gusta. Pero...

En realidad no era aquél el motivo. No parecía posible; *no era* posible. Algo iba mal en todo aquello. Perplejo, trató de aclararse su mente confusa.

Sobre aquella ficha estaba escrito su nombre. En la primera línea... ¡Y acusado de un futuro asesinato! De acuerdo con las señales codificadas, el Comisario del Precrimen John A. Anderton iba a matar a un hombre... y dentro de la próxima semana.

Con una absoluta y total convicción, él no podía creer semejante cosa.

II

En la oficina exterior, hablando con Page se hallaba la esbelta y atractiva joven esposa de Anderton, Lisa. Estaba enzarzada en una animada y aguda conversación de política y apenas si miró de reojo cuando entró su marido acompañado de Witwer.

—Hola, querida —saludó Anderton.

Witwer permaneció silencioso. Pero sus pálidos ojos se animaron al posar su mirada sobre la cabellera de la mujer vestida de uniforme. Lisa era un oficial ejecutivo del Precrimen, pero una vez había sido, según ya conocía Witwer, la secretaria de Anderton.

Dándose cuenta del interés que se reflejaba en el rostro de Witwer, Anderton se detuvo reflexionando. Colocar la ficha en las máquinas requeriría un cómplice del interior del Servicio, la ayuda de alguien que estuviese íntimamente conectado con el Precrimen y tuviese acceso al equipo analítico. Lisa era un elemento improbable. Pero la posibilidad existía.

Por supuesto que la conspiración podría hacerse en gran escala y de forma muy elaborada, implicando mucho más que el sencillo hecho de insertar una cartulina perforada en cualquier lugar del proceso. Los datos originales en sí mismos tendrían que ser deliberadamente cambiados. Por el momento, no había forma de decir de qué modo podría llevarse a cabo tal alteración. Un frío nervioso le recorrió la espalda, al comenzar a entrever las posibilidades del asunto. Su impulso original —abrir las máquinas decididamente y suprimir todos los datos— resultaba inútilmente primitivo. Probablemente los registros concordaban con la ficha: no haría sino incriminarse a sí mismo en el futuro. Disponía de aproximadamente veinticuatro horas. Después, la gente del Ejército desearía comprobar seguramente las fichas y descubrirían la discrepancia. Y encontrarían en sus archivos el duplicado de una ficha de la que él se habría apropiado. Él sólo tenía una de las dos copias, lo que significaba que la ficha que se hallaba doblada en su bolsillo estaría a aquellas horas sobre la mesa de Page a la vista de todo el mundo.

Desde el exterior del edificio le llegó el tronar y los aullidos de una patrulla de coches de la policía. ¿Cuántas horas pasarían antes de que fueran a detenerse en la puerta de *su* casa?

—¿Qué te ocurre, cariño? —le preguntó Lisa inquieta—. Tienes el aspecto del que ha visto a un fantasma. ¿Te encuentras bien?

—Oh, sí, perfectamente.

Lisa se dio cuenta en el acto del escrutinio admirativo del que estaba siendo objeto por parte de Witwer.

—¿Es este caballero tu nuevo colaborador, querido? —preguntó.

Un poco distraído y confuso, Anderton se apresuró a presentar a su nuevo colega. Lisa sonrió en amistoso saludo. ¿Pasó entre ellos como un encubierto entendimiento? No pudo decirlo. Santo Dios, ya estaba empezando a sospechar de todo el mundo... no solamente de su esposa y de Witwer sino de una docena de miembros de su personal.

—¿Es usted de Nueva York? —preguntó Lisa.

—No —replico Witwer—. He vivido la mayor parte de mi vida en Chicago. Estoy en un hotel... uno de esos grandes hoteles del centro de la ciudad. Espere... tengo el nombre escrito en una tarjeta por aquí en cualquier parte.

Mientras se rebuscaba por los bolsillos, Lisa sugirió:

—Tal vez le gustaría cenar con nosotros. Tendremos que trabajar en íntima cooperación y pienso que realmente deberíamos conocernos mejor.

Asombrado, Anderton se sintió deprimido. ¿Qué oportunidades serían las que proporcionaría la actitud amistosa de su mujer? Profundamente conturbado se dirigió impulsivamente hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Lisa asombrada.

—Vuelvo con los *«monos»* —repuso Anderton—. Quiero hacer una comprobación relativa a unos datos desconcertantes, antes de que el Ejército los vea.

Ya estaba fuera en el corredor antes de que ella pudiese pensar en una forma razonable de detenerlo. Rápidamente se dirigió hacia la rampa del extremo opuesto. Estaba ya a punto de desaparecer de la vista cuando Lisa apareció jadeante de la carrera emprendida tras él.

—Pero, ¿qué es lo que te ocurre, hombre de Dios? —Tomándole por una manga y tirando fuerte hacia ella, se sitúo a su lado—. *Sabía* que te marchabas —exclamó Lisa bloqueándole el camino—. ¿Qué te pasa? Todo el mundo va a pensar que tú... —se contuvo controlándose para añadir—: Quiero decir, que te estas comportando de una forma errática y extraña.

Una multitud de gente les envolvió, la muchedumbre usual de la tarde. Ignorando a todo el mundo, Anderton apretó el brazo de su mujer.

—Voy a salir fuera —dijo—, mientras que aún es tiempo.

—Pero, ¿por qué?

—Estoy siendo tratado de una forma deliberadamente maliciosa. Ese hombre ha venido a quedarse con mi trabajo. El Senado quiere echarme *sirviéndose* de él.

Lisa le miró asombrada.

—Pero si parece una persona encantadora...

—Sí, encantadora como una serpiente de agua.

Lisa reflejó en su rostro su desconcierto.

—No lo creo. Querido, creo que estás bajo los efectos de un exceso de trabajo. —Sonriendo inciertamente balbuceó—. No resulta realmente creíble que Ed Witwer esté tratando de minarte el terreno. ¿Cómo podría hacerlo aunque quisiera? Seguramente que Ed...

—¿Ed?

—Ese es su nombre, ¿no es así?

Los ojos de Lisa se dilataron de asombro y de desconcierto y brillaron en una muda protesta.

—Cielo santo, estás sospechando de todo el mundo. Parece como si creyeses que yo también estoy mezclada en alguna clase de conspiración contra ti, ¿verdad?

Su marido consideró un instante la cuestión.

—Pues... no estoy muy seguro.

Lisa se le aproximó con ojos acusadores.

—Eso no es cierto. Ni tú mismo lo crees. Tal vez *deberías* marcharte de vacaciones por un par de semanas. Necesitas desesperadamente un descanso. Toda esta tensión y este trauma producido por la llegada de un joven... Estás actuando como un paranoico. ¿Es que no puedes verlo? Dime, ¿tienes alguna prueba de lo que estás diciendo?

Anderton sacó su billetera y extrajo de ella la ficha doblada.

—Examina esto cuidadosamente —le dijo a su mujer.

El color se escapó de las mejillas de Lisa, dejando escapar un sonido entrecortado.

—La trama es claramente evidente —le dijo Anderton—. Esto dará a Witwer un claro pretexto, legal al mismo tiempo, para suprimirme de aquí inmediatamente. No tendrá que esperar a que yo presente mi dimisión. Ellos saben que puedo prestar aún unos años más de servicio.

—Pero...

—Y eso acabará con el sistema de equilibrio y de comprobación. El Precrimen dejará de ser una agencia independiente. El Senado controlará la Policía y después... —Su labios se apretaron en un rictus amargo—. Absorberán igualmente al Ejército también. Bien, eso sería una consecuencia lógica. *Indudablemente*, siento hostilidad y resentimiento hacia Witwer, y *por supuesto* que tengo motivos para proceder así. A nadie le gusta ser reemplazado por un joven y puesto en la lista de los inútiles. En su día eso resultaría totalmente plausible, excepto que no tengo ni la más remota intención de matar a Witwer. Pero no puedo probarlo. Y así las cosas ¿Qué es lo que puedo hacer?

En silencio, con la cara blanca por una intensa palidez, Lisa sacudió la cabeza.

—Pues yo... yo no sé, querido. Si solo...

—Ahora mismo —declaró abruptamente Anderton—. Me voy a casa y empaquetaré mis cosas. Creo que es lo mejor que puedo hacer.

—Y vas realmente a... ¿Esconderte por ahí?

—Así voy a hacerlo. Me iré aunque sea a las colonias lejanas del Sistema de Centauro si es preciso. Ya se ha hecho antes con éxito y aún dispongo de veinticuatro horas para hacerlo —se volvió resueltamente—. Vuelve al interior. No hay nada que hablar de que vengas conmigo.

—¿Imaginaste que lo haría? —preguntó Lisa.

Sorprendido, Anderton la miró fijamente.

—¿No lo hubieras hecho? No, ya veo que no me crees. Todavía piensas que estoy imaginando todo esto... —Y sacudió nerviosamente la ficha entre las manos—. Ni incluso con esta evidencia estás convencida.

—No —convino rápidamente Lisa—. No lo estoy. Creo que no has considerado bien de cerca la cuestión, querido. El nombre de Ed Witwer no esta en ella.

Incrédulo, Anderton tomó la ficha de manos de su mujer.

—Nadie dice que tú tengas que matar a Ed Witwer —continuó Lisa rápidamente en un tono vivaz—. La ficha *debe* ser verdadera, ¿comprendes? Pero nada tiene que ver con Ed Witwer. Él no está intrigando contra ti, ni ninguna persona más tampoco.

Demasiado confuso para responder, Anderton permaneció sin quitar los ojos de la ficha de cartulina. Ella tenía razón. Ed Witwer no estaba catalogado como su víctima. Sobre la línea quinta, la máquina había estampado nítidamente otro nombre:

LEOPOLD KAPLAN

Aturdido, volvió a guardarse la ficha en el bolsillo. Jamás había oído ese nombre en toda su vida.

III

La casa se hallaba fría y solitaria y casi inmediatamente Anderton comenzó a hacer los preparativos para su viaje. Mientras empaquetaba las cosas, una serie de frenéticos pensamientos cruzaban su mente. Posiblemente estaba equivocado respecto a Witwer, pero, ¿cómo podía estar seguro? En cualquier caso, la conspiración contra él era mucho más compleja de lo que había creído a primera vista. Witwer sólo podría ser una

marioneta animada por cualquier otro personaje, por algún distante y poderoso elemento oculto en la penumbra del fondo.

Había sido un error haber mostrado la ficha a Lisa. Sin duda alguna, ella se lo contaría con todo con detalle al propio Witwer. Nunca había salido de la Tierra, ni comprobado qué clase de vida podría llevar en cualquier planeta fronterizo.

Mientras se hallaba así preocupado, el piso de madera crujió tras él. Se volvió rápidamente para enfrentarse con el cañón azulado de una pistola atómica.

—No le llevará mucho tiempo —dijo, mirando fijamente al hombretón cuadrado de hombros, de labios apretados, que, vistiendo un abrigo marrón oscuro, le apuntaba con el arma atómica—. ¿Ni siquiera dudó ella un instante?

El rostro del intruso no pareció tener respuesta adecuada.

—No sé de lo que está usted hablando —dijo—. Vamos, venga conmigo.

Paralizado, Anderton soltó una pesada chaqueta de pieles que sostenía en la mano.

—Usted no pertenece a mi Agencia. ¿Es usted acaso un oficial de Policía?

Protestando y a empujones fue llevado a toda prisa hacia un coche cubierto que esperaba en la calle. La puerta se cerró con estrépito al arrancar el coche, habiendo entrado previamente tres hombres armados en el interior junto con él. El automóvil salió disparado hacia la autopista que salía alejándose de la ciudad. Impasibles y remotos, los rostros que le rodeaban permanecían inalterables con los movimientos del vehículo, al pasar los inmensos campos, oscuros y sombríos, que desfilaban rápidamente ante sus ojos.

Anderton aún trataba inútilmente de captar las implicaciones de lo sucedido, cuando de repente, el coche se desvió de la carretera general y descendió a un garaje de aspecto sombrío con la entrada semioculta. Alguien gritó una orden. La pesada puerta metálica de acceso se descorrió y unas luces brillantes iluminaron el recinto. El chofer apagó el motor.

—Lamentarán ustedes esto —protestó Anderton indignado—. ¿Sabe usted quién soy yo? —concluyó dirigiéndose al que parecía ser el jefe de la partida.

—Lo sabemos —repuso el hombre del abrigo marrón.

A punta de pistola, Anderton fue conducido por unas escaleras y después, por un corredor alfombrado. Se hallaba, al parecer, en una lujosa residencia privada, construida ocultamente en un área devastada por la guerra.

Al extremo del corredor se abría una habitación, más bien un estudio, provisto de gran cantidad de libros y ornamentado, por lo demás, con exquisito gusto. Dentro de un círculo de luz y con el rostro oculto parcialmente por las sombras, un hombre a quien jamás había visto permanecía sentado esperando su llegada.

Conforme se aproximaba Anderton, aquel hombre se quitó unos lentes sin aros, con cierto nerviosismo, y se humedeció los labios. Era de avanzada edad, tal vez unos setenta, y se apoyaba en un bastón con empuñadura de plata. Su cuerpo era delgado y su actitud curiosamente rígida. Sus escasos cabellos grises los llevaba peinados muy pegados al cráneo. Sus ojos únicamente denotaban alarma.

—¿Es Anderton? —preguntó con cierta indiferencia al hombre del abrigo marrón—. ¿Dónde lo encontró usted al fin?

—En su casa —replicó el otro—. Estaba preparando el equipaje... según esperábamos.

El anciano del sillón se estremeció visiblemente.

—Haciendo el equipaje... Mire —dijo dirigiéndose a Anderton—. ¿Qué es lo que le ocurre? ¿Es que se ha vuelto loco de remate? ¿Cómo podría usted matar a un hombre a quien no ha conocido nunca?

Aquel hombre anciano, según pudo deducir inmediatamente Anderton, era Leopold Kaplan.

—Primeramente, haré a usted una pregunta —repuso Anderton rápidamente—. ¿Se da usted cuenta de quién soy yo? Soy el Comisario de la Policía General. Puedo encerrarle durante veinte años por esto.

Iba a continuar diciendo más cosas, pero una súbita idea le interrumpió.

—*¿Cómo lo descubrió usted?* —preguntó. Involuntariamente, su mano se dirigió hacia el bolsillo donde tenía escondida la ficha doblada—. No habrá sido por otra...

—No fui notificado por su agencia —dijo Kaplan interrumpiéndole, con visible impaciencia—. El hecho de que nunca haya oído hablar de mi no me sorprende demasiado. Leopold Kaplan, General del Ejército de la Alianza Federada del Bloque Occidental, estoy retirado desde el fin de la Guerra Anglo-China y la abolición de la AFBO.

Aquello iba teniendo sentido, pensó Anderton, que siempre había sospechado que el Ejército poseía inmediatamente los duplicados de las fichas para su propia protección.

Sintiéndose más aliviado, preguntó:

—Bien, aquí me tiene usted. ¿Y ahora, qué?

—Evidentemente —repuso Kaplan—, no voy a destruirle, para librarme de lo que indica una de esas estúpidas fichas. Pero siento curiosidad acerca de usted. Me parece increíble que un hombre de su talla pudiese contemplar a sangre fría el asesinato de un extraño por completo a usted. Tiene que haber aquí algo más implicado en todo esto. Francamente me siento embrollado. Si esto representa alguna clase de estrategia de la Policía... —se encogió de hombros—. Seguramente que usted no habría permitido que el duplicado de la ficha hubiera llegado a nosotros.

—A menos que tal ficha se haya introducido en los ordenadores deliberadamente —sugirió otro de los hombres.

Kaplan escrutó con sus brillantes ojos a Anderton.

—¿Qué tiene usted que decir?

—Esa es exactamente la cuestión —repuso Anderton—. La predicción de tal ficha fue deliberadamente fabricada por algún grupo del interior de la Agencia de Policía. La ficha ha sido preparada y a mí se me ha tendido una trampa. Así, he sido relevado automáticamente de toda mi autoridad... Mi asistente interviene entonces y afirma que ha prevenido el crimen en la forma usual y eficiente del Sistema Precrimen. Ni que decir tiene que no hay crimen ni intento de tal crimen.

—Yo estoy por completo de acuerdo con usted en que no habrá tal asesinato —afirmó Kaplan autoritariamente—. Estará usted bajo custodia de la Policía. Intento hallarme bien seguro de eso.

Horrorizado, Anderton protestó:

—¿Va usted a devolverme allí? Si permanezco detenido, jamás estaré en condiciones de probar que...

—No me preocupa lo que usted intente probar o no —dijo Kaplan interrumpiéndole—. Todo mi interés radica en tenerle a usted fuera de combate. —Y fríamente añadió—: Para mi propia protección.

—Ya estaba dispuesto a marcharse —comentó uno de los hombres.

—Así es —ratifico Anderton sudando—. Tan pronto como me echen el guante seré internado en uno de esos Campos de Detención. Witwer se pondrá al frente... y ya puedo considerarme perdido. —Su rostro se ensombreció—. Y mi esposa también. Están actuando todos de acuerdo, según las apariencias.

Por un momento Kaplan pareció vacilar.

—Es posible —concedió mirando a Anderton severamente. Después sacudió la cabeza—. No, no puedo correr ningún riesgo. Esto es una conspiración contra usted y lo lamento, créame. Pero es algo que no me concierne en absoluto. —Y dirigiéndose a sus hombres les dijo—: Llévenlo al edificio de la Policía y entréguenlo a la más alta autoridad.

Y mencionó el nombre del Comisario en funciones, esperando la reacción de Anderton.

—¡Witwer! —repitió Anderton incrédulo como en un eco.

Todavía sonriendo ligeramente, Kaplan se volvió y conectó la radio.

—Witwer ya ha asumido el mando. Ni que decir tiene que formará con todo esto un buen tinglado.

Se oyó un zumbido estático y después, de repente, la radio comenzó a sonar en la habitación a bastante volumen. Una voz profesional y bastante ruidosa leía un mensaje informativo:

«...todos los ciudadanos tienen la orden estricta de no dar refugio por ningún concepto a ese individuo peligrosamente criminal. Las extraordinarias circunstancias de un criminal que ha escapado hacia la libertad en condiciones de cometer un acto de violencia, es un caso único en estos tiempos. Todos los ciudadanos quedan advertidos mediante este boletín informativo, de que las leyes en vigor implican que tanto individual como colectivamente tienen la obligación de cooperar totalmente con la Policía para aprehender a John Allison Anderton, quien, por medio de la metodología del Sistema Precriminal es declarado de ahora en adelante un asesino potencial y por tal motivo ha perdido su derecho a la libertad y a todos sus privilegios».

—Se ve que no ha perdido el tiempo —murmuró Anderton, abatido. Kaplan tocó un botón y la radio enmudeció.

—Lisa tiene que haber ido directamente a él —dijo Anderton especulando amargamente.

—¿Por qué tendría que esperar? —preguntó Kaplan—. Usted expresó sus intenciones claramente.

El viejo general hizo una señal a sus hombres.

—Llévenle a la ciudad. Me siento a disgusto con este hombre en mi proximidad. En ese aspecto, estoy de acuerdo con el Comisario Witwer. Quiero que sea neutralizado lo más pronto posible.

IV

Una lluvia fina y helada se abatía sobre las calles mientras el coche atravesaba las oscuras avenidas de Nueva York hacia el edificio de la Policía.

—Puede usted ponerse en su lugar —dijo uno de los hombres a Anderton—. Si usted estuviese en su puesto habría actuado de igual forma.

Pensativo y resentido Anderton se mantenía callado mirando hacia adelante.

—De cualquier forma —continuó aquel hombre— usted sólo es uno entre muchos más. Miles de personas han ido a parar a esos Campos de Detención. No se encontrará solo.

Abrumado por las circunstancias, Anderton miraba a los transeúntes apresurándose a lo largo de las aceras mojadas por la lluvia. Sólo se daba cuenta de la tremenda fatiga que sentía. Mecánicamente iba comprobando los números de las casas calculando la proximidad a la Estación de Policía.

—Ese Witwer se ve que sabe aprovechar las oportunidades y sacar ventaja de cualquiera de ellas —observó uno de los hombres—. ¿Le conoce usted?

—Muy poco.

—Deseaba su puesto... y por eso ha conspirado contra usted. ¿Está usted seguro?

—¿Importa mucho eso ahora? —repuso Anderton con un gesto.

—Era por pura curiosidad. —Y el hombre suspiró lánguidamente—. Entonces, ahora es usted el ex Comisario Jefe de la Policía. La gente que se encuentra en esos Campos estará deseando verle. Y conocer cómo es su cara.

—Sin duda.

—Witwer seguramente que no perderá el tiempo. Kaplan tiene suerte... con un personaje así al frente de la Policía. —Y el hombre miró a Anderton casi con lástima—. Pero usted está seguro de que es un complot, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—¿No habría usted tocado ni un solo cabello de Kaplan, verdad? Por primera vez en la historia, el Precrimen se ha equivocado. Un hombre inocente perseguido por culpa de una de esas fichas... Tal vez haya muchas otras personas inocentes, ¿no es verdad?

—Es muy posible —repuso Anderton.

—Tal vez la totalidad de ese Sistema se venga abajo. Seguramente que usted no va a cometer ningún crimen... y tal vez ninguno de los otros tampoco. ¿Es ésa la razón por la que dijo a Kaplan que quería marcharse? ¿Deseaba usted probar tal vez que el Sistema es falso? Sepa que soy un hombre de amplia mentalidad si quiere hablarme de ello.

Otro de los hombres se inclinó sobre él y preguntó:

—Entre usted y yo, ¿existe realmente algún complot? ¿Ha sido usted falsamente acusado?

Anderton suspiró. Hasta tal punto vacilaba en su interior. Tal vez se hallaba atrapado en un circuito sin salida, sin motivo, sin principio y sin fin. De hecho, estaba casi dispuesto a conceder que era la víctima de una fantasía neurótica, excitada por la creciente inseguridad que le rodeaba. Sin lucha, estaba a punto de renunciar a todo. Un enorme peso le aplastaba dejándole sofocado y sin energías para nada. Estaba luchando contra algo imposible... y todas las cartas estaban en su contra.

Un repentino chirrido de los neumáticos le llamó la atención. Frenéticamente el conductor trataba de controlar el coche en aquel momento, dando golpes de volante y usando el freno, al mismo tiempo que un enorme camión cargado de pan, surgido de la niebla, se le venía encima. De haber acelerado, tal vez habría salvado la situación. Pero era demasiado

tarde para corregir el error. El coche patinó, y dio unos bandazos para ir a estrellarse contra la delantera del camión.

Bajo Anderton, el asiento actuó como un resorte empujándole hacia la puerta. Sintió un dolor súbito e intolerable en el cerebro como si fuera a estallarle, encontrándose de rodillas sobre el pavimento. Cerca de él creyó oír el crepitar de unas llamas y unas fajas de luz serpentear entre la niebla dirigiéndose hacia el coche.

Unas manos acudieron en su ayuda. Poco a poco se dio cuenta de que iba siendo arrastrado lejos del automóvil.

A lo lejos se oían las sirenas de los coches de patrulla.

—Vivirá usted —dijo una voz en su oído, en tono quedo y urgente. Era una voz que jamás había oído antes y le resultaba tan extraña como la lluvia que le batía el rostro—. ¿Puede oír lo que le estoy diciendo?

—Sí —repuso Anderton. Con la manga acudió en auxilio de un corte que ya le sangraba abundantemente de la mejilla. Confuso, trató de orientarse—. Usted no es…

—Deje de hablar y escuche. —El hombre que le hablaba era un tipo fornido, casi obeso. Sus enormes manos le sostenían ahora fuera de la calzada y contra la pared de ladrillo de una calle adyacente, lejos del fuego y del coche—. Tuvimos que hacerlo de esta forma. Era la única alternativa. No tuvimos mucho tiempo disponible. Creímos que Kaplan le retendría en su residencia por más tiempo.

—Entonces, ¿esto ha sido preparado previamente? —preguntó Anderton parpadeando en su enorme confusión.

—Desde luego. —Y aquel hombretón soltó un juramento—. ¿Quiere usted decir que también ellos creían…?

—Yo pensé… —comenzó a decir Anderton y se detuvo al darse cuenta de que encontraba dificultades al hablar, uno de los dientes frontales lo había perdido en el accidente—. La hostilidad hacia Witwer… sentirme reemplazado, y luego mi esposa… el resentimiento natural…

—Deje de engañarse a sí mismo —le interrumpió el desconocido—. Lo sabe usted muy bien. Todo el asunto fue calculado meticulosamente. Tenían cada fase bajo control. La ficha fue colocada el día en que Witwer apareció. Y ya tienen cuanto desean. Witwer Comisario y usted un criminal perseguido.

—¿Quién está detrás de todo eso?

—Su esposa.

Anderton sacudió la cabeza.

—¿Está usted seguro?

Aquel individuo se puso a reír.

—Puede apostar por su esposa. —Miró rápidamente a su alrededor—. Aquí viene la Policía. Siga por esa calle estrecha, tome un autobús, y váyase al barrio pobre de los suburbios, alquile una habitación y cómprese un puñado de revistas para tener algo en que estar ocupado. Ah, cómprese otras ropas. Es usted lo suficientemente listo como para ocuparse de sí mismo. No trate de salir de la Tierra. Controlan todos los sistemas de transporte. Si consigue escapar durante los próximos siete días estará usted salvado.

—¿Quién es usted? —preguntó Anderton.

—Mi nombre es Fleming.

Aquel hombre se apartó y con cuidado comenzó a andar por la estrecha calle fuera de las luces. El primer coche de Policía ya había llegado a la

calzada y sus ocupantes se lanzaron sobre el destrozado coche de Kaplan. En el interior, los ocupantes se movían débilmente comenzando a gemir dolorosamente a través de la maraña de acero, cristales y plástico bajo la lluvia.

—Considérenos como una sociedad protectora —dijo Fleming sin ninguna expresión especial en su rostro mojado por la lluvia—. Una especie de Fuerza de Policía que vigila a la Policía. Queremos que las cosas marchen como deben.

Con su enorme manaza le dio un empujón hacia el interior del callejón. Anderton se sintió lanzado lejos de él, estando a punto de caer en medio de las sombras y escombros que medio llenaban aquella callejuela.

—Siga y no se detenga —le repitió Fleming—. Y no desprecie este paquete. —Y le arrojó un abultado sobre que Anderton recogió—. Estudie eso con cuidado y creo que podrá sobrevivir.

V

La carta de identidad le describía como Ernest Temple, electricista, de paso por Nueva York, con esposa y cuatro hijos en Buffalo. Un carnet manchado de sudor le daba autorización para trabajar en sitios distintos, viajando constantemente sin dirección fija. Un hombre que necesita trabajar, debe viajar.

Mientras cruzaba la ciudad en un autobús casi vacío, Anderton estudió la documentación de Ernest Temple. Sin duda alguna aquellos documentos de identidad se habían hecho a tanteo por todas las medidas y datos que allí aparecían. Tras un rato se preguntó de quién serían las huellas digitales y como habrían conseguido la longitud de onda de su cerebro. Sin duda no resistirían una comprobación rigurosa. Pero al menos era una documentación como principio. Era algo. Con los documentos, iban mil dólares en billetes. Se guardó el dinero y los documentos y después se volvió hacia lo escrito claramente en el sobre que había contenido los carnets. Al principio no le encontró el menor sentido. Durante algún tiempo, lo estuvo considerando, realmente perplejo.

La existencia de una mayoría implica lógicamente, una minoría correspondiente.

El autobús ya había entrado en una vasta región de suburbios pobres de la ciudad en aquella jungla de hoteles baratos y tiendas humildes que habían surgido en aquella área tras las destrucciones de la guerra. Llegó a una parada y Anderton se preparó a salir.

Unos cuantos pasajeros observaron al paso su mejilla herida y sus ropas destrozadas. Ignorando a aquella gente, echó a andar por el borde de la acera bajo la persistente lluvia.

El conserje del hotel no le prestó la menor atención, después de haberle cobrado el dinero de la pensión. Anderton subió la escalera hasta el segundo piso y entró en una habitación reducida con olor humedad. Era pequeña, pero estaba limpia. Tenía cama, armario, tocador, un calendario, silla, lámpara y una radio con contador de tiempo mediante monedas.

Puso en la ranura una moneda de veinticinco centavos y se dejó caer pesadamente en la cama. Todas las emisoras importantes estaban

transmitiendo el boletín de la Policía. Era algo nuevo, excitante, desconocido para las generaciones actuales. ¡Un criminal escapado de la Policía! El público estaba ávidamente interesado.

«...este hombre ha usado la ventajosa posición de la que gozaba para burlar a la Policía —estaba diciendo el locutor con una indignación muy profesional—. Debido a su alto cargo, ha tenido acceso a los datos previos y la confianza depositada en él le ha permitido evadir el proceso normal de detención y localización. Durante el período de su mando, ha ejercitado su autoridad para enviar individuos sin cuento, potencialmente culpables, a los Campos de Confinamiento, desperdiciando así las vidas de esas inocentes víctimas. Este hombre, John Allison Anderton, fue el instrumento de creación del Sistema Precriminal, la predicción profiláctica de la criminalidad a través del ingenioso uso de los mutantes premonitores, capaces de adivinar el futuro y transferir oralmente esos datos a la maquinaria analítica. Esos tres premonitores en sus funciones vitales...».

La voz disminuyó al entrar en el diminuto cuarto de baño de la habitación. Una vez allí se despojó de la chaqueta y la camisa y dejó correr el agua fresca del grifo del lavabo. En la pequeña vitrina encontró un poco de yodo, esparadrapo, una máquina de afeitar, peine y cepillo de dientes, amén de otras pequeñas cosas que podía necesitar. A la mañana siguiente, tendría que procurarse otras ropas de segunda mano y comprar otros objetos necesarios, adecuados a su nueva situación. Después de todo, ahora era un obrero electricista en busca de trabajo y no un Comisario de Policía víctima de un accidente.

En la otra habitación, la radio continuaba sonando. Sólo de forma subconsciente atento a ella, permaneció frente al espejo examinándose el diente roto por el choque.

«...el sistema de los tres premonitores mutantes tuvo su génesis a mediados de este siglo. ¿Cómo se comprueban los resultados en un ordenador electrónico? Alimentando la máquina con datos que se insertan en una segunda máquina de idéntico diseño. Pero dos ordenadores no son suficientes. Si cada uno ellos llega a una respuesta diferente es imposible decir *a priori* cuál es la correcta. La solución, basada en un cuidadoso estudio del método estadístico es utilizar un tercer ordenador que compruebe los resultados de los dos primeros. De esta forma, se obtiene lo que se llama el informe de la mayoría. Puede presumirse con gran probabilidad que el acuerdo de dos de los tres ordenadores indica cuál de los resultados de tal alternativa es el correcto. No sería verosímil que dos ordenadores llegasen a idénticas soluciones incorrectas...».

Anderton arrojó la toalla que tenía en la mano y corrió hacia la otra habitación, volcándose literalmente sobre el aparato de radio para captar mejor la emisión.

«...la unanimidad de los tres premonitores es un fenómeno posible pero muy rara vez conseguido, según explica el Comisario en funciones, el Sr. Witwer. Es mucho más corriente obtener un informe de mayoría de dos premonitores más un informe de minoría del tercer mutante, con una variación muy ligera, referida usualmente al tiempo y al lugar. Esto se explica por la teoría de los *múltiples futuros*. Si existiese solamente un sendero del tiempo, la información premonitora no tendría importancia, ya que no existiría ninguna posibilidad de alterar el futuro».

Anderton comenzó a recorrer frenéticamente la pequeña habitación de un lado a otro. El informe de la mayoría... sólo dos de los premonitores mutantes habían coincidido en el material anotado en la ficha, Aquél era el significado del mensaje del paquete que le habían entregado. El informe del tercer premonitor, esto es, el informe de la minoría, tenía también su importancia.

¿Por qué?

Consultó el reloj y vio que era ya pasada la medianoche. Page estaría libre de servicio. No estaría de vuelta en el bloque de los «monos» hasta la tarde siguiente. Era una débil oportunidad pero valía la pena aprovecharla. Tal vez Page quisiera encubrirle, o tal vez no. Tenía que arriesgarse a saberlo.

Tenía que ver *el informe de la minoría*.

VI

Entre el mediodía y la una de la tarde, las calles hormigueaban de gente. Eligió esa hora, en el momento de más tráfico del día, para hacer su llamada. Eligió una cabina telefónica pública del interior de una tienda, marcó el número tan familiar de la Policía y esperó la respuesta. Deliberadamente seleccionó sólo el canal del sonido, descartando el de la imagen, pues a despecho del cambio sufrido por las ropas y su atuendo general, podía ser reconocido.

La persona que recibió la llamada era nueva para Anderton. Con precaución deliberada, le dio la extensión de Page. Si Witwer estaba cambiando todo el personal y poniendo en su lugar a sus satélites, podría hallarse hablando con una persona totalmente extraña.

—¿Sí? —sonó la voz de Page, al fin.

Sintiéndose aliviado, Anderton miró a su alrededor. Nadie estaba dedicándole la menor atención, los clientes de la tienda merodeaban alrededor de las mercancías en su rutina diaria.

—¿Puede usted hablar? —preguntó—. ¿O hay algo cerca que se lo impide?

Se produjo un momento de silencio. Tuvo la certeza de estar viendo al propio Page luchar con la incertidumbre de lo que tenía que hacer en aquel momento. Por fin, llegó la respuesta:

—¿Por qué... me llama usted aquí?

Ignorando la pregunta, Anderton continuó:

—No reconocí la voz del recepcionista. ¿Hay nuevo personal?

—Sí, de nueva marca —repuso Page con voz ahogada—. Tenemos grandes cambios estos días.

—Así lo tengo entendido —repuso Anderton—. ¿Y su trabajo? ¿Continúa todavía en pie?

—Espere un momento. —El receptor fue puesto de forma que unos pasos que se aproximaban llegasen claramente a oídos de Anderton. Fueron seguidos por el ruido de una puerta que se cerraba. Page volvió al teléfono—. Ahora podemos hablar mejor. Dígame.

—¿Cuánto mejor?

—No mucho. ¿Dónde está usted?

—Paseando por Central Park —repuso Anderton—. Disfrutando de la luz del sol. —Por lo que había supuesto, Page había ido a asegurarse de que la conversación se registraba en cinta magnetofónica. En aquel momento, con toda seguridad, una patrulla aérea estaría ya en su busca. Pero no tenía más

remedio que aprovechar aquella oportunidad—. Ahora trabajo en un nuevo oficio. Soy electricista.

—¿Ah, sí? —repuso Page asombrado.

—Pensé que tendría usted algún trabajo para mí. Si puede usted arreglarlo, podría dejarme caer por ahí y examinar el equipo básico de computación. Especialmente los datos y los bancos analíticos del bloque de los «monos».

Tras una pausa, Page contestó:

—Pues... creo que podría arreglarse, si es tan importante para usted.

—Lo es —le aseguró Anderton—. ¿Cuándo sería mejor para usted?

—Bien —contestó Page como luchando consigo mismo—. Espero a un equipo de reparaciones que viene a echar un vistazo al equipo de comunicaciones. El Comisario en funciones quiere que sea mejorado, para que pueda operar con mayor rapidez. Podría usted venir entonces.

—Lo haré. ¿Hacia qué hora?

—Digamos a las cuatro de la tarde en punto. Entrada B, nivel 6. Allí... le encontraré a usted.

—Muy bien, gracias —dijo Anderton y comenzó ya a colgar—. Espero que todavía esté usted en su puesto cuando llegue.

Colgó y salió rápidamente de la cabina. Un momento después, se hallaba mezclado con la ingente muchedumbre que atestaba las calles y entró en una cafetería próxima. Nadie podría localizarle allí. Tenía por delante una espera de tres horas y media. Aquello podría ser demasiado tiempo. Sería la espera más larga de toda su vida.

Lo primero que Page le dijo al verlo fue:

—Está usted loco de remate. ¿Por qué diablos ha vuelto?

—No he vuelto por mucho tiempo.

Con cuidado, Anderton comenzó a deambular alrededor del bloque de los «monos» cerrando sistemáticamente una puerta tras otra.

—No deje que entre nadie. No puedo correr ningún riesgo inútil.

—Tendría usted que haberse marchado cuando consiguió escapar —le dijo Page, siguiéndole con el rostro descompuesto y alterado—. Witwer ha revuelto el cielo y la tierra y ha conseguido que todo el país esté sobre su pista como un lobo rabioso.

Ignorándole, Anderton abrió el control principal del banco de la maquinaria analítica.

—¿Cuál de los tres «monos» dio el informe de la minoría?

—No me pregunte a mí... Yo me marcho.

Page pasó junto a él, se detuvo un instante y se marchó cerrando la puerta de la habitación. Anderton se quedó solo.

El de en medio. Lo conocía bien. Era el de figura de enano que permanecía sentado entre cables y conexiones desde hacía quince años. Al aproximarse Anderton, ni siquiera levantó los ojos. Con la vista ausente contemplaba un mundo que no existía, ajeno a la realidad física que yacía a su alrededor.

«Jerry» tenía veinticuatro años. Originalmente había sido clasificado como un idiota hidrocefálico pero cuando llegó a los seis años de edad los análisis psicológicos determinaron su talento premonitor, enterrado bajo los tejidos alterados de sus circunvoluciones cerebrales. Llevado a la escuela especial de entrenamiento del Gobierno, su talento latente había sido ampliamente cultivado. A los nueve años, su talento premonitor había alcanzado un nivel utilizable. «Jerry», sin embargo, continuaba yaciendo en el caos sin meta de

su idiotez congénita, su especial facultad premonitora había absorbido el resto de su personalidad.

Agachándose, Anderton comenzó a desarmar los escudos protectores que guardaban las cintas grabadas y almacenadas en la maquinaria analítica. Utilizando esquemas, fue siguiendo la pista de los diferentes circuitos de los ordenadores a los que «Jerry» y su equipo estaban conectados. Consultando el plano, a los pocos instantes estuvo en condiciones de seleccionar la sección del registro que se refería a su ficha en particular.

En sus proximidades, había montado un aparato magnetofónico. Conteniendo la respiración, insertó la cinta, activó la máquina y escuchó. Sólo le llevó un instante. Desde la primera declaración del informe, resultó claro lo ocurrido. Tenía lo que deseaba, podía dejar ya de buscar.

La visión de «Jerry» estaba desenfocada, desfasada. A causa de la naturaleza errática de la premonición, estaba examinando un área de tiempo ligeramente diferente de la de sus compañeros. Para él el informe de que Anderton cometería un asesinato era un suceso para ser integrado con todos los demás. Aquella afirmación —y la reacción de Anderton— era un dato más.

Sin duda alguna, el informe de «Jerry» reemplazaba al informe de la mayoría. Habiendo sido informado de que cometería un crimen, Anderton habría cambiado de parecer y no lo habría hecho. La previsión del crimen había evitado su comisión. La profilaxis había ocurrido simplemente al haber sido informado. Y se había creado un nuevo sendero del tiempo.

Temblando, Anderton volvió a rebobinar la cinta y pulsó el botón correspondiente. A gran velocidad, obtuvo una copia del informe. Allí tenía la prueba de que la ficha no era valida: *obsoleta*. Todo lo que tenía que hacer era mostrársela a Witwer…

Su propia estupidez le dejó helado. Sin duda alguna, Witwer había visto el informe y a pesar de ello, había asumido el papel de Comisario y dado ordenes a la Policía. Witwer no se volvería atrás y le tendría sin cuidado la inocencia de Anderton.

Entonces, ¿qué podía hacer? ¿Quién más podía estar interesado?

—¡Estúpido loco! —gritó con ansiedad una voz a su espalda.

Se volvió rápidamente. Su esposa permanecía de pie en una de las puertas, vestida con su uniforme de la Policía y reflejando en los ojos una frenética desesperación.

—No te preocupes —repuso él brevemente—. Me voy ya.

Con el rostro distorsionado, Lisa se precipitó tras él.

—Page me dijo que estabas aquí pero no podía creerlo. No debió haberte dejado entrar. ¿Es que no comprendes quién eres?

—¿Quién soy? —preguntó cáusticamente Anderton—. Antes de responder sería mejor que escucharas este registro.

—¡No quiero escucharlo! ¡Quiero que te marches de aquí! Ed Witwer sabe que alguien anda por aquí. Page está tratando de mantenerlo ocupado… —Ella se interrumpió, moviendo la cabeza de un lado a otro—. ¡Está aquí! Forzará la entrada para llegar hasta aquí.

—¿No has logrado ninguna influencia? Vamos, sé graciosa y encantadora. Probablemente se olvide de mí.

Lisa le miró con un amargo reproche.

—Hay una nave aparcada en el techo del edificio. Si quieres marcharte lejos... —Su voz se entrecortó y quedó en silencio. Después, añadió—: Yo me marcharé dentro de un minuto. Si quieres venir…

—Iré —dijo Anderton.

No tenía otra elección. Se había asegurado aquel registro, su prueba; pero no había pensado en la forma de salir de allí. Contento, corrió tras la esbelta figura de su mujer, sorteando todos los obstáculos del bloque de los monos y después hacia una puerta y un corredor.

—Es una nave muy rápida —le dijo ella por encima del hombro—. Está provista de combustible para casos de emergencia... dispuesta a salir en el acto. Yo iba a supervisar algunos de los equipos.

VII

Tras el volante del crucero ultrarrápido de la Policía, Anderton resumió el contenido del informe de la minoría obtenido. Lisa escuchó sin hacer comentarios, con las facciones contraídas y las manos nerviosamente enlazadas en la falda. Bajo la nave discurría el terreno destruido por la guerra, en un vasto panorama de ruinas y desastre. Un espantoso paisaje lleno de cráteres, como un mapa lunar, moteado de tanto en tanto por algunas pequeñas granjas y fábricas.

—Me gustaría saber —dijo Lisa, cuando su marido hubo terminado— cuántas veces habrá ocurrido esto antes.

—¿Un informe de la minoría? Muchísimas veces.

—Quiero decir, que uno de esos premonitores se haya desfasado. Usando el informe de los otros como datos..., y reemplazándolo. —Sus ojos se oscurecieron y añadió—: Tal vez una enorme cantidad de personas de las que se encuentran en los Campos de Detención, están en tus mismas condiciones.

—No —insistió Anderton. Pero ya comenzaba a sentirse incómodo ante tal pensamiento—. Yo estaba en condiciones de ver la ficha, y poder leer el informe. Eso es lo que hice.

—Pero... —y Lisa hizo un gesto significativo—. Tal vez todos ellos habrían reaccionado de la misma forma. Podríamos haberles dicho a todos ellos la verdad.

—Habría sido un riesgo demasiado grande —repuso Anderton con testarudez.

Lisa soltó una nerviosa carcajada.

—¿Riesgo? ¿Oportunidad? ¿Incertidumbre? ¿Con los premonitores a mano?

Anderton se concentró en la conducción de la nave.

—Este es un caso único —repitió—. Y tenemos ahora un problema inmediato. Ya discutiremos los aspectos teóricos más tarde. He de llevar este registro a las personas idóneas antes de que tu brillante amigo pueda demolerlo.

—¿Quieres hablar de eso a Kaplan?

—Ciertamente que voy a hacerlo. —Y dio unas palmadas sobre el registro que yacía en el asiento entre ambos—. Estará muy interesado. Es la prueba de que su vida no está en peligro y eso debe tener una importancia vital para él.

Lisa sacó los cigarrillos del bolso.

—Y supones que querrá ayudarte...

—Puede que lo haga... o tal vez no. Es un riesgo que vale la pena correr.

—¿Cómo te las arreglaste para desaparecer tan pronto? Un disfraz tan completo y efectivo es difícil de obtener.

—Con dinero se consigue todo —repuso Anderton evasivamente.

Mientras fumaba, Lisa insistió:

—Probablemente Kaplan te protegerá... Es muy influyente.

—Yo creí que sólo era un General retirado.

—Técnicamente, eso es lo que es. Pero Witwer se hizo con su expediente. Kaplan encabeza una extraña Organización de Veteranos. Actualmente, es como una especie de club, con un número restringido de miembros. Altos oficiales solamente... de varias nacionalidades, procedentes de ambos bandos de la guerra. Aquí en Nueva York mantienen una sede en una gran mansión, disponen de tres publicaciones y ocasionalmente de emisiones de televisión, todo lo cual les cuesta una pequeña fortuna.

—¿Qué es lo que intentas decir?

—Sólo esto. Me has convencido de que eres inocente. Es decir, resulta obvio que no cometerás ningún asesinato. Pero tienes que darte cuenta ahora de que el informe original, el informe de la mayoría *no era una falsedad*. Nadie lo falsificó. Ed Witwer no lo creó. No existe complot alguno contra ti y nunca lo hubo. Si aceptas ese informe de la minoría como genuino, habrás aceptado también el de la mayoría.

—Pues... supongo que sí —admitió Anderton de mala gana.

—Ed Witwer —continuó Lisa— está actuando con una completa buena fe. Él cree realmente que tú eres un criminal en potencia... ¿y por qué no? Tiene sobre la mesa de su despacho el informe de la mayoría y tú tienes la ficha en tu cartera.

—La destruí —repuso Anderton con calma.

Lisa se inclinó sobre su marido.

—Ed Witwer no ha actuado con la intención de ocupar tu puesto —dijo—. Ha actuado con la misma buena fe con que siempre actuaste tú. Él cree en el Sistema Precrimen. Y desea que continúe. He hablado con él y estoy convencida de que dice la verdad.

—¿Querrás entonces llevar este registro magnetofónico a Witwer? —preguntó Anderton—. Si lo hiciera yo... lo destruiría.

—No tiene sentido, eso es absurdo —replicó Lisa—. Los originales han estado en sus manos desde el principio. Pudo haberlos destruido en cualquier momento en que lo hubiera deseado.

—Sí, eso es cierto —admitió Anderton—. Es muy posible que no lo supiera.

—Por supuesto. Fíjate en esto. Si Kaplan consigue hacerse con ese registro, la Policía se desacreditará. ¿No puedes ver por qué? Si tú demuestras que el informe de la mayoría fue un error, el Sistema está acabado. Tienes que continuar así... si queremos que el Sistema Precrimen sobreviva. Tú sólo piensas en tu propia seguridad. Pero piensa por un momento sobre del Sistema en sí. ¿Qué significa más para ti, tu propia seguridad personal o la existencia del Sistema?

—Mi seguridad —repuso Anderton, sin vacilar lo más mínimo.

—¿Estás seguro?

—Si el Sistema ha de sobrevivir encerrando a gente inocente, entonces merece ser destruido. Mi seguridad personal es importante porque yo soy un ser humano. Y además...

Del fondo del bolso Lisa sacó rápidamente una pistola...

—Tengo —le dijo a su marido huraña— en este momento el dedo puesto en el gatillo. Jamás he usado un arma antes de ahora. Pero tendré que hacerlo si te opones.

Tras una pausa, Anderton preguntó:

—¿Quieres que dé la vuelta al aparato? ¿Es eso lo que pretendes?

—Sí, hacia el edificio de Policía. Lo siento. Si pones tu propio egoísmo por encima del interés general y todo lo bueno del Sistema...

—Guárdate el sermón —repuso Anderton—. Volveré. Pero no voy a oír la defensa de un código de conducta que ningún hombre inteligente estaría dispuesto a suscribir.

Los labios de Lisa se contrajeron en una delgada línea. Sosteniendo la pistola frente a él, no le quitaba la vista de encima. Unos cuantos objetos de la guantera del aparato cayeron esparciéndose en el fondo de la cabina al dar la nave una vuelta en redondo para volver a la ciudad. Tanto Anderton como su mujer iban sujetos por los cinturones de seguridad. Pero no así el tercer miembro de la tripulación.

De reojo Anderton vio un cierto movimiento a su espalda. Un ruido le llegó simultáneamente, el choque de un hombretón que había perdido instantáneamente su equilibrio y chocaba contra la pared metálica del aparato. Lo que siguió, ocurrió rápidamente. Fleming se incorporó con una increíble rapidez, desarmando en un abrir y cerrar de ojos a Lisa. Anderton se hallaba demasiado asombrado para reaccionar. Lisa se volvió... vio a aquel hombre y soltó un chillido histérico. La pistola le fue arrebatada de un zarpazo, y empuñada por el desconocido viajero.

—Lo siento —dijo Fleming—. Pensé que iba a hablar más. Eso es lo que yo esperaba.

—Entonces, estaba usted aquí cuando... —comenzó a decir Anderton, y se detuvo.

Fleming y sus hombres le habían vigilado estrechamente. La existencia de la nave de Lisa había sido anotada a su debido tiempo y tomada en cuenta, y cuando Lisa se debatía con su marido entre marcharse o no para ponerse a seguro, Fleming había saltado al compartimiento posterior de la nave aérea.

—Tal vez sea mejor que me entregue usted ese registro —dijo Fleming, mientras que lo tomaba en sus enormes manos—. Tiene usted razón, Witwer lo habría reducido a cenizas.

—¿Entonces, Kaplan...?

—Kaplan está trabajando directamente con Witwer. Por eso su nombre aparece en la quinta línea de la ficha. Cuál sea el verdadero jefe actualmente es algo que ignoro. Posiblemente ninguno de los dos. —Fleming tiró la pistola a un lado y sacó su pesada arma del Ejército—. Hizo usted una completa tontería al salir con su mujer. Ya le dije que ella también se hallaba tras todo este asunto.

—No puedo creerlo —murmuró Anderton perplejo—. Si ella...

—No lo comprende bien. Esta nave se dispuso por orden de Witwer. Ellos deseaban que se marchase usted lejos del edificio para que nosotros no pudiéramos dar con su paradero. Con usted lejos, separado de nosotros, no habría tenido la menor oportunidad.

Una extraña mirada brilló en los ojos de Lisa.

—Eso es incierto —farfulló—. Witwer jamás vio este aparato. Yo iba a supervisar...

—Casi consigue usted huir con él —interrumpió Fleming inexorable—. Tendremos mucha suerte si las patrullas de Policía no se nos vienen encima. No hubo tiempo de comprobarlo. —Y se agachó directamente frente al asiento de Lisa—. Lo primero que debemos hacer es deshacernos de esta mujer. Page ha dado cuenta a Witwer de su nuevo disfraz y los detalles habrán sido radiados en todas direcciones.

Todavía agachado, Fleming agarró a Lisa. Arrojando su arma a Anderton, la cogió por la garganta. Horrorizada, Lisa intentó arañarle frenéticamente. Ignorándola, Fleming cerró sus manazas sobre el delicado cuello de la mujer, comenzando a ahogarla poco a poco.

—No habrá heridas de bala —explicó jadeante—. Tendrá que parecer... un accidente. Eso suele ocurrir a menudo. Pero en este caso, habrá que romperle el cuello *primero*.

Pareció extraño que Anderton hubiera esperado tanto. Pero conforme se hundían las manos de Fleming cruelmente en la suave piel de su mujer, Anderton cogió la pesada pistola por el cañón y asestó un golpe seco en el cráneo de Fleming por detrás de la oreja. Las monstruosas manos de Fleming se aflojaron. Abatido fulminantemente, la cabeza de Fleming cayó y todo su cuerpo chocó contra la pared de la cabina. Trató aún de recuperarse, pero Anderton volvió a golpearle y esta vez se desplomó como un fardo.

Jadeando fatigosamente por recobrar el aliento Lisa permaneció un momento inclinada, con el cuerpo estremecido. Después, gradualmente, el color volvió a su rostro.

—¿Puedes hacerte cargo de los controles? —preguntó Anderton, sacudiéndola.

—Sí... creo que sí. —Casi mecánicamente se puso al volante—. Creo que lo haré bien. No te preocupes por mí.

—La pistola es un arma de reglamento del Ejército —comentó Anderton—. Pero no procede de la guerra. Es un último modelo. Creo que tenemos una oportunidad...

Saltó hacia la parte trasera del aparato donde Fleming yacía extendido por el suelo de la cabina. Sin tocar la cabeza del caído, le desabrochó la ropa y comenzó a registrarle todos los bolsillos. Un momento más tarde, la cartera manchada de sudor de Fleming estaba en sus manos.

Tod Fleming, de acuerdo con su identificación, era un Mayor del Ejército agregado al Departamento de Inteligencia Militar. Entre varios otros, aparecía un documento firmado por el General Kaplan, estableciendo que Fleming se hallaba bajo la especial protección de su propio grupo, la Liga Internacional de Veteranos.

Fleming y sus hombres actuaban a las órdenes del General Leopold Kaplan. El camión cargado de pan, el accidente, todo había sido deliberadamente preparado.

Aquello significaba que Kaplan le había sustraído deliberadamente de las manos de la Policía. El plan arrancaba desde el primer contacto en su propia residencia, cuando Kaplan le mandó capturar y le encontró preparando su equipaje. Con cierta incredulidad, Anderton comprendió lo que realmente

había sucedido. Desde el principio, todo había sido una estrategia elaborada para tener la seguridad de que Witwer fracasaría en su intento de arrestarle.

—Ahora veo que me estabas diciendo la verdad —dijo Anderton a su esposa, al volver al asiento delantero—. ¿Podremos hablar con Witwer?

Ella hizo un gesto afirmativo, indicando el circuito de comunicaciones del tablero.

—¿Qué... encontraste?

—A ver si conseguimos ver a Witwer. Quiero hablar con él tan pronto como pueda. Es muy urgente.

Lisa marcó rápidamente la llamada en el dial, por el canal privado de Policía y del Cuartel General de Nueva York. Al momento se iluminó la pequeña pantalla y las facciones de Ed Witwer aparecieron en ella.

—¿Se acuerda de mí? —le preguntó Anderton.

Witwer se quedó mudo de asombro.

—¡Buen Dios! ¿Qué ha ocurrido? Lisa, ¿le trae usted misma? —Enseguida se fijó en el arma que sostenía en sus manos y su rostro se endureció—. Mire —gritó furioso—. ¡No vaya a hacerle daño! Sea lo que sea lo que usted piensa, ella no es responsable de nada.

—He descubierto algo importante —le contestó Anderton—. ¿Puede ayudarnos? Es posible que necesitemos ayuda a nuestro regreso.

—*¿Regreso?* —dijo Witwer mirándole sin dar crédito a lo que oía—. ¿Es que viene usted aquí tal vez? ¿Viene a entregarse por sí mismo?

—Así es, en efecto. —Y hablando rápidamente, Anderton añadió—: Hay algo que tiene usted que hacer inmediatamente. Cierre absolutamente el bloque de los «monos». Tenga la certeza de que nadie entra, ni Page, ni nadie. *Especialmente gente del Ejercito.*

—Kaplan —repuso la imagen en miniatura.

—¿Qué pasa con él?

—Estuvo aquí. Acaba... de marcharse.

Anderton creyó que se le detenía el corazón.

—¿Qué estuvo haciendo?

—Recogiendo datos. Transcribiendo duplicados de los premonitores sobre usted. Insistió en que lo necesitaba solamente para su propia protección.

—Entonces ya lo tiene —dijo Anderton—. Es demasiado tarde.

Alarmado, Witwer casi gritó:

—¿Qué es lo que quiere decir? ¿Qué está ocurriendo?

—Se lo diré a usted, cuando esté de vuelta en mi oficina.

VIII

Witwer salió a su encuentro en el tejado del edificio de la Policía. Mientras la pequeña nave tomaba contacto con la terraza, una escolta de policías mantenía una estrecha vigilancia. Anderton se aproximó inmediatamente al joven de cabellos rubios.

—Ya tiene lo que deseaba —le dijo—. Ahora puede encerrarme y enviarme a un Campo de Detención. Pero creo que no será suficiente.

Los pálidos ojos de Witwer parpadearon con incertidumbre.

—Me temo que no comprendo.

—Es culpa mía. Nunca debí abandonar el edificio de Policía. ¿Dónde está Wally Page?

Ya le echamos el guante y está a buen recaudo —replicó Witwer—. No nos molestará más.

—Le ha detenido usted por una razón equivocada. Permitirme entrar en el bloque de los «monos» no era ningún crimen. Pero pasar información al Ejército, sí que lo es. Ha tenido usted a todo un regimiento trabajando para el Ejército. —Y se corrigió a sí mismo, añadiendo—. Es decir, lo he tenido.

—He retirado la orden de captura hacia usted. Ahora los equipos están tras Kaplan.

—¿Alguna suerte hasta ahora?

—Se marchó de aquí en un camión blindado del Ejército. Le seguimos, pero el camión entró en unos barracones militarizados. Ahora tienen una gran cantidad de tanques gigantes R3 del tiempo de la guerra bloqueando la calle. Será toda una guerra civil el poder abrirse paso.

Con lentitud y vacilante, Lisa salió del aparato. Aún aparecía pálida y estremecida, mostrando claramente las señales de violencia de Fleming en la garganta.

—¿Qué le ha ocurrido a usted, Lisa? —le preguntó Witwer. Y enseguida advirtió la silenciosa e inerte figura de Fleming en el interior—. Bien, ahora supongo que ya habrá dejado de creer que yo conspiraba contra usted — concluyó mirando fijamente a Anderton.

—Sí.

—No pensará usted que yo... he *intrigado* para arrebatarle el puesto.

—Seguro que sí. Todo el mundo es culpable en este asunto. Y yo estoy conspirando para evitarlo. Pero hay algo más... de lo que usted no es responsable.

—¿Por qué afirmaba usted que era demasiado tarde al volver para entregarse? Dios mío, tendremos que confinarle en un Campo. La semana pasará y Kaplan todavía estará vivo.

—Estará vivo, sí —concedió Anderton—. Pero puede probar que estaría vivo aun si yo estuviera paseando por las calles libremente. Tiene la información que demuestra que el informe de la mayoría no es valido. Puede destruir el Sistema Precrimen. Sí, con las dos caras de la moneda, cara o cruz, él gana... y nosotros perdemos. El Ejército nos desacredita, y su estrategia sale triunfante.

—Pero, ¿por qué arriesgan tanto? ¿Qué es exactamente lo que quieren?

—Después de la Guerra Anglo-China, el Ejército perdió mucha de su autoridad. Ya no era lo que fue en los días de la Alianza del Bloque Occidental, en que lo gobernaban todo, tanto los asuntos militares como los domésticos. Y tenían su propia Policía.

—Como Fleming —murmuró Lisa.

—Terminada la guerra, el Bloque Occidental fue desmilitarizado. Los altos oficiales como Kaplan, fueron retirados y apartados del mando. Y a nadie le gusta eso. —Anderton hizo un gesto—. Yo puedo simpatizar con él a ese respecto. No ha sido el único.

—Dice usted que Kaplan ha vencido —dijo entonces Witwer—. ¿Hay algo que pueda hacerse?

—No voy a matarle. Nosotros lo sabemos y él también lo sabe. Probablemente vendrá hacia nosotros con algún arreglo especial. Continuaremos en nuestras funciones pero el Senado abolirá nuestra base real de apoyo. No creo que le gustase, ¿verdad?

—Pues yo diría que no, francamente —repuso Witwer—. Uno de estos días estaré a la cabeza de esta agencia. —Y se sonrojo un tanto—. No inmediatamente, por supuesto.

La expresión de Anderton se tornó sombría.

—Es una lástima que publicase usted a los cuatro vientos el informe de la mayoría. Si hubiera permanecido callado, lo hubiéramos retirado con cuidado. Pero todo el mundo lo sabe ahora. No podemos retractarnos ya.

—Supongo que no —contestó Witwer—. Tal vez yo... no realicé este trabajo tan bien como suponía.

—Lo hará, con el tiempo. Será usted un gran oficial de Policía. Usted tiene confianza en la bondad del Sistema, pero tendrá que aprender a tomar las cosas con calma Anderton se apartó entonces de su interlocutor—. Voy a estudiar los datos de los registros del informe de la mayoría. Quiero descubrir exactamente de qué forma tenía que matar a Kaplan. Eso puede proporcionarme ideas interesantes.

Los datos de los registros del premonitor «Dona» y del premonitor «Mike» estaban separadamente archivados. Operando en la maquinaria responsable de los análisis de «Dona», abrió el escudo protector y extrajo el contenido. Como antes, el código le informó de que los registros eran importantes y en un momento, lo pasó por la copiadora.

Resultó aproximadamente lo que había sospechado. Aquél era el material utilizado por «Jerry», el desfasado, para hacer su propia premonición.

En él, los agentes de la Inteligencia Militar de Kaplan raptaban a Anderton de su domicilio. Llevado a la villa de Kaplan, donde estaba el Cuartel General de la Liga Internacional de Veteranos, a Anderton se le daba un ultimátum: o desmontar voluntariamente todo el Sistema Precrimen o encararse con la hostilidad del Ejercito.

En aquella descartada línea del tiempo, Anderton, como Comisario de Policía, había acudido al Senado en busca de apoyo. Pero no lo había obtenido. Para evitar la guerra civil, el Senado había ratificado el desmembramiento del Sistema de Policía y decretado un retorno a la «Ley Militar para Situaciones de Urgencia». Al mando de un grupo de policías fanáticos, Anderton había localizado a Kaplan y le había disparado lo mismo que a otros altos oficiales componentes de la Liga de Veteranos. Sólo Kaplan había muerto. Los otros habían sido detenidos. Y el golpe había tenido un completo éxito.

Luego, pasó la cinta con el material previsto por «Mike». Ambos debían ser iguales, ambos premonitores se habrían combinado para presentar una imagen unificada de los acontecimientos. «Mike» comenzó por donde «Dona»: Anderton se había dado cuenta del complot de Kaplan contra la Policía. Pero algo estaba equivocado. Confuso, rebobinó el registro y lo volvió a pasar de nuevo desde el principio. Incomprensiblemente, algo no marchaba bien. De nuevo rebobinó el registro y escuchó atentamente. El informe de «Mike» era totalmente diferente del de «Dona».

Una hora más tarde había terminado su comprobación, dejó a un lado los registros y abandonó el bloque de los «monos». Tan pronto como salió de allí, le preguntó Witwer:

—Bien, ¿qué es lo que ocurre? Parece que hay algo que va mal.

—No —repuso lentamente Anderton—. No exactamente mal. —Y se encaminó hacia la ventana mirando al exterior.

Las calles estaban abarrotadas de gente. Marchando por el centro de la avenida principal, pasaba una masa de tropas uniformadas de cuatro en fondo, con armas automáticas, cascos; soldados en son de guerra, con sus uniformes de combate portando los estandartes de la Alianza del Bloque Occidental, que flameaban al frío viento de la tarde.

—Un golpe del Ejército —explicó Witwer con voz débil—. Yo estaba equivocado. No van a hacer ningún trato con nosotros. ¿Por qué tendrían que hacerlo? Kaplan va a hacerlo público.

—¿Va a leer el informe de la minoría? —dijo Anderton sin sorpresa en la voz.

—Aparentemente. Irán a solicitar al Senado que seamos desmantelados y tomar nuestra autoridad. Van a afirmar que hemos estado arrestando a gente inocente, con los procedimientos usuales de la Policía: gobernar con el terror.

—¿Y supone usted que el Senado cederá?

—No quisiera suponerlo.

—Pues yo sí. Lo harán. Lo que estoy viendo concuerda con lo que me había imaginado, con lo que he sabido. Estamos metidos en una trampa y sólo hay una dirección que tomar. Tanto si nos gusta como si no, tendremos que hacerlo. —Y sus ojos relampaguearon vivamente.

Witwer se sintió sobrecogido por una repentina aprensión.

—¿Hacer qué?

—Una vez que se lo diga, se preguntará por qué no se le ocurrió a usted. Sencillamente, voy a matar a Kaplan. Es la única salida que nos queda para evitar que nos desacredite.

—Pero... —balbuceó Witwer— el informe de la mayoría ha sido reemplazado.

—Yo puedo hacerlo —le informó Anderton. ¿Está usted familiarizado con las leyes que tratan del asesinato en primer grado?

—Cadena perpetua.

—Por lo menos. Probablemente, usted podrá influir y conmutarla por el exilio. Yo sería enviado a uno de los planetas alejados de las colonias, a la buena y vieja frontera.

—¿Y prefiere usted eso?

—¡Diablos, no! Pero sería en todo caso, el menor de los males. Y tiene que hacerse. —No veo de qué forma podría usted matar a Kaplan.

Anderton sacó el imponente revólver atómico de Fleming.

—Usaré esto.

—¿Y supone que no le detendrán antes?

—¿Porqué tendrían que hacerlo? Ellos tienen el informe de la minoría que dice que yo he cambiado de opinión.

—Entonces, ¿el informe de la minoría es incorrecto?

—No —repuso Anderton—. Es absolutamente correcto. Pero voy a matar a Kaplan de todos modos.

IX

Nunca había matado a ningún hombre. Incluso jamás había visto a un hombre asesinado, aún habiendo sido Comisario de Policía durante treinta años. Para aquella generación, el asesinato deliberado era algo que no existía en la memoria de las gentes. Sencillamente, es que nunca había ocurrido.

Un coche de Policía le llevó al bloque en que estaba formado el pelotón del Ejército. Allí, en las sombras, examinó con todo cuidado el funcionamiento de su arma, provista por Fleming sin quererlo. Parecía intacta. Ya no tenía dudas de cuál había de ser su papel y estaba absolutamente seguro de lo que iba a ocurrir dentro de media hora. Se guardó cuidadosamente oculta la pistola y abrió la portezuela del coche.

Nadie le dedicó la menor atención. Imponentes masas de gente cruzaban en todas direcciones, tratando de ponerse cerca para escuchar lo que el Ejército iba a hacer público. Los uniformes del Ejército predominaban en la zona dispuesta al efecto y una línea de tanques desplegados ponía su formidable nota de fuerza en el ambiente.

El Ejército había erigido una plataforma con micrófonos, a la que se subía por unas escaleras. Tras el sitial del locutor, flameaban al viento los orgullosos estandartes de la Alianza del Bloque Occidental con el emblema de los poderes combinados que habían tenido en tiempos de guerra. Por una curiosa deformación del curso del tiempo, la Liga Internacional de Veteranos reunía en su seno a altos oficiales del campo enemigo. Pero un General era un General y las sutiles distinciones se habían desvanecido con el curso de los años.

Ocupando las primeras filas de asientos aparecía el Estado Mayor del mando de la Alianza. Tras ellos, venían los más jóvenes elementos de la Organización Militar. Las banderas Regimentales ondeaban en una gran variedad de colores y símbolos. De hecho, aquello parecía más bien una exhibición festiva. Rodeados por un cordón de policías, más a distancia, aparecían muchos de paisano, manteniendo el orden, aunque más bien como informadores. Si el orden tenía que ser mantenido, sería el Ejército el que se ocuparía de hacerlo.

Un murmullo atronador rodeó por todas partes a Anderton mientras se esforzaba por introducirse entre la densa muchedumbre. Un vivo sentimiento de anticipación le mantenía rígido y tenso, a punto de explotar. La multitud parecía presentir que algo muy importante iba a suceder. Con grandes dificultades, Anderton fue pasando una fila tras otra hasta llegar a la parte delantera donde se hallaban sentados los altos oficiales de la Liga.

Kaplan estaba entre ellos. Pero, ahora, era de verdad el general Kaplan. El traje, el reloj de oro de bolsillo, el bastón de plata, sus ropas de estilo conservador... todo había desaparecido. Para la ocasión, Kaplan se había vestido con su antiguo uniforme de los días de gloria y de poder. Rígido e impresionante, estaba rodeado por todos aquellos otros Generales que formaban su Estado Mayor. Sobre su uniforme brillaban un sinnúmero de condecoraciones y las estrellas de su rango. Sus botas relucían como espejos y llevaba al cinto su decorativa espada corta, y sobre la cabeza su gorra de dorada visera.

Dándose cuenta de la presencia de Anderton, el General Kaplan se apartó del grupo de Generales y se dirigió hacia él. Su expresión denotaba cuán alegremente agradecía allí la presencia del Comisario de Policía.

—Esto es una grata sorpresa —dijo saludándole y estrechándole la mano—. Tenía la impresión que había sido arrestado por el Comisario en funciones.

—Todavía estoy fuera de su alcance —comentó Anderton, indicando el paquete que le había sido entregado por Fleming la noche del accidente.

A despecho de sus nervios, el General Kaplan parecía de buen humor.

—Esta es una gran ocasión para el Ejército —le dijo—. Creo que le agradará oír lo que voy a manifestar en público, al relatar los espurios cargos esgrimidos contra usted.

—Me parece magnífico —repuso Anderton.

—Quedará bien claramente establecido que fue usted injustamente acusado —continuó Kaplan, repitiendo lo que ya sabía Anderton—. ¿Tuvo Fleming la oportunidad de explicarle la situación?

—Hasta cierto punto. ¿Va usted a dar lectura al informe de la minoría?

—Voy a compararlo con el de la mayoría —repuso Kaplan, haciendo una señal a un ayudante que se aproximó en el acto con una cartera—. Todo está aquí... toda la evidencia que necesitábamos. ¿No le importará a usted servir de ejemplo, verdad? Su caso simboliza los arrestos injustos de incontables individuos. —con cierto nerviosismo, Kaplan miró su reloj de pulsera—. He de empezar ya. ¿Quiere venir conmigo a la plataforma?

—¿Por qué?

Fríamente, pero con cierta reprimida vehemencia, Kaplan dijo de nuevo:

—Así el pueblo puede ver la prueba viviente. Usted y yo juntos... la víctima y el asesino. Permaneciendo uno junto a otro, demostrando la falsedad del Sistema, el enorme fraude con que la Policía ha estado actuando.

—Bien, con mucho gusto —repuso Anderton—. ¿Qué estamos esperando?

Desconcertado, el General Kaplan se dirigió hacia la plataforma. De nuevo, miró algo inquieto a Anderton, como preguntándose en el fondo, por qué había aparecido por allí y qué es lo que sabría. Su incertidumbre aumentó al subir a lo alto de la plataforma y colocarse en el *podium* del locutor.

—¿Comprende usted en su totalidad qué es lo que voy a decir? —le dijo Kaplan—. La exposición de los hechos tendrá unas repercusiones considerables. Hará que el Senado reconsidere la validez básica del Sistema Precrimen.

—Lo comprendo —afirmó Anderton con los brazos cruzados—. Adelante.

Un sordo rumor cayó sobre la muchedumbre señalando el silencio. Mientras, Kaplan sacaba de la cartera los papeles y los disponía frente a él.

—El hombre que está a mi lado —comenzó Kaplan— es familiar a todos ustedes. Se hallarán sorprendidos de verle, ya que hasta hace pocas horas la Policía le había señalado como un criminal peligroso.

Los ojos de la multitud se concentraban en Anderton. Ávidamente, escrutaron a aquel hombre denunciado como asesino potencial, ocupando un lugar tan destacado junto a los Generales.

—Hace unas pocas horas, sin embargo —continuó Kaplan con voz más fuerte—, la Policía canceló la orden de arresto. ¿Suponen ustedes que ha sido porque el ex comisario Anderton ha querido entregarse por sí mismo? No, eso no es exactamente cierto. Está aquí conmigo. No se ha entregado pero la Policía tampoco tiene ya interés en su captura. John Allison Anderton es inocente de todo crimen pasado, presente y futuro y las alegaciones contra él fueron fraudes patentes, diabólicas distorsiones de un falso Sistema Penal basado en una falsa premisa, corrompido, absurdo y desacreditado, una vasta e impersonal maquinaria de destrucción que conduce a hombres y mujeres hacia la condenación.

Fascinada, la multitud miraba alternativamente a Kaplan y a Anderton. Todos estaban familiarizados con la situación básica.

—Muchos hombres —continuó Kaplan —han sido detenidos y encarcelados bajo la estructura del Sistema llamado Precrimen, acusados no de crímenes cometidos, *sino de crímenes que deberían cometer*. Y se aseguraba como dogma de fe que esos hombres, si se les permitía vivir en libertad, cometerían en el futuro las felonías predichas. Pero es mentira que exista ningún conocimiento cierto del futuro. Tan pronto como se obtiene cualquier información premonitora*, queda cancelada por sí misma.* La afirmación de que este hombre iba a cometer un crimen, es una pura paradoja. El simple hecho de poseer él mismo los datos, lo hace totalmente falso. En cualquier caso, sin excepción, el informe de los tres premonitores ha invalidado sus propios datos. Si no se hubiesen hecho esos arrestos, es seguro que no se habría cometido ningún delito.

Anderton escuchaba ociosamente aquella sarta de argumentos, dedicando apenas atención al discurso del viejo General. La muchedumbre, no obstante, estaba atenta con el mayor interés. El General Kaplan continuó haciendo un resumen del informe de la minoría, explicando en qué consistía y de qué forma se había obtenido.

Del interior de la chaqueta Anderton sacó la pistola y la empuñó firmemente. Kaplan estaba ya terminando con el material recogido de «Jerry». Con sus delgados dedos, iba a tomar los informes de «Dona» y después de «Mike».

—Este fue el informe de la mayoría —explicó—. La afirmación, hecha por el primero de los dos premonitores de que Anderton cometería un asesinato. Y ahora voy a mostrar a ustedes el material automáticamente invalidado. — se detuvo un instante, se afirmó las lentes sobre la nariz y comenzó lentamente a leer los informes.

Una extraña expresión apareció repentinamente en su rostro. Se detuvo, vaciló y dejó caer los papeles de la mano. Como un animal acorralado, dio media vuelta, se agachó y quiso apartarse del lugar del locutor.

Por un instante, Anderton observó su faz distorsionada. Levantó el arma, dio rápidamente unos pasos hacia adelante e hizo fuego. Los ocupantes de la primera fila se lanzaron súbitamente en socorro de Kaplan, atónitos por lo que estaba sucediendo. Kaplan se estremeció un instante y como un pájaro destrozado, dio vacilante un paso y cayó desde la plataforma hasta el suelo. Kaplan, como afirmaba el informe de la mayoría, estaba muerto. Su delgado pecho era un espantoso agujero humeante, una terrible cavidad llena de cenizas y vísceras quemadas en un cuerpo que aún se retorcía en su agonía.

Anderton, enfermo de angustia, corrió entre las paralizadas filas de los altos oficiales. La pistola que aún sostenía en la mano le garantizaba momentáneamente el paso, entre el terrible desconcierto sembrado en la tribuna. Bajó rápidamente la plataforma y se mezcló entre la gente, demasiado perpleja para darse cuenta de nada. El incidente ocurrido ante sus mismos ojos resultaba incomprensible. Les llevaría tiempo la comprensión que reemplazaría lo que en aquel momento era solamente un terror ciego.

En la periferia de la multitud, Anderton fue detenido por la Policía.

—Tiene suerte de haber escapado —le dijo uno, mientras el coche salía disparado de la zona.

—Supongo que sí —repuso Anderton, remotamente. Se sentó tratando de rehacerse. Estaba tembloroso y agitado. De repente, se inclinó hacia adelante sintiéndose invadido de unas terribles náuseas.

—Pobre diablo —murmuró con simpatía uno de los policías.

A través del vértigo y las náuseas, Anderton fue incapaz de determinar si el comentario del policía iba dirigido a él o a Kaplan.

Cuatro corpulentos policías atendían a Lisa y a John Anderton en sus preparativos de marcha, empaquetando sus enseres y propiedades. En cincuenta años, el ex Comisario de Policía había acumulado una vasta colección de objetos materiales. Sombrío y pensativo miraba desfilar el equipaje dirigiéndose a los camiones que aguardaban.

Con los camiones, se fueron directamente al aeropuerto... y desde allí irían a Centauro X, por el sistema de transporte interestelar. Un viaje demasiado largo para un hombre ya viejo. Un viaje que jamás tendría regreso posible.

Lisa se preocupó de que cargaran con cuidado todos sus utensilios.

—Supongo que podremos hacer uso de todos estos aparatos electrónicos. Todavía siguen empleando la electricidad en Centauro X.

—Espero que no tengas que preocuparte demasiado —repuso su marido.

—Pronto nos acostumbraremos —replicó Lisa, dirigiéndose una leve sonrisa—. ¿No lo crees, querido?

—Así lo espero. Con toda seguridad no tendrás que lamentarlo. Si yo hubiera pensado...

—Nada de lamentaciones —le aseguró Lisa—. Bien, ayúdame a cargar todo esto.

En el último instante, Witwer llegó en un coche patrulla.

—Antes de que se marche —dijo a Anderton— tendrá que darme una explicación sobre lo ocurrido con los premonitores. El Senado me está pidiendo aclaraciones sobre el particular. Quieren saber si el informe de la minoría fue un error... o qué ha sido. —Y confusamente concluyó—. Todavía no puedo explicármelo. El informe de la minoría estaba equivocado, ¿no es cierto?

—¿Qué informe de la minoría? —preguntó Anderton, divertido.

Witwer parpadeó confuso.

—Vaya, debí habérmelo figurado. Entonces, ahí está la cuestión...

—Hubo tres informes de minoría —dijo Anderton al joven, divirtiéndose con su azoramiento—. Los tres informes fueron consecutivos —siguió explicando—. El primero fue el de «Dona». En aquella línea temporal, Kaplan me dijo lo del complot y según eso, yo lo habría matado inmediatamente. «Jerry» en fase ligeramente por detrás de «Dona», usó su informe como datos. Integró mi conocimiento del informe. En él, en el segundo sendero del tiempo, todo lo que yo deseaba era conservar mi puesto. No era a Kaplan a quien quería matar. Era mi propia posición y mi vida lo único que me interesaba.

—¿Y el informe de «Mike» fue el tercero? ¿Llegó *después* del informe minoritario? —Y Witwer se corrigió a sí mismo—. Quiero decir, ¿llegó en último lugar?

—Sí, el de «Mike» fue el último de los tres. Encarado con el conocimiento del primer informe, yo había decidido *no* matar a Kaplan. Eso produjo el informe número dos. Pero de cara a ese informe, se produjo la situación que Kaplan deseaba crear. La consecuencia fue recrear la posición número uno. Yo había descubierto lo que Kaplan estaba haciendo. El tercer informe

invalidaba el segundo en la misma forma que el segundo invalidaba al primero. Aquello nos llevaba a la posición en que habíamos comenzado.

—Bien, vamos, todo está dispuesto —dijo Lisa jadeante.

—Cada uno de los informes era distinto —concluyó Anderton—. Cada uno de ellos era único. Pero dos de ellos concordaban en un punto. *Si me dejaban en libertad, yo mataría a Kaplan.* Eso creaba la ilusión de un informe de la mayoría. Y eso es ahora... una ilusión. «Dona» y «Mike» previeron el mismo acontecimiento pero en dos períodos del tiempo diferentes, ocurriendo bajo situaciones totalmente distintas. «Dona» y «Jerry» se equivocaron y el llamado informe de la minoría se insertó en medio del de la mayoría. De los tres, «Mike» estaba en lo correcto, ya que no se produjo informe después del suyo para invalidarlo. Eso lo resume todo.

Ansiosamente Witwer, en los últimos momentos, mostró una extremada preocupación.

—¿Podría ocurrir eso de nuevo? ¿Deberíamos entonces repasar todo el equipo?

—Puede ocurrir sólo en una circunstancia, explicó Anderton—. Mi caso fue único, puesto que yo tenía acceso a los datos. *Podría* ocurrir de nuevo pero sólo al próximo Comisario de Policía. Por lo tanto, pise con cuidado.

Brevemente se estrecharon las manos por última vez.

—Será mejor que mantenga los ojos bien abiertos —informó al joven Witwer—. Recuerde que podría ocurrirle a usted mismo en cualquier ocasión.

MECANISMO DE RECUPERACIÓN

—Me llamo Humphrys —dijo el analista—, y soy la persona que anda buscando.

Como el rostro del paciente mostraba miedo y hostilidad, Humphrys agregó:

—¿Se sentiría mejor si le contara algún chiste sobre analistas? Le recuerdo que mi sueldo lo paga la *National Health Trust*; esto no va a costarle un centavo. También puedo citarle el caso del psicoanalista Y, que se suicidó el año pasado por exceso de ansiedad como resultado de un fraude impositivo.

El paciente sonrió de mala gana.

—Me enteré del caso —dijo—. De modo que los psicólogos no son infalibles. —Se irguió y extendió una mano—. Me llamo Paul Sharp. Mi secretaria arregló nuestra cita. Tengo un pequeño problema; no es gran cosa, pero me gustaría solucionarlo.

La expresión de su rostro mostraba que no era un pequeño problema y que, si no lo aclaraba, terminaría acabando con él.

—Adelante —dijo Humphrys, abriendo la puerta de su oficina—, pase; tomemos asiento.

Sharp estiró sus piernas frente a sí mientras se hundía en un mullido sillón.

—No hay diván —observó.

—El diván desapareció alrededor de 1980 —dijo Humphrys—. Los analistas de postguerra se sintieron lo suficientemente confiados como para enfrentarse a sus pacientes a un mismo nivel. —ofreció un atado de cigarrillos a Sharp y luego se encendió uno—. Su secretaria no brindó detalles; sólo me dijo que quería una entrevista.

—¿Puedo hablar con franqueza? —preguntó Sharp.

—Actúo bajo palabra —dijo Humphrys con orgullo—. Si algo de lo que usted me cuenta llegara a manos de Organizaciones de Seguridad, yo sería multado en aproximadamente diez mil dólares de plata Westbloc; dinero fuerte, no meros papeles.

—Es suficiente para mí —dijo Sharp, comenzando su relato—. Soy economista y trabajo para el Departamento de Agricultura, en la División de Salvamento por la Destrucción de la Guerra. Examino los cráteres de bombas H para ver qué vale la pena reconstruir. En realidad —se rectificó—, analizo reportes de cráteres y hago recomendaciones. Fueron mis influencias las que salvaron las tierras cultivables de Sacramento y el anillo industrial, aquí en Los Ángeles.

Humphrys quedó impresionado, a pesar de sí mismo. Tenía enfrente a un hombre del nivel de planeamiento político del Gobierno. Le produjo una extraña sensación comprender que Sharp, como cualquier otro ciudadano con problemas de ansiedad, hubiera venido al Frente Psíquico en busca de terapia.

—Mi cuñada obtuvo una buena ventaja con la regeneración de Sacramento —comentó Humphrys—. Tenía allí una pequeña plantación de nogales. El Gobierno se llevó toda las cenizas, reconstruyó la casa y dependencias; incluso plantó una docena de nuevos árboles. Excepto por su lesión en la pierna, ella está mejor que antes de la guerra.

—Estamos muy conformes con nuestro proyecto en Sacramento —dijo Sharp. Había empezado a transpirar; tenía fruncida la frente tersa y pálida, y la mano le temblaba mientras sostenía el cigarrillo—. Por supuesto, tengo un interés personal puesto en Carolina del Norte. Nací allí, en los alrededores de Petaluma, donde se solían producir huevos de gallina por millones... —su voz se arrastró roncamente—. Humphrys —murmuró—, ¿qué tengo que hacer?

—Primero —contestó Humphrys—, darme más información.

—Yo... —Sharp sonrió con desgana—. Tengo algún tipo de *alucinación*. Las he sufrido durante años, pero están empeorando. He tratado de ignorarlas, pero... —gesticuló—, regresan, cada vez más intensas, más grandes, más perseverantes.

Junto al escritorio de Humphrys, las grabadoras de audio y video registraban en secreto.

—Cuénteme cómo son las alucinaciones —dijo el analista—. Quizá entonces pueda decirle porqué las tiene.

Estaba cansado. Aturdido, se sentó en la intimidad de su sala para estudiar una serie de informes sobre mutaciones de zanahorias. Una nueva variedad, externamente indistinguible de la normal, estaba enviando al hospital a personas de Oregon y Mississippi, presa de convulsiones, fiebre y ceguera parcial. ¿Por qué Oregon y Mississippi? El informe estaba acompañado con fotografías de la salvaje mutación; se veía como una

zanahoria común. También lo acompañaba un exhaustivo análisis del agente tóxico y las recomendaciones para un antídoto neutralizante.

Fatigosamente, Sharp hizo a un lado el informe y estudió el siguiente.

De acuerdo con el segundo, la famosa rata de Detroit había aparecido en San Louis y en Chicago, infestando los asentamientos industriales y agrícolas que reemplazaban las ciudades destruidas. La rata de Detroit; la había visto una vez. Ocurrió tres años atrás; había llegado a casa una noche y había abierto la puerta para distinguir, en la oscuridad, que algo correteaba para ponerse a salvo. Armado con un martillo, había dado vuelta todo el mobiliario hasta encontrarla. La rata, enorme y gris, había estado construyendo un tejido que iba de pared a pared. Cuando la rata brincó, él la mató de un martillazo. Una rata que tejía redes…

Llamó a un exterminador oficial e informó de su presencia.

El Gobierno había creado una Agencia de Talentos Especiales para utilizar las habilidades de los mutantes que se desarrollaron en tantas zonas saturadas de radiación. Excepto, reflexionó, que la Agencia estaba equipada para tratar sólo con mutantes humanos y con sus habilidades telepáticas, precognitivas y paraquinéticas. También tendría que haber una Agencia de Talentos Especiales para vegetales y roedores.

Un sonido furtivo se produjo detrás de su sillón. Al voltear rápidamente, Sharp descubrió a un hombre alto y delgado, vestido con un impermeable parduzco, que fumaba un cigarrillo.

—¿Le asusté? —preguntó Giller y rió disimuladamente—. Tómelo con calma, Paul. Parece que fuera a desmayarse.

—Estaba trabajando —dijo Sharp, a la defensiva, recuperando a medias la serenidad.

—Ya veo —dijo Giller.

—Y pensando en ratas —Sharp soltó el informe—. ¿Cómo entró aquí?

—La puerta estaba abierta —Giller se quitó el impermeable y lo dejó caer sobre un diván—. Bien, usted mató una Detroit. Aquí mismo, en esta habitación —contempló la sala limpia y sencilla—. ¿Todo esto es de verdad?

—Según dónde lo consigas —dijo Sharp, desde la cocina. Encontró dos cervezas en el refrigerador y agregó, mientras las servía—: No deberían derrochar grano en un producto como éste… pero una vez producido, sería una lástima no beberlo.

Ávidamente, Giller aceptó la cerveza.

—Debe ser interesante ser alguien importante y permitirse placeres como éste —sus ojos pequeños y oscuros pasearon especulativos por la cocina—. Su propia estufa y su propio refrigerador —y frunciendo los labios, agregó—: Y cerveza. No tomaba una desde agosto.

—Pero está vivo —dijo Sharp, sin compasión—. ¿Vino por algún negocio? Si es así, vayamos al punto; tengo un montón de trabajo que hacer.

—Sólo quería saludar a un colega de Petaluma —dijo Giller.

—Suena como una especie de combustible sintético —respondió Sharp con una mueca.

A Giller no le causó gracia.

—¿Le avergüenza —dijo— provenir de la zona que una vez fue…?

—Lo sé. La capital ponedora de huevos del universo. A veces me pregunto cuántas plumas de gallina habrán flotado por allí, el día que la primera bomba H cayó en nuestro pueblo…

—Millones —dijo Giller malhumoradamente—. Y algunas de ellas eran mías; mis gallinas, quiero decir. Su familia tenía una granja ¿verdad?

—No —respondió Sharp, negándose a identificarse con Giller—. Mi familia manejaba una droguería, en la carretera 101. A una manzana del parque, cerca de la tienda de deportes —y agregó para sí mismo: «Puedes irte al demonio, porque no pienso cambiar de idea. Puedes acampar en mi umbral por el resto de tu vida, que no te servirá de nada. Petaluma no es importante. Después de todo, las gallinas están muertas».

—¿Cómo sigue la reconstrucción de la Bolsa? —preguntó Giller.

—Bien.

—¿Otra vez rebosante de nueces?

—Caen hasta de las orejas de la gente.

—¿Hay ratones entre las pilas de cáscaras?

—A millares —Sharp dio un sorbo a su cerveza; era de buena calidad, quizá tan buena como antes de la guerra. No podía asegurarlo porque en 1961, el año en que la guerra había comenzado, él sólo tenía seis años. Pero su sabor era el que recordaba de los viejos tiempos: frío, opulento y agradable.

—Imagino —dijo Giller roncamente, con gesto ávido— que el área de Petaluma-Sonoma puede ser reconstruida con unos siete mil millones de Westbloc. No es nada en comparación con lo que usted ha estado distribuyendo.

—Y el área de Petaluma-Sonoma no es nada comparada con las que he estado reconstruyendo —dijo Sharp—. ¿Piensa que necesitamos huevos y vino? Lo que necesitamos es maquinaria. Me refiero a Chicago, Pittsburgh, Los Angeles, San Louis y...

—Se olvida de algo —susurró Giller—, que usted es de Petaluma. Le está volviendo la espalda a sus orígenes... y a su deber.

—¡Deber! ¿Cree que el Gobierno me contrató para servir de mediador de una insignificante área rural? —gritó Sharp acaloradamente—. En cuanto a mis compromisos...

—Nosotros somos su gente —dijo Giller, inflexible—. Y su gente está primero.

Cuando por fin se libró del hombre, Sharp quedó un rato en la oscuridad de la noche, mirando fijamente la partida del auto de Giller. Bien, se dijo, así es como funciona el mundo; primero estoy yo y al diablo con todo lo demás.

Suspiró, dio media vuelta y regresó al porche de su casa. Las luces brillaban acogedoras en la ventana. Con un estremecimiento, extendió una mano y la apoyó sobre la barandilla.

Y fue entonces, mientras subía las escaleras, que sucedió aquello tan terrible.

Las luces de la ventana se apagaron de repente. La barandilla del porche se disolvió bajo sus dedos. Un gimoteo chillón se elevó en sus oídos, ensordeciéndolo. Estaba cayendo. Manoteó desesperado, tratando de aferrarse de algo, pero a su alrededor sólo había oscuridad vacía; ni sustancia, ni realidad: sólo las profundidades debajo de él y el fragor de sus alaridos aterrorizados.

—¡Socorro! —gritó, y el inútil sonido quedó atrás—. ¡Estoy cayendo!

Y entonces se encontró de bruces sobre la hierba húmeda, la boca abierta, aferrando puñados de césped y polvo. Estaba a medio metro del porche; en la oscuridad había errado el primer escalón, había resbalado y caído. Un

incidente normal: las luces de la ventana habían sido bloqueadas por la barandilla de hormigón. Todo ocurrió en un segundo; sólo había caído la longitud de su propio cuerpo. Tenía sangre en la frente; se había lastimado con el porrazo.

Tonto. Un incidente infantil, exasperante.

Tembloroso, se puso de pie y subió los escalones. Dentro de la casa, se apoyó contra la pared, jadeando y temblando. Gradualmente, el miedo fue desapareciendo y volvió la razón.

¿Por qué *tenía* tanto miedo de caer?

Algo tuvo que sucederle. Esta vez fue peor que nunca, incluso peor que la vez en que había tropezado saliendo del ascensor hacia la oficina... cuando quedó reducido a un grito de terror frente a un vestíbulo repleto de gente.

¿Qué le sucedería si realmente cayera? ¿Si, por ejemplo, diera un paso fuera de una de las rampas superiores que conectaban los principales edificios de oficinas de Los Ángeles? La caída sería retenida por las pantallas de seguridad; por más que las personas cayeran a cada rato, jamás se habían producido daños físicos. Pero para él... el choque psicológico podría ser fatal. Sería fatal; al menos, para su mente.

Tomó nota: no más salidas por las rampas. Bajo ninguna circunstancia. Aunque las había estado evitando durante años, a partir de ahora las rampas serían como los viajes aéreos. Desde 1982 que no abandonaba la superficie de la planta baja. Y, en los últimos años, rara vez había visitado oficinas a más de diez pisos de altura.

Pero si dejaba de utilizar las rampas, ¿cómo iba a entrar en sus archivos de investigación? A la habitación de archivos sólo podía accederse a través de una rampa: un angosto sendero metálico que subía desde el área de oficinas.

Aterrorizado, cubierto de transpiración, se dejó caer en el diván y se arrellanó, preguntándose cómo iba a hacer para conservar su trabajo.

Y cómo permanecer con vida.

Humphrys aguardó, pero su paciente parecía haber terminado.

—¿Se sentiría mejor —preguntó Humphrys—, si supiera que el miedo a caer es una fobia muy generalizada?

—No —respondió Sharp.

—Supongo que no hay razones para que así fuera. ¿Y dice que le ha pasado antes? ¿Cuándo fue la *primera vez*?

—Cuando tenía ocho años. Hacía dos años que estábamos en guerra. Me encontraba en la superficie, examinando mi huerta —Sharp sonrió débilmente—. Hasta de niño hacía crecer cosas. La red de San Francisco detectó el rastro de un misil soviético y todas las torres de aviso se encendieron como velas romanas. Me encontraba casi en la cima del refugio. Corrí hacia allí, levanté la compuerta y comencé a bajar las escaleras. Al fondo estaban mi madre y mi padre. Me gritaban que me diera prisa. Empecé a bajar corriendo los escalones.

—¿Y cayó? —preguntó Humphrys, expectante.

—No, no caí; de repente *sentí* miedo. No pude seguir; simplemente me quedé allí. Y ellos me gritaban. Querían asegurar la tapa del fondo, y no podían hacerlo hasta que yo estuviese abajo.

—Recuerdo aquellos refugios de dos etapas —evocó Humphrys, con un toque de aversión—. Me pregunto cuánta gente quedó atrapada entre la

compuerta y la tapa del fondo. —Miró a su paciente—. ¿Escuchó que haya sucedido, cuando era un niño? Personas atrapadas en las escaleras, sin poder subir ni bajar...

—¡No tenía miedo de quedar atrapado! Tenía miedo de caer... miedo de arrojarme de cabeza de los escalones —Sharp apretó los labios resecos—. Bien, de manera que di media vuelta... —su cuerpo se estremeció—. Y volví a subir al exterior.

—¿En pleno ataque?

—Derribaron al misil. Pero pasé el alerta cuidando mis vegetales. Más tarde, mi familia me golpeó hasta dejarme casi inconsciente.

En la mente de Humphrys se formaron unas palabras: *origen* de la culpa.

—La siguiente vez —continuó Sharp—, fue cuando tenía catorce años. Hacía unos meses que la guerra había terminado. Empezábamos a descubrir lo que había quedado de nuestro pueblo. Casi nada, sólo un cráter radioactivo de varios centenares de metros de profundidad. Los equipos de trabajo se arrastraban por el fondo del cráter; me quedé viéndolos desde el borde. Y el miedo regresó —apagó el cigarrillo y esperó hasta que el analista le dio otro—. Luego de aquello abandoné el área. Todas las noches soñaba con el cráter, con esa enorme boca muerta. Me subí a un camión militar y viajé hasta San Francisco.

—¿Cuándo fue la siguiente? —preguntó Humphrys.

—Entonces comenzó a suceder todo el tiempo —dijo Sharp, irritado—, cada vez que me encontraba a cierta altura, cada vez que tenía que bajar o subir escaleras; en cualquier oportunidad en que estuviera alto y pudiera caer. Pero tener miedo de subir los escalones de mi propia casa... —se calló un instante—. No puedo ni subir tres escalones —dijo, miserablemente—. Ni tres escalones de hormigón.

—¿Alguna otra mala experiencia en particular, aparte de las que mencionó?

—Estuve enamorado de una chica de hermoso cabello castaño que vivía en el último piso de los Apartamentos Atcheson. Probablemente aún viva allí; no lo sé. La acompañé cinco o seis pisos y entonces... le dije buenas noches y bajé —y agregó, con ironía—: debió pensar que estaba loco.

—¿Alguna más? —preguntó Humphrys, tomando nota mental del *elemento sexual*.

—En una oportunidad no pude aceptar un empleo porque requería viajar por el aire. Estaba relacionado con inspeccionar proyectos agrícolas.

—En los viejos tiempos —dijo Humphrys—, los analistas buscaban el *origen de la fobia*. Ahora nos preguntamos: ¿Qué es lo que produce? Por lo general, aparta al individuo de situaciones que, inconscientemente, no tolera.

Un suave rubor de disgusto nubló el rostro de Sharp.

—¿Eso es *todo* lo que tiene para decir?

—No estoy diciendo que esté de acuerdo con la teoría, ni que sea necesariamente cierto en su caso —murmuró Humphrys, desconcertado—. Sin embargo, le diré lo siguiente: no es la caída lo que usted teme. Se trata de algo que la caída le hace recordar. Si tenemos suerte, podremos desenterrar la experiencia original... lo que suele llamarse *incidente traumático primario*. —Se puso de pie y empezó a trastear en una torre de espejos electrónicos—. Mi lámpara —explicó—, derrumbará las barreras.

Sharp contempló la lámpara con cierta aprensión.

—Mire —murmuró, nervioso—, no quiero que me reconstruyan la mente. Puedo ser un neurótico, pero me enorgullezco de mi personalidad.

—Esto no afectará su personalidad —Humphrys se inclinó y conectó la lámpara—. Recuperará aquellos elementos no accesibles a su centro racional. Voy a rastrear en su vida —rastrear hacia atrás hasta el incidente que lo dañó— y descubriré a *qué* le teme realmente.

Negras siluetas flotaban a su alrededor. Sharp gritó y forcejeó salvajemente, tratando de aflojar los dedos que se engarfiaban sobre sus brazos y piernas. Algo le golpeó la cara. Mientras tosía, cayó hacia delante, babeando sangre, saliva y pedacitos de dientes rotos. Una luz deslumbrante se encendió un momento; estaba siendo examinado.

—¿Está muerto? —indagó una voz.

—Aún no —un pie tanteó un costado de Sharp. Oscuramente, en su semiconciencia, pudo escuchar el chasquido de las costillas—. Pero no falta mucho.

—¿Puede oírme, Sharp? —surgió una voz cercana a su oído.

Él no respondió. Yacía quieto, intentando no morir, intentando no relacionarse con la cosa crujiente y rota que había sido su cuerpo.

—Quizá esté esperando —pronunció la voz, íntima, familiar— que diga que le queda una última oportunidad. Pero no, Sharp. Se terminaron sus oportunidades. Voy a decirle lo que haré con usted.

Abrió mucho la boca, tratando de no escuchar, de no sentir lo que estaban haciendo sistemáticamente con él. Fue inútil.

—Muy bien —dijo por fin la voz familiar, cuando estuvo hecho—. Ahora *arrójenlo*.

Arrastraron lo que quedaba de Paul Sharp hasta una compuerta circular. Un nebuloso contorno de oscuridad se elevó a su alrededor, y, entonces —espantosamente— lo tiraron por él. *Cayó* hacia el fondo, pero esta vez no gritó.

No le quedaba ningún elemento físico con el que poder gritar.

Luego de apagar la lámpara, Humphrys se agachó y despertó a la figura tumbada.

—¡Sharp! —gritó escandalosamente—. ¡Despierte! ¡Vuelva aquí!

El hombre gimió, pestañeó, se agitó. En su rostro apareció un velo de tormento puro y profundo.

—Dios —susurró, con los ojos en blanco y el cuerpo flojo por el sufrimiento—. *Ellos*...

—Ya está de vuelta aquí —dijo Humphrys, sacudido por lo que le había perturbado—. No hay porqué preocuparse; se encuentra absolutamente a salvo. Sucedió... sucedió hace muchos años.

—Ya pasó —murmuró Sharp, patéticamente.

—Usted regresó al presente. ¿Entiende?

—Sí —musitó Sharp—. Pero... ¿qué fue? Ellos me empujaron... a través de algo. Dentro. Y me fui para abajo. —Tembló con violencia—. Y caí.

—Se cayó a través de una compuerta —le dijo Humphrys con calma—. Le golpearon y lastimaron mucho... fatalmente, según creyeron ellos. Pero usted sobrevivió. Está vivo. Logró salirse de ésa.

—¿Por qué lo hicieron? —interrumpió Sharp. Su rostro, hundido y gris, se llenó de desesperación—. *Ayúdeme*, Humphrys...

—Ahora, en estado consciente, ¿no recuerda cuándo sucedió?

—No.

—¿Tampoco recuerda dónde?

—No —la cara de Sharp dio una sacudida espasmódica—. Ellos trataron de matarme... ¡Ellos me mataron! —Se esforzó por sentarse derecho—. Nada de eso me sucedió. Lo recordaría si así hubiese sido. Es un recuerdo falso... ¡han estado jugando con mi mente!

—El recuerdo fue reprimido —dijo Humphrys con firmeza—; fue profundamente sepultado a causa del susto y el dolor. Una especie de amnesia... que se fue filtrando indirectamente a manera de fobia. Pero ahora que lo ha recordado en forma consciente...

—¿Tengo que regresar? —la voz de Sharp se elevó histéricamente—. ¿Tengo que ponerme otra vez bajo esa maldita lámpara?

—Tiene que surgir hasta un nivel consciente —le dijo Humphrys—, pero no todo de golpe. Por hoy ya ha tenido bastante.

Con un suspiro de alivio, Sharp volvió a hundirse en el sillón.

—Gracias —dijo, con una vocecita. Se tocó el rostro, luego el cuerpo, y susurró—: Lo he estado llevando en la mente todos estos años. Corroyéndome, devorándome...

—Tendría que producirse una disminución en la fobia —explicó el analista—, a medida que vaya luchando contra el propio incidente. Hemos progresado; ahora tenemos una idea del auténtico miedo, y tiene que ver con daños corporales a manos de criminales profesionales. Excombatientes en los primeros años de la postguerra... bandas de bandidos...; los recuerdo.

Sharp recuperó algo de confianza.

—Dadas las circunstancias, es fácil comprender el miedo a caer —dijo—. Considerando lo que me pasó... —Tembloroso, se puso de pie. Y soltó un feroz alarido.

—¿Qué sucede? —preguntó Humphrys, acercándose apresuradamente y sosteniéndolo de un brazo. Sharp dio un violento manotazo, tambaleó, y se derrumbó en la silla, inerte—. ¿Qué sucedió?

—No *puedo* levantarme —articuló Sharp, con cierta dificultad.

—¿Qué?

—No puedo mantenerme de pie —suplicante, clavó la mirada en el analista, herido y aterrado—. Yo... tengo miedo de caer. Doctor, ahora ni siquiera puedo mantenerme de pie.

Nadie habló por un momento. Por fin, con la mirada en el piso, Sharp susurró:

—Humphrys, la razón de que haya venido a verle es que su oficina está en la planta baja. Es gracioso, ¿no? No lograría subir mucho más.

—Vamos a tener que usar la lámpara otra vez —dijo Humphrys.

—Entiendo. Y tengo miedo —siguió diciendo, aferrado a los brazos del sillón—: Adelante. ¿Qué otra cosa podemos hacer? No puedo irme de aquí. Humphrys, esto está acabando conmigo.

—No, no —Humphrys ponía la lámpara en posición—. Le sacaremos de ésta. Intente relajarse; trate de no pensar en nada en particular —y agregó, suavemente, mientras encendía el mecanismo—: Esta vez no me interesa el incidente traumático; quiero la envoltura de experiencia que lo rodea. Quiero el segmento más amplio del cual forma parte.

Paul Sharp caminaba silencioso entre la nieve. Frente a él, el aliento formaba una nube blanca y esponjosa. A su izquierda yacían las dentadas ruinas de lo que habían sido edificios. Los escombros, cubiertos de nieve, tenían un aspecto casi encantador. Se detuvo un instante, extasiado.

—Interesante —observó un miembro de su equipo de investigación, mientras se acercaba—. Podría haber cualquier cosa —lo que se dice cualquier cosa— allí abajo.

—Tiene cierto encanto —comentó Sharp.

—¿Ve esa cúpula? —señaló el joven, con un dedo sólidamente enguantado; todavía vestía el traje de plomo blindado. Él y su grupo habían estado escarbando por los alrededores del aún contaminado cráter. Sus aburridos compañeros estaban alineados en una fila ordenada—; era una iglesia —le dijo a Sharp—. Y de las buenas, por el aspecto. Y más allá —señaló hacia indistinta mezcla de ruinas— estaba el centro cívico principal.

—La ciudad no fue golpeada directamente ¿no? —preguntó Sharp.

—Las bombas la rodearon. Vayamos abajo y veamos qué tenemos. Es el cráter de su derecha...

—No, gracias —dijo Sharp, retrocediendo con intenso rechazo—. Dejaré que lo exploren ustedes.

El joven especialista miró a Sharp con curiosidad, y luego cambió de tema.

—A menos que nos encontremos con algo inesperado, tendríamos que poder comenzar la regeneración en una semana. El primer paso, por supuesto, es quitar la capa de carbón. Está bastante resquebrajada; un montón de plantas la perforaron, y la putrefacción natural redujo la ceniza semiorgánica.

—Bien —dijo Sharp, satisfecho—. Me alegrará volver a ver algo por aquí, luego de tantos años.

—¿Cómo *era* antes de la guerra? —preguntó el especialista—. Nunca lo vi; nací tiempo después que comenzara la destrucción.

—Pues... —empezó Sharp mientras inspeccionaba los campos nevados—, aquí hubo un próspero centro agrícola. Plantaban pomelos, pomelos de Arizona. Se llegaba al Dique Roosevelt siguiendo por este camino.

—Sí —dijo el especialista, asintiendo con la cabeza—. Encontramos lo que quedaba de él.

—Había plantaciones de algodón, como así también de lechuga, alfalfa, uvas, aceitunas, damascos... Lo que mejor recuerdo de la vez que llegué con mi familia desde Phoenix, son los eucaliptos.

—Hay muchas cosas que no conoceré —se lamentó el especialista—. ¿Qué eran los eucaliptos? Nunca escuché hablar de ellos.

—En Estados Unidos ya no queda ninguno —respondió Sharp—. Para verlos tendrías que irte a Australia.

Humphrys tomaba apuntes a medida que iba escuchando.

—Muy bien —dijo con voz firme, mientras apagaba la lámpara—. Vuelva al presente, Sharp.

Con un gruñido, Sharp pestañeó y abrió los ojos.

—¿Qué...? —bostezó, se desperezó y contempló inexpresivamente la oficina—. Algo acerca de una regeneración. Yo supervisaba un equipo de hombres de reconocimiento. Había un muchacho.

—¿En qué fecha regeneraron Phoenix? —preguntó Humphrys—. Parece formar parte del más importante segmento espaciotemporal.

Sharp frunció el entrecejo.

—*Jamás* regeneramos Phoenix —dijo—. Sigue siendo un proyecto. Esperamos darle comienzo en algún momento del año próximo.

—¿Está seguro?

—Naturalmente. Es mi trabajo.

—Voy a tener que hacerlo retroceder otra vez —dijo Humphrys, que ya estiraba una mano hacia la lámpara.

—¿Qué sucedió?

La lámpara volvió a encenderse.

—Relájese —aconsejó Humphrys, demasiado bruscamente para un hombre que se suponía que sabía lo que estaba haciendo. Mientras intentaba serenarse, agregó, con cuidado—: Quiero una perspectiva más amplia. Retroceder a un incidente anterior, previo a la regeneración de Phoenix.

Dos hombres estaban sentados frente a frente, en la mesa de una barata cafetería de la zona comercial.

—Lo siento —dijo Paul Sharp, impaciente—. Tengo que regresar al trabajo —y tomó de un trago el contenido de su taza de café sustituto.

Cuidadosamente, el hombre alto y delgado hizo a un lado el plato vacío y, reclinándose, encendió un cigarrillo.

—Durante dos años —dijo Giller, con rudeza—, usted nos ha estado esquivando. Francamente, estoy comenzando a hartarme.

—¿Esquivarlos? —Sharp se estaba poniendo de pie—. Creo que no le comprendo.

—Van a regenerar un área agrícola... van a dedicarse a Phoenix. Así que no me venga con ese cuento de la industrialización. ¿Cuánto tiempo más imagina que esa gente va a seguir viviendo? Si no regeneran pronto sus granjas y tierras...

—¿*Qué* gente?

Bruscamente, Giller contestó:

—Los habitantes de Petaluma. Acampados alrededor de los cráteres.

Vagamente descompuesto, Sharp murmuró:

—No puedo entender que alguien siga viviendo allí. Creía que todos se habían dirigido a las regiones regeneradas más cercanas, como San Francisco y Sacramento.

—Ustedes nunca leen las peticiones que presentamos —dijo Giller con suavidad.

Sharp se ruborizó.

—Es cierto —dijo—, aunque, ¿por qué debería hacerlo? El hecho de que haya gente acampando entre las cenizas no altera la situación básica; tendrían que marcharse, largarse de allí. Ese sector está acabado —y agregó–: yo me fui de allí.

—Pero allí seguiría si hubiese tenido una granja —dijo Giller en voz baja—. Si su familia hubiese tenido una granja durante más de un siglo. Es diferente a manejar una tienda. Las tiendas son las mismas en cualquier parte del mundo.

—Entonces hay granjas...

—No —respondió Giller, desapasionadamente—. *Su tierra*, la tierra de su familia, es un sentimiento *único*. Seguiremos acampando allí hasta que caigamos muertos, o hasta que ustedes decidan regenerar el área —y

mientras buscaba la cuenta en forma maquinal, concluyó—: Lo siento por usted, Paul. Nunca tuvo las raíces que tuvimos nosotros. Y lamento que no pueda hacerse entender. —Al tiempo que metía la mano en el saco para sacar la billetera, preguntó—: ¿Cuándo podrá volar hasta el lugar?

—¡Volar! —repitió Sharp, estremecido—. No vuelo a ningún lugar.

—Tiene que ver al pueblo de nuevo. No podrá tomar una decisión hasta haber visto aquellas personas, hasta ver cómo están viviendo.

—*No* —dijo Sharp, con énfasis—. No volaré allí. Puedo tomar decisiones basándome en los informes.

Giller lo consideró.

—Usted vendrá —aseguró.

—¡Sólo estando muerto!

Giller asintió.

—Puede ser —dijo—. *Pero usted vendrá*. No puede dejarnos morir sin echarnos un vistazo. Deberá tener el coraje de ver lo que ustedes están haciendo. —Sacó un calendario de bolsillo y marcó una fecha. Se la acercó a Sharp a través de la mesa y dijo—: Pasaremos a buscarlo por su oficina. Tenemos un avión que nos dejará allí. Es mío. Se trata de una nave.

Temblando, Sharp examinó el calendario. Y de pie por encima de él, *también* lo hizo Humphrys.

Tenía razón. El incidente traumático de Sharp, el material reprimido, no estaba oculto en el pasado.

La fobia que aquejaba a Sharp se basada en un evento que aún estaba a seis meses en el futuro.

—¿Puede incorporarse? —preguntó Humphrys.

Paul Sharp se revolvió débilmente en el sillón.

—Yo... —empezó a decir, pero enseguida se sumió en el silencio.

—Ya basta por el momento —le dijo Humphrys para tranquilizarlo—. Ha tenido suficiente. Pero yo quería que usted se librara del trauma por sí mismo.

—Ahora me siento mejor.

—Trate de resistir —Humphrys se acercó y quedó esperando, mientras el otro se ponía de pie, tambaleante.

—Sí —suspiró Sharp—. Me siento mejor. ¿Qué fue eso último? Me encontraba en un café o algo así..., con Giller.

Humphrys extrajo una libreta de recetas del escritorio.

—Voy a prescribirle un poco de consuelo... unas píldoras blancas y redondas para ser tomadas cada cuatro horas —garabateó algo y luego le pasó la hoja a su paciente—. Lo relajarán. Le quitarán parte de la tensión.

—Gracias —dijo Sharp con voz débil y casi inaudible. Luego agregó—: Surgieron un montón de detalles ¿verdad?

—Así es —admitió Humphrys reservadamente.

No había nada más que pudiera hacer por Paul Sharp. El hombre estaba ahora *muy cerca* de su propia muerte; en sólo seis cortos meses, Giller iría a buscarlo al trabajo. Y era una lástima, porque Sharp era un buen tipo, un trabajador a conciencia, un buen burócrata que sólo trataba de hacer su trabajo de la manera correcta.

—¿Qué le parece? —preguntó Sharp con apatía—. ¿Puede ayudarme?

—Lo intentaré —respondió Humphrys, incapaz de mirarlo a la cara—. Pero será muy difícil.

—Se viene afianzando desde un largo tiempo —admitió Sharp con humildad. De pie junto al sillón parecía pequeño y desamparado; no un importante oficial sino un individuo desolado y desprotegido—. Le agradeceré la ayuda. Si esta fobia continúa aumentando, será imposible saber en qué puede terminar.

—¿Consideró la posibilidad de *cambiar de idea* y acceder a las demandas de Giller? —preguntó Humphrys de repente.

—No puedo —dijo Sharp—. Es mala política. Me opongo a las súplicas, y de eso se trata en este caso.

—¿Incluso cuando usted proviene del mismo área? ¿Incluso cuando las personas son sus antiguos amigos y vecinos?

—Es mi trabajo —dijo Sharp—. Tengo que hacerlo sin tener en cuenta ni mis sentimientos ni los de nadie.

—Usted no es un mal tipo —reconoció Humphrys sin proponérselo—. *Lamento* que... —y quedó en silencio.

—¿*Qué* lamenta? —Sharp se dirigió mecánicamente hacia la puerta de salida—. He ocupado bastante de su tiempo, y entiendo que los analistas están muy ocupados. Regresaré cuando deba hacerlo. ¿Puedo regresar?

—Mañana —Humphrys lo guió al exterior, por el pasillo—. A esta misma hora, si le queda bien.

—Muchísimas gracias —dijo Sharp con alivio—. Realmente se lo agradezco.

En cuanto quedó solo en su oficina, Humphrys cerró la puerta y desanduvo el camino hasta el escritorio. Estiró un brazo a su parte inferior, aferró el teléfono y discó con el pulso poco seguro.

—Déme con alguien del cuerpo médico —ordenó secamente cuando fue conectado con la Agencia de Talentos Especiales.

—Aquí Kirby —se presentó una voz de aspecto profesional—. Investigaciones Médicas.

Humphrys se presentó brevemente y luego dijo:

—Tengo a un paciente que aparenta ser un precognitor latente.

Kirby se interesó.

—¿De qué área proviene?

—De Petaluma, en el condado de Sonoma, al norte de la Bahía de San Francisco. Queda al este de...

—Estamos familiarizados con el área. Aparecieron varios precognitores por allí. Ha sido una mina de oro para nosotros.

—Entonces yo *tenía* razón... —dijo Humphrys.

—¿Cuál es la fecha de nacimiento del paciente?

—Tenía seis años al comienzo de la guerra.

—Pues... —dijo Kirby, desilusionado—, entonces no recibió más que *una* dosis. Nunca desarrollará un talento precognitor absoluto, como los que necesitamos aquí.

—En otras palabras, ¿no le ayudarán?

—Los latentes, la gente que tiene un toque del talento, superan en número a los verdaderos portadores. No podemos perder el tiempo con ellos. Usted quizá encuentre docenas de ellos, si se fija con atención. Cuando es imperfecto, el talento no sirve de nada; se transformará en una molestia para el hombre, pero probablemente nada más.

—Sí, es una *molestia* —coincidió Humphrys irónicamente—. El hombre está a pocos meses de una *muerte violenta*. Desde que era chico ha estado recibiendo advertencias de una fobia avanzada. Y las reacciones se intensifican a medida que el evento se aproxima.

—¿Él no es consciente de los detalles futuros?

—Funciona estrictamente a nivel subconsciente.

—Bajo esas circunstancias —dijo Kirby, pensativo—, quizá sea lo mejor. Estas cosas son así. Incluso si las conociera, tampoco podría cambiarlas.

El Dr. Charles Bamberg, psiquiatra consultor, estaba abandonando su oficina cuando notó que había un hombre sentado en la sala de espera.

Raro, pensó Bamberg. No dejé a ningún paciente sin atender.

Abrió la puerta y quedó de pie en la sala de espera.

—¿Usted quería verme?

El hombre de la silla era alto y delgado. Vestía un impermeable color canela. En cuanto Bamberg apareció, comenzó a aplastar un cigarrillo.

—Sí —dijo, mientras se ponía de pie con cierta torpeza.

—¿Tiene una cita?

—No, no la tengo —el hombre lo miró fijamente, como retándolo—. Lo elegí... —rió, confuso—, pues, porque está en el último piso.

—¿El último piso? —Bamberg estaba intrigado—. ¿Y eso qué importa?

—Yo... bueno, doc, me siento mucho más *cómodo* en las alturas.

—Entiendo —dijo Bamberg. Una compulsión, se dijo a sí mismo. Fascinante—. Y cuando se encuentra bien en lo alto —dijo, elevando la voz—, ¿cómo se siente? ¿Mucho mejor?

—No tanto —respondió el hombre—. ¿Puedo entrar? ¿Puede dedicarme unos minutos?

Bamberg consultó su reloj.

—De acuerdo —asintió, dejando pasar al hombre—. Tome asiento y cuénteme qué sucede.

Giller se sentó, agradecido.

—Está interfiriendo con mi vida —dijo, brusca y rápidamente—. Cada vez que veo unas escaleras, experimento el irresistible impulso de subirlas. Y en cuanto a los vuelos en avión... siempre estoy volando. Tengo mi propia nave; aunque no pueda darme el lujo, tengo que tenerla.

—Ya veo —dijo Bamberg—. Bien —agregó entusiastamente—, en realidad no es tan malo. Después de todo, no se trata exactamente de una compulsión fatal.

Desvalido, Giller replicó:

—Cuando estoy *allí arriba*... —tragó saliva con dificultad, los ojos oscuros relampagueándole—. Doctor, cuando estoy en lo más alto, en un edificio de oficinas o en mi avión... siento *otra* clase de impulso.

—¿Cuál es?

—Yo... —Giller se estremeció—. Siento el irresistible impulso de *empujar a la gente*.

—¿*Empujar* a la gente?

—A través de las ventanas. *Afuera* —Giller hizo una mueca—. ¿Qué voy a hacer, Doctor? Tengo miedo de matar a alguien. Una vez empujé a un tipo y estuve a punto de hacerlo... y un día había una chica parada frente a mí en una escalera mecánica...; la empujé. Quedó lastimada.

—Entiendo —dijo Bamberg, y asintió. *Hostilidad reprimida*, se dijo a sí mismo.

Entrelazado con el sexo. Nada del otro mundo.

Extendió una mano hacia su lámpara.

LA M NO RECONSTRUIDA

I

La máquina medía un pie de ancho por dos de largo; lucía como una caja de galletas demasiado grande. Silenciosamente, con gran cuidado, subió por un costado de un edificio de concreto; había bajado dos rodines de hule y estaba empezando ahora la primera fase de su trabajo.

De su parte trasera, fue exudada una hojuela de plástico azul. La máquina presionó la hojuela firmemente contra el tosco concreto y luego prosiguió. Su camino hacia arriba la llevó desde el concreto vertical al acero vertical: había alcanzado una ventana. La máquina hizo una pausa y *produjo* un fragmento microscópico de tela. La tela, con gran cuidado, fue insertada en la ranura del marco de metal de la ventana.

En la fría oscuridad, la máquina era virtualmente invisible. El brillo de un distante nudo de tránsito la tocó brevemente, iluminó su casco pulido, y partió. La máquina reasumió su trabajo.

Proyectó un seudópodo de plástico e incineró el marco de la ventana de vidrio. No hubo respuesta desde dentro del sombrío apartamento: no había nadie en casa. La máquina, cubierta ahora con partículas de polvo de vidrio, trepó por el marco de acero y levantó un receptor inquisitivo.

Mientras recibía, aplicó *precisamente* doscientas libras de presión sobre el marco de acero de la ventana; el marco se dobló obediente. Satisfecha, la máquina descendió por la pared de adentro hasta la alfombra moderadamente gruesa. Allí comenzó la segunda fase de su trabajo.

Un *único* cabello humano (folículo y pizca de cuero cabelludo incluidos) fue depositado en el piso de madera endurecida junto a la lámpara. No lejos del piano, dos granos secos de tabaco fueron colocados ceremoniosamente. La máquina esperó un intervalo de diez segundos y entonces, cuando una sección de cinta magnética interna quedó en posición con un *click*, dijo repentinamente:

—¡Ugh! Maldición...

Curiosamente, *su voz era grave y masculina*.

La máquina siguió su camino hasta la puerta del armario, que estaba cerrada. Trepando por la superficie de madera, la máquina alcanzó el mecanismo de cierre, e insertando una delgada sección de sí misma, acarició los tambores hasta que retrocedieron. Tras la fila de abrigos había un pequeño montículo de baterías y alambres: una grabadora de video de autoencendido. La máquina destruyó la provisión de filme —que era vital— y entonces, mientras salía del armario, *expelió* una gota de sangre en la ruina enredada que había sido el rastreador de lentes. La gota de sangre era aun más vital.

Mientras la máquina presionaba la forma artificial de una marca de tacón en la película de grasa que cubría el piso del armario, se oyó un sonido seco en el pasillo. La máquina detuvo su trabajo y se puso rígida. Un momento después un hombre pequeño y de mediana edad entró en el apartamento, el abrigo en un brazo, el maletín en el otro.

—Por Dios —dijo, deteniéndose al instante cuando vio la máquina—. *¿Qué eres tú?*

La máquina *levantó* el cañón de su sección frontal y *disparó una bala* explosiva a la cabeza medio calva del hombre. La bala entró en el cráneo y se detonó. Aun sosteniendo su abrigo y maletín, con una expresión de confusión en su cara, el hombre colapsó hasta la alfombra. Sus gafas, rotas, yacían retorcidas detrás de su oreja. Su cuerpo se estremeció un poco, se retorció, y entonces quedó satisfactoriamente quieto.

Sólo quedaban dos pasos para terminar el trabajo, ahora que estaba hecha la parte principal. La máquina depositó una pizca de cerillo quemado en uno de los inmaculados ceniceros que había sobre el mantel, y entró en la cocina en busca de un vaso de agua. Empezaba a subir por un costado del lavaplatos cuando un ruido de voces humanas la sorprendió.

—Este es el apartamento —dijo una voz, cerca y clara.

—Prepárense. debería estar todavía aquí.—Otra voz, una voz de hombre, como la primera. La puerta del recibidor fue abierta de un empujón y dos individuos con sobretodos pesados entraron con paso rápido y resuelto en el apartamento. Al aproximarse, la máquina se dejó caer al piso de la cocina, olvidando el vaso de agua. Algo había salido mal. Su forma rectangular fluyó y osciló; cambiando a la forma de un paquete vertical, *fusionó* su forma con la de un televisor convencional.

Sostenía esa forma de emergencia cuando uno de los hombres —alto, pelirrojo— se asomó brevemente a la cocina.

—Nadie aquí —declaró el hombre, y continuó de prisa.

—La ventana —dijo su compañero, jadeando. Dos figuras más entraron en el apartamento, un equipo completo—. El vidrio ha desaparecido… falta. Por ahí entró.

—Pero *se ha ido* —el hombre pelirrojo reapareció en la puerta de la cocina, encendió la luz y entró, una pistola visible en su mano—. Extraño… llegamos aquí de inmediato, tan pronto como captamos el cascabel. —Sospechoso, examinó su reloj de pulsera—. Rosenburg ha estado muerto tan sólo unos pocos segundos… *¿cómo puede haber salido tan rápido?*

De pie en la entrada de la calle, Edward Ackers escuchaba la voz. Durante la última media hora la voz había tomado un tono de lamento, de queja aguijoneante; bajando casi hasta lo inaudible; siguió caminando, apagando mecánicamente su mensaje de queja.

—Estás cansado —dijo Ackers—. Vete a casa. Toma un baño caliente.

—No —dijo la voz, interrumpiendo su andanada. El foco de la voz era una gran mancha iluminada sobre la acera oscura, a unas pocas yardas a la derecha de Ackers. El anuncio giratorio de neón decía:

¡DESTERRADLO!

Treinta veces en los últimos treinta minutos —había contado— el rótulo había capturado a un viandante y el hombre en el caseta había comenzado

su arenga. Más allá de la caseta había varios teatros y restaurantes: la caseta estaba bien situada.

Pero no era para la multitud que había sido levantada la caseta. Era para Ackers y los oficiales tras él; la andanada apuntaba directamente al Departamento del Interior. El punzante sonsonete había continuado por tantos meses que Ackers era escasamente consciente de él. Lluvia en el techo. Ruidos del tránsito. Bostezó, cruzó los brazos, y esperó.

—Desterradlo —la voz se quejó malhumorada—. Oh, vamos, Ackers. Di algo, haz algo.

—Estoy esperando —dijo Ackers complaciente.

Un grupo de ciudadanos de clase media pasó al lado de la caseta y les fueron entregados unos panfletos. Los ciudadanos dejaron caer los panfletos tras ellos, y Ackers rió.

—No rías —murmuró la voz—. No es gracioso, nos cuesta dinero imprimirlos.

—¿*Tu* dinero personal? —inquirió Ackers.

—En parte —Garth estaba solitario, esta noche—. ¿Qué es lo que esperas? ¿Qué ha ocurrido? ¿Vi un equipo de policías salir de tu techo hace unos pocos minutos...?

—Puede que nos carguemos a alguien —dijo Ackers—, ha habido un asesinato.

Más abajo en el oscuro callejón el hombre se estremeció en su triste caseta de propaganda.

—¿Oh? —Llegó la voz de Harvey Garth. Se inclinó hacia adelante y los dos se miraron de frente. Ackers, peinado cuidadosamente, bien alimentado, llevando un sobretodo respetable... Garth, un hombre delgado, mucho más joven, con una cara demacrada y hambrienta, compuesta mayormente de nariz y frente.

—Así que ya ves —le dijo Ackers—, *sí* necesitamos el Sistema. No seas Utópico.

—Un hombre es asesinado; y ustedes *rectifican* el desbalance moral asesinando al asesino. —La voz de protesta de Garth se elevó en un espasmo de tristeza—. ¡Desterradlo! ¡*Desterrad el Sistema* que condena al hombre a una extinción segura!

—Trae aquí tus panfletos —parodió Ackers secamente—. Y tus lemas. Uno o ambos. ¿Qué sugerirías en vez del Sistema?

La voz de Garth estaba orgullosa de su convicción:

—Educación.

Divertido, Ackers preguntó:

—¿Eso es todo? ¿Crees que eso detendría la actividad antisocial? ¿Lo que ocurre es que los criminales no conocen nada mejor?

—Y psicoterapia, por supuesto. —Con su cara proyectada hacia delante, huesuda e intensa, Garth miraba hacia afuera de su caseta como una tortuga hostilizada—. *Ellos están enfermos*... por eso es que cometen crímenes, los hombres saludables no cometen crímenes. Y ustedes lo complican; ustedes crean una sociedad enferma de crueldad punitiva —apuntó un dedo acusador—. *Tú* eres el verdadero culpable, tú y *todo* el Departamento del Interior*. Tú y todo el Sistema de Destierro.*

Una y otra vez el rótulo de neón parpadeó *¡DESTERRADLO!* Queriendo decir, por supuesto, el Sistema de Ostracismo Compulsivo para Delincuentes, la maquinaria que proyectaba «al azar» a un ser humano

condenado a alguna región retirada del Universo Sideral, a algún remoto rincón fuera del camino en donde no hiciera daño.

—Ningún daño a nosotros, de cualquier modo —se rió Ackers en voz alta.

Garth pronunció el argumento familiar.

—Sí, ¿pero que hay de los habitantes locales?

Mala suerte para los habitantes locales. De todos modos, la víctima desterrada gastaba su energía y tiempo tratando de encontrar un modo de regresar al Sistema Sol. Si regresaba antes que la vejez lo alcanzara era readmitido por la sociedad. Tamaño reto... especialmente para algunos cosmopolitas que nunca habían puesto un pie fuera de la Gran Nueva York. Había —probablemente— muchos expatriados involuntarios cortando grano en viejos campos con guadañas primitivas. Las secciones remotas del Universo parecían estar compuestas mayormente de oscuras culturas rurales, enclaves agrícolas aislados caracterizados por el trueque en pequeña escala de frutas y vegetales y artefactos hechos a mano.

—¿Sabías —dijo Ackers—, que en la Era de los Monarcas, a un carterista usualmente se lo *ahorcaba*?

—Desterradlo —continuó Garth monótono, hundiéndose de vuelta en su caseta. El letrero giraba; se repartían panfletos. Y Ackers miraba impaciente la calle al anochecer en busca de una señal del camión hospital.

Conocía a Heimie Rosenburg. Nunca hubo un tipo más pequeño y dulce... Aunque Heimie había estado mezclado en una de esas extensas Operaciones Esclavistas que transportaban colonos ilegalmente a planetas fértiles fuera del Sistema. Entre los dos esclavistas más grandes, virtualmente habían colonizado entero el Sistema de Sirio. Cuatro de cada seis emigrantes eran llevados amontonados en transportes registrados como «cargueros». Era duro imaginarse al pequeño y gentil Heimie Rosenburg como un agente de negocios de Empresas Tirol, pero así era.

Mientras esperaba, Ackers conjeturaba sobre el asesinato de Heimie. Probablemente uno de los elementos de la incesante guerra subterránea que transcurría entre Paul Tirol y su rival principal, David Lantano; *era un novato entusiasta*... pero el asesinato no era juego para nadie. Todo dependía de cómo era realizado; podía ser carnicería comercial o el *más puro arte*.

—Ahí viene algo —sonó la voz de Garth, llevada hasta su oído interno por los delicados transformadores de salida del equipo de la caseta—. Parece un congelador.

Lo era; el camión hospital había llegado. Ackers dio un paso adelante cuando el camión se detuvo y fue bajada la rampa trasera.

—¿Qué tan pronto llegaron allí? —preguntó al policía que saltó pesadamente al pavimento.

—De inmediato —respondió el policía—, pero no había señal del asesino. No creo que recuperemos a Heimie... le dieron en el blanco, justo en el cerebelo. Trabajo experto, nada de aficionados.

Desilusionado, Ackers trepó en el camión hospital para inspeccionar por sí mismo.

Muy pequeño y quieto, Heimie Rosenburg yacía sobre su espalda, los brazos pegados a sus costados, mirando sin ver hacia el techo del camión. En su cara permanecía la expresión de sorprendida extrañeza. Alguien —

uno de los policías— había colocado sus gafas retorcidas en su mano apretada. Al caer se había cortado la mejilla. La porción destrozada de su cráneo estaba cubierta por una redecilla plástica húmeda.

—¿Quién se quedó en el apartamento? —preguntó Ackers.

—El resto de mi equipo —respondió el policía—. Y un investigador independiente. Leroy Beam.

—*Él* —dijo Ackers, con aversión—. ¿*Cómo* es que apareció?

—Captó el cascabel, *también*; pasaba por casualidad con su equipo. El pobre Heimie produjo un pico tremendamente grande en esa señal... Me sorprende que no lo captaran allá arriba en las oficinas centrales.

—Dijeron que Heimie tenía un nivel de ansiedad elevado —dijo Ackers—. Detectores por todo su apartamento. ¿Vas a empezar a recoger evidencia?

—Los equipos van para allá —dijo el policía—. Deberíamos comenzar a obtener especificaciones en una media hora. El asesino apagó de un golpe el equipo de video del armario. *Pero*... —sonrió— se cortó cuando rompió el circuito. Una gota de sangre, justo en el cableado; luce prometedora.

En el apartamento, Leroy Beam miraba a la Policía del Interior comenzar su análisis. Trabajaban pareja y minuciosamente, pero Beam estaba insatisfecho.

Su impresión original permanecía: *tenía sospechas*. Nadie podía haber escapado tan rápido. Heimie había muerto, y su muerte —la cesación de su patrón neural— había activado una alarma automática. Un cascabel no protegía particularmente a su propietario, pero su existencia aseguraba (o usualmente aseguraba) la *detección* del asesino. *¿Por qué le había fallado a Heimie?*

Caminando cabizbajo, Leroy Beam entró en la cocina por segunda vez. Allí, en el piso junto al fregadero, había un pequeño televisor portátil, del tipo popular con cubierta deportiva: un pequeño y llamativo paquete de plástico y perillas y lentes multicolores.

—¿Qué es *esto*? —preguntó Beam, cuando uno de los policías pasó junto a él—. Este televisor puesto aquí en el piso de la cocina. Está fuera de lugar.

El policía lo ignoró. En la sala de estar, un elaborado equipo policial de detección estaba raspando las varias superficies pulgada por pulgada. En la media hora transcurrida desde la muerte del Heimie, una cantidad de especificaciones había sido registrada. Primero, la gota de sangre en el cableado dañado del video. Segundo, una tenue marca de tacón donde el asesino había dado un paso. Tercero, una pizca de cerillo quemado en el cenicero. Se esperaban más, el análisis había apenas empezado.

Usualmente tomaba nueve especificaciones delinear a un único individuo. Leroy Beam miró cautelosamente a su alrededor. Ninguno de los policías estaba mirando, así que se inclinó hacia delante y alzó el televisor; se veía ordinario. Movió la perilla de encendido y esperó. No ocurrió nada; no se formó ninguna imagen. *Extraño*.

Lo estaba sosteniendo de cabeza, tratando de ver el chasis interior cuando Edward Ackers, del Departamento del Interior, entró en el apartamento. Rápidamente, Beam *metió el televisor* en el bolsillo de su pesado sobretodo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Ackers.

—Buscando —respondió Beam, preguntándose si Ackers habría notado su rechoncho bulto—. Estoy en el negocio, también.

—¿Conocías a Heimie?

—Por su reputación —respondió Beam vagamente—. Mezclado con el grupo Tirol, he oído; una especie de hombre fachada. Tenía una oficina en la Quinta Avenida.

—Un sitio ostentoso, como el resto de esos mercaderes forrados de la Quinta Avenida. —Ackers prosiguió dentro del cuarto de estar para mirar los detectores recolectar evidencia.

La voluminosa máquina escrutadora que avanzaba por la alfombra realizaba un examen visual muy cercano. Escrutaba a un nivel microscópico, y su campo de observación estaba finamente delimitado. Tan pronto como se obtenía material, éste era enviado a las Oficinas del Interior, a los bancos de archivos agregados donde la población civil estaba representada por una serie de tarjetas perforadas, con índices cruzados hasta el infinito.

Levantando el auricular del teléfono, Ackers llamó a su esposa.

—No llegaré a casa —le dijo—. Negocios.

Una espera y entonces Ellen respondió:

—¿Oh? —dijo distante—. Bueno, gracias por avisarme.

En la esquina, dos miembros del equipo de la Policía estaban examinado deleitados un nuevo descubrimiento, suficientemente válido como para ser una especificación.

—Te llamaré de nuevo —dijo a Ellen apresurado— antes de irme. Adiós.

—Adiós —dijo Ellen cortante, y se las arregló para colgar antes que él.

El nuevo descubrimiento era la grabadora de audio no dañada, la cual estaba montada bajo la lámpara de pie. Una cinta magnética continua —todavía en movimiento— brilló amigable; el episodio del asesinato había sido grabado por entero con fidelidad sonora.

—Todo —dijo un policía alegremente a Ackers—. Estaba andando antes de que Heimie llegara a casa.

—¿Lo han reproducido?

—Una porción. Hay un par de palabras dichas por el asesino, debería ser suficiente.

Ackers se puso en contacto con el Interior.

—¿Ya fueron cargadas las especificaciones del caso Rosenburg?

—Apenas la primera —contestó el asistente—. El archivo está discriminando la categoría masiva usual, como seis mil millones de nombres.

Diez minutos después la segunda especificación fue alimentada en los archivos. Personas con sangre tipo 0, zapatos talla 11½, sumaban ligeramente más de mil millones. La tercera especificación aportó el elemento de fumadores/no fumadores. Eso bajó el número a menos de mil millones, pero no mucho menos. La *mayoría* de los adultos fumaban.

—La cinta de audio lo va a bajar rápido —comentó Leroy Beam, de pie junto a Ackers, sus brazos cruzados para tapar su abultado abrigo—. Debería ser capaz de obtener la edad, al menos.

La cinta de audio, una vez analizada, dio de treinta a cuarenta años como edad estimada. Y —análisis de timbre— un hombre de quizás doscientas libras. Un poco más tarde el marco de acero doblado de la ventana fue examinado, y la torcedura notada. Concordaba con la especificación de la cinta de audio. Había ahora *seis* especificaciones, incluyendo la del sexo (masculino). El número de personas del grupo al que pertenecía estaba bajando rápidamente.

—No tardará mucho —dijo Ackers animado—. Y si pegó uno de esos pequeños baldes al costado del edificio, tendremos rastros de pintura.

—Me voy. Buena suerte —dijo Beam.

—Quédate un rato.

—Lo siento —Beam se movió hacia la puerta del salón—. Esto es vuestro, no mío. Tengo mi propio negocio que atender... Estoy investigando para un consorcio pesado interesado en minería no ferrosa.

Ackers miró su abrigo.

—¿Estás embarazado?

—No que yo sepa —dijo Beam, sonrojándose—. He llevado una vida buena y limpia. —Incómodo, dio unas palmadas a su abrigo—. ¿Te refieres a *esto*?

Junto a la ventana, uno de los policías dio un grito de triunfo. Las dos pizcas de tabaco de pipa habían sido descubiertas: un refinamiento para la tercera especificación.

—Excelente —dijo Ackers, dando la espalda a Beam y olvidándole de momento.

Beam se marchó.

Muy pronto estaba conduciendo a través de la ciudad hacia sus propios laboratorios, la pequeña e independiente empresa de investigación que dirigía, no apoyada por una subvención gubernamental. Descansando en el asiento junto a él iba el televisor portátil; todavía estaba en silencio.

—Primero que nada —declaró el técnico con guardapolvo de Beam— tiene un suministro de energía aproximadamente setenta veces mayor que el de las baterías de una tele portátil. Captamos la radiación gama. —Mostró el detector usual—. Así que estás en lo correcto, *no* es un televisor.

Con cuidado, Beam levantó la pequeña unidad del banco de laboratorio. Habían pasado cinco horas, y todavía no sabía nada acerca de ella. Agarrándola firmemente de la tapa trasera jaló con toda su fuerza. La tapa se rehusó a salir. No estaba trabada: no había sellos. La tapa no era una tapa; sólo lucía como tapa.

—¿Entonces qué es? —preguntó.

—Podría ser un montón de cosas —dijo el técnico evasivamente; había sido levantado y sacado de la intimidad de su hogar, y ahora eran las dos y treinta de la madrugada—. Podría ser algún tipo de equipo de rastreo. Una bomba. Un arma. Cualquier tipo de artefacto.

Laboriosamente, Beam palpó toda la unidad, buscando alguna grieta en la superficie.

—Es uniforme —murmuró—. Una única superficie.

—Puedes apostar. Las rupturas son falsas, es una sustancia vaciada. Y —añadió el técnico— es dura. Traté de astillarle una muestra representativa pero —encogió los hombros— sin resultados.

—Garantizo que no se rompe cuando se deja caer —dijo Beam ausente—. Nuevo plástico extra resistente. —Sacudió la unidad con fuerza; el sonido ahogado de las partes de metal en movimiento llegó a su oído—. Está lleno de tripas.

—Conseguiremos abrirlo —prometió el técnico— pero no esta misma noche.

Beam volvió a colocar la unidad en la banco. Podía, si tenía mala suerte, trabajar días enteros en este único ítem para descubrir, después de todo,

que no tenía nada que ver con el asesinato de Heimie Rosenburg. *Pero por otro lado...*

—Taládrame un hueco en ella —ordenó—. Para que podamos verla.

Su técnico protestó:

—Ya taladré; la broca se quebró. Ya envié a traer una de mayor densidad. Esta sustancia es importada; alguien se la trajo de un Sistema con Estrella Enana. Fue formada bajo una presión enorme.

—Le estás dando largas —dijo Beam, irritado—. Así es como hablan en los medios publicitarios.

El técnico se encogió de hombros.

—De todos modos, es extra dura. Un elemento evolucionado naturalmente, o un producto procesado artificialmente en los laboratorios de alguien. ¿Quién tiene los fondos como para desarrollar un metal como este?

—Uno de los grandes esclavistas —dijo Beam—. Allí es donde va a parar la riqueza. Y andan brincando por varios sistemas... tendrían acceso a materiales en bruto. Minerales especiales.

—¿Puedo irme a casa? —preguntó el técnico—. ¿Qué es tan importante con esto?

—Este aparato o mató o ayudó a matar a Heimie Rosenburg. Nos quedaremos aquí sentados, tú y yo, hasta que logremos abrirlo. —Beam se sentó y empezó a examinar la hoja de control que mostraba las pruebas efectuadas—. Tarde o temprano se abrirá como una ostra, si es que puedes recordar tan atrás.

Tras ellos, sonó un timbre de alarma.

—Alguien en la antesala —dijo Beam, sorprendido y preocupado—. ¿A las dos y treinta? —Se levantó y caminó bajando por el oscuro zaguán hasta el frente del edificio. Probablemente era Ackers. Su conciencia se estremeció culpablemente: Alguien había notado la ausencia del televisor.

Pero no era Ackers.

Esperando humildemente en la fría y desierta antesala estaba Paul Tirol; con él estaba una joven y atractiva mujer desconocida para Beam. La cara arrugada de Tirol se deshizo en sonrisas, y extendió una mano amistosa.

—Beam —dijo. Se dieron la mano—. Tu puerta frontal dijo que estabas aquí atrás. ¿Trabajando todavía?

Cuidadoso, preguntándose quién era la mujer y qué quería Tirol, Beam dijo:

—Compensando por algunos resbalones. Toda la firma está quebrando.

Tirol rió indulgentemente.

—Siempre tan bromista. —Sus ojos hundidos se dispararon; Tirol era una persona construida poderosamente, más vieja que la mayoría, con una cara sombría, intensamente arrugada—. ¿Tienes campo para unos pocos contratos? Pensé que podría deslizarte algunos trabajos... si tienes abierto.

—Siempre tengo abierto —contestó Beam, obstruyendo la vista del laboratorio a Tirol. La puerta, de todos modos, se había cerrado sola. Tirol había sido el jefe de Heimie... indudablemente se sentía con derecho a toda la información relacionada con el asesinato. ¿Quién lo hizo? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? Pero eso no explicaba por qué estaba aquí.

—Algo terrible —dijo Tirol con crudeza. No intentó presentar a la mujer; ella se había retirado al sillón a prender un cigarrillo. Era esbelta, de cabello color caoba; llevaba un abrigo azul, y un pañuelo atado alrededor de su cabeza.

—Sí —concordó Beam—. Terrible.

—Estuviste allí. Según entiendo.

Eso explicaba un poco.

—Bueno, sí —concedió Beam—, me aparecí por allí.

—¿Pero en realidad no lo viste?

—No —admitió Beam— nadie lo vio. Interior está recabando el material de especificación. Deberán bajarlo a una tarjeta antes del amanecer.

Tirol se relajó visiblemente.

—Me alegro de ello. Odiaría ver escapar al vicioso criminal. El destierro es demasiado bueno para él. Deberían enviarlo a la cámara de gas.

—Barbarie —murmuró Beam secamente—. Los días de la cámara de gas. Medieval.

Tirol atisbó más allá de él.

—Estás trabajando en... —Ahora estaba comenzando a curiosear abiertamente—. Oh vamos, Leroy. A Heimie Rosenburg —Dios bendiga su alma— lo mataron esta noche y esta noche te encuentro palmándola hasta tarde. Puedes hablar abiertamente conmigo; tienes algo relevante sobre su muerte, *¿no es así?*

—Es Ackers en quien estás pensando.

Tirol rió quedamente.

—¿Puedo echar un vistazo?

—No hasta que empieces a pagarme; todavía no estoy en tu planilla.

Con una voz tensa, antinatural, Tirol gimoteó:

—La quiero.

Confundido, Beam dijo:

—¿Quieres qué?

Con un estremecimiento grotesco, Tirol avanzó a trompicones, empujó a Beam a un lado, y se lanzó a agarrar la puerta. La puerta se abrió de golpe y Tirol comenzó a bajar ruidosamente por el oscuro corredor, tanteando su camino por instinto hacia los laboratorios de investigación.

—¡Eh! —gritó Beam, indignado. Corrió tras el viejo, llegó a la puerta interior, y se preparó para luchar para mantenerla cerrada. Estaba temblando, en parte de la sorpresa, en parte por enojo—. ¿Qué diablos? —demandó sin aliento—. *¡Tú no eres mi dueño!*

Tras él la puerta cedió misteriosamente. Tontamente, trastabilló hacia atrás, medio cayendo dentro del laboratorio. Allí, con un ataque de parálisis inutilizante, estaba su técnico. Y viniendo por el suelo del laboratorio había *algo* pequeño y metálico. Lucía como una caja exagerada de galletas, e iba derecho hacia Tirol. El objeto —metálico y brillante— saltó a los brazos de Tirol, y el viejo se dio la vuelta y trepó de vuelta por el corredor hacia la antesala.

—¿Qué fue eso? —dijo el técnico, volviendo a la vida.

Ignorándolo, Beam corrió tras Tirol.

—¡Lo tiene! —gritó fútilmente.

—Era... —farfulló el técnico—. Era el televisor. —Y salió corriendo.

II

Los Bancos de Expedientes del Interior estaban en un flujo agitado.

El proceso de crear una categoría más y más restringida era tedioso, y tomaba tiempo. La mayoría del personal del Interior se había ido a la cama;

eran casi las tres de la mañana, y los corredores y oficinas estaban desiertos. Unos pocos equipos de limpieza mecánicos reptaban aquí y allá en la oscuridad. La única fuente de vida era la cámara de estudio de los Bancos de Expedientes. Edward Ackers estaba sentado esperando pacientemente los resultados, esperando a que salieran las especificaciones, y a que la maquinaria de archivos las procesara.

A su derecha unos pocos policías del Interior jugaban una lotería benigna y esperaban estoicamente a ser enviados a hacer el arresto. La líneas de comunicación con el apartamento de Heimie Rosenburg timbraban incesantemente. Abajo en la calle, a lo largo de la acera desolada, Harvey Garth estaba todavía en su caseta de propaganda, todavía prendiendo su rótulo de *¡Desterradlo!* Y murmurando a los oídos de la gente. No había virtualmente ningún viandante, ahora, pero Garth continuaba. Era incansable; nunca se daba por vencido.

—*Psicópata* —dijo Ackers con resentimiento. Incluso allí donde estaban sentados, seis pisos más arriba, la pequeña y chillona voz llegaba a su oído medio.

—Arréstelo —sugirió uno de los policías que jugaban lotería. El juego, intrincado y truculento, era una versión de uno practicado en Centauro III—. Podemos revocar su licencia de vendedor.

Ackers había —cuando no tenía otra cosa que hacer— ideado y refinado una acusación para Garth, una especie de análisis llano de las aberraciones mentales del hombre. Disfrutaba jugando el juego psicoanalítico: le daba una sensación de poder.

> *Garth, Harvey.*
> *Síndrome compulsivo prominente. Ha asumido el papel de un anarquista ideológico, oponiéndose al Sistema Legal y Social. Sin expresión racional, sólo la repetición de palabras y frases clave. La idea fija es «Desterrar del Sistema de Destierro». La causa domina su vida. Fanático rígido, probablemente del tipo maníaco, puesto que...*

Ackers dejó ir la frase, puesto que realmente no conocía lo que era la estructura del tipo maníaco. De todos modos, el análisis era excelente, y algún día yacería en una ranura oficial en lugar de flotar a la deriva en su mente. Y cuando ocurriera, la desconcertante voz se acabaría.

—Gran revuelta —canturreaba Garth—. El Sistema de Destierro en un vasto levantamiento... el momento de crisis ha llegado.

—¿Por qué *crisis*? —preguntó Ackers en voz alta.

Allá abajo en el pavimento Garth respondió.

—Todas vuestras máquinas están zumbando. Reina una gran excitación. La cabeza de alguien estará en la canasta antes de la salida del sol. —Su voz continuó en un cansado borrón—. Intriga y asesinado. Cadáveres... la Policía se escurre y una bella mujer está al asecho.

A su análisis, Ackers agregó una cláusula ampliadora.

> *...los talentos de Garth están enviciados por su sentido compulsivo de una misión. Habiendo diseñado un ingenioso aparato de comunicación, ve solamente su posibilidad de*

propaganda. Mientras que el mecanismo voz-oído de Garth podría ser puesto al servicio de toda la humanidad.

Eso le complació. Ackers se puso de pie y empezó a vagar hacia el asistente que operaba el archivo.

—¿Cómo va saliendo? —preguntó.

—Esta es la situación —dijo el asistente. Había una línea de barba gris embarrada sobre su barbilla, y tenía los ojos enrojecidos—. Lo vamos calzando gradualmente.

Ackers, mientras volvía a sentarse, deseó estar atrás en los días de la todopoderosa huella digital. Pero no se había visto una huella en meses; existía un millar de técnicas para remover y alterar las impresiones. No había una sola especificación capaz, por sí misma, de delinear al individuo. Se necesitaba una composición, una *Gestalt* de los datos reunidos.

1) Muestra de sangre (tipo 0) 6.139.481.601
2) Talla de calzado (11½) 1.268.303.431
3) Fumador 791.992.386
3a) Fumador (pipa) 52.774.853
4) Sexo (varón) 26.449.094
5) Edad (30-40 años) 9.221.397
6) Peso (200 lbs) 488.290
7) Tela del vestido 17.459
8) Variedad de cabello 866
9) Propiedad del arma utilizada 40

Un cuadro vívido estaba emergiendo de los datos. Ackers podía verlo claramente. El hombre prácticamente estaba de pie allí, delante de su escritorio. Un hombre bastante joven, algo pesado, un hombre que fumaba pipa y vestía un traje *tweed* extremadamente caro. *Un individuo creado por nueve especificaciones*; no se había listado una décima porque no se había encontrado más datos de nivel de especificación.

Ahora, de acuerdo con el reporte, el apartamento había sido completamente examinado. El equipo de detección estaba saliendo a la intemperie.

—Una más debería lograrlo —dijo Ackers, devolviendo el reporte al asistente. Se preguntó si llegaría y cuánto tardaría.

Para pasar el tiempo telefoneó a su esposa, pero en lugar de Ellen le salió el circuito automático de respuesta.

—Sí, señor —le dijo—. La Sra. Ackers se ha retirado ya. Puede dejar un mensaje de treinta segundos que le será transcrito para su atención mañana por la mañana. Gracias.

Ackers se enfureció fútilmente con el mecanismo y luego colgó. Se preguntó si Ellen estaba realmente acostada; quizás, como tantas veces antes, se había escapado. Pero, después de todo, eran casi las tres de la mañana. Cualquier persona sana estaría dormida: sólo él y Garth estaban todavía en sus pequeños puestos, cumpliendo sus deberes vitales.

¿Qué había querido decir Garth con *«una bella mujer»*?

—Sr. Ackers —dijo el asistente— está llegando una décima especificación por los cables.

Esperanzado, Ackers miró hacia el Banco de Archivos. No pudo ver nada, por supuesto; el mecanismo de hecho ocupaba los niveles subterráneos del edificio, y todo lo que existía allí, eran los receptores de alimentación y las ranuras de eyección. Pero el sólo mirar a la maquinaria era reconfortante. En este momento el Banco estaba aceptando la décima pieza de material. En un momento sabría cuántos ciudadanos caían en las diez categorías... sabría si ya tenía un grupo lo bastante pequeño como para ser filtrado uno por uno.

—Aquí está —dijo el asistente, pasándole el reporte.

10) Tipo de vehículo utilizado (color) 7

—Mi Dios —dijo Ackers suavemente—. Eso es suficientemente bajo. Siete personas —podemos ir a trabajar.

—¿Quiere que expulsemos las siete tarjetas?

—Expúlselas —dijo Ackers.

Un momento después, la ranura de eyección depositó siete tarjetas blancas en la bandeja. El asistente se las pasó a Ackers y él rápidamente las ojeó. El próximo paso era motivo personal y proximidad: ítems que tenían que ser obtenidos de los sospechosos en persona.

De los siete nombres, seis no significaban nada para él. Dos vivían en Venus, uno en el Sistema Centauro, uno estaba en alguna parte de Sirio, uno estaba en un hospital, y uno vivía en la Unión Soviética. El séptimo, sin embargo, vivía a unas pocas millas, en las afueras de Nueva York.

LANTANO, DAVID

Eso establecía el caso. La *Gestalt*, en la mente de Ackers, calzó claramente; la imagen se solidificó hasta hacerse real. Había medio esperado, incluso rezado por ver salir la tarjeta de Lantano.

—Aquí está su arresto —dijo tembloroso a los policías que jugaban—. Mejor consigan un equipo tan grande como sea posible, este no será fácil. — Un momento después, añadió—: Tal vez será mejor que vaya también.

Beam llegó a la antesala de su laboratorio al mismo tiempo que la anciana figura de Paul Tirol desaparecía por la puerta que daba a la calle y en el oscuro callejón. La mujer joven, trotando tras él, había trepado en un auto parqueado y lo había arrancado; cuando Tirol salió, ella lo recogió y partieron al instante.

Jadeando, Beam permaneció de pie, recuperándose impotente en el pavimento desierto. El televisor falso se había ido; ahora no tenía nada. Sin rumbo fijo, comenzó a correr calle abajo. Sus tacones sonaban ruidosamente en el frío silencio. Ni una seña de ellos; ninguna seña de nada.

—Maldición —dijo, con un fervor casi religioso. La unidad —un aparato robot de obvia complejidad— claramente pertenecía a Paul Tirol; tan pronto como había identificado su presencia había saltado alegremente hacia él. ¿Buscando... *protección*?

Había matado a Heimie; y pertenecía a Tirol. Así que, mediante un método novel e indirecto, Tirol había asesinado a su empleado, su hombre fachada de la Quinta Avenida. Adivinando gruesamente, un robot tan altamente organizado habría costado cerca de unos cientos de miles de dólares.

Un *montón* de dinero, considerando que el asesinato era el más fácil de los actos criminales. ¿Por qué no contratar un imbécil itinerante con una barra de hierro?

Beam comenzó a regresar lentamente a su laboratorio. Entonces, abruptamente, cambió de idea y se volvió en dirección de la zona comercial. Cuando un taxi independiente pasó por allí, lo llamó y trepó en él.

—¿A dónde, buen hombre? —preguntó el transmisor de arranque del taxi. Los taxis de la ciudad eran guiados por control remoto desde una fuente central.

Dio el nombre de una cantina específica. Reclinándose en el asiento se puso a reflexionar. Cualquiera podía cometer un asesinato; una máquina cara y complicada no era necesaria.

La máquina había sido construida para hacer *algo* más. *El asesinato de Heimie Rosenburg era incidental.*

Contra la imagen del cielo nocturno, se recortaba una enorme loma residencial. Ackers la inspeccionó desde cierta distancia. No había luces encendidas; todo estaba bien cerrado. Extendido delante de la casa había un acre de césped. David Lantano era probablemente la última persona en la Tierra realmente poseedora de un acre de césped; era menos costoso comprar un planeta entero en algún otro Sistema Solar.

—Vamos —ordenó Ackers; disgustado por tanta opulencia, deliberadamente pasó dando pisotones por un seto de rosas en su camino hacia los amplios escalones del porche. Tras él fluyó el Equipo de Policía de Choque.

—Dios —murmuró Lantano, cuando fue sacado de la cama. Era un hombre gordo de aspecto bondadoso, bastante joven, que vestía una abundante bata de seda. Habría lucido más adecuado como director de un campamento de verano para chicos; había una expresión de perpetuo buen humor en su cara suave y fofa—. ¿Qué es lo que ocurre, oficial?

Ackers detestaba que lo llamaran oficial.

—Está bajo arresto —declaró.

—¿Yo? —hizo eco Lantano débilmente—. Eh, oficial, tengo abogados haciéndose cargo de estas cosas. —Bostezó voluminosamente—. ¿Le gustaría algo de café? —Estúpidamente, comenzó a trastear por su ante recámara, preparando un pichel.

Habían pasado años desde que Ackers había hecho el despilfarro de comprarse una taza de café. Con la superficie de la Tierra cubierta por densas instalaciones industriales y residenciales, no había campo para los cultivos, y el café se había rehusado a *«brotar»* en ningún otro Sistema Solar. Lantano probablemente cultivaba el suyo en una plantación ilícita en alguna parte de Sudamérica, y los pizcadores probablemente creerían que habían sido transportados a alguna colonia remota.

—No gracias —dijo Ackers—. Vayámonos yendo.

Todavía aturdido, Lantano se dejó caer en un sillón y observó a Ackers alarmado.

—Está hablando *en serio*. —Gradualmente su expresión se borró, parecía estar volviendo a dormirse—. ¿Quién? —murmuró distante.

—Heimie Rosenburg.

—No haga bromas —Lantano movió su cabeza lánguidamente—. Siempre quise tenerlo en mi compañía. Heimie tiene un verdadero encanto. *Tenía*, quiero decir.

A Ackers lo ponía nervioso permanecer aquí en la vasta y lujosa mansión. El café se estaba calentando, y su aroma le hacía cosquillas en la nariz. Y, Dios no lo quisiera, allí en la mesa había una cesta de albaricoques.

—*Melocotones* —corrigió Lantano, notando su mirada fija—. Sírvase.

—¿Dónde... los obtuvo?

Lantano se encogió de hombros.

—Domo sintético. Hidropónicos. Olvidé dónde... No tengo una mente técnica.

—¿Sabe cuál es la multa por poseer fruta natural?

—Mire —dijo Lantano con viveza, juntando sus manos—. Deme los detalles de este asunto, y le probaré que no tengo nada que ver con ello. Vamos, oficial.

—Ackers —dijo Ackers.

—Muy bien, Ackers. Creí haberlo reconocido, pero no estaba seguro; no quería quedar como un tonto. ¿Cuándo mataron a Heimie?

A regañadientes, Ackers le dio la información pertinente.

Durante un rato, Lantano guardó silencio. Luego, lenta, gravemente, dijo:

—Mejor se fija de nuevo en esas siete tarjetas. Uno de esos tipos no está en el Sistema de Sirio... está de vuelta acá.

Ackers calculó la probabilidad de desterrar con éxito a un hombre de la importancia de David Lantano. Su Organización —Interplay Export— tenía contactos por toda la Galaxia; habría equipos de búsqueda saliendo como abejas. Pero nadie llegaba hasta la distancia de destierro. El condenado, ionizado temporalmente, convertido en partículas de energía, era irradiado hacia afuera a la velocidad de la luz. Era una técnica experimental que había fallado; funcionaba en un solo sentido.

—Considere —dijo Lantano pensativo—. Si yo fuera a matar a Heimie, ¿lo haría yo mismo? No está siendo lógico, Ackers. Yo enviaría a alguien. —Apuntó un dedo gordo hacia Ackers—. ¿Cree que arriesgaría mi propia vida? Sé que arrestan a todo el mundo... usualmente encuentran suficientes especificaciones.

—Tenemos *diez* contra usted —dijo Ackers rápidamente.

—¿Así que van a desterrarme?

—Si es culpable, tendrá que enfrentar el destierro como cualquier otro. Su prestigio particular no importa.

Irritado, Ackers agregó:

—Obviamente, será liberado. Tendrá amplia oportunidad de probar su inocencia; puede cuestionar cada una de las diez especificaciones por turno.

Iba a continuar describiendo los procesos generales de los procedimientos judiciales empleados en el siglo veintiuno, pero algo lo hizo detenerse. David Lantano y su sillón parecían estar hundiéndose gradualmente en el piso. ¿Era una ilusión? Parpadeando, Ackers se restregó los ojos y miró. Al mismo tiempo, uno de los policías gritó una advertencia desmayada; Lantano los estaba dejando quedamente.

—¡Regrese! —demandó Ackers; saltó hacia delante y agarró el sillón. Apresuradamente, uno de sus hombres cortó la corriente del edificio; el sillón dejó de descender y gruñó hasta detenerse. Sólo la cabeza de Lantano

quedaba visible sobre el nivel del suelo. Estaba casi por completo sumergido en un túnel de escape.

—Qué sucia, inútil... —comenzó Ackers.

—Lo sé —admitió Lantano, sin hacer ningún esfuerzo por salirse del agujero. Parecía resignado; su mente estaba otra vez perdida en nubes de contemplación—. Espero que podamos aclarar esto. Evidentemente me incriminaron. Tirol consiguió a alguien que luce como yo, alguien que entró y asesinó a Heimie.

Ackers y el Equipo de Policía lo ayudaron a salir de su sillón hundido. No opuso resistencia; estaba demasiado sumergido en su melancolía.

El taxi dejó a Leroy Beam frente a la cantina. A su derecha, en la cuadra siguiente, quedaba el Edificio del Interior... y, en la otra acera, el parchón opaco que era la caseta de propaganda de Garth.

Entrando en la cantina, Beam encontró una mesa al fondo y se sentó. Desde ya podía captar el leve, distorsionado murmullo de las reflexiones de Garth. Garth, hablando para sí en un murmullo sin dirección, aun no se había dado cuenta de él.

—Destiérrenlos —estaba diciendo Garth—. Destiérrenlos a todos. Montón de ladrones y malhechores. —Garth, en el miasma de su caseta, divagaba vitriólicamente.

—¿Qué está pasando? —preguntó Beam—. ¿Cuáles son las últimas noticias?

El monólogo de Garth se interrumpió cuando enfocó su atención en Beam.

—¿Tú allí? ¿En la cantina?

—Quiero averiguar sobre la muerte de Heimie.

—Sí —dijo Garth—. Está muerto; los archivos se están moviendo, lanzando tarjetas.

—Cuando salí del apartamento de Heimie —dijo Beam— habían conseguido seis especificaciones. —Pulsó un botón en el selector de bebidas y dejó caer una moneda en la ranura.

—Esto debe haber sido más temprano —dijo Garth—; han conseguido más.

—¿Cuántas?

—Diez en total.

Diez. Eso usualmente era suficiente. Y todas las diez *plantadas* por un artefacto robot... una pequeña procesión de pistas repartidas a lo largo de su camino: entre la pared de concreto del edificio y el cuerpo muerto de Heimie Rosenburg.

—Es una suerte —dijo especulativamente—. Ayuda a Ackers.

—Puesto que me estás pagando —dijo Garth— te diré el resto. Ya salieron para hacer su arresto: Ackers los acompañó.

Entonces el artefacto había tenido éxito. Hasta cierto punto, al menos. Estaba seguro de una cosa: el artefacto debería haber estado fuera del apartamento. Tirol no había sabido acerca del cascabel de muerte de Heimie; Heimie había sido lo bastante sabio como para hacer la instalación en forma privada.

De no haber provocado el cascabel que entraran personas en el apartamento, el artefacto se habría escurrido y retornado a Tirol. Entonces, sin duda, Tirol lo habría detonado. Nada habría quedado que indicara que

una máquina podía plantar un rastro de *pistas* sintéticas: tipo de sangre, tela, tabaco de pipa, cabello... todo el resto, y todo espúreo.

—¿A quién arrestarán? —preguntó Beam.

—David Lantano.

Beam se estremeció.

—Naturalmente. De eso se trata todo; *¡es un montaje!*

A Garth le tenía sin cuidado; era un empleado contratado, estacionado allí por la Asociación de Investigadores Independientes para succionar información desde el Departamento del Interior. No tenía un verdadero interés en la política; su ¡Deportadlo! Era pura cortina.

—Sé que es un montaje —dijo Beam— y también Lantano. Pero ninguno de nosotros puede probarlo... a menos que Lantano tenga una coartada absolutamente hermética.

—Deportadlos —murmuró Garth, volviendo a su rutina. Un pequeño grupo de ciudadanos trasnochadores había pasado junto a su caseta, y él estaba disfrazando su conversación con Beam. La conversación, dirigida al único escucha, era inaudible para todos los demás; pero era mejor no correr riesgos. Algunas veces, muy cerca de la caseta, ocurría una retroalimentación audible de la señal.

Inclinado sobre su bebida, Leroy Beam consideró los varios ítems con los que podía probar. Podía informar a la organización de Lantano, que existía relativamente intacta... pero el resultado sería una guerra civil épica. Y, además, en realidad no le importaba si a Lantano le habían puesto un montaje; todo le daba lo mismo. Tarde o temprano uno de los grandes esclavistas tenía que absorber al otro: el cártel es la conclusión natural de los grandes negocios. Con Lantano fuera de la escena, Tirol absorbería su Organización sin dolor; cada quien estaría trabajando en su escritorio como siempre.

Por otro lado, algún día podría haber un artefacto —a medio completar ahora en el sótano de Tirol— que dejara un rastro de pistas de Leroy Beam. Una vez que la idea se afianzó, no tenía un final particular.

—Y yo tenía la maldita cosa —dijo infructuosamente—. La martillé durante cinco horas. Era un televisor, entonces, pero también era el artefacto que mató a Heimie.

—¿Estás seguro de que se ha ido?

—No sólo se ha ido dejó de existir. A menos que ella chocara el auto cuando llevaba a Tirol a casa.

—¿Ella? —preguntó Garth.

—La mujer —Beam reflexionó—. Ella lo vio. O ella sabía de él; estaba con él. —Pero, desafortunadamente, no tengo idea de quién pueda ser la mujer.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Garth.

—Alta, cabello color caoba. Boca muy nerviosa.

—No me di cuenta de que estaba trabajando con él abiertamente. De veras deben haber necesitado el artefacto —Garth añadió—: ¿No la identificaste? Supongo que no hay ninguna razón para que lo hicieras; es mantenida fuera de vista.

—¿Quién es *ella*?

—Esa es Ellen Ackers.

Beam se rió secamente.

—¿Y ella conduce para Paul Tirol?

—Ella... bueno, conduce para Tirol, sí. Puedes ponerlo de ese modo.

—¿Desde cuándo?

—Creí que lo sabías. Ella y Ackers se separaron; eso fue el año pasado. Pero él no la quiere dejar; no le quiere dar el divorcio. Temeroso de la publicidad. Muy importante mantener la respetabilidad... mantener la camisa bien rellena.

—¿Sabe de Paul Tirol y ella?

—Por supuesto que no. El sabe que ella está... espiritualmente enganchada. Pero no le importa... mientras lo mantenga callado. Es en su puesto en lo que piensa.

—Si Ackers se diera cuenta —murmuró Beam—. Si viera el vínculo entre su esposa y Tirol... haría caso omiso a sus diez memos internos. Querría cargarse a Tirol. Al diablo con la evidencia; siempre podría obtenerla después. —Beam alejó su bebida; el vaso estaba vacío de todos modos—. ¿Dónde está Ackers?

—Te lo dije. Donde Lantano, arrestándolo.

—¿Volverá acá? ¿No irá a su casa?

—Naturalmente que volverá acá —Garth hizo silencio por un momento—. Veo un par de *vans* del Interior dando la vuelta para entrar en la rampa del garaje. Ese es probablemente el equipo de arresto regresando.

Beam esperó tenso.

—¿Está Ackers con ellos?

—Sí, está allí. ¡Desterradlos! —La voz de Garth se elevó con frenesí estentóreo—. ¡Desterrad el Sistema de Destierro! ¡Erradicad a los malhechores y piratas!

Deslizándose de pie, Beam salió de la cantina.

Una luz tenue se veía en la parte trasera del apartamento de Edward Ackers: probablemente la luz de la cocina. La puerta del frente estaba cerrada. De pie en el salón alfombrado, Beam traveseó diestramente con el mecanismo de la puerta. Estaba montado para responder a patrones neurales específicos: los de sus dueños y un limitado círculo de amigos. Para él no hubo actividad.

Hincándose, Beam encendió un oscilador de bolsillo y comenzó una emisión sinoidal. Gradualmente, incrementó la frecuencia. A tal vez 150.000 cps el cerrojo sonó culpable; eso era todo lo que necesitaba. Apagando el oscilador, escarbó entre su suministro de patrones esqueleto hasta que localizó el cilindro de armario. Lo deslizó en la torreta del oscilador, el cilindro emitió un patrón neural sintético lo bastante cercano al verdadero como para afectar el cierre.

La puerta se abrió. Beam entró.

En la penumbra la sala parecía modesta y de buen gusto. Ellen Ackers era un ama de casa adecuada. Beam escuchó. ¿Estaba de veras en casa? Y si así era, ¿dónde? ¿Despierta? ¿Dormida?

Se asomó al dormitorio. Había una cama, pero no había nadie en ella.

Si ella no estaba aquí estaba con Tirol. Pero no tenía intenciones de seguirla; esto era lo más que quería arriesgarse.

Inspeccionó el comedor. Vacío. La cocina estaba vacía, también. Siguió un cuarto tapizado y revuelto de uso general; a un lado había una cantina chillona y en el otro un sofá de pared a pared. Tirados en el sofá había un abrigo de mujer, cartera, guantes. Ropas familiares: Ellen Ackers las había

usado. Así que había venido después de dejar su laboratorio de investigación.

La única habitación que quedaba era el cuarto de baño. Trató con la manija; estaba cerrada por dentro. No salía ningún sonido, pero había alguien del otro lado de la puerta. Podía sentirlo allí.

—Ellen —dijo, contra el panel—. ¿Señora Ellen Ackers, es usted?

Ninguna respuesta. Podía sentirla no haciendo ningún ruido; un silencio quedo, frenético.

Mientras se hincaba, buscando en su bolsillo lleno de ganzúas magnéticas, un proyectil explosivo atravesó la puerta a la altura de la cabeza y se emplastó en el yeso de la pared de enfrente.

Al instante la puerta se abrió; allí estaba Ellen Ackers de pie, su cara distorsionada por el miedo. Una de las pistolas gubernamentales de su esposo apretada en su pequeña, huesuda mano. Era un pie más baja que él. Sin levantarse, Beam le agarró la muñeca; ella disparó sobre su cabeza, y entonces los dos cayeron en una respiración dura y trabajosa.

—Vamos —se las arregló Beam finalmente. El cañón de la pistola literalmente rozaba la punta de su cabeza. Para matarlo, ella tendría que jalar la pistola contra sí. Pero él no la dejó; mantuvo el asidero de su muñeca hasta que, finalmente, *con reluctancia*, ella dejó caer la pistola. Sonó al golpear el suelo y él se puso de pie tieso.

—Estaba sentado abajo —susurró ella, con voz impresionada, acusadora.

—Arrodillado: abriendo el cerrojo. Me alegro de que apuntara a mi cerebro. —Recogió la pistola y tuvo éxito tratando de meterla en el bolsillo de su sobretodo; sus manos le temblaban.

Ellen Ackers lo miró de lleno; sus ojos eran enormes y oscuros, y su cara de un blanco horrible. Su piel tenía un tono muerto, como si fuera artificial, totalmente seca, completamente cubierta de talco. Parecía al borde de la histeria; un estremecimiento duro y reprimido luchaba dentro de ella, alojándose finalmente en su garganta. Trató de hablar pero sólo salió un sonido rasposo.

—Vaya, señora —dijo Beam, embarazado—. Venga a la cocina y siéntese.

Ella le miró como si hubiera dicho algo increíble u obsceno o milagroso; no estaba seguro de cuál.

—Vamos. —Trató de asir su brazo pera ella lo apartó aterrada. Tenía puesto un sencillo conjunto verde, y lucía muy bien con él; un poquito delgada y terriblemente tensa, pero aun así atractiva. Llevaba unos aretes caros, una piedra importada que parecía estar siempre en movimiento... pero por lo demás su apariencia era austera.

—Usted... era el hombre del laboratorio —se las arregló para decir con una voz quebrada y ahogada.

—Soy Leroy Beam. Un independiente. —Guiándola con dificultad, la condujo a la cocina y la sentó a la mesa. Ella cruzó los brazos y los estudió fijamente; el aspecto yermo y huesudo de su cara parecía aumentar en vez de disminuir. Se sentía incómodo.

—¿Está usted bien?

—Ella asintió.

—¿Una taza de café? —Comenzó a hurgar en el armario en busca de una botella de sustituto de café cultivado en Venus. Mientras buscaba, Ellen Ackers dijo tensa—: Mejor entre allí. En el baño. No creo que esté muerto, pero podría.

Beam corrió hasta el baño. Tras la cortina plástica de la ducha había una figura opaca. Era Paul Tirol, yaciendo empaquetado en la tina, completamente vestido. No estaba muerto pero había sido golpeado detrás de la oreja izquierda y de su cuero cabelludo se escurría un hilo lento y constante de sangre. Beam le tomó el pulso, escuchó su respiración, y luego se puso derecho.

En la entrada, Ellen Ackers se materializó, todavía pálida del susto.

—¿Lo está? ¿Lo *maté*?

—El está bien.

Ella se relajó visiblemente.

—Gracias a Dios. Ocurrió tan rápido. Se me adelantó para meter la M en su sitio, y entonces lo hice. Lo golpeé tan suave como puede. Estaba tan interesado en ella... se olvidó de mí. —Las palabras salían de ella escupidas, frases rápidas, espasmódicas, puntualizadas con temblores rígidos de sus manos—. Lo arrastré de vuelta al auto y conduje hasta aquí; fue lo único que se me ocurrió.

—¿Por qué está en esto?

Su histeria surgió en un espasmo de contracciones musculares convulsivas.

—Todo estaba planeado, lo tenía todo preparado. Tan pronto como echara mano de ella iba a... —se interrumpió.

—¿Chantajear a Tirol? —preguntó fascinado.

Ella sonrió débilmente.

—No, no a Paul. Fue Paul quien me dio la idea... fue su primera idea, cuando sus investigadores le mostraron la cosa. La M, como él la llama. M significa máquina. Quiere decir que no puede ser educada, corregida moralmente.

Incrédulo, Beam dijo:

—Usted iba a chantajear a su marido.

Ellen Ackers asintió:

—Así él tendría que dejarme ir.

De pronto Beam sintió un sincero respeto por ella.

—Mi Dios... el cascabel. No fue Heimie quien lo arregló; usted lo hizo. De modo que el aparato quedara atrapado en el apartamento.

—Sí —asintió ella—. Yo iba a recogerlo. Pero Paul se apareció con otras ideas; él lo quería, también.

—¿Qué fue lo que salió mal? ¿Usted lo tiene, no?

En silencio ella indicó el armario.

—Lo metí allí para esconderlo cuando lo oí a usted.

Beam abrió el armario. Descansando primorosamente entre las toallas dobladas había un pequeño, familiar, portátil televisor.

—Ha revertido —dijo Ellen, detrás suyo, con un monótono de absoluta derrota—. Tan pronto como golpeé a Paul, cambió. Durante media hora he estado tratando de hacerlo cambiar. No lo hace. Se quedará así para siempre.

III

Beam buscó el teléfono y llamó a un Doctor. En el baño, Tirol gruñó y movió débilmente sus brazos. Estaba comenzando a recuperar la conciencia.

—¿Era eso necesario? —demandó Ellen Ackers—. El Doctor... ¿tenía que llamarlo?

Beam la ignoró. Agachándose, levantó el televisor portátil y la sostuvo con sus manos; sintió su peso subir por sus brazos como una lenta y cargada fatiga. El último adversario, pensó; demasiado estúpido para ser derrotado. Era peor que un animal. Era una roca, sólida y densa, carente de toda cualidad. Excepto, pensó, la cualidad de la determinación. Estaba decidida a persistir, a sobrevivir; una roca con voluntad. Sintió como si estuviera sosteniendo el universo, y bajó *la M no reconstruida*.

Detrás suyo Ellen dijo:

—Te vuelve loco —su voz había recuperado el tono. Encendió un cigarrillo con un encendedor de plata y luego metió las manos en los bolsillos de su vestido.

—Sí —dijo él.

—¿No hay nada que usted pueda hacer, o sí? Trató de abrirla antes. Remendarán a Paul, y él volverá a su casa, y Lantano será desterrado... —Inhaló profunda y temblorosamente—. Y el Departamento del Interior seguirá como siempre.

—Sí —dijo él. Todavía arrodillado, revisó la M. Ahora, con lo que sabía, no perdió tiempo luchando con ella. La consideró impasible; ni siquiera se molestó en tocarla.

En el baño, Paul Tirol estaba tratando de salir de la tina en cuatro patas. Volvió a caer para atrás, maldijo y gimió, y comenzó su laborioso ascenso una vez más.

—¿Ellen? —su voz quebrada, un leve y distorsionado sonido, como de alambres secos rozando uno con otro.

—Tómalo con calma —dijo ella entre dientes; sin moverse permaneció fumando rápidamente su cigarrillo.

—Ayúdame, Ellen —murmuró Tirol—. Algo me ha pasado... no recuerdo qué. Algo me golpeó.

—Recordará —dijo Ellen.

—Puedo llevarle esta cosa a Ackers como está. Usted le dirá lo que es... lo que hizo. Eso debería bastar; no continuará con Lantano. —propuso Beam.

Pero tampoco él lo creía. Ackers tendría que admitir una equivocación, un error básico, y si se había equivocado al arrestar a Lantano, estaba arruinado. Y así, en cierto sentido, lo estaría el entero Sistema de Delineación. Podía ser engañado; había sido engañado. Ackers era rígido, e iría derecho en línea recta: al diablo con Lantano. Al diablo con la justicia abstracta. Era mejor preservar la continuidad cultural y mantener a la sociedad funcionando en forma equilibrada.

—El equipo de Tirol —dijo Beam—. ¿Sabe dónde está?

Ella se encogió de hombros violentamente.

—¿Qué equipo?

—Esta cosa... —pateó la M— fue hecha en alguna parte.

—No aquí, Tirol no la hizo.

—Está bien —dijo él razonablemente. Tenían quizás seis minutos más antes de que el Doctor y el transporte médico de emergencia aterrizaran en el techo—. ¿Quién la hizo?

—La aleación fue desarrollada en Bellatrix. —Ella hablaba a saltos, una palabra a la vez—. La cubierta... forma una piel en el exterior, una burbuja que es succionada o expulsada de un reservorio. Esa es su cubierta, la

forma de un televisor. La succiona de vuelta y se vuelve la M; está lista para actuar.

—¿Quién la hizo? —repitió él.

—Un Sindicato de Máquinas Herramientas de Bellatrix... una subsidiaria de la Organización de Tirol. Son fabricados como perros guardianes. La grandes plantaciones en los Planetas exteriores las usan; patrullan. Atrapan a los cazadores furtivos.

—Entonces originalmente no son programadas para una persona —quiso saber Beam.

—No.

—¿Entonces quién la programó para Heimie? No un Sindicato de Máquinas Herramientas.

—Eso fue hecho aquí.

Se levantó y alzó el televisor portátil.

—Vámonos. Lléveme allí, donde Tirol hizo que la alteraran.

Por un instante la mujer no respondió. Agarrando su brazo la arrastró hasta la puerta. Ella jadeó y lo miró en silencio.

—Vamos —dijo él, jalándola hasta el salón. El televisor portátil golpeó contra la puerta cuando él la cerró; sostuvo el aparato con fuerza y siguió a Ellen Ackers.

La ciudad era desaseada e inactiva, unos pocos almacenes detallistas, una estación de combustible, cantinas y salones de baile. Estaba a dos horas de vuelo del Gran Nueva York y se llamaba Ollum.

—Doble a la derecha —dijo Ellen sin energía. Miraba los rótulos de neón y descansaba su brazo en el marco de la ventana de la nave.

Volaron sobre los almacenes y las calles desiertas. Las luces eran pocas. En una intersección Ellen asintió y él bajó la nave sobre un techo.

Debajo de ellos había una tienda destartalada, de madera manchada por las moscas. Había un letrero despintado colgado en la ventana:

HERMANOS FULTON CERRAJEROS

Junto con el letrero había picaportes, cerraduras, llaves, cierres y relojes de alarma de cuerda. En alguna parte en el interior de la tienda una llama amarilla ardía intermitente.

—Por aquí —dijo Ellen.

Se bajó de la nave y bajó por un tramo de escalera de madera destartalada. Beam dejó el televisor portátil en el piso de la nave, cerró con llave las puertas, y luego siguió a la mujer. Sosteniéndose de la baranda, descendió hasta un porche trasero en el cual había latas de basura y una pila de periódicos sucios atados con una cuerda. Ellen estaba abriendo una puerta y tanteando su camino adentro.

Primero se encontró en una bodega húmeda y atiborrada. Tubería y rollos de alambre y láminas de metal yacían amontonados por todos lados; era como un lote de chatarra. Luego siguió un estrecho corredor y entonces estaba a la entrada de un taller. Ellen levantó un brazo y tanteó para encontrar la cuerda colgante de una luz. La luz hizo click al encender. A la derecha había un banco de trabajo largo y lleno de cosas con una tarraja manual en un extremo, una prensa de tornillo, una sierra de ojo de cerradura; había dos banquillos de madera frente al banco y maquinaria a

medio armar amontonada en el piso sin orden aparente. El taller era caótico, polvoriento, y arcaico. En la pared había un mono azul de hilo colgado de un clavo: el mameluco de un maquinista.

—Aquí —dijo Ellen, con amargura—. Aquí es donde Paul la hizo traer. Este taller pertenece a la Organización Tirol; todo este basurero es parte de sus pertenencias.

Beam caminó hasta el banco.

—Para haberlo alterado —dijo— Tirol debe haber tenido una placa con el patrón neural de Heimie. —Volcó una pila de jarras de vidrio; tornillos y arandelas vertidos sobre la superficie picada del banco.

—La obtuvo de la puerta de Heimie —dijo Ellen—. Hizo analizar la cerradura de Heimie e inferir el patrón de Heimie de la disposición de los tambores.

—¿E hizo que abrieran la M?

—Hay un viejo mecánico —dijo Ellen—. Un viejo pequeño y seco; tiene este taller. Patrick Fulton. El instaló el *prejuicio* en la M.

—Un prejuicio —dijo Beam, asintiendo.

—Un prejuicio contra matar a la gente. Heimie fue la excepción, para toda la demás gente adopta su forma protectora. Afuera en las tierras salvajes las programan para otra cosa, no un televisor. —Ella se carcajeó, una risa súbita, cercana a la histeria—. Sí, eso habría lucido raro, yaciendo afuera en un bosque en alguna parte, un televisor. Lo habrían diseñado como roca o como leño.

—Una roca —dijo Beam. Podía imaginarla. La M esperando, cubierta de musgo, esperando durante meses, años, y entonces, corroída y gastada por el clima, captando finalmente la presencia de un ser humano. Entones la M dejaba de ser una roca, volviéndose, con un rápido borrón de movimiento, una caja de un pie de ancho y dos de largo. Una caja de galletas demasiado grande que comenzaba a avanzar...

Pero había algo que faltaba.

—La falsificación —dijo—. La emisión de hojuelas de pintura y cabello y tabaco. ¿Cómo entró eso en la escena?

Con voz quebrada, Ellen dijo:

—El propietario asesinaba al cazador furtivo, y era culpable ante los ojos de la ley. Así que la M dejaba pistas. Marcas de garras. Sangre animal. Pelo animal.

—Dios —dijo él, asqueado—. Muerto por un animal.

—Un oso, un gato montés... cualquier cosa indígena, variaba. El predador de la región, una muerte *natural*. —Con el dedo del pie tocó una caja de cartón debajo del banco—. Está aquí, solía estar, en todo caso. La placa neural, el transmisor, las partes descartadas de la M, los diagramas.

La caja había sido un empaque para baterías. Ahora las baterías se habían ido, y en su lugar había una caja interna cuidadosamente envuelta, sellada contra la humedad y la infestación por insectos. Beam desgarró el papel metálico y vio que había encontrado lo que buscaba. Sacó el contenido de prisa y lo extendió sobre el banco de trabajo entre las máquinas de soldar y los taladros.

—Está todo aquí —dijo Ellen, sin emoción.

—Quizás —dijo él— puedo dejarla fuera de esto. Puedo llevar esto y el televisor donde Ackers y llevarlo a juicio sin su testimonio.

—Seguro —dijo ella cansada.

—¿Qué va a hacer?

—Bueno —dijo ella— no puedo volver con Paul, así que supongo que no hay mucho que pueda hacer.

—Lo del chantaje era un error —dijo él.

Sus ojos brillaron.

—Está bien.

—Si él suelta a Lantano —dijo Beam— se le pedirá que renuncie. Entonces probablemente le dará el divorcio, no será importante para él de un modo y otro.

—Yo... —comenzó ella. Y entonces se detuvo. Su cara pareció esfumarse, como si el color y la textura de su piel se desvanecieran desde adentro. Levantó una mano y se volvió a medias, su boca abierta y la frase aun sin terminar.

Beam, alcanzándola, apagó la luz de un golpe; el taller se oscureció con un parpadeo. El también lo había oído, lo había oído al mismo tiempo que Ellen Ackers. El desvencijado porche exterior había crujido y ahora el lento, pesado movimiento había pasado de la bodega y entrado al salón.

Un hombre pesado, pensó. Un hombre de movimiento lento, soñoliento, recorriendo su camino paso a paso, sus ojos casi cerrados, su gran cuerpo oscilando bajo su traje. Debajo, pensó, de su costoso traje *tweed*. En la oscuridad el perfil del hombre destacaba; Beam no podía verlo pero podía sentirlo allí, llenando la entrada cuando se detuvo. Las cajas crujieron bajo su peso. Mareado, se preguntó si Ackers lo sabía ya, si su orden ya había sido rescindida. ¿O había salido el hombre por cuenta propia, trabajando por medio de su propia Organización?

El hombre, empezando a avanzar de nuevo, habló con una voz profunda y grave.

—Ugh —dijo la voz de Lantano—. Maldición.

Ellen comenzó a gritar. Beam todavía no se daba cuenta de lo que era; aun estaba tanteando con la luz y preguntándose estúpidamente porqué no se encendía. Había reventado el bombillo, se dio cuenta. Encendió un fósforo; el fósforo se apagó y trató de agarrar el encendedor de cigarrillos de Ellen Ackers. Estaba en su cartera, y le tomó un agonizante segundo poder sacarlo.

La máquina no reconstruida se les estaba aproximando lentamente, una de las antenas receptoras extendidas. De nuevo se detuvo, torció a la izquierda hasta quedar frente al banco de trabajo. No tenía ahora la forma de un televisor; había retomado su forma de caja de galletas.

—La placa —susurró Ellen Ackers—. *Respondió* a la placa.

La M había sido despertada porque Heimie Rosenburg la buscaba. Pero Beam aun sentía la presencia de David Lantano. El gran hombre estaba aun en el cuarto; la sensación de pesadez, la proximidad del peso y voluminosidad habían venido con la máquina, mientras se movía, esquematizando la existencia de Lantano. Mientras miraba fijamente, la máquina produjo un fragmento de tela y lo presionó en una pila cercana de malla de alambre. Otros elementos, sangre y tabaco y cabello, estaban siendo producidos, pero eran demasiado pequeños como para que pudiera verlos. La máquina presionó una marca de tacón en el polvo del piso y luego proyectó un cañón de su sección interior.

Con el brazo sobre sus ojos, Ellen Ackers salió corriendo. Pero la máquina no estaba interesada en ella; girando en dirección del banco de trabajo se levantó y disparó. Una bala explosiva, liberada por el cañón, viajó atravesando el banco y se metió en los desechos amontonados más allá del banco. La bala detonó; pedazos de alambre y clavos cayeron en una lluvia de partículas.

La cabeza de Heimie, pensó Beam, y continuó mirando. La máquina estaba buscando la placa, tratando de localizar y destruir la emisión neural sintética. Dio la vuelta, bajó su cañón dudosa, y entonces disparó de nuevo. Detrás del banco de trabajo, la pared estalló y se derrumbó sobre sí misma.

Beam, sosteniendo el encendedor de cigarrillos, caminó hacia la M. Una antena receptora se movió hacia él y la máquina retrocedió. Sus líneas oscilaron, fluyeron, y entonces se volvieron a formar dolorosamente. Durante un intervalo, el aparato luchó consigo; luego, reluciente, el televisor de nuevo se hizo visible. Desde la máquina surgió un gemido agudo, un chillido angustiado. Había estímulos conflictivos presentes; la máquina era incapaz de tomar una decisión.

La máquina estaba desarrollando una *neurosis* de situación y la ambivalencia de su respuesta la estaba destruyendo. En cierto modo su angustia tenía una cualidad humana, pero no podía sentir lástima por ella. Era un artefacto mecánico tratando de asumir una postura de disfraz y ataque al mismo tiempo; el *desmoronamiento* era de relés y tubos, no el de un cerebro vivo. Y había sido un cerebro vivo dentro de lo que había disparado su bala original. Heimie Rosenburg estaba muerto, y no había otro como él ni ninguna posibilidad de que otro pudiera ser ensamblado. Fue hasta la máquina y le dio un puntapié en la parte trasera.

La máquina chirrió como serpiente y giró alejándose.

—¡Ugh, maldita sea! —dijo. Hizo llover pizcas de tabaco mientras se alejaba rodando; gotas de sangre y hojuelas de laca azul cayeron de ella mientras desaparecía por el corredor. Beam podía oírla moviéndose por allí, chocando con las paredes como un organismo ciego, dañado. Después de un rato la siguió.

En el corredor, la máquina se movía lentamente en círculos. Estaba levantando una pared de partículas a su alrededor: tela y cabellos y fósforos quemados y trocitos de tabaco, la masa cementada con sangre.

—Ugh, maldición —dijo la máquina con su pesada voz masculina. Continuó trabajando, y Beam regresó al otro cuarto.

—¿Dónde está el teléfono? —le dijo a Ellen Ackers.

Ella lo miró vacía.

—No va a lastimarla —dijo él. Se sentía aturdido y desgastado—. Está en un ciclo *cerrado*. Seguirá así hasta que se agote.

—Se volvió loca —dijo ella. Se estremeció.

—No —dijo él—. *Regresión*. Está tratando de esconderse.

Desde el corredor, se oyó a la máquina decir.

—Ugh, Maldición—. Beam halló el teléfono y llamó a Edward Ackers.

El destierro significaba para Paul Tirol primero una procesión de bandas de oscuridad y luego un prolongado y enfurecedor intervalo en el cual la materia vacía vagaba al azar a su alrededor, acomodándose primero en un patrón y luego en otro.

El período entre el momento en que Ellen Ackers lo atacó y el momento en que la sentencia de destierro había sido pronunciada estaba vago y débil en su mente. Como las sombras actuales, era difícil de aprehender.

Se había —pensaba— despertado en el apartamento de Ackers. Sí, eso es; y Leroy Beam estaba allí, también. Una especie de Leroy Beam trascendental que se cernía robustamente por allí, acomodando a todo el mundo en configuraciones de su preferencia. Había venido un Doctor. Y finalmente Edward Ackers había aparecido para enfrentar a su esposa y a la situación.

Vendado, y de camino al Interior, había pescado un vislumbre de un hombre saliendo. La voluminosa, bulbosa figura de David Lantano, camino a casa, a su lujosa mansión de piedra con un acre de césped.

Al verlo Tirol había sentido el aguijón del miedo. Lantano ni siquiera lo había notado; con una expresión agudamente pensativa en su rostro, Lantano caminó hasta un auto que lo esperaba y partió.

—Tienes mil dólares —estaba diciendo Edward Ackers cansinamente, durante la fase final. Distorsionado, el rostro de Ackers floreció de nuevo entre las sombras a la deriva alrededor de Tirol, una imagen de la última aparición del hombre. Ackers, también, estaba arruinado, pero en forma diferente—. La ley te provee de mil dólares para llenar tus necesidades inmediatas, también hallarás un diccionario de bolsillo de los dialectos de los Sistemas apartados representativos.

La ionización en sí era indolora. No tenía memoria de ella; sólo una espacio vacío más oscuro que las imágenes borrosas a cada lado.

—Tú me odias —había declarado acusadamente, sus últimas palabras para Ackers—. Yo te destruí. Pero... no eras tú... —Había estado confundido—. Lantano. No maniobró. ¿Cómo? Tu...

Pero Lantano no había tenido nada que ver con ello. Lantano había arrastrado los pies fuera de casa, un espectador forzado todo el tiempo. Al diablo con Lantano. Al diablo con Ackers y Leroy Beam y —reluctante— al diablo con la Sra. Ellen Ackers.

—Guau —balbuceó Tirol, cuando su cuerpo a la deriva finalmente se integró en forma física—. Pasamos un montón de buenos ratos... ¿no, Ellen?

Y entonces un rugiente campo caliente de luz solar estaba radiando sobre él. Estupefacto, se sentó encogido, flácido y pasivo. Luz amarilla, escaldante... por todas partes. Nada salvo su calor danzante, cegándole, amedrentándole hasta la sumisión.

Estaba tirado en medio de una carretera de arcilla amarilla. A su derecha había un campo horneado y seco de maíz marchito al calor del medio día. Un par de grandes aves con aspecto de dudosa reputación volaban en círculos silenciosamente sobre su cabeza. Muy a lo lejos había una línea de colinas romas: cañadas cortadas y picos que no parecían más que pilas de polvo. Al pie había un mísero lunar de edificios construidos por el hombre.

Al menos tuvo la esperanza de que fueran hechos por hombres.

Mientras trataba tembloroso de ponerse de pie, un ruido débil llegó a sus oídos. Bajando por la carretera caliente y sucia venía alguna especie de carro. Aprehensivo y cauteloso, Tirol caminó hasta encontrarse con él.

El conductor era humano, un joven flaco y desnutrido de piel negra aparchonada y una masa pesada de pelo color tabaco. Llevaba una camisa de hilo manchada y *overall*. Un cigarrillo doblado y sin encender colgaba de

su labio inferior. El auto era un modelo impulsado por combustión interna y había salido rodando del siglo veinte; golpeado y desvencijado, rodó haciendo ruido hasta detenerse mientras el conductor inspeccionaba a Tirol. Del radio del auto salía aullando un torrente de pequeña música de baile.

—¿Eres un recaudador de impuestos? —preguntó el conductor.

—Ciertamente que no —dijo Tirol, conociendo la hostilidad bucólica hacia los recaudadores de impuestos. Pero... dudó. No podía confesar que era un criminal desterrado de la Tierra; era una invitación a ser masacrado, usualmente en forma pintoresca—. Soy un inspector —anunció— del Departamento de Salud.

Satisfecho, el conductor asintió:

—Montones de avispas cortadoras escurridizas, últimamente. Ustedes prójimos ¿ya consiguieron el atomizable? Estamos perdiendo una cosecha tras otra.

Tirol trepó agradecido al auto.

—No me había dado cuenta de que el sol era tan caliente —murmuró.

—Usted tiene cierto acento —observó el joven, arrancando el motor—. ¿De dónde es?

—Problemas del habla —dijo Tirol con cautela—. ¿Cuánto falta para que lleguemos a la ciudad?

—Oh, tal vez una hora —contestó el joven, mientras el auto corría perezosamente hacia delante.

Tirol tenía miedo de preguntar el nombre del planeta. Lo delataría. Pero lo consumía la necesidad de saber. Podía estar dos sistemas más allá o dos millones; podría estar un mes fuera de la Tierra o setenta años. Naturalmente, tenía que regresar; no tenía la intención de volverse un campesino en algún Planeta colonial apartado.

—Lindo ritmo —dijo el joven, indicando el torrente de jazz nocivo saliendo del radio del auto—. Ese es *Freddy Calamina* y su *«Banda de Creole Original Oso Lanudo»*. ¿Conoce la melodía?

—No —murmuró Tirol. El sol y la sequedad y el calor hacían que le doliera la cabeza, y le pedía a Dios saber en dónde estaba.

La ciudad era miserablemente pequeña. Las casas estaban dilapidadas; las calles eran de tierra. Un tipo de gallinas domésticas vagaban aquí y allá, picoteando en la suciedad. Bajo un porche un cuasi-perro azulado yacía durmiendo. Sudando e infeliz, Paul Tirol entró en la estación de autobuses y localizó un cuadro de itinerarios. Relampagueó una serie de anotaciones sin significado: nombres de ciudades. El nombre del Planeta, por supuesto, no aparecía en la lista.

—¿Cuál es la tarifa hasta el próximo puerto? —preguntó al indolente oficial tras la ventanilla de boletos.

El oficial reflexionó.

—Depende de qué tipo de puerto quiera. ¿A dónde está planeando ir?

—Hacia el *Centro* —dijo Tirol. «Centro» era el término utilizado en los Sistemas apartados para el Grupo Sol.

Con desapasionamiento, el oficial sacudió la cabeza.

—Ningún puerto intersistemas por aquí.

Tirol se desinfló. Evidentemente, no estaba en el Planeta principal de este particular Sistema miembro de la red comercial.

—Bueno —dijo— entonces el puerto interplanetario más próximo.

El oficial consultó un vasto libro de referencia.

—¿A cual Sistema miembro desea ir?

—El que tenga el puerto intersistemas —dijo Tirol pacientemente—. Partiría de allí.

—Ese sería Venus.

Asombrado, Tirol dijo:

—Entonces este Sistema... —Se interrumpió, entristecido, al recordar. Era la costumbre parroquial en muchos Sistemas Externos, especialmente en los muy alejados, nombrar sus Planetas miembros como los nueve originales—. Bien —terminó Tirol—. Un boleto de ida a... Venus.

Venus, o lo que pasaba por Venus, era un globo deprimente no mayor que un asteroide. Una nube opaca de resplandor metálico se cernía sobre él, oscureciendo al sol. Excepto por las operaciones mineras y de fundición el Planeta estaba desierto. Unos pocos cobertizos melancólicos manchaban el campo desolado. Soplaba un viento perpetuo, esparciendo escombros y basura. Pero el puerto intersistemas estaba aquí, la pista que enlazaba al Planeta con su vecino más próximo y, ultimadamente, con el resto del Universo. En ese momento un carguero gigante estaba despegando.

Tirol entró en la oficina de boletos. Poniendo la mayor parte del dinero que le quedaba dijo:

—Quiero un boleto de ida que me lleve hacia Centro. Tan lejos como pueda.

El dependiente calculó.

—¿Le importa la clase?

—No —dijo, secándose la frente.

—¿Rápido?

—No.

El dependiente dijo:

—Eso lo llevará hasta el Sistema Betelgeuse.

—Suficiente —dijo Tirol, preguntándose lo que haría entonces. Pero al menos podría contactar con su Organización desde allí; estaba de vuelta en el Universo cartografiado. Sintió un aguijonear de miedo frío, a pesar del calor.

El Planeta de la red comercial del Sistema Betelgeuse se llamaba Plantagenet III. Era una floreciente conexión para transportes de pasajeros llevando colonos a Planetas coloniales no desarrollados. Tan pronto como la nave de Tirol aterrizó corrió por la pista hacia la parada de taxis.

—Lléveme a Empresas Tirol —ordenó, rezando porque hubiera un punto de venta aquí. Tenía que haber, pero podría estar operando bajo otro nombre de fachada. Hacía años que había perdido el rastro de los detalles de su imperio en expansión.

—Empresas Tirol —repitió el taxista pensativo—. No, no existe esa compañía, señor.

—¿Quién maneja la esclavización por aquí? —pregunto Tirol pasmado.

El taxista lo miró a los ojos. Era un pequeño hombre con anteojos, arrugado y seco; lo oteó al estilo de las tortugas, sin compasión.

—Bueno —dijo— me han dicho que uno puede ser sacado del Sistema sin papeles. Hay un contratista de transporte... llamado... —reflexionó. Tirol, temblando, le entregó su último billete.

—La Exportadora-Importadora Confiable —dijo el conductor.

Esa era una de las fachadas de Lantano. Horrorizado, Tirol dijo:

—¿Y eso es todo?

El taxista asintió.

Aturdido, Tirol se alejó del taxi. Los edificios del campo de aterrizaje danzaban a su alrededor; se sentó en un banco a recuperar el aliento. Bajo el abrigo, su corazón latía desacompasado. Trató de respirar, pero el aliento se le pegaba dolorosamente en la garganta. El raspón en su cabeza, donde Ellen Ackers lo había golpeado, comentó a pulsar. Era cierto, y gradualmente comenzaba a comprenderlo y a creerlo. No iba a regresar a la Tierra; iba a pasar el resto de su vida aquí en este mundo rural, cortado de su Organización y de todo lo que había construido a través de los años.

Y, se dio cuenta mientras estaba sentado luchando por respirar, el resto de su vida no iba a durar mucho.

Pensó en Heimie Rosenburg.

—Traicionado —dijo, y tosió atormentadoramente—. Me traicionaste. ¿Lo oyes? Por tu culpa estoy aquí. Es tu culpa; nunca debí contratarte.

Pensó en Ellen Ackers.

—Tú también —boqueó, tosiendo. Sentado en el banco tosía y boqueaba alternativamente y pensaba en la gente que lo había traicionado. Había cientos de ellos.

La sala de estar de la casa de David Lantano estaba amueblada con gusto exquisito. Filas de invaluables platos *Sauce* Azul del tardío siglo diecinueve decoraban la pared en un trastero de hierro forjado. Sentado a su mesa de plástico amarillo y cromo, David Lantano tomaba su cena, y el despliegue de comida sorprendió a Beam incluso más que la casa.

Lantano estaba de buen humor y comía con entusiasmo. Su servilleta de lino estaba insertada bajo su barbilla, y una vez, mientras sorbía café, eructó y derramó un poco. Habiendo terminado su breve período de confinamiento, comía para compensar la ordalía.

Había sido informado, primero por su propio aparato y ahora por Beam, que el destierro había llevado exitosamente a Tirol más allá del punto de retorno. Tirol no volvería y por eso Lantano estaba agradecido. Se sentía magnánimo con Beam; deseaba que Beam comiera algo.

Molesto, Beam dijo:

—Es un sitio agradable.

—Usted podría tener algo como esto —dijo Lantano.

En la pared colgaba enmarcado un folio de papel antiguo protegido por vidrio lleno de helio. Era la primera impresión de un poema de Ogden Nas, un objeto de colección que debía haber estado en un museo. Hizo surgir en Beam sentimientos encontrados de deseo y aversión.

—Sí —dijo Beam—. Podría tener esto. —Esto, pensó, o a Ellen Ackers o el puesto en el Interior o quizás todos los tres al mismo tiempo. Edward Ackers había sido pensionado y le había concedido el divorcio a su esposa. Lantano estaba fuera de peligro. Tirol había sido desterrado. Se preguntó que era lo que quería.

—Usted podría prosperar mucho —dijo Lantano soñoliento.

—¿Tanto como Tirol?

Lantano se rió y bostezó.

—Me pregunto si dejó familia —dijo Beam—. Algún hijo. —Estaba pensando en Heimie.

Lantano se estiró a través de la mesa para alcanzar el tazón de la fruta. Escogió un melocotón y lo restregó cuidadosamente contra la manga de su bata.

—Pruebe un melocotón —dijo.

—No gracias —dijo Beam irritable.

Lantano examinó el melocotón pero no se lo comió. El melocotón estaba hecho de cera; la fruta en el tazón era de imitación. En realidad no era tan rico como pretendía, y muchos de los artefactos que había en la sala eran falsificaciones. Cada vez que ofrecía una fruta a un visitante tomaba un riesgo calculado. Devolviendo el melocotón al tazón se reclinó de nuevo en su sillón y sorbió su café.

Si Beam no tenía planes, al menos él sí los tenía, y con Tirol fuera los planes tenían una posibilidad todavía mayor de funcionar. Se sentía en paz. Algún día, pensó, no muy distante, la fruta del tazón sería real.

NOSOTROS LOS EXPLORADORES

—Caramba —dijo Parkhurst con voz entrecortada, sintiendo un hormigueo de excitación en su rostro enrojecido—. Acercaos, muchachos. *¡Mirad!*

Se amontaron alrededor de la pantalla del visor.

—Allá está —dijo Barton. El corazón le latía de forma extraña—. Tiene un aspecto magnífico.

—Ya lo creo que tiene buen aspecto —corroboró Leon. Temblaba—. Digamos que.... puedo distinguir Nueva York.

—Y una mierda.

—¡Sí que puedo! La parte gris. Junto al agua.

—Eso ni siquiera son los Estados Unidos. Estamos mirándolo boca abajo. Eso es Siam.

La nave se desplazaba velozmente por el espacio, los escudos antimeteoros aullaban. Por debajo, el globo verde-azulado iba creciendo. Las nubes se movían a su alrededor, ocultando los continentes y los océanos.

—Nunca pensé que volvería a verla —dijo Merriweather—. Os juro que creí que estábamos atrapados aquí arriba —su cara se contrajo—. *Marte*. Ese maldito desperdicio rojo. Sol, moscas y ruinas.

—Barton sabe reparar jets —dijo el Capitán Stone—. Puedes darle las gracias.

—¿Sabes qué es lo primero que voy a hacer cuando esté de vuelta? —chilló Parkhurst.

—¿Qué?

—Ir a Coney Island.

—¿Por qué?

—Por la gente. Quiero volver a ver gente. Montones. Idiotas, sudorosos, ruidosos. Helados y agua. El océano. Botellas de cerveza, cajas de leche, servilletas de papel.

—Y chicas —dijo Vecchi, con los ojos brillándole.

—Mucho tiempo, seis meses. Iré contigo. Nos sentaremos en la playa y miraremos a las chicas.

—Me pregunto qué clases de bañadores usan ahora —dijo Barton.

—¡Puede que no usen ninguno! —gritó Parkhurst.

—¡Hey! —gritó Merriweather—. Voy a volver a ver a mi esposa —se quedó aturdido de repente. Su voz se redujo a un susurro—. *Mi* esposa.

—Yo también tengo esposa —dijo Stone, con una amplia sonrisa—. Pero me casé hace mucho. —Después pensó en Pat y en Jean. Un dolor punzante le agarrotaba la traquea—. Apuesto a que han crecido mucho.

—¿Crecido?

—Mis hijos —murmuró Stone con voz ronca.

Se miraron unos a otros, seis hombres, andrajosos, con barba, con ojos brillantes y febriles.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Vecchi en voz muy baja.

—Una hora —afirmó Stone—. Estaremos abajo en una hora.

La nave chocó contra el suelo con un golpe que les tiró de narices al suelo. La nave iba dando tumbos muy deprisa, con los frenos de los retropropulsores chirriando, atravesando las rocas y destrozando el suelo. Hasta que se detuvo, con el morro enterrado en una colina.

Silencio.

Parkhurst se levantó tambaleándose. Se agarró a la barra de seguridad. Le chorreaba sangre de un corte sobre uno de sus ojos.

—Estamos abajo —dijo.

Barton se agitaba en el suelo. Gruñó, se puso de rodillas hacienda un esfuerzo. Parkhurst le ayudó.

—Gracias. Estamos…

—Estamos abajo. *Estamos de vuelta.*

Los retropropulsores se habían apagado. El ruido había cesado… sólo se oía el suave goteo de los fluidos de la pared que rezumaban hasta el suelo.

La nave era un revoltijo de metal. El casco estaba partido en tres trozos. Se había doblado hacia adentro, combado y retorcido. Había papeles esparcidos e instrumentos destrozados por todos lados.

Vecchi y Stone se levantaron despacio.

—¿Esta todo bien? —Stone masculló, frotándose el brazo.

—Échame una mano —dijo Leon—. Me he retorcido el maldito tobillo o algo.

Se levantaron. Merriweather estaba inconsciente. Le reanimaron y le pusieron de pie.

—Estamos abajo —repitió Parkhurst, como si no pudiera creerlo—. Esto es la tierra. Estamos de vuelta ¡vivos!

—Espero que las muestras estén bien —dijo Leon.

—¡Al diablo con las muestras! —gritó Vecchi exaltado. Se puso a trabajar frenéticamente en los tornillos de la parte izquierda, destornillando la pesada cerradura de la escotilla—. Salgamos y demos un paseo por los alrededores.

—¿Dónde estamos? —preguntó Barton al Capitán Stone.

—Al sur de San Francisco. En la península.

—¡San Francisco! Hey, ¡podemos coger los tranvías! —Parkhurst ayudó a Vecchi a destornillar la escotilla—. San Francisco. Una vez pasé por aquí. Tienen un parque grande. El Golden Gate Park. Podemos ir a la feria.

La escotilla se soltó, abriéndose completamente. La charla cesó repentinamente. Los hombres echaron un vistazo afuera, parpadeando debido a la blanca y cálida luz solar.

Abajo, un verde campo se extendía a lo lejos. Las colinas se erguían puntiagudas en la distancia, en el aire cristalino. Abajo, unos cuantos coches circulaban por una autopista, se veían como puntos diminutos, brillando al sol. Postes de teléfono.

—¿Qué sonido es ése? —dijo Stone, escuchando con atención.

—Un tren.

Venía de las vías lejanas, expulsando humo negro por la chimenea. Un suave viento recorría el campo, moviendo la hierba. Más allá, a la derecha, había una ciudad. Casas y árboles. La marquesina de un teatro. La típica gasolinera. Pequeñas tiendas junto a la carretera. Un motel.

—¿Crees que alguien nos ha visto? —preguntó Leon.

—Deben de habernos visto.

—Nos tuvieron que oír —dijo Parkhurst—. Hicimos un ruido de mil demonios cuando chocamos contra el suelo.

Vecchi dio un paso hacia el campo. Movió los brazos aparatosamente, completamente estirados.

—¡Me estoy cayendo!

Stone se rió.

—Te acostumbrarás. Hemos estado en el espacio demasiado tiempo. Venga —saltó hacia abajo—. Empecemos a caminar.

—Hacia la ciudad —Parkhurst se puso a su lado—. Puede que nos den de comer gratis... Qué diablos ¡champán! —hinchó el pecho bajo el uniforme andrajoso—. Héroes que regresan. Las llaves de la ciudad. Un desfile. Una banda militar. Carrozas con damas.

—Damas —gruñó Leon.

—Estas obsesionado.

—Claro —Parkhurst avanzaba por el campo y los otros le seguían formando hilera— ¡deprisa!

—Mira —le dijo Stone a Leon—. Allí hay alguien. Observándonos.

—Muchachos —dijo Barton.

—Un grupo de muchachos —se rió con ganas—. Vamos a saludarles.

Se dirigieron hacia los muchachos, andando entre la alta hierba del fértil suelo.

—Debe de ser primavera —dijo Leon—. El aire huele como en primavera. —Aspiró el aire profundamente—. Y la hierba.

Stone calculó.

—Es el nueve de abril.

Apresuraron el paso. Los chicos estaban parados, observándolos, silenciosos e inmóviles.

—¡Hey! —gritó Parkhurst—. ¡Estamos de vuelta!

—¿Qué ciudad es esta? —gritó Barton.

Los chicos se quedaron mirando, con los ojos muy abiertos.

—¿Hay algún problema? —murmuró Leon.

—Nuestras barbas. Tenemos un aspecto horrible —Stone colocó la manos a los lados de la boca para amplificar el sonido—. ¡No tengáis miedo! Hemos vuelto de Marte. El vuelo en cohete. Hace dos años ¿os acordáis? El pasado Octubre hizo un año.

Los chicos miraban fijamente, con caras blancas. De repente se dieron la vuelta y huyeron. Corrían frenéticamente hacia la ciudad.

Los seis hombre miraban como se marchaban.

—Qué diablos —murmuró Parkhurst, desconcertado—. ¿Qué ocurre?

—Nuestras barbas —Stone repitió preocupado.

—Algo va mal —dijo Barton, débilmente. Empezó a temblar—. Algo muy malo está pasando.

—¡Cállate! —dijo Leon bruscamente—. Son nuestras barbas. —Arrancó de un tirón un trozo de su camisa—. Estamos sucios. Vagabundos mugrientos. Vamos —comenzó a caminar en la misma dirección que los chicos, hacia la ciudad—. Vamos. Probablemente un coche especial ya esté de camino hacia aquí. Vayamos a su encuentro.

Stone y Barton se miraron. Seguían a Leon despacio. Los otros se quedaron rezagados.

En silencio, inquietos, los seis hombres con barba avanzaban por el campo hacia la ciudad.

Un joven sobre una bicicleta se marchó a toda velocidad al verlos acercarse. Unos trabajadores del ferrocarril, que reparaban las vías, tiraron sus palas, y se pusieron a gritar.

Sin reaccionar, los seis hombres vieron cómo se marchaban.

—¿Que es esto? —murmuró Parkhurst.

Cruzaron la vía. La ciudad se encontraba al otro lado. Entraron en una enorme arboleda de eucaliptos.

—Burlingame —dijo Leon, leyendo un cartel. Echaron un vistazo calle abajo. Hoteles y cafeterías. Coches aparcados. Gasolineras. Tiendecillas. Una pequeña ciudad periférica, gente de compras por las aceras. Coches que circulaban despacio.

Salieron de la arboleda. Al otro lado de la calle un encargado de gasolinera les vio.

Y se quedó helado.

Tras un momento, soltó la manguera que estaba sujetando y se fue corriendo bajando por la calle principal, soltando gritos de advertencia.

Los coches se pararon. Los conductores salieron de un salto y se marcharon corriendo. Hombres y mujeres salieron en tropel de los almacenes, y se dispersaron inmediatamente. Se alejaron en manada, con una huida frenética.

En un instante la calle se quedó desierta.

—Dios santo —Stone avanzaba desconcertado—. *¿Qué...?* —cruzó hasta la calle. No había nadie a la vista.

Los seis hombres caminaron calle abajo, confundidos y en silencio. Nada se movía. Todos habían huido. Una sirena aullaba, con su sonido oscilante. Por una callejuela un coche echó marcha a toda velocidad.

En una ventana de la parte superior Barton vio una cara pálida y asustada. Entonces la persiana fue bajada.

—No comprendo —murmuró Vecchi.

—¿Se han vuelto locos? —preguntó Merriweather.

Stone no dijo nada. Tenía la mente en blanco. Entumecida. Se sentía cansado. Se sentó en el bordillo a descansar, recuperando el aliento. Los otros se sentaron a su alrededor.

—Mi tobillo —dijo Leon. Se apoyó en una señal de *stop*, con labios contraídos por el dolor—. Tengo un dolor de mil demonios.

—Capitán —preguntó Barton—. *¿Qué pasa?*

—No lo sé —dijo Stone.

Buscó un pitillo en su bolsillo hecho jirones. Al otro lado de la calle había una cafetería desierta. La gente se había ido corriendo. Todavía había comida en la barra. Una hamburguesa se achicharraba en una sartén, el café hervía en una cafetera de cristal sobre un quemador.

En la acera había comestibles saliéndose de las bolsas que habían soltado los aterrorizados compradores. Se oía el motor de un coche abandonado.

—¿Y bien? —preguntó Leon— ¿Qué hacemos?

—No lo sé.

—No podemos simplemente…

—¡No sé! —Stone se puso de pie. Cruzó y entró en la cafetería. Le observaban mientras se sentaba en una silla de la barra.

—¿Qué hace? —preguntó Vecchi.

—No sé —Parkhurst siguió a Stone y entró en la cafetería—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy esperando a que me atiendan.

Parkhurst agarró torpemente a Stone por el hombro.

—Vamos, Capitán. Aquí no hay *nadie*. Todos se han ido.

Stone no dijo nada. Se sentó en una silla de la barra, con el rostro ausente. Esperando pasivamente a que le atendieran.

Parkhurst salió de nuevo.

—¿Qué diablos ha ocurrido? —le preguntó a Barton—. ¿Qué les pasa a todos?

Un perro con manchas apareció y empezó a olisquear. Paso de largo, tenso y alerta, olfateando con recelo. Se marchó deprisa por una bocacalle.

—Rostros —dijo Barton.

—¿Rostros?

—Nos están *observando*. Allí arriba —Barton señaló un edificio—. Escondidos. ¿Por qué? ¿Por qué se esconden de nosotros?

De repente Merriweather se puso tenso.

—Algo se acerca —se giraron ansiosos.

Calle abajo dos sedanes negros daban la vuelta a la esquina, dirigiéndose hacia ellos.

—Gracias a Dios —murmuró Leon. Se apoyó en la pared de un edificio—. Aquí están.

Los dos sedanes se detuvieron junto al bordillo. Las puertas se abrieron. Unos cuantos hombres bajaron, rodeándolos en silencio. Bien vestidos. Con corbatas y sombreros, y largos abrigos grises.

—Soy Scanlan —dijo uno—. FBI.

Era un hombre mayor de pelo gris acero. Con tono cortante y frío. Estudió a los cinco atentamente.

—¿Dónde está el otro?

—¿El Capitán Stone? Allí adentro —Barton señaló la cafetería.

—Sacadle aquí afuera.

Barton entró en la cafetería.

—Capitán, están fuera. Vamos.

Stone le acompañó, de vuelta al bordillo.

—¿Quiénes son, Barton? —preguntó con voz entrecortada.

—Seis —dijo Scanlan, asintiendo. Hizo un gesto a sus hombres con el brazo—. *OK.* Esto es todo —los hombres del FBI se acercaron, haciendo que se juntaran en la fachada de ladrillo de la cafetería.

—¡Esperad! —gritó Barton de forma estridente. La cabeza le daba vueltas—. *¿Qué... qué está pasando?*

—¿Qué es esto? —exigió saber Parkhurst con un tono de reprobación. Le caían lágrimas por el rostro, manchándole las mejillas—. Díganoslo, por el amor de Dios.

Los hombres del FBI tenían armas. Las sacaron. Vecchi retrocedió, levantando las manos.

—¡Por favor! —gimió—. *¿Qué hemos hecho? ¿Qué está ocurriendo?*

Una esperanza repentina nació en el pecho de Leon:

—No saben quienes somos. Creen que somos comunistas —se dirigió a Scanlan—. Somos la expedición Marte-Tierra. Me llamo Leon. ¿Lo recuerda? El último Octubre hizo un año. Estamos de vuelta. Hemos vuelto de Marte — su voz se iba apagando.

Les pusieron las armas cerca. Mostrándoles las bocas de los cañones; habían traído hasta tanques.

—¡Estamos de vuelta! —Merriweather dijo con voz ronca—. ¡Somos la expedición Marte-Tierra, de regreso!

La cara de Scanlan era inexpresiva.

—Eso suena bien —dijo fríamente—. *Sólo* que la nave se estrelló y explotó cuando llegó a Marte. Ningún miembro de la tripulación sobrevivió. Lo sabemos porque enviamos un equipo de robots recuperadores y trajeron los cadáveres de regreso... *seis* en total.

Los hombres del FBI abrieron fuego. Echaron Napalm abrasador en la dirección de las seis figuras con barba. Se echaron hacia atrás, y después las llamas les alcanzaron. Los hombres del FBI vieron como las seis figures se incineraban, y luego apartaron la vista. No pudieron soportar la visión de la seis figuras retorciéndose, pero podían oírlas. No era que disfrutaran oyéndolo, pero permanecieron allí, esperando y observando.

Scanlan le dio una patada a los fragmentos achicharrados.

—No era fácil estar seguro —dijo—. Posiblemente aquí sólo hay cinco... pero no vi huir a ninguno de ellos. No tenían tiempo. —Al presionar con el pie, un pedazo de ceniza se desprendió; se fragmentó en partículas que todavía humeaban y hervían.

Su compañero Wilks tenía la mirada fija en el suelo. Era nuevo en esto, todavía no se podía creer lo que había visto hacer al napalm.

—Yo —dijo—. Creo que me vuelvo al coche —murmuró, apartándose de Scanlan.

—No es completamente seguro que esto se haya terminado —dijo Scanlan, y luego vio el rostro del joven—. Sí —dijo—, ve y siéntate.

La gente empezaba a aparecer en las aceras. Mirando a hurtadillas desde puertas y ventanas.

—¡Les han pillado! —gritó un chico con excitación—. ¡Han pillado a los *espías* del espacio!

Gente con cámaras sacaron fotos. Aparecieron curiosos por todos lados, caras pálidas, de ojos saltones. Boquiabiertos de asombro ante la indiscriminada masa de ceniza achicharrada.

Le temblaban las manos, Wilks se arrastró hasta el coche y cerró la puerta tras de sí. La radio zumbaba, y la apagó, sin querer oír ni decir nada al respecto. En la entrada de la cafetería, permanecían los hombres con abrigo gris del Departamento, hablando con Scanlan. En breve unos cuantos se marcharon a paso rápido, giraron por la esquina de la cafetería y subieron por el callejón. Wilks vio cómo se marchaban. ¡Qué pesadilla!, pensó.

Al volver, Scanlan se agachó y metió la cabeza en el coche.

—¿Te sientes mejor?

—Algo mejor —al poco le preguntó—. ¿Cuál es ésta, la vigésimo segunda vez?

—Vigésimo primera —respondió Scanlan—. Cada dos meses... los mismos nombres, los mismos hombres. No te digo que *acabarás* por acostumbrarte. Pero al menos no te sorprenderás.

—No veo ninguna diferencia entre ellos y nosotros —dijo Wilks, hablando abiertamente— fue como quemar a seis seres humanos.

—No —dijo Scanlan. Abrió la puerta del coche y se sentó en el asiento trasero, detrás de Wilks—. Solamente parecían seis seres humanos. Esa es la cuestión. Eso es lo que quieren. Eso es lo que intentan. Sabes que Barton, Stone, y Leon...

—Lo sé —interrumpió—. Alguien o algo que vive en algún sitio allí afuera vio su nave bajar, los vio morir, e investigó. Antes de que llegáramos allí. Y comprendieron lo bastante como para continuar, lo bastante para darles lo que necesitaban. Pero —hizo un gesto—. ¿no hay nada más que podamos hacer con ellos?

Scanlan continuó:

—No sabemos lo suficiente sobre ellos. Sólo esto, nos están enviando *imitaciones*, una y otra vez. Intentando colarse entre nosotros —su cara se puso rígida, reflejando desesperación.

—¿Están locos?

—Puede que sean tan distintos que el contacto no sea posible. ¿Creen que todos nos llamamos Leon y Merriweather y Parkhurst y Stone? Esa es la parte que me deprime... O quizás es nuestra oportunidad, el hecho de que no entiendan que somos seres individuales. Imagínate cuánto peor sería si en algún momento crearan un... lo que sea... una espora... una semilla. Algo distinto de esos seis pobres desgraciados que murieron en Marte... algo que no supiéramos que era una imitación...

—Tienen que tener un modelo —dijo Wilks.

Uno de los hombres del Departamento hizo una señal con el brazo, y Scanlan salió como pudo del coche. Enseguida estuvo junto a Wilks.

—Comentan que sólo hay cinco —informó—. Uno huyó; creen que lo vieron. Está mal herido y no puede moverse deprisa. El resto de nuestros hombres van tras él, quedaos aquí, mantened los ojos abiertos. —Caminó hasta el callejón donde estaban los demás hombres del Departamento.

Wilks encendió un pitillo y se sentó, apoyando la cabeza en el brazo. *Mimetismo*... todos se asustaron. Pero, *¿realmente había intentado alguien establecer contacto?*

Dos policías aparecieron, apartando a la gente de ese lugar. Un tercer *Dodge* negro, repleto de hombres del Departamento se detuvo junto a la cuneta y los hombres bajaron.

Uno de los hombres del Departamento, al que no reconoció, se acercó al coche.

—¿No tienes la radio encendida?

—No —dijo Wilks. La volvió a encender con un movimiento brusco.

—Si ves a uno, ¿sabes cómo matarlo?

—Sí —aseguró.

El hombre del Departamento volvió con su grupo.

Si dependiera de mí, se preguntó Wilks, ¿qué haría yo? ¿Intentar averiguar lo que quieren? Cualquier cosa que se parezca tanto a un humano, se comporte de un modo tan humano, debe de sentirse humano... y si ellos —sean lo que sean— se sienten humanos, ¿no podrían llegar a ser humanos, con el tiempo?

Desde el borde de la multitud, una forma individual se separó de la gente y se dirigió hacia él... vacilante, la forma se detuvo, meneó la cabeza, se tambaleó y recuperó el equilibrio, y después adoptó una postura igual que la de la gente que encontraba en las inmediaciones. Wilks lo reconoció porque había sido entrenado para tal fin, durante varios meses. Había conseguido ropas distintas, unos pantalones de sport y una camisa, pero la había abrochado mal, y tenía un pie descalzo. Evidentemente no conocía ese tipo de calzado. O, pensó, puede que estuviera demasiado confuso y herido.

A medida que se acercaba a él, Wilks levantó su pistola y le apuntó al estómago. Le habían enseñado a disparar a esa parte del cuerpo; había disparado, en el campo de entrenamiento de tiro, a una silueta dibujada, una tras otra. Justo en el medio... partiéndola en dos, como a un bicho.

En su cara, la expresión de sufrimiento y de desconcierto se acentuó mientras veía a Wilks prepararse para dispararle. Se detuvo, colocándose justo enfrente, sin hacer ningún movimiento para escapar. Entonces Wilks pudo ver que tenía unas quemaduras horribles; de todos modos no iba a sobrevivir.

—Tengo que hacerlo —dijo.

Se quedó mirando a Wilks, y entonces abrió la boca y comenzó a decir algo.

Wilks disparó.

Antes de que pudiera hablar, había muerto. Wilks se apartó cuando el cuerpo cayó de bruces y se quedó tirado junto al coche.

No hice lo que debía, pensaba para sí mientras miraba el cuerpo tendido. Disparé porque tenía miedo. Pero tenía que hacerlo. Aunque estuviera mal. Había venido para infiltrarse entre nosotros, *imitándonos* para que no lo reconociéramos. Eso es lo que se nos dice, tenemos que creer que están conspirando contra nosotros, no son humanos, y nunca serán nada más que eso.

Gracias a Dios, pensó, todo se ha acabado.

Y entonces recordó que no era cierto que todo se hubiera acabado.

Era un día cálido de verano, a finales de Julio.

La nave aterrizó con un rugido, levantó la tierra en un campo arado, atravesó una valla destrozándola, al igual que una cabaña y finalmente se detuvo junto a un barranco.

Silencio.

Parkhurst se puso de pie tembloroso. Agarró la barra de seguridad. Le dolía el hombro. Meneó la cabeza, confuso.

—Estamos abajo —dijo. Su voz aumentó de tono sobrecogido por la excitación—. ¡Estamos abajo!

—Ayúdame a levantarme —pidió el Capitán Stone con voz entrecortada. Barton le echó una mano.

Leon se sentó limpiándose un hilito de sangre del cuello. El interior de la nave era un auténtico desastre. La mayoría del equipo estaba destrozado y esparcido por todos lados.

Vecchi se dirigió a la escotilla con paso vacilante. Con dedos temblorosos, comenzó a desenroscar los pesados tornillos.

—Bien —dijo Barton— estamos de vuelta.

—Casi no puedo creerlo —murmuró Merriweather. La escotilla se aflojó y rápidamente la apartaron—. No parece posible. La vieja Tierra.

—Hey, escuchad —dijo Leon con voz entrecortada, mientras se encaramaba para salir dando un salto hasta el suelo—. Que alguien coja la cámara.

—Es ridículo —dijo Barton, riéndose.

—¡Cógela! —gritó Stone.

—Sí, cógela —dijo Merriweather—. Como habíamos planeado, si volvíamos. Un documento histórico, para los libros de texto de los colegios.

Vecchi se puso a hurgar entre los escombros.

—Creo que está rota —dijo. Sostenía la cámara abollada.

—Puede que aún funcione —dijo Parkhurst, jadeando por el esfuerzo de seguir a Leon afuera—. ¿Cómo vamos a salir los seis en la foto? Alguien tiene que apretar el botón.

—La programaré con el temporizador —dijo Stone, cogiendo la cámara y programando el mecanismo—. Todos en posición —Apretó el botón, y se unió a los otros.

Los seis hombres con barba y andrajosos estaban de pie junto a su nave destrozada, cuando la cámara disparó. Contemplaban los verdes campos a lo lejos, sobrecogidos y en silencio. Se miraban unos a otros, con ojos brillantes.

—Estamos de vuelta! —gritó Stone—. ¡Estamos de vuelta!

JUEGO DE GUERRA

El hombre alto recogió del cesto de alambre los recordatorios recibidos por la mañana, se sentó a su escritorio de la Sección Control de Importaciones Terran y los distribuyó para leerlos; luego se colocó los lentes de iris y encendió un cigarrillo.

—Buenos días —saludó a Wiseman la voz metálica y gárrula de la primera memoria cuando pasó el pulgar por la línea de la cinta empastada.

Continuó escuchando, distraído, mientras miraba por la ventana la playa de estacionamiento.

—Escuche, ¿se puede saber qué les pasa a ustedes? Les enviamos ese lote de... (Se produjo una pausa mientras el que hablaba, gerente de ventas de una tienda por secciones de Nueva York, buscaba su referencia)... juguetes ganimedianos. Bien saben que deben estar aprobados antes de la campaña de compras de otoño, a fin de tenerlos en depósito para la época de Navidad —gruñó el gerente de ventas—. Los juguetes bélicos volverán a estar en

demanda este año. Tenemos pensado comprar gran cantidad —dijo para concluir.

Wiseman siguió presionando con el pulgar hasta escuchar el nombre y título del que hablaba.

—Joe Hauck —chirrió la voz del memorándum—; Sección Niños de *Appeley*.

Ah, pensó Wiseman para sí. Dejó la cinta a un lado y tomó otra en blanco, dispuesto a contestar. De pronto dijo, a media voz:

—¿*Qué* sucede con esos juguetes ganimedianos?

Creyó recordar que el Laboratorio de Prueba los había recibido hacía tiempo; por lo menos un par de semanas.

Por esa época se prestaba *especial* atención a todos los productos ganimedianos. En el último año las Lunas habían superado su habitual ambición económica y, de acuerdo a los Servicios de Inteligencia, habían empezado a tramar algún tipo de acción militar abierta contra ciertos intereses que competían con los suyos, entre los cuales los Tres Planetas Internos ocupaban el primer lugar. Sin embargo, hasta el momento no había ocurrido nada. Las exportaciones mantenían su calidad habitual; no habían aparecido bromas pesadas, ni pintura tóxica para lamer, ni cápsulas llenas de microbios.

A pesar de eso...

Una comunidad con tanta inventiva como los ganimedianos podían darse el lujo de demostrar su capacidad de creación en el campo que se le antojase. Podían encarar la subversión, por ejemplo, como cualquier otro tipo de actividad, con gran despliegue de imaginación y cierto sentido del humor.

Wiseman salió de la oficina y se dirigió al edificio anexo en el que funcionaban los Laboratorios de Prueba.

Rodeado de un montón de productos de consumo semidesarmados, Pinario levantó la vista hacia su jefe, Leon Wiseman, que acababa de cerrar la última puerta del Laboratorio.

—Me alegro que haya venido —dijo Pinario—. Le aconsejaría que se coloque un traje profiláctico: no debemos arriesgarnos.

Wiseman lo miró con expresión adusta, sin dejarse impresionar por el tono placentero de su empleado. Sabía que Pinario sólo trataba de ganar tiempo, pues su trabajo tenía cinco días de atraso, por lo menos, y presentía, sin duda, que esta reunión con su jefe no sería muy agradable.

—He venido por esas tropas de choque para invadir la ciudadela a seis dólares el juego —dijo Wiseman, caminando entre pilas de artículos de diverso tamaño aún sin desempacar que esperaban su turno para las pruebas correspondientes y el visto bueno final.

—¡Oh!, *ese* juego de soldaditos ganimedianos —dijo Pinario, con alivio.

Con respecto a ese artículo tenía la conciencia tranquila. Todos los probadores del Laboratorio conocían las instrucciones especiales del Gobierno Cheyenne sobre *«Los Peligros de Contaminación para las Poblaciones Urbanas Inocentes por partículas de Culturas Enemigas»*, un memorandum extremadamente complicado recibido de las esferas oficiales. Siempre le quedaba un último recurso de defensa: consultar los registros y citar el número de la directiva.

—Los he separado del resto —explicó, disponiéndose a acompañar a Wiseman— porque los creo *muy* peligrosos.

—Vamos a ver —dijo Wiseman—. ¿Crees que es una precaución necesaria o es un caso más de paranoia con respecto a un *«medio foráneo»*?

—Está justificado —afirmó Pinario—, sobre todo por tratarse de artículos destinados a los niños.

Siguieron el trayecto señalado por algunos carteles hechos a mano hasta llegar a un boquete en la pared que revelaba una habitación lateral.

La extraña escena que vio en el centro del cuarto hizo detener de golpe a Wiseman: un maniquí de plástico, con las medidas de un niño de cinco años y vestido con ropas corrientes, estaba sentado en el suelo, rodeado de juguetes. En ese momento el maniquí estaba hablando.

—Esto me aburre —dijo—. Hagan algo diferente.

Después de una breve pausa, volvía a repetir lo mismo: «Esto me aburre, hagan algo diferente».

Todos los juguetes esparcidos por el suelo, provistos de mecanismos que respondían a instrucciones verbales, cumplieron el ciclo completo de sus diversas acciones y volvieron a empezar.

—Nos permite ahorrar salarios —explicó Pinario—. Este montón de basura debe cumplir todo un repertorio de funciones para que el comprador quede satisfecho de su inversión. Si nosotros nos encargáramos de hacerlos funcionar no podríamos movernos de aquí.

Frente al maniquí había un grupo de soldados ganimedianos y una ciudadela especialmente construida para rechazar el ataque de los mismos. Los soldados trataban de acercarse a hurtadillas efectuando diversas maniobras complicadas, pero al oír las palabras del maniquí habían hecho alto. En ese momento se estaban reagrupando.

—¿Registras todo esto en cinta? —preguntó Wiseman.

—Por supuesto —respondió Pinario.

Los soldados, de unos quince centímetros de altura, estaban construidos con el termoplástico casi indestructible que había hecho famosos a los fabricantes ganimedianos. Lucían uniformes de material plástico, una síntesis de varios trajes militares usados en las Lunas y en los Planetas vecinos. En cuanto a la ciudadela, era un bloque de metal oscuro y amenazador, similar a los fuertes tradicionales con las superficies superiores salpicadas de orificios para espiar y un puente levadizo que quedaba oculto. En su torrecilla más elevada ondeaba una bandera de colores.

Se oyeron algunos estampidos sibilantes producidos por una serie de proyectiles que arrojaba la ciudadela y que explotaban en medio del grupo de soldados dispuestos al ataque rodeándolos de un nube de humo.

—Está respondiendo al ataque —observó Wiseman.

—Sí, pero en última instancia sale perdiendo —explicó Pinario—. Así debe ser. Considerada desde un punto de vista psicológico, los doce soldados encarnan la realidad exterior, y por otra parte, representan para el niño sus propios esfuerzos para enfrentar obstáculos. Al participar en el asalto a la ciudadela, el niño desarrolla la capacidad para enfrentarse a un mundo hostil. Eventualmente resultará vencedor, pero *sólo después de poner todo su esfuerzo y paciencia en la lucha.* Al menos eso indica el folleto de instrucciones —concluyó Pinario, entregando un ejemplar a Wiseman.

Wiseman echó una mirada al folleto.

—Las pautas de asalto ¿varían siempre? —preguntó.

—Hace una semana que lo estamos probando y todavía no han repetido el mismo tipo de asalto. Bueno, tenemos varias unidades en acción.

Los soldados se arrastraban en torno a la ciudadela, acercándose cada vez más. Varios mecanismos de medición asomaron en las paredes del fuerte para determinar los movimientos de los soldados. Estos usaban, para esconderse, los distintos juguetes que estaban siendo probados.

—Poseen *orientación objetiva* —explicó Pinario— y pueden aprovechar ciertas características accidentales del terreno. Por ejemplo, si encuentran a su paso una casa de muñecas qué estamos probando, trepan por ella como si fueran ratones. Se meten por todas partes.

Para demostrar lo que afirmaba tomó una nave espacial de buen tamaño y la sacudió: cayeron dos soldados.

—¿En qué proporción consiguen su objetivo los asaltos? —preguntó Wiseman.

—Hasta ahora han tenido éxito en uno de cada nueve asaltos —dijo Pinario—; pero en la parte posterior de la ciudadela hay un tornillo que puede regularse para obtener una mayor proporción de intentos logrados.

Los dos se abrieron paso entre los soldados que avanzaban y se inclinaron para examinar la ciudadela de cerca.

—Aquí está la fuente de energía —explicó Pinario—. *Muy ingenioso*. Las instrucciones para los soldados también emanan de aquí. Un polvorín con transmisión de alta frecuencia.

Abrió la parte posterior de la ciudadela para mostrar a su jefe el compartimiento destinado al Depósito de Proyectiles. Cada bala constituía un elemento de instrucción. Para formar un modelo de asalto las balas, arrojadas al aire, vibraban y volvían a reagruparse en un orden distinto. Así se lograba obtener el *factor* azar. Pero como había un número *finito de balas*, debía haber también un número *finito de asaltos*.

—Estamos tratando de determinar todos los patrones de asalto —dijo Pinario.

—¿No se puede acelerar el proceso?

—No, hay que darle el tiempo necesario; puede ser que posea mil pautas distintas y entonces...

—...es posible que el siguiente —dijo Wiseman, terminando el pensamiento del otro— describa un ángulo de noventa grados y tire contra la persona que esté más cerca.

—O quizá algo peor —admitió Pinario, sombrío—. Ese paquete de energía posee unos cuantos ergios; está preparado para funcionar durante cinco años, pero si todo saliera simultáneamente...

—Continúe las pruebas —ordenó Wiseman.

Se miraron entre ellos y luego volvieron la atención a la ciudadela. Para entonces los soldados se habían acercado al fuerte; de súbito, un muro de la ciudadela se bajó parcialmente dejando al descubierto la boca de un cañón; los soldados se tiraron cuerpo a tierra.

—Nunca había visto esto —dijo Pinario.

Hubo un silencio. Transcurridos algunos minutos el maniquí del niño, sentado entre los juguetes, dijo:

—Esto me aburre. Hagan algo diferente.

Los dos hombres se estremecieron mientras los soldados volvían a levantarse para reagruparse.

Dos días después apareció en la oficina el supervisor de Wiseman, un hombre bajo y morrudo, con ojos saltos y expresión iracunda.

—Escuche: tiene que sacarme esos juguetes de la fase de prueba —dijo Fowler—. Tiene tiempo hasta mañana.

Iba a salir de la oficina cuando Wiseman lo detuvo.

—Se trata de algo muy serio —explicó—; venga al Laboratorio y verá que está sucediendo.

Fowler lo acompañó, aunque sin dejar de argumentar durante todo el trayecto.

—Parece no tener noción del capital que algunas firmas han invertido en estos artículos —le decía en el momento de entrar en el Laboratorio—. Por cada artículo de muestra que usted tiene aquí hay en la Luna una nave o un depósito con miles de ellos esperando el permiso oficial para entrar aquí.

Como no había rastros de Pinario, Wiseman empleó su propia llave.

Rodeado de juguetes, como antes, el maniquí construido por los hombres del Laboratorio continuaba sentado en el suelo. En torno a él, varios juguetes cumplían con su ciclo mecánico. El ruido ensordecedor de todos los aparatos en funcionamiento hizo dar un respingo a Fowler.

—*Este* es el artículo en cuestión —dijo Wiseman, inclinándose hacia la ciudadela—. Como puede ver, hay doce soldados. Considerando ese número, la energía de que disponen y los complejos datos de instrucción…

—Hay sólo once soldados —dijo Fowler interrumpiéndolo.

—Quizá alguno se ha escondido por ahí —dijo Wiseman.

—Tiene razón —dijo, detrás de ellos, una voz.

Era Pinario; su rostro tenía una extraña expresión.

—Ordené que se organizara una búsqueda. Falta uno.

Los tres permanecieron en silencio.

—Quizá fue destruido por la ciudadela —se atrevió a decir Wiseman.

—Pero según las leyes de la materia —dijo Pinario—, si lo destruyó ¿qué hizo con los restos?

—Es posible que los haya transformado en energía —aventuró Fowler mientras examinaba la ciudadela.

—Tuvimos una idea ingeniosa —dijo Pinario—; cuando nos dimos cuenta de que había desaparecido un soldado *pesamos* la ciudadela y los once restantes. El peso total es exactamente igual al peso del juego completo, es decir a la ciudadela más los doce soldados. Por lo tanto, debemos dar por sentado que está dentro, en alguna parte —concluyó, señalando la ciudadela que en ese momento apuntaba hacia los soldados que avanzaban para atacar.

Al mirarla de cerca, algo dijo a Wiseman que la ciudadela había cambiado; no estaba como antes.

—Vamos a ver; pasen las cintas —dijo Wiseman.

—*¿Qué?* —preguntó Pinario ruborizándose—. ¡Oh! naturalmente.

Se acercó al maniquí y, después de desconectarlo, sacó el tambor que contenía la cinta de grabación visual. Temblando, la llevó hasta el proyector.

Después de sentarse, los tres hombres observaron las secuencias grabadas iluminándose una tras otra, hasta que se les cansaron los ojos. Los soldados avanzaban, retrocedían, recibían el fuego, se levantaban y volvían a avanzar…

—*Paren esa cinta* —ordenó Wiseman súbitamente.

Volvieron a pasar la última secuencia.

Un soldado, con movimientos lentos, se acercaba a la base de la ciudadela; un proyectil, que le estaba destinado, estalló muy cerca del soldado y el humo de la explosión lo ocultó por un momento. Entretanto, el resto de los soldados corrió precipitadamente tratando de escalar las paredes del fuerte. El soldado, que emergió de entre la nube de polvo, continuó su marcha. Cuando llegó junto al muro, una sección de éste se corrió hacia atrás.

El soldado, mimetizado con la mugrienta pared de la ciudadela, usó el extremo de su rifle como destornillador y se quitó la cabeza, después un brazo y por último ambas piernas. Las partes así separadas pasaron por la apertura de la ciudadela; uno de los brazos y el rifle quedaron para lo último. Cuando todo lo demás hubo pasado, esas partes también se arrastraron dentro de la ciudadela y desaparecieron. La apertura volvió a cerrarse.

Hubo un largo silencio quebrado, al fin, por la voz enronquecida de Fowler.

—El padre del niño creerá que éste ha perdido o destruido uno de los soldados. Al disminuir paulatinamente el número de piezas del juego, el niño parece culpable.

—¿Qué sugiere usted? —dijo Pinario.

—Manténganlo funcionando —dijo Fowler mientras asentía—. Que cumpla todo su ciclo, pero no lo dejen solo.

—Desde ahora en adelante me encargaré de que siempre haya alguien en la habitación —dijo Pinario.

—Será mejor que se quede usted —observó Fowler.

Wiseman pensó, tal vez sería mejor que todos nos quedáramos junto al juego; por lo menos dos: Pinario y yo. Me intriga saber qué hizo con las piezas. ¿Qué pudo hacer?

Al finalizar la semana la ciudadela había absorbido cuatro soldados más.

Observando a través de un monitor, Wiseman no pudo percibir ningún cambio en la apariencia del fuerte. Naturalmente, el crecimiento era interno y tenía lugar en un sitio oculto.

Continuaban los eternos asaltos; los soldados se arrastraban hasta el fuerte y éste arrojaba una andanada de proyectiles para defenderse.

Mientras tanto, habían seguido recibiendo nuevos productos ganimedianos y juguetes último modelo llegaban a la oficina para ser inspeccionados.

—¿Y ahora *qué*? —preguntó Wiseman para sí.

El primero era un artículo de apariencia bastante simple: un traje de *cowboy* del Lejano Oeste americano; al menos así decía la descripción, pero él *prestó* al folleto una atención somera. *¡Al diablo con lo que decían los ganimedianos!*

Abrió la caja en la que venía el traje y lo desdobló. Hecho con una tela agrisada, tenía una calidad indefinida. ¡Qué trabajo deficiente!, pensó. Apenas se parecía al traje tradicional de *cowboy*. Las costuras eran vagas, indefinidas y cuando lo tomaba entre las manos la tela se estiraba, deformándose. Sin darse cuenta, había tirado hacia afuera el interior de un bolsillo que quedó colgando.

—No entiendo; —dijo Wiseman—. Va a ser muy difícil vender este traje.

—Pruébatelo —sugirió Pinario— ya verás.

Wiseman consiguió meterse el traje a duras penas.

—¿Es peligroso?

—No —contestó Pinario—. Ya lo he probado; fue concebido con intención de entretener y creo que puede ser efectivo. Hay que usar la imaginación para hacerlo accionar.

—¿En qué sentido?

—En cualquier forma.

Naturalmente, al ver el traje Wiseman se puso a pensar en *cowboys*. Se imaginó en el rancho, cabalgando por el campo mientras, a los costados del sendero, un rebaño de ovejas negras rumiaba heno con el característico movimiento lento y circular de las quijadas inferiores. Se detuvo junto al cerco de alambre de púas, sostenido por un poste de vez en cuando, y siguió contemplando las ovejas. En cierto momento, y aparentemente sin motivo alguno, los animales formaron una larga fila y se alejaron hacia una colina sombría, que él no podía ver con claridad.

Había, contra el horizonte, algunos árboles aislados. Un polluelo de gavilán se remontó hacia el cielo aleteando para darse impulso, como si tratara de llenarse los pulmones de aire para volar más alto, pensó. El halcón planeó vigorosamente por algunos minutos y después se deslizó con suavidad. Wiseman recorrió el paisaje con la vista, tratando de descubrir la posible presa.

Ante sí, el campo seco, rasurado por las ovejas que habían pastado en él, se extendía bajo el sol estival. Algunas langostas saltarinas salpicaban la planicie; de pronto, en medio del camino, apareció un sapo. Estaba casi enterrado en un montículo de tierra y sólo la parte superior de su cuerpo permanecía al descubierto.

Se inclinó y, armándose de coraje, trató de acariciar la cabeza del sapo, cubierta de verrugas, cuando oyó a sus espaldas la voz sonora de un hombre.

—¿Te gusta mucho?

—Sí, claro —respondió Wiseman.

Respiró profundamente, aspirando el olor a pasto seco que le llenó los pulmones.

—¿En qué se distingue el sapo macho de la hembra? ¿Por las manchas, quizá?

—Por qué me lo preguntas? —dijo el hombre que continuaba detrás de él, fuera de su campo visual.

—Aquí hay un sapo.

—¿Podría hacerte algunas preguntas? Curiosidad, simplemente.

—Por supuesto —respondió Wiseman.

—¿Cuántos años tienes?

La pregunta era fácil.

—Diez años y cuatro meses —respondió, orgulloso.

—¿Dónde estás en este momento?

—En el campo; este rancho es del señor Gaylor. Mi padre nos trae a mamá y a mí todos los fines de semana, siempre que puede.

—Vuélvete y mírame bien —dijo el hombre—, a ver si me conoces.

Apartó la mirada del sapo semienterrado y, al volverse de mala gana, vio a un adulto de rostro alargado y nariz irregular.

—Usted es el que entrega el gas —dijo—; trabaja para la Compañía de Gas Butano.

Miró alrededor y, como era de esperar, el camión estaba estacionado allí cerca.

—Dice mi padre que el butano es muy caro, pero no hay otro...

El hombre lo interrumpió.

—Por curiosidad, solamente. ¿Cómo se llama la compañía de butano?

—Lo dice en el camión —dijo Wiseman mientras leía los grandes caracteres pintados en el costado del vehículo—. «Pinario - Distribuidora de Butano. Petaluma. California». Usted es el señor Pinario.

—¿Puedes jurar que tienes diez años y estás en un campo cerca de Petaluma, California? —preguntó el señor Pinario.

—Claro —replicó el otro.

Más allá del campo vio algunas colinas arboladas. Sintió deseos de ir hasta ellas y vagabundear; estaba cansado de estar quieto, hablando sin moverse.

—Hasta luego —dijo, mientras empezaba a caminar—. Tengo que hacer un poco de ejercicio.

Salió corriendo por el sendero de grava, dejando solo al señor Pinario. Las langostas, asustadas, saltaban a su paso. Echó a correr, cada vez más rápido hasta qué empezó a jadear.

—¡Leon! —llamó el señor Pinario— deja de correr.

—Quiero *llegar* hasta esas colinas —dijo Wiseman con la voz entrecortada, pues aún seguía trotando.

Súbitamente sintió un fuerte golpe; cayó de bruces y trató de levantarse con gran esfuerzo.

Un tenue resplandor se produjo en el aire seco del mediodía. Sintió miedo y trató de alejarse. Frente a él comenzó a materializarse un objeto; era una pared plana...

—No podrás llegar hasta esas colinas —dijo el señor Pinario a sus espaldas—. Será mejor que te quedes en tu lugar; es peligroso, puedes chocar contra algo.

Wiseman tenía las manos húmedas de sangre; al caer se había cortado.

Miró la sangre, azorado...

Mientras lo ayudaba a quitarse el traje de *cowboy*, Pinario le decía:

—Es el juguete *más malsano* que pueda pedirse; al poco tiempo de usarlo, el niño será incapaz de enfrentar la realidad contemporánea. Mire como ha quedado.

Poniéndose de pie con mucha dificultad, Wiseman examinó el traje que Pinario le había quitado a la fuerza.

—No está mal —dijo, temblándole la voz—. Evidentemente estimula cierta tendencia a la enajenación que pueda haber latente. Reconozco haber abrigado siempre cierta añoranza por volver a la niñez, especialmente a ese período en que vivíamos en el campo.

—Fíjate que dentro de la fantasía has logrado incorporar ciertos elementos reales —dijo Pinario—, para prolongarla todo el tiempo posible. De no haberte llamado a la realidad habrías incorporado al sueño la pared del Laboratorio para imaginar que se trataba del granero.

—Ya... había empezado a ver el viejo edificio donde se ordeñaba —admitió Wiseman—; donde los granjeros iban a buscar la leche.

—Después de cierto tiempo habría sido imposible sacarte de allí —dijo Pinario.

Si esto le sucede a un adulto, ¿qué pasará con un niño?, pensó Wiseman.

—Eso que ves allí —dijo Pinario— ese juego, es una novedad excéntrica. ¿Quieres verlo? No hay prisa, sin embargo.

—Me encuentro bien —afirmó Wiseman, y tomando el tercer artículo comenzó a desenvolverlo.

—Se llama *«Síndrome»* —dijo Pinario—; es muy semejante al antiguo juego de Monopolio.

El juego estaba compuesto de un cartón, dados, piezas que representaban a los jugadores y dinero para jugar. Traía también certificados de acciones.

—Es como *todo* ese tipo de juegos —dijo Pinario, sin molestarse en leer las instrucciones—. *Obviamente* consiste en comprar el mayor número de acciones. Vamos a llamar a Fowler para que participe; se necesitan por lo menos tres participantes.

El jefe de la sección no tardó en reunirse con ellos, y los tres se sentaron a una mesa con el juego de Síndrome en el centro.

—Todos los jugadores empiezan con la misma base —explicó Pinario— como se acostumbra en este tipo de juego. Durante el desarrollo del mismo la situación de los participantes va cambiando de acuerdo con el valor de las acciones que adquieren en los diversos síndromes económicos.

Los síndromes estaban representados por unos objetos de plástico, de colores vivos y tamaño pequeño, semejantes a las viejas casas y hoteles del juego de Monopolio.

Arrojaban el dado y, según los puntos que sacaban, movían las piezas sobre el cartón; de acuerdo con los puntos obtenidos hacían ofertas para comprar propiedades; compraban, pagaban multas, cobraban multas y a veces volvían por un rato a *«las cámaras de descontaminación»*.

Mientras tanto, a sus espaldas, los siete soldaditos volvían a atacar la ciudadela, una y otra vez.

—Eso me aburre —dijo el niño maniquí—. Hagan algo diferente.

Los soldados se reagruparon y empezaron un nuevo ataque, acercándose cada vez más a la fortaleza.

Inquieto e irritado, Wiseman exclamó:

—Me pregunto cuánto tiempo tiene que seguir funcionando eso para que podamos descubrir su finalidad.

—No podemos saberlo —dijo Pinario, clavando la mirada en una acción de mercado color púrpura y oro que Fowler acababa de adquirir—. Esa me viene bien, es de una mina de uranio en Plutón. ¿Cuánto pide por ella?

—Tiene un alto valor —murmuró Fowler, mirando apreciativamente sus otras acciones—. Puede ser que haga un trueque.

¿Cómo puedo concentrarme en el juego —pensó Wiseman— si esa cosa se acerca cada vez más, Dios sabe a qué punto critico? ¡Ojalá supiera para qué fue construida! Para llegar a un punto crítico de masa...

—Un momento —dijo lenta y cautelosamente, dejando sobre la mesa su paco de acciones—. ¿No les parece que esa ciudadela puede ser una pila?

—*¿Pila de qué?* —preguntó Fowler, ensimismado en el juego.

—Dejen de jugar —ordenó Wiseman en voz alta.

—La idea es *interesante* —dijo Pinario, dejando a un lado sus fichas—; puede convertirse en una bomba atómica poco a poco. Va agregando masa hasta que... —se interrumpió—...no, ya hemos pensado en eso. No contiene elementos pesados. Es sólo una batería que dura cinco años, mas una cantidad de pequeños mecanismos, manejados mediante instrucciones

transmitidas por la misma batería. Con esos elementos no se puede hacer una pila atómica.

—Creo que sería conveniente salir de aquí —dijo Wiseman.

Su reciente experiencia con el traje de *cowboy* le había inspirado gran respeto por los artífices ganimedianos. Si el traje era un juguete pacífico...

Mirando por encima del hombro Fowler anunció:

—Ahora quedan sólo seis soldados.

Wiseman y Pinario se pusieron de pie simultáneamente. Era cierto; sólo quedaba la mitad del grupo de soldados. Otro más había quedado integrado a la ciudadela.

—Llamemos a Servicios Militares y pidamos un experto en bombas —dijo Wiseman—, para que la examine. Esto no corresponde a nuestro Departamento.

Y volviéndose hacia su jefe agregó:

—¿No está de acuerdo?

—Primero terminemos el partido —dijo Fowler.

—Es mejor estar seguros —dijo Wiseman.

Su expresión distraída denotaba que estaba completamente absorto en el juego y deseaba seguir hasta el final.

—¿Cuánto ofrecen por mi acción de Plutón? —preguntó—. Estoy dispuesto a aceptar ofertas.

Hizo un trueque con Pinario y así, entretenidos, continuaron jugando una hora más. Pasado ese tiempo fue evidente para todos que Fowler estaba ganando control de los diversos tipos de acciones. Había podido acumular cinco síndromes de minas, dos de fábricas de plástico, un monopolio de algas y los siete síndromes de ventas al por menor. Como consecuencia de haber logrado el control de las acciones, había acumulado casi todo el dinero.

—Yo salgo —dijo Pinario—. ¿Alguien quiere comprar lo que me queda? —preguntó, señalando las acciones insignificantes que no le dan control de nada.

Wiseman ofreció el dinero que le quedaba para comprar las últimas acciones y con el producto de la compra reinició el juego, esa vez sólo contra Fowler.

—Es evidente que este juego es una réplica de aventuras económicas típicamente infraculturales —dijo Wiseman—. Los síndromes de ventas minoristas son, sin lugar a dudas, acciones ganimedianas.

Empezó a entusiasmarse. En dos oportunidades el dado le resultó favorable y eso le permitió agregar algunas acciones a su escaso capital.

—Los niños que participen en este juego —comentó— adquirirán *una sana actitud* con respecto a la realidad económica. *Los preparará para desenvolverse en la vida.*

Pero pocos minutos después su marcador cayó sobre un gran recuadro de acciones pertenecientes a Fowler y la multa consiguiente lo despojó de todos sus recursos. Tuvo que renunciar a dos acciones importantes; el fin estaba a la vista.

Pinario echó una mirada a los soldados que avanzaban contra la ciudadela.

—¿Sabes una cosa, Leon? —preguntó—. Creo que estoy de acuerdo contigo; esto puede ser una terminal de bomba, una especie de estación

receptora. Cuando tenga toda la cuerda acumulada tal vez la energía transmitida desde Ganímedes provoque una explosión.

—¿Creen que eso es posible? —preguntó Fowler mientras distribuía pilas de dinero de acuerdo a su valor.

—¿Quién sabe de lo que son capaces? —dijo Pinario caminando con las manos en los bolsillos—. ¿Terminaron de jugar?

—Falta poco —dijo Wiseman.

—Les digo eso —explicó Pinario— porque ahora sólo quedan cinco soldados. Está actuando con más celeridad. Tardó una semana en incorporar el primer soldado, y para el séptimo sólo necesitó una hora. No me sorprendería que el resto, los cinco que quedan, se fueran en una hora.

—Terminamos —anunció Fowler, que acabó dueño de todas las acciones y hasta el último dólar.

—Llamaré a los Servicios Militares para que examinen la ciudadela —dijo Wiseman apartándose de Fowler que quedaba solo a la mesa. En cuanto a este juego —agregó—, es sólo una *imitación* del juego terráqueo de Monopolio.

—Tal vez no han advertido que ya lo tenemos, aunque con *otro* nombre —dijo Fowler.

Después de estampar el sello de admisibilidad sobre el juego *«Síndrome»* informaron al importador. Wiseman llamó desde su oficina a los Servicios Militares para pedirles ayuda.

—Enseguida le enviaremos un experto en bombas —dijo una voz suave desde el otro extremo de la línea—. Tal vez convenga dejar el objeto hasta que llegue el técnico.

Wiseman agradeció al empleado y cortó; se sintió inútil. No habían podido descubrir el misterio de la ciudadela y ahora el asunto estaba fuera de sus manos.

El experto en bombas, un joven de pelo muy corto, les sonrió amablemente mientras dejaba su equipo en el suelo. Vestía traje mecánico común, sin ninguna protección especial.

—Mi primera recomendación —dijo después de mirar rápidamente la ciudadela— sería desconectar las tomas de la batería; o, si lo prefieren, podemos dejar que se cumpla todo el ciclo y desconectaremos las cargas antes de que se produzca cualquier reacción. En otras palabras; dejaremos que los últimos elementos móviles penetren en la ciudadela y, en cuanto estén dentro, desconectaremos las tomas, las abriremos y veremos qué es lo que está pasando.

—¿No es peligroso? —preguntó Wiseman.

—No creo —dijo el experto—; al menos no detecto signos de radioactividad.

Se sentó en el suelo, frente a la parte posterior de la ciudadela, con un alicate cortante.

Quedaban sólo tres soldados.

—Ya no tardará —dijo el joven, entusiasmado.

Quince minutos más tarde, uno de los soldados restantes se arrastró hasta la base de la ciudadela, se quitó la cabeza, un brazo, las piernas, el tronco y desapareció, en trozos, por la apertura que tenía ante sí.

—Ahora quedan dos —anunció Fowler.

Diez minutos después, uno de los dos soldados que quedaba siguió al anterior.

Los presentes se miraron entre sí.

—Estamos llegando al final —sentenció Pinario, con la voz enronquecida.

El último soldado se abrió paso hacia la ciudadela. A pesar de los proyectiles disparados, continuó su camino.

—Desde un punto de vista *lógico* —dijo Wiseman en voz alta, para romper la tensión—, debería requerir *más* tiempo a medida que avanza el proceso, puesto que hay menos soldados en los que concentrar la acción. Tendría que haber empezado rápido para después hacerse menos frecuente, y el último soldado debería haber tardado por lo menos un mes para...

—Baje la voz —dijo el experto, amable—. Por favor.

El soldado número doce había llegado a la base del fuerte. Igual que los precedentes empezó a desarticularse.

—Tenga listo el alicate —graznó Pinario.

Las partes del soldado se introdujeron en la ciudadela. La apertura empezó a cerrarse lentamente. Desde adentro se escuchó un zumbido. Hubo signos de actividad.

—¡Ya, por el amor de Dios! —gritó Fowler.

El técnico cortó con las tenacillas la toma positiva de la batería. Una chispa se desprendió de la herramienta y el joven dio un brinco; el alicate saltó de la mano y se deslizó por el suelo.

—¡Jesús! —exclamó—. Parece que di en tierra.

Un poco mareado, se inclinó para recoger el alicate.

—Tenía la mano apoyada sobre el armazón de esa cosa —dijo Pinario, excitado.

El joven recogió el alicate y se puso en cuclillas, buscando a tientas la toma.

—Tal vez si lo envuelvo en un pañuelo —murmuró, tomando el alicate mientras buscaba un pañuelo en el bolsillo—. ¿Alguien puede darme algo para envolver esto? No quiero que me tire al suelo; quién sabe cuántos...

—Démelo a mí —pidió Wiseman, quitándole el alicate y, haciendo a un costado a Pinario, cerró las muelas del alicate en torno a la toma.

—*Demasiado tarde* —dijo Fowler, con calma.

Aturdido por un rumor constante que sentía en la cabeza, Wiseman casi no pudo oír la voz de su jefe; se tapó los oídos con las manos haciendo un esfuerzo inútil por no escuchar el ruido. Parecía pasar directamente de la ciudadela a su cerebro, transmitida por el hueso. Nos demoramos demasiado, pensó; nos tiene en su poder. Ganó porque somos muchos y empezamos a discutir entre nosotros...

Escuchó una voz en su cerebro:

—Lo felicito por su fortaleza; usted ha ganado.

Tuvo una agradable sensación de triunfo.

—Había tantas posibilidades en contra —continuó la voz— *que cualquier otro habría fracasado.*

Entonces supo que todo estaba bien. Se había equivocado.

—Lo que acabas de lograr —continuó la voz—, *puedes repetirlo en cualquier momento de tu vida. Siempre podrás triunfar sobre tus adversarios; si eres paciente y constante podrás triunfar; el Universo, después de todo, no es un lugar apabullante...*

Estaba de acuerdo. Es cierto, pensó, irónicamente; tiene razón.

—*Son personas comunes* —dijo la voz, tranquilizándolo—. *Aunque eres uno solo, un individuo contra todos, nada tienes que temer. Deja pasar el tiempo y no te preocupes.*

—Así lo haré —dijo en voz alta.

El zumbido disminuyó paulatinamente; la voz se apagó.

—Terminó —dijo Fowler después de una larga pausa.

—No entiendo nada —confesó Pinario.

—*Esa* es la finalidad —dijo Wiseman—. Se trata de un juguete de *apoyo psicológico*; contribuye a darle confianza en sí mismo al niño. La destrucción de los soldados pone fin a la separación que existe entre él y el mundo; se confunde con el medio hostil y, al hacerlo, logra dominarlo.

—Entonces no es perjudicial —dijo Fowler.

—¡Tanto trabajo para nada! —gruñó Pinario y, dirigiéndose al experto en bombas agregó—. Lamento haberlo hecho venir.

La ciudadela abrió sus puertas de par en par. Doce soldados, completos e intactos, salieron de adentro. El ciclo se había cumplido; una vez más podía comenzar la serie de asaltos.

—*No voy a aprobarlo* —anunció repentinamente Wiseman.

—¿Qué dice? —preguntó Pinario—. ¿Por qué?

—No me inspira confianza. Es demasiado complicado para lo que hace.

—Explíquese —pidió Fowler.

—No hay nada que explicar —continuó Wiseman—. Tenemos aquí un artefacto muy complicado y todo lo que hace es desarmarse y volverse a armar. Tiene que haber algo más que nosotros no podemos...

—Pero es terapéutico —interpuso Pinario.

—Lo dejo a tu criterio, Leon —dijo Fowler—, si tienes dudas, no lo apruebes. No están de más ciertas precauciones.

—Tal vez me equivoque —dijo Wiseman—, pero no puedo menos que pensar una cosa: ¿Para *qué* fabricaron esto? Creo que aún no lo sabemos.

—¿Tampoco aprobaremos el traje de *cowboy* norteamericano? —dijo Pinario.

—No. *Sólo el otro juego* —dijo Wiseman— ese... *«Síndrome»*, o como se llame.

Se inclinó para ver a los soldados asaltar la ciudadela. Otra vez las bocanadas de humo, más actividad, ataques simulados, cuidadosas retiradas...

—¿En qué estás pensando? —preguntó Pinario, mirándolo atentamente.

—Tal vez su *único* objeto sea distraernos —dijo Wiseman—; mantener nuestras mentes ocupadas para que no nos demos cuenta de algún otro hecho.

Tenía una vaga intuición, una inquietud, pero no podía precisarla.

—Un *anzuelo* —dijo—, mientras sucede algo más en lo que no reparamos. Por eso es *tan* complicado, para despertar nuestras sospechas. Fue construido con ese fin.

Confundido aún, puso el pie frente a un soldado; éste se refugió detrás del zapato, escondiéndose de los monitores de la ciudadela.

—Debe ser *algo* que tenemos ante nuestros propios ojos —dijo Fowler— *y no lo percibimos.*

—Sí —dijo Wiseman, preguntándose si lograrían encontrarlo—. De todos modos queda aquí, donde podemos observarlo.

Se sentó cerca, dispuesto a mirar el accionar de los soldados. Se puso lo más cómodo posible, preparándose para esperar mucho, mucho tiempo.

Esa misma tarde, a las seis, Joe Hauck, Gerente de Ventas de la Tienda para Niños *Appeley*, paró el coche frente a su casa; bajó y subió rápidamente los escalones.

Llevaba bajo el brazo un paquete grande; era una muestra, de la que se había apropiado.

—¡Hola! —chillaron sus hijos Bobby y Laura cuando entró— ¿Nos trajiste algo, papaíto?

Se pusieron a saltar en torno suyo, impidiéndole el paso. Su esposa dejó la revista que estaba leyendo y lo miró desde la cocina.

—Es un nuevo juego que les he traído —dijo Hauck, sintiéndose alegre al desatar el paquete.

No veía por qué razón no podía, de vez en cuando, llevarse alguno de los paquetes con los nuevos juguetes. Había pasado semanas en el teléfono, tratando de que Control de Importaciones aprobara la mercadería. Después de tanto tira y afloja, sólo uno de los tres artículos había sido aprobado.

Mientras los chicos se iban con el juego, su esposa murmuró en voz baja:

—Más corrupción en las altas esferas.

Nunca aprobaba que él trajera a su casa artículos del negocio.

—Tenemos miles de esos juegos —contestó Hauck—; el depósito está lleno, uno *más o menos* no tiene importancia. Nadie notará que falta.

A la hora de la cena los niños leyeron cuidadosamente las instrucciones, estudiándolas palabra por palabra. Era lo único que les interesaba.

—No leáis mientras coméis —los reprendió la madre.

Recostándose en el respaldo de la silla, Joe Hauck comentó sus experiencias del día.

—Y después de tanto tiempo, ¿sabes qué aprobaron? Un miserable artículo. Con mucha suerte y una campaña intensa tal vez saquemos alguna ganancia. Lo que se hubiera vendido muy bien es ese invento de las tropas de choque. Pero está estancado indefinidamente.

Encendió un cigarrillo, dispuesto a descansar. Estaba disfrutando de la tranquilidad del hogar, la compañía de su esposa y sus hijos.

—Papá, ¿quieres jugar? —preguntó su hija—. Dice que cuantos más jugadores mejor.

—Por supuesto —replicó Joe Hauck.

Mientras su mujer retiraba los platos de la mesa, los niños y él extendieron el cartón; sacaron el dado, el facsímil de dinero y las acciones. No tardó en concentrarse en el juego, que absorbió toda su atención. Le volvieron a la mente *reminiscencias* de juegos de su niñez y, con habilidad y recursos originales, empezó a acumular acciones. Cuando el juego estaba por terminar había logrado apoderarse de *casi* todos los síndromes.

Se recostó, suspirando satisfecho.

—Eso es todo —dijo a los niños—. Reconozco que tengo un poco de ventaja; después de todo, tengo cierta *experiencia* en este tipo de juego.

Se puso a levantar del cartón las valiosas acciones; *estaba orgulloso y satisfecho*.

—Lamento haberles ganado, chicos.

—*No has ganado* —respondió la niña.

—Has perdido —afirmó el varón.

—*¿Queeeé?* —exclamó Joe Hauck.

—La persona que termina con *más* acciones, pierde —aclaró Laura.

—¿Ves? —dijo, mostrándole la hoja de instrucciones—. *La finalidad es desprenderte de tus acciones.* Papá, estás fuera del juego.

—¡Al diablo con todo! —exclamó, frustrado—. ¿Qué clase de juego es este? *No es divertido*.

—Ahora continuamos el juego nosotros dos —dijo Bobby—; después veremos quién gana.

Mientras se apartaba de la mesa, Joe Hauck murmuró.

—No entiendo. ¿Qué podrá ver la gente en un juego en que *el ganador termina sin nada*?

Los chicos continuaban con el juego. A medida que el dinero y las acciones pasaban de una mano a otra, el entusiasmo de los niños iba en aumento. Cuando el juego llegó a su etapa final estaban tan concentrados que era imposible sacarlos de su embeleso.

—No conocen *Monopolio* —dijo Hauck—, por eso este juego *tonto* les gusta.

De todas maneras, lo importante era que *«Síndrome»* gustara a los chicos. Eso quería decir que sería fácil venderlo, y eso le bastaba.

Los niños *aprendieron* con facilidad a entregar su capital; demostraban mucha ansiedad por desprenderse de sus acciones y del dinero, agitados y felices.

Laura levantó la vista un momento, los ojos brillantes de satisfacción.

—Es el *mejor juego educativo* que has traído a casa, papá —dijo.

SI NO EXISTIERA BENNY CEMOLI...

Los tres niños atravesaban a la carrera el campo descuidado; al ver la nave lanzaron un grito de alegría. ¡Por fin había aterrizado! Fueron los primeros en verla y justo en el lugar que habían anticipado.

—¡Oye, es la más grande que he visto! —exclamó el primer niño, con la voz entrecortada—. Esa no viene de Marte, debe venir de más lejos, del otro lado. Te lo aseguro.

Viendo el enorme tamaño del aparato el temor lo volvió silencioso. Después, mirando hacia el cielo descubrió que había llegado una flota, como todos habían esperado.

—Será mejor que vayamos a avisar —dijo a sus compañeros.

Allá en la colina John LeConte estaba de pie junto a su limusina a vapor esperando, impaciente, que la caldera se calentara. Los chicos fueron los primeros en llegar —pensó, furioso— cuando tendría que haber sido yo. Para colmo, se trataba de unos chiquilines harapientos, simples hijos de granjeros.

—¿Hoy funciona el teléfono? —preguntó a su secretario.

El señor Fall echó un vistazo al talonario sujeto con el pisapapeles.

—Sí, señor. ¿Desea que transmita algún mensaje a la ciudad de Oklahoma? —preguntó.

De todos los empleados que habían sido asignados a la oficina de LeConte, Fall era el más esquelético. Evidentemente ese hombre ayunaba, no tenía ningún interés en comer, y era muy eficiente.

—La gente de inmigración tendrá que enterarse de este ultraje —murmuró LeConte.

Soltó un suspiro. Toda había salido mal. Después de diez años de colonización había llegado la flota de Próxima Centauro y ninguno de los artefactos de alarma había anunciado con anticipación el aterrizaje. La ciudad de Oklahoma se vería ahora obligada a tratar con los invasores en su propio terreno, con la consiguiente desventaja psicológica que LeConte no podía dejar de considerar.

Observó cómo las naves comerciales de la flota empezaban la tarea de descarga con una mezcla de admiración y de envidia. Era inevitable.

Miren el equipo de que disponen, pensó. A su lado parecemos unos simples provincianos.

Deseó fervientemente que su coche oficial no hubiera requerido veinte minutos para calentarse. *Deseó*... ¡tantas cosas!

En primer lugar, deseaba que ORUC no existiera. La Oficina de Renovaciones Urbanas Centauro era un cuerpo constituido con muy buenas intenciones pero, por desgracia, contaba con un pesado aparato de Organización interna... Allá en el 2170 se le había informado sobre la Desgracia y se lanzó al espacio como un organismo *fototrópico*, sensible a la luz física provocada por las explosiones de la bomba de hidrógeno. Pero LeConte estaba al tanto de algo más que eso; en realidad, las organizaciones que regían el Sistema Centauro conocían muchos detalles de la tragedia porque habían mantenido constante contacto radial con otros Planetas del Sistema Solar. Muy pocas formas de vida habían logrado conservarse en la Tierra. Oriundo de Marte, siete años atrás él había encabezado una misión de auxilio y, después de un tiempo, decidió quedarse en la Tierra debido a las muchas oportunidades que había, dadas las condiciones actuales.

Estamos en una difícil situación, se dijo mientras esperaba que el coche a vapor se calentara. Fuimos los primeros en llegar, y sin embargo ORUC nos desplaza. Es un hecho ingrato que debemos enfrentar. Creo que hemos hecho un buen trabajo de reconstrucción. Naturalmente, el planeta no está como antes pero, después de todo, diez años no es mucho tiempo. Es posible que dentro de veinte años más los trenes vuelvan a correr. Además, los últimos bonos para la reconstrucción de caminos se han vendido muy bien, hasta hubo un exceso de suscripciones.

—Una llamada para usted, señor; de la ciudad de Oklahoma —dijo el señor Fall, pasándole el receptor del teléfono portátil de campaña.

—Habla el representante final de Campaña, John LeConte —dijo LeConte en voz alta—. Adelante, repito, adelante.

—Oficina Central del Partido —anunció débilmente desde el otro extremo de la línea una seca voz oficial, entremezclada con interferencias estáticas—. Hemos recibido informes de docenas de ciudadanos alertas en Oklahoma Occidental y Texas, dicen que una inmensa...

—Se encuentra aquí —dijo LeConte—. Los estoy viendo. En este momento me disponía a ir a parlamentar con los miembros más destacados de la expedición; recibirán mi informe a la hora acostumbrada. No era preciso que me controlaran (el tono de su voz denotó irritación).

—¿La flota *trae* armamentos pesados?

—No —dijo LeConte—, parece estar compuesta de burócratas, funcionarios de distintos gremios y transportistas oficiales. En otras palabras, *cuervos*.

El hombre del Partido le ordenó desde su escritorio.

—Bien. Preséntese y deles a entender que la población nativa desconfía de su presencia en la zona y que el Consejo Administrativo de Alivio a Zonas Destrozadas por la Guerra tampoco los mira con beneplácito. Dígales que reuniremos la legislatura para que apruebe una ley protestando por esta intromisión de un Cuerpo de otro Sistema en nuestros asuntos internos.

—Ya sé, ya sé —dijo LeConte—; todo está decidido, lo sé.

En ese momento lo llamó el chofer.

—Señor, el coche está listo.

El funcionario del partido le dio las últimas instrucciones:

—Deje establecido que usted no puede negociar con ellos, que carece de autoridad para admitirlos en la Tierra; sólo el Consejo tiene poderes para hacerlo aunque, por supuesto, está absolutamente en contra.

LeConte colgó y corrió hacia el coche.

A pesar de la oposición de las autoridades locales, Peter Hood de ORUC, resolvió establecer su Cuartel General en las ruinas de la antigua capital terráquea, la ciudad de Nueva York. Eso daría cierto *prestigio* a los miembros de ORUC, a medida que ampliaran el circulo de influencia de su Organización. Al final, como era de esperar, el círculo abarcaría a todo el Planeta, pero la tarea requeriría varias décadas.

Mientras se abría paso entre las ruinas de lo que fuera una vez un importante Depósito Ferroviario, Peter Hood pensó que cuando la obra estuviera terminada él ya se habría retirado. Poco quedaba de la cultura anterior a la Desgracia y las autoridades locales —los políticos mediocres que habían llegado en bandadas desde Marte y Venus, los Planetas vecinos— habían hecho muy poco. A pesar de eso, aplaudía los esfuerzos realizados hasta entonces.

—¿Saben una cosa? —dijo a los miembros de su personal que iban tras él—. Han hecho la parte más difícil, y deberíamos estarles agradecidos. No es fácil llegar a una zona totalmente destruida, como les tocó a ellos.

—Sacaron pingües ganancias —observó uno de los hombres, llamado Fletcher.

—No debemos fijarnos en los motivos —replicó Hood—, sino en los resultados que han obtenido.

Mientras hablaba así recordó al funcionario que fuera a recibirlos en su coche a vapor. Había dado ocasión a una ceremonia formal y solemne. Años atrás, cuando esos funcionarios llegaron al lugar, nadie había salido a recibirlos a no ser, quizá, por algunos sobrevivientes plagados de quemaduras producidas por las radiaciones que salieron a tientas de los sótanos y abrieron la boca sin pronunciar palabra. Un temblor lo sacudió.

Un miembro de ORUC de escaso rango se le acercó y después de saludarlo dijo:

—Creo que hemos localizado una estructura intacta donde su personal podrá alojarse temporalmente. Está en un subsuelo —agregó, con expresión turbada—. No es lo que hubiéramos deseado pero... para conseguir algo más adecuado habríamos tenido que desalojar a algunos nativos.

—Sí —contestó Hood—, han tenido bastante tiempo para explorar. No me opongo. Seguramente se trata de un sótano remodelado; me basta con que sea útil.

El miembro de ORUC siguió hablando.

—La estructura pertenecía a un gran diario homeostático, el *New York Times*. Se autoimprimía justo debajo de donde estamos; al menos eso es lo que indican los mapas. Aún no hemos podido encontrar el diario, aunque existía la costumbre de enterrar los periódicos homeostáticos a casi un kilómetro de profundidad. Aún no sabemos cuánto sobrevivió éste.

—Debe ser muy valioso —observó Hood.

—Sí —dijo el miembro de ORUC—, tiene salidas por todo el planeta; debe estar sacando miles de ediciones diarias. Cuántas salidas funcionan... —se interrumpió—; resulta *difícil* creer que los políticos locales no hayan hecho ningún esfuerzo para reparar alguno de los diez u once periódicos homeostáticos que había; pero parece que es así.

—Extraño —dijo Hood—, descuidar de esa manera algo que les hubiera facilitado la tarea. Después de la Desgracia, la misión de mantener el contacto con la gente de una misma cultura dependió en mucho de los periódicos ya que las partículas suspendidas en la atmósfera hacían difíciles, cuando no imposible, la recepción por radio y televisión. Esto me hace sospechar —concluyó, volviéndose hacia sus ayudantes—, que quizás no ponen el empeño suficiente. ¿No es posible que sólo aparenten trabajar?

Su mujer Joan fue la primera en hablar.

—Tal vez no posean la habilidad suficiente para volver a poner los diarios en funcionamiento.

Tienes razón —pensó Hood—. Debemos darles el beneficio de la duda.

—La última edición del *Times* —afirmó Fletcher—, fue puesta en las líneas el día de la gran Desgracia. Desde entonces la red de comunicaciones periodísticas no ha vuelto a funcionar, ni tampoco las fuentes de creación correspondientes —y agregó, en tono desdeñoso—. Eso demuestra lo ignorante que son esos políticos en cuanto a los elementos básicos de una cultura. No siento el menor respeto por ellos. Sólo volviendo a poner en actividad los periódicos homeostáticos haremos más por restablecer la cultura anterior a la tragedia de lo que ellos han logrado a través de miles de proyectos insignificantes.

—Tal vez su interpretación no sea correcta —dijo Hood—; pero bueno, esperemos que el *cefalón* del periódico esté intacto. Resultaría totalmente imposible reemplazarlo.

Se encontraban ante la entrada que los miembros de ORUC habían conseguido despejar. Se trataba, nada menos, que del primer paso que iban a dar en el Planeta arruinado: restaurar a su antigua jerarquía una poderosa entidad autosuficiente. Después que el periódico homeostático saliera regularmente estaría libre para dedicarse a otras tareas; entretanto, el diario sería una gran ayuda.

—¡Dios mío! —exclamó un trabajador que estaba despejando todavía los escombros—. Nunca había visto tanta basura amontonada en un solo lugar. Parece que lo hicieron *a propósito*.

Entretanto, el hornillo succionador que estaba manejando continuaba encendiéndose y avanzando lentamente, absorbiendo sin descanso material que transformaba en energía, lo que permitía aumentar poco a poco el tamaño de la entrada.

—Deseo un informe rápido sobre su estado actual —dijo Hood al equipo de ingenieros que esperaba para entrar—. Cuánto tiempo demoraríamos en reactivarlo, cuánto... —se interrumpió.

Habían llegado dos policías con uniforme negro, pertenecientes a la nave de seguridad. Reconoció enseguida al principal, Otto Dietrich, el investigador superior que viajaba con la flota desde Centauro y no pudo evitar ponerse tenso. No fue el único en reaccionar de esa manera; vio también que los ingenieros y trabajadores se detenían un momento y después, más lentamente, continuaban lo que estaban haciendo.

—Sí —dijo a Dietrich—, encantado de verlo. Vayamos a un lugar donde podamos hablar.

No le cabía la menor duda en cuanto a lo que deseaba el investigador; en realidad, lo había estado esperando.

—No le robaré mucho tiempo, Hood. Sé que está muy ocupado. ¿Qué es esto? —preguntó con una expresión alerta y ansiosa en la cara rubicunda y bien rasurada.

Hood atendió a los policías en un pequeño cuarto lateral convertido en oficina temporal.

—Me opongo a cualquier juicio —dijo, con calma—. Ha pasado mucho tiempo; es mejor dejar las cosas como están.

Dietrich se tironeaba, pensativo, el lóbulo de la oreja.

—Los crímenes de guerra no cambian —dijo—; continúan siendo lo mismo aunque transcurran tres, cuatro décadas. De todas maneras, no podemos basarnos en ningún razonamiento lógico. La ley requiere que hagamos un juicio. Alguien debe ser responsable de haber empezado la guerra y es posible que ocupe aún un puesto de autoridad; aunque eso no es lo importante.

—¿Cuántas Fuerzas Policiales han aterrizado? —preguntó Hood.

—Unos doscientos hombres.

—¿Y están listos para trabajar?

—Estamos dispuestos a iniciar las investigaciones, a secuestrar los documentos pertinentes y a iniciar juicio en los Tribunales locales. Estamos decididos a *exigir* cooperación, si a eso se refiere. Ya hemos asignado personal especializado en ciertos puntos estratégicos —dijo Dietrich mirándolo detenidamente—. Todo ello es necesario; no veo dónde está el problema. ¿O tiene intención de proteger a los culpables, de emplear sus habilidades para que colaboren con su tarea?

—No —dijo Hood sin vacilar.

—Recuerde —continuó Dietrich— que casi ochenta millones de personas perecieron en la Desgracia. ¿Acaso uno puede olvidar ese hecho? O como se trata de gente nativa, desconocida para nosotros...

—No se trata de eso, en absoluto —protestó inútilmente Hood, sabiendo que no lograría comunicarse con una mentalidad policial—. Ya le dije mis objeciones. Creo que no sirve a ningún propósito hacer procesos y ejecuciones después de tanto tiempo. No esperen que mi personal colabore con esto, rehusaré ayudarles aduciendo que no puedo prescindir de nadie, ni siquiera de un ordenanza. ¿Me entiende?

—Idealista al fin; son todos iguales —suspiró Dietrich—. La nuestra es una noble tarea, ayudar a la reconstrucción y... *prevenir*. Lo que usted no entiende, o no quiere entender, es que un día de estos esa gente puede

empezar todo el proceso *otra* vez, a menos que se lo impidamos desde ahora. Ese es nuestro deber hacia las generaciones futuras; ser terminantes y severos ahora, es a la larga, el método más humano. Dígame, Hood, *¿qué es* este lugar? ¿Qué está tratando de reactivar con tanto vigor?

—El *New York Times* —contestó Hood.

—Imagino que cuenta con un archivo. ¿Podríamos consultar los antecedentes, para obtener información? Sería una valiosa ayuda para fundamentar nuestros casos.

—No puedo negarles acceso al material que podamos encontrar —dijo Hood.

—Resultaría muy interesante un resumen diario de los acontecimientos que precipitaron la guerra —dijo Dietrich, sonriendo—; por ejemplo, ¿quién ejercía el poder supremo en Estados Unidos en el momento de la Desgracia? Hasta ahora, ninguna de las personas con las que hemos hablado parece recordarlo —concluyó con una sonrisa aún más amplia.

A la mañana siguiente, muy temprano, Hood recibió el informe de los ingenieros en la oficina temporal. Parte de las maquinarias del periódico habían sido destruidas pero el *cefalón*, la estructura cerebral que dirigía el sistema homeostático, parecía intacta. Tal vez si acercaban una nave y pudieran pasar su producción de energía a las líneas del periódico, se podría determinar el estado del mismo.

—En otra palabras —dijo Fletcher, mientras desayunaban con Joan— es posible que funcione o que no funcione. No puede negar que usted es muy pragmático; hará la conexión y, si resulta, habrá cumplido con su cometido. ¿Pero qué sucederá si no resulta? ¿Los ingenieros dejarán caer los brazos y dirán que no están capacitados para la reparación?

Hood clavó la mirada en la taza de café.

—Tiene el mismo gusto del café auténtico —dijo, pensativo—. Dígales que traigan una nave y que hagan funcionar el periódico automático. Si consigue imprimir, tráigame enseguida la primera edición.

Continuó bebiendo el café a pequeños sorbos.

Una hora más tarde, una nave de la línea había aterrizado en la vecindad y su fuente de energía era conectada con el periódico homeostático mediante cinta para inserciones. Se colocaron algunos conductos y los circuitos fueron cuidadosamente cerrados.

Peter Hood podía escuchar, desde su oficina, un sordo retumbar subterráneo a mucha distancia, un chirrido entrecortado y rítmico. *¡Lo habían conseguido!* El periódico volvía a la vida. Un miembro de ORUC dejó sobre su escritorio el primer ejemplar. Lo sorprendió la actualidad de la información. Aún en estado latente el periódico no había dejado de estar al día en los acontecimientos. Era indudable que sus receptores habían continuado en actividad.

«ORUC ATERRIZA DESDE CENTAURO. VIAJE DURO UNA DÉCADA. PROYECTA RECONSTRUIR ADMINISTRACIÓN CENTRAL».

«Diez años después de un holocausto atómico, ORUC, la Organización Intergaláctica de Rehabilitación, había hecho su histórico aterrizaje al llegar con una verdadera flota de aeronaves-

espectáculo que los testigos habían descrito como «irresistible, tanto por su boato como por su significado». Nombrado Coordinador Supremo por las autoridades de Centauro, el miembro de ORUC Peter Hood estableció de inmediato su Cuartel General en las ruinas de la ciudad de Nueva York y dirigió unas palabras a sus ayudantes manifestando que «no había venido a castigar a los culpables, sino a restablecer la cultura planetaria por todos los medios disponibles y a reimplantar...».

Es aterrorizador —pensó Hood mientras leía el artículo de fondo. Los Servicios de Noticias del periódico homeostático se habían enterado de detalles de su vida y los habían digerido e insertado en el artículo, incluso su discusión con Dietrich. El diario no solo hacía —o había estado haciendo su trabajo— sino que nada que fuera de interés, como noticia, se le escapaba, ni siquiera una discreta conversación mantenida sin presencia de testigos. Debería tener mucho cuidado.

Había otro articulo, por supuesto, en tono más grave, que trataba la llegada de los *«chaquetas negras»*, la Policía.

«AGENCIA DE SEGURIDAD DECLARA SU OBJETIVO: CRIMINALES DE GUERRA».

«Capitán Otto Dietrich, Investigador Supremo de la Policía que llegó con la flota de ORUC desde Próxima Centauro y dijo que los responsables de la Desgracia de una década atrás «deberán pagar por sus crímenes» ante el tribunal de justicia de Centauro. Según fuentes del Times, unos doscientos policías uniformados de negro han empezado sus actividades exploratorias para...».

Hood no pudo menos que sentir un placer morboso al ver que el diario prevenía a la Tierra con respecto a Dietrich. Eso demostraba que el *Times* no había sido restablecido para apoyar a las Fuerzas de Ocupación sino a todos, incluso aquellos a quienes Dietrich tenía intención de juzgar. Sin duda alguna todos los *pasos* de la actividad policial serían revelados en forma detallada. Dietrich, amigo de trabajar en secreto, no estaría muy de acuerdo con el procedimiento. Pero Hood estaba encargado de mantener el diario.

Y no tenía ni la más remota intención de amordazarlo.

Le llamó la atención *otro* artículo, también en primera página. Mientras lo leía una vaga inquietud le hizo fruncir el ceño:

«PARTIDARIOS DE CEMOLI ALBOROTAN AL NORTE DEL ESTADO»

«Se han producido algunos choques entre partidarios de Benny Cemoli, agrupados en los característicos campamentos asociados con la pintoresca figura política y algunos ciudadanos de la zona armados con palas, martillos y chapas. Después de un encontronazo de dos horas, ambas partes se declararon victoriosas. Hubo unos veinte heridos y doce hospitalizados en salas improvisadas de primeros auxilios. Vistiendo, como de

costumbre, su clásica túnica roja, Cemoli visitó a los heridos, aparentemente de buen ánimo, dispuesto a bromear mientras afirmaba a sus partidarios que «ya no falta mucho», refiriéndose, evidentemente, a la amenaza de la Organización de marchar sobre la ciudad de Nueva York en un futuro próximo, con el fin de establecer lo que Cemoli denomina «Justicia Social y verdadera Igualdad, por primera vez en la historia del mundo». Como se recordará, antes de su encarcelación en San Quintín...».

Hood conectó el sistema de intercomunicaciones para dar una orden.

—Fletcher —dijo— haga un control general de actividades en el Norte del Estado. Averigüe todo lo que pueda con respecto a una insurrección política de carácter popular en la zona.

—Yo también tengo un ejemplar del *Times*, señor —dijo la voz de Fletcher—; he visto el artículo sobre ese agitador Cemoli. Ya hay una nave dirigiéndose a la zona en este momento. Dentro de diez minutos, más o menos, deberíamos recibir su informe —Fletcher hizo una pausa—. ¿Cree que sería necesario pedirle refuerzos a Dietrich?

—Esperemos que no —dijo Hood secamente.

Media hora más tarde la nave de ORUC pasaba su informe a Fletcher. Confundido, Hood pidió que le repitieran el mensaje. Pero no había ninguna duda. El equipo de campaña de ORUC había hecho una exhaustiva investigación. No habían encontrado rastros de ningún campamento ni de formación de grupos. Los ciudadanos de la zona que fueron interrogados dijeron no haber oído hablar nunca de una persona llamada Cemoli. Tampoco encontraron señales de ninguna batalla campal, ni choques, como tampoco de estaciones de primeros auxilios, ni heridos. Había tranquilidad en toda la campiña semirural.

Desconcertado, Hood volvió a leer el artículo del *Times*. No había dudas, estaba ahí, en primera página, junto con la noticia del aterrizaje de la flota ORUC. ¿Qué podía significar?

Lo que estaba pasando no le gustaba en absoluto.

¿Habría cometido un error al reactivar el viejo y glorioso periódico homeostático?

Esa misma noche, una barahúnda infernal que venía desde gran profundidad despertó a Hood de un sueño pesado. Mientras se sentaba en la cama, pestañeando aturdido, el retintín aumentaba de volumen. Era, sin duda, el rugir de los motores. Escuchó un movimiento retumbante indicando la puesta en su lugar de los circuitos automáticos contestando instrucciones que emanaban del mismo sistema cerrado.

En la oscuridad escuchó la voz de Fletcher.

—Señor —le dijo, al tiempo que encendía una luz después de encontrar la llave del artefacto temporal—. Creí que debía despertarlo. Disculpe, señora.

—Estoy despierto —dijo Hood, poniéndose las pantuflas y la bata—. ¿Qué hace ahora?

—Está imprimiendo una edición *extra*.

Joan se incorporé en la cama.

—¡Dios santo! *¿Sobre qué?* —preguntó Joan alisándose el rubio cabello desordenado.

Sus ojos asombrados miraron a su marido, primero y después a Fletcher.

Librodot

—Tendremos que llamar a las autoridades locales —dijo Hood— y hablar con ellos.

Tuvo un presentimiento sobre el motivo del trabajo extra de las prensas.

—Llama a ese LeConte, el político que nos recibió cuando llegamos. Que lo despierten y lo traigan en una nave. Lo necesitamos.

El ceremonioso y altivo funcionario local tardó casi una hora en aparecer junto con el único miembro de su personal. Vestidos con sus complicados uniformes aparecieron, al fin, en la oficina de Hood, los dos muy indignados. Permanecieron en silencio frente a Hood, esperando lo que éste tenía que decirles.

Todavía en bata y pantuflas, Hood se sentó ante el escritorio con un ejemplar del *Times* a la vista. Cuando entraron LeConte y su secretario, lo leía por décima vez.

> «POLICÍA NUEVA YORK INFORMA. HUESTES CEMOLI AVANZAN HACIA CIUDAD. SE LEVANTAN BARRICADAS. ALERTAN GUARDIA NACIONAL».

Volviendo el periódico, mostró los titulares a los dos terráqueos.

—¿*Quién* es este hombre? —preguntó.

Después de algunas vacilaciones LeConte contestó:

—Yo... no... *no sé* —dijo.

—¡Vamos, señor LeConte! —advirtió Hood.

—Permítame leer el artículo —dijo LeConte un poco nervioso.

Leyó apresuradamente las noticias, mientras la mano que sostenía el periódico le temblaba continuamente.

—Muy interesante —dijo por fin—, pero no tengo nada que comentar; para mí es noticia también. Usted debe comprender que... desde la Desgracia nuestras comunicaciones han sufrido enormes daños; es posible que haya surgido un movimiento político sin nuestro...

—Por favor —exclamó Hood—. ¡No sea absurdo!

Ruborizándose LeConte logró tartamudear.

—Estoy ha... haciendo tod... do lo posible. Me despiertan en plena noche y...

Hubo un movimiento; por la puerta de la oficina apareció la silueta rápida de Otto Dietrich que traía una expresión sombría.

—Hood —dijo, sin más preámbulos—, cerca del Cuartel hay un quiosco del *Times*, acabo de recibir esto —dijo, dándole un ejemplar de la edición *extra* del diario—. Esa maldita máquina está imprimiendo esto y lo distribuye por todo el mundo. No obstante, hemos enviado Equipos de Rastreo por la zona y dicen que no encuentran nada, no hay barricadas en los caminos, ni milicianos armados, ni ningún tipo de actividad.

—Lo sé —dijo Hood, sintiéndose repentinamente cansado.

Desde la profundidad llegaba el sordo rumor del periódico que continuaba imprimiendo su edición *extra* para informar al mundo acerca de la marcha de los partidarios de Cemoli sobre la ciudad de Nueva York. Debía ser una fantasía propia del *cefalón* del periódico. Eso era todo.

—Clausúrelo —ordenó Dietrich.

—No —dijo Hood sacudiendo la cabeza—. Yo... quiero saber más.

—No es razón suficiente —protestó Dietrich—. Es *evidente* que hay algún fallo. El equipo debe estar seriamente averiado, no funciona correctamente.

Tendrá que buscar otro medio para establecer su gran cadena de propaganda.

Cuando terminó de hablar arrojó el periódico sobre el escritorio de Hood.

Hood se dirigió a LeConte.

—¿Benny Cemoli estaba en actividad antes de la guerra? —le preguntó.

Hubo un silencio. Tanto LeConte como su ayudante estaban pálidos y muy tensos. Lo miraban sin osar abrir la boca, intercambiando entre ellos algunas miradas silenciosas.

—No soy experto en cuestiones policiales —dijo Hood a Dietrich— pero en este caso sería conveniente que usted se hiciera cargo.

Dietrich no dejó pasar semejante oportunidad.

—De acuerdo —dijo—. Ustedes dos quedan detenidos, a menos que se decidan a dar más información sobre ese agitador, esa aparición de la túnica roja.

Hizo con la cabeza una señal a dos policías que estaban en la puerta de la oficina y éstos dieron un paso adelante.

Cuando los policías se estaban acercando LeConte dijo:

—Ahora que recuerdo, creo que había alguien con esas características. Pero... era muy insignificante.

—¿Antes de la guerra? —preguntó Hood.

—Sí... —respondió lentamente LeConte—. Era un payaso, el hazmerreír de la gente. Según recuerdo... era un tipo gordo e ignorante de algún pueblito perdido. Creo que tenía una pequeña estación de radio que empleaba para transmitir su mensaje. Había inventado una especie de caja antiradiaciones y afirmaba que, instalándola en la casa, ésta estaba a salvo de las radiaciones producidas por las pruebas atómicas.

Fue el turno de su ayudante, el señor Fall, de recordar otro dato.

—Recuerdo que presentó su candidatura para Senador de las Naciones Unidas, pero no ganó, por supuesto.

—¿Esas son las últimas informaciones que hay de él? —preguntó Hood.

—Oh, sí —dijo LeConte—. Murió de gripe asiática poco después de la Desgracia. De esto hace unos quince años.

Hood sobrevolaba lentamente, en un helicóptero, por la región descrita en los artículos del *Times* para comprobar, por sí mismo, que no había ninguna actividad de tipo político. Hasta verlo con sus ojos no pudo convencerse que el periódico había perdido contacto con la realidad. Parecía evidente que la realidad no coincidía con los artículos del *Times* y, sin embargo, el sistema homeostático seguía operando.

Sentada junto a él, Joan había estado revisando la última edición.

—Hay un tercer artículo —dijo—, si quieres leerlo...

—No —respondió Hood.

—Dice que están en los alrededores de la ciudad —dijo ella—; rompieron las barreras policiales y el Gobernador pidió asistencia a las Naciones Unidas.

—Se me ocurre una idea —dijo Fletcher, pensativo—. Uno de nosotros, de preferencia tú, Hood, debería escribir una carta al *Times*.

Hood lo miró rápidamente.

—Creo que sé cómo debería redactarse —dijo Fletcher— una simple averiguación. Diles que has seguido las crónicas del diario con respecto al movimiento de Cemoli. Escríbele al director —dijo Fletcher tras una pausa—

que tienes simpatía por las ideas del líder y te gustaría *unirte* al movimiento. Pregúntale a ellos qué debes hacer.

En otras palabras, pedir al diario que me ponga en contacto con Cemoli —pensó Hood para sí—. Reconocía que la idea de Fletcher era brillante, aunque inclinada a la locura. Era como si Fletcher hubiera igualado el desequilibrio del periódico con cierta pérdida del sentido común de su parte; de ese modo podía participar de la fantasía del diario. Partiendo de la presunción de que existiera un Cemoli, y que estuviera organizando una marcha sobre Nueva York, la pregunta era razonable.

—Pensarán que es una pregunta estúpida —dijo Joan—; después de todo, ¿*cómo* se despacha una carta a un periódico homeostático?

—Ya lo averigüé —explicó Fletcher—. En todos los quioscos establecidos por el *Times*, junto a la ranura para depositar las monedas al pagar el ejemplar, hay otra ranura para introducir cartas. Fueron puestas por ley, hace varias décadas, cuando se establecieron originalmente los periódicos homeostáticos. Todo lo que necesito es la firma de su esposo —continuó Fletcher sacando un sobre del bolsillo de la chaqueta—. La carta está lista.

Hood tomó la carta y la leyó. De manera que deseamos formar parte de las míticas multitudes del payaso, pensó.

—¿Y si publican un titular que diga: *«Jefe de ORUC se une a la marcha sobre la Capital?»* —preguntó a Fletcher, con un dejo de amarga ironía—. ¿No crees que un hábil y emprendedor periódico homeostático podría emplear una carta así para una noticia sensacionalista?

La observación tomó a Fletcher por sorpresa; evidentemente no había pensado en esas probables consecuencias y se sintió desmoralizado.

—Tal vez sea conveniente que la firme otra persona —admitió—; algún funcionario de menor jerarquía. Puedo firmarla yo —dijo para concluir.

—Bien, hazlo —dijo Hood, devolviéndole la carta—. Me interesa saber cómo responden, si es que lo hacen.

Parece una carta al director, pensó; en este caso, carta a un vasto y complejo organismo electrónico enterrado a gran profundidad, que no responde ante nadie, guiado solamente por sus propios circuitos rectores. *¿Cómo reaccionaría un mecanismo tal a la ratificación exterior de una autoilusión?* Tal vez lograrían que el periódico volviera a la realidad.

Era como si, durante los largos años de silencio forzoso el diario hubiera estado soñando —reflexionó Hood— y ahora, despierto ya de ese sueño, permitía que partes del mismo se materializaran en sus páginas junto a versiones realistas y exactas de la situación actual. Una mezcla de fantasía y reportajes vívidos y directos. ¿Cuál de las dos tendencias se impondría al final? Según las crónicas fraudulentas, no había duda que muy pronto Benny Cemoli, el mago de la túnica, llegaría a Nueva York; la marcha tenía probabilidades de éxito. ¿Qué sucedería entonces? ¿Cómo compatibilizar la llegada de ORUC y su enorme poderío y autoridad Intergaláctica? Con toda seguridad, antes de dejar pasar mucho tiempo, el periódico debería encarar la incongruencia de su posición.

Una de las dos tendencias terminaría por imponerse pero... Hood tuvo la extraña intuición que después de soñar durante toda una década, el periódico homeostático no renunciaría fácilmente a sus fantasías.

Quizá, pensó, las noticias sobre nosotros, ORUC, y su tarea de reconstruir la Tierra recibirán cada día menos cobertura de parte del diario, las relegarán a las últimas páginas, les asignarán menos columnas y después

desaparecerán por completo. Y por último sólo quedarán las hazañas de Benny Cemoli.

No era, en realidad, una perspectiva muy agradable y anticiparse de esta manera a los hechos lo perturbaba profundamente. Siguiendo la misma línea de pensamiento concluyó para sí: Es como si *sólo* fuéramos reales si el *Times* publica algo sobre nosotros; como si nuestra existencia dependiera de él.

Veinticuatro horas más tarde, en la edición regular, el *Times* publicó la carta de Fletcher. Al verla impresa Hood pensó que había adquirido una característica distinta; parecía endeble y artificial. No creyó que el diario se engañara con respecto a la carta. Sin embargo, ahí estaba impresa en claros caracteres; había pasado por todo el proceso de impresión del periódico.

«Estimado Director:

Su crónica sobre la heroica marcha contra el decadente bastión plutocrático de la ciudad de Nueva York, me ha llenado de entusiasmo. ¿Qué debe hacer un ciudadano común para participar en este proceso histórico? Le ruego me informe de inmediato; estoy ansioso de unirme a Cemoli y compartir los riesgos y los triunfos con los demás.

Atentamente
Rudolf Fletcher».

Debajo de la carta el diario publicaba la respuesta. Hood la leyó rápidamente.

«Los leales de Cemoli tienen una oficina de reclutamiento en el centro de Nueva York. La dirección es el número cuatrocientos sesenta de la calle Bleekman, Nueva York, 23. Allí podrá presentar su solicitud si la Policía aún no ha desbaratado esa Organización semi ilegal, en vista de la actual crisis».

Hood oprimió un botón de su escritorio que conectaba directamente con los Cuarteles de Policía. Cuando logró comunicarse con el jefe investigador le dijo:

—Dietrich, quisiera que me envíe un par de hombres; debo hacer un viaje y puedo tener dificultades.

Después de una pausa Dietrich contestó secamente.

—De manera que, después de todo, no se trata sólo de una noble tarea de restauración. Está bien, ya hemos enviado a un agente para que vigile la casa de la calle Bleekman. Ese ardid de la carta me gustó mucho; puede ser que consiga algo —concluyó, con un chasquido.

Poco después, Hood, acompañado por cuatro policías de Centauro, uniformados de negro, volaba en helicóptero sobre las ruinas de Nueva York tratando de individualizar lo que fuera antes la calle Bleekman. Consultando un mapa, después de media hora lograron establecer su posición.

Librodot

—Allí —dijo el oficial de Policía a cargo del destacamento, mientras señalaba hacia abajo—. Ahí está; es ese edificio ocupado por el negocio de comestibles.

El helicóptero empezó a descender.

Era un negocio de comestibles, no había dudas. Hood no vio ningún indicio de actividad política, no había gente vagando por allí, ni banderas, ni cartelones. Sin embargo, la escena que estaban viendo parecía *esconder* algo tétrico.

Quizá fuera el efecto de los cajones de verdura apilados en la acera, o las mujeres harapientas inclinadas eligiendo patatas, o el anciano propietario con su delantal blanco que barría el local... todo parecía demasiado natural, demasiado fácil. Era demasiado ordinario.

—¿Aterrizamos? —preguntó a Hood el Capitán de Policía.

—Sí —repuso Hood— y estén preparados para cualquier imprevisto.

Viéndolos aterrizar en la calle, frente al negocio, el dueño dejó tranquilamente la escoba y se dirigió hacia ellos. Hood se dio cuenta de que debía ser griego; tenía un espeso bigote y cabello gris ondeado. Los miró con cierta cautela inicial, intuyendo, quizá, que no le traían nada bueno. No obstante, los recibió cortésmente; el hombre nada tenía que temer.

—Señores —dijo el dueño del negocio con una leve inclinación—. ¿En qué puedo servirles?

Dirigió una rápida mirada a los policías uniformados sin cambiar de expresión, sin demostrar ninguna reacción.

—Estamos buscando a un agitador político —explicó Hood—; tranquilícese, nada tiene que temer.

Entró en el negocio de comestibles, seguido por los policías con las armas listas.

—¿Aquí, agitadores políticos? ¡Pero es imposible! —afirmó el griego corriendo tras ellos, ya un poco preocupado—. ¿Se puede saber qué he hecho? Nada, en absoluto, pueden mirar todo lo que quieran. Entren —dijo, abriendo la puerta del negocio para que todos pudieran pasar—. Podrán ver por ustedes mismos.

—Es lo que pensamos hacer —dijo Hood.

Se movió con cierta celeridad y, sin perder tiempo en las partes más visibles del negocio, se dirigió de inmediato a la trastienda.

Allí había un cuarto que servía de depósito, colmado de cajas que contenían envases; había cajas de cartón apiladas en todos los rincones y un muchachito estaba haciendo una lista de inventario. Al verlos los miró con asombro.

Aquí no hay nada, pensó Hood. El hijo del dueño los está ayudando, eso es todo.

Hood levantó la tapa de una caja y examinó el contenido; eran latas de melocotones, al lado había un cajón lleno de lechugas, arrancó una hoja. Se sintió inútil y desilusionado.

—No hay nada, señor —le dijo en voz baja el Capitán de Policía.

—Ya veo —dijo Hood, irritado.

Hacia la derecha había una puerta, perteneciente a un armario; la abrió y encontró algunas escobas, cepillos, una pala de acero galvanizado, algunas cajas con detergente, y...

En el suelo *vio* algunas gotas de pintura; evidentemente el armario había sido pintado hacía poco. Hood se inclinó y raspó con la uña un poco de pintura aún fresca.

—Mire esto —dijo al policía indicándole que se acercara.

—¿Qué sucede, caballeros? —preguntó ansioso el griego, acercándose—. Si encuentran que el local está sucio informan al Consejo de Salud, ¿no es cierto? ¿O tal vez se ha quejado algún cliente? Díganme la verdad, por favor. Sí, es pintura fresca; aquí nos gusta mantener todo limpio y en perfecto orden. Cumplimos con nuestro deber hacia el público.

El Capitán de Policía pasó la mano por la pared del armario para escobas.

—Señor Hood —dijo, en voz queda—. Antes hubo una puerta aquí. La han clausurado muy recientemente.

Y miró a Hood esperando recibir instrucciones.

—Entremos ya —dijo Hood.

El Capitán se volvió hacia sus hombres y les dio unas cuantas órdenes rápidas. Trajeron algunas herramientas de la nave, y cierto equipo más pesado arrastrándolo a través del negocio hasta donde estaba el armario. Cuando la Policía empezaba a romper el revoque y cortar la madera se oyó una especie de aullido.

—Esto es un atropello —exclamó el griego, empalideciendo—; les haré un juicio.

—Está bien —dijo Hood—, puede llevarnos ante los Tribunales.

Una sección de la pared empezó a ceder; cayó después hacia adentro haciendo mucho estruendo y trozos de material quedaron esparcidos por el suelo. Se levantó una nube blanca de polvo. Luego se asentó.

Iluminado por el resplandor de las linternas policiales Hood descubrió un cuarto más bien pequeño, polvoriento y sin ventanas, con olor a humedad. Evidentemente hacía mucho tiempo que no se había ocupado. Entró en él y vio que estaba completamente vacío; era un depósito abandonado, con las paredes escamadas y mugrientas. Posiblemente en la época anterior a la Desgracia el negocio había manejado mayor cantidad de mercadería, necesitaba un *stock* más importante y entonces habían utilizado ese cuarto. Hood dio algunos pasos en varias direcciones apuntando con la linterna ya hacia el cielorraso, ya hacia el suelo. Vio algunas moscas muertas y... algunas aún con vida, arrastrándose penosamente en el polvo.

—No olvide una cosa —dijo el Capitán de Policía—, han colocado los tablones hace poco, tal vez en los últimos tres días y habrán pintado también entonces.

—Esas moscas... —dijo Hood, pensativo—. No están muertas todavía.

Era improbable que hubieran pasado tres días; posiblemente habían clausurado esa puerta ayer. ¿Para qué habrá sido usada esta habitación? Se volvió hacia el griego que había venido tras ellos, tenso y pálido miraba de uno a otro a todos sus visitantes, lleno de aprehensión.

Este hombre es muy astuto —admitió para sí Hood—. Poco conseguiremos averiguar a través de él.

Las linternas de los policías revelaron un armario en el extremo opuesto del cuartucho. Tenía varios estantes vacíos de madera tosca. Hood se acercó al mueble.

—Está bien —dijo el griego—; *confieso* que hemos tenido ginebra ilícita almacenada en este lugar. Tuvimos miedo; ustedes, los de Centauro, no son como nuestras autoridades locales —dijo, mirándolos de reojo—, a ellos los

conocemos bien, *nos entienden*. Ustedes, en cambio, *son demasiado rígidos*. Pero de alguna manera hay que ganarse la vida —explicó, separando las manos en un gesto de apelación.

Detrás del armario asomaba algo apenas visible, podía haber pasado desapercibido. Era un trozo de papel que había caído allí, casi oculto y se deslizó hacia abajo. Hood lo tomó entre los dedos y lo retiró con cuidado, llevándolo primero hacia arriba, desde donde había caído.

El griego tembló.

Era una fotografía, por lo que Hood pudo ver. Se trataba de un hombre corpulento, de edad mediana, las mejillas fofas manchadas de negro por la sombra de una barba incipiente. Tenía el ceño adusto y la boca firme parecía desafiante. Un hombre robusto, vestido con cierto tipo de uniforme. Era posible que esta foto estuviera colgada en la pared y la gente había venido a mirarla, a presentarle sus respetos. Enseguida supo de quién podía tratarse. Ese *era* Benny Cemoli, en la cumbre de su carrera política. El líder clavaba su mirada desafiante en los partidarios que venían a reunirse en ese lugar. De manera que ése era el hombre...

No en vano el *Times* estaba tan alarmado.

Hood levantó la fotografía y mostrándosela al griego, dueño del negocio, le preguntó.

—Dígame. ¿Conoce a este hombre?

—No, no —respondió el griego secándose la transpiración de la frente con un enorme pañuelo—. Estoy seguro de que no.

Evidentemente mentía.

—¿Usted es partidario de Cemoli, verdad? —preguntó Hood.

Hubo un silencio.

—Llévenselo —dijo al Capitán de Policía—. Ya podemos volver.

Salió del cuarto llevando consigo la fotografía.

Diversos pensamientos pasaron por la mente de Hood mientras desplegaba la foto sobre el escritorio.

No se trata de una simple fantasía del *Times*. Ahora *sabemos* la verdad. Este hombre existe, y hasta hace veinticuatro horas una foto de él estaba colgada para que todos pudieran verla. Si ORUC no hubiera llegado a tiempo, todavía estaría en el mismo lugar. Hemos conseguido asustarlos. La gente de la Tierra nos oculta muchas cosas conscientemente; están tomando ciertas medidas con rapidez y efectividad. Podremos considerarnos afortunados si...

Joan lo interrumpió.

—De manera que esa casa en la calle Bleekman era el punto de reunión. Entonces el diario estaba en lo cierto.

—Sí —admitió Hood.

—¿Y ahora dónde está?

Me gustaría saberlo —pensó Hood.

—¿Dietrich vio ya la fotografía?

—Todavía no —contestó Hood.

—Debe ser responsable de la guerra y Dietrich lo descubrirá —dijo Joan.

—Un hombre solo no pudo haber sido el responsable —dijo Hood.

—Pero debe haber sido uno de los principales —insistió Joan— por algo han hecho tantos esfuerzos por borrar toda traza de él.

Hood asintió con un movimiento de cabeza.

—Si no fuera por el *Times* —dijo ella—, ¿habríamos sospechado siquiera de que había una figura política de la envergadura de Benny Cemoli? Piensa en todo lo que le debemos al periódico. Debe habérseles escapado a los jefes del movimiento, o no pudieron pensar en todos los detalles. Tal vez trabajaron con mucho apuro y aún en estos diez años no pudieron pensar en todo. Debe ser muy difícil anular todos los detalles de un movimiento político de alcance planetario, especialmente si en la fase final su líder había alcanzado el poder absoluto.

—Fue imposible anular todo —dijo Hood—. Un depósito clausurado en la trastienda de un negocio de comestibles... fue todo lo que necesitamos para encontrar una pista de lo que andábamos buscando. Los hombres de Dietrich ya se encargarán del resto. Si Cemoli está vivo, tarde o temprano lo encontrará y si está muerto, será difícil convencerlos. Conozco a Dietrich; pondrá todo su empeño en la búsqueda.

—Todo esto tiene algo de positivo —dijo Joan—; la gente inocente podrá respirar tranquila, Dietrich no perderá tiempo persiguiéndolos, ahora va a estar muy ocupado buscando a Cemoli.

Es cierto, pensó Hood. Eso era importante. La Policía de Centauro estaría muy ocupada durante un largo tiempo, y eso convenía a todo el mundo, especialmente a ORUC y a su ambicioso Proyecto de Reconstrucción.

Si no hubiera existido Benny Cemoli —pensó Hood— casi habría sido necesario inventarlo. Extraña idea, en realidad. Se preguntó cómo pudo ocurrírsele.

Volvió a mirar la fotografía, tratando de inferir todo lo posible con respecto al hombre a través de su imagen impresa. ¿Cómo sería la voz de Cemoli? ¿Residía su poder en la facilidad de palabra, como sucediera con tantos demagogos anteriores a él? En cuanto a sus escritos... quizás aparecieran algunos, o tal vez cintas grabadas con sus discursos, la voz del hombre de carne y hueso. Era posible que hubiera algunas cintas de video también. Era solo cuestión de tiempo; a su debido momento, todo eso iría saliendo a la luz. Entonces podremos comprobar qué significaba vivir bajo un hombre como ése, concluyó.

La línea directa de Dietrich zumbó y Hood levantó el teléfono.

—Aquí tenemos al griego —dijo Dietrich—, bajo el efecto de las drogas ha admitido varias cosas. Quizá le interese saber.

—Sí, claro —afirmó Hood.

—Según él —explicó Dietrich— hace diecisiete años fue uno de los primeros partidarios del movimiento. En la primera época, cuando el movimiento era insignificante y carecía de poder real, se reunían dos veces por semana en la trastienda de su negocio. Esa foto que usted tiene —y que todavía no he visto— según Stavros, el señor griego, es una fotografía obsoleta puesto que hay varias más que han estado de moda entre los fieles. Stavros la conservaba por razones sentimentales. Le recordaba los viejos tiempos. Más adelante, cuando el Movimiento adquirió fuerza, Cemoli no apareció más por el negocio y el griego perdió todo contacto personal con él. A pesar de eso continuó siendo leal y pagaba las cuotas; pero para él Cemoli se transformó en un personaje abstracto.

—¿Qué sucedió durante la guerra? —preguntó Hood.

—Poco antes de la guerra Cemoli conquistó el poder mediante un golpe en Norte América que comenzó con una marcha sobre la ciudad de Nueva York, realizado durante una seria depresión económica. Había millones de

desempleados y entre ellos encontró muchos seguidores. Trató de solucionar los problemas económicos desarrollando una política exterior muy agresiva; atacó a varias repúblicas latinoamericanas que se hallaban bajo la esfera de influencia china. Se trata de algo así, resumiendo todo, pero Stavros está algo confundido en cuanto al cuadro general. Tendremos que averiguar más detalles de otros partidarios, a medida que avancemos en nuestras investigaciones. Será mejor hablar con gente más joven, después de todo este hombre tiene más de setenta años.

—Espero que no le iniciará un proceso —dijo Hood.

—De ninguna manera, es sólo una buena fuente de información. Cuando nos diga todo lo que sabe le permitiremos volver a sus patatas y a sus latas de sopa. Es inofensivo.

—¿Se sabe si Cemoli salió vivo de la guerra?

—Sí —contestó Dietrich—, pero eso fue hace diez años. Stavros no sabe si aún vive. Yo creo que sí, y basándonos en esa idea seguiremos adelante hasta descubrir si estamos en lo cierto o no. Es lo que debemos hacer.

Hood le agradeció y colgó.

Cuando dejó el auricular pudo escuchar el sordo rugido de la maquinaria. El diario estaba nuevamente en actividad.

—No es la edición ordinaria —dijo Joan, consultando su reloj—. Debe ser otra *extra*. ¡Qué interesante es todo el proceso! Estoy impaciente por leer la primera página.

¿Qué habrá hecho ahora Benny Cemoli?, pensó Hood. De acuerdo a las crónicas atrasadas de la épica del héroe, qué acontecimientos, que en realidad sucedieron hace años están ocurriendo ahora. Debe ser algo espectacular para que el Times saque una edición *extra*. Sin duda alguna debe ser *muy interesante*; ese diario sabe distinguir una buena noticia.

El también esperó con intranquilidad.

John LeConte depositó una moneda en la ranura del quiosco que el *Times* había establecido hacía mucho tiempo en la ciudad de Oklahoma. La última edición *extra* del diario se deslizó hacia afuera. La levantó y leyó rápidamente el titular, sin perder tiempo en verificar los puntos esenciales. Cruzó la vereda y subió a su coche a vapor, guiado por chofer, y se instaló en el asiento posterior.

El señor Fall le dirigió la palabra, muy circunspecto.

—Señor, aquí tiene el material original, si desea comparar palabra por palabra.

Le presentó una carpeta que LeConte tomó en sus manos.

El coche arrancó. El chofer no necesitó instrucción alguna para dirigirse al Cuartel General del Partido. LeConte se recostó en el asiento, encendió un cigarro y se puso cómodo.

Grandes titulares atravesaban el ejemplar del periódico que tenía sobre las rodillas:

«CEMOLI COMPONE COALICIÓN GOBIERNO NACIONES UNIDAS. CESACIÓN TEMPORARIA HOSTILIDADES».

LeConte le habló a su secretario.

—El teléfono, por favor.

—Sí, señor —dijo Fall, entregándole el teléfono portátil de campaña—. Pero ya hemos llegado casi y, si usted no lo toma a mal, quiero señalarle que posiblemente nos han grabado ya.

—En Nueva York están muy ocupados —dijo LeConte— trabajando entre las ruinas, en una zona que carece de importancia desde que tengo uso de razón —pensó para sí.

Pero tal vez Fall tenía razón, y canceló la llamada.

—¿Qué le parece este *último* artículo? —preguntó a su secretario mostrándole el diario.

—Merece tener éxito —dijo el señor Fall inclinando la cabeza.

LeConte extrajo del portafolios un desgastado libro de texto, sin tapas. Lo habían fabricado hacía una hora y era el próximo artículo que *colocarían* de manera de ser *«descubierto»* por los invasores de Próxima Centauro. Era fruto de su ingenio y se sentía particularmente orgulloso del mismo. El manual describía en lenguaje accesible a escolares, los grandes lineamientos del programa de cambios sociales auspiciados por Cemoli. En una palabra, la revolución al alcance de todos.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo el señor Fall— ¿Las autoridades del Partido tienen intención de que se descubra algún cadáver?

—Ya llegaremos a eso —dijo LeConte—; será dentro de algunos meses.

Sacó un lápiz del bolsillo e hizo algunas anotaciones en el margen del libro, como si fuera un alumno:

«Abajo Cemoli».

¿No se estaría apresurando? Pensó que no era así; tenía que haber cierta resistencia, especialmente del tipo espontáneo, de un chico de escuela, y agregó:

«¿Dónde están las naranjas?»

El señor Fall miró por sobre el hombro.

—¿Y eso, qué significa? —preguntó.

—Cemoli promete naranjas a la juventud —explicó LeConte—; uno de los vanos alardes que la revolución no llega a cumplir. Fue una idea de Stavros; no puede negarse que es almacenero. Es un lindo toque. —Esos son los detalles, pensó, que prestan *verosimilitud* a los hechos. *Los pequeños detalles son los que cuentan.*

—Ayer, en la Sede Central del Partido —dijo el señor Fall— escuché una audiocinta mientras Cemoli hablaba ante las Naciones Unidas. Es como para dar miedo... si uno no supiera...

—¿A quién se la hicieron grabar? —preguntó LeConte extrañado de que no le hubieran pedido participación.

—A un actor de *café concert* de la ciudad de Oklahoma. Un personaje oscuro, por supuesto. Creo que se especializa en toda clase de imitaciones. Me parece que le dio un tono demasiado bombástico, amenazador, un énfasis que me parece exagerado. Pero no se puede negar que resulta efectivo. Mucho ruido de multitudes... Esa parte me gustó, lo confieso.

Entretanto —pensó LeConte— no hay Juicios de Guerra. Nosotros, que fuimos líderes durante la guerra, tanto en la Tierra como en Marte, los que tuvimos puestos de responsabilidad, estamos a salvo, al menos por ahora, y quizá podamos seguir así para siempre si nuestra estrategia continúa dando los resultados esperados. Siempre que no descubran el túnel que va hasta el *cefalón*, que nos llevó cinco años construir. Esperemos que no se derrumbe.

El coche a vapor se detuvo en el espacio reservado para estacionar los autos ante la sede del Partido. El chofer dio la vuelta para abrir la puerta y LeConte salió tranquilamente a la luz del día, sin ningún temor ni ansiedad de ninguna especie. Arrojó el resto del cigarro a la alcantarilla y cruzó la acera con paso elástico para entrar en el familiar edificio.

ACTO DE NOVEDADES

Las luces permanecieron encendidas hasta muy tarde en el gran Edificio Comunal de Apartamentos Abraham Lincoln, pues era la noche de *Todas las Almas*: los residentes, los seiscientos residentes, estaban obligados por estatuto a asistir a la reunión en el salón del subsuelo de la comunidad. Hombres, mujeres y niños entraban apresuradamente. En la puerta Bruce Corley, operando su lector de identificaciones nuevo y bastante caro, verificaba a cada uno para asegurarse de que no entraba nadie de otro Edificio Comunal de Apartamentos. Los residentes colaboraron de buena gana y todo fue muy rápido.

—Hey Bruce, ¿cuánto nos retrasará? —preguntó el viejo Joe Purd, el residente más antiguo del edificio; se había pasado con su esposa y dos hijos el día de la inauguración del edificio, en mayo de 1980. Su mujer estaba ya muerta y los niños habían crecido, se habían casado y se habían marchado, pero Joe continuaba allí.

—Bastante —dijo Bruce Corley—, pero es a prueba de errores, quiero decir, no es sólo subjetivo. —Hasta ahora, en su permanente trabajo como sargento de armas, había admitido a la gente fiándose simplemente de su habilidad para reconocerla. Pero de esa manera había dejado entrar una vez a un par de agitadores de la Mansión de la Colina Petirrojo que habían desbaratado toda la reunión con sus preguntas y comentarios. No sucedería de nuevo.

Haciendo circular copias de la agenda, el Sr. Wells sonrió con firmeza y canturreó:

—El punto 3-A, Fondos para las Reparaciones de Techos, ha sido trasladado al punto 4-A. Por favor, tomen nota. —Los residentes tomaron las agendas y luego las dividieron en dos grupos, que fueron repartiendo por los dos lados opuestos del salón; la facción liberal del edificio se sentaba a la derecha y la conservadora a la izquierda, cada una ignorando recelosa la existencia de la otra. Unas pocas personas independientes (nuevos residentes o veteranos) se sentaron al fondo, engreídas y silenciosas, mientras la habitación zumbaba con el sonido de muchas pequeñas conferencias. El ambiente de la sala era tolerante, pero los residentes sabían que esa noche iba a haber una confrontación. Presumiblemente, ambos bandos estaban preparados. Aquí y allá se oía el rumor de los documentos, las peticiones, y los recortes de periódicos, que iban siendo leídos e intercambiados de mano en mano.

En la plataforma, sentado a la mesa con los cuatro representantes del edificio, el consejero Donald Klugman, sentía el estómago revuelto. Era un hombre pacífico a quien repugnaban estos enfrentamientos violentos. Incluso cuando estaba sentado entre la audiencia era demasiado para él, y

hoy tendría que tomar parte activa; le había llegado el turno de la presidencia, como les sucedía cada cierto tiempo a todos los residentes, y por supuesto ésta sería la noche en que el tema escolar alcanzará su clímax.

La sala estaba ya casi llena y Patrick Doyle, el actual capellán del edificio, con aspecto de no encontrarse demasiado a gusto con su larga toga blanca, levantó la mano pidiendo silencio.

—La oración —llamó roncamente, se aclaró la garganta y tendió una pequeña tarjeta—. Por favor, que todo el mundo cierre los ojos e incline la cabeza. —Miró a Klugman y los fiduciarios, y Klugman asintió para que continuara—. Padre celestial —leyó Doyle—, nosotros, los residentes del Edificio Comunal de Apartamentos Abraham Lincoln, te pedimos que en tu misericordia nos permitas recaudar los fondos necesarios para la reparación de los techos que parece ser imperiosa. Te pedimos que nuestros enfermos sanen y nuestros desempleados encuentren trabajo, y que, al elegir entre las solicitudes de los que quieren vivir con nosotros, mostremos sabiduría a la hora de admitir a unos y rechazar a otros. Te pedimos, además, que ningún extraño entre y rompa nuestro sistema de leyes ni nuestras vidas ordenadas, y te pedimos en particular, si es tu voluntad, que Nicole Thibodeaux se libre de los dolores de cabeza por sinusitis que han sido la causa de que no aparezca ante nosotros en televisión últimamente, y que esos dolores de cabeza no tengan nada que ver con lo que sucedió hace dos años, según recordamos, cuando aquel tramoyista dejó caer un fardo que le golpeó en la cabeza y la envió al hospital durante varios días. En todo caso, Amén.

—Amén —concordó la audiencia.

Levantándose de su silla, Klugman dijo:

—Ahora, antes de ir al asunto que nos reúne, tendremos unos minutos de distracción a cargo de nuestros talentos. Primero, las tres niñas Fettersmoller, del apartamento número 205. Ejecutarán un baile de zapatilla suave al son de la melodía de *«Construí una escalera a las estrellas».*

Volvió a sentarse, y en el escenario aparecieron las tres niñitas rubias, conocidas por la audiencia gracias a otros espectáculos anteriores.

Mientras las niñas Fettersmoller, vestidas con sus pantalones a rayas y sus brillantes chaquetas metálicas, bailaban sonrientes, la puerta que daba al salón exterior se abrió y apareció un participante retrasado, Edgar Stone.

Esta noche llegaba tarde porque había estado calificando las pruebas de grado de su vecino, Ian Duncan. Todavía tenía la cabeza llena de ellas y del pobre resultado que Duncan, quien apenas lo sabía, había obtenido. Le parecía que, sin terminar de corregir las pruebas, podía ver que Duncan había suspendido.

En el escenario, las niñas Fettersmoller cantaban con sus voces chillonas, y Stone se preguntó por qué había venido. Tal vez por ninguna otra razón que por evitar la multa, pues era obligatorio para los residentes asistir a la reunión de esta noche. Aquellos números de aficionados, tan frecuentes, no significaban nada para él; recordaba los viejos tiempos cuando la televisión se encargaba de entretener con aquellos buenos programas hechos por profesionales. Ahora por supuesto todos los profesionales que servían para algo estaban contratados por la Casa Blanca, y la televisión se había vuelto educativa, no entretenida. El Sr. Stone pensó en las viejas grandes películas de madrugada con los grandes cómicos como Jack Lemmon y Shirley MacLaine, y entonces miró una vez más a las chicas Fettersmoller y gruñó.

Corley, le oyó y le miró severamente.

Al menos se había perdido la oración. Le presentó su identificación a la nueva máquina de Corley y ésta le permitió introducirse al pasillo hasta un asiento vacante. ¿Estaba esa noche Nicole viendo esto? ¿Había algún cazador de talentos presente en algún lugar de la sala? No vio ninguna cara desconocida. Las chicas Fettersmoller estaban perdiendo su tiempo. Tomando asiento, cerró los ojos y escuchó, incapaz de soportar mirar. Nunca lo lograrán, pensó. Tendrán que aceptarlo, igual que sus ambiciosos padres: no tienen talento, como el resto de nosotros... Los Apartamentos Abraham Lincoln han aportado poco a la reserva cultural de la nación, a pesar de su sudorosa y tenaz determinación, y ustedes no van a ser capaces de alterar eso.

La desesperanzada posición de las niñas Fettersmoller le hizo recordar una vez más las pruebas que Ian Duncan, temblando y con una cara como de cera, había colocado en sus manos temprano esa mañana. Si Duncan fallaba estaría aun peor que las chicas Fettersmoller porque ni siquiera viviría en el Abraham Lincoln; se perdería de vista (de su vista, al menos) y regresaría a la antigua y despreciada condición: se encontraría una vez más viviendo en un cuarto, trabajando manualmente como todos habían hecho en su adolescencia.

Por supuesto también se le devolvería el dinero que había pagado por su apartamento y su plusvalía, una gran suma que representaba la única inversión importante en su vida. Desde cierto punto de vista, Stone le envidiaba. ¿Qué haría yo —se preguntó mientras yacía sentado con los ojos cerrados—, si recuperara mi plusvalía justo ahora, en un gran montón de dinero? Tal vez, pensó, emigraría. Compraría una de esas carcachas baratas e ilegales que regatean en esos solares que...

El sonido de los aplausos lo despertaron. Las niñas habían terminado su actuación, y él también se unión en el aplauso. Sobre la plataforma, Klugman agitó las manos, solicitando silencio.

—Muy bien, amigos, sé que disfrutaron eso, pero hay mucho más en cartera esta noche. Y también está el asunto de negocios de la reunión que debemos tratar, no podemos olvidarlo —les dijo sonriendo.

Sí, pensó Stone. Los negocios. Y se sintió tenso, porque él era uno de los radicales del Abraham Lincoln que quería abolir la escuela de gramática del edificio y enviar a los niños a la escuela pública de gramática donde quedarían completamente expuestos al contacto con niños de otros edificios. Era la clase de idea que levantaba oposición. Y, sin embargo, en las últimas semanas, había ganado apoyo. En cualquier caso, qué gran experiencia sería: sus niños descubrirían que la gente de los otros Edificios de Apartamentos no era diferente de ellos mismos. Las barreras existentes entre los habitantes de todos los apartamentos serían derribadas y surgiría un nuevo entendimiento.

Al menos, así era como lo veía Stone, pero los conservadores no lo veían de esa forma. Demasiado pronto para una mezcla así, decían. Habrían peleas cuando los niños discutieran cuál de los Edificios era superior. Con el tiempo podría hacerse, pero no ahora, no tan pronto.

Arriesgándose a una severa multa, Ian Duncan faltó a la asamblea y se quedó esa tarde en su apartamento, estudiando textos oficiales del Gobierno sobre la historia político-religiosa de los Estados Unidos, *polrel*, como eran llamados. Estaba flojo en eso, lo sabía; apenas podía comprender los factores

económicos, sin contar todas las ideologías políticas y religiosas que habían ido y venido a lo largo del siglo veinte, y que contribuían directamente a la situación actual. Por ejemplo, la ascensión del Partido Democrático-Republicano. Antiguamente habían sido dos partidos, que se habían visto envueltos en terribles luchas sin sentido por el poder, igual que hacían ahora los edificios. Los dos partidos se habían fusionado, alrededor de 1985. Ahora había un partido único, que legislaba en una sociedad estable y pacífica, y todo el mundo pertenecía al partido. Todo el mundo pagaba sus tributos y asistía a las reuniones y votaba, cada cuatro años, por un nuevo Presidente, por el hombre que pensaban le gustaría más a Nicole.

Era hermoso saber que ellos, el pueblo, tenía el poder de decidir quién se convertiría en esposo de Nicole, cada cuatro años; en cierto modo, eso daba al electorado un poder incluso por encima de la misma Nicole. Por ejemplo, este último hombre, Taufic Negal. Las relaciones entre la Primera Dama y él eran bastante frías, e indicaban que a ella no le gustaba mucho esta última elección. Pero por supuesto, siendo una primera dama, ella nunca lo dejaría entrever.

«¿Cuándo empezó el papel de Primera Dama a asumir mayor importancia que el de Presidente?» inquiría el texto *polrel*. En otras palabras, cuándo empezó nuestra sociedad a convertirse en un matriarcado, se dijo Ian Duncan. Sé la respuesta: alrededor de 1990. Hubo indicios antes de esa fecha; el cambio se produjo gradualmente. De todos modos tenían lo que querían; recibieron a Nicole y ella es ciertamente todo eso y mucho más.

En la esquina de su sala el aparato de televisión dijo *taaaaaaang*, indicando que estaba a punto de hacerse una conexión. Con un suspiro, Ian Duncan cerró su libro de texto oficial del Gobierno de los Estados Unidos y prestó atención a la pantalla. «Un programa especial, referido a las actividades en la Casa Blanca» especuló. «Otro viaje, tal vez, o un escrutinio intensivo (detallado en profundidad), sobre una nueva afición o interés de Nicole. ¿Había empezado a coleccionar tazas de porcelana china? Si es así, tendremos que ver todos y cada uno de los azules Royal Albert».

Naturalmente, los rasgos llenos y graves de Maxwell Jamison, el Secretario de Prensa de la Casa Blanca, aparecieron en la pantalla. Levantando su mano, Jamison hizo su gesto familiar de saludo.

—Buenas noches, habitantes de esta tierra nuestra, —comenzó solemnemente—. ¿Se han preguntado alguna vez cómo sería descender al fondo del Océano Pacífico? Nicole se lo ha preguntado, y para responder a esa cuestión ha reunido en el Salón Tulipanes de la Casa Blanca a tres de los más reputados oceanógrafos del mundo. Esta noche ella les pedirá que relaten sus historias, y ustedes las oirán también, pues fueron grabadas en vivo, apenas hace sólo unos instantes, con las facilidades de la Oficina de Asuntos Públicos de la Cadena Triádica Unificada.

Y ahora a la Casa Blanca, se dijo Ian Duncan. Al menos indirectamente. Nosotros, los que no podemos encontrar nuestro camino, los que no tenemos talentos que puedan interesar a la Primera Dama ni siquiera para una tarde, nosotros tenemos que ver de todas formas, a través de la pantalla cuidadosamente regulada de nuestro aparato de televisión.

Esta noche realmente no quería verla, pero parecía conveniente hacerlo; podría haber un examen rápido sorpresivo en el programa, al final. Y una buena calificación en un examen rápido bien podría neutralizar la mala

Librodot

calificación que seguramente había obtenido en la prueba de política, que ahora corregía su vecino, el Sr. Stone.

En la pantalla asomaron los rasgos tranquilos y encantadores, la piel pálida y los ojos oscuros e inteligentes, la cara sabia y a la vez inocente de la mujer que había conseguido monopolizar su atención, en quien una nación entera, casi un planeta entero, se apoyaba obsesivamente. Al verla, Ian Duncan sintió enfermar de miedo. Le había fallado: ella, de alguna manera, conocía sus malos resultados en la prueba y, aunque no decía nada, su desencanto era evidente.

—Buenas noches —dijo Nicole con su voz suave, ligeramente sobria.

—Es así —Ian Duncan se encontró mascullando—. No tengo cabeza para las abstracciones; quiero decir, toda esta filosofía político-religiosa... no tiene sentido para mí. ¿No podría concentrarme en la realidad concreta? Debería estar horneando ladrillos o haciendo zapatos.

Debería estar en Marte, pensó, en la frontera. Estoy fracasando aquí; a los treinta y dos años estoy fuera, y ella lo sabe. Déjame ir, Nicole, pensó lleno de desesperación. No me hagas más exámenes, porque no tengo posibilidad de aprobarlos. Incluso este programa sobre el fondo del océano; para cuando termine, habré olvidado todos los datos. No soy de ninguna utilidad al Partido Democrático-Republicano.

Pensó en su hermano. Al podría ayudarme. Al trabajaba para Loony Luke, en una de sus Junglas de Carcachas, vendiendo las pequeños naves de estaño y plástico que incluso la gente derrotada podía costearse, naves que, con la suerte de su parte, pueden hacer un viaje exitoso de ida a Marte. Al, se dijo, tú podrías conseguirme una carcacha en buen estado.

En la pantalla de televisión Nicole estaba diciendo:

—...y realmente, es un mundo lleno de encanto, con entidades luminosas que sobrepasan en variedad y absolutamente más deliciosas que cualquiera de las cosas encontradas en otros planetas. Los científicos calculan que hay más formas de vida el océano...

Su cara se desvaneció, y una secuencia mostrando peces grotescos y antinaturales tomó su puesto. Esto es parte de la línea deliberada de propaganda, advirtió Ian Duncan. Un esfuerzo por apartar nuestras mentes de Marte y de la idea de escapar del Partido... y de ella. En la pantalla, un pez de ojos bulbosos lo miró, y su atención quedó capturada, a su pesar. Vaya, pensó, sí que es un mundo raro el de ahí abajo. Nicole, me tienes atrapado. Si Al y yo hubiéramos tenido éxito podríamos estar actuando esta noche contigo, y seríamos felices. Mientras tú entrevistas a los oceanógrafos, Al y yo estaríamos tocando discretamente al fondo, quizás una de las *«Invenciones en dos partes»* de Bach.

Yendo hasta el armario de su apartamento, Ian Duncan se agachó y cuidadosamente levantó un objeto envuelto en tela que colocó bajo la luz. Teníamos tanta fe juvenil en esto, recordó. Suavemente, desenvolvió la garrafa; entonces, haciendo una inspiración profunda, sopló un par de notas en ella. «Los Hermanos Duncan y su Banda de Garrafas de Dos Hombres», habían sido Al y él, tocando sus propios arreglos para dos garrafas de Bach y Mozart y Stravinsky. Pero el cazador de talentos de la Casa Blanca..., el canalla, nunca les habían concedido una audición honesta. Ya estaba hecho, les dijo. Jesse Pigg, el fabuloso artista de la garrafa de Alabama, había llegado a la Casa Blanca primero, entreteniendo y deleitando a la docena de

miembros de la familia Thibodeaux allí congregada con su versión de *«Derby Ram», «John Henry»* y otras similares.

—Pero —había protestado Ian Duncan—, esto es garrafa clásica. Nosotros tocamos sonatas del fallecido Beethoven.

—Les llamaremos si Nicky muestra interés en el futuro —dijo bruscamente el buscador de talentos.

¡Nicky! Había palidecido. Imaginen ser tan íntimo de la Primera Dama. Al y él, murmurando, se habían retirado del escenario con sus garrafas, haciendo sitio para el siguiente acto, un grupo de perros vestidos con disfraces Isabelinos que encarnaban a personajes de *«Hamlet»*. Los perros tampoco lo habían logrado, pero poco servía de consuelo.

—Me han dicho —decía Nicole—, que hay tan poca luz en las profundidades del océano que... bien, observen a este extraño amigo. —Un pez provisto de una especie de linterna brillante atravesó nadando la pantalla de TV.

Alguien llamó a la puerta del apartamento, y eso le sobresaltó. Con precaución, Duncan fue a abrir; encontró allí parado a su vecino el Sr. Stone, y lucía nervioso.

—¿No estuvo en *Todas las Almas*? —dijo el Sr. Stone—. No lo verificarán y se darán cuenta —Tenía en sus manos la prueba corregida de Duncan.

—Dígame cómo lo hice —dijo Duncan, preparándose para lo peor.

Stone entró en el apartamento, cerró la puerta tras sí, miró la pantalla del televisor, vio a Nicole sentada con los oceanógrafos, la escuchó un instante y luego dijo, bruscamente, con voz ronca:

—Lo hizo bien. —Le tendió la prueba que traía en la mano.

—¿Aprobé? —se asombró Duncan.

Recogió los papeles, examinándolos con incredulidad. Y entonces comprendió lo que había sucedido.

Stone había conspirado para que él aprobara. Había falsificado la calificación, probablemente por motivos humanitarios. Duncan alzó la cabeza y se miraron mutuamente, sin hablar. Esto es terrible, pensó Duncan. ¿Qué voy a hacer ahora? Su reacción lo sorprendió, pero ahí estaba.

Quería fallar, advirtió. ¿Por qué? Para poder salir de aquí, y tener una excusa para renunciar a todo esto, mi apartamento y mi trabajo, para irme. Emigrar con nada más que la camisa puesta, en un aparato desvencijado que se caiga en pedazos en el momento en que se pose en las llanuras marcianas.

—Gracias —murmuró sombríamente.

—Puede hacer lo mismo por mí alguna día —dijo Stone, rápidamente.

—Oh sí, estaré feliz de hacerlo —respondió Duncan.

Escurriéndose, Stone salió del apartamento. Lo dejó a solas con el aparato de televisión, su garrafa, los papeles falsamente corregidos, y sus pensamientos.

Al, tienes que ayudarme, se dijo. Tienes de sacarme de esto; no puedo ni salir por mí mismo.

En la pequeña estructura situada en la parte de atrás de Jungla de Carcachas Número 3, Al Duncan estaba sentado con sus pies sobre el escritorio, fumando un cigarrillo y observando a los transeúntes, las aceras y las tiendas del centro comercial de Reno, Nevada. Más allá del brillo de las

nuevas carcachas estacionadas con sus banderas ondeantes y sus gallardetes cayendo en cascada, vio una figura que esperaba, oculta bajo un gran cartel que decía: «LOONY LUKE».

Y no era la única persona que vio la figura; por la acera paseaban un hombre y una mujer con un niño pequeño que correteaba delante de ellos, y el niño, con una exclamación, dio un brinco y empezó a hacer gestos, lleno de excitación.

—¡Eh, papá, mira! ¿Sabes lo que es? Mira, es un papoola.

—Oh, vaya —dijo el hombre con una sonrisa—, sí que lo es. Mira, Marion, allí hay una de esas criaturas marcianas escondiéndose bajo el cartel. ¿Qué te parece si nos acercamos y charlamos con ella un rato? —Empezó a andar en aquella dirección con el niño. La mujer, sin embargo, continuó por la acera.

—¡Ven, mami! — instó el niño.

En su oficina, Al tocó levemente los controles del mecanismo que tenía en el interior de su camisa. El papoola emergió de debajo del letrero de LOONY LUKE, y Al hizo que se arrastrara sobre sus seis patas cortas y macizas hacia la acera, con su sombrerito redondo y tonto resbalando sobre una de sus antenas y los ojos cruzándose y descruzándose mientras se dirigía hacia la mujer. Establecido el tropismo, el papoola trotó con esfuerzo tras ella, para delicia del niño y de su padre.

—¡Mira, papi, está siguiendo a mami! ¡Hey mami! ¡Hey mami, date la vuelta y mira!

La mujer miró hacia atrás, vio al organismo en forma de plato con su cuerpo insectoide naranja y se echó a reír. Todo el mundo ama a los papoolas, pensó Al. Miren al gracioso papoola marciano. Habla, papoola; di hola a la agradable dama que está riéndose de ti.

Los pensamientos del papoola, dirigidos a la mujer, alcanzaron a Al. La estaba saludando, diciéndole lo encantado que estaba de conocerla, calmándola y coaccionándola, suave y zalamero, hasta que ella por fin cruzó la acera hacia él para unirse con su marido y su niño, y los tres recibieron juntos los impulsos mentales que emanaban de la criatura marciana que había venido a la Tierra sin planes hostiles, sin capacidad para causar problemas. El papoola también los amaba, igual que ellos lo amaban a él; les transmitía la gentileza y la cálida hospitalidad que se acostumbraba en su propio planeta.

Qué lugar maravilloso debe de ser Marte, pensaban sin dudar el hombre y la mujer mientras el papoola emitía sus recuerdos, su actividad. Dios, no es una sociedad fría y esquizoide como la terrícola; nadie espía a nadie, ni hace interminables exámenes *polrel*, ni informa sobre ellos a los Comités de Seguridad del edificio cada quince días. Piensen en ello, les decía el papoola mientras seguían clavados a la acera, incapaces de continuar adelante. Allí uno es su propio jefe, libre para trabajar su tierra, creer en sus propias creencias, ser uno mismo. Mírense, temerosos incluso de estar aquí escuchando. Temerosos de...

—Será mejor que nos vayamos —le dijo el hombre a su esposa con voz nerviosa.

—Oh, no —imploró el niño—. ¿Qué oportunidad tenemos de hablar con un papoola? Debe de pertenecer a esa jungla de carcachas, allí...

El niño señaló en su dirección, y Al se sintió bajo el agudo escrutinio del hombre.

—Por supuesto —dijo el hombre—. Lo han traído aquí para que venda carcachas. Está trabajando sobre nosotros, suavizándonos. —El encantamiento se desvaneció de su cara visiblemente—. Allí está sentado el tipo que lo hace funcionar.

Pero el papoola pensó: lo que os cuento es verdad. Aunque esto sea un gancho de venta. Podrían ustedes ir allí, a Marte. Usted y su familia pueden verlo con sus propios ojos..., si tienen el valor de liberarse. ¿Pueden hacerlo? ¿Es usted un hombre de verdad? Compre una carcacha Loony Luke...; cómprela mientras aún tiene la oportunidad: ya sabe que, un día no muy lejano, la ley va a acabar con ellas. Y entonces ya no habrá más ninguna Jungla de Carcachas. No más fisuras en el muro de la sociedad autoritaria, a través por las cuales unos pocos —unos pocos afortunados— pueden escapar.

Tocando los controles de su pecho, Al aumentó la potencia máxima. La fuerza de la psique del papoola se incrementó, atrayendo al hombre, llegando a controlarlo. Usted tiene que comprar una carcacha, instó el papoola. Facilidades de planes de pago, garantía de servicio, muchos modelos para escoger. Éste es el momento de firmar. No lo retrase. El hombre dio un paso hacia el solar. De prisa, le dijo el papoola. Las autoridades pueden cerrar el negocio de un momento a otro, y su oportunidad desaparecerá para siempre.

—Así es como lo... utilizan —dijo el hombre con dificultad—. El animal seduce a la gente. Hipnosis. Tenemos que marcharnos.

Pero no se marchó. Era demasiado tarde. Iba a comprar una carcacha y desde la oficina, empleando su caja de mandos, Al estaba conduciendo al hombre hacia adentro.

Sin apresurarse, Al se puso de pie. Complacido. Era el momento de salir y cerrar el trato. Desconectó el papoola. abrió la puerta de la oficina y salió al solar...

Y vio a una figura familiar abriéndose paso entre las carcachas hacia él. Era su hermano Ian, al que no había visto desde hacía años. Por Dios, pensó Al. ¿Qué es lo que quiere? ¡Y precisamente en un momento como éste!

—¡Al! —llamó su hermano, haciendo gestos—. ¿Puedo hablar contigo un segundo? No estás muy ocupado, ¿verdad?

Se acercó, sudoroso y pálido mirando a los lados con aspecto asustado. Había envejecido desde la última vez que Al le había visto.

—Escucha —dijo Al, lleno de furia.

Pero ya era demasiado tarde; la pareja y su hijo se habían liberado y se marchaban a toda prisa calle abajo.

—Yo, ejem, pretendía no molestarte —murmuró Ian.

—No me molestas —dijo Al mientras observaba apesadumbrado como se marchaban sus tres clientes—. Bien, ¿cuál es el problema, Ian? No te ves bien. ¿Estás enfermo? Ven, entra en la oficina.

Condujo a su hermano al interior y cerró la puerta.

—He encontrado mi garrafa —comenzó Ian—. ¿Recuerdas cuando intentábamos aparecer en la Casa Blanca? Al, tenemos que intentarlo una vez más. Para ser honesto, no puedo seguir así. No soporto haber fracasado en lo que era lo más importante de nuestras vidas.

Jadeando, se secó la frente con su pañuelo. Sus manos temblaban.

—Ya ni siquiera conservo mi garrafa —dijo Al.

—Pues deberías. Bueno, podemos grabar cada uno nuestra parte por separado con mi garrafa y luego sintetizarlas en una cinta y presentarla a la Casa Blanca. No sé si puedo soportar esta sensación de estar atrapado. Tengo que volver a tocar. Si empezamos a practicar ahora mismo con las *«Variaciones Goldberg»*, en un par de meses podríamos...

—¿Sigues viviendo en ese sitio? —interrumpió Al—. ¿En el Abraham Lincoln?

Ian asintió.

—¿Y aún conservas ese trabajo en Palo Alto? ¿Sigues siendo inspector de equipo? —No podía comprender por qué Ian Duncan estaba tan trastornado—. Diablos, en el peor de los casos, podrías emigrar. Tocar la garrafa está fuera de toda discusión. No la he tocado desde hace años; desde la última vez que te vi, en realidad. Espera un segundo.

Empezó a teclear los mandos que controlaban al papoola; la criatura respondió y comenzó a regresar lentamente a su lugar bajo el cartel.

—Creí que estaban todos muertos —comentó Ian al verlo.

—Lo están.

—Pero ése de ahí se mueve y...

—Es una falsificación —dijo Al—, un simulacro. Yo lo controlo. —Le mostró a su hermano la caja de mandos—. Atrae a la gente de la acera. De hecho, se supone que Luke tiene uno auténtico sobre el que se han modelado todos los demás. Nadie lo sabe con seguridad, y la ley no puede tocar a Luke porque técnicamente ahora es un ciudadano de Marte. No puede hacerle soltar el verdadero, si es que lo tiene. —Al se sentó y encendió un cigarrillo—. Suspende tu examen *polrel* —le dijo a Ian—. Pierde tu apartamento y recupera tu depósito original. Tráeme el dinero y me encargaré de darte una carcacha en condiciones buenas que te lleve a Marte. ¿Qué te parece?

—Intenté fallar en mi examen —dijo Ian—, pero no me dejaron. Falsificaron los resultados. No quieren que me marche. No quieren soltarme.

—¿Quiénes son «ellos»?

—El hombre del apartamento de al lado. Se llama Edgar Stone..., creo. Lo hizo deliberadamente. Lo vi en la expresión de su cara. Tal vez imaginaba que me estaba haciendo un favor..., no lo sé. —Miró alrededor—. Tienes aquí una pequeña y agradable oficina. Duermes en ella, ¿no? Y cuando se traslada, te trasladas con ella.

—Sí —dijo Al—, siempre estamos preparados para despegar.

La Policía casi le había pescado en un buen número de veces, incluso a pesar de que el solar podía conseguir velocidad orbital en seis minutos. El papoola detectaba su aproximación, pero no con el tiempo suficiente para un escape confortable; generalmente la huida se hacía a la carrera y desorganizadamente, abandonando parte de su inventario de carcachas atrás.

—Estás un salto delante de ellos —se divirtió Ian—. Y, sin embargo, no te preocupa. Supongo que es todo cuestión de actitud.

—Si me atrapan, Luke pagará mi fianza —dijo Al.

La imponente y poderosa figura de su jefe estaba siempre allí, respaldándole. ¿De qué tenía que preocuparse? El magnate de las carcachas conocía un millón de trucos. El clan Thibodeaux limitaba sus ataques contra él a artículos de fondo publicados en revistas populares y en la TV, hablando

como arpías sobre la vulgaridad de Luke y el mal estado de sus vehículos; le tenían un poco de miedo, sin duda.

—Envidio tu equilibrio —dijo Ian—. Tu prestancia. Tu calma.

—¿No tiene un capellán tu edificio? Ve y habla con él.

—De nada sirve —dijo Ian amargamente—. Ahora mismo es Patrick Doyle, y está tan mal como yo. Y Don Klugman, nuestro gerente, está aún peor. Es un manojo de nervios. De hecho, todo nuestro edificio está cargado de ansiedad. Quizá tenga que ver con los ataques de sinusitis de Nicole.

Mirando a su hermano, Al vio que estaba hablando en serio. La Casa Blanca y todo lo que representaba significaban tanto para él; aún dominaba su vida, como había sucedido en el pasado, cuando eran niños.

—Por tu bien, buscaré mi garrafa y practicaré —dijo Al suavemente—. Lo intentaremos una vez más.

Sin habla, Ian le miró con la boca abierta de gratitud.

Sentados juntos en la oficina de negocios del Abraham Lincoln, Don Klugman y Patrick Doyle estudiaban juntos la solicitud que el Sr. Ian Duncan, del número 304, acababa de presentarles. Ian deseaba aparecer en la exhibición de talentos que el edificio celebraba dos veces por semana, cuando un buscador de talentos de la Casa Blanca estuviera presente. Klugman vio que la petición era rutinaria, excepto que Ian proponía representar su número junto a otro individuo que no vivía en el Abraham Lincoln.

—Es su hermano. —dijo Doyle, reflexionando—. Me lo dijo una vez; ellos dos solían representar este número hace años. Música barroca con dos garrafas. Una novedad.

—¿En que Edificio Comunal de Apartamentos vive su hermano? —Preguntó Klugman. La aprobación de la solicitud dependería de cómo estuvieran las relaciones entre el Abraham Lincoln y el otro edificio.

—En ninguno. Vende carcachas para ese Loony Luke, ustedes saben. Esas naves pequeñas y baratas que apenas llegan a Marte. Me parece que vive en el solar, hasta donde entiendo. Los solares se mueven, cambian de lugar; es un existencia nómada. Estoy seguro que han oído hablar de ellos.

—Sí —concordó Klugman—, y está totalmente fuera de discusión. No podemos permitir ese acto en nuestro escenario, no con un hombre como ése involucrado. No hay razón para que Ian Duncan no toque su garrafa; es un derecho político básico y no me sorprendería que fuera una actuación satisfactoria. Pero va contra nuestras tradiciones dejar que participe un forastero; nuestro escenario es sólo para nuestra propia gente, siempre lo ha sido y siempre lo será. No hay necesidad de discutirlo.

Miró al capellán críticamente.

—Es verdad —dijo Doyle—, pero es un pariente de sangre de uno de los nuestros, ¿cierto? Es legal que uno de nosotros invite a un pariente a mirar los *shows* de talentos... así que ¿por qué no dejarlo participar? Esto significa mucho para Ian; creo que sabes que últimamente ha estado fallando. No es una persona muy inteligente. La verdad es que creo que debería estar desempeñando un trabajo manual. Pero si tiene habilidades artísticas, por ejemplo este concepto de la garrafa...

Al examinar sus documentos, Klugman vio que un cazador de talentos de la Casa Blanca asistiría a un *show* en el Abraham Lincoln en dos semanas. Los principales actos del edificio serían, por supuesto, seleccionados para

esa noche... «Los Hermanos Duncan y su Banda de Garrafas de Dos Hombres» tendrían que competir exitosamente para poder obtener ese privilegio, y había varios actos que eran probablemente superiores. Después de todo, eran garrafas... sin ni siquiera apoyo electrónico.

—Está bien —decidió en voz alta—. Accedo.

—Estás mostrando tu lado humano —dijo Doyle, con una expresión de sentimentalismo que disgustó a Klugman—.Creo que todos disfrutaremos con Bach y Vivaldi y su interpretación a cargo de «Los Hermanos Duncan» y sus garrafas inimitables.

Klugman, dudando, asintió.

La gran noche, cuando empezaron a entrar en el auditorio en la primera planta de los Apartamentos Abraham Lincoln, Ian Duncan vio, deslizándose tras su hermano, la figura chata y escurridiza de la criatura marciana, el papoola. Se detuvo en seco.

—¿Para qué traes eso?

—No lo comprendes —dijo Al—. ¿No tenemos que ganar?

—De esa manera no —contestó Ian tras una pausa.

Lo comprendía perfectamente; el papoola atraparía a la audiencia como había hecho con los transeúntes. Utilizaría su influencia extrasensorial sobre ellos, forzándolos a tomar una decisión favorable. Vaya con la ética del vendedor de carcachas, pensó Ian. Para su hermano aquello parecía perfectamente normal; si no podían ganar por su habilidad tocando las garrafas, lo harían gracias al papoola.

—Vamos, no seas nuestro peor enemigo —dijo Al, gesticulando—. Todo lo que nos hace falta es un poco de técnica subliminal de ventas, como las que se han estado usando desde hace un siglo... Es un método antiguo y de buena reputación para inclinar la opinión pública a tu favor. Admitámoslo: llevamos años sin tocar la garrafa profesionalmente.

Tocó los controles en su cintura y el papoola se apresuró a alcanzarles. Una vez más, Al tocó los controles...

Y un pensamiento persuasivo se formó en la mente de Ian. ¿Por qué no? Todo el mundo lo hace.

—Quítame esa cosa de encima, Al —dijo con dificultad.

Al se encogió de hombros. Y el pensamiento que había invadido la mente de lan se retiró gradualmente. Sin embargo, permaneció un residuo. Ya no estaba seguro de su postura.

—Esto no es nada comparado con lo que pueden conseguir las máquinas de Nicole —señaló Al, viendo la expresión de su cara—. Un papoola aquí y allá, contra ese instrumento de persuasión en el que Nicole ha convertido a la televisión... Allí sí que tienes un verdadero peligro, Ian. El papoola es tosco; sabes que estás trabajando con él. Pero cuando escuchas a Nicole... la presión es tan sutil, tan completa...

—No sé nada sobre eso —dijo Ian—. Sólo sé que, a menos que tengamos éxito, a menos que consigamos tocar en la Casa Blanca, por lo que a mí respecta la vida no merece la pena. Y nadie ha metido esa idea en mi cabeza. Es así como me siento; es mi propia idea, maldita sea.

Mantuvo la puerta abierta, y Al entró en el auditorio, sosteniendo su garrafa por el asa. Ian le siguió, y un momento después los dos subieron al escenario, ante el salón parcialmente lleno.

—¿La has visto alguna vez? —preguntó Al.

—La veo todo el tiempo.

—Quiero decir de verdad. En persona. En carne y hueso.

—Por supuesto que no —dijo Ian.

Ése era el motivo de su deseo de éxito, de llegar a la Casa Blanca. La verían de verdad, no sólo su imagen por televisión. Ya no sería más una fantasía..., sería de verdad.

—Yo la vi una vez —dijo Al—. Acababa de aparcar el solar, la Jungla de Carcachas Número Tres, en una avenida comercial principal de Shreveport, Louisianna. Era temprano, más o menos las ocho de la mañana. Vi unos coches oficiales acercándose; naturalmente pensé que era la Policía... Empecé a despegar. Pero no lo era. Se trataba de un desfile de autos en el que iba Nicole, que se disponía a inaugurar un nuevo Edificio de Apartamentos el más grande de todos.

—Sí —dijo Ian—. El Paul Bunyan.

El equipo de fútbol del Abraham Lincoln jugaba todos los años contra su equipo, y siempre perdía. El Paul Bunyan tenía más de diez mil residentes, y todos ellos procedían de la clase administrativa; era un Edificio de Apartamentos exclusivo para miembros activos del Partido, y tenían que pagar unos alquileres increíblemente altos.

—Deberías haberla visto —dijo Al pensativo, mientras se sentaba frente al público con su garrafa en el regazo.

Sacudió la cabeza, tanteando al papoola con el pie; se había colocado tras su silla, fuera de la vista.

Sí —murmuró—, de veras deberías haberla visto. No es lo mismo que en tele, Ian. De veras que no.

Ian asintió. Había comenzado a sentirse aprehensivo, ahora; en pocos minutos serían presentados. Había llegado su prueba.

Viendo que Ian agarraba su garrafa con fuerza, Al preguntó:

—¿Utilizo al papoola o no? Tú decides.

Enarcó una ceja, pero su cara mostraba comprensión.

—Utilízalo —dijo Ian.

—De acuerdo.

Al introdujo la mano dentro de su saco y movió los controles. Y, saliendo detrás de la silla, el papoola rodó hacia delante, con sus antenas desplegadas y sus ojos cruzándose y descruzándose.

Al momento la audiencia se puso inmediatamente alerta. La gente se inclinó hacia adelante para ver; algunos de ellos sonriendo con deleite.

—Miren —dijo un hombre con excitación Era el viejo Joe Purd, tan ansioso como un niño—. ¡Es un papoola!

Una mujer se puso de pie para ver con más claridad, e Ian pensó para sí: todo el mundo quiere al papoola. Nosotros ganaremos, toquemos la garrafa o no. ¿Y entonces qué? ¿Conocer a Nicole nos hará aun más infelices de lo que somos? ¿Es eso lo que sacaremos de este descontento masivo, sin esperanza? ¿Un dolor, una carestía que no puede ser nunca satisfecha en este mundo?

Era demasiado tarde para echarse atrás, ahora. Las puertas del auditorio se habían cerrado y Don Klugman se levantaba de su asiento, golpeando la mesa para poner orden.

—Bueno, amigos —dijo por medio del micrófono que llevaba en la solapa—. Vamos a tener una pequeña exhibición de talentos para nuestra diversión, ahora mismo: «Los Hermanos Duncan y sus Garrafas Clásicas» con un

mosaico de melodías de Bach y Händel que seguro que les hará marcar el ritmo con los pies.

Miró pícaramente a Ian y a Al, como diciendo: «¿Qué os parece esa introducción?»

Al no le prestó atención; manipulaba sus controles y miraba pensativo a la audiencia. Luego, por fin, levantó su garrafa, miró a Ian y entonces marcó el compás con el pie. *«La Fuga en Si Menor»* abría su repertorio, y Al empezó a soplar en su garrafa, iniciando el tema: «Bum, bum, bum. Bum-bum-bum-bum-bum-bum de-bum. De bum, de bum, de de-de bum...». Sus mejillas se volvieron rojas y tersas mientras soplaba.

El papoola deambuló por el escenario, luego bajó con una serie de movimientos tontos e incómodos, hasta la primera fila del público. Había empezado a trabajar.

Al le hizo un guiño a Ian.

Las noticias colocadas en el tablero del boletín comunal afuera de la cafetería del Abraham Lincoln de que los Hermanos Duncan habían sido elegidos por el cazador de talentos para actuar en la Casa Blanca sorprendió a Edgar Stone. La leyó una y otra vez, preguntándose cómo aquel hombrecito, nervioso y anodino había conseguido hacerlo.

Tiene que haber trampa, se dijo Stone. Igual que cuando le aprobé en sus pruebas de política..., alguien más tiene que haber falsificado unos cuantos resultados en la línea de talento. Él mismo había oído las garrafas; había estado presente en el programa, y «Los Hermanos Duncan, Garrafas Clásicas», simplemente no eran así de buenos. Eran buenos, sí, había que admitirlo... pero intuitivamente sabía que había algo más involucrado.

En su interior experimentó furia, un resentimiento por haber falsificado la calificación de la prueba de Duncan. Yo le he puesto en el camino del éxito, advirtió Stone; yo lo salvé. Y ahora está camino a la Casa Blanca.

No le extrañaba que Duncan hubiera sacado una calificación tan pobre en el examen de política, se dijo Stone. Obviamente, había estado muy ocupado practicando con su garrafa; no tiene tiempo para las realidades comunes y corrientes con las que tenía que lidiar el resto de la humanidad. Debe ser grandioso ser un artista, pensó Stone con amargura. Estás exento de todas las reglas y responsabilidades; puedes hacer lo que quieras.

Vaya si me ha hecho quedar como un tonto, se dijo Stone.

Stone se dirigió rápidamente al salón del segundo piso y llegó a la oficina del capellán del edificio; tocó el timbre y la puerta se abrió, mostrándole al sacerdote inmerso en su trabajo de escritorio, con la cara arrugada por la fatiga.

—Um, este..., padre —dijo Stone—, me gustaría confesarme. ¿Puede dedicarme unos minutos? Es muy urgente para mi mente, mis pecados, quiero decir.

Patrick Doyle, frotándose la frente, asintió.

—Sssi —murmuró—. O llueve o diluvia. Hasta el momento ya ha habido diez residentes pidiendo usar el confesionario. Adelante. —Señaló hacia la cámara que daba a su oficina—. Siéntese y conéctelo usted mismo. Estaré escuchando mientras lleno estas formas 4-10 de Boise.

Lleno de furiosa indignación, con sus manos temblando, Edgar Stone conectó los electrodos del confesionario en los lugares adecuados de su

cráneo, y entonces, tomando el micrófono, empezó a confesarse. Los tambores de cinta de la máquina se pusieron a girar mientras hablaba.

—Movido por un falso sentimiento de piedad —dijo—, infringí una regla del edificio. Sin embargo, lo que me preocupa principalmente no es el acto en sí sino los motivos que hay tras él. El acto es meramente el efecto de una falsa actitud hacia mis compañeros residentes. Este individuo, mi vecino el Sr. Duncan, salió muy mal en su reciente prueba *polrel* y me di cuenta de que lo expulsarían del Abraham Lincoln. Me identifiqué con él porque inconscientemente me considero un fracasado, tanto como residente de este edificio como hombre, así que falsifiqué su calificación para indicar que había aprobado. Obviamente, habrá que aplicar una nueva prueba *polrel* al Sr. Duncan y la que yo falsifiqué tendrá que ser declarada nula.

Miró al capellán, pero no percibió ninguna reacción evidente.

Eso se encargará de Ian Duncan y su Garrafa Clásica, se dijo Stone.

Para entonces el confesionario había analizado ya su confesión; escupió una tarjeta, y Doyle se puso de pie cansadamente para recibirla. Tras un largo y cuidadoso estudio le miró con suspicacia.

—Señor Stone —dijo—, el punto de vista que se expresa aquí es que su confesión no es una confesión. ¿Qué tiene realmente en mente? Regrese y empiece de nuevo; usted no ha hurgado hasta el fondo como para sacar a la luz el material genuino. Y le sugiero que empiece confesando que antes lo hizo incorrectamente de un modo consciente y deliberado.

—No es así— dijo Stone, o intentó decirlo; su voz le había abandonado, ahogada por la fatiga—. Tal vez pueda discutir esto con usted informalmente. Yo falsifiqué la calificación de la prueba de Ian Duncan; eso es un hecho. Ahora bien, tal vez mis motivos para hacerlo...

Doyle le interrumpió.

—¿No estará celoso de Duncan? ¿De su éxito con la garrafa, el premio de la Casa Blanca?

Se produjo un silencio.

—Podría... podría ser —carraspeó Stone, admitiéndolo al fin—. Pero esto no cambia el hecho de que Ian Duncan no debería estar viviendo aquí, debería ser expulsado, independientemente de mis motivos. Mírelo en el Código de los Edificios de Apartamentos Comunales. Sé que hay una sección que cubre una situación como ésta.

—Pero usted no puede salir de aquí sin confesarse —insistió el capellán—; tendrá que satisfacer a la máquina. Usted está intentando forzar la expulsión de un vecino para satisfacer sus propias necesidades psicológicas y emocionales. Confiéselo, y entonces tal vez podamos discutir las regulaciones del Código y aplicarlas al caso de Duncan.

Stone gruñó y una vez más se colocó los electrodos a su cráneo.

—Está bien —rechinó los dientes—. Odio a Ian Duncan porque está dotado artísticamente y yo no. Estoy dispuesto a ser examinado por un jurado compuesto de doce residentes de entre mis vecinos para ver cuál es la pena por mi pecado; pero insisto que a Duncan se le haga otra prueba *polrel.* No cejaré con esto; él no tiene derecho a vivir aquí entre nosotros. ¡Es moral y legalmente incorrecto!

—Al menos ahora está siendo honesto —dijo Doyle.

—De hecho —dijo Stone—, la verdad es que yo disfruto la música de las bandas de garrafa; me gustó su música, la otra noche. Pero tengo que comportarme de un modo que creo conviene a los intereses comunales.

Le pareció que el confesionario asentía con escarnio cuando escupió una segunda tarjeta. Pero quizás era tan sólo su imaginación.

—Está usted profundizando —dijo Doyle, tras leer la tarjeta—. Mire esto. —Le pasó la tarjeta a Stone, sonriente—. Su mente es una mezcla de motivos confusos y ambivalentes. ¿Cuándo fue la última vez que se confesó?

Creo que... el pasado agosto —murmuró Stone, enrojeciendo—. Pepe Jones era el capellán entonces.

—Habrá que trabajar mucho con usted —dijo Doyle, encendiendo un cigarrillo y reclinándose en su sillón.

Después de muchas discusiones, habían decidido que el número de apertura en su presentación en la Casa Blanca sería la *«Chacona en Fa»* de Bach. A Al siempre le había gustado, a pesar de las dificultades involucradas, los silencios dobles y demás. Sólo el hecho de pensar en la *«Chacona»* ponía nervioso a Ian. Ahora que por fin lo habían decidido, deseaba haberse inclinado en la más sencilla *«Suite para cincuenta violoncelos sin acompañamiento».* Pero ahora era demasiado tarde. Al había mandado la información al Secretario de A.R. (Artistas y Repertorio) de la Casa Blanca, Harold Slezak.

—No te preocupes, te toca la segunda garrafa en esto. ¿Te importa ser segunda garrafa conmigo? —dijo Al.

—No —dijo Ian.

En realidad era un alivio. Al tenían una parte mucho más difícil.

Afuera del perímetro de la Jungla de Chatarra Número Tres, el papoola se movía, zigzagueando por la acera mientras se deslizaba, cruzando una y otra vez la calle en su silenciosa búsqueda de clientes. Eran sólo las diez de la mañana, y todavía no había aparecido nadie que mereciera la pena. Hoy el solar se había posado en la sección montañosa de Oakland, California, entre las serpenteantes calles cubiertas de árboles de la mejor zona residencial. Al otro lado del solar, frente al lote, Ian podía ver el Joe Louis, un Edificio de Apartamentos de forma peculiar, pero llamativa, donde había mil unidades, la mayoría ocupadas por negros acomodados. El edificio, por efecto del sol de la mañana, lucía especialmente limpio y cuidado. Un guarda, con placa y pistola, patrullaba la entrada para impedir que entrara nadie que no viviera en el edificio.

—Slezak tiene que dar el visto bueno al programa —le recordó Al—. Tal vez Nicole no quiera oír la *«Chacona»*; ella tiene gustos muy especializados que cambian constantemente.

En su imaginación, Ian vio a Nicole sentada en su enorme cama, vestida con su camisón rosado y lleno de encajes, con la bandeja del desayuno al lado, mientras revisaba el programa que le habían presentado para que diera su aprobación. Ya ha oído hablar de nosotros, pensó. Conoce nuestra existencia. En ese caso, existimos de verdad. Igual que un niño pequeño tiene que tener a su madre observando todo lo que hace, estamos alcanzando nuestra existencia, validados por la mirada de Nicole.

Y cuando aparte su mirada de nosotros, entonces ¿qué? ¿Qué nos sucederá después? ¿Nos desintegraremos, nos volveremos a hundir en el olvido?

De vuelta a los átomos amorfos y aleatorios, pensó. Al lugar de donde venimos..., el mundo del no-ser, el mundo en el que hemos estado toda la vida, hasta ahora.

—Y puede que nos haga una petición —dijo Al—. Puede que incluso nos pida su favorita. He investigado, y parece que a veces pide *«El Granjero Feliz»* de Schumann. ¿Tienes eso presente? Mejor trabajemos *«El Granjero Feliz»* por si acaso.

Sopló unos cuantos tut tuts en su garrafa, pensativo.

—No puedo hacerlo —dijo Ian bruscamente—. No puedo continuar. Significa demasiado para mí. Algo saldrá mal; no le complaceremos y nos echarán a patadas. Y no seremos capaces de olvidarlo nunca.

—Mira —empezó a decir Al—, tenemos al papoola. Y eso nos da…

Se interrumpió. Un hombre de cierta edad, alto, fornido y de hombros anchos vestido con un costoso traje azul de fibra natural con rayas finas venía por la acera.

—Dios mío, si es Luke en persona —dijo Al. Parecía asustado—. Sólo le he visto dos veces antes en mi vida. Algo debe andar mal.

—Será mejor que recojas al papoola —dijo Ian.

El muñeco había empezado a moverse hacia Loony Luke.

—¡No puedo! —exclamó Al, con una expresión de asombro en la cara. Tocaba desesperado los controles en su cintura—. No me responde.

El papoola alcanzó a Luke y éste se agachó, lo recogió y continuó caminando hacia el solar, con el papoola bajo el brazo.

—Puede más que yo —dijo Al, y miró a Ian, aturdido.

La puerta de la pequeña estructura se abrió y Luke entró.

—Recibimos un reporte de que estás usando esto en tu tiempo libre, para tus propios propósitos —le dijo a Al, con una voz baja y grave—. Se te dijo que no lo hicieras; el papoola pertenece al solar, no al operario.

—Oh, vamos, Luke… —dijo Al.

—Debería despedirte —dijo Luke—, pero eres un buen vendedor, así que te retendré por un tiempo. Mientras tanto, tendrás que mantener tu cuota de ventas sin ayuda. —Con el papoola agarrado, empezó a retirarse—. Mi tiempo es valioso. Tengo que irme. —Entonces vio la garrafa de Al—. Ese no es un instrumento musical. Es una cosa para poner whisky dentro.

—Escucha, Luke, esto es publicidad —dijo Al—. Actuar ante Nicole significa que la Red de Junglas de Carcachas ganará prestigio. ¿No lo ves?

—Yo No quiero prestigio —dijo Luke, deteniéndose ante la puerta—. No le organizo fiestas a Nicole Thibodeaux; deja que dirija su sociedad como le venga en gana, y yo dirigiré las Junglas del modo como quiera. Ella me deja en paz y yo la dejo en paz a ella, y por mí no hay inconveniente en seguir así. No lo revuelvas todo. Dile a Slezak que no puedes presentarte en el programa y olvida el asunto; ningún hombre adulto con sentido común soplaría en una botella vacía, de todos modos.

—Pero allí es donde te equivocas —dijo Al—. Se puede encontrar arte en las cosas más mundanas y cotidianas de la vida, como en estas garrafas, por ejemplo.

—Ahora no dispones del papoola para influir sobre la Primera Familia —dijo Luke, limpiándose los dientes con un palillo de plata—. Será mejor que lo pienses. ¿De veras esperas conseguirlo sin el papoola? —dijo sonriendo.

—Él tiene razón —le dijo Al a Ian tras una pausa—. El papoola lo hizo por nosotros. Pero…, demonios, sigamos adelante de todas formas.

—Tienes agallas —dijo Luke—, pero no sentido común. Sin embargo, no me queda más remedio que admirarte. Puedo ver por qué has sido un vendedor de primera para la organización, no te rindes. Usa el papoola la

noche en que toques en la Casa Blanca y devuélvemelo a la mañana siguiente.

Le tendió la criatura redonda, de ojos saltones y forma de insecto. Al la recogió y la apretó contra su pecho como si fuera una gran almohada.

—No le gustamos a Nicole. Demasiadas personas se le han escapado de entre las manos por nuestra culpa; somos una gotera en la estructura de mamá, y mamá lo sabe —dijo Luke.

Sonrió una vez más, mostrando sus dientes de oro.

—Gracias, Luke —dijo Al.

—Pero yo manejaré al papoola —advirtió Luke—. Por control remoto. Soy un poco más diestro que tú. Después de todo, yo los construí.

—Claro —dijo Al—. De todas formas, tendré las manos ocupadas.

—Sí —dijo Luke—, necesitarás las dos manos para tocar esa botella.

Algo en el tono de Luke intranquilizó a Ian Duncan. ¿Qué estará tramando?, se preguntó. Pero en cualquier caso él y su hermano no tenían opción; tenían que tener al papoola trabajando para ellos. Y sin duda Luke podía hacer un buen trabajo manejándolo, ya había demostrado su superioridad sobre Al, y éste, como él mismo había reconocido, estaría muy ocupado soplando su garrafa. Sin embargo...

—Loony Luke, ¿ha visto alguna vez a Nicole? —preguntó Ian.

Fue un pensamiento repentino. Una intuición.

—Seguro —dijo Luke sin perturbarse—. Hace años. Tenía unas marionetas. Mi padre y yo viajábamos por ahí y dábamos representaciones con ellas. Finalmente nos presentamos en la Casa Blanca.

—¿Y qué pasó? —preguntó Ian.

—No le interesamos.—dijo Luke, tras una pausa—. Dijo algo así como que las marionetas eran indecentes.

Y por eso tú la odias, se dio cuenta Ian. Nunca la perdonaste.

—¿Lo eran? —le preguntó a Luke.

—No. Sí es verdad que uno de los números era un *striptease*. Teníamos marionetas de coristas. Pero nadie había puesto objeciones nunca. Fue muy duro para mi padre, pero a mí no me importó.

Su cara estaba imperturbable.

—¿Era Nicole la Primera Dama hace tanto tiempo? —preguntó Al.

—Oh, sí. Lleva en el cargo setenta y tres años, ¿no lo sabían?

—No es posible —dijeron Al e Ian casi al unísono.

—Claro que lo es —dijo Luke—. Es una mujer vieja. Tiene que serlo. Una abuela. Pero supongo que todavía luce bien. Lo sabrán cuando la vean.

—Pero en la televisión... —dijo Ian, anonadado.

—Oh, sí —accedió Luke—. En la televisión luce como de unos veinte años. Pero consulten los libros de historia...; Los hechos están todos allí.

Los hechos, advirtió Ian, no significan nada cuando puedes ver con tus ojos que ella luce más joven que nunca. Y nosotros la vemos cada día.

Luke, Estás mintiendo, pensó. Lo sabemos; todos lo sabemos. Mi hermano la vio, Al lo habría dicho, si de veras fuera así. La odias, ése es tu motivo. Conmocionado, le dio la espalda a Luke. No quería tener nada que ver con ese hombre, ahora. Setenta y tres años en el cargo..., eso querría decir que Nicole tendría ahora casi noventa. Se estremeció ante la idea. La apartó de sus pensamientos. O al menos trató de hacerlo.

—Buena suerte, chicos —se despidió Luke, mordisqueando su mondadientes.

Mientras dormía, Ian Duncan tuvo un sueño terrible. Una horrible mujer vieja con garras verdosas y retorcidas le rasguñaba, obligándole a que hiciera algo... No comprendía lo que pretendía porque su voz, sus palabras, tragadas por su boca sin dientes, enredadas en la saliva que corría barbilla abajo, eran incomprensibles. Luchó por liberarse, por escapar de ella...

—¡Por Cristo! —le llegó la voz malhumorada de Al—. ¡Despierta! Hay que empezar a poner el solar en movimiento. Se supone que tenemos que estar en la Casa Blanca en menos de tres horas.

Nicole, comprendió Ian mientras se sentaba, soñoliento. Era ella la mujer con quien estaba soñando; vieja y decrépita, con verrugas secas y encogidas, pero todavía ella.

—De acuerdo —murmuró mientras se levantaba inseguro del camastro—. Oye, Al ¿y si fuera realmente vieja, como dijo Luke? ¿Y entonces qué? ¿Qué haremos?

—Actuaremos —dijo Al—. Tocaremos nuestras garrafas.

—Pero no podría pasar por eso —dijo Ian—. Mi habilidad para adaptarme es demasiado precaria. Esto se está convirtiendo en una pesadilla. Luke controla al papoola y tal vez Nicole sea vieja... ¿Qué sentido tiene continuar? ¿No podríamos volver a verla solamente en la televisión como siempre y tal vez por una vez en nuestra vida a gran distancia, como hiciste tú en Shreveport? Eso me es suficiente para mí, ahora. Eso quiero: la imagen. ¿De acuerdo?

—No —contestó Al, obstinado—. Tenemos que terminar esto. Recuerda, siempre puedes emigrar a Marte.

El solar ya se había elevado y se movía hacia la Costa Este y Washington DC.

Cuando aterrizaron, Harold Slezak, un hombrecito gordo y rotundo, les saludó calurosamente; estrechó sus manos mientras se dirigían hacia la entrada de servicio de la Casa Blanca.

—Su número es ambicioso —les dijo, rebosante—, pero pueden conseguirlo, va bien con nosotros, con la Primera Familia, quiero decir, y en particular con la Primera Dama, que es activamente entusiasta de todo tipo de forma de arte original. Según sus datos biográficos, ustedes han hecho un estudio exhaustivo de las grabaciones primitivas de los tempranos mil novecientos —tan temprano como 1920—, de las bandas de garrafas supervivientes de la Guerra Civil Americana, así que son auténticos expertos, excepto por supuesto porque tocan música clásica, no popular.

—Sí, señor — aseguró Al.

—¿Podrían ustedes, no obstante, tocar algún número *folk*? —preguntó Slezak mientras pasaban junto a los guardas en la puerta de servicio e ingresaban en la Casa Blanca, por el largo y alfombrado corredor con sus candelas artificiales colocadas a intervalos—. Por ejemplo, sugerimos *«Méceme, Sara Jane»*. ¿La tienen en su repertorio? Si no...

—La tenemos —contestó Al cortante—. La añadiremos cerca del final.

—Bien —dijo Slezak, pasando amablemente delante suyo—. Ahora, ¿podría preguntarles qué criatura es ésta que van cargando? —Miró al papoola con poco entusiasmo—. ¿Está viva?

—Es nuestro animal tótem —dijo Al.

—¿Quiere decir que es una especie de amuleto? ¿Una mascota?

—Exacto —afirmó Al—. Con él mitigamos la ansiedad. —Dio unos golpecitos en la cabeza del papoola—. Y forma parte de nuestro acto, baila mientras tocamos. Ya sabe, como un mono.

—Bueno, pues que me condenen —dijo Slezak, recuperando su entusiasmo—. Ahora comprendo. Nicole estará encantada, ella adora las cosas suaves y peludas.

Slezak les abrió la puerta.

Y allí estaba ella sentada.

¿Cómo podía estar Luke tan equivocado?, pensó Ian. Era incluso más adorable que en su imagen televisiva, y era muy distinta. Ésa era la diferencia capital, la fabulosa autenticidad de su apariencia, su realidad para los sentidos. Los sentidos conocían la diferencia. Aquí estaba, sentada, con pantalones de algodón azul desteñido, mocasines en sus pies, una camisa blanca descuidadamente abotonada a través de la cual podía ver —o imaginaba que podía ver— su piel suave y bronceada... qué informal parecía, pensó Ian. Carecía de pretensiones y de vanagloria. Tenía el pelo corto, lo que permitía ver su cuello hermosamente formado y sus orejas... Y era tan condenadamente joven, pensó. No parecía tener siquiera veinte años. Y la vitalidad. La televisión no podía captarla, el delicado brillo de color todo a su alrededor.

—Nicky —dijo Slezak—, éstos son los concertistas de garrafas clásicos.

Ella alzó la mirada; había estado leyendo un periódico. Ahora les sonreía.

—Buenos días —dijo—. ¿Ya desayunaron? Podemos servirles algo de *tocino* canadiense, panecillos horneados y café, si quieren.

Curiosamente, su voz parecía no proceder de ella; se materializaba desde la parte superior de la habitación, casi desde el techo. Ian miró en esa dirección y vio una serie de altavoces, y descubrió con sorpresa que una barrera de cristal separaba a Nicole de ellos, como medida de seguridad para protegerla. Se sintió decepcionado y a la vez comprendió por qué era necesario. Si algo le sucedía...

—Ya hemos comido, señora Thibodeaux —dijo Al—. Gracias.

Él también miraba hacia los altavoces.

Ya comimos, señora Thibodeaux, pensó locamente Ian. ¿No es justo al contrario? ¿No está ella devorándonos, sentada allí con sus pantalones azules y su camisa de algodón? ¿No es más bien totalmente al revés?

Ahora el Presidente, Taufic Negal, un hombre oscuro, delgado y pulcro, entró colocándose detrás de Nicole; ella levantó su cara hacia él y dijo:

—Mira, Taffy, tienen uno de esos pequeños papoola..., ¿no te parece divertido?

—Sí —dijo el Presidente, de pie junto a su esposa.

—¿Puedo verlo? —le pidió Nicole a Al—. Tráigalo aquí.

Hizo una señal y la pared transparente empezó a alzarse.

Al soltó al papoola y éste se deslizó hacia Nicole, bajo la barrera de seguridad. Brincó y Nicole le tomó de inmediato entre sus manos fuertes y competentes, mirándolo intensamente.

—Vaya, no está vivo —dijo—. Sólo es un juguete.

—No sobrevivió ninguno —explicó Al—. Hasta donde sabemos. Pero éste es un modelo auténtico, basado en restos fósiles hallados en Marte.

Dio un paso hacia ella...

La barrera de vidrio, bruscamente, volvió a colocarse en su sitio. Al quedó separado del papoola y se quedó allí boquiabierto como un tonto, con

aspecto muy trastornado. Entonces, como por instinto, tocó los controles que llevaba en la cintura. El papoola se estremeció. Se deslizó de las manos de Nicole y cayó pesadamente al suelo. Nicole dio un gritito de diversión. Sus ojos brillaban.

—¿Quieres uno, querida? —preguntó su esposo—. Sin duda podemos conseguirte uno, o varios.

—¿Qué hace? —le preguntó Nicole a Al.

Slezak barbotó:

—Baila, madam. Cuando tocan, el ritmo le llega a los huesos...; ¿no es correcto, señor Duncan? Tal vez podrían tocar algo ahora, una pieza breve, para mostrárselo a la señora Thibodeaux.

Se frotó vigorosamente las enormes manos, asintiendo hacia Ian y Al.

—S-seguro —dijo Al—. Ah, podríamos tocar esa pieza de Schubert, el arreglo de *«La Trucha»*. Vamos, Ian, prepárate.

Sacó la garrafa de su funda y la sostuvo en alto, sosteniéndola incómodamente. Ian hizo lo mismo.

—Soy Al Duncan, en la primera garrafa —dijo Al—. Y a mi lado está mi hermano en la segunda garrafa. Vamos a ofrecerle un concierto de clásicos favoritos, empezando con un poco de Schubert. —Y entonces, a una señal de Al, ambos comenzaron a tocar.

Bump bump-bump BUMP-BUMP buump bump, ba-bump-bump bup-bup-bup-bup-bupppppp...

Nicole se echó a reír.

Hemos fracasado, pensó Ian. Dios, había sucedido lo peor: somos ridículos. Dejó de tocar; Al continuó, con las mejillas rojas y sudando por el esfuerzo. Parecía no darse cuenta de que Nicole alzaba las manos para contener su risa a costa de ellos y de sus esfuerzos. Al siguió tocando, solo hasta terminar la pieza, y entonces él también bajó su garrafa.

—El papoola —dijo Nicole, tan inalteradamente como le fue posible—. No ha bailado. No ha dado ni un paso... ¿Por qué?

Y una vez más se echó a reír, incapaz de detenerse.

—Yo... no tengo control sobre él —dijo Al torpemente—. Ahora mismo está bajo control remoto. —Se volvió al papoola—. Será mejor que bailes.

—Oh, la verdad es que es magnífico —dijo Nicole—. Mira —se dirigió a su esposo—, tiene que suplicarle que baile. Baila, cualquiera que sea tu nombre, papoola de Marte, o más bien papoola imitación de Marte. —Tocó al papoola con la punta de su mocasín, intentando animarlo—. Vamos, linda y antigua criaturita sintética, hecha toda de alambres. Por favor.

Apretó un poco más.

El papoola saltó hacia ella. La mordió.

Nicole dio un grito. Un agudo chasquido sonó detrás de ella y el papoola se desvaneció en partículas que giraban. Un guardia de seguridad de la Casa Blanca apareció, con su rifle en las manos, mirando a Nicole y a las partículas flotantes; su cara estaba tranquila, pero sus manos y el rifle temblaban. Al empezó a maldecirse, una y otra vez, repitiendo las mismas palabras incesantemente, las mismas tres o cuatro, sin parar.

—Luke —le dijo entonces, a su hermano—. Ha sido él. Venganza. Es nuestro fin.

Parecía viejo, exhausto, acabado. Reflexivamente, empezó a empacar su garrafa una vez más, mecánicamente, con lentitud paso a paso.

—Quedan ustedes bajo arresto —dijo un segundo guardia de la Casa Blanca, apareciendo detrás de ellos y apuntándoles con su rifle.

—Seguro —lo tranquilizó Al como de piedra, con su cabeza asintiendo, oscilando vacuamente—. No tenemos nada que ver con ello, así que arréstenos.

Poniéndose en pie con ayuda de su esposo, Nicole se acercó lentamente a Ian y Al.

—¿Me mordió porque me reí? —preguntó con voz suave.

Slezak estaba allí parado frotándose la frente. No dijo nada, simplemente se quedó mirándoles, sin verlos.

—Lo siento —dijo Nicole—. Le hice enfadar, ¿no? Es una lástima; habíamos disfrutado su acto.

—Lo hizo Luke —le dijo Al.

—«Luke» —Nicole le estudió—. Loony Luke, quieres decir. Es el dueño de esas terribles Junglas de Carcachas que van y vienen a sólo un paso de la ilegalidad. Sí, sé a quién te refieres, lo recuerdo —y mirando a su marido dijo—: Supongo que mejor lo hacemos arrestar.

—Lo que tú digas —contestó su esposo, escribiendo en un talón de papel.

—Todo este asunto de las garrafas... sólo era una tapadera para llevar a cabo una acción directamente hostil contra nosotros, ¿no? Un crimen contra el Estado. Tendremos que volver a estudiar toda la filosofía de invitar aquí a ejecutantes... quizás ha sido un error desde el principio. Da demasiado acceso a cualquiera que tenga intenciones hostiles hacia nosotros. Lo siento.

Ahora parecía triste y pálida; se cruzó de brazos y se quedó balanceándose hacia adelante y atrás, perdida en sus pensamientos.

—Créame, Nicole... —empezó a decir Al.

Introspectivamente, ella comenzó a hablar:

—No soy Nicole. No me llame así. Nicole Thibodeaux murió hace años. Soy Kate Rupert, la cuarta en ocupar su puesto. Sólo soy una actriz que luce lo bastante parecida como la Nicole original para poder mantener su puesto; y a veces deseo, cuando pasa algo como lo de hoy, desearía no tener que hacerlo. La verdad es que no tengo autoridad, en un sentido estricto. Hay un Consejo en alguna parte que gobierna... ni siquiera les veo nunca. —Le preguntó a su esposo—: ¿Ellos saben acerca de esto, no?

—Sí —afirmó—, ya fueron informados.

—Ya ven —le dijo a Al—, él, incluso el Presidente, tiene de hecho más poder que yo —sonrió apagadamente.

—¿Cuántos... cuántos atentados ha habido contra su vida? —preguntó Al tras una pausa.

—Seis o siete —murmuró ella—. Lo he olvidado. Siempre por razones psicológicas. Complejos de Edipo sin resolver o algo por el estilo. En realidad no me importa. —Se volvió hacia su marido—. La verdad creo que esos dos hombres, allí... —Señaló hacia Al e Ian—. Me parece que no saben lo qué pasa. Tal vez sean inocentes. —Se dirigió a su esposo, a Slezak y al guardia de seguridad—. ¿Tienen que ser destruidos? No veo porqué no pueden sólo erradicar una parte de sus células de memoria de sus cerebros y dejarlos ir. ¿Por qué no hacen eso?

Su esposo se encogió de hombros.

—Si tú lo quieres de ese modo...

—Sí —aseguró Nicole—. Lo preferiría. Haría más fácil mi trabajo. Llévenlos al Centro Médico de Bethesda y después déjenlos en libertad. Y ahora continuemos; concedamos una audiencia a los próximos ejecutantes.

Un guardia de seguridad apretó su arma contra la espalda de Ian.

—Bajando por el corredor, por favor.

—De acuerdo —consiguió murmurar Ian, aferrado a su garrafa. Pero ¿qué pasó?, se preguntó. No comprendo nada. Esta mujer no es realmente Nicole y, aún peor, no hay ninguna Nicole; después de todo, es sólo una imagen televisiva, una ilusión de los medios, y tras eso, tras ella, otro grupo gobierna por completo. Un Consejo de alguna clase. Pero ¿quiénes son ellos y cómo consiguieron el poder? ¿Alguna vez les conoceremos? Hemos llegado tan lejos; casi parecía que conseguiríamos saber lo que ocurre. La realidad tras la ilusión..., ¿No pueden contarnos el resto? ¿Qué diferencia habría ahora? ¿Cómo...?

—Adiós —le estaba diciendo Al.

—¿Q-qué? —lo miró, horrorizado—. ¿Por qué dices eso? Van a soltarnos, ¿no?

—No nos recordaremos el uno al otro. Tienes mi palabra; no se nos permitirá tener ningún recuerdo. Así que... —le tendió la mano—. Así que adiós, Ian. Logramos llegar a la Casa Blanca ¿no? Tampoco lo recordarás, pero es cierto, lo logramos.

Sonrió pícaramente.

—Muévanse —les conminó el guardia de seguridad.

Sosteniendo aún sus garrafas, los dos recorrieron el corredor con calma, en dirección a la puerta y a la ambulancia médica negra que estaba al final.

Era de noche, e Ian Duncan se encontró en la esquina desierta, helado y temblando, cegado por la luz blanca de un andén de carga de un monorriel urbano. ¿Qué estoy haciendo aquí?, se preguntó, confundido. Miró su reloj de pulsera; eran las ocho en punto. Se supone que tengo la Reunión de *Todas las Almas*, ¿no?, pensó confundido.

No puedo faltar a otra, se dio cuenta. Dos seguidas... es una multa terrible; es la ruina económica. Empezó a caminar.

El edificio familiar, el Abraham Lincoln, con todo su despliegue de torres y ventanas, se extendía delante de él. No estaba lejos y se apresuró, respirando profundamente, intentando mantener un buen ritmo. Debe de haber terminado, pensó. Las luces del gran auditorio central no estaban encendidas. Maldición, resopló con desesperación.

—¿*Todas las Almas* ha terminado? —preguntó al portero, mientras entraba en el *lobby* sosteniendo su identificación en alto.

—Está un poco confundido, Sr. Duncan —dijo el portero, guardando su pistola—. *Todas las Almas* fue anoche, hoy es viernes.

Algo va mal, advirtió Ian. Pero no dijo nada; simplemente asintió y se apresuró hacia el ascensor.

Cuando salía del ascensor en su propia planta, una puerta se abrió y una figura furtiva le llamó.

—¡Hey, Duncan!

Era Corley. Cuidadoso, ya que un encuentro como éste podía resultar desastroso, Ian se acercó con cautela.

—¿Qué ocurre?

—Un rumor —dijo Corley, con voz rápida y llena de temor—. Sobre su última prueba *polrel*..., alguna irregularidad. Van a levantarle a las cinco o a las seis de esta madrugada y le van a aplicar una prueba por sorpresa. —Miró arriba y abajo del pasillo—. Estudie los últimos años ochenta y los movimientos religioso-colectivistas en particular. ¿Comprende?

—Claro —dijo Ian, con gratitud—. Y muchas gracias. Tal vez pueda hacer lo mismo... —Se interrumpió, porque Corley había vuelto a entrar en su apartamento y había cerrado la puerta. Ian estaba solo.

Ciertamente, era muy amable por su parte, pensó mientras seguía caminando. Es probable que me haya salvado el pellejo, de ser expulsado a la fuerza de aquí para siempre.

Cuando llegó a su apartamento, se acomodó y se rodeó de todos sus libros de referencia de historia política de los Estados Unidos. Estudiaré toda la noche, decidió. Porque tengo que aprobar ese examen; no tengo otra opción.

Para mantenerse despierto, encendió la televisión. En ese momento, la presencia cálida y familiar de la Primera Dama cobró vida y empezó a inundar la habitación.

—...y en nuestro espectáculo musical de esta noche —estaba diciendo— tendremos un cuarteto de saxofones que tocarán temas de las óperas de Wagner, en especial mi favorita, *«Die Meistersinger»*. Creo que todos lo encontraremos profundamente gratificante, una experiencia enriquecedora digna de atesorar. Y, después de todo, mi esposo el Presidente, y yo hemos dispuesto presentarles de nuevo un viejo favorito de ustedes, el renombrado chelista, Henri LeClercq, con un programa de Jerome Kern y Cole Porter.

Ella sonrió y, desde su pila de libros de referencia, Ian Duncan le devolvió la sonrisa.

Me pregunto cómo sería tocar en la Casa Blanca, se dijo. Actuar ante la Primera Dama. Lástima que nunca haya aprendido a tocar ningún instrumento musical. No sé actuar, ni escribir poemas, bailar o cantar..., nada. Así que, ¿qué esperanza hay entonces para mí? Si hubiera nacido en una familia de músicos, si hubiera tenido un padre o una madre para enseñarme...

Tristemente, subrayó unas cuantas notas sobre el levantamiento del Partido Cristiano-Fascista Francés, en 1975. Y entonces, atraído como siempre por el televisor, soltó el bolígrafo y giró una silla a ver el aparato. Nicole exhibía ahora una pieza de porcelana Delft que había encontrado, según explicaba, en una pequeña tienda en Vermont. Qué colores tan lindos tenía... La miró, fascinado, mientras con sus dedos fuertes y finos acariciaba la brillante superficie de la porcelana.

—Mírenla —murmuraba Nicole con su voz profunda—. ¿No desearían tener una igual? ¿No es adorable?

—Sí —dijo Ian Duncan.

—¿A cuántos de ustedes les gustaría ver algún día una pieza así? —preguntó Nicole—. Levanten la mano.

Ian alzó la mano, lleno de esperanza.

—Oh, muchos —dijo Nicole, mostrando su sonrisa íntima y radiante—. Bien, tal vez más tarde demos otra vuelta por la Casa Blanca. ¿Les gustaría?

—¡Sí, me gustaría! —dijo Ian, saltando en la silla.

En la pantalla del televisor, ella parecía sonreírle directamente. Y por eso le devolvió la sonrisa. Y luego, de mala gana, sintiendo que un gran peso

descendía sobre él, volvió por fin a sus libros de referencia. De vuelta a la cruda realidad de su interminable vida diaria.

Algo chocó contra la ventana de su apartamento y una voz le llamó suavemente.

—¡Ian Duncan, no tengo mucho tiempo!

Ian se dio la vuelta y vio, en la oscuridad de la noche, una forma a la deriva, una construcción ovoide que flotaba. En su interior, un hombre le hacía señas enérgicamente, llamando todavía. El huevo emitió un extraño ruido, *putt-putt*, con sus motores en punto muerto, mientras el hombre abría la escotilla y se levantaba para salir.

¿Ya me están haciendo la prueba?, se preguntó Ian Duncan. Se puso en pie, sintiéndose indefenso. Tan pronto...; aún no estoy preparado.

Furioso, el hombre del vehículo hizo girar los propulsores hasta que el fuego blanco y constante de sus tubos de escape dio contra la superficie del edificio; la habitación se sacudió y cayeron trozos de yeso. La ventana colapsó cuando el calor de las turbinas la hizo pedazos. A través de la abertura, el hombre gritó una vez más, intentando atraer al atontado Ian Duncan.

—¡Hey, Duncan! ¡Date prisa! ¡Ya tengo a tu hermano; está de camino en otra nave!

El hombre era mayor y llevaba traje azul de fibra natural con rayas finas; bajó con destreza del vehículo con forma de huevo y cayó de pie en la habitación.

—Tenemos que empezar a movernos si queremos conseguirlo —prosiguió—. ¿No me recuerdas? Tampoco lo hizo Al. Chico, me quito el sombrero ante ellos.

Ian Duncan le miró, preguntándose quién era él, quién era Al y qué estaba ocurriendo.

—Los psicólogos de mamá hicieron un buen, buen trabajo con ustedes —observó el hombre—. Ese lugar, Bethesda, debe de ser todo un lugar... Espero que nunca me lleven allí. —Se acercó a Ian y lo agarró por el hombro—. La policía está cerrando todas mis Junglas de Carcachas; tengo que largarme a Marte y voy a llevarlos conmigo. Trata de componerte; yo soy Loony Luke... No me recuerdas, pero lo harás cuando estemos todos en Marte y veas de nuevo a tu hermano. Vamos.

Luke le empujó hacia el boquete de la pared, donde antes estuviera la ventana, en dirección al vehículo que estaba al otro lado. Ian advirtió que era una carcacha lo que flotaba más allá.

—De acuerdo —dijo Ian, preguntándose qué iba a llevar consigo.

¿Qué necesitaría en Marte? ¿Cepillo de dientes, pijama, un abrigo grueso? Miró apresuradamente el apartamento, una última inspección.

Muy lejos, sonaban las sirenas de la Policía.

Luke entró en la carcacha, e Ian le siguió, agarrando la mano extendida del hombre mayor. El suelo de la carcacha, como descubrió para su sorpresa, estaba lleno de brillantes criaturas de color naranja, como insectos, ojos saltones que se arrastraban, cuyas antenas se agitaban hacia él. Papoolas, recordó, o algo parecido.

Ahora estarás bien, pensaban los papoolas al unísono. No te preocupes: Loony Luke te salvó justo a tiempo, apenas a tiempo. Ahora sólo relájate.

—Sí —accedió Ian.

Se recostó contra el costado de la carcacha y se relajó; por primera vez en muchos años se sintió en paz.

La nave salió disparada hacia arriba, hacia el vacío de la noche y al nuevo planeta que había más allá.

LA ARAÑA ACUÁTICA

I

Aquella mañana, mientras afeitaba cuidadosamente su cabeza hasta verla brillar, Aron Tozzo consideraba una visión desdichada e insoportable. Veía mentalmente quince convictos de Nachbaren Slager, de tres centímetros de altura todos, en una nave del tamaño de un globo infantil. La nave, que viajaba casi a la velocidad de la luz, seguía su avance lentamente, sin que los hombres que iban a bordo supieran lo que iba a ser de ellos ni les preocupase.

La peor parte de la visión era precisamente que era muy probable que fuera cierta.

Se secó la cabeza, se echó una crema y luego tocó el botón que había dentro de su cuello. Estableció el contacto con el cuadro de mando de la Oficina. Tozzo dijo:

—Admito que no podemos hacer nada para conseguir que esos quince hombres vuelvan, pero al menos podemos renunciar a enviar más.

Su comentario, registrado por la central, pasó a sus colegas de trabajo. Todos se manifestaron de acuerdo; escuchó sus voces mientras se ponía la chaqueta, las zapatillas y el capote. Evidentemente, el vuelo había sido un error; hasta el público lo sabía ya. Pero...

—Pero *seguiremos* —dijo por encima del clamor Eduardo Fermeti, el superior de Tozzo—. Tenemos ya voluntarios.

—¿También de Nachbaren Slager? —preguntó Tozzo.

Naturalmente, los presos se ofrecían voluntarios; su esperanza de vida en el Campo Prisión era sólo de cinco a seis años. Y si el vuelo a Próxima resultaba, los viajeros obtendrían la libertad. No tendrían que volver a uno de los cinco planetas deshabitados del Sistema Solar.

—¿Qué importancia tiene saber de donde proceden? —preguntó suavemente Fermeti.

—Deberíamos dirigir nuestros esfuerzos —dijo Tozzo— a la mejora del Departamento de Fenología, en vez de intentar llegar a las estrellas.

Sintió un súbito deseo de renunciar a su puesto de la Oficina de Emigración y entrar en la política como candidato reformista.

Más tarde, cuando estaba sentado en la mesa ante el desayuno, su mujer le dio unas alentadoras palmadas en el hombro.

—Aron, aún no has conseguido resolverlo, ¿verdad?

—No —admitió secamente—. Y ahora no me preocupa siquiera.

No le contó lo de la otra nave cargada de presos que había sido enviada inútilmente; estaba prohibido hablar del asunto con individuos ajenos al gobierno.

—¿Podrán regresar por sus propios medios?

—No. Porque la masa se perdió aquí, en el Sistema Solar. Para volver tendrían que encontrar *aquí* una masa igual que la remplazara. Ese es el problema. —Exasperado, se consagró a sorber su té, ignorándola. Mujeres, pensó; atractivas pero sin inteligencia—. Necesitan masa aquí —repitió—. Lo cual supongo que estaría bien si hicieran un viaje de exploración. Pero se trata de un Proyecto de Colonización; no es una gira programada con vuelta al punto de origen.

—¿Cuánto tiempo tardan en llegar a Próxima —preguntó Leonor—, reducidos todos como están a tres centímetros de altura?

—Unos cuatro años.

—¡Qué maravilla!

Con un gruñido, Tozzo apartó la silla y se levantó. Deberían llevársela a ella, se dijo, si tan maravilloso le parece. Pero Leonor era demasiado lista para ofrecerse voluntaria.

—Entonces tenía razón yo —dijo Leonor suavemente—. La Oficina ha enviado gente. Acabas de admitirlo.

—No se lo digas a nadie; sobre todo no se lo digas a ninguna de tus amigas. Puedo perder mi trabajo. —La miró enfurecido.

Con esta nota hostil, salió hacia la Oficina.

Eduardo Fermeti saludó a Tozzo cuando éste abría la puerta de su oficina.

—¿Crees que Donald Nils esté ahora, en este mismo instante, en un planeta orbitando alrededor de Próxima? —Nils era un famoso asesino que se había ofrecido como voluntario para uno de los vuelos de la Oficina—. Quizá ande arrastrando un terrón de azúcar cinco veces mayor que él.

—No tiene gracia —dijo Tozzo.

Fermeti se encogió de hombros.

—Sólo quería quitarte el pesimismo —dijo—. Creo que estamos todos muy deprimidos y descorazonados. —Siguió a Tozzo al interior de su oficina—. Deberíamos ofrecernos voluntarios nosotros mismos para el próximo viaje.

El tono parecía sincero, y Tozzo le miró con curiosidad.

—Es una broma —dijo Fermeti.

—Si se hace un vuelo más —dijo Tozzo— y fracasa, yo dimito.

—Escucha —dijo Fermeti—. Tenemos una nueva tarea.

Apareció de pronto el colega de Tozzo, Craig Gilly. Fermeti, dirigiéndose a los dos, dijo:

—Vamos a utilizar precogs para obtener nuestra fórmula de reentrada — sus ojos brillaron al ver la reacción de los otros dos.

—Pero todos los precogs han muerto —objetó Gilly, atónito—. Se destruyeron por orden presidencial hace veinte años.

—Habría que retroceder mucho en el pasado para obtener un precog — dijo Tozzo impresionado—. ¿No es cierto, Fermeti?

—Lo haremos, sí —dijo su superior—. Volveremos a la Edad de Oro de la Precognición. *Al siglo veinte.*

Tozzo se quedó un momento desconcertado. Y luego recordó.

Durante la primera mitad del siglo veinte, habían llegado a existir tantos precogs (individuos capaces de adivinar el futuro) que se habían agrupado en un gremio con ramas en Los Angeles, Nueva York, San Francisco y Pennsilvania. Este grupo de precogs, que se conocían todos, sacaron una serie de revistas que se mantuvieron florecientes durante varias décadas. Abierta y audazmente, los miembros del gremio habían proclamado en sus

escritos su conocimiento del futuro. Y sin embargo... su sociedad, en conjunto, les había prestado muy poca atención.

—Aclaremos las cosas —dijo lentamente Tozzo—. ¿Quieres decir que vas a utilizar las dragas-tiempo del Departamento de Arqueología para conseguir un precog famoso del pasado?

Fermeti asintió y dijo:

—Sí, le traeré aquí para que nos ayude.

—¿Y *cómo* puede ayudarnos? No tendrá conocimiento de nuestro futuro, solo del suyo.

—La Biblioteca del Congreso —dijo Fermeti— nos ha dado acceso ya a su colección, prácticamente completa, de revistas precogs del siglo veinte. —Sonrió astutamente a Tozzo y a Gilly, disfrutando claramente la situación—. Tengo el deseo y la esperanza de que en esa gran masa de información encontraremos un artículo que trate concretamente de nuestro problema de reentrada. Hay muchas posibilidades, estadísticamente hablando... escribieron sobre innumerables temas de la civilización futura, como saben.

Hubo una pausa, y luego Gilly dijo:

—Muy inteligente. Creo que tu idea puede resolver nuestro problema. Aún puede ser factible el viaje a la velocidad de la luz a otros sistemas estelares.

—Esperemos que sea posible antes de que nos quedemos sin presos —dijo Tozzo con amargura.

Pero también a él le gustaba la idea de su superior. Y además tenía muchas ganas de verse cara a cara con uno de los famosos precogs del siglo veinte. Había sido aquel un período breve y glorioso... por desgracia había terminado hacía mucho.

O no tan breve, si se comenzaba a fechar a partir de Jonathan Swift, y no de H. G. Wells. Swift había escrito sobre las dos Lunas de Marte y sus insólitas características orbitales años antes de que los telescopios demostraran su existencia. Y por eso existía la tendencia a incluirle en los libros de texto.

II

Las computadoras de la Biblioteca del Congreso tardaron muy poco en recorrer los gastados y amarillentos volúmenes, artículo por artículo, y seleccionar la única aportación que trataba de privación de masa y restauración como *modus operandi* del viaje por el espacio interestelar. La fórmula de Einstein, según la cual un objeto cuando aumentaba su velocidad incrementaba su masa proporcionalmente, había sido *tan absolutamente aceptada*, sin discusión alguna, que nadie había prestado la menor atención a aquel artículo concreto, publicado en agosto de 1955 en una revista precog llamada *If*.

En la oficina de Fermeti, Tozzo se sentó junto a su superior para repasar la reproducción fotográfica de la revista. El artículo se llamaba *«Vuelo nocturno»* y tenía sólo unas cinco mil palabras. Los dos lo leyeron con avidez, y no hablaron una palabra hasta terminar de leerlo.

—¿Qué te parece? —preguntó Fermeti, cuando acabaron.

—No tengo la menor duda —dijo Tozzo—. Es *nuestro* Proyecto, desde luego. Hay muchas confusiones; por ejemplo llama a la Oficina de Emigración *«Corporación Exterior»* y supone que se trata de una empresa comercial privada. Pero, por otra parte, es muy exacto. Evidentemente tú

eres ese personaje, Eduard Fletcher. Los nombres son similares, pero hay ciertas variaciones, como en todo lo demás. Y yo soy Allison Torelli. —Cabeceó admirado—. Aquellos precogs... tenían una imagen mental del futuro siempre un poco deformada, pero sin embargo en lo básico...

—En lo básico correcta —concluyó Fermeti—. Sí, estoy de acuerdo. Este artículo, *«Vuelo nocturno»*, trata claramente de nosotros y del Proyecto... aquí le llaman *Araña Acuática* porque tenía que hacerse un gran salto. Dios mío, ése habría sido el nombre perfecto, si lo hubiéramos pensado mejor. Quizás aún podamos ponérselo.

—Pero el precog que escribió *«Vuelo nocturno»*... —dijo Tozzo lentamente— no nos *da* concretamente la fórmula para la restauración-masa ni siquiera para la privación-masa. Simplemente dice que «la tenemos». —Tozzo cogió la reproducción de la revista y leyó en voz alta del artículo:

> *«La dificultad que representaba el restaurar la masa de la nave y sus pasajeros al terminar el vuelo había demostrado ser un formidable obstáculo para Torelli y su equipo de investigadores, aunque al final lograron superarlo. Después de la fatídica implosión de la Exploradora del Mar, la nave inicial que...».*

—Y eso es todo —dijo Tozzo—. ¿Para qué nos sirve *esto*? Sin embargo este precog experimentó nuestra situación actual hace cien años... pero prescindió de los detalles técnicos.

Hubo un silencio.

Al fin Fermeti dijo pensativo:

—Eso no significa que él no conociera los detalles técnicos. Sabemos hoy que los otros de su gremio eran mucho de ellos científicos de sólida formación —examinó el informe biográfico—. Ves, cuando no utilizaba su capacidad precog trabajaba como analista de grasa de pollo para la Universidad de California.

—¿Aún desea utilizar la draga-tiempo para traerlo al presente?

Fermeti asintió.

—Sólo desearía que la draga funcione en ambos sentidos. Si pudiera utilizarse con el futuro, no con el pasado, no tendríamos porqué amenazar la seguridad de este precog... —bajó la vista hasta el artículo—. Este Poul Anderson.

—¿Qué peligro hay? —preguntó Tozzo con un escalofrío.

—Quizás no podamos devolverle a su propio tiempo. O... —Fermeti se detuvo—. Podríamos perder un trozo de él por el camino, podríamos encontrarnos con que llegara aquí sólo la mitad. La draga ha *viviseccionado* antes a muchos seres.

—Y este individuo no es un preso de Nachbaren Slager —dijo Tozzo—. No habrá ninguna justificación posible.

—Lo haremos como es debido —dijo Fermeti—. Reduciremos el peligro enviando un equipo de hombres a ese tiempo, a 1954. Puede coger a ese tal Poul Anderson y ocuparse de que entre todo él en la draga, no sólo la mitad superior o la parte izquierda.

Así se había decidido. La draga-tiempo del Departamento de Arqueología enfocaría al mundo en 1954 y recogería al precog Poul Anderson; nadie se opuso al proyecto.

Librodot

Investigaciones realizadas por el Departamento de Arqueología demostraron que en septiembre de 1954 Poul Anderson vivía en Berkeley, California, en la calle Grove. En ese mes había asistido a una reunión de alto nivel de precogs de todos los Estados Unidos en el Hotel *Sir Francis Drake* de San Francisco. Era probable que allí, en aquella reunión, se trazaran las líneas políticas a seguir en el año próximo, participando en su elaboración Anderson y otros especialistas.

—En realidad es muy fácil —explicó Fermeti a Tozzo y a Gilly—. Irán allí un par de hombres. Se les facilitarán documentos falsos que muestren que pertenecen a una organización precog nacional... Naturalmente vestirán ropa del siglo veinte. Localizarán a Poul Anderson, lo aislarán y lo traerán aquí.

—¿Y qué le dirán? —preguntó Tozzo un poco escéptico.

—Que representan a una organización precog de aficionados sin licencia de Battlecreek, Michigan, y que han construido un curioso vehículo parecido a una draga-tiempo del futuro. Pedirán al señor Anderson, que es realmente muy famoso en esa época, que pose junto a su invento para hacer una fotografía con él. Nuestras investigaciones muestran que según sus contemporáneos Anderson es un hombre amable y cordial y que además en esas asambleas anuales de alta estrategia suele *animarse* lo bastante para dejarse arrastrar por el optimismo de sus colegas precogs.

—¿Quieres decir que utilizaban lo que se llamaba entonces *«droga de avión»*?

—Ni mucho menos —dijo Fermeti con una suave sonrisa—. Eso fue una moda que se extendió entre los adolescentes y que no se hizo general en realidad hasta una década después. No, me refiero al alcohol.

—Comprendo —dijo Tozzo.

—En cuanto a las dificultades —continuó Fermeti— debemos considerar que se trata de una sesión de alto secreto, a la que Anderson ha llevado a su mujer Karen, vestida como una Dama de Venus con brillantes pectorales, falda corta y casco, y que ha llevado también a su hija pequeña Astrid. El propio Anderson no lleva ningún disfraz para ocultar su identidad. Es una persona estable y sin ansiedades, como la mayoría de los precogs del siglo veinte.

»Sin embargo, durante los períodos de discusión entre las sesiones oficiales, los precogs, separados de sus mujeres, se dedican a charlar y a jugar al póker, y al parecer algunos de ellos se emborrachan...

—¿Se emborrachan?

—Sí, eso es. Pero en fin, se reúnen en pequeños grupos en los vestíbulos del hotel y es entonces cuando podemos cazarle. En la confusión general nadie advertirá su desaparición. Luego podremos devolverle a ese tiempo exacto, o como máximo a unas cuantas horas antes o después... mejor después porque dos Poul Anderson en la asamblea podrían resultar sorprendentes.

—Parece un plan seguro —dijo Tozzo impresionado.

—Me alegra de que te lo parezca —dijo Fermeti— porque formarás parte del equipo.

—Entonces será mejor que empieces a ponerme al día sobre la vida del siglo veinte —dijo Tozzo complacido: cogió otro número de *If*. Era de mayo de 1971 y había despertado su interés desde el principio. Por supuesto, aquel número aún no lo conocería la gente de 1954... pero acabarían conociéndolo. Y cuando lo conocieran nunca lo olvidarían.

El primer texto de Ray Bradbury era serializado, comprendió al examinar la revista. *«El pescador de hombres»* se llamaba, y en él, el gran precog de Los Angeles había anticipado la revolución política gutmanista que habría de barrer los planetas interiores. Bradbury había prevenido contra Gutman, pero su advertencia no había tenido éxito. Gutman había muerto ya y sus fanáticos seguidores habían quedado reducidos a la condición de aislados terroristas. Pero si el mundo hubiera escuchado a Bradbury...

—¿A qué viene ese ceño? —le preguntó Fermeti— ¿No quieres ir?

—Sí —dijo Tozzo pensativo—. Pero es una responsabilidad terrible. No son hombres *ordinarios*.

—De eso no hay duda —convino Fermeti.

III

Veinticuatro horas después, Aron Tozzo se contemplaba con sus ropas del siglo veinte y se preguntaba si engañaría a Anderson, si podría hacerle entrar en la draga.

El atuendo era *perfecto*. Tozzo estaba equipado incluso con la habitual barba hasta la cintura y el gran mostacho que tan populares eran hacia 1950 en Estados Unidos. *Y llevaba peluca.*

Las pelucas, como todo el mundo sabe, estaban muy extendidas por aquella época en los Estados Unidos; hombres y mujeres llevaban grandes pelucas empolvadas de brillantes colores, rojas y verdes y azules y, por supuesto, dignos grises. Era uno de los fenómenos más curiosos y divertidos del siglo veinte.

A Tozzo le gustaba su peluca, de un rojo brillante. Era *auténtica*, procedía del Museo de Historia Cultural de Los Angeles, y según el especialista era de hombre, no de mujer. Así pues, se habían eliminado hasta las más nimias posibilidades de detección. Era prácticamente imposible que los identificaran como miembros de otra cultura del futuro.

Y sin embargo Tozzo se sentía inquieto.

Pero todo estaba dispuesto y pronto llegó el momento de partir. Tozzo entró con Gilly, el otro miembro elegido, en la draga-tiempo y se sentó ante los controles. El Departamento de Arqueología le había proporcionado un manual de instrucciones completo que tenía abierto ante sí. En cuanto Gilly cerró la escotilla, Tozzo agarró el toro por los cuernos (expresión del siglo veinte) y accionó la draga.

Giraron manillas y marcadores y corrieron tiempo atrás hasta 1954, hasta la convención precog de San Francisco.

A su lado Gilly practicaba frases del siglo veinte con un libro de referencia.

Brilló una luz roja; la draga estaba a punto de concluir su viaje. Un momento después se pararon las turbinas.

Fueron a para a la salida del Hotel *Sir Francis Drake*, en el centro de San Francisco.

Pasaban por todas partes peatones con ropas arcaicas. Y Tozzo vio que no había *monorrieles*; todo el tráfico visible era de superficie. Qué amontonamiento, pensó, al ver automóviles y autobuses avanzar centímetro a centímetro por las atestadas calles. Un funcionario vestido de azul ordenaba el tráfico lo mejor que podía, pero la organización era un fracaso abismal, a criterio de Tozzo.

Librodot

—Es el momento de la *fase dos* —dijo Gilly; pero también él miraba asombrado aquellos vehículos de superficie—. Dios mío, qué faldas tan increíblemente cortas llevan las mujeres; van prácticamente con las rodillas al aire. ¿Cómo se libraran de los virus?

—No lo sé —dijo Tozzo—, ni tampoco sé como vamos a conseguir colarnos en el Hotel *Sir Francis Drake*.

Cautelosamente abrieron la escotilla de la draga-tiempo y salieron. Y entonces Tozzo comprendió algo*. Había habido un error.* Ya.

Los hombres de aquella época iban afeitados.

—Gilly —dijo rápidamente—, tenemos que afeitarnos la barba y el bigote.

En un instante libró a Gilly de la suya, dejando al descubierto su cara desnuda. Pero la peluca; la peluca correspondía. Todos los hombres visibles llevaban algún tipo de pelo: Tozzo vio pocos calvos, si es que vio alguno. Las mujeres llevaban también lujosas pelucas... ¿O no serían pelucas? ¿Sería pelo natural?

En cualquier caso, él y Gilly pasarían ahora. Vamos al *Sir Francis Drake*, se dijo, haciendo una seña a Gilly.

Cruzaron la acera; era sorprendente lo lento que caminaba la gente en aquella época. Entraron en el anticuadísimo vestíbulo del Hotel. Parecía un museo, pensó Tozzo mirando a su alrededor. Me gustaría echar un vistazo a todo esto... pero no podía.

—¿Cómo es nuestra identificación? —dijo nervioso Gilly—. ¿Crees que pasará la inspección? —el asunto de la barba y el bigote lo había alterado.

En las solapas llevaban la identificación, diestramente falsificada. Sirvió. Se encontraron subiendo en un ascensor hasta la planta correspondiente.

El ascensor los dejó en un atestado vestíbulo. Había hombres por todas partes, en grupos, riendo y hablando, todos limpiamente afeitados, con pelucas o pelo natural. Y había también una serie de atractivas mujeres, algunas con prendas llamadas leotardos, que se pegaban a la piel y remoloneaban por allí sonrientes. Aunque el estilo de la época exigía que llevaran los pechos cubiertos, daba gusto verlas.

—Estoy asombrado —dijo Gilly con voz queda—. En esta habitación hay algunos de los...

—Lo sé —murmuró Tozzo. Su proyecto podía esperar un rato por lo menos. Tenía allí una increíble oportunidad de ver a aquellos precogs, de hablar realmente con ellos y escucharles directamente...

Apareció un hombre alto y apuesto de traje oscuro con pequeños reflejos de algún género no natural, algún tipo de tejido sintético. Llevaba gafas y su pelo, todo él en realidad, tenía un tono oscuro, tostado. El nombre estaba escrito en su identificación... Tozzo atisbó.

Aquel hombre alto y apuesto era A. E. van Vogt.

—Bueno —decía a van Vogt otro individuo, quizás un precog entusiasta—. Leí las dos versiones de tu *«El Mundo de los no-A»* y no cazo del todo lo que sea él; ya me entiendes, al final. ¿Podrías explicarme esa parte? Y también cuando miran al árbol y entonces...

Van Vogt sonrió delicadamente y dijo:

—Bueno, te diré un secreto. Empecé con un argumento y luego se me fue ampliando. Así que tuve que inventar otro para terminar el resto del relato.

Acercándose a escuchar, Tozzo percibió *algo* magnético en van Vogt. Era tan alto, tan espiritual. Sí; se dijo Tozzo; esa era la palabra, una *espiritualidad* saludable. Parecía emanar de él una bondad innata.

—Allí va un hombre con mis pantalones —dijo de pronto van Vogt, y sin decir más se apartó y desapareció entre la multitud.

A Tozzo le daba vueltas la cabeza. Haber visto personalmente a A. E. van Vogt y haberle oído hablar...

—Mira —decía Gilly, tirándole de la manga—. Ese hombre tan grande de aspecto genial que está sentado ahí es Howard Browne, que dirigió en esta época la revista precog *Amazing*.

—Me preguntó —dijo Gilly— si no estará por aquí el Dr. Asimov.

Podemos preguntar, pensó Tozzo. Se abrió camino hasta una de las jóvenes de peluca rubia y leotardos verdes.

—*¿Dónde está el Dr. Asimov?* —preguntó claramente en el argot de la época.

—¿Quién sabe? —respondió la chica.

—¿Está aquí, señorita?

—No —contestó la chica.

Gilly tiró de nuevo a Tozzo de la manga.

—Tenemos que buscar a Poul Anderson, ¿recuerdas? Por muy agradable que sea hablar con la chica...

—Estoy preguntando por Asimov —dijo ásperamente Tozzo. Después de todo Isaac Asimov había sido *fundador* de toda la industria robótica positrónica del siglo veintiuno. ¿Cómo no estaba allí?

Un hombre fornido y atezado pasó junto a ellos, y Tozzo se dio cuenta de que aquel era Jack Vance. Vance, pensó, parecía más que nada un cazador de caza mayor... tenía que tener cuidado con él. Si tenemos un altercado Vance podría dominarnos fácilmente.

Se dio cuenta entonces que Gilly estaba hablando con la chica de peluca rubia y leotardos verdes.

—*¿Murray Leinster?* —preguntaba Gilly—. El hombre cuyo artículo sobre tiempo paralelo figura aún en la vanguardia misma de los estudio teóricos; si no fuese...

—No sé —dijo la chica, con un tono de aburrimiento en la voz.

Frente a ellos se había reunido un grupo; el personaje central al que todo el mundo escuchaba decía:

—...muy bien, si prefieres el viaje aéreo como Howard Browne, allá tú, pero te digo que es arriesgado. Yo no subo en un avión. En realidad, hasta ir en un coche es peligroso. En general yo subo atrás. —Aquel individuo llevaba una peluca con el pelo muy corto y corbata; tenía una cara redondeada y agradable y unos ojos profundos e intensos.

Era Ray Bradbury, y Tozzo se dirigió hacia él inmediatamente.

—*¡Alto!* —murmuró Gilly colérico—. Recuerda a lo que vinimos.

Y, más allá de Bradbury, en la barra, Tozzo vio a un hombre más viejo, de traje marrón y gafas pequeñas con una copa en la mano. Le reconoció por los dibujos de las primeras publicaciones de *Gernsback*; era el fabuloso e incomparable precog de la región de Nuevo México, Jack Williamson.

—Yo opinaba que la *«Legión del Tiempo»* era la mejor obra de ciencia ficción, en novela, que había leído —decía un individuo, evidentemente otro entusiasta precog, a Jack Williamson, y Williamson prestaba atención complacido.

—En principio iba a ser un relato breve —dijo Williamson—. Pero creció. Sí, a mí también me gusta.

Entre tanto, Gilly había entrado en una habitación adjunta. Encontró ante una mesa a dos mujeres y un hombre en animada conversación. Una de las mujeres, morena y guapa, que llevaba los hombros desnudos, era (según su placa de identificación) Evelyn Paige. La mujer más alta era la famosa Margaret St. Clair, según descubrió Gilly, que inmediatamente dijo:

—Señora St. Clair, su artículo titulado *«El Hexápodo Escarlata»* del número de septiembre de 1959 de *If* fue uno de los mejores... —y entonces se interrumpió bruscamente.

Porque Margaret St. Clair aún no había escrito aquello. No sabía en realidad nada del asunto. Gilly, ruborizado y nervioso, retrocedió.

—Lo siento —murmuró—. Perdóneme. Me confundí.

Margaret St. Clair alzó una ceja y dijo:

—¿Has dicho septiembre de 1959? ¿Qué eres tú, un hombre del futuro?

—Es un bromista —dijo Evelyn Paige—, pero sigamos. —Miró con dureza a Gilly—. Bueno, Bob, creo que estabas diciendo que... —se dirigía al hombre que se sentaba frente a ella, y Gilly advirtió encantado que aquel individuo de calamitoso y cadavérico aspecto era nada menos que Robert Bloch.

—Señor Bloch —dijo Gilly—, su artículo de *Galaxy*, *«Sabbatical»*, fue...

—Te has equivocado, amigo —dijo Robert Bloch—. Nunca escribí nada con ese título.

Dios mío, comprendió Gilly, otra vez; *«Sabbatical»* era otra cosa que aún no estaba escrita. Sería mejor que saliera de allí.

Volvió con Tozzo... Le encontró de pie, tenso y rígido.

—Encontré a Anderson —dijo.

Gilly se volvió inmediatamente, rígido también.

Los dos habían estudiado cuidadosamente las fotografías de la Biblioteca del Congreso. Allí estaba el famoso precog, alto y delgado, quizás demasiado delgado, con su pelo o peluca rizada y sus gafas, y con un cálido brillo amistoso en los ojos. Llevaba un vaso de whisky en una mano y charlaba con otros precogs. Evidentemente lo estaba pasando muy bien.

—Bueno, bueno, veamos —decía Anderson cuando Tozzo y Gilly se unieron silenciosamente al grupo—. ¿Cómo? —Anderson se inclinó con la mano en la oreja para oír mejor lo que decía otro de los precogs.

—Sí, claro, eso es —dijo Anderson, cabeceando—. Claro, Tony, estoy completamente de acuerdo contigo.

Tozzo comprendió que el otro precog era nada menos que el soberbio Tony Boucher, cuya precognición del renacimiento religioso del siglo siguiente había sido casi sobrenatural. La descripción, palabra por palabra, del *Milagro de la Cueva* con el robot... Tozzo miró a Boucher sobrecogido, y luego se volvió a Anderson.

—Poul —decía otro precog—, te diré como se proponían los italianos conseguir que se fueran los ingleses si invadían en 1943. Los ingleses estarían en hoteles, los mejores, naturalmente. Los italianos les cobrarían de más.

—Oh, sí, claro —dijo Anderson, asintiendo y sonriendo, con los ojos brillantes—. Y los ingleses siendo unos caballeros, no dirían nada...

—Pero se irían al día siguiente —concluyó el otro precog, y todos los del grupo se echaron a reír, salvo Gilly y Tozzo.

—Señor Anderson —dijo Tozzo—, somos una organización precog de aficionados de Battlecreek, Michigan, y nos gustaría que usted se fotografiara junto a nuestro modelo de draga-tiempo.

—*¿Cómo?* —dijo Anderson llevándose la mano a la oreja.

Tozzo repitió lo que había dicho, intentando que fuese audible por encima del ruido de fondo. Por fin Anderson pareció comprender.

—Bueno, en fin, ¿dónde está? —preguntó Anderson.

—Abajo, en la acera —dijo Gilly—. Pesaba demasiado para subirlo.

—Bueno, si no es mucho tiempo —dijo Anderson—, que supongo que no.

Se excusó y los siguió hacia el ascensor.

—Es —les dijo al pasar un hombre corpulento—, tiempo para construir motores de vapor, Poul.

—Vamos abajo —dijo nervioso Tozzo.

—*Bajad cabeza abajo* —dijo el precog. Hizo un gesto de adiós cuando llegó el ascensor y entraron los tres.

—Kris está contento hoy —dijo Anderson.

—Desde luego —dijo Gilly.

—¿Está aquí Bob Heinlein? —preguntó Anderson a Tozzo mientras bajaban—. Tengo entendido que él y Mildred Clingerman salieron a alguna parte a hablar de gatos y nadie los ha visto volver.

—*Así es como bota el balón* —dijo Gilly, probando otra frase del siglo veinte.

Anderson se llevó la mano a la oreja, sonrió vacilante, pero no dijo nada.

Al fin salieron a la acera. Anderson parpadeó asombrado contemplando la draga-tiempo.

—¡Caramba! —dijo aproximándose—. Es impresionante, desde luego. Posaré junto a ella con mucho gusto.

Irguió su cuerpo flaco y anguloso, esbozando aquella sonrisa cálida y tierna que Tozzo ya había advertido antes.

—Caramba, ¿*cómo* funciona esto? —preguntó Anderson con cierta timidez.

Con una cámara auténtica del siglo veinte procedente del Museo Smithsoniano, Gilly sacó una foto.

—Ahora dentro —pidió, y miró a Tozzo.

—Bien, bien —dijo Poul Anderson, y subió en las escalerillas y entró en la draga—. Caramba, a Karen le gustaría esto —dijo mientras desaparecía en el interior—. Qué lástima no haberla traído.

Tozzo lo siguió rápidamente. Gilly erró la escotilla y, en el tablero de control, Tozzo, con el manual de instrucciones en la mano, empezó a apretar botones.

Ronronearon las turbinas, pero Anderson no parecía oírlas; contemplaba los controles boquiabierto.

—Demonios —decía.

La draga-tiempo volvió al presente; Anderson seguía ensimismado en su contemplación.

IV

Los recibió Fermeti.

Librodot

—Señor Anderson —dijo—, es para mí un gran honor.

Tendió la mano a Anderson, pero éste miraba ahora por la escotilla abierta hacia la ciudad; no vio la mano que le ofrecían.

—Caramba —dijo Anderson, con cierta crispación—. *¿Qué es esto?*

Tozzo supuso que estaba mirando el sistema de monorriel. Y esto era extraño, porque al menos en Seattle había monorrieles en la época de Anderson... o ¿no los había? ¿Habrían llegado más tarde? En cualquier caso, Anderson parecía claramente perplejo.

—Coches individuales —dijo Tozzo, acercándose a él—. Sus monorrieles sólo funcionaban con vehículos colectivos. Más tarde, después de su tiempo, se consiguió que la casa de cada ciudadano tuviera comunicación con un monorraíl; cada individuo sacaba el coche de su garaje y se dirigía a la terminal del raíl donde se incorporaba a la estructura colectiva. ¿Comprende?

Pero Anderson seguía perplejo; quizás más perplejo aún.

—Pero —dijo—, ¿qué quiere decir con eso de *«mi tiempo»*? ¿Es que estoy muerto? Me imaginaba que sería algo más por el estilo del *Valhalla*, con vikingos y cosas así. No futuristas.

—No está usted muerto, señor Anderson —dijo Fermeti—. Está usted enfrentando el síndrome-cultura de mediados del siglo veintiuno. He de decirle, señor, que le hemos engañado. Pero lo devolveremos a su época; le doy mi palabra personal y oficial.

Anderson abrió la boca pero no dijo nada; continuó mirando.

Donald Nils, famoso asesino, sentado a la única mesa de la sala de referencia de la nave interestelar de velocidad lumínica de la Oficina de Emigración, calculó que tenía, en cifras terrestres, tres centímetros de altura. Maldijo amargamente.

—Es un castigo cruel e insólito —masculló en voz alta—. Va contra la Constitución.

Y entonces recordó que se había ofrecido voluntario para poder salir de Nachbaren Slager. Aquel maldito agujero, se decía. En fin, al menos había conseguido salir de ahí.

Y, se decía, aunque sólo midiera tres centímetros había conseguido convertirse en Capitán de aquella maldita nave, y si alguna vez llegaban a Próxima sería Capitán de todo el maldito Sistema de Próxima. Para algo estudié con el propio Gutman, se decía. Y si eso no supera a Nachbaren Slager, no sé qué puede superarle...

Su segundo, Pete Bailly, asomó la cabeza.

—¿Qué hay? Nils... he estado ojeando la microrreproducción del número concreto de esa vieja revista precog, *Astounding*, que me dijiste, ese artículo del equilátero de Venus sobre transmisión de la materia, y te aseguro que aunque sea el mejor reparador de *vids* de la ciudad de Nueva York, eso no significa que pueda construir una de esas cosas. Eso es pedir mucho.

—Tenemos que volver a la Tierra —dijo Nils secamente.

—No hay nada que hacer —replicó Bailly—. Será mejor pensar en Prox.

Nils echó a un lado furioso las reproducciones que había sobre la mesa, que cayeron al suelo.

—¡Esa maldita Oficina de Emigración! ¡Nos engañaron!

—De todos modos —dijo Bailly encogiéndose de hombros— tenemos comida suficiente y una buena biblioteca de referencias y películas de tres dimensiones todas las noches.

—Cuando lleguemos a Prox —dijo Nils burlonamente— habremos visto todas las películas... —hizo un cálculo—. Dos mil veces.

—Bueno, entonces no las veremos. O podemos pasarlas marcha atrás. ¿Cómo va tu investigación?

—Estaba leyendo la microrreproducción de un artículo de *Space Science Fiction* —dijo Nils pensativo— titulado *«El Hombre Variable»*. Habla de transmisión a velocidad ultralumínica. Desapareces y apareces luego. Un tipo llamado Cole lo perfeccionará, según lo que escribió el antiguo precog. Si pudiésemos construir una nave más rápida que la luz podríamos volver a la Tierra. Podríamos apoderarnos de ella.

—Eso es un disparate —dijo Bailly—, entonces tenemos de Comandante a un loco. No hay posibilidad de regresar a la Tierra; lo mejor que podemos hacer es emprender una nueva vida en los Planetas de Próxima y olvidarnos para siempre de nuestro Planeta natal. A Dios gracias tenemos a bordo mujeres. Además, aunque volviéramos... ¿qué podrían hacer unos individuos de tres centímetros de altura? Se reirían de nosotros.

—Nadie se ríe de mí —replicó Nils.

Pero sabía que Bailly tenía razón. Podían considerarse afortunados de poder buscar las microrreproducciones de las revistas precog en la sala de referencias de la nave e idear por su cuenta un medio de aterrizaje seguro en los Planetas de Próxima... e incluso esto era pedir mucho.

Lo lograremos, se decía Nils. En cuanto todos me obedezcan, hagan exactamente lo que yo les diga, sin preguntas estúpidas.

Se inclinó y activó la ficha del número de *If* de diciembre de 1962. Contenía un artículo especialmente interesante para Nils... y éste tenía cuatro años por delante para leerlo, entenderlo, y por último aplicarlo.

—Su capacidad precog —decía Fermeti— le ayudó a prepararse para esto, señor Anderson.

Pese a sus esfuerzos por controlarla su voz revelaba una gran tensión nerviosa.

—¿Por qué no me devuelven ya a mi época? —preguntó Anderson. Parecía casi tranquilo.

Fermeti, después de lanzar una rápida mirada a Tozzo y a Gilly, dijo a Anderson:

—Tenemos un problema técnico, sabe. Por eso lo trajimos aquí a nuestro propio continuo temporal. Verá...

—Creó que lo mejor sería que me devolvieran a mi tiempo —interrumpió Anderson—. Karen debe estar muy preocupada.

Estiró el cuello, mirando en todas direcciones.

—Sabía que iba a ser algo así —murmuró; su cara se crispó otra vez—. No es muy distinto de lo que yo suponía... ¿Qué es esa cosa grande que hay allá? Parece como lo que se utilizaba para los viejos dirigibles.

—Aquello —explicó Tozzo— es una Torre de Oración.

—Nuestro problema —continuó Fermeti pacientemente —se relaciona con el artículo *«Vuelo nocturno»* que publicó usted en la revista *If* de agosto de 1955. Hemos conseguido privar de su masa a un vehículo interestelar, pero para *restaurar* la masa...

—Sí, claro, comprendo —dijo Anderson con aire preocupado—. Estoy trabajando concretamente en ese asunto ahora. Dentro de un par de semanas podrán dirigirse a Scott. —Luego añadió —: Mi agente.

Fermeti lo consideró un momento y luego dijo:

—¿Puede usted darnos la fórmula de masa-restauración, señor Anderson?

—Bueno —dijo lentamente Poul Anderson— sí, supongo que ese término sería correcto. Masa-restauración... podría aceptarlo. —Cabeceó—. No he elaborado ninguna fórmula; no quería que el artículo fuera demasiado técnico. Supongo que podría idear una, si eso es lo que quieren.

Y se quedó en silencio, retirándose al parecer a un mundo propio; los tres hombres esperaron, pero Anderson no decía nada más.

—Su capacidad precog... —dijo Fermeti.

—*¿Cómo dice?* —preguntó Anderson, con la mano en la oreja—. ¿Precog? —sonrió tímidamente—. Ah, ya, pero yo no llegaría tan lejos. Ya sé que John cree en todo eso, pero yo no puedo decir lo mismo, pues no considero como prueba unos pocos experimentos de la Universidad de Duke.

Fermeti miró fijamente a Anderson largo rato.

—Consideré el primer artículo del número de *Galaxy* de enero de 1953 — dijo—. *«Los Defensores»*... sobre la gente que vivía bajo la superficie y los robots que vivían arriba, fingiendo librar una guerra pero sin hacerlo realmente, y falsificando los informes de modo que la gente...

—Lo leí —dijo Poul Anderson—. Muy bueno... salvo el final. El final no me pareció gran cosa.

—¿Sabe usted? —dijo Fermeti— que pasaron exactamente esas cosas en 1996 cuando la Tercera Guerra Mundial? ¿Sabe usted que gracias a ese artículo conseguimos descubrir el complot de nuestros robots de superficie? Que prácticamente todo el contenido de aquel artículo fue una *profecía*...

—Lo escribió Phil Dick —dijo Anderson—. *«Los Defensores».*

—¿Lo conoce usted? —preguntó Tozzo.

—Estuve ayer con él en la Convención —dijo Anderson—. Lo conocí entonces. Un tipo muy nervioso, casi le daba miedo entrar.

—¿Quiere decir con eso —preguntó Fermeti— que ninguno de ustedes sabe que son precogs? —su voz vacilaba, totalmente fuera de control.

—Bueno —dijo Anderson lentamente—, algunos escritores de ciencia ficción creen en eso. Creó que Alf van Vogt lo cree. —Sonrió a Fermeti.

—Pero, *¿es que no comprende?* —preguntó Fermeti—. Usted nos describió en un artículo... ¡Describió usted *exactamente* nuestra Oficina y su Proyecto Interestelar!

Anderson murmuró después de una pausa:

—Demonios, maldita sea. No, no lo sabía. En fin, muchas gracias por decírmelo.

—Evidentemente —dijo Fermeti volviéndose a Tozzo—, tendremos que reconstruir todas nuestras ideas sobre mediados del siglo veinte. —Parecía cansado.

—Para nuestros propósitos —dijo Tozzo— esa ignorancia no influye. Porque la capacidad precognitiva es indudable, sean conscientes o no de ella. —Para él esto era perfectamente claro.

Entre tanto Anderson había salido a dar una vuelta y estaba frente al escaparate de una tienda de regalos.

—Tienen cosas interesantes ahí. Me gustaría conseguir algo para Karen y llevárselo como recuerdo. Supongo que no habrá inconveniente... —se volvió interrogante a Fermeti—. ¿Puedo entrar un momento a echar un vistazo?

—Sí, claro —contestó Fermeti con irritación.

Poul Anderson desapareció en el interior de la tienda de regalos, dejando a los otros tres discutir el significado de su descubrimiento.

—Lo que tenemos que hacer —decía Fermeti— es colocarlo en la situación que a él le resulta más familiar: ante una máquina de escribir. Debemos convencerlo que haga un artículo sobre privación de masa y posterior restauración. El que considere real el artículo o lo considere obra de imaginación es indiferente; de todos modos nos servirá. En el museo hay una máquina del siglo veinte en perfecto estado y cuartillas. ¿Están de acuerdo?

Tozzo meditó unos instantes y luego dijo:

—Te diré lo que pienso. Fue un error cardinal permitirle entrar en esa tienda de regalos.

—¿Pero por qué? —preguntó Fermeti.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Gilly nervioso—. Nunca volveremos a ver a Anderson; se nos ha escapado con el pretexto de comprar un recuerdo para su mujer.

Fermeti, pálido como la cera, dio la vuelta y se lanzó al interior de la tienda. Tozzo y Gilly lo siguieron.

La tienda estaba vacía. Anderson los había burlado; había desaparecido.

Mientras salía silenciosamente por la puerta trasera de la tienda de regalos, Poul Anderson pensaba para sí, no creo que me atrapen. Al menos por el momento.

Tengo mucho que hacer mientras esté aquí. *¡Qué oportunidad!* Cuando sea viejo y pueda hablarles de esto a los niños de Astrid.

El pensar en su hija Astrid le recordó, sin embargo, un hecho muy simple. Tenía que acabar volviendo a 1954. Por Karen y por la niña. Encontrara lo que encontrara allí... para él era temporal.

Pero mientras tanto... primero iré a la Biblioteca, a cualquier biblioteca. Y echaré a un vistazo a los libros de historia, que me dirán lo que pasó en los años que median entre 1954 y ahora.

Me gustaría saber cosas, se decía, sobre la guerra fría, como se resolvió el conflicto entre Estados Unidos y Rusia y... las exploraciones espaciales. Apuesto a que consiguieron poner un hombre en la luna hacia 1975. Desde luego ahora están explorando el espacio; bueno, tienen incluso una draga-tiempo.

Poul Anderson vio ante sí una entrada. Estaba abierta y sin vacilar entró. Otra tienda del mismo género, pero mayor que la anterior.

—Dígame, señor —dijo una voz, y un hombre calvo (todos parecían calvos allí) se aproximó.

El hombre miró el pelo de Anderson, su ropa... sin embargo parecía un hombre educado: no hizo ningún comentario.

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó.

—Bueno... —dijo Anderson. ¿Qué se vendía allí? Miró a su alrededor. Brillaban por todas partes unos objetos electrónicos. Pero, ¿para que servían?

—¿No ha sido hocicado últimamente, señor?

—¿*Qué* es eso? —preguntó Anderson—. *¿Hocicado?*

—Han llegado ya los nuevos hocicadores de primavera —dijo el dependiente avanzando hacia las resplandecientes máquinas esféricas más próximas a él.

—Sí —continuó—, me parece que usted, señor, ligeramente introver... no pretendo ofenderle, señor, es decir, es perfectamente legal ser introvertido. —El dependiente rió entre dientes—. Por ejemplo, su ropa tan extraña... ¿se la hizo usted mismo, verdad? En fin, señor, hacerse uno mismo la ropa es propio de las personas muy introvertidas. ¿Lo tejió usted? —el dependiente hizo una agria mueca, como si probara algo malo.

—No —contestó Poul— en realidad en mi mejor traje.

—Je, je —rió el dependiente—. Tiene gracia el chiste, señor. Mucha gracia. Pero, ¿que me dice usted de su cabeza? Debe de llevar semanas sin afeitársela.

—Desde luego —admitió Anderson—. Bueno, quizás necesite uno de esos hocicadores.

Evidentemente en aquel siglo *todos* tenían uno; como aparatos de televisión en su propia época; era una necesidad, eran indispensables para forma parte de la cultura.

—¿Cuántos son en su familia? —preguntó el dependiente. Sacó una cinta y midió la longitud de la manga de Poul.

—Tres —contestó Poul, desconcertado.

—¿Qué tiempo tiene el más joven?

—Recién nacida —respondió Poul.

El dependiente palideció.

—Salga de aquí —dijo rápidamente—. Antes de que llame a la Polpol.

—¡Cómo? ¿Pero por qué? ¿Qué quiere usted decir? —Poul se llevó la mano a su oído intentando escuchar mejor, pues no estaba seguro de lo que había oído.

—Es usted un delincuente —murmuró el dependiente—. Debería estar usted en Nachbaren Slager.

—Bueno, gracias de todos modos —dijo Poul, y salió de la tienda; al mirar por última vez vio que el dependiente continuaba con los ojos clavados en él.

—¿Es usted extranjero? —preguntó una voz de mujer. Había detenido su vehículo junto al bordillo. A Poul le parecía una cama; en realidad, comprendió, era una cama. La mujer le miraba con astuta calma, con sus ojos oscuros y profundos. Aunque su relumbrante cabeza afeitada lo desconcertaba un poco, pudo apreciar que era atractiva.

—Soy de otra cultura —dijo Poul, incapaz de apartar los ojos de ella. ¿Vestirían las mujeres como aquella allí, en aquella sociedad? Los hombros al descubierto... Y también...

Y la cama. La combinación de ambas cosas era *demasiado* para él. ¿Qué clase de actividad era la de aquella mujer? Y en público. Vaya sociedad... mucho había variado la moral desde sus tiempos.

—Busco una biblioteca —dijo Poul, sin acercarse demasiado al vehículo que era una cama con motor y ruedas y una especie de caña de timón como volante.

—La Biblioteca está a un *bight* de aquí.

—¿Cómo? —preguntó Poul—, ¿qué es un *bight*?

—Evidentemente te burlas de mí —dijo la mujer; todas sus partes visibles adquirieron un color rojo oscuro—. No tiene gracia. Ni tampoco la tiene esa desagradable cabeza peluda. Realmente, ni tus bromas ni tu cabeza resultan divertidas, al menos para mí.

Y sin embargo no se iba; se quedaba allí, mirándole sombríamente.

—Puede que necesites ayuda —prosiguió—. Quizá deba compadecerte. Supongo que la Polpol puede atraparte en cuanto quieran.

—¿Podrían? —preguntó Poul—, ¿podría tomar una taza de café en alguna parte donde pudiéramos hablar? Necesito encontrar la biblioteca.

—Iré contigo —aceptó la mujer—. Aunque no tengo ni idea de lo que es eso de *«café»*. Si me tocas *nilparé* inmediatamente.

—Bueno, no es necesario —dijo Poul—. Lo único que quiero es mirar unos libros de historia.

Y entonces se le ocurrió que podría hacer un buen uso de todos los datos técnicos que cayeran en sus manos.

¿Qué libro podría llevarse a 1954 que fuera de gran utilidad? Un almanaque. Un diccionario... un texto escolar de ciencia que abarcara todos los campos; sí, un libro de divulgación científica, eso sería lo mejor. Un texto universitario o incluso de bachiller. Podría arrancar las portadas, tirarlas, meter las páginas dentro del forro de su chaqueta.

—¿Dónde hay una escuela? La escuela más próxima —sentía de pronto una gran urgencia; estaba seguro de que le seguían ya, muy de cerca.

—¿Qué es una *«escuela»*? —preguntó la mujer.

—Adonde van los niños —respondió Poul.

—Eres un pobre enfermo —dijo quedamente la mujer.

V

Durante un rato, Tozzo, Fermeti y Gilly guardaron silencio. Luego dijo Tozzo con un tono cuidadosamente controlado:

—Supongo que saben lo que le pasará. La Polpol lo atrapará y lo enviará en monorriel a Nachbaren Slager. Por su indumentaria. Quizá ya esté ahí.

Fermeti corrió inmediatamente al videófono más próximo.

—Estableceré contacto con las autoridades en Nachbaren Slager. Hablaré con Potter; creó que podemos confiar en él.

Pronto apareció en la pantalla el rostro tosco y oscuro del Mayor Potter.

—Hola, Fermeti. ¿Quieres más presos? —se echó a reír—. Los gastas aún más de prisa que nosotros.

Fermeti atisbó detrás de Potter la zona de recreo abierta del gigantesco Campo-prisión. Podían verse delincuentes, políticos y no políticos, vagando por allí, estirando las piernas, algunos entregados a aburridos e insípidos juegos que se prolongaban interminablemente, a veces durante meses, cada vez que salían de sus celdas de trabajo.

—Lo que queremos —dijo Fermeti— es impedir que te envíen a un individuo —describió a Poul Anderson—. Si lo envían ahí, llámame inmediatamente. Y no le hagas daño. ¿Comprendes? Queremos tenerle de nuevo aquí ileso.

—Desde luego —dijo Potter—. Un momento; echaré un vistazo a nuestros ingresos más recientes.

Tocó un botón a su derecha y comenzó a funcionar una computadora 315-R; Fermeti oyó un leve ronroneó. Potter accionó más botones y luego dijo:

—Nuestro circuito de ingresos lo rechazará si aparece.

—¿Ningún indicio aún? —preguntó nervioso Fermeti.

—Ninguno —respondió Potter, y bostezó ostentosamente.

Fermeti desconectó.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tozzo—. Quizás pudiéramos localizarlo por medio de una esponja olfateadora ganimediana. —Pero éstas eran una forma de vida repugnante; si daban con la persona se fijaban inmediatamente en su sistema sanguíneo como las sanguijuelas.

—O podríamos hacerlo mecánicamente —añadió—. Con un rayo detector. Tenemos una copia de la curva encefalográfica de Anderson, ¿verdad? Pero haría intervenir inevitablemente a la Polpol.

La ley no permitía utilizar el rayo detector más que a la Polpol; después de todo había sido el artefacto que había localizado al mismísimo Gutman.

Fermeti dijo secamente:

—Yo soy partidario de retransmitir una *alerta Tipo II*, a escala planetaria. Eso activará a la ciudadanía, al soplón que hay en cada uno de nosotros. Saben que hay una recompensa automática por cada *Tipo II* que se encuentra.

—Pero de este modo podría ser maltratado —indicó Gilly—. Por una multitud. Pensémoslo mejor.

Tras una pausa Tozzo dijo:

—¿Qué tal si lo probamos desde un punto de vista puramente cerebral? Si uno hubiera sido transportado desde mediados del siglo veinte a nuestro continuo, *¿qué es lo que uno querría hacer? ¿A dónde iría uno?*

Con voz suave, Fermeti le contestó:

—Al Espaciopuerto más cercano, claro. Para adquirir un billete hacia Marte o a los Planetas exteriores... una cosa rutinaria en nuestra era, pero totalmente fuera de toda cuestión a mediados del siglo veinte.

Se miraron unos a otros.

—Pero Anderson no sabe donde está el Espaciopuerto —indicó Gilly—. Gastará un tiempo valioso en orientarse. Y nosotros podemos ir allí directamente por el monocarril expreso subsuperficial.

Un momento más tarde, los tres hombres de la Oficina de Emigración se hallaban en camino.

—Una situación fascinante —dijo Gilly, mientras viajaban, estremeciéndose arriba y abajo, unos frente a otros en el compartimiento de primera clase del monorriel—. Hemos valorado de un modo totalmente equivocado la mente de mediados del siglo veinte; esto debería de servirnos de lección. En cuanto volvamos a apoderarnos de Anderson, debemos hacer nuevas investigaciones. Por ejemplo, el *Efecto Poltergeist*. ¿Cómo lo interpretaban? ¿Lo comprendían en toda su amplitud? ¿O lo relegaban simplemente al reino de lo llamado *«oculto»* y nada más?

—Anderson puede tener la clave de estos problemas y muchos otros —dijo Fermeti—. Pero nuestro problema básico sigue siendo el mismo. Tenemos que inducirle a completar la fórmula de la restauración de masa en términos matemáticos precisos, y no en vagas alusiones poéticas.

—Ese Anderson —dijo Tozzo pensativo— es un hombre inteligente. Dense cuenta con qué facilidad nos engañó.

—Sí —admitió Fermeti—. No debemos subestimarle. Lo hicimos y estamos pagando las consecuencias —su expresión era hosca.

Caminando rápidamente por la casi desierta calle, Poul Anderson se preguntaba por qué la mujer lo había considerado un enfermo. Y la mención de los niños había desconcertado también al dependiente de la tienda. ¿Era ilegal el nacimiento? ¿O se consideraba, como en otros tiempos el sexo, algo demasiado privado para mencionarlo en público?

En cualquier caso, pensaba, si me propongo quedarme aquí tengo que afeitarme la cabeza. Y, si es posible hacerme una ropa distinta.

Tiene que haber peluquerías. Y, pensó, las monedas que llevo probablemente tengan gran valor para los coleccionistas.

Miró a su alrededor esperanzado. Pero no vio más que altos edificios de luminosos plástico y metal, estructuras en las que se realizaban incomprensibles transacciones. Le resultaban tan ajenas como...

Ajenas, pensó, y la palabra quedó congelada en su mente. Porque... había surgido una puerta frente a él. Y ahora tenía bloqueado el camino (al parecer deliberadamente) por una forma limosa, de un color amarillo oscuro, tan grande como un ser humano, que palpitaba visiblemente en la acera. Tras una pausa, la forma limosa avanzó ondulante hacia él a un ritmo lento y regular. ¿Una evolución de la forma humana?, se preguntó Poul Anderson, retrocediendo. Y entonces comprendió lo que veía...

En aquella época había viajes espaciales. Estaba ante una criatura de otro planeta.

—Eh —dijo Poul, dirigiéndose a la enorme masa limosa—, ¿podría contestarme a una pregunta?

La forma limosa dejó de avanzar, y en el cerebro de Poul se formó un pensamiento que no era suyo:

«Comprendo lo que dices. Una respuesta: llegué ayer de Calixto. Pero capto también toda una serie de pensamientos insólitos y de mucho interés... Eres un viajero del tiempo procedente del pasado».

El tono de las vibraciones de la criatura era de interés cortés y considerado.

—Sí —admitió Poul—. De 1954.

«Y buscas una peluquería, una biblioteca y una escuela. Todo esto en el tiempo precioso que te queda antes de que te capturen. —El ser limoso parecía solícito—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte? Podría absorberte, pero sería una simbiosis permanente y no te gustaría. Piensa en tu mujer y en tu hija. Permíteme que te informe respecto a tu desdichada mención de los hijos. Los terrestres de este período se han impuesto una limitación estricta de la natalidad debido a su excesiva multiplicación en las décadas anteriores. Hubo una guerra, sabes. Entre los seguidores fanáticos de Gutman y las legiones liberales del General McKinley. Ganaron los segundos».

—¿Y a dónde voy a ir? —preguntó Poul—. Estoy muy confundido.

Le palpitaba la cabeza y se sentía cansado. Habían sucedido demasiadas cosas. Un rato antes estaba con Tony Boucher en el Hotel *Sir Francis Drake*, bebiendo y charlando... y ahora ésto. Aquella gran forma limosa de Calixto. Era, como mínimo, difícil adaptarse.

La forma limosa seguía transmitiendo:

«A mí me aceptan aquí mientras que a ti, su antepasado, te consideran exótico. Qué ironía. A mí me pareces como ellos, salvo por tu pelo y, por supuesto, por esa ropa absurda. —La criatura de Calixto meditó unos

instantes—. Amigo mío, la Polpol es la Policía Política y se encarga de detener a los descarriados, los seguidores del derrotado Gutman, que ahora son terroristas, odiados por todos. Muchos de estos seguidores proceden de las clases potencialmente criminales. Es decir los no conformistas, los llamados introvertidos. Individuos que afirman su sistema de valores subjetivos propios frente al sistema objetivo en boga. Para los terrícolas es una cuestión de vida o muerte, ya que Gutman estuvo a punto de ganar».

—¿Me esconderé? —decidió Poul.

«¿Pero dónde? No puedes. Salvo que quieras pasar a la clandestinidad y unirte a los *gutmanitas*, la clase criminal que se dedica a poner bombas... y supongo que no querrás hacer eso. Podemos ir juntos, y si alguien dice algo yo explicaré que eres mi criado. Tú tienes apéndices manuales y yo no. Y yo he decidido, por capricho, vestirte con ropa extraña y que conserves el pelo de la cabeza. Entonces la responsabilidad es mía. No es insólito, en realidad, el que organismos superiores de otros mundos empleen criados terrestres».

—Gracias —dijo secamente Poul, mientras la forma limosa reanudaba su lento avance por la acera—. Pero necesito hacer unas cosas...

«Yo voy camino del zoológico —la forma limosa continuó».

Poul tuvo un pensamiento poco amable.

«Por favor —dijo la forma limosa—. Tu anacrónico humor del siglo veinte no tiene sentido. Yo no soy un habitante del zoológico; el zoológico es para formas de vida de escaso nivel mental, como los *glebes* y los *traunos* marcianos. Desde que se iniciaron los viajes interplanetarios, los zoológicos se han convertidos en el centro de...».

—¿Podrías llevarme hasta la Estación Espacial? —Intentó que su petición no pareciera muy vehemente.

«Corres un riesgo mortal —dijo la forma limosa— yendo a un sitio público. La Polpol vigila constantemente».

—Quiero ir de todos modos. —Si pudiera subir a una nave interplanetaria, si pudiera dejar la Tierra, ver otros mundos...

Pero borrarían sus recuerdos; comprendió inmediatamente esto, horrorizado. Tengo que tomar notas, se dijo. *¡Inmediatamente!*

—¿Tienes un lápiz? —preguntó a la forma limosa—. Oh, perdón, creo que tengo uno. —Evidentemente, la forma limosa no tenía.

En un trozo de papel que sacó del bolsillo de la chaqueta —era material de la Convención—, escribió apresuradamente frases breves y desconectadas, todo lo que le había sucedido, lo que había visto en el siglo veintiuno. Luego volvió a meterse rápidamente el papel en el bolsillo.

«Una medida muy inteligente —dijo la forma limosa—. Y ahora vayamos al Espaciopuerto, si quieres acompañarme a mi paso lento. Y, mientras vamos hacia allá, te diré algunos detalles sobre la historia de la Tierra a partir de tu período».

La forma limosa de Calixto siguió calle abajo. Poul la acompañaba. ¿Qué elección tenía después de todo?

«La Unión Soviética. Fue trágico. Su guerra con la China Roja en 1983, que finalmente envolvió a Israel y a Francia... Lamentable, pero resolvió el problema de Francia; una nación con la que resultaba muy difícil tratar en la segunda mitad del siglo veinte».

Poul garrapateó esto también en su trozo de papel.

«Después de la derrota de Francia... —la forma limosa continuó explicando y Poul garrapateando contra el tiempo».

—Debemos darnos prisa —decía Fermeti— si queremos capturar a Anderson antes de que suba a una nave.

Pensaba en una investigación exhaustiva con ayuda de la Polpol. Le fastidiaba que interviniera, pero su ayuda le parecía vital.

Había pasado demasiado tiempo y seguían sin encontrar a Anderson.

Frente a ellos estaba el Espaciopuerto, un gran disco de kilómetros de diámetro, sin obstrucciones verticales. En el centro estaba el Punto Calcinado, chamuscado por años de despegue y aterrizajes de naves espaciales. A Fermeti le gustaba el Espaciopuerto, porque allí la densidad de la edificación de la ciudad cesaba bruscamente. Allí había espacio abierto, como el que recordaba de la niñez... si es que podía uno atreverse a pensar abiertamente en la niñez.

El edificio del Espaciopuerto estaba emplazado a centenares de metros por debajo de la capa rexeroidal destinada a proteger a los que esperaban en caso de accidentes. Fermeti llegó a la entrada de la rampa descendente, y se detuvo allí lleno de impaciencia a esperar que lo alcanzaran Tozzo y Gilly.

—*Nilparé* —dijo Tozzo, pero sin entusiasmo. Y rompió la cinta que llevaba en la muñeca con gesto decidido.

Inmediatamente el vehículo de la Polpol planeó sobre ellos.

—Somos de la Oficina de Emigración —explicó Fermeti al Teniente de la Polpol. Bosquejó su Proyecto, describió (a regañadientes) como habían trasladado a Poul Anderson a su período de tiempo.

—Pelo en la cabeza —anotó el Teniente de la Polpol—. Ropa extraña. Muy bien, señor Fermeti; buscaremos hasta encontrarle. —Hizo un saludo y su pequeño vehículo desapareció.

—Son eficaces —admitió Tozzo.

—Pero no son de fiar —dijo Fermeti, concluyendo al pensamiento de Tozzo.

—Me hacen sentirme incómodo —aceptó Tozzo—. Pero supongo que es el propósito.

Los tres se colocaron en la rampa descendente y bajaron a gran velocidad hasta la planta inferior. Fermeti cerró los ojos, pestañeando ante la pérdida de peso. Era casi tan malo como el despegue. ¿Por qué tenía todo que ser tan rápido? No era así, desde luego, en la década anterior, en que las cosas iban a un ritmo mucho más moderado.

Salieron de la rampa, y se les aproximó de inmediato el Jefe de la Polpol del edificio.

—Tenemos un informe sobre el hombre que buscan —les dijo el oficial de uniforme gris.

—¿No ha despegado? —exclamó Fermeti—. Gracias a Dios. —Miró a su alrededor.

—Allí está —dijo el oficial, indicando.

Ante un quiosco de revistas estaba Poul Anderson revisando con gran interés todo el material.

En un instante los tres funcionarios de la Oficina de Emigración lo rodearon.

—Vaya, qué hay —dijo Anderson—. Mientras esperaba mi nave pensé que no estaría mal echar un vistazo a lo que se publica ahora.

—Anderson —dijo Fermeti—, necesitamos sus servicios. Lo siento pero tenemos que volver a la Oficina.

Inmediatamente Anderson echó a correr. Vieron su figura alta y angulosa empequeñecerse mientras corría hacia la puerta.

Fermeti sacó una pistola anestesiadora.

—No hay otra solución —murmuró disparando.

Anderson cayó al suelo. Fermeti se guardó de nuevo la pistola y dijo con voz átona:

—Se recuperará. Una rodilla rozada, nada más. —Miró a Gilly y a Tozzo—. Se recuperará en la Oficina, quiero decir.

Los tres se acercaron a la figura que estaba tendida en el suelo de la sala de espera del Espaciopuerto.

—Podrá volver a su propio *continuum* temporal —dijo tranquilamente Fermeti— en cuanto nos dé la fórmula de la restauración de masa.

Anderson asintió y un funcionario de la Oficina trajo la vieja máquina de escribir portátil *Royal*.

Sentado en una silla frente a Fermeti en la Oficina de Asuntos Internos, Poul Anderson dijo:

—Yo no uso máquina portátil.

—Tiene que cooperar —le informó Fermeti—. Tenemos los medios científicos para devolverle a Karen; acuérdese de Karen y de su hija recién nacida y de la Convención del Hotel *Sir Francis Drake* de San Francisco. Si no coopera, Anderson, tampoco cooperará la Oficina. Con su capacidad precog supongo que comprenderá eso.

—Bueno —dijo Anderson tras una pausa—, para trabajar necesito un tarro de café recién hecho al lado.

—Está bien —dijo Fermeti—, le conseguiremos granos de café. Pero tiene que preparárselo usted. Le traeremos también un tarro del Museo Smithsoniano y ahí acaba nuestra responsabilidad.

Haciéndose cargo de la máquina, Anderson comenzó a inspeccionarla.

—Cinta roja; siempre la uso negra, pero supongo que servirá.

Parecía un poco triste. Metió una hoja de papel y empezó a escribir. En el encabezado de la página aparecieron estas palabras:

VUELO NOCTURNO
Poul Anderson

—¿Decían que lo compró *If*? —preguntó a Fermeti.

—Sí —contestó éste. Anderson escribió:

«Los problemas planteados en Exterior S.A., habían comenzado a inquietar a Eduard Fletcher. Había desaparecido una nave completa, y aunque no conociera personalmente a los individuos que iban a bordo, sentía una cierta responsabilidad. Y, mientras se enjabonaba con aquel champú impregnado de hormonas...».

—Esta comenzando por el principio —dijo hoscamente Fermeti—. Bueno, si no hay alternativa tendremos que aguantarnos. Me pregunto cuánto tiempo... me pregunto si se dará mucha prisa escribiendo. Como precog puede ver lo que vendrá después; esto tiene que ayudarle a escribir de prisa.

—¿O era simplemente que deseaba pensar eso?

—¿Aún no han llegado los granos de café? —preguntó Anderson, alzando la vista.

—Están por llegar —dijo Fermeti.

—Espero que algunos sean colombianos —dijo Anderson.

El artículo estaba terminado mucho antes de que llegara el café.

Poul Anderson se levantó lentamente, estiró sus largos miembros y dijo:

—Creo que tienen lo que querían. La fórmula para la restauración de masa está en la página veinte.

Fermeti pasó páginas ansioso. Si, allí estaba; mirando por encima de su hombro, Tozzo vio el párrafo:

> *«Si la nave siguiera una trayectoria que la llevara a la Estrella Próxima, recuperaría, advirtió, su masa a través de un proceso de absorción de energía solar del gran horno de la propia Estrella. Sí, era la propia Próxima la que tenía la clave del problema de Torelli, y ahora, después de tanto tiempo, lo había resuelto. Aquella simple fórmula giró en su cerebro».*

Y Tozzo se dio cuenta de que allí estaba la fórmula. Como decía el artículo, la masa se recuperaría partiendo de energía solar convertida en materia, la fuente de energía absoluta del Universo. *¡Y la solución había estado durante todo aquel tiempo ante sus propias narices!*

Su larga lucha había concluido.

—¿Y ahora —preguntó Poul Anderson— tengo libertad para volver a mi propio tiempo?

—Sí —respondió Fermeti.

—Un momento —dijo Tozzo a su superior—. Evidentemente hay algo que no entiendes.

Era una sección que él había leído del manual de instrucciones de la draga-tiempo. Llevó a Fermeti a un lado, donde Anderson no pudiera oírles.

—No puedes devolverle a su propio tiempo con los conocimientos que tiene ahora.

—¿Qué conocimientos? —preguntó Fermeti.

—Qué... bueno, no estoy seguro. Cosas relacionadas con nuestra sociedad. Lo que quiero decirte es esto: la primera regla del viaje en el tiempo, según el manual, es no alterar el pasado. Dadas las circunstancias, el trasladar a Anderson aquí alteró el pasado por su simple contacto con nuestra sociedad.

Fermeti caviló unos instantes y dijo:

—Puede que tengas razón. Mientras estuvo en aquel almacén pudo coger algún objeto que, trasladado a su propio tiempo, pueda revolucionar su tecnología.

—O en el quiosco de revistas del Espaciopuerto —añadió Tozzo—. O en su viaje entre esos dos puntos. Y además... incluso el conocimiento de que él y sus colegas son precogs.

—Tienes razón —convino Fermeti—. Tenemos que *borrar* de su memoria los recuerdos de este viaje.

Dio la vuelta y caminó lentamente hacia Poul Anderson.

—Escuche —le dijo—. Siento tener que decirle esto, pero debemos borrar de su cerebro todo lo que ha sucedido.

—Es una vergüenza —dijo Anderson tras una pausa—. Lamento oír esto. Pero no me sorprende —dijo esto último casi en un murmullo; parecía aceptar filosóficamente la situación—. Es el procedimiento normal en estos casos.

—¿Dónde puede realizarse esta alteración de las células de su memoria? —preguntó Tozzo.

—En el Departamento de Fenología —contestó Fermeti—. Por los mismos canales a través de los que obtenemos a los convictos. —Y añadió, indicando la pistola anestésica y dirigiéndose a Poul Anderson—: Venga con nosotros. Lamento haber tenido que hacer lo que hice... pero no había otra solución.

VI

En el Departamento de Fenología, un *electroshock* indoloro eliminó del cerebro de Poul Anderson las células precisas en que se almacenaban sus recuerdos más recientes. Luego fue trasladado otra vez, en estado semiinconsciente, a la draga-tiempo. Momentos más tarde viajaba de vuelta al año de 1954, a su propia sociedad y a su propio tiempo. Hacia el Hotel *Sir Francis Drake* del centro de San Francisco, California, y hacia su mujer y su hija que le esperaban.

Cuando la draga-tiempo regresó vacía. Tozzo, Gilly y Fermeti respiraron con alivio y destaparon una botella de whisky centenario que Fermeti tenía guardada desde hacía mucho. La misión había sido un éxito; ahora podían volver su atención al proyecto.

—¿Dónde está el manuscrito que él escribió? —dijo Fermeti, posando su vaso y buscándolo.

No había ningún manuscrito, y Tozzo advirtió que la antigua máquina *Royal* portátil traída del Museo Smithsoniano había desaparecido también. Pero, *¿por qué?*

De pronto le recorrió un escalofrío. *Comprendía*.

—Dios mío —dijo confuso; dejó su vaso—. Consigan un ejemplar de la revista con el artículo. Inmediatamente.

—¡Qué pasa, Aron? —preguntó Fermeti—. Explícate.

—Al eliminar de su memoria lo que había sucedido hicimos que le resultase imposible escribir el artículo para la revista —dijo Tozzo—. *«Vuelo Nocturno»* debía basarse en su experiencia con nosotros aquí.

Cogió el ejemplar de agosto de 1955 de *If* y miró el índice.

No había en él ningún artículo de Poul Anderson. En vez de eso, en la página 78, aparecía *«The Mold of Yancy»*, de Philip K. Dick.

Al final habían cambiado el pasado. Y ahora había desaparecido, definitivamente, la fórmula de su Proyecto.

—No deberíamos haber manipulado —dijo Tozzo ásperamente—. Nunca debimos traerlo del pasado.

Bebió un trago del whisky centenario; le temblaban las manos.

—¿Traer a quién? —dijo Gilly, con expresión de desconcierto.

—¿No recuerdas? —Tozzo lo miró, incrédulo.

—¿Pero de que hablan? —preguntó Fermeti impaciente—. ¿Y qué demonios hacen los dos en mi oficina? Deberían estar trabajando. —Vio la botella de whisky y se puso pálido—. ¿Quién abrió esto?

Tembloroso, Tozzo volvió una y otra vez las páginas de la revista. El recuerdo iba haciéndose confuso en su mente; luchaba en vano para

retenerlo. Habían traído a alguien del pasado, a un precog, sin duda... pero ¿quién? Aún se dibujaba un nombre en su mente, pero confuso y más confuso a cada instante... Anderson o Anderton, algo así. Y en relación con el Proyecto de eliminación de masa interestelar de la Oficina.

¿O no?

Desconcertado, Tozzo cabeceó y dijo:

—Tengo fijas en el pensamiento dos palabras extrañas. *Vuelo nocturno*, ¿Sabe alguno de ustedes a qué se refiere?

—*Vuelo Nocturno* —repitió Fermeti—. No, no significan nada para mí. Sin embargo... sería un buen nombre para nuestro proyecto.

—Sí —aceptó Gilly—. Deben referirse a eso.

—Pero nuestro proyecto se llama Araña Acuática, ¿no es cierto? —dijo Tozzo. Al menos eso creía él. Pestañeó, intentando concentrarse.

—La verdad —dijo Fermeti— es que aún no le hemos puesto ningún nombre —y añadió bruscamente—: pero estoy de acuerdo contigo; ese es un nombre aun mejor. *Araña Acuática*. Sí, me gusta.

Se abrió la puerta de la oficina y apareció un funcionario uniformado.

—Del Museo Smithsoniano —informó—. Pidieron ustedes esto.

Y mostró un paquete que dejó sobre la mesa de Fermeti.

—No recuerdo haber pedido nada del Museo Smithsoniano —dijo Fermeti. Abrió el paquete cautelosamente y encontró un bote de granos de café tostado, empaquetados al vacío, de aproximadamente un siglo de antigüedad.

Los tres hombres se miraron con desconcierto.

—Qué extraño —murmuró Torelli—. Tiene que haber un error.

—Bueno —dijo Fletcher— en cualquier caso, volvamos al proyecto Araña Acuática.

Asintiendo, Torelli y Gilly se volvieron en dirección de su propia oficina en la primera planta de Exteriores S.A., la empresa comercial para la que trabajaban, y el proyecto que llevaban desarrollando, con tantos dolores de cabeza y tantos obstáculos, desde hacía tanto tiempo.

En la Convención de ciencia ficción, en el Hotel *Sir Francis Drake*, Poul Anderson miraba a su alrededor desconcertado. ¿Dónde había estado? ¿Por qué había salido del edificio? Y había transcurrido una hora; Tony Boucher y Jim Gunn habían salido ya a cenar, y no veía señal alguna de su esposa Karen y de su hija.

Lo último que recordaba era aquellos dos *fans* de Battlecreek que querían que posara para una foto fuera, en la acera. Quizá hubiera ido allí. En cualquier caso, no recordaba nada.

Anderson hurgó en el bolsillo de la chaqueta buscando su pipa, con la esperanza de calmar sus agitados nervios... y no encontró su pipa sino un trozo de papel doblado.

—¿Tienes algo para nuestra subasta, Poul? —preguntó un miembro del Comité de la Convención, deteniéndose a su lado—. La subasta está a punto de empezar... tenemos que darnos prisa.

Sin dejar de mirar el papel que había sacado del bolsillo, Poul murmuró:

—Bueno, ¿te refieres a algo que tenga aquí conmigo?

—Sí, por ejemplo un manuscrito de algún relato publicado, el manuscrito original o versiones previas o notas. Ya sabes —se detuvo esperando.

—Creo que tengo unas notas en el bolsillo —dijo Poul, sin apartar los ojos del papel. Era una nota manuscrita, la letra era suya, pero no recordaba haberla hecho. Un relato de viaje en el tiempo, al parecer. La razón de todo debía ser, concluyó, haber tomado tanto whisky sin comer apenas nada.

—Tengo esto —dijo vacilante—. No es mucho pero supongo que puede servir. —Echó un vistazo al final de la nota—. Son apuntes de un relato sobre un personaje político llamado Gutman y un rapto en el tiempo. Aparece también, según veo, una forma limosa inteligente. —En un impulso, se lo entregó.

—Gracias —dijo el otro, y continuó apresuradamente hacia la otra sala, donde se desarrollaba la subasta.

—Yo ofrezco diez dólares —dijo Howard Browns, con una amplia sonrisa—. Luego tengo que coger el autobús para el aeropuerto. —La puerta se cerró tras él.

Y aparecieron al lado de Poul, de pronto, Karen y Astrid.

—¿Quieres entrar a ver la subasta? —preguntó ella—. Podemos comprar un original de Finlay...

—Sí, desde luego —dijo Poul Anderson, y entró lentamente con su mujer y su hija detrás de Howard Browns.

LO QUE DICEN LOS MUERTOS

I

Exhibido durante una semana en un ataúd de plástico irrompible transparente, el cadáver de Louis Sarapis había provocado una ininterrumpida demostración de afecto por parte del público. Ante los restos habían desfilado largas filas de personas con los rostros amoratados y los lloriqueos de circunstancia; entre ellas, muchas ancianas afligidas, vestidas con abrigos de paño negro.

En un rincón del gran auditorio donde se exhibía el ataúd, Johnny Barefoot había esperado impaciente su turno. Pero él no se limitó a mirar a Louis Sarapis; su misión, detallada en el testamento del muerto, era completamente distinta. En su carácter de jefe de Relaciones Públicas de Sarapis, su trabajo consistía simplemente en volverlo a la vida.

Paciencia —murmuró Barefoot para sí, después de consultar su reloj y comprobar que todavía faltaban muchas horas para cerrar las puertas del auditorio. Tenía hambre. Además, el frío que emanaba de la envoltura congelada del ataúd, aumentaba su malestar minuto en minuto.

En ese momento se acercó su esposa, Sarah Belle, con un termo con café.

—Toma Johnny, no tienes buen aspecto —dijo, quitándole un mechón de negro pelo lustroso de la frente.

—No —admitió él, y señalando con la cabeza el ataúd y la doble fila de asistentes al duelo, agregó—; en vida nunca me importó mucho, y en este estado, menos todavía.

—*Nihil nisi bonum* —dijo suavemente Sarah Belle.

La miró con el ceño fruncido. No entendió lo que dijo; quizá fuera algo en idioma extranjero. Sarah Belle había ido a la Universidad en su juventud, y su memoria le era muy fiel.

—Es una cita de *Thumper Rabbit* —aclaró Sarah Belle, sonriendo suavemente—. Es de *«Bambi»*, una vieja película clásica, y significa: *«Si no puedes decir nada bueno, es preferible que no digas nada»* —agregó—. Si me acompañaras a las conferencias del Museo de Arte Moderno los lunes a la noche...

—Escucha —dijo Johnny Barefoot con tono desesperado—. No quiero resucitar a ese viejo ladino, Sarah Belle. ¿Quién me habrá mandado meterme en esto? Cuando esa embolia lo hizo caer como un bloque de cemento, creí que podía decirle adiós a todo este asunto.

Pero no era así.

—¿Por qué no lo desconectas? —preguntó Sarah Belle.

—¿Quéééé?

Ella rió.

—¿Acaso tienes miedo...? Desenchufa la conexión del hielo concentrado y entrará en calor. Entonces, adiós resurrección, ¿no es cierto?

Los ojos de color gris azulado de la mujer, parecían bailotear divertidos.

—¡Pobre Johnny! Aún le temes —dijo acariciándole el brazo—, si no fuera porque necesitas una mamá que te cuide me divorciaría.

—Eso estaría muy mal —dijo él—. Louis está completamente indefenso en ese ataúd, desconectarlo no sería el acto de un hombre.

—Algún día, tarde o temprano, tendrás que enfrentarte con él —dijo Sarah Belle tranquilamente—. Cuanto antes, mejor. Y mientras esté hibernando, llevarás la ventaja. Es una buena oportunidad, tal vez así logres salir indemne.

Volviéndose, se alejó al trote con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, para contrarrestar el frío.

Johnny encendió melancólicamente un cigarrillo y se recostó contra la pared. Su mujer tenía razón, por supuesto. En una confrontación directa, un hibernante llevaba las de perder con una persona viviente. Así y todo rechazaba la idea porque desde la niñez había admirado a Louis, que dominaba las rutas comerciales de la Tierra a Marte, con todos los embarques, como si se tratara de un entusiasta de modelos de cohetes que jugaba con sus miniaturas sobre un tablero moldeado de papel *maché*, en el sótano de su casa. Y ahora, en el momento de morir, a los setenta años de edad, el viejo controlaba cientos de industrias relacionadas o no en los dos Planetas, a través de su firma Empresas Wilhelmina. El volumen de su riqueza era incalculable, incluso a fin de determinar sus impuestos; en realidad, tratar de calcular sus enormes ingresos no era cosa fácil, aún para los más especializados en impuestos.

Es por mis hijos, pensó Johnny, tengo que pensar en ellos, que están en la escuela en Oklahoma. Si yo estuviera solo, sin la responsabilidad de una familia, podría tal vez enfrentarme al viejo Louis. Pero no podía olvidarse de sus dos hijas ni de Sarah Belle, por supuesto.

Debo pensar en ellos, no sólo en mi, se dijo, mientras esperaba la oportunidad de sacar el cadáver del ataúd, de acuerdo a las detalladas instrucciones dejadas por el anciano magnate. Veamos, es probable que disponga de un año entero como hibernante, y casi seguro es que lo querrá dividir estratégicamente, tal vez en períodos cortos al final del año fiscal. Es

Librodot

posible que trate de extenderlo durante dos décadas; un mes de vez en cuando, y ya cerca del final lo dividirá en semanas, y después en días solamente.

Llegará por fin el momento en que al viejo Louis le restará un par de horas; la señal se debilitará poco a poco, se apagará la chispa de actividad eléctrica concentrada en las congeladas células cerebrales, habrá un parpadeo, las palabras saldrán débiles y confusas del equipo de amplificación. Después, el silencio... Y por último, la tumba. Eso llegaría tal vez después de unos veinticinco años. Recién en el 2100 era probable que el proceso cefálico del viejo se apagara totalmente.

Mientras fumaba su cigarrillo con pitadas rápidas, Johnny Barefoot pensó en aquel día, muchos años atrás, en que lleno de ansiedad se había presentado en la oficina de personal de Empresas Arquímedes, y farfulló a la chica del escritorio, que estaba buscando trabajo. Tenía algunas ideas para ofrecer, ideas brillantes para solucionar conflictos creados por huelgas y la creciente violencia en los Puertos Espaciales, debido a la superposición de jurisdicciones entre Sindicatos rivales. Aquellas ideas contribuirían en su momento a que Sarapis pudiera prescindir de mano de obra agremiada. Era una sucia maniobra, y en aquella oportunidad había sido consciente de ello, pero de todas maneras había estado en lo cierto; era una de esas ideas que hacen ganar dinero. La chica lo había enviado a ver al señor Pershing, Gerente de Personal, y éste lo envió a ver a Louis Sarapis.

—¿Quiere decir que puedo lanzar desde el océano? —preguntó Louis Sarapis—. ¿Puedo prescindir de los Puertos y salir desde el Atlántico, más allá del límite de las tres millas?

—Los Sindicatos son organizaciones nacionales —replicó Johnny—, y ninguno de ellos tiene jurisdicción en alta mar; en cambio, una Organización Comercial tiene carácter internacional.

—De todas maneras tendré que emplear muchos hombres, la misma cantidad o más, quizá. ¿De dónde los sacaré?

—Recurra a Burma, a la India, a los Estados Malayos. —había dicho Johnny—. Consiga trabajadores sin ningún entrenamiento, y tráigalos para acá; enséñeles el oficio en base a una escritura. En otras palabras, dedúzcales el costo del viaje del salario.

Lo sabía, era un sistema de semiesclavitud, usado para explotar a ex presidiarios como peones. La idea le resultó atrayente a Louis Sarapis: tener su propio imperio en alta mar, con mano de obra sin derechos legales. Era el arreglo ideal.

Sarapis adoptó el sistema y tomó a Johnny para el Departamento de Relaciones Públicas; era el puesto más adecuado para un hombre con ideas brillantes que carecía de preparación teórica, es decir, para un hombre sin educación, un *no-universitario*, un inadaptado inútil, un intruso, un solitario carente de título superior.

—¡Eh, Johnny! —había dicho una vez Sarapis—. ¿Cómo no fuiste a la escuela, siendo tan inteligente? Todo el mundo sabe que eso trae consecuencias fatales. ¿Fue acaso un impulso autodestructivo? —sonrió ampliamente, poniendo al descubierto sus dientes de acero inoxidable.

—Has acertado Louis —le había contestado, malhumorado—. Quiero morir, me odio a mí mismo.

En ese momento recordó su idea de peonaje, pero eso había sucedido después que dejó la escuela.

—Tal vez debería consultar a un analista —confesó.

—*¡Impostores!* Son todos unos farsantes —le dijo Louis—; si lo sabré yo, que tuve seis aquí, trabajando exclusivamente para mí en distintas épocas. Lo que sucede contigo es que eres un tipo envidioso. Quieres lo mejor, o nada; no te gusta luchar ni subir los peldaños con esfuerzo.

Pero tengo lo mejor —pensaba Johnny Barefoot en aquel momento, y no solamente en aquél sino en todo momento—. Qué mejor que trabajar para ti. Todo el mundo quiere trabajar para Louis Sarapis; distribuye trabajo entre toda clase de gente.

Miró la doble fila de aquellos que pasaban ante el ataúd y se preguntó si toda esa gente serían empleados de Sarapis o familiares de empleados. Podía haber también muchos que se habrían beneficiado con las leyes de asistencia social que Sarapis hiciera pasar por el Congreso tres años atrás, durante la depresión. En los últimos años de su vida, Sarapis se había convertido en el padre de los pobres, los hambrientos, los desocupados. Había organizado ollas populares ante las que desfilaba la gente; igual que ahora.

Quizá muchas personas de las que formaban aquellas colas para comer, se encontraban hoy aquí.

Un guardia del auditorio codeó a Johnny y lo tomó de sorpresa.

—Dígame, ¿usted no es Johnny Barefoot, el encargado de las Relaciones Públicas del viejo Louis?

—Sí —contestó Johnny mientras apagaba el cigarrillo y desenroscaba la tapa del termo que le había dejado Sarah Belle—. Tome un poco de café —le ofreció—. ¿O ya está acostumbrado al frío de los Salones Cívicos?

El ayuntamiento de Chicago había cedido el local, para que Louis pudiese yacer de cuerpo presente. Era una muestra de gratitud por lo que había hecho en la región; fábricas abiertas, gente empleada, impuestos...

—No crea, no estoy acostumbrado —afirmó el guardia al aceptar una taza de café—. ¿Sabe una cosa, señor Barefoot? Siempre lo he admirado porque a pesar de ser un *no-universitario*, usted supo escalar posiciones; tiene un trabajo importante y ha ganado un montón de dinero. Hasta llegó a hacerse famoso. Es una inspiración para nosotros, los *no-universitarios*.

Mientras saboreaba el café, Johnny dejó escapar algo así como un gruñido.

—En realidad —dijo el guardia—, creo que debemos agradecérselo a Sarapis. Él lo contrató a usted. Mi cuñado también trabajó en sus empresas; fue hace cinco años, cuando nadie empleaba gente, sólo el viejo Sarapis. Claro que muchos murmuran que es un avaro, que no deja actuar a los Sindicatos y otras acusaciones; ¡pero dio pensiones a tanta gente vieja! Mi padre vivió con una pensión de Sarapis hasta que murió. Y no hay que olvidar todas las leyes que hizo aprobar por el Congreso; las leyes de protección al necesitado no habrían pasado nunca si Sarapis no hubiera hecho presión.

Johnny volvió a gruñir, en señal de asentimiento.

—No es de extrañarse que haya venido tanta gente. Ya veo por qué —dijo el guardia—. Ahora, *¿quién va a ayudar al tipo de la calle, al no-universitario como usted y yo?* Ya no está el viejo Sarapis.

Johnny no supo qué contestar a las preguntas del guardia y a las que él mismo se formulaba en ese momento.

De acuerdo con la ley, en su carácter de propietario de la Empresa Fúnebre Amada Cofradía, Herbert Schoenheit von Vogelsang debía consultar con el abogado del difunto señor Sarapis, el famoso Claude St. Cyr, para determinar con exactitud cómo debían distribuirse los períodos de hibernación, y organizar los detalles técnicos. Era una cuestión de rutina; no obstante, casi desde el principio apareció un obstáculo imprevisto: no lograba ponerse en contacto con St. Cyr, Administrador del patrimonio.

—¡Caramba! —pensó para sí von Vogelsang al colgar el teléfono sin haber conseguido comunicarse—. Algo anda mal, esto es muy extraño, tratándose de un hombre tan importante.

Había intentado llamar desde las Bodegas, las bóvedas de baja temperatura donde se conservaba a los hibernantes en la envoltura congelada permanente. En ese momento, un hombrecito con aspecto de empleado afligido, esperaba en el escritorio sosteniendo en la mano el talón de un comprobante. Era evidente que venía a recoger a algún pariente. Faltaba muy poco para *el Día de la Resurrección*, las fiestas en que los hibernantes eran honrados públicamente y se acercaban, por lo tanto, los apuros de última hora.

—Sí señor —dijo Herb con una sonrisa amable—; me encargaré personalmente de su asunto.

—...es una señora anciana —dijo el cliente—, de unos ochenta años, muy menuda y marchita. No sólo deseo hablarle sino también sacarla a pasear un poco —explicó—. Es mi abuela.

—Enseguida estaré con usted —prometió Herb, y volvió a las bóvedas en busca del número 3054039-B.

Cuando localizó el cuerpo que buscaba, aprovechó para inspeccionar el informe de embarque; según los datos, sólo restaban unos quince días de hibernación. Procedió automáticamente a presionar un amplificador portátil contra el casco del ataúd de cristal; lo conectó y buscó la frecuencia indicada en espera de alguna señal de actividad cefálica.

Del altavoz salió una débil voz: *«...entonces Tillie se lastimó el tobillo y todos creímos que no sanaría más, fue tan boba al querer caminar enseguida...».*

Quedó satisfecho; desconectó el amplificador, y llamó a un trabajador agremiado para que transportara el 3054039-B hasta la plataforma de carga donde el cliente podía subirla a su coche o helicóptero.

—¿La controló? —preguntó el cliente, mientras abonaba las cuotas que debía.

—*Yo* mismo lo hice —contesté Herb—. Funciona a la perfección. Le deseo un feliz *Día de la Resurrección*, señor Ford —concluyó con una sonrisa.

—Gracias —dijo el cliente, dirigiéndose hacia la plataforma de carga.

Cuando yo me vaya —pensó Herb—, creo que encargaré a mis herederos que me revivan un día por siglo; de esa manera podré observar el destino de la humanidad.

Eso significaba un alto costo de manutención para los herederos y sin duda alguna, tarde o temprano resolverían desconectar la instalación, sacar el cuerpo de la envoltura congelada y —que Dios no lo permita—, enterrar el cadáver.

—El entierro es una costumbre bárbara —murmuro Herb en voz alta—, vestigio de los orígenes primitivos de nuestra cultura.

—Sí señor —concurrió su secretaria, la señorita Beasman, sentada ante la máquina de escribir.

Varios clientes se hallaban en comunión con sus parientes en estado de hibernación, distribuidos a intervalos regulares en las galerías que albergaban los ataúdes. Había una atmósfera de calma reverente; en realidad, era conmovedor el espectáculo de esos fieles que venían a presentar sus respetos con regularidad. Muchos traían mensajes, noticias de lo que sucedía en el mundo exterior; otros trataban de animar a los hibernantes en los breves intervalos de actividad cerebral, y de paso, pagaban las cuotas a Herb Schoenheit von Vogelsang. Dirigir una empresa mortuoria era un negocio muy lucrativo.

—Noto un poco débil a mi padre —dijo un joven que logró llamar la atención de Herb—. ¿No podría dedicarle un momento y controlarlo? Se lo agradecería de todo corazón.

—Por supuesto —dijo Herb.

Acompañó al cliente por la galería hasta donde estaba su pariente fallecido. Según el informe de embarque, le quedaban pocos días; eso explicaba la pobre calidad de su cerebración. Así y todo, aumentó el volumen, y... la voz del hibernante se volvió un poco más fuerte. *Se acerca el fin* —pensó Herb—. Era obvio que el hijo no había querido mirar el informe, no deseaba enfrentar la realidad y saber que estaba perdiendo contacto con su padre. Herb no dijo nada; se alejó simplemente, dejando al hijo en comunión. Para qué decírselo... Siempre había tiempo para dar la mala noticia.

En ese momento se detuvo un camión junto a la plataforma de carga, y dos hombres con uniforme color celeste, muy familiar, descendieron de un salto.

Herb se dio cuenta que eran de Transportes y Mudanzas Atlas Interplanetaria. Con seguridad venían a entregar otro hibernante, o a retirar uno que habría expirado. Se acercó a paso lento a los recién llegados.

—Si, señores —les dijo.

El conductor del camión se asomó por la ventanilla.

—Venimos a entregar al señor Louis Sarapis —anunció—. ¿Tienen listo el lugar?

—Naturalmente —contestó Herb con diligencia—. Pero no he conseguido comunicarme con el señor St. Cyr para establecer la cartilla. ¿Cuándo debemos hacerlo revivir?

Otro hombre, de cabello oscuro y ojos brillantes como cuentas, salió del camión y llegó hasta él para presentarse.

—Soy Johnny Barefoot —dijo—, y según los términos del testamento, estoy encargado del señor Sarapis. Hay que volverlo a la vida de inmediato. Esas son las instrucciones que he recibido.

—Ya veo —dijo Herb, asintiendo—. Bien, entonces tráiganlo adentro y lo conectaremos sin demora.

—¡Qué frío hace aquí! —se quejó Johnny—. Es peor que en el auditorio.

—Pero por supuesto... —contestó Herb.

La dotación de la empresa de transportes empezó a empujar el ataúd, haciéndolo rodar hacia las Bóvedas. Herb echó un vistazo a la cabeza grande del muerto; la cara gris parecía una mascarilla fundida. El viejo pirata todavía es imponente —pensó Herb—; por suerte murió al fin, a pesar de sus obras de caridad. ¿Quién quiere semejante caridad?

Naturalmente que Herb no dijo eso a Barefoot, se limitó a encabezar el grupo hasta el lugar predeterminado.

—Dentro de quince minutos lograré hacerlo hablar —prometió a Barefoot, que parecía un poco tenso—. No se preocupe, a este nivel casi nunca fracasamos; la carga residual inicial tiene por lo general mucha vitalidad.

—Imagino que más adelante, cuando comienza a extinguirse, se encontrarán ustedes con *ciertos* problemas técnicos.

—¿Por qué quiere retornar tan pronto? —preguntó Herb.

Barefoot frunció el ceño, sin responderle.

—Lo siento —dijo Herb.

Continuó manejando los cables que debían encajar perfectamente en los cátodos terminales del ataúd.

—A baja temperatura el flujo de corriente carece de impedimentos, prácticamente —murmuró—. No hay casi resistencia apreciable a menos de 120 grados bajo cero. De manera que...

Colocó en su lugar la cápsula del ánodo.

—La señal emitida debe ser clara y fuerte —dijo para terminar, y conectó el amplificador.

Se produjo un zumbido, y nada más.

—¿Y bien? —dijo Barefoot.

—Volveré a controlar —aseguró Herb, preguntándose qué habría salido mal.

—Escuche bien —le advirtió Barefoot—, si llega a fallar con éste, y deja que se apague la chispa...

No era necesario que terminara la frase. Herb sabía a qué atenerse.

—¿Acaso desea participar en la Convención Demócrata-Republicana? —preguntó Herb.

La Convención tendría lugar en Cleveland a fin de mes. En épocas anteriores Sarapis había participado activamente en las negociaciones secretas, tanto de la Convención Demócrata-Republicana como de la Liberal. En realidad, se decía que él en persona había elegido al último candidato a la presidencia por el Partido Demócrata-Republicano, Alfonse Gam; el apuesto y atildado candidato había perdido, aunque por pocos votos.

—¿Ninguna reacción, todavía? —preguntó Barefoot.

—Ahá, parece...

—Nada, evidentemente —dijo Barefoot en tono sombrío—. Si dentro de diez minutos no logra hacerlo reaccionar, me pondré en contacto con St. Cyr y sacaremos a Louis de su mortuoria; además, lo acusaremos de negligencia.

—Estoy haciendo todo lo posible —afirmó Herb, transpirando mientras manejaba nerviosamente las conexiones del ataúd—. Tengan en cuenta que no me encargaron a mí la instalación de la envoltura congelada; puede haber ocurrido algún descuido en esa etapa.

Ruidos de estática interrumpieron de pronto el zumbido continuo.

—¿Es él, que vuelve en sí? —preguntó ansioso Barefoot.

—No —admitió Herb, perdiendo la calma.

En realidad, era una mala señal.

—Siga insistiendo —dijo Barefoot.

No era preciso dar esa orden a Herbert Schoenheit von Vogelsang; hacía esfuerzos denodados por lograr una reacción y empleaba todos los recursos que su experiencia en el gremio le proporcionaba. Con todo eso no obtenía ningún resultado. Louis Sarapis continuaba silencioso.

No voy a lograr nada, reflexionó asustado Herb. Lo peor del caso es que no entiendo la razón. ¿Qué está mal? ¡Un cliente importante como éste, que se me arruine de esta manera!

En tanto, seguía trabajando sin atreverse a mirarlos.

En la zona oscura de la Luna, el jefe técnico Owen Angress, a cargo del radiotelescopio de Kennedy Slough, descubrió que había recogido una señal originada en alguna región a una semana-luz más allá del Sistema Solar, en dirección a Próxima. Por lo general, esa zona del espacio ofrecía poco interés para la Comisión de Comunicaciones en el Espacio Profundo de las Naciones Unidas. Pero esta, según Angress pudo comprobar, era diferente.

Amplificada por la gran antena del radiotelescopio le llegó, débil pero inconfundible, una voz humana.

> *«...probablemente los dejará pasar —decía la voz—. ¡Si los conoceré! Ese Johnny, por ejemplo, si no lo tuviera siempre bajo vigilancia sería capaz de cualquier cosa; pero al menos no es un ladrón como ese St. Cyr. Estuve en todo mi derecho de echar a St. Cyr. Espero que cumplan mis órdenes... —la voz se perdió momentáneamente».*

¿Qué hay allá afuera? —se preguntó Angress, sin recobrarse aún del asombro.

—A una semana-luz, murmuró mientras hacía una marca en el mapa del espacio profundo que había estado rediseñando, no hay nada. Son nubes de polvo, vacías.

No podía comprender qué representaba esa señal. Había varias posibilidades: podía tratarse de una señal que rebotaba a la Luna desde algún transmisor cercano; en ese caso se trataba simplemente de un eco. ¿O se había equivocado al interpretar los datos de la computadora? Esto no tenía pies ni cabeza, no podía ser correcto. Parecía un individuo que se había puesto a pensar ante un transmisor más allá del Sistema Solar... Un hombre sin apuros que pensaba en voz alta, en una especie de libre asociación de ideas, parecía somnoliento... No tenía sentido.

Será mejor que informe a Wycoff, de la Academia Soviética de Ciencias — se dijo.

En ese momento Wycoff era su inmediato superior; el mes próximo sería Jamison, del Instituto de Tecnología de Massachusetts.

Tal vez se trata de una nave de largo alcance que...

Volvió a filtrarse la voz.

> *«...ese Gam es un tonto; me equivoqué al elegirlo. Ahora me doy cuenta, pero tal vez sea demasiado tarde. ¿Hola? —los pensamientos parecían más precisos y aumentaba la claridad de las palabras—. ¿Estoy volviendo en mí? ¡Dios mío! Era hora. ¿Eh Johnny, eres tú...?».*

Angress tomó el teléfono y marcó el número del código para la Unión Soviética.

«...habla, Johnny —reclamaba con urgencia a través del altavoz—. ¡Vamos, hijo! Tengo tantas cosas en la cabeza y tanto por hacer. ¿Ya empezó la Convención? Aquí metido uno no tiene noción del tiempo; no puedo ver ni oír; espera que te llegue la hora, y ya verás... —la voz se extinguió nuevamente».

Esto es justamente lo que Wycoff llamaría un fenómeno, reflexionó Angress. Y no es para menos.

II

Claude St. Cyr escuchó al locutor del noticiero televisivo de la tarde farfullar algo sobre un descubrimiento del radiotelescopio de la Luna, pero no le prestó atención. Estaba preparando cócteles para sus invitados.

—Sí —manifestó a Gertrude Harvey—, aunque parezca irónico, yo mismo redacté el testamento con la cláusula que me separaba automáticamente de mi puesto y prescindía de mis servicios, en el momento en que él muriera. Y te diré porqué Louis hizo eso; sospechaba de mí, al punto de parecer paranoico, y pensó que con una cláusula semejante, se aseguraba en cierto modo no ser... —hizo una pausa mientras medía una gota de vino blanco para mezclar con la ginebra— ...prematuramente despachado.

Sonrió, y Gertrude le sonrió a su vez, elegantemente sentada en el sofá, junto a su esposo.

—¡De mucho le valió! —afirmó Phil Harvey.

—¡Diablos! —protestó St. Cyr—. Nada tuve que ver con su muerte; fue una embolia, un gran coágulo que se trabó como un corcho en el cuello de una botella —la comparación lo hizo sonreír—. La naturaleza tiene sus propios remedios...

—Escucha la televisión —dijo Gertrude—, anuncia algo raro —se levantó para acercarse hasta el aparato.

—Probablemente se trata de ese bobalicón de Kent Margrave, con otro de sus discursos políticos —dijo St. Cyr.

Margrave era el Presidente desde hacía cuatro años, representante del Partido Liberal, que logró vencer a Alfonse Gam, el candidato digitado por Louis Sarapis. A pesar de todos sus defectos, Margrave era un político astuto que había logrado convencer a grandes grupos de votantes que tener como Presidente a una marioneta de Sarapis no era una idea muy brillante.

—No —dijo Gertrude, arreglando los pliegues de su falda sobre las rodillas desnudas—. Es la Agencia Espacial, División Ciencia, según creo.

—¡Ciencia! —rió St. Cyr—. Entonces prestemos atención; soy muy admirador de la ciencia, aumenta el volumen.

Supongo que habrán encontrado otro planeta en el Sistema de Orión —pensó para sí—. Una nueva meta para nuestra existencia colectiva.

—Esta noche —decía el locutor—, una voz de origen *ultraespacial* tiene completamente sorprendidos a los científicos de Estados Unidos y Unión Soviética.

—¡Oh, no! —exclamó St. Cyr—. ¡Una voz ultraespacial! Por favor, no quiero seguir escuchando —y sin poder contener la risa, se alejó del televisor.

En realidad, no podía seguir escuchando.

—Lo único que faltaba —dijo a Phil—, es que resulte ser la voz de ya saben quién.

—*¿Quién?*

—Dios, naturalmente. El radiotelescopio de Kennedy Slough recogió la Voz Divina. Me imagino que pronto recibiremos otra serie de mandamientos. O por lo menos, unos cuantos pergaminos arrollados —dijo, y quitándose las gafas se enjugo los ojos con un pañuelo de hilo.

—Por mi parte, estoy de acuerdo con mi mujer. Esto me parece fascinante —dijo Phil Harvey con acritud.

—¡Pero amigo mío! —exclamó St. Cyr—. ¿Sabes qué va a suceder? Después descubrirán que algún estudiante japonés perdió una radio a transistores en un viaje entre Calixto y la Tierra. La radio escapó del Sistema Solar y el radiotelescopio pudo recoger su onda, convirtiéndola en un tremendo misterio para todos los científicos.

Se puso repentinamente serio.

—Apágala Gertrude, hay cosas más serias de qué hablar.

Aun contra su voluntad, Gertrude hizo lo que le pedía.

—Dime Claude —preguntó Phil poniéndose de pie—. ¿Es cierto que en la mortuoria no pudieron revivir al viejo Louis? Dicen que en estos momentos no está en hibernación, como se había proyectado.

—Ya no me entero de nada a través de la Organización —contestó St. Cyr—, pero admito que escuché algunos rumores al respecto.

Sabía con certeza que así eran los hechos, pues tenía numerosos amigos en Wilhelmina. Pero no quería delatar a sus fieles fuentes de información...

—Supongo que debe ser cierto —dijo.

Un temblor sacudió a Gertrude.

—Imagínate lo que debe ser no poder volver en sí. ¡Qué espantoso!

—Antiguamente, todos estaban en esas condiciones —le recordó su marido mientras bebía un Martini—. Antes del principio del siglo nadie hibernaba.

—Pero ahora estamos acostumbrados a hacerlo —insistió su esposa.

—Continuemos con nuestra conversación —dijo St. Cyr a Phil Harvey.

—Está bien. Si crees que vale la pena discutir el asunto... —dijo Harvey encogiéndose de hombros y echando una mirada crítica a St. Cyr—. Sí, podría buscarte un puesto en mi Departamento Legal, si es eso lo que en realidad deseas. Pero no puedo ofrecerte lo mismo que te daba Louis; no sería justo con los otros abogados que tengo.

—Oh, reconozco que es así —dijo St. Cyr.

Después de todo, la firma de transportes de Harvey era un negocio pequeño en comparación con la Organización de Sarapis. En realidad, Harvey era uno de los factores menos importantes en el negocio de embarques.

Eso era precisamente lo que deseaba St. Cyr. Con la experiencia que tenía y los contactos que había hecho al trabajar para Louis Sarapis, en un año a lo sumo podría desplazar a Harvey y apoderarse de Empresas Electra.

Electra era el nombre de la primera esposa de Harvey. St. Cyr la conocía, y después que ella se separó, había continuado viéndola en forma más personal... e interesante. Siempre había pensado que Electra Harvey no había sacado buen partido de su divorcio; Harvey había contratado abogados mucho más capaces que los de Electra y dicho sea al pasar, el abogado de la mujer era un miembro joven de la firma de St. Cyr, llamado Harold Faine.

Desde que ella saliera perdiendo en el juicio, St. Cyr no había dejado de reprocharse el no haberse encargado personalmente del caso. Pero en ese entonces había estado tan ocupado con los negocios de Sarapis... No había podido, eso era todo.

Ahora, desaparecido Sarapis y terminado su trabajo con Atlas, Wilhelmina y Arquímedes, podía dedicar un poco de tiempo a reparar esa injusticia y acudir en ayuda de la mujer que amaba (estaba dispuesto a admitir que era así).

Pero del deseo al hecho hay un largo trecho. Primero debía entrar a formar parte del Equipo de Asesores Legales de Harvey, costare lo que costase. Era evidente que estaba a punto de lograrlo.

—¿Lo sellamos con un apretón de manos? —preguntó a Harvey, extendiendo su diestra.

—Está bien —dijo Harvey con poco entusiasmo, no obstante, estrechó la mano que se le tendía.

—Aquí, entre nosotros —agregó Harvey—, me han llegado ciertos rumores, un tanto fragmentarios pero muy exactos en cuanto a las razones por las que Sarapis te excluyó del testamento, y no es la que tú me habías dicho.

—¿Ah, sí? —dijo St. Cyr fingiendo indiferencia.

—Según tengo entendido, sospechaba que alguien, probablemente tú, haría todo lo posible para impedirle que entrara en estado de hibernación. Pensaba que ese alguien elegiría una firma mortuoria con la que tiene algunos contactos personales y que de alguna manera... fracasarían en hacer revivir al viejo. Y qué extraño —concluyó Harvey, mirando directamente a St. Cyr—, eso es precisamente lo que ha ocurrido.

Hubo silencio.

Gertrude fue la primera en hablar.

—Y ¿qué ganaría Claude si Louis Sarapis no pudiera resucitar?

—No tengo la menor idea —admitió Harvey acariciándose la mandíbula, pensativo—. Ni siquiera entiendo muy bien el proceso de hibernación. ¿Es cierto que a veces el hibernante posee un sentido intuitivo extra, cierta perspectiva, un nuevo juego de valores que no poseía cuando estaba vivo?

—Según tengo entendido, algunos psicólogos sostienen esa teoría —dijo Gertrude—. Los antiguos teólogos solían llamarlo *conversión*.

—Tal vez Claude estaba atemorizado por ciertas intuiciones de Louis —dijo Harvey—, si bien es sólo conjetura.

—Es pura conjetura —admitió St. Cyr—, incluyendo lo del plan que mencionaste. En realidad, no conozco a nadie en el ramo de firmas mortuorias.

Al hablar, hizo un esfuerzo para que la voz no lo traicionase, manteniéndola firme. Pero es un tema peligroso, pensó, muy embarazoso por cierto.

En ese momento apareció la criada para anunciarles que la cena estaba servida. Phil y Gertrude se pusieron de pie, Claude hizo otro tanto, y juntos entraron al comedor.

—Dime una cosa —dijo Phil Harvey a Claude—. ¿Quién es el heredero de Sarapis?

—Una nieta que vive en Calixto; se llama Kathy Egmont y parece *bastante extraña*... Tiene sólo veinte años y ya ha estado cinco veces en prisión, principalmente por adicción a las drogas. Tengo entendido que en los últimos tiempos ha logrado curarse del hábito de las drogas y se ha

convertido en una fanática religiosa no sé de qué secta. No la conozco, pero he tenido en las manos abundante correspondencia intercambiada entre ella y Sarapis.

—Imagino que cuando termine la libertad condicional entrará en posesión de la herencia, con todo el poder político que eso le significará.

—¡Oh! —exclamó St. Cyr—. El poder político no se hereda ni puede transmitirse. Kathy recibirá, por supuesto, todo el caudal económico que como sabes, tiene su base en la Compañía Accionista Principal, Financiera Wilhelmina, con licencia del Estado de Delaware. Eso le pertenece, si tiene interés en hacerse cargo y si entiende lo que ha heredado.

—No pareces muy optimista con respecto a la joven.

—A través de su correspondencia puede entreverse, al menos yo lo entiendo así, que se trata de una persona muy enferma, con mentalidad criminal tal vez, muy inestable y excéntrica. La última clase de persona que a uno le gustaría como heredera para los bienes de Louis.

Tras de esa observación, entraron a cenar.

Esa noche, una llamada telefónica despertó a Johnny Barefoot. Medio dormido consiguió enderezarse y tantear en la oscuridad hasta encontrar el receptor telefónico. Sarah Belle se movió a su lado en la cama, mientras él contestaba con voz áspera.

—¡Hola! ¿*Quién* demonios es?

—Siento molestarlo, señor Barefoot —contestó una frágil voz femenina—. No tenía intención de despertarlo, pero mi abogado me dijo que lo llamara en cuanto llegara a Tierra. Habla Kathy Egmont —aclaró—, aunque mi nombre de casada es Kathy Sharp. ¿Sabe quién soy?

—Sí —contestó Johnny, restregándose los ojos y reprimiendo un bostezo.

El aire frío de la habitación le provocó un escalofrío; junto a él Sarah Belle recogió las cobijas para cubrirse bien los hombros, y se volvió hacia el otro lado.

—¿Desea que la vaya a buscar, o tiene un lugar donde quedarse?

—No tengo amigos en Tierra —dijo Kathy—, pero la gente del Puerto Espacial me dijo que el *Beverly* es un buen Hotel, y pienso ir allí. Salí de Calixto en cuanto me enteré de que mi abuelo había muerto.

—Llegó antes de lo esperado —dijo Johnny—, creí que tardaría por lo menos un día más.

—¿Hay alguna posibilidad...? —la joven pareció vacilar por timidez—. ¿Podría alojarme con usted, señor Barefoot? La idea de estar en un gran Hotel, rodeada de gente que no conozco, me asusta un poco.

—Lo siento —contestó él, sin vacilar—, pero soy casado.

Se dio cuenta de inmediato que no sólo había sido descortés, sino que también, casi insultante.

—Quiero decir —aclaró a modo de explicación—, que no tengo ningún cuarto libre. Esta noche puede quedarse en el Hotel *Beverly*, y mañana ya le encontraré algo que sea más adecuado.

—Está bien —dijo Kathy, resignada pero todavía un poco ansiosa—. Dígame señor Barefoot, ¿les ha ido bien con la resurrección de mi abuelo? ¿está ya en estado hibernante?

—No, hasta ahora han fallado los esfuerzos —contestó Johnny—. Pero en eso están...

La última vez que estuvo en la mortuoria había dejado cinco técnicos tratando de descubrir qué podría haber fallado en el proceso.

—Yo sospechaba que algo como eso ocurriría —dijo Kathy.

—¿Por qué?

—Bueno... Mi abuelo era tan distinto al común de los hombres. Creo que usted debe saberlo mejor que yo; después de todo, lo veía todos los días. De alguna manera no podía imaginármelo inerme como el resto de los hibernantes, pasivos y completamente dependientes. ¿Podría usted imaginarlo en esas condiciones, después de todo lo que ha hecho?

—Mañana podremos hablar —dijo Johnny—. Llegaré al hotel a eso de las nueve, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo. Encantada de haberlo conocido, señor Barefoot. Y espero que siga trabajando para mí en Arquímedes. Adiós.

Se oyó el ¡click! del teléfono, había cortado.

Mi nueva jefa, pensó Johnny. ¡Ay de mí!

—¿Quién era a esta hora? —preguntó Sarah Belle.

—La propietaria de Arquímedes —contestó Johnny—, mi nueva patrona.

—Louis Sarapis —dijo su mujer, incorporándose—. ¡Oh! Te refieres a la nieta. Ya llegó... ¿Y qué te pareció?

—Es difícil decirlo —contestó él, pensativo—. Parece asustada, sobre todo. Viene de un mundo más pequeño y limitado que la Tierra.

No dijo a su mujer los antecedentes de Kathy, su adicción a las drogas ni su permanencia en prisión.

—¿Puede hacerse cargo ahora? —preguntó Sarah Belle—. Acaso, ¿no debe esperar que termine la hibernación de Louis?

—Desde el punto de vista legal, está muerto. El testamento entra en vigencia enseguida.

De todas manera no está en hibernación, pensó agriamente; está muerto, y muy callado en su ataúd de plástico rodeado por una envoltura de congelación instantánea que aparentemente no fue lo bastante instantánea.

—¿Crees que podrás llevarte bien con ella?

—No lo sé —contestó él con franqueza—; no sé siquiera si voy a intentarlo.

No le gustaba la idea de trabajar para una mujer, especialmente si era menor que él. Y menos aún para una que, según todas las apariencias, era psicópata. Ya completamente despierto, la idea empezó a darle vueltas.

—Posiblemente sea bonita —dijo Sarah Belle—, y terminarás enamorándote de ella y por último me abandonarás.

—¡Oh, no! —protestó él—. No sucederá nada tan extraordinario como eso. Es probable que trate de adaptarme a ella; al menos, haré un esfuerzo para prolongar las cosas por algunos meses. Y después, buscaré algo distinto.

Y entretanto, pensó, ¿que ocurrirá con Louis? ¿Seremos o no capaces de revivirlo? Esa era la gran incógnita.

Si conseguían revivir al viejo, él podría dirigir a su nieta; aunque desde el punto de vista médico y legal estaría muerto, podría sin embargo continuar manejando su complejo mundo económico, y en cierto modo, también la parte política. Pero en las actuales circunstancias, los acontecimientos no se estaban desarrollando de acuerdo a lo previsto; el viejo había contado con revivir de inmediato, y con toda seguridad, antes de la Convención Demócrata-Republicana. Louis debía saber, seguramente, a qué clase de persona dejaba toda su herencia. Tenía que ser consciente de que sin ayuda, ella sería incapaz de desenvolverse. Y es muy poco, pensó Johnny, lo que

puedo hacer por ella. Claude St. Cyr podría haberla ayudado, pero las cláusulas del testamento lo excluyen completamente. ¿Qué recursos nos restan, entonces? Continuar insistiendo para revivir al viejo Louis, aunque debamos acudir a todas las empresas mortuorias de Estados Unidos, Rusia y Cuba.

—Deduzco por tu expresión que tienes pensamientos confusos —dijo Sarah Belle, y encendió la pequeña lámpara de la mesita de noche para buscar su bata—. No trates de resolver asuntos importantes en medio de la noche —le aconsejó.

Así debe sentirse uno en estado hibernante ,pensó él, medio mareado. Sacudió la cabeza tratando de despejarse y despertar por completo.

A la mañana siguiente dejó el coche en el garaje subterráneo del *Beverly*, y tomo el ascensor hasta el vestíbulo de la planta baja. Un empleado sonriente le dio la bienvenida al acercarse a la recepción. El Hotel no era lujoso, pero al menos se veía limpio, pensó Johnny. Tenía el aspecto de un respetable hotel familiar que posiblemente alquilaba la mayoría de sus apartamentos por mes, especialmente a personas jubiladas. Parecía que Kathy estaba acostumbrada a vivir modestamente.

Al contestar a su pregunta, el empleado le señaló la Cafetería del Hotel.

—Está desayunando. Me dijo que esperaba su visita señor Barefoot.

Había mucha gente desayunando en la cafetería. Johnny se detuvo en seco, tratando de adivinar cuál podría ser Kathy. ¿Quizás esa joven de pelo oscuro y de aspecto un tanto pomposo y frío que estaba en el rincón más alejado? Se acercó a ella. Advirtió enseguida que se teñía el pelo, y que sin cosméticos tenía una palidez fuera de lo común. Su piel denotaba cierta tirantez, como de alguien que ha sufrido mucho, aunque no de la forma que enseña y enriquece al individuo, convirtiéndole en una persona «mejor». Mientras la observaba llegó a la conclusión de que había sufrido pura y simplemente, sin compensaciones o factores atenuantes.

—¿Usted es Kathy? —preguntó.

La joven volvió la cabeza; sus ojos vacuos completaban la falta de expresividad de su rostro.

—Sí —repuso con una vocecita débil—. ¿Usted es el señor Barefoot? —lo observaba atentamente sentarse frente a ella, como si temiera que se le echase encima, la amenazara y fuera a intentar abusar sexualmente de ella.

Parece un animalito abandonado e indefenso, pensó él, enfrentando al mundo de espaldas contra la pared. El mal olor que tenía, o más bien la carencia de olor, quizás se debía a las drogas; pero eso no explicaba la opacidad de su voz ni la ausencia total de expresión facial. A pesar de todo era bonita, tenía facciones regulares y delicadas... Un poco de animación la hubiera hecho interesante. Tal vez lo había sido, años atrás.

—Me quedan sólo cinco dólares, después de haber pagado mi billete de venida, el hotel y el desayuno —dijo Kathy—. ¿Podría usted... —se interrumpió, vacilante—. No sé qué hacer. ¿Puede decirme si... ya soy dueña de algo? ¿Algo de mi abuelo, que avale lo que pueda pedir prestado?

—Le daré un cheque mío por cien dólares, y me los devolverá cuando pueda —dijo Johnny, sacando su talonario.

—¿De veras? —dijo ella, asombrada, y sonriendo levemente agregó—: ¡Qué confiado es usted! ¿O está tratando de impresionarme bien? Estaba a cargo

de las Relaciones Públicas de mi abuelo, ¿verdad? ¿Cómo lo trató en el testamento? Yo no recuerdo..., todo sucedió tan rápido que parece un sueño.

—Bueno, por lo menos no me despidió como a Claude St. Cyr.

—Entonces piensa quedarse —eso pareció devolverle la confianza—. Quisiera saber si... ¿Sería correcto decir que ahora usted trabaja para mí?

—Sí, es una forma de expresarlo —dijo Johnny—. Siempre y cuando usted piense que necesita que alguien se encargue de las Relaciones Públicas. No sé qué le parece; su abuelo Louis no estaba muy convencido, a veces.

—Dígame todo lo que están haciendo para tratar de resucitarlo.

Le explicó en términos generales lo que se había hecho.

—Pero ¿esto no se ha difundido entre la gente? —preguntó la muchacha.

—Por supuesto que no. Lo sé yo, el propietario de la mortuoria, que tiene el extraño nombre de Herbert Schoenheit von Vogelsang, y es posible que se hayan filtrado algunos rumores a cierta gente del ramo de transportes, como Philip Harvey. A esta fecha es posible que ya lo sepa también Claude St. Cyr. Naturalmente, a medida que pase el tiempo y Louis continúe sin decir palabra, si no hay ninguna declaración política a la prensa...

—Tenemos que prepararla nosotros —dijo Kathy—, y decir que es de él. Usted se encargará de eso, señor Barefoot —agregó, sonriéndole—. Mientras no logren revivirlo debemos encargarnos de dar a publicidad algunas declaraciones de mi abuelo. Y después, veremos; tal vez tengamos que renunciar a la idea... ¿Cree que podemos renunciar a revivirlo? —después de una breve pausa agregó—. Me gustaría verlo, si es posible; si a usted le parece bien.

—La acompaño —dijo Johnny—. Está en la mortuoria Amada Cofradía. De todas maneras, tengo que estar allí dentro de una hora.

Kathy asintió, y terminó de tomar el desayuno.

Johnny permanecía junto a Kathy mientras ella miraba intensamente el ataúd transparente. En ese momento se le ocurrió una idea extraña.

Tal vez le dé unos golpes al ataúd y diga: *«despierta abuelo»*, y quizá lo consiga, pensó. Todo lo demás ha fallado hasta ahora.

Herb Schoenheit von Vogelsang se retorcía las manos, y sin lograr ocultar su turbación, farfulló apesadumbrado:

—No entiendo qué puede ser, señor Barefoot. Anoche trabajamos sin descanso, hicimos varios turnos pero no logramos una sola chispa. Hicimos un electroencefalograma que indicó una débil pero inconfundible actividad cerebral, de manera que hay una sobrevida, pero no conseguimos hacer contacto con ella. Hemos colocado sondas en todas las partes del cerebro, como puede ver. No sé qué más podríamos hacer, señor.

Una maraña de cables finos como cabellos conectaban la cabeza del muerto con el equipo amplificador que rodeaba el ataúd.

—¿Se percibe algún resto de metabolismo cerebral? —preguntó Johnny.

—Sí señor; de acuerdo con los expertos, se pudo comprobar que está presente en cantidades normales, lo que puede esperarse poco después de ocurrido el deceso.

—Todo es inútil —dijo Kathy, con serenidad—. Es un hombre demasiado grande para esto. El sistema es adecuado para parientes ancianos, para una abuela a la que se saca a pasear una vez por año en el *Día de la Resurrección*. Vamos —dijo a Johnny, volviendo la espalda al ataúd.

Cuando salieron de la mortuoria, Kathy y Johnny caminaron un rato en silencio. Era un tibio día de primavera, ya algunos árboles mostraban los primeros brotes de color rosado. Johnny pensó que pronto los cerezos estarían cubiertos de flores.

—*Muerte y resurrección* —murmuró Kathy, al fin—. Un verdadero milagro de la tecnología. Quizá cuando Louis vio cómo era el otro lado, cambió de idea y ahora no desea volver.

—La verdad es que hay una chispa —dijo Johnny—, y donde quiera que se encuentre Louis, debe estar pensando algo.

Dejó que Kathy lo tomara del brazo cuando cruzaban la calle.

—He sabido que te interesas en asuntos religiosos —le dijo, en un clima de más confianza.

—Es cierto —dijo la joven, tranquilamente—. En la época en que fui adicta a las drogas tomé una vez una dosis excesiva, no recuerdo de qué, y como consecuencia sufrí un paro cardíaco. Oficialmente estuve muerta durante varios minutos... Es decir, desde el punto de vista médico. Me hicieron reaccionar con masajes a pecho abierto y electroshock, lo habitual. Pero durante ese período tuve una experiencia probablemente muy similar a la de aquellos que entran en hibernación.

—¿Te pareció mejor que esto? —preguntó Johnny.

—No, pero era distinto. Era... como un sueño; no me refiero a que todo pareciera vago e irreal, sino al aspecto lógico, a la carencia de peso. En eso está la diferencia. Uno se libera de la fuerza de gravedad, y nos cuesta imaginar la importancia que ese único factor tiene; piensa solamente en cuántas características diversas del sueño se originan en ese aspecto.

—¿Crees que esa experiencia te cambió? —preguntó Johnny.

—Conseguí dominar mi adicción, si a eso te refieres. Aprendí a controlar mis apetitos, mi ansiedad.

Al pasar frente a un puesto de diarios, un titular llamó la atención de Kathy, que se detuvo.

VOZ ULTRAESPACIAL ASOMBRA A CIENTÍFICOS

—Mira —dijo a Johnny.

—¡Qué interesante! —exclamó él.

Kathy tomó un periódico y se puso a leer el artículo que correspondía al título.

—¡Qué extraño! —dijo—. Han captado una entidad viva y sensible... Aquí está, puedes leerlo —agregó, pasándole el periódico—. Aquella vez, cuando morí, me sucedió lo mismo... Floté en el espacio, libre del Sistema Solar, libre primero de la gravedad Planetaria y luego de la del Sol. Quisiera saber qué significaba.

Volvió a tomar el periódico para releer el artículo.

—Diez centavos, señora o señor —dijo repentinamente la voz del robot-vendedor.

Johnny arrojó los diez centavos.

—¿Crees que puede tratarse de mi abuelo? —preguntó Kathy.

—Lo dudo —contestó Johnny.

—Yo creo que *sí* —dijo Kathy, mirando más allá de donde él se encontraba, perdida en sus pensamientos—. Estoy segura; piensa un momento en el tiempo que ha transcurrido y verás que hay una

coincidencia. El fenómeno empezó una semana después de la muerte de mi abuelo y la voz está a una semana-luz de distancia. Además, presta atención a lo que dice; se refiere siempre a ti, a mí, a St. Cyr, ese abogado que despidió, y a la Convención. El mensaje puede parecer un poco confuso pero para el que quiere entender resulta muy claro. Los pensamientos surgen de esa manera cuando uno está muerto, no en secuencia sino simultáneamente, comprimidos.

Miró a Johnny sonriendo.

—Hay un *sólo* problema, muy serio; podemos escucharlo a través del radiotelescopio de Kennedy Slough, pero *él* no puede oírnos a nosotros.

—No me digas que tú en realidad...

—Oh, sí. Con toda certeza —replicó ella—. Yo sabía que él no se iba a conformar con el estado de hibernación. Está gozando de una vida plena, completa, en el espacio..., más allá del último Planeta de nuestro Sistema. Y no habrá manera de interferir en lo que se proponga hacer.

La joven reanudó la marcha y Johnny la siguió.

—Cualquier cosa que se decida a hacer será por lo menos tan importante como lo que hizo en Tierra, puedes estar seguro. ¿Te causa miedo?

—¡Qué diablos! —dijo Johnny—. Ni siquiera estoy convencido, ¿cómo esperas que tenga miedo?

Quizá, después de todo, tenía razón. La seguridad de la joven logró impresionarlo y hasta convencerlo un poco.

—Sin embargo, sería natural que tuvieras ciertos temores... Desde allá puede llegar a ser *muy poderoso*, tal vez sea capaz de muchas cosas importantes que pueden afectarnos, influir en nuestras acciones y pensamientos; aún sin la ayuda del radiotelescopio, lo creo capaz de ponerse en contacto con nosotros a través del subconsciente.

—No pienso así —dijo Johnny.

Pero a su pesar, algo le decía que era posible, que Kathy tenía razón; Sarapis era precisamente el hombre capaz de hacer una cosa semejante.

—Ya sabremos más cuando empiece la Convención —afirmó Kathy—, porque eso es lo que a él le interesa. La última vez no consiguió que eligieran a Gam, y esa fue una de las pocas derrotas que sufrió en su vida.

—¡Gam! —repitió Johnny, incrédulo—. Ese hombre es un cero a la izquierda. ¿Existe todavía? Hace cuatro años que nada se sabe de él.

—Mi abuelo nunca dejó de considerarlo del todo —dijo Kathy meditativamente—. Sé que vive todavía, está en Io y se dedica a la cría de pavos o algo similar, tal vez sean patos, no estoy segura. De todas maneras, se encuentra allá, a la espera.

—¿A la espera de qué?

—De que mi abuelo se ponga en contacto con él, nuevamente. Como lo hizo hace cuatro años, en la Convención de esa época.

¡Nadie volvería a votar por Gam! —exclamó Johnny.

Disgustado, la miró de reojo. Kathy sonreía sin decir palabra, pero apretó con fuerza el brazo de él, haciéndole pensar que tal vez tenía miedo otra vez, cuando lo llamó la noche anterior. Quizás en ese momento tenía temores aún mayores.

III

Un hombre apuesto, de mediana edad, que vestía con chaleco y una corbata angosta, pasada de moda, se puso de pie el mismo momento en que Claude St. Cyr dejaba su oficina y aparecía en la sala de espera de St. Cyr & Faine, para luego dirigirse a los Tribunales.

—Señor St. Cyr... —lo llamó con una mesura en la que también había no poca dignidad.

El abogado le dirigió una mirada rápida.

—Llevo mucha prisa —le respondió—, pídale hora a mi secretaria.

Justo en ese momento St. Cyr recordó de quién se trataba; ese hombre era Alfonse Gam.

—Tengo un telegrama de Louis Sarapis —dijo Gam, buscando en su bolsillo.

—Lo siento —contestó St. Cyr con frialdad—, pero es que ahora estoy asociado con Phil Harvey. Mis relaciones comerciales con Louis Sarapis terminaron hace ya algunas semanas.

Hizo una pausa, dominado por la curiosidad. Había conocido a Gam en la época de la última campaña electoral, hacía cuatro años, y lo había visto en varias oportunidades; en realidad había actuado como abogado de Gam en varios pleitos: en algunos en que era demandante y en otros en los que era acusado. El tipo no le gustaba.

—Antes de ayer recibí este cable —dijo Gam.

—*Pero* Sarapis... —St. Cyr se interrumpió—. Déjeme ver eso —y tendió su mano para recibir el telegrama que Gam le entregaba.

Era una declaración de Louis asegurándole a Gam su apoyo incondicional en la próxima Convención. Y Gam tenía razón, el cable estaba fechado tres días antes. No era lógico.

—No me explico lo que ocurre, señor St. Cyr —admitió Gam, con la garganta seca—. Pero esto viene de Louis; no hay duda. Como usted ve, quiere que vuelva a presentarme en la Convención. Yo había renunciado por completo a la idea, abandoné la política en forma definitiva, ahora me dedico a criar gallinas de Guinea. Supuse que usted sabría algo con respecto a todo esto, quién lo envió y por qué —agregó—, si concluimos que no fue Louis.

—¿Cómo puede haberlo enviado el viejo Louis? —dijo St. Cyr.

—Quiero decir, que lo haya redactado antes de morir, y alguien lo envió unos días después. Quizás usted mismo —dijo Gam, encogiéndose de hombros—; por lo que veo, no fue usted. Quizás el señor Barefoot, entonces.

—¿Se piensa presentar nuevamente? —preguntó St. Cyr.

—Si Louis lo quiere... —Gam pretendía elaborar su respuesta en base a las opiniones que consideraba importantes.

—¿Para qué? ¿Para volver a perder? ¿Sería capaz de llevar al Partido a una nueva derrota, sólo por un viejo vengativo y tozudo...? —St. Cyr se interrumpió, aconsejado por la prudencia o la astucia—. Vuelva a su granja y olvídese de la política. Usted nunca ganará, Gam. Y todo el mundo en el Partido lo sabe. Creo que todo el país lo sabe. Eso es lo peor.

—¿Dónde puedo encontrar al señor Barefoot?

—No tengo idea —respondió St. Cyr, dando un paso para irse.

—Necesito un abogado —dijo Gam.

—¿Para qué? ¿Tiene algún juicio pendiente? Señor Gam, no creo que necesite un abogado; un médico tal vez sí, un psiquiatra, para que le explique por qué quiere volver a ser candidato en las elecciones. Escuche —

dijo inclinándose levemente hacia Gam—; si en vida Louis no consiguió que lo eligieran, ahora que está muerto, mucho menos...

Se fue, dejando a Gam plantado en la oficina.

—Espere —dijo Gam.

St. Cyr se dio vuelta de mala gana.

—Le aseguro que esta vez voy a ganar —afirmó Gam.

Por el tono y la actitud, parecía seguro de lograrlo. Lo había dicho con firmeza, con convicción, en lugar de balbucear, como era su costumbre.

—Le deseo suerte —dijo St. Cyr, sintiéndose incómodo—, a usted y a Louis.

—Entonces... *¡Está vivo!* —dijo Gam, con los ojos brillantes.

—No dije eso, era una ironía.

—Todavía está vivo, estoy seguro —dijo Gam, pensativo—. Me gustaría encontrarlo; estuve recorriendo todas las mortuorias y no estaba en ninguna, o si estaba en alguna de las que visité, me mintieron. Pero seguiré buscándolo, necesito hablar con él. Para eso vine de Io —concluyó.

St. Cyr logró al fin deshacerse del hombre.

¡Qué nulidad!, pensó. Un cero a la izquierda, una marioneta de Louis. Un estremecimiento lo sacudió de pies a cabeza. ¡Que Dios no lo permita, semejante hombre para Presidente! Ya me imagino a todos nosotros pareciéndonos a Gam...

No era una idea muy grata ni un pensamiento alentador para seguir adelante. ¡Con todo el trabajo que le estaba esperando...!

Ese día, como abogado de Phil Harvey, debía hacer una oferta a la señora Kathy Sharp —la ex Kathy Egmont— para la compra de Financiera Wilhelmina. Se trataba simplemente de un cambio de acciones, las que representaban votos redistribuidos de manera tal que Financiera Wilhelmina pasaría al control de Harvey. Resultaba casi imposible determinar el valor de la corporación, en dinero; por eso, Harvey no ofrecía dinero por ella, sino propiedades. Poseía en Ganímedes enormes extensiones que el Gobierno Soviético le había transferido diez años atrás como pago de cierta asistencia técnica que él había prestado a esa nación y sus colonias.

No había muchas posibilidades de que Kathy aceptara.

Pero a pesar de todo, debía hacer la oferta. El paso siguiente —la idea solamente lo hacía estremecerse—, consistía en una lucha a muerte en el terreno de la competencia económica entre la firma de transportes de Harvey y las de Kathy. El abogado sabía que las firmas de Kathy enfrentaban muchos problemas; después de la muerte del viejo Louis habían comenzado a surgir litigios con los Sindicatos y ya estaba empezando a ocurrir lo que Louis más detestaba: los Sindicatos estaban ya entrometiéndose con Arquímedes.

St. Cyr estaba de acuerdo con los Sindicatos; era tiempo de que se hicieran sentir. Solamente mediante sus tácticas deshonestas y su enorme capacidad de acción, el viejo había conseguido mantenerlos al margen; sin duda alguna era un hombre de gran imaginación, que carecía de principios. Kathy en cambio, no tenía ninguna de esas condiciones; y en cuanto a Johnny Barefoot...

¿Qué puede esperarse de un *no-universitario*?, se preguntó agriamente St. Cyr. ¿De dónde puede sacar ideas para una estrategia? No se puede pedir peras al olmo.

Bastante ocupado estaba Barefoot tratando de crear una imagen pública de Kathy. Justo empezaba a avanzar algo en ese sentido, cuando comenzaron las disputas sindicales. Tratar de hacer algo con una ex adicta a las drogas, una fanática religiosa, una mujer con antecedentes criminales... El trabajo de Johnny no era nada fácil.

Había obtenido algunos resultados explotando el aspecto físico de la joven; su expresión dulce y suave, casi pura, con cierta aureola de santidad. Johnny había puesto especial énfasis en eso, fotografiándola para *posters* en mil poses diferentes con perros, con niños, en hospitales, ferias pueblerinas, campañas de caridad y toda la variedad imaginable de lugares y ocasiones para destacar su personalidad, en vez de publicar declaraciones a la prensa.

Por desgracia, Kathy no había sabido aprovechar todos los esfuerzos realizados en su beneficio; al contrario, mancilló la imagen creada para ella de un modo bastante extraño.

Kathy afirmaba que estaba en comunicación permanente con su abuelo, que se hallaba en el espacio profundo, a una semana-luz de distancia, y cuya voz era captada en Kennedy Slough. Ella, como todo el mundo, también podía escucharlo, y debido a un milagro muy especial, él podía escucharla también.

A solas, como se encontraba en ese momento en el ascensor automático, St. Cyr rió en voz alta mientras se dirigía a la pista para helicópteros, en el techo del edificio. Resultaba imposible ocultar a los periódicos la chifladura religiosa de Kathy; ya había hablado demasiado en lugares públicos, en restaurantes, pequeños bares, plazas..., a pesar de que la acompañase Johnny, que no era capaz de hacerla callar.

Hubo también un incidente en una fiesta en la que ella se había desnudado diciendo que había llegado la hora de la purificación. Se pintó ciertos lugares con esmalte para uñas color carmesí, e improvisó una especie de ritual... *naturalmente*, había bebido algunas copas de más.

Y pensar que esa mujer es la que dirige Arquímedes, cavilaba St. Cyr. Por nuestro bien y el de todos, tenemos que echarla. Para él era prácticamente un mandato del pueblo, un acto de bien público; el único que no parecía verlo así era Johnny.

Lo que sucede es que a Johnny le gusta, pensó St. Cyr, esa es la razón. ¿Y qué pensará Sarah BeIle de todo esto?

St. Cyr subió al helicóptero con el espíritu en alto; cerró la portezuela y colocó la llave de encendido, pero pensó en Alfonse Gam y su buen humor se disipó, volvió a sentirse deprimido.

Creía que sólo había dos personas que actuaban bajo la presunción de que Louis Sarapis estaba vivo: Kathy Egmont Sharp y Alfonse Gam. Dos caracteres de baja extracción, con los que a pesar de sí mismo, estaba obligado a vincularse; parecía condenado a ello.

No estoy ahora mejor que cuando vivía el viejo Louis, pensó, en algunos aspectos, estoy peor aún.

El helicóptero se remontó en las alturas, en dirección al edificio de Phil Harvey, en el centro de Denver. Como era tarde, conectó el pequeño transmisor, tomó el micrófono y llamó a Harvey.

—Phil, ¿me escuchas? —dijo—. Habla St. Cyr, voy hacia el Oeste.

Después escuchó.

El altavoz transmitía una cháchara extraña que parecía venir de muy lejos; un murmullo formado por palabras mezcladas confusamente. Creyó

reconocer el discurso, lo había escuchado varias veces por televisión en los programas de noticias de los últimos días.

> *«...a pesar de los ataques personales, mucho más encarnizados que los dirigidos contra Chambers, pobre víctima que en su época no habría podido conseguir un trabajo de portero en alguna casa de mala fama. Mantén en alto la fe, Alfonse. La gente siempre termina por reconocer a alguien que vale; espera y verás. Bien dicen que la fe es capaz de mover montañas, si lo sabré yo..., con lo que he conseguido en mi vida...».*

St. Cyr pensó que se trataba de ese ente que estaba a una semana-luz de distancia; la señal que transmitía era cada vez más poderosa y por lo tanto, superaba la transmisión de los canales normales. Con un movimiento de impaciencia y una maldición, apagó el receptor.

Está interfiriendo en las comunicaciones, se dijo. Estoy convencido de que es ilegal. Consultaré a la Oficina de Comunicaciones Públicas. Siguió piloteando por sobre las grandes extensiones cultivadas. Estaba nervioso.

¡Dios mío!, pensó. Parecía la voz del viejo Louis. ¿Será posible que Kathy Egmont Sharp tenga razón?

Johnny Barefoot llegó puntualmente a la cita que tenía con Kathy en la fábrica de Arquímedes, en Michigan. La encontró muy deprimida, en muy bajo estado de ánimo.

—¿No te das cuenta de lo que está sucediendo? —le preguntó con los ojos desorbitados, sentada frente a él en el escritorio que había sido de Louis—. Todo el mundo sabe que no estoy haciendo lo que debo, tú eres el único que no lo ve.

—No sé a qué te refieres —contestó él, aunque en su interior sabía que la joven tenía razón—. Es mejor que te tranquilices; Harvey y St. Cyr no tardarán en llegar, y debes controlarte para el momento de encontrarte con ellos.

Había hecho lo posible por evitar la reunión, pero entendiendo que tarde o temprano debía hacerse, aconsejó a Kathy que aceptara.

—Tengo que decirte algo terrible —anunció Kathy.

—¿Qué es? —preguntó Johnny, sentándose frente a ella—. No debe ser algo tan tremendo.

Esperó alarmado a que ella le dijera de qué se trataba.

—Johnny, estoy consumiendo drogas otra vez. Toda la responsabilidad que tengo y las presiones que soporto, es demasiado para mí. Lo siento —dijo, mirando al suelo con tristeza.

—¿Qué droga es?

—No quiero decirlo; se trata de una anfetamina; he leído los folletos, y sé que en las cantidades en que la tomo, puede provocar una psicosis. Pero no me importa —afirmó, con la respiración entrecortada.

Ella volvió la espalda. Entonces Johnny se dio cuenta lo delgada que se había quedado; tenía el rostro demacrado y los ojos rodeados de profundas ojeras. Ahora entendía la razón; el exceso de anfetaminas desgasta el organismo, transformando la materia en energía. Tenía alterado el metabolismo, se había convertido en lo que se denomina una *pseudohipertiroidea*, estado en que se aceleran todos los procesos somáticos.

—Lo lamento —dijo él.

Hacía tiempo que temía algo parecido; no obstante, había sido preciso que ella se lo dijera.

—Deberías consultar a un médico —le aconsejó.

Se preguntó cómo haría Kathy para conseguir la droga, aunque con la experiencia de ella en la materia, no le sería muy difícil.

—Perturba el estado emocional del que la usa —explicó Kathy—; provoca arranques de ira, y también crisis de llanto. Quiero que lo sepas para que no te enfades conmigo, para que comprendas que se trata del efecto de la droga.

Johnny se dio cuenta de que ella había hecho un pequeño esfuerzo por sonreír, y entonces se le acercó y le puso una mano sobre el hombro.

—Escucha —le dijo—; cuando vengan Harvey y St. Cyr, será mejor que aceptes la oferta que te hagan.

—Está bien —asintió ella.

—Después, quiero que te internes voluntariamente en un hospital —agregó él.

—En el manicomio —dijo Kathy, con amargura.

—Estarás mejor sin las responsabilidades que tienes en Arquímedes. Necesitas un descanso prolongado. Lo que tú tienes es una gran fatiga física y mental, pero mientras sigas tomando esa anfetamina...

—...puede seguir pasando —dijo Kathy, terminando la frase—. Escucha bien, Johnny; no puedo vender la firma a Harvey y St. Cyr.

—¿Por qué?

—Louis no está de acuerdo. Dice... —permaneció en silencio unos segundos—. *Dice que no.*

—Tu salud, tu vida quizá... —dijo Johnny.

—Te refieres a mi salud mental —contestó Kathy.

—Te arriesgas demasiado —dijo Johnny—. *¡Al demonio con Louis! ¡Al diablo con Arquímedes!* ¿O acaso tú también quieres terminar en la mortuoria, en estado hibernante? No vale la pena, Kathy, se trata sólo de bienes materiales. Tu vida es mucho más importante.

Ella sonrió débilmente. En ese momento se encendió una lucecita y zumbó el intercomunicador.

—Señora Sharp. El señor Harvey y el señor St. Cyr han llegado. ¿Los hago pasar?

—Sí —repuso ella.

Se abrió la puerta y Claude St. Cyr entró con paso ágil, acompañado de Phil Harvey.

—¡Hola Johnny! —dijo St. Cyr.

Tenía un aspecto optimista A su lado, Harvey parecía confiado también.

—Johnny les explicará la situación —dijo Kathy.

El la miró sin comprender. ¿Quería decir con eso que estaba de acuerdo en vender?

—Y bien, ¿qué clase de negocio proponen? —preguntó Johnny—. ¿Qué pueden ofrecer ustedes en pago por el control de Financiera Wilhelmina de Delaware? Quiero que me digan lo que han pensado.

—Se trata nada menos que de Ganímedes —respondió St. Cyr—. Una Luna completa, o poco menos.

—Ya sé —observó Johnny—, el legado de la Unión Soviética. ¿Está aprobado por las Cortes Internacionales de Justicia?

—Sí —contestó Harvey—; han declarado que son perfectamente válidas. Es imposible calcular su valor; además, aumenta de año en año, a veces hasta en un cien por ciento.

—Eso es lo que mi cliente ofrece, Johnny; acéptalo y saldrán ganando. Me conoces bien y sabes que si afirmo algo así es porque es cierto.

Tal vez fuera así, pensó Johnny. En muchos aspectos la oferta parecía buena. Era evidente que Harvey no trataba de aprovecharse de Kathy.

—En representación de la señora Sharp... —empezó Johnny.

—*¡No!* —lo interrumpió Kathy, cortante y decidida—. No puedo vender, *él* dice que no.

—Kathy, me habías autorizado a negociar —protestó Johnny—. Tienes que seguir mi consejo. Ya habíamos hablado y creí que estábamos de acuerdo...

En ese momento llamó el teléfono de la oficina.

—Podrás oírlo tú mismo —dijo Kathy tomando el teléfono y pasándoselo a Johnny—.Él te dirá lo que debes hacer.

Johnny aceptó el auricular y se lo llevó al oído.

—¿*Quién* habla? —preguntó.

Entonces pudo escuchar el ruido. Era un rasguido lejano y pavoroso, como si alguien rasgara un largo alambre metálico.

> *«...Imperativo mantener el control, absurdo el consejo. Ella se recuperará, tiene pasta. Un buen médico puede solucionar todo; consígueselo y no dejes dominarte por el pánico porque esté enferma. También un abogado competente para que no caiga bajo el rigor de la ley. No permitas que consiga la droga. Debes insistir para...».*

Johnny rehusó seguir escuchando y apartó el receptor de su oído. Tembloroso, colgó el teléfono.

—Lo has escuchado bien, ¿verdad? Ese era Louis —dijo Kathy.

—Sí —admitió Johnny.

—Ahora tiene más poder, lo escuchamos directamente, no a través del Kennedy Slough. Anoche por primera vez lo escuché con toda claridad, cuando me iba a la cama.

—Debemos estudiar la propuesta, eso es evidente —dijo Johnny a St. Cyr y a Harvey—. Solicitaremos una tasación de las propiedades que ofrecen, y ustedes querrán seguramente una auditoría de Wilhelmina; todo eso requiere tiempo.

Notó que la voz le temblaba. Aún no se había repuesto de la sorpresa de escuchar la voz de Louis Sarapis, directamente.

Después de concertar una cita con St. Cyr para encontrarse más tarde, Johnny acompañó a Kathy a desayunar. Después de mucho insistir, la joven admitió que no había comido nada desde el día anterior.

—No tengo hambre —dijo ella mirando con desgano el plato con huevos, tocino, y tostadas con mermelada.

—Aunque se tratara de Louis Sarapis —dijo Johnny—, tú no...

—Ese *«aunque»* está de más, Johnny; es Louis, y tú lo sabes. Cada día que pasa adquiere más poder allá lejos. Tal vez la energía solar...

—Admitamos que sea Louis —dijo Johnny, resignado—; a pesar de eso, tienes que hacer lo que te convenga a ti, a tus intereses, no a los de él.

—Sus intereses y los míos son idénticos —dijo Kathy—. Se trata de conservar Arquímedes.

—¿Acaso él puede darte la ayuda que necesitas? ¿Puede proporcionar lo que falta? Es evidente que no toma en serio tu adicción, todo lo que hizo fue sermonearme, esa ayuda y nada, es lo mismo —dijo, sintiéndose cada vez más indignado—. En este caso, no nos sirve de mucho.

—Escucha Johnny —dijo la joven—, lo siento junto a mí constantemente. No necesito de la televisión ni del teléfono..., lo percibo directamente. Creo que debe ser mi sentido místico, o mi intuición religiosa, la que me ayuda a estar en contacto con él.

Bebió un poco de jugo de naranja.

—En cambio, yo creo que se trata de la psicosis de las anfetaminas.

—No esperes a que me interne en ningún hospital, Johnny. No pienso hacerlo —afirmó Kathy—. Es posible que esté enferma, pero no tanto. Puedo superar este retroceso por medio de mi propio esfuerzo, porque no estoy sola; mi abuelo me acompaña —afirmó sonriendo, y agregó—: Y te tengo a ti, a pesar de Sarah Belle.

—Te equivocas, Kathy; no me tienes —dijo Johnny, con calma—, a menos que vendas la firma a Harvey y aceptes las propiedades de Ganímedes.

—¿Serías capaz de abandonarme?

—Sí —respondió Johnny. Hubo una pausa.

—Mi abuelo dice que está bien, puedes irte —afirmó.

Sus ojos, dilatados, tenían una extraña fría expresión.

—No creo que haya dicho semejante cosa.

—Habla con él, si no lo crees.

—¿Cómo?

Kathy le señaló el aparato de televisión que estaba en un rincón del restaurante.

—No tienes más que sintonizarlo, y podrás escucharlo.

—No es necesario —dijo Johnny, poniéndose en pie—. Ya he tomado una decisión.

—Si cambias de parecer, me encontrarás en el Hotel.

Se alejó de la mesa dejándola sola, sentada. Se preguntó si ella le rogaría que volviera. Aguzó el oído mientras se alejaba, pero ella no lo llamó.

Minutos después se encontraba en la acera. Kathy había aceptado el reto, de modo que el alarde de él se había transformado en un hecho concreto: su renuncia.

Caminó aturdido, sin destino fijo. Tenía no obstante, la sensación de haber procedido bien. Estaba seguro. Sólo que*, ¡maldita sea...!*, pensó. ¿Por qué no había cedido? Seguramente porque tenía a Louis de su parte. A no ser por el viejo, la joven habría seguido su consejo de cambiar sus acciones mayoritarias con poder de veto, por las propiedades de Ganímedes. Maldito sea Louis Sarapis no ella, pensó Johnny.

¿Qué le esperaba ahora? ¿Volver a Nueva York? ¿Buscar otro trabajo? Quizá tendría que ofrecerse a Alfonse Gam. Con él, hasta podría hacer dinero...

¿O era mejor quedarse en Michigan y esperar que Kathy cambiase de opinión?

No podrá continuar siempre así, resolvió mentalmente, a pesar de lo que le diga Sarapis o lo que ella cree que le dice, sea como sea.

Llamó a un taxi y le dio la dirección del Hotel. Poco después entraba en el vestíbulo del Hotel *Antler*, de donde había salido esa mañana temprano. Volvió a su cuarto vacío; esta vez, tan sólo para quedarse a esperar, confiando en que Kathy cambiaría de parecer y lo llamaría. Ya no tenía cita a la que acudir, ni tarea que realizar. Todo había terminado.

Por unos minutos Johnny permaneció de pie ante la puerta, con la llave en la mano, escuchando la campanilla del teléfono en la habitación; la estridencia del timbre llegaba hasta el pasillo.

¿Será Kathy? ¿O tal vez él?, pensó.

Puso la llave en la cerradura, dio una vuelta y entró en a habitación. De un manotazo retiró el receptor de la horquilla.

—¡Hola! —dijo.

La voz continuaba machacando con su monótono recital, empeñada en un monólogo que sonaba distante.

> *«...has hecho mal en dejarla, Barefoot. Abandonaste el trabajo, me has traicionado. Creí que habías comprendido tu responsabilidad; es la misma hacia ella que hacia mí. No podías irte, por algo te dejé encargado de mis restos, para que siguieras firme. Tú no puedes...».*

Incapaz de seguir escuchando, Johnny colgó.

El teléfono no tardó en volver a llamar.

Esa vez no levantó el tubo; *¡al diablo contigo!*, pensó.

Se acercó a la ventana y se puso a mirar hacia abajo, a la calle, mientras pensaba en la conversación que había tenido con el viejo Louis años atrás. Aquella en que salió a la luz que no había ido a la Universidad por un sentimiento de autodestrucción. Ahora, en ese momento, pensaba. ¿Y si me tiro? Al menos no tendré que contestar más llamadas telefónicas. Todo terminaría.

Lo peor es la senilidad, meditó. Sus pensamientos carecen de claridad, no son precisos, parecen confusos, como un murmullo entre sueños. El viejo no está vivo, en realidad; tampoco está hibernando. Ese debilitamiento de la conciencia anuncia un estado tenebroso. Lo triste es que estamos forzados a escucharlo mientras va devanándose lentamente, poco a poco, hacia un fin cercano: hacia la muerte total.

Aún en esa condición decadente tenía deseos y sabía expresarlos con fuerza.

Quería que Johnny hiciera algo y deseaba que Kathy hiciera ciertas cosas. Los restos de Louis Sarapis tenían aún suficiente vitalidad y bastante inteligencia para encontrar la manera de perseguirlo, para salirse con la suya. Parecía una mera farsa de los deseos que Louis alentara en vida y sin embargo, no podía ignorarlos, no podía escapar de ellos.

El teléfono continuó sonando.

Tal vez no sea Louis, puede ser Kathy, pensó.

Levantó el receptor; enseguida volvió a dejarlo, había escuchado el rasguido monótono de la misma voz, fragmentos de la personalidad de Sarapis. Tuvo un temblor.

¿Será posible que sólo se escuche aquí? ¿Será selectivo?, pensó. Tuvo un presentimiento de que no era una llamada selectiva.

Fue hasta el aparato de televisión que estaba en el otro extremo de la habitación y lo encendió. Al iluminarse la pantalla aparecieron algunas imágenes, aunque en forma muy difusa. Con esfuerzo logró distinguir el contorno desdibujado de una cara.

Sólo entonces se dio cuenta que todo el mundo estaba viendo lo mismo. Cambió de canal y lo mismo. Vio que las facciones borrosamente impresas del anciano se habían materializado en la pantalla, mientras el altavoz seguía transmitiendo el mismo murmullo de palabras incoherentes, tal vez para muchos, aunque para él tenían la fuerza de un dedo acusador apuntándole al pecho.

«...te dije más de una vez, que tu responsabilidad está con...».

Johnny apagó el televisor; desapareció la cara borrosa y las palabras susurradas, pero el teléfono continuaba llamando. Se acercó y levantó el tubo.

—¿Me escuchas Louis?

«...ya verán cuando llegue el momento de las elecciones. Un hombre con el ánimo de volver a presentarse, afrontar la carga financiera; después de todo, eso es sólo para hombres de fortuna, ahora el costo de una campaña...».

La voz continuaba martilleando.

Naturalmente, el viejo no podía escucharlo, empeñado como estaba en un monólogo sin fin que no daba lugar a ninguna conversación. No se había establecido una auténtica comunicación.

Tenía que reconocer, eso sí, que el viejo sabía lo que estaba sucediendo en la Tierra. De alguna manera se había enterado que Johnny había dejado su trabajo.

Dejó el teléfono y encendió un cigarrillo, mientras trataba de poner en claro sus ideas.

No puedo volver a Kathy, a menos que me disponga a cambiar de idea y no aconsejarle que venda. Eso es imposible, es justamente lo que no puedo hacer. Y si descarto eso, ¿qué me resta por hacer? ¿Hasta cuándo podrá perseguirme Louis Sarapis? ¿Dónde podré esconderme para que no me encuentre?

En el puesto de diarios, Claude St. Cyr arrojó unas monedas y recogió un periódico.

—Gracias, señor o señora —dijo el robot-vendedor.

St. Cyr pestañeó varias veces, incapaz de creer lo que estaba leyendo. Se trataba de un titular del artículo de fondo; era inverosímil. Lo único que podía pensar era que el sistema completamente homeostático de imprimir noticias, basado en el *microrelé*, se habría descompuesto. Encontró una serie de palabras, carentes de ilación y sentido, enhebradas al azar. Era peor que *«El Velorio de Finnegan»*.

Pero en realidad, ¿eran palabras escritas al azar? Le llamó la atención, sobre todo, un párrafo:

«...en la ventana del Hotel, listo para arrojarse; si aspira a hacer negocios con ella será mejor que se dirija allá de inmediato. Ella depende de él, necesita un hombre desde que su marido Paul Sharp la abandonó. Hotel Antler, habitación 504, creo que todavía tiene tiempo; Johnny es demasiado terco, no tendría que haber alardeado con ella, con mi sangre no se juega, y ella lleva mi sangre...».

—Johnny Barefoot está en una habitación del Hotel *Antler* —dijo St. Cyr a Harvey, que estaba a su lado—. El viejo Sarapis nos advierte que está a punto de arrojarse por la ventana. Será mejor que vayamos enseguida.

—Barefoot es aliado nuestro —dijo Harvey, mirando al abogado—; no nos conviene que se quite la vida. Aunque no entiendo por qué Sarapis...

—Vamos ya —dijo St. Cyr, acercándose al helicóptero.

Harvey lo siguió a paso vivo.

IV

El teléfono dejó de sonar repentinamente. Johnny se volvió a tiempo para ver a Kathy, que acababa de tomar el receptor.

—Me llamó —dijo ella—, y me avisó lo que estabas a punto de hacer.

—Está loco —dijo Johnny—. No pensaba hacer nada.

Se apartó de la ventana.

—Pero él creyó que pensabas tirarte —dijo Kathy.

—Eso demuestra que se puede equivocar —vio que había fumado el cigarrillo hasta el filtro y lo dejó en el cenicero, apagado.

—Mi abuelo siempre te ha querido mucho —afirmó Kathy—; no desea que te suceda nada malo.

Johnny se encogió de hombros.

—En lo que a mí respecta, ya nada tengo que ver con Louis Sarapis.

Kathy se llevó el receptor al oído. No escuchaba a Johnny sino a su abuelo. El dejó de hablar. Todo era inútil.

—Me dice que Harvey y Claude St. Cyr vienen hacia aquí; él les pidió que lo hicieran.

—Bonito gesto —dijo él, secamente.

—Yo también te quiero, Johnny —declaró Kathy—, y me doy cuenta por qué le gustas al abuelo. Te preocupas sinceramente por mi bienestar, ¿no es cierto? Quizá, después de todo, consienta en internarme en un hospital, aunque sea por poco tiempo..., unos días, una semana tal vez.

—¿Crees que con eso será suficiente? —preguntó él.

—Es posible —contestó la joven, y le entregó el auricular—. Desea hablar contigo; será mejor que lo atiendas, de todos modos encontrará la manera de hacerse escuchar, como has podido comprobar...

Johnny recibió el teléfono de mala gana.

«...lástima que no tengas trabajo, eso deprime. Si no trabajas, sientes que no sirves para nada, porque tú eres así, por eso me gustas. Yo soy igual y quiero darte un trabajo. En la Convención. Harás publicidad para conseguir la nominación de Alfonse Gam. Llama a Gam, Johnny. Llámalo».

Johnny colgó.

—Ya tengo trabajo —dijo—. Tengo que representar a Gam, al menos eso es lo que dice Louis.

—¿Lo harás, Johnny? ¿Te encargarás de las Relaciones Públicas en la Convención?

Se encogió de hombros.

Pensó que no tenía nada que perder. Después de todo, Gam tenía dinero y no era peor que el actual Presidente, Kent Margrave. Además... Tengo que conseguir un trabajo. Tengo que mantener a mi esposa e hijos, eso no es broma, pensó.

—¿Crees que esta vez Gam tiene alguna posibilidad de ganar? —preguntó Kathy.

—No, no creo. Pero en política suele suceder algún milagro de tanto en tanto, acuérdate de la vuelta sorpresa que hizo Nixon en 1968.

—¿Cuál seria la mejor estrategia para Gam?

—Hablaré directamente con él en cuanto a eso, no contigo —dijo él, mirándola de soslayo.

—Sigues enojado conmigo porque no quise vender —dijo Kathy, tranquilamente—. Escucha Johnny, ¿qué te parece si te entrego Arquímedes a ti?

Pasado un momento, Johnny preguntó:

—¿Qué opina Louis sobre eso?

—Aún no se lo he preguntado.

—Ya sabes lo que dirá: que no tengo experiencia, que estuve en la empresa desde el comienzo, pero...

—No seas tan modesto —dijo Kathy, suavemente.

—Te pido por favor que no me des consejos, sigamos amigos como hasta ahora, fríos y distantes.

Si hay algo que no soporto es recibir consejos de una mujer —se dijo a sí mismo—, y para mi propio bien.

La puerta de la habitación se abrió de golpe; Claude St. Cyr y Harvey irrumpieron en la habitación. Al ver que Kathy ya estaba con Johnny, perdieron casi todo el ímpetu que traían.

—También te hizo venir a ti —dijo St. Cyr, mientras trataba de recobrar el aliento.

—Sí —contestó ella, acariciando el brazo de Johnny—. ¿Ves cuántos amigos tienes, ya sea cálidos o fríos?

—Sí —repuso él. Pero así y todo, continuaba sintiéndose triste y desgraciado.

Esa misma tarde, Claude St. Cyr hizo tiempo para visitar a Electra Harvey, la primera esposa de su actual jefe.

—Escucha preciosa —dijo, atrayéndola hacia sí en un apretado abrazo—, estoy tratando de favorecerte en este arreglo; si lo consigo, podrás recuperar algo de lo que has perdido. No todo, naturalmente. Pero bastante como para infundirte algo más de optimismo y sentirte más a tono con la vida en general.

La besó y ella le respondió como de costumbre, se apretó contra él y restregó su cuerpo en una forma muy satisfactoria. Todo resultó muy placentero y además, duró largo rato, lo que no sucedía siempre.

Moviéndose al fin para apartarse de su amante, Electra dijo:

—Ya que estás aquí, ¿puedes decirme qué pasa con el teléfono y la televisión? No consigo llamar, parece que siempre hay alguien en la línea. Además, la imagen en la pantalla de la televisión es confusa y borrosa; aparece un rostro que siempre dice lo mismo.

—No te preocupes por eso —dijo Claude—, ya nos estamos ocupando de solucionarlo. Hemos enviado un equipo de hombres en tareas de reconocimiento.

Esos hombres estaban recorriendo una por una las casas mortuorias. Algún día tendrían que encontrar el cadáver de Louis, y entonces *todo el misterio* llegaría a su fin..., para alivio de todos.

Electra se acercó al bar para preparar unos tragos.

—¿Está enterado Phil de lo nuestro? —preguntó. Vertió unas gotas de bitter en los vasos de whisky, contándolas con precisión; tres en cada vaso.

—No —dijo Claude—. Además, no es asunto suyo.

—No creas. Phil tiene sus ideas en cuanto a sus ex mujeres. No le gustará, lo va a considerar como una especie de traición de tu parte. Dado que yo no le gusto a él, tampoco debería gustarte a ti. Eso es lo que Phil llama lealtad.

—Gracias por hacérmelo saber —manifestó Claude—, pero no hay nada que hacer al respecto. De todas maneras, no tiene *por qué* enterarse.

—Sin embargo me preocupa —declaró Electra al traerle su trago—. Sintonicé la televisión y... no sé, te parecerá una locura pero me pareció que el anunciante se refería a nosotros. No hablaba claramente o la sintonía era deficiente tal vez, pero de todas maneras estoy segura de haber escuchado tu nombre y el mío.

Lo miró atentamente mientras se arreglaba el tirante del vestido, con ademán distraído.

Claude quedó pasmado.

—Querida, lo que dices es ridículo —afirmó.

A pesar de eso, se acercó al televisor y lo encendió.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Será posible que Louis Sarapis vea todo lo que hacemos desde su lejana celdilla del espacio?

No era una idea para dejarlo tranquilo, especialmente desde que había estado tratando de hacer algunos negocios con la nieta, que el viejo no aprobaba.

—Se está vengando de mí —reflexionó St. Cyr mientras trataba de sintonizar el televisor, con sus dedos entumecidos.

—Casualmente estaba por llamarlo, señor Barefoot —dijo Alfonse Gam—. He recibido un cable del señor Sarapis aconsejándome que contratara sus servicios. Eso sí, creo que debemos encarar esta campaña desde un punto de vista completamente novedoso; no olvide que Margrave nos lleva mucha ventaja.

—Es cierto —admitió Johnny—, pero es preciso ser realistas; *esta vez* tendremos ayuda, la de Louis Sarapis.

—Louis también colaboró la última vez —apuntó Gam—, pero con eso no fue suficiente.

—Esta vez la ayuda tiene *otro* carácter.

Después de todo, el viejo controla todos los medios de comunicación, pensó Johnny; los periódicos, la radio y la televisión, incluso los teléfonos. ¡Dios mío! Con todo ese poder, Louis puede conseguir lo que se proponga. No sé para qué me necesita a mi, pensó con acritud, pero sin decírselo a Alfonse

Gam. El candidato parecía entender exactamente lo que sucedía con Louis, y lo que éste era capaz de hacer. Pero después de todo, para él lo principal era tener un trabajo.

—¿Ha sintonizado la televisión últimamente? —preguntó Gam—. ¿O ha tratado de usar el teléfono, o leer algún periódico? Todo lo que se escucha o se lee no es más que una mezcla de palabras sin sentido; si ese es Louis, no creo que nos sirva de mucho para la Convención.

—Lo sé —dijo Johnny, con cierta reserva.

—Temo que los planes de Louis para su período hibernante no han salido muy bien —dijo Gam con aire contrito.

Estaba lejos de aparentar la confianza de un hombre que espera ganar la elección.

—Para serle franco, creo que a esta altura usted tiene más confianza en él que yo —continuó Gam—. Tuve una larga conversación con el señor St. Cyr, y no encontré mucho motivo de aliento en lo que él expresó. Estoy dispuesto a seguir adelante, aunque francamente... —hizo un gesto de desaliento—. Claude St. Cyr no tuvo reparos en decirme que llevo todas las de perder.

—¿Y usted cree lo que dice St. Cyr? Recuerde que él está en la otra parte, con Phil Harvey.

A Johnny le sorprendió encontrar al otro tan ingenuo, tan fácil de convencer.

—Le dije que pensaba ganar, de todas maneras —murmuró Gam—, pero francamente esta cháchara que sale por todos los aparatos de televisión y teléfonos, me tiene desanimado; me dan ganas de salir corriendo e irme lo más lejos posible para no seguir escuchándola.

—Comprendo —dijo Johnny después de un momento.

—Louis no era así —declaró Gam en tono de queja—; ahora lo único que hace es chochear. Puede ser que consiga mi nominación, y después ¿qué? ¿Para qué la quiero? Le confieso que estoy cansado, muy cansado, señor Barefoot.

Después de eso guardó silencio.

—Si pretende que yo le dé aliento, a mal puerto viene por leña —dijo Johnny.

El también se sentía afectado casi de la misma forma por la voz que surgía de los medios de comunicación. Lo afectaba demasiado como para encontrar las palabras de aliento que Gam necesitaba.

—Usted, que está encargado de las relaciones públicas ¿no puede acaso generar entusiasmo donde no lo hay? —dijo Gam—. Si pudiera convencerme a mí, estaría en condiciones de convencer al resto del mundo, Barefoot. Mire, esto me llegó de Louis el otro día —dijo, sacando un telegrama de su bolsillo—. Según parece, también puede interferir las líneas telegráficas.

Le entregó el cable a Johnny, que lo leyó.

—Cuando escribió esto Louis tenía más coherencia, pero ya no es lo mismo —dijo Johnny.

—Es lo que yo le decía; creo que se está deteriorando rápidamente. ¿Qué sucederá cuando empiece la Convención? Falta sólo un día y tengo mucho miedo, presiento algo funesto y no tengo ganas de mezclarme en ello, pero a pesar de todo —agregó—, quiero presentarme para la elección. Barefoot, le pido que interceda ante Louis por mí. Sea usted el intermediario. La *psicobomba*.

—¿Qué quiere decir con eso?

—*El intermediario entre Dios y el hombre* —explicó Gam.

—Si sigue usando palabras como esa, le puedo asegurar que no conseguirá la nominación —dijo Johnny.

—¿Quiere un trago? —preguntó Gam sonriendo oblicuamente, y mientras se dirigía a la cocina volvió a consultarle—: ¿Prefiere whisky o coñac?

—Coñac —respondió Johnny.

—¿Qué le parece esa muchacha, la nieta de Louis?

—Me gusta —dijo Johnny.

Y era la absoluta verdad; realmente, le gustaba.

—¿A pesar de que es una psicópata, de que ha sido adicta a drogas y ha estado en la cárcel, y para colmo es una fanática religiosa?

—Sí —afirmó secamente Johnny.

—¿Sabe qué pienso? Que usted está loco, pero en cierto modo lo comprendo. Es una buena persona y en realidad, hace poco que la conozco. Francamente, no me explico de dónde ha sacado esas tendencias. No soy psicólogo ni mucho menos, pero creo que tiene algo que ver con Louis. Siente una tremenda admiración hacia él, una lealtad tan absoluta que es a la vez infantil y fanática; me resulta conmovedora.

—Este coñac es malísimo —dijo Johnny, después de probar un trago.

—Es de una marca desconocida —manifestó Gam, con una mueca—. Tiene razón.

—Preocúpese de servir mejor bebida; de lo contrario, sus días en la política están contados —dijo Johnny.

—Por eso lo necesito a usted, ¿se da cuenta? —declaró Gam.

—Ya veo —dijo Johnny yendo hacia la cocina para vaciar su copa en el fregadero y aprovechar de echarle un vistazo al whisky.

—¿Qué está haciendo usted para asegurarme la elección? —preguntó Gam.

—Creo que la mejor manera de abordar la situación, el único ángulo diría yo, es explotar el sentimentalismo de la gente por la muerte de Louis. He visto las filas de gente que llegaban a presentar sus respetos; créame Alfonse, era impresionante. No dejaron de venir un solo día. Mientras estaba con vida muchos le temían, se sentían apabullados por el poder que ejercía; ahora esa gente parece respirar tranquila. Desaparecido él, los rasgos temibles de su...

—¡Pero Johnny! *El no ha desaparecido.* Allí está la cuestión. Usted debe saber que esa cháchara por televisión y por teléfono no es de él. *Es él*.

—Pero la gente no lo sabe —afirmó Johnny—. El público está desconcertado, como lo estuvo el que primero recibió la señal, aquel técnico de Kennedy Slough. ¿Por qué habrían de conectar una emisión eléctrica a una semana-luz de distancia, con Louis Sarapis? —preguntó enfáticamente.

—Creo que comete un error, Johnny —dijo Gam—; pero Louis me dijo que lo contratara a usted y así lo haré. Le dejo el camino libre. Piense que depende de su experiencia y habilidad.

—Gracias —dijo Johnny—. Puede confiar en mí.

Interiormente sin embargo, Johnny no estaba tan convencido. Quizá la gente es más lista de lo que yo creo. Tal vez estoy cometiendo un error, pensó.

¿Había acaso otra forma de encarar la situación? A él por lo menos no se le ocurría nada; o usaban los lazos de Gam con Louis, o no encontrarían modo de recomendarlo.

Se trataba por cierto de un hilo muy delgado del que pendía la campaña por la nominación, a sólo veinticuatro horas de la bendita Convención. No le gustaba en absoluto.

Sonó el teléfono en la sala de Gam.

—Probablemente sea él —dijo Gam—. ¿Quiere hablar con él? A decir verdad, tengo miedo de atenderle.

—Deje que siga llamando —dijo Johnny.

A él también le resultaba muy desagradable.

—Sin embargo, no podremos escaparle eternamente; si el quiere ponerse en contacto con nosotros —puntualizó Gam—, lo hará de todas maneras, ya sea por teléfono o a través de los diarios. Ayer, sin ir más lejos, estaba tratando de usar mi máquina de escribir eléctrica cuando en vez de la carta que trataba de redactar, me salió el *bla blá* de siempre. Palabras dictadas por él...

Ninguno de los dos se movió para contestar el teléfono; dejaron que siguiera sonando.

—¿Necesita un adelanto? —preguntó Gam—. ¿Un poco de efectivo?

—Se lo agradecería mucho —dijo Johnny—. A partir de la fecha he dejado mi trabajo en Arquímedes.

Mientras Gam buscaba la billetera en el bolsillo de su chaqueta, miró de soslayo a Johnny.

—Le gusta, pero no puede trabajar con ella, ¿es eso? —preguntó.

—Así es —contestó Johnny, sin entrar en detalles.

Gam no trató de averiguar nada. Ante todo era un caballero, y Johnny apreciaba mucho esa condición suya.

Cuando el cheque cambió de mano, el teléfono dejó de sonar.

¿Estarían relacionados ambos hechos? —se preguntó Johnny—. ¿O se trataba de una simple casualidad? No había manera de decirlo. Louis parecía estar al tanto de todo. De todas maneras, esto es lo que había dicho que quería.

—Espero que estemos haciendo lo que más conviene —dijo Gam con acrimonia—. Escucha Johnny, quiero que vuelvas a estar en buenos términos con Kathy Egmont Sharp; recuerda que necesita tu ayuda, depende mucho de ti, ¿sabes?

Johnny dejó escapar un gruñido.

—Ahora que no trabajas para ella, vuelve a intentarlo —dijo Gam—. Lo harás, ¿entendido?

—Lo pensaré —respondió Johnny, dejando entrever que finalmente llamaría a Kathy.

—Recuerda que es una muchacha enferma y que tiene una responsabilidad demasiado grande sobre los hombros. Tú lo sabes bien. Sea cual sea la causa porque disputaron, trata de llegar a un acuerdo antes que sea demasiado tarde. Es lo más conveniente.

Johnny no hizo comentario alguno, pero en el fondo sabía que Alfonse tenía razón.

Se preguntó cómo podría arreglar sus relaciones con Kathy. No tenía la menor idea. ¿Cómo se encara a una psicópata. ¿Cómo podría allanar una divergencia tan grande? —se preguntó—. Sería bastante difícil hacerlo en situaciones normales..., y ésta tenía tantas complicaciones y matices...

Para empezar, Louis estaba mezclado en toda la situación; además, había que considerar los sentimientos de Kathy con respecto a Louis. Tendría que

hacer lo posible para que eso cambiara, la ciega adoración tenía que terminar.

—¿Qué piensa de ella tu mujer? —preguntó Alfonse.

—¿Sarah Belle? No la conoce siquiera. ¿Por qué me lo preguntas?

Gam lo miró sin decir nada.

—Es una extraña pregunta —afirmó Johnny.

—Y es una extraña chica esa Kathy —declaró Alfonse—. Mucho más rara de lo que te imaginas, amigo mío. Hay muchas cosas que no sabes.

Pero no dio más detalles.

—Hay algo que me gustaría saber —dijo Phil Harvey a St. Cyr—, si queremos tener el control de Financiera Wilhelmina, debemos saber dónde está el cadáver.

—Lo estamos buscando —dijo St. Cyr con paciencia—; estamos recorriendo todas las mortuorias, una por una. Creo que aquí debe haber una cuestión de dinero, alguien les debe estar pagando para que no hablen, si deseamos saber dónde está...

—Y esa joven —dijo Harvey meneando la cabeza—, todavía sigue obedeciendo las instrucciones que recibe de ultratumba. A pesar de que Louis está declinando, todavía le presta atención. Es un hecho antinatural.

Con sólo pensar en eso, tuvo un estremecimiento de repugnancia.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo St. Cyr—. En realidad lo has expresado muy bien. Esta mañana mientras me afeitaba, lo vi en la televisión (tembló). Hemos llegado a un punto en que lo vemos por todas partes.

—Hoy empieza la Convención —dijo Harvey, mirando por la ventana pasar los coches y la gente—. Louis concentrará todos sus esfuerzos en seguir el desarrollo de los acontecimientos, y tratará de volcar la votación en favor de Alfonse Gam. Johnny se encuentra allí, trabajando para el candidato de Louis. Quizás ahora podamos movernos con más facilidad, tendremos las manos libres. ¿Te das cuenta? Tendrá tantas preocupaciones, que puede ser que se olvide un poco de Kathy. ¡Dios mío! No es posible que pueda estar en todo al mismo tiempo.

—Pero Kathy ya no está en Arquímedes.

—¿Dónde está entonces? ¿En Delaware tal vez, en Wilhelmina? No será muy difícil encontrarla.

—Está enferma —dijo St. Cyr—, anoche a última hora fue internada en un hospital, posiblemente a causa de su adicción a las drogas.

Hubo un silencio.

—Estás enterado de todo —dijo Harvey al fin—. ¿De dónde sacaste eso?

—Lo escuché en la televisión y también por teléfono; pero no sé en qué hospital está. Puede que en alguno fuera de la Tierra; en la Luna, o en Marte, o en el lugar de origen de Kathy. Tengo la impresión de que está muy enferma. Además, al verse abandonada por Johnny, ha sufrido una recaída —miró sombríamente a su jefe—. Es todo cuanto sé, Phil.

—¿Y crees que Johnny Barefoot podrá encontrarla?

—Lo dudo.

Harvey permaneció pensativo un momento.

—Apuesto a que tratará de llamarlo. Si ya no lo sabe, pronto estará enterado. Si pudiéramos interceptar su teléfono..., agregar un circuito espía y desviar sus llamadas hacia aquí.

—Recuerda que ahora en el teléfono, todo lo que se escucha es la jerigonza de Louis.

Se preguntó qué pasaría con las empresas Arquímedes si declaraban a Kathy incapacitada para manejar sus negocios, si la obligaban a internarse. Era una cuestión muy complicada; todo eso dependía de las leyes que aplicaran, si eran de la Tierra o…

—No podemos encontrar a Kathy y tampoco hemos podido encontrar el cadáver —decía Harvey en ese momento—. Mientras tanto, la Convención ha empezado y nominarán a ese imbécil de Gam, el protegido de Louis. Cuando nos queramos acordar, será Presidente —miró a St. Cyr con antagonismo—; hasta ahora no has sido una gran ayuda, Claude.

—Averiguaremos en todos los hospitales, pero recuerda que son muy numerosos; hay miles sólo en esta zona. Si no está aquí, quién sabe dónde estará.

Se sentía impotente.

Sólo damos vueltas y más vueltas, y no llegamos a ninguna parte, pensó. Y bien, siempre podemos seguir escuchando en televisión, quizá nos sirva de algo.

—Voy a la Convención —anunció Harvey—; nos veremos más tarde. Si se te ocurre algo nuevo, que lo dudo, puedes comunicarte conmigo en el auditorio.

Se dirigió hacia la puerta, y un minuto después St. Cyr estaba solo.

¡Maldición! ¿Qué puedo hacer ahora? Quizá yo también debería ir a la Convención, se dijo.

Quedaba por controlar una mortuoria más; ya sus empleados habían estado allí, pero quería ir personalmente, por si encontraba algo. Era de esa clase de lugares que le habría gustado al viejo Louis. El propietario era un individuo untuoso con un nombre inverosímil: Herbert Schoenheit von Vogelsang, que en alemán significa *«Heriberto Canto de la Belleza de los Pájaros»*, nombre muy adecuado para quien dirigía la Mortuoria de la Amada Cofradía en el centro de Los Angeles, con sucursales en Chicago, Nueva York y Cleveland.

Al llegar a la mortuoria St. Cyr pidió ver personalmente al dueño. Había mucha actividad en la casa, ya que faltaba poco para el *Día de la Resurrección*, y miembros de la pequeña burguesía, que acudían en gran cantidad para ese tipo de ceremonia, formaban fila para retirar a sus parientes hibernantes.

—Sí señor —dijo Schoenheit von Vogelsang cuando apareció al fin, en el mostrador de la mortuoria—. Usted pidió hablar conmigo.

St. Cyr depositó sobre el mostrador, una tarjeta de negocios en la que figuraba todavía como Asistente Legal de Empresas Arquímedes.

—Soy Claude St. Cyr —dijo—. Quizá me haya oído nombrar.

Al ver la tarjeta, Schoenheit von Vogelsang, muy pálido, se puso a tartamudear:

—Señor St. Cyr, puedo darle mi palabra de que estamos haciendo *todo* lo posible. No hemos escatimado esfuerzo, se lo aseguro. Llevamos gastados más de mil dólares de nuestro propio fondo, tratando de establecer contacto con él. Hemos ordenado traer por avión un equipo japonés recientemente inventado, y no hemos obtenido resultado alguno.

Se retiró unos pasos del mostrador, y con voz trémula agregó:

—Usted mismo puede pasar a ver. Francamente, creo que alguien está interfiriendo a propósito; un fracaso total como éste, no puede ocurrir por sí sólo, ¿comprende lo que le quiero decir?

—Déjeme verlo —dijo St. Cyr.

—Por supuesto —contestó el dueño del establecimiento, pálido y nervioso, mientras conducía a St. Cyr hacia las cámaras refrigeradas.

Al fin vio St. Cyr el ataúd de Louis Sarapis, el mismo en el que había sido velado.

—¿Piensa iniciarnos juicio? —preguntó atemorizado el dueño de la mortuoria—. Puedo asegurarle que…

—Sólo he venido a retirar el cadáver —afirmó St. Cyr—. Dígales a sus empleados que lo carguen en el camión.

—Sí señor St. Cyr —contestó Herb Schoenheit von Vogelsang, obedeciendo tímidamente.

Hizo señas a dos empleados de la firma, y les dio instrucciones.

—¿Ha venido con un camión, señor St. Cyr? —preguntó Herb.

—Será mejor que usted lo facilite —aclaró St. Cyr con tono amenazante.

Poco después cargaron el ataúd con el cadáver en el camión, y el conductor se dirigió a St. Cyr para pedirle instrucciones.

Claude St. Cyr le dio la dirección de Phil Harvey, el principal ex competidor del hibernante.

—En cuanto al juicio —decía Herb mientras St. Cyr subía al camión y se acomodaba al lado del conductor—, espero que no nos acuse de incompetencia señor St. Cyr, pues en ese caso…

—En lo que a nosotros respecta, el caso está terminado —repuso lacónicamente St. Cyr, haciendo señales al conductor para que pusiera el camión en marcha. En cuanto se alejaron de la mortuoria, St. Cyr soltó la risa.

—¿Por qué se ríe de esa manera? —preguntó el conductor, extrañado.

—No es nada —respondió St. Cyr, tratando de reprimir la risa.

Poco después el cadáver, todavía en el ataúd y rodeado de la envoltura congelada original fue depositado en la casa de Harvey y el conductor se retiró; St. Cyr tomó el teléfono y marcó un número, pero no logró comunicarse con la sala donde se llevaba a cabo la Convención. Todo lo que escuchó fue la distante letanía. Colgó enojado, aunque con firme determinación.

Estoy harto de todo esto. No aguardaré a Harvey para consultarle, no necesito su aprobación.

Inició la búsqueda por la sala de la casa, y en un cajón del escritorio encontró un revólver térmico. Apuntó al ataúd y apretó el gatillo sin vacilar.

La envoltura congelada se transformó en una nube de vapor, el ataúd siseó mientras el plástico se disolvía; el cadáver ennegrecido se encogió, y muy chamuscado no tardó en convertirse en un cúmulo de escoria calcinada, pequeño e informe.

Satisfecho al fin, St. Cyr guardó el revólver en su lugar. Volvió a levantar el teléfono, y marcó un número.

Una monótona voz le susurró al oído:

«…sólo Gam es capaz de hacerlo. Gam es el hombre que me representa; aprovecha ese refrán, Johnny. Es muy bueno. Recuerda: Gam es el hombre que me representa. Deja que yo

hable, entrégame el micrófono y me encargaré de decirles: Gam es el hombre que me representa...».

Claude colgó, y volviéndose hacia los restos negros de Louis Sarapis, miró lo que no podía entender. Encendió el televisor, y la voz seguía surgiendo como antes, como si nada hubiera pasado.

Se le ocurrió entonces una idea: la voz de Louis Sarapis no salía de su cadáver; éste ya *no existía*, no había conexión entre los dos fenómenos.

Se sentó en una silla y con mano temblorosa encendió un cigarrillo, mientras trataba de entender lo que había sucedido. La explicación debía estar allí, al alcance de su mano.

Pero se le escapaba.

V

Había dejado el helicóptero en la Mortuoria Amada Cofradía. Medio aturdido, llegó a la sala de la Convención en monorriel.

El local estaba atestado de gente; había un ruido ensordecedor pero asimismo St. Cyr logró llamar la atención de un paje-robot, y pidió la presencia de Phil Harvey a través del sistema de anuncios públicos en una de las salitas laterales que servían de lugar de reunión a las delegaciones que deseaban establecer su estrategia en secreto.

Después de abrirse paso entre la compacta multitud, apareció Harvey con las ropas en desorden.

—¿Qué sucede Claude? —preguntó, y viendo el rostro descompuesto del abogado, agregó—: Será mejor que me lo digas ya.

—La voz que estamos escuchando no es la de Louis —estalló St. Cyr—. Es alguien que trata de *imitarlo*.

—¿Cómo lo sabes?

Le contó lo que había hecho.

Harvey meneaba la cabeza en un gesto de incredulidad.

—¿Estás seguro de haber destruido el cadáver de Louis? ¿No pudo haber un engaño en la mortuoria? ¿Estás absolutamente seguro?

—No estoy seguro —dijo St. Cyr—, pero en *ese momento* creí que era el cadáver de Louis, y *todavía* sigo creyendo lo mismo.

De todas maneras ya no quedaban restos suficientes para hacer un análisis exhaustivo, era demasiado tarde.

—Pero entonces, *¿quién puede ser?* —preguntó Harvey—. ¡Dios mío! Nos llega desde más allá del Sistema Solar. ¿Podría ser algún extraterrestre? Puede ser también un eco, una burla, una reacción sin vida a la que no estamos acostumbrados. Puede tratarse asimismo de un proceso inerte, sin propósito alguno...

St. Cyr rió.

—Estás desvariando Phil, será mejor que te calles.

—Como quieras Claude —repuso Harvey, sumiso—. Si crees que se trata de alguien...

—No sé nada —confesó St. Cyr—, pero supongo que se trata de alguien en este mismo Planeta, alguien que conocía bastante a Louis como para compenetrarse bien de sus características e imitarlo.

Librodot

Calló. La lógica de sus pensamientos llegaba hasta allí. Más allá de eso no veía nada..., todo era negro e incierto. No había ningún motivo para estar tranquilos.

Aquí hay cierto *toque* de locura, pensó Claude. Lo que nosotros consideramos decadencia es en cambio una especie de demencia, y no simple degeneración. Después de todo la locura, ¿no es una suerte de *degeneración*?

No tenía respuestas para esas preguntas, carecía de conocimientos sobre psiquiatría, excepto en cuanto a sus aspectos legales, y en este caso no intervenía el aspecto legal.

—¿Presentaron ya la nominación de Gam? —preguntó a Harvey.

—Todavía no, se espera que suceda en el transcurso del día. Creo que un delegado de Montana se encargará de nombrarlo, según algunos rumores.

—¿Johnny Barefoot está aquí?

—Sí —afirmó Harvey—. No puede estar más ocupado de lo que ya está, tratando de conseguir delegados; entra y sale de los cuartos de las distintas delegaciones, se lo ve por todas partes. Todavía no hay rastros de Gam, por supuesto. No se presentará aquí hasta que la nominación no esté a punto de producirse. Entonces aparecerá para pronunciar su discurso, y esto será una babel; gritos, silbidos, marchas, agitar de estandartes y todo lo demás... Los partidarios de Gam tienen todo preparado.

—¿Algún indicio de... —St. Cyr vaciló—, de lo que habíamos creído que era Louis? ¿Se ha notado su *«presencia»*, o la de quien lo sustituye?

—Todavía no —contestó Harvey.

—Creo que antes de que termine el día tendremos noticias directas de él.

Harvey asintió, también opinaba así.

—*¿Le temes?* —preguntó St. Cyr.

—Por cierto —admitió Harvey—. Ahora, más que nunca; no sabemos siquiera *qué es o deja de ser.*

—Tienes razón —dijo Claude, que sentía lo mismo.

—¿No te parece que deberíamos avisarle a Johnny? —preguntó Harvey.

—Deja que lo descubra por sí mismo.

—Está bien, Claude —contestó Harvey—. Se hará lo que tú digas, pongo en ti toda mi confianza; después de todo, fuiste tú quien encontró el cadáver de Louis.

En cierto modo, desearía no haberlo encontrado —pensó St. Cyr—. Desearía ignorar lo que ahora sé. Era preferible creer que el viejo nos hablaba desde cada teléfono, desde cada televisor. Si aquello era malo, esto es todavía peor. Aunque estoy seguro que la respuesta no puede estar muy lejos. Debo tratar de encontrarla por todos los medios posibles. TRATAR.

En una de las tantas salitas, solo y tenso, Johnny Barefoot miraba por circuito cerrado de televisión los acontecimientos que tenían lugar en la gran sala principal de la Convención. Por un rato había desaparecido la distorsión, la presencia invasora que llegaba de una semana-luz de distancia se había esfumado, permitiendo ver con claridad al delegado de Montana, que pronunció el discurso postulando candidato a Alfonse Gam.

Estaba cansado. Todo el proceso de la Convención, los discursos, los desfiles, la tensión reinante, le afectaba el sistema nervioso, exigía demasiado de su temperamento. Tanto espectáculo, pensó. Y total, *¿para*

qué? Si Gam deseaba la nominación, que luchara por ella. Todo lo demás carecía de sentido.

No dejaba de pensar en Kathy Egmont Sharp. No la veía desde que se había ido al hospital, en San Francisco.

No sabía cuál era su estado en ese momento, si había respondido a la terapia o no. Tenía un profundo presentimiento de que no había reaccionado bien.

¿Cuál era el verdadero estado de Kathy? Era posible que estuviese enferma, muy enferma, aparte de las drogas. Eso creía él. Quizá nunca la darían de alta del Hospital de San Francisco. Tal vez sería así. Por otra parte, intuía con más fuerza que nunca que si ella quería salir, encontraría la manera de hacerlo.

Todo dependía de ella. Se había internado por su propia voluntad, y tendría que salir también por su propia voluntad —si alguna vez lo hacía—. Nadie podía obligar a Kathy, sobre todo con el temperamento que tenía. Entonces se dio cuenta que eso quizá fuera un síntoma de la misma enfermedad.

Se abrió la puerta de la habitación. Apartó la vista del televisor y vio a Claude St. Cyr, de pie en la puerta, apuntándole con un revólver térmico.

—¿Dónde está Kathy? —preguntó.

—No lo sé —contestó el otro poniéndose lentamente de pie, intranquilo.

—Sí que lo sabes, si no me lo dices te mataré —amenazó St. Cyr.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Johnny, sorprendido por la actitud extraña del abogado.

—¿Está en la Tierra? —preguntó St. Cyr mientras seguía apuntando a Johnny.

—Si —respondió éste, de mala gana.

—Dime el nombre de la ciudad —ordenó Claude.

—¿Qué sucede Claude? Tú no eras así —dijo Johnny—, siempre actuaste dentro de la ley.

—Creo que es la voz de Kathy —dijo St. Cyr—; sé con toda certeza que no es la de Louis, es sólo una presunción, pero es lo único en lo que podemos basarnos.

Kathy es la única suficientemente desequilibrada, con las facultades bastante alteradas como para hacerlo, pensó Johnny.

—¿En qué hospital está? —preguntó St. Cyr.

—Sólo podríamos estar seguros que no es Louis, si destruimos su cadáver —dijo Johnny.

—*Así es* —asintió St. Cyr.

Entonces, ya lo has *hecho*, pensó Johnny. Encontraste la Mortuoria de Herbert Schoenheit von Vogelsang.

En ese punto estaban las cosas.

La puerta volvió a abrirse de par en par, y entró un grupo de delegados que apoyaban a Gam haciendo sonar sus cornetas y arrojando serpentinas. St. Cyr se volvió hacia ellos, apuntándoles con el revólver, mientras Johnny Barefoot se escabullía por entre los delegados y salía al pasillo.

Corrió por el largo corredor y minutos después entró en el gran vestíbulo donde la demostración en favor de Gam había llegado a su punto culminante. Por sobre toda esa barahúnda se imponía una voz que surgía de los altavoces adosados a las paredes:

«Vote por Gam, el hombre que me representa. Gam, Gam, Gam, de todos el mejor. Vote por Gam, y no se arrepentirá. Gam. Gam. Gam».

Kathy. *No puedes ser tú,* pensó Johnny.

Salió corriendo del salón. Pasó a empujones entre los delegados delirantes, hombres y mujeres que lucían sombreritos grotescos y con los ojos velados agitaban banderitas y estandartes. Llegó hasta la calle, atestada de coches y helicópteros estacionados, y colmada de una multitud que pujaba por entrar al local de la Convención.

Si esa eres tú, estás demasiado enferma para volver; aunque lo desees y emplees toda tu voluntad, pensó Johnny. Estuviste esperando que Louis muriera, ¿no es cierto? ¿Nos odias o nos temes? ¿Cómo puedes explicar lo que estás haciendo? ¿Cuál es la razón de todo esto?

Con un gesto, detuvo a un helicóptero con cartel de taxi, y le ordenó al conductor:

—¡A San Francisco...!

Quizá no seas consciente de lo que haces, pensó. Puede ser un proceso autónomo originado en tu subconsciente. Tu mente está dividida en dos sectores: uno, superficial que se puede aquilatar, el otro... Es el que estamos escuchando. ¿Eres digna de lástima? ¿O tal vez debamos odiarte, temerte? *¿Cuanto daño eres capaz de hacer?* Creo que allí está el nudo de la cuestión. Y yo te amo; en cierto modo te amo, pues me preocupo de ti y esa es una forma de amor. No la misma que siento por mi esposa y mis hijos, pero no deja de ser una inquietud... ¡Maldición! Esto es terrible, pero quizá St. Cyr esté equivocado y no seas tú.

El helicóptero se elevó, pasó por sobre los edificios y giró al Oeste mientras las hélices daban vueltas a toda velocidad. Desde la calle frente al salón de la Convención, St. Cyr y Harvey vieron alejarse el helicóptero.

—Y bien, hemos conseguido algo —dijo St. Cyr—. Al menos lo hice moverse. Calculo que va camino de Los Angeles o de San Francisco.

Phil Harvey paró otro helicóptero, que carreteó ante ellos. Los dos lo abordaron.

—¿Ve ese taxi que acaba de salir? —preguntó Harvey—, Sígalo de cerca, si es posible sin que lo vea.

—¡Diantre! —dijo el piloto—. Si yo puedo verlo a él, él podrá verme a mí... —de todas maneras, conectó el medidor e inició el ascenso.

En tono quejoso se dirigió a sus pasajeros:

—No me gusta esta clase de asuntos, puede resultar peligroso.

—Enciende la radio si quieres de veras escuchar algo peligroso —dijo St. Cyr.

—¡Diablos! La radio no funciona —dijo el piloto—. Hay interferencias, deben ser manchas solares o algún radioaficionado. Perdí varios viajes porque el despachante no puede comunicarse conmigo. No sé por qué la Policía no interviene para solucionar esta situación, ¿no les parece?

St. Cyr permanecía silencioso mientras Harvey, a su lado, mantenía la mirada clavada en el otro helicóptero.

Al llegar al Hospital de San Francisco, después de aterrizar en la pista del techo del edificio central, Johnny Barefoot vio otro helicóptero haciendo círculos en el aire. Sus sospechas eran fundadas; lo habían estado siguiendo

durante todo el trayecto. Pero no importaba, en realidad le daba lo mismo. Bajó por las escaleras y salió al tercer piso, donde se acercó a una enfermera.

—¿Dónde está la señora Sharp? —preguntó.

—Le informarán en la recepción —contestó la enfermera—. Las horas de visita son de...

Siguió caminando rápido hasta dar con la recepción.

—La señora Sharp está en la habitación 309 —respondió una enfermera de cierta edad, con gafas, que atendía el mostrador—, pero debe conseguir un permiso del Dr. Gross para poder visitarla. Creo que en este momento el Dr. Gross está almorzando y es posible que regrese después de las dos de la tarde. Tendrá que esperar —dijo, señalando la sala de espera.

—Gracias —dijo él—. Esperaré.

Entró en la salita pero no se detuvo allí, la atravesó y salió por una puerta que estaba del otro lado. Ya en el pasillo fue mirando los números de las habitaciones hasta que encontró el 309. Abrió la puerta con decisión y entró.

La cama estaba vacía.

—¡Kathy! —la llamó.

Estaba junto a la ventana, en salto de cama. Se volvió con una expresión astuta y una mirada que expresaba odio. Movió los labios y sin dejar de mirarlo, habló con tono despreciativo:

—Quiero a Gam, porque él me representa.

Se acercó a Johnny y lo escupió. Mientras levantaba los brazos, el pudo ver sus dedos crispados.

—Gam es un hombre de verdad —susurró ella.

En los ojos de la muchacha vio esfumarse los últimos vestigios de una personalidad en crisis. Y estaba sucediendo ante sus ojos.

—Gam, Gam, Gam —repitió la joven, dándole una bofetada.

El retrocedió.

—¡Con que eras tú! Claude St. Cyr tenía razón —dijo Johnny—. Está bien, me voy.

Tanteó a sus espaldas tratando de encontrar la manilla de la puerta. El pánico empezó a apoderarse de él, como un viento súbito. En ese momento sólo deseaba escapar.

—Kathy —imploró—. Suéltame.

Ella le había clavado las uñas en los hombros y no lo soltaba. Lo miraba con el rabo del ojo, sin dejar de sonreír.

—Estás muerto —le dijo—. *Vete. Te sale de dentro el olor a muerto, lo estoy sintiendo.*

—Me voy —dijo él, que había encontrado *¡al fin!* la manilla de la puerta.

Entonces lo soltó. La mano de Kathy describió un movimiento rápido, con las rojas uñas dirigidas hacia la cara de Johnny, posiblemente a los ojos. El se agachó para evitar el golpe.

—Quiero irme lejos —dijo él, cubriéndose el rostro.

—Soy Gam, eso soy. La única que lo es. Gam está vivo, yo estoy viva —rió—. *SI, lo conseguiré* —agregó, imitando la voz de Johnny—. *Claude St. Cyr tenía razón. Está bien, me voy, me voy, me voy...*

Ella se interpuso entre él y la puerta.

—La ventana —dijo ella—. ¿Por qué no haces ahora lo que te impedí cuando te detuve?

Se acercó hacia él, haciéndolo retroceder hasta quedar de espaldas a la pared.

—El odio que te domina es producto de tu imaginación —dijo Johnny—. Todos te queremos, yo, Gam, St. Cyr, Harvey también. ¿Qué pruebas con esto?

—Lo que pruebo es mostrarte tal cual eres —dijo Kathy—. ¿No lo sabes aún? Eres peor que yo. Al menos soy sincera.

—¿Por qué entonces fingías ser Louis? —preguntó Johnny.

—*Soy Louis* —afirmó Kathy—. Después de morir no pasó al estado de hibernante porque yo lo comí, él se transformó en mí. Era lo que estaba esperando; ya habíamos preparado todo con Alfonse, hasta teníamos el transmisor listo, con la cinta grabada. Conseguimos asustarlos, *¿verdad?* Tenías miedo, todos están demasiado atemorizados para impedirle avanzar. Conseguirá la nominación. Siento que ya la tiene.

—Todavía no —dijo Johnny.

—No falta mucho —afirmó Kathy—. Y me casaré con él —le sonrió vagamente—. Tú en cambio morirás, tú y todos los demás.

Se acercó hacia él entonando el estribillo.

—Yo soy Gam y soy Louis; cuando mueras, seré tú, Johnny Barefoot, y todos los demás... Porque os comeré a todos.

Abrió la boca y él pudo ver los dientes puntiagudos y amenazantes, descoloridos como la muerte.

—Y reinarás entre los muertos —dijo Johnny, golpeándola con todas sus fuerzas en el costado de la cara, junto a la mandíbula.

Ella giró hacia atrás y cayó, pero se levantó enseguida dispuesta a atacarle. Para evitarlo, Johnny dio un salto de costado, pero antes tuvo la visión de sus facciones alteradas y descompuestas por el golpe... En ese instante se abrió la puerta; Harvey y St. Cyr entraban con dos enfermeras. Kathy se detuvo, Johnny también.

—Ven Barefoot —dijo St. Cyr, haciendo un movimiento con la cabeza.

Johnny atravesó la habitación para unirse al grupo.

Anudándose el lazo de la bata, Kathy dijo con toda naturalidad.

—De manera que todo estaba planeado. Johnny tenía la misión de matarme, mientras los demás venían muy tranquilamente a presenciarlo y disfrutar del espectáculo.

—Habían instalado un enorme transmisor —dijo Johnny—; lo colocaron hace mucho tiempo, posiblemente hace años. Estuvieron esperando que Louis muriera, quizás ellos mismos lo han matado. Se proponían conseguir la nominación de Gam y después, ganar las elecciones; entretanto, mantenían aterrorizado a todo el mundo con sus transmisiones. No hay duda que está enferma, mucho más de lo que ustedes pensaban. Había logrado ocultar muchas cosas, que no pudimos observar.

St. Cyr se encogió de hombros.

—Bien, tendremos que hacer certificar que ha perdido la razón —hablaba con calma, aunque mucho más lentamente que de costumbre—. El testamento me nombra apoderado, de manera que puedo representar a la sucesión contra ella, y después, en la audiencia quedará demostrada su condición de demente.

—Pediré un juicio por jurado —anunció Kathy—; puedo convencer a un jurado que no soy insana, no es muy difícil, ya lo hice antes.

—Es posible —dijo St. Cyr—, pero el transmisor habrá dejado de funcionar. Para ese entonces las autoridades habrán llegado al lugar donde se originan las transmisiones.

—Tardarán meses en encontrarlo —afirmó Kathy—, aunque empleen las naves más veloces. Ya entonces será tarde, las elecciones habrán quedado atrás y Alfonse será el nuevo Presidente.

—Tal vez... —dijo St. Cyr mirando de reojo a Johnny.

—Por eso lo hemos colocado tan lejos —dijo Kathy—. Hicimos una buena combinación: el dinero de Gam y mi talento. No olviden que heredé las condiciones de Louis, y soy capaz de hacer lo que me propongo. Me basta con desearlo de veras.

—Querías que me arrojara por la ventana, y sin embargo no lo hice —dijo Johnny.

—Lo habrías hecho, pasados algunos segundos, si ellos no hubiesen llegado —dijo Kathy, recuperada ya la compostura—. De todas maneras lo harás algún día, ya verás. No podrás escaparte de mí, no encontrarás lugar donde esconderte. Saben bien que los seguiré hasta encontrarlos, a los tres —posó la mirada sucesivamente en cada uno de los tres, y por último los abarcó en grupo.

—También tengo algo de dinero, y dispongo de cierto poder —dijo Harvey—. Aunque Gam obtenga la nominación, podemos derrotarlo.

—Es posible que tengan cierto poder —admitió Kathy—, pero carecen de imaginación. Todo lo que tienen no les bastará, al menos contra mí.

Habló con claridad, y con absoluta confianza en sí misma.

—Vamos —dijo Johnny, y se fue por el pasillo, alejándose de la habitación 309 de Kathy Egmont Sharp.

Johnny recorría las empinadas calles de San Francisco, con las manos metidas en los bolsillos, sin reparar en la gente. No veía nada, se limitaba a andar. La tarde perdió sus colores y se transformó en noche; se encendieron las luces de la ciudad, pero él no lo percibió. Siguió caminando manzana tras manzana, hasta que los pies le dolieron y unas puntadas en el estómago le recordaron que no había comido nada desde la mañana. Se detuvo y miró en torno.

¿Dónde estaban Claude St. Cyr y Phil Harvey? No recordaba haberse separado de ellos, no recordaba siquiera haber salido del hospital. Recordaba a Kathy, sin embargo. No le podría olvidar, aunque quisiera. Y no lo deseaba. Era un evento demasiado importante para ser olvidado por ninguno de los que habían presenciado y comprendido.

En un puesto de diarios los grandes titulares le salieron al encuentro:

«GAM OBTIENE NOMINACIÓN. PROMETE ENÉRGICA CAMPAÑA ELECCIÓN NOVIEMBRE».

De manera que Kathy logró lo que se proponía —pensó Johnny—. Triunfaron los dos, consiguieron exactamente lo que se habían propuesto; Ahora, todo lo que tienen que hacer es derrotar a Kent Margrave. Mientras tanto, esa cosa que colocaron a una semana-luz de distancia continúa interfiriendo en todas las transmisiones, y seguirá haciéndolo durante meses.

En ese momento tuvo la certeza de que iban a ganar.

Librodot

Al pasar por un *drugstore* encontró un teléfono público. Puso una moneda en la ranura y discó el número de Sarah Belle, el de su propia casa.

Oyó el *click* característico del teléfono; después, la monótona voz familiar que entonaba:

> *«Gam en Noviembre, Gam en Noviembre. Gane con Gam. Gam, el próximo Presidente. Gam es nuestro candidato. Vote por Gam...».*

Colgó y salió de la casilla telefónica. Era inútil.

Se acercó al mostrador del drugstore y pidió un sándwich y café. Empezó a comer automáticamente, para satisfacer la necesidad de su organismo, sin deseo ni placer. Hizo una serie de actos reflejos hasta que no quedó nada de lo que había pedido, y pagó la cuenta.

¿Qué puedo hacer?, se preguntó. ¿Acaso alguien tiene el poder de hacer algo? Domina los medios de comunicación; tiene la radio, la televisión, los periódicos, los teléfonos y el servicio de telegramas. Todo lo que depende de transmisión por microondas o circuitos eléctricos abiertos. Tienen todo en su poder, la oposición no tiene nada con qué luchar. Después de esto la derrota, concluyó. Esa es la realidad que nos espera. Después, cuando tengan todo el poder, significará la muerte para nosotros.

—Es un dólar diez —dijo la joven de la caja.

Pagó y salió del drugstore.

Un helicóptero marcado «taxi» se acercó haciendo círculos, y le hizo señas.

—Lléveme a casa —dijo.

—Está bien —contestó amigablemente el piloto—, ¿dónde queda tu casa, compinche?

Le dio su dirección en la ciudad de Chicago, y se acomodó para el largo trayecto que le esperaba. Renunciaba a luchar; se daba por vencido. Volvía a su esposa, Sarah Belle y sus hijos. La lucha había terminado para él, al menos así pensó en ese momento.

Abrió la puerta y se quedó parado en el umbral.

—¡Cielos, Johnny! ¡Qué aspecto traes! —exclamó Sarah Belle.

Lo recibió con un beso y lo acompañó hasta la sala tibia, con los muebles que le eran familiares.

—Creí que estarías celebrando —dijo ella.

—¿Celebrando *qué* cosa? —preguntó él, con voz enronquecida.

—Tu candidato obtuvo la nominación —dijo ella, y fue a preparar café.

—¡Ah, sí! Es cierto —dijo él, asintiendo—, dirigí las relaciones públicas, lo había olvidado.

—Será mejor que te recuestes un poco —dijo Sarah Belle—. Johnny, nunca te había visto tan abatido. No entiendo, ¿quieres decirme lo que te ha sucedido?

Johnny se sentó en el sofá y encendió un cigarrillo.

—Querido, ¿en qué podemos ayudarte? —preguntó ella, ansiosa.

—En nada —respondió él.

—Ese que habla por todos los teléfonos y la televisión tiene la misma voz de Louis Sarapis, ¿es él? Hablé con la familia Nelson, y ellos también sostienen que es la voz de él.

—No —contestó Johnny—. No se trata de Louis, Louis está muerto.

—Pero su período hibernante...

—Está muerto, eso es todo —dijo Johnny—. Olvida el resto.

—Sabes quiénes son los Nelson, ¿verdad? Es la nueva gente que se mudó en el apartamento que…

—Escucha, no tengo ganas de hablar ni de que me hablen.

Sarah Belle permaneció en silencio un minuto, después dijo:

—Tal vez no te guste lo que voy a decirte pero la familia Nelson, gente sencilla y común, me han asegurado que aunque saque la nominación, no van a votar por ese Alfonse Gam. No les gusta el tipo.

El respondió con un gruñido.

—¿Te desalienta saberlo? —preguntó Sarah Belle—. Creo que es una reacción natural ante tanta agresión; la eterna presencia de Louis en televisión, en los teléfonos, a nadie le gusta. Johnny, creo que la campaña ha sido exagerada —dijo ella, vacilando—. Esa es la verdad.

—Voy a ver a Phil Harvey —dijo Johnny, poniéndose de pie—. Volveré enseguida.

Sarah Belle lo miró que se iba, con los ojos ensombrecidos por la preocupación.

Cuando Johnny entró en la casa de Phil Harvey, éste, Gertrude, su esposa, y Claude St. Cyr, estaban sentados en la sala, cada uno con una copa en la mano, sin hablar. Phil lo miró rápidamente pero luego desvió la mirada.

—¿Vamos a abandonar la lucha? —preguntó Johnny a Harvey.

—Estoy en contacto con Kent Margrave —dijo Harvey—. Trataremos de silenciar el transmisor, pero a esa distancia la posibilidad es muy remota. Si empleamos el cohete más rápido nos llevará más de un mes, por lo menos.

—Pero al menos habremos hecho algo —dijo Johnny—, será antes de la elección y por lo menos tendremos algunas semanas para hacer la campaña. ¿Margrave se da cuenta de la situación?

—Sí —repuso St. Cyr—. Le dijimos cuanto sabemos.

—Eso no es suficiente —dijo Phil—. Debemos hacer *algo* más. Lo íbamos a echar a la suerte. ¿Quieres participar? ¿Quieres ver quién saca el fósforo más corto? —preguntó, señalando tres fósforos que había sobre la mesita de café, uno quebrado por la mitad.

Phil Harvey agregó otro fósforo entero, ahora había cuatro.

—Primero ella —dijo St. Cyr—. Tan pronto como sea posible. Después, si es necesario, Alfonse Gam.

Un escalofrío sacudió a Johnny Barefoot.

—Elige un fósforo —dijo Harvey.

Había tomado los cuatro fósforos en su mano; los mezcló, los distribuyó varias veces de distinta forma, y los sostuvo de manera que sólo se vieran las cabezas.

—Vamos Johnny, fuiste el último en llegar, te toca elegir primero.

—Yo no —contestó.

—Entonces elegiremos nosotros —dijo Gertrude, y sacó un fósforo.

Phil mantuvo el resto en la mano; St. Cyr eligió otro. Quedaban dos fósforos en poder de Harvey.

—Estuve enamorado de ella —dijo Johnny—, todavía la quiero.

—Lo sabemos —dijo Phil asintiendo y mirando a los otros, que hacían lo mismo.

—Está bien, sacaré uno —dijo Johnny mientras sentía un gran peso en el corazón.

Alargó su mano para elegir uno de los fósforos restantes. *Sacó el quebrado.*

—Lo saqué yo —dijo—. Aquí está.

—¿Te sientes capaz de hacerlo? —preguntó St. Cyr.

Permaneció en silencio unos segundos, y encogiéndose de hombros respondió:

—Sí que puedo. ¿Por qué no? Por qué no, en realidad —se preguntó—. Es sólo una mujer de la que me estaba enamorando. Claro que puedo asesinarla. Alguien tiene que hacerlo, es la única salida.

—No es tan difícil como parece —dijo St. Cyr—. Hemos estado consultando con algunos técnicos de Phil, y nos han dado consejos muy interesantes. La mayor parte de las transmisiones vienen de fuentes cercanas, de ninguna manera desde una distancia a una semana-luz. Les diré cómo nos enteramos. Por ejemplo, tu intento de suicidio en el Hotel Antler. No hubo un lapso suficiente entonces, ni lo hubo en otros hechos.

—No se trata de nada sobrenatural, Johnny —aseguró Gertrude Harvey.

—Lo primero que debemos hacer es localizar la base que tienen en la Tierra. O por lo menos en el Sistema Solar. Puede ser la granja de Gam en Io, en la que cría las gallinas de Guinea. Si ella salió del hospital, prueben de buscarla en la granja.

—Está bien —dijo Johnny, asintiendo levemente con la cabeza.

—¿Quieres un trago? —le preguntó Phil Harvey.

Johnny asintió.

Sentados en círculo, los cuatro bebieron lentamente y en silencio.

—¿Tienes un revólver? —preguntó St. Cyr.

—Sí —contestó Johnny y se puso en pie, todavía con la copa en la mano.

—Buena suerte —le dijo Gertrude a su espalda.

Johnny abrió la puerta y se encontró de pronto rodeado del frío y la oscuridad de la noche.

ORFEO CON PIES DE ARCILLA

En las oficinas de Asesores Concord para el Servicio Militar, Jesse Slade miraba por la ventana hacia abajo en la calle, observando todo lo que negaba su camino hacia la libertad, flores y hierba, la oportunidad de un camino largo y desconocido hacia nuevos lugares. Suspiró.

—Perdón, señor —murmuró disculpándose el cliente que estaba al otro lado de su escritorio—. Creo que lo estoy aburriendo.

—En lo absoluto —dijo Slade, tomando conciencia una vez más de sus imperiosos deberes—. Veamos... —Examinó los papeles con los que su cliente, un tal Walter Grossbein, se presentaba ante él—. Cree usted, señor Grossbein, que su oportunidad más favorable para evitar el Servicio Militar tiene que ver con un problema crónico de audición disminuida diagnosticada con anterioridad por médicos civiles como una laberintitis aguda. Hmmm. — Slade estudió los documentos pertinentes.

Sus deberes, los cuales no disfrutaba, consistían en localizar formas de evitarle a sus clientes presentarse ante el Servicio Militar. La guerra contra las *Cosas* no había sido llevada a cabo de la manera más adecuada en los

últimos tiempos; se habían reportado demasiados accidentes desde la región de Próxima... y con estos reportes se habían disparado los negocios para los Asesores Concord para el Servicio Militar.

—Señor Grossbein —dijo Slade, pensativamente—, he notado que cuando usted entró en mi oficina tendía a desviarse hacia un lado al caminar.

—*¿Lo hice?* —preguntó el señor Grossbein, sorprendido.

—Sí, y me he dicho: este hombre tiene un severo daño en su sentido del equilibrio. Pues sabrá, señor Grossbein, que eso se relaciona con el oído. La audición, desde una perspectiva evolutiva, es un desarrollo del sentido del equilibrio. Algunas criaturas acuáticas de orden inferior incorporan un grano de arena y lo emplean como punto de referencia dentro de sus fluidos corporales, y gracias a este método pueden decir si suben o bajan.

—Creo que entiendo —dijo el señor Grossbein.

—Dígalo, entonces —dijo Jesse Slade.

—Yo... frecuentemente me voy hacia un lado u otro mientras camino.

—¿Y por las noches?

El señor Grossbein frunció el ceño, y entonces dijo lleno de felicidad:

—Yo, eh, encuentro casi imposible orientarme en la noche, en la oscuridad, cuando no puedo ver.

—Bien —dijo Jesse Slade, y comenzó a escribir sobre la forma B-30 del Servicio Militar de su cliente—. Creo que esto hará que lo eximan —dijo.

Felizmente, el cliente dijo:

—No puedo agradecerle lo suficiente.

Oh, claro que puede, pensó Jesse Slade para sí mismo. Nos puede agradecer con la cantidad de cincuenta dólares. Después de todo, sin nuestra ayuda sería un pálido cuerpo sin vida en algún barrancón de algún distante planeta, no muy lejos de ahora.

Y, pensando en planetas distantes, Jesse Slade sintió una vez más el anhelo. La necesidad de escapar de su pequeña oficina y del proceso de tratar con clientes adinerados a los que tenía que enfrentar, día tras día.

Debe haber otra vida aparte de esta, se dijo Slade. ¿Acaso esto es todo lo que hay en mi existencia?

A través de su ventana un anuncio de neón brillaba allá abajo en la calle día y noche. *«Proyecto Musa»*, se leía en el anuncio, y Jesse Slade sabía lo que significaba. *Voy a ir allí*, se dijo. Hoy. A la hora del café de las diez y media; ni siquiera voy a esperar la hora del almuerzo.

Mientras se ponía su abrigo, el señor Hnatt, su supervisor, entró en la oficina y dijo:

—Slade, ¿qué hay de nuevo? ¿Por qué esa mirada de fiera atrapada?

—Verá, voy a salir, señor Hnatt —le dijo Slade—. A escapar. Le he dicho a quince mil hombres cómo escapar del Servicio Militar; ahora es mi turno.

El señor Hnatt le palmeó su espalda.

—Buena idea, Slade; ha trabajado demasiado. Tómese unas vacaciones. Tome un *viaje por el tiempo* y viva una aventura en alguna civilización distante... le hará bien.

—Gracias, señor Hnatt —dijo Slade—. Haré exactamente eso. —Y dejó su oficina tan pronto como sus pies pudieron llevárselo fuera del edificio y abajo a la calle hacia el brillante anuncio de neón de Proyecto Musa.

La chica atrás de la caja, de pelo rubio, con ojos grandes y verdes y una figura que lo impresionó por su ingeniería, su suspensión, por así decirlo, le sonrió y dijo:

—El señor Manville lo verá en un momento, señor Slade. Por favor, permanezca sentado. Encontrará auténticos *Harper's Weekly* del siglo diecinueve sobre la mesa, ahí. —Y agregó—: Y algunos *Mad* del siglo veinte, esos grandes clásicos satíricos de la calidad de *Hogarth*.

De manera tensa, el señor Slade se sentó y trató de leer; encontró un artículo en el *Harper's Weekly* diciendo que la construcción del Canal de Panamá era imposible y que ya casi había sido abandonada por los diseñadores franceses... esto retuvo su atención por un momento (el razonamiento era tan lógico, tan convincente) pero después de unos breves momentos, su antiguo tedio y su inquietud, como una niebla crónica, retornaron. Levantándose, una vez más se aproximó al escritorio.

—¿No ha llegado el señor Manville todavía? —preguntó con esperanza.

Atrás de él una voz masculina dijo:

—Usted, ahí en la caja.

Slade dio la vuelta. Y se encontró frente a un hombre alto y de cabello oscuro, con una intensa expresión, los ojos ardiendo.

—Usted —dijo el hombre—, está en el siglo equivocado.

Slade tragó saliva.

Acercándose hacia él, el hombre de cabello oscuro dijo:

—Soy Manville, señor. —Extendió su mano y estrecharon ambas—. Debe irse —dijo Manville—, ¿lo entiende, señor? Tan pronto como sea posible.

—Pero yo quiero emplear sus servicios —murmuró Slade.

Los ojos de Manville brillaron.

—Quiero decir que debe irse al pasado. ¿Cuál es su nombre? —Hizo un gesto con gran énfasis—. Espere, me está llegando. Jesse Slade, de Concord, calle arriba, allá.

—Correcto —dijo Slade impresionado.

—Muy bien, ahora a los negocios —dijo el señor Manville—. A mi oficina. —Dirigiéndose a la chica excepcionalmente bien construida de la caja, dijo—: Que nadie nos moleste, señorita Frib.

—Sí, señor Manville —dijo la señorita Frib—. Me encargaré de ello, no tema, señor.

—Lo sé, señorita Frib. —El señor Manville condujo a Slade al interior de una oficina bien amueblada. Viejos mapas e impresiones decoraban las paredes; los muebles... Slade miró atónito. De la etapa Americana Temprana, con clavijas de madera en lugar de clavos. Arce de Nueva Inglaterra, toda una fortuna.

—Todo está bien... —comenzó a decir.

—Sí, puede sentarse en esa silla de Director —le dijo el señor Manville—. Pero tenga cuidado; lo puede tumbar si se inclina hacia delante. Tratamos de mantenerla en buen estado aplicándole aceite de castor o cosas por el estilo. —Ahora parecía irritado, al tener que discutir semejantes nimiedades—. Señor Slade —dijo bruscamente—, le hablaré directamente, obviamente es usted un hombre con un elevado intelecto, así que podemos saltarnos los protocolos.

—Sí —dijo Slade—, por favor hágalo.

—Nuestros convenios de viajes en el tiempo son de una naturaleza específica; de ahí el nombre *«Musa».* ¿Capta el significado?

—Eh —dijo Slade desconcertado pero intentándolo—. Veamos. Una musa es un organismo cuya función es...

—*Inspiración* —cortó bruscamente el señor Manville—. Slade, usted no es..., encarémoslo... precisamente un hombre creativo. Es por eso que se siente aburrido y sin plenitud. ¿Pinta? ¿Compone? ¿Hace esculturas de hierro fundido con restos de naves espaciales o con deshechas sillas de jardín? No. No hace nada de eso; es absolutamente pasivo. ¿Correcto?

Slade asintió:

—Ha acertado, señor Manville.

—No he acertado a nada —dijo el señor Manville irritado—. No me sigue, Slade. Nada lo hará creativo porque usted no posee la creatividad en su interior. Es demasiado ordinario. No voy a hacer que comience a pintar con los dedos o a tejer canastas. No soy un analista Jungiano de los que creen que el arte es la respuesta. —Estirándose hacia atrás apuntó su dedo hacia Slade—. Mire, Slade. No podemos ayudarlo si no tiene la voluntad de ayudarse a sí mismo primero. Ya que no es creativo, lo más que puede esperar, y aquí sí podemos ayudarlo, es inspirar a otros que son creativos. ¿Lo ve?

Después de un momento Slade dijo:

—Lo entiendo, señor Manville. Sí.

—Correcto —dijo Manville asintiendo—. Así, puede usted inspirar a un músico famoso, como *Mozart* o *Beethoven*, o a un científico como *Albert Einstein*, o a algún escultor como *Sir Jacop Epstein*... cualquiera de un gran número, escritores, músicos, poetas. Puede, por ejemplo, conocer a *Sir Edward Gibbon* durante sus viajes al Mediterráneo y conversar con él casualmente para decirle algo así como... *«Hmmm, vea todas estas ruinas antiguas a nuestro alrededor. Me pregunto cómo un Imperio tan poderoso como el de Roma vino a caer en este estado de deterioro... ¿cómo cayó en la ruina?... semejante caída...».*

—Buen Dios —dijo Slade fervientemente—, ya veo, Manville; lo he captado. Le repito a Gibbon la palabra caída una y otra vez, y con esto tiene la idea de su gran historia de Roma, *«Declive y caída del Imperio Romano»*. Y... —Estaba temblando—. Yo habría ayudado.

—¿Ayudó? —dijo Manville—. Slade, esa no es la palabra adecuada. Sin usted no habría existido tal obra. Usted, Slade, podría ser la *musa* de Sir Edward. —Se inclinó hacia delante y tomó un puro *Upmann*, de alrededor de 1915, y lo encendió.

—Creo —dijo Slade—, que me gustaría reflexionar sobre esto. Quiero estar seguro de inspirar a la persona adecuada, quiero decir, todos ellos merecen ser inspirados, pero...

—Pero quiere encontrar a la persona en términos de sus propias necesidades psíquicas —convino Manville, soplando una fragante nube azul—. Llévese nuestro catálogo. —Le paso un gran folleto publicitario, brillante, a todo color y en tercera dimensión—. Llévelo a casa, léalo y vuelva con nosotros cuando esté listo.

—Dios lo bendiga, señor Manville —dijo Slade.

—Y cálmese —dijo Manville—. El mundo no se va a terminar... lo sabemos aquí en *«Proyecto Musa»* porque lo hemos visto. —Sonrió y Slade se las arregló para devolverle la sonrisa.

Dos días después Jesse Slade regresó a *«Proyecto Musa»*.

—Señor Manville —dijo—, sé a quien quiero inspirar. —respiró profundamente—. He estado pensando y pensando, y lo más significativo para mí sería si pudiera viajar al pasado a Viena e inspirar a *Ludwing van Beethoven* con la idea de su *«Sinfonía Coral»*, sabe usted, ese tema del cuarto movimiento que canta el barítono, que va *bum-bum de-da de-da bum-bum, hijas de Elsysium*; lo conoce. —Se sonrojó—. No soy músico, pero toda mi vida he admirado la novena de Beethoven y especialmente...

—Ya está hecho —dijo Manville.

—¿Eh? —Slade no comprendió.

—Ya se ha llevado a cabo, señor Slade. —Manville se veía impaciente mientras se sentaba en su gran escritorio con tapa corrediza de roble, de alrededor de 1910. Sacando una gruesa carpeta negra forrada con duela de metal empezó a hojear las páginas—. Hace dos años una señora Ruby Welch de Montpelier, Idaho, retornó a Viena para inspirar a *Beethoven* con el tema para el movimiento coral de su *Novena*. —Manville cerró de golpe la carpeta y se dirigió a Slade—: Bueno, ¿cuál es su segunda opción?

Tartamudeando, Slade dijo:

—Yo... tendría que pensar. Deme tiempo.

Examinando su reloj, Manville dijo de manera abrupta:

—Le doy dos horas. Hasta las tres de la tarde. Buen día, Slade. —Se levantó y Slade automáticamente hizo lo mismo.

Una hora más tarde en su atestada oficina de Asesores Concord para el Servicio Militar, Jesse Slade se dio cuenta en un luminoso y preciso instante, a quién quería inspirar y con qué. Enseguida se puso su abrigo, se disculpó ante un comprensivo señor Hnatt, y corrió de prisa calle abajo hacia el edificio de *«Proyecto Musa»*.

—Bien, señor Slade —dijo Manville al verlo entrar—. Regresó muy pronto. Vamos a mi oficina. —Avanzó a grandes zancadas, marcando el camino—. Correcto. Hagámoslo. —Cerró la puerta una vez que ambos entraron.

Jesse Slade humedeció sus labios resecos y entonces dijo, tosiendo:

—Señor Manville, quiero ir al pasado e inspirar a... bien, permítame explicarle. ¿Conoce usted la *Edad de Oro de la Ciencia Ficción*, entre 1930 y 1970?

—Sí, sí —dijo Manville con impaciencia, frunciendo el ceño mientras escuchaba.

—Cuando estaba en la Universidad —dijo Slade—, haciendo mi maestría en literatura Inglesa, tuve, desde luego, que leer una buena cantidad de obras de Ciencia Ficción del siglo veinte. De todos los escritores notables de Ciencia Ficción había tres que se destacaban por encima de los demás. El primero era *Robert Heinlein* con su *«Historias del Futuro»*. El segundo, *Isaac Asimov* con sus épicas series sobre la *«Fundación»*. Y... —Inspiró hondamente mientras se estremecía—. El hombre sobre el que hice mi tesis. *Jack Dowland*. De los tres, *Dowland* era considerado el más grande. Sus historias sobre *«El Mundo Futuro»* comenzaron a aparecer en 1957, tanto en revistas en forma de cuentos, como en libros, como novelas completas. Para 1963, *Dowland* era considerado como...

—Hmmm —dijo el señor Manville, abriendo su carpeta negra y comenzando a hojearla—. Escritores de Ciencia Ficción del siglo veinte, un tema más bien especializado... afortunadamente para usted. Veamos.

—Espero —dijo Slade en voz baja—, que no lo hayan tomado.

—Aquí hay un cliente —dijo el señor Manville—, Leo Parks de Vacaville, California. Regresó e inspiró a *A. E. van Vogt* para evitar que escribiera historias de amor y westerns y lo intentara en cambio con la Ciencia Ficción. —Dando vueltas a más páginas, dijo el señor Manville—: Y el año pasado, Julie Oxen, una señorita de la ciudad de Kansas, y cliente nuestra, pidió que se le permitiera inspirar a *Robert Heinlein* para su *«Historia del Futuro»*... ¿fue a *Heinlein* al que mencionó, señor Slade?

—No —dijo Slade—, fue *Jack Dowland*, el más grande de los tres. *Heinlein* fue notable, pero investigué lo suficiente sobre esto, señor Manville, y *Dowland* fue el más grande.

—No, no se ha hecho —decidió Manville cerrando su carpeta negra. Del cajón de su escritorio extrajo una forma—. Llene esto, señor Slade —dijo—, y este asunto comenzará a moverse. ¿Conoce el año y el lugar en el cual *Jack Dowland* comenzó a trabajar en su historia de *«El Mundo Futuro»*?

—Sí, lo conozco —dijo Slade—. Estaba viviendo en un pequeño pueblo sobre la Ruta 40 en Nevada, un poblado llamado Purpleblossom, que apenas consistía en tres gasolineras, un café, un bar y una almacén general. *Dowland* se había trasladado ahí para conseguir la atmósfera; quería escribir historias del Viejo Oeste en forma de guiones para televisión. Tenía la esperanza de hacer un buen negocio.

—Veo que conoce su tema —dijo Manville, impresionado.

Slade continuó:

—Mientras vivía en Purpleblossom escribió un buen número de guiones del Oeste pero de alguna manera los encontró insatisfactorios. De cualquier modo, permaneció ahí, tratando de escribir tanto en otros géneros como libros para niños y artículos sobre sexo premarital en adolescentes para las revistas de lujo de aquellos tiempos... y entonces, repentinamente y en un solo momento, en el año de 1956, cambió a la Ciencia Ficción e inmediatamente produjo la novela corta más notable vista hasta esa fecha en el género. Ese fue el consenso de toda la gente en ese entonces, señor Manville, he leído la historia y estoy de acuerdo. Se llamaba *«El padre sobre la pared»* y aún aparece en antologías de vez en cuando; es la clase de cuento que nunca morirá. Y la revista en la que apareció, *Fantasy & Science Fiction*, será recordada siempre por haber publicado el primer relato de *Dowland* en su edición de agosto de 1957.

Asintiendo, el señor Manville dijo:

—Y esta es la *opus magna* que quiere inspirar. Ésta, y todo lo que siguió.

—Tiene toda la razón, señor —dijo el señor Slade.

—Llene su forma —dijo Manville—, y nosotros haremos el resto. —Le sonrió a Slade y Slade, confiado, le devolvió la sonrisa.

El operador de la nave temporal, un joven robusto y bajo, con corte de pelo al rape y con fuertes rasgos, le dijo brevemente a Slade:

—Bien, compañero, ¿estás listo o no? Hazte la idea.

Slade inspeccionó por última vez su traje del siglo veinte que *«Proyecto Musa»* le había dado... uno de los servicios por la cuota más bien alta que había tenido que pagar. Corbata angosta, pantalones sin dobladillo, y una camisa a rayas *Ivy League*... sí, decidió Slade, por lo que conocía de la época era auténtico, al igual que los zapatos Italianos puntiagudos y los calcetines firmes y coloridos. Pasaría sin ninguna dificultad como un ciudadano de los Estados Unidos de 1956, incluso en Purpleblossom, Nevada.

—Ahora escucha —dijo el operador, mientras aseguraba el cinturón de seguridad alrededor de la cintura de Slade—, tienes que recordar un par de cosas. Primero, la única manera de regresar al 2040 es conmigo; no puedes volver caminando. Y segundo, tienes que ser muy cuidadoso para no cambiar el pasado... quiero decir, limítate a tu simple tarea de inspirar a este individuo, este *Jack Dowland*, y déjalo así.

—Desde luego —dijo Slade perplejo por la amonestación.

—Muchos clientes —dijo el operador—, y te sorprendería saber cuántos, enloquecen cuando llegan al pasado; desarrollan ilusiones de poder y quieren hacer toda clase de cambios, eliminar las guerras, el hambre y la pobreza, sabes. Cambiar la historia.

—No haré eso —dijo Slade—. No tengo el menor interés en abstractas empresas cósmicas de tal magnitud.

Para él, inspirar a *Jack Dowland* era lo suficientemente cósmico. Y podía sentir la suficiente *empatía* hacia la idea para entender la tentación. En su propio trabajo había visto toda clase de gente.

El operador cerró con un portazo el casco de la nave temporal, se aseguró que Slade estuviera bien atado con las correas, y entonces tomó asiento frente a los controles. Chasqueó un interruptor y un momento más tarde Slade estaba en camino rumbo a sus vacaciones, lejos del monótono trabajo de la oficina... hacia 1956 y lo más cerca que iba a estar jamás de un acto creativo en su vida.

El cálido sol del mediodía de Nevada caía a plomo, cegándolo; Slade echó un vistazo, buscando nerviosamente con la vista dónde estaba el pueblo de Purpleblossom. Todo lo que podía ver eran rocas y arena sin interés, el desierto interminable con un camino único y angosto que transitaba entre secos arbustos.

—Hacia la derecha —dijo el operador, y volvió a introducirse en la nave temporal, apuntado—. Camina por ahí, te llevará como diez minutos. Espero que entiendas tu contrato. Será mejor que lo saques y lo leas.

Del bolsillo interior de su traje estilo 1950, Slade sacó el contrato grande y amarillo que había hecho con *«Proyecto Musa»*.

—Dice que tengo treinta y seis horas. Que me recogerás aquí en este lugar y que es mi responsabilidad estar aquí; si no lo hago, y no puede regresar a mi propio tiempo, la compañía no se hace responsable.

—Correcto —dijo el operador y volvió a entrar en la nave temporal—. Buena suerte, Slade. O, debería llamarte, *musa de Jack Dowland*. —Sonrió abiertamente, un poco en son de burla y otro poco con amigable simpatía, y entonces el casco se cerró tras de él.

Jesse Slade se hallaba solo en el desierto de Nevada, a un cuarto de milla del pequeño pueblo de Purpleblossom.

Comenzó a caminar, sudando, secándose el cuello con su pañuelo.

No tuvo problema en localizar donde vivía Jack Dowland ya que sólo existían siete casas en el poblado. Slade subió los peldaños sobre el desvencijado porche, viendo de reojo el jardín lleno de latas vacías, ropas tendidas, accesorios de plomería abandonados... estacionado junto al camino vio un arcaico carro abandonado, arcaico incluso para el año de 1956.

Tocó el timbre, se ajusto la corbata con nerviosismo, y una vez más repaso en su mente lo que pensaba decir. En este momento de su vida, Jack Dowland no había escrito Ciencia Ficción; era importante recordar eso... de hecho era el punto clave. Esta era la encrucijada crítica de su vida, de su historia, esta fatídica llamada a la puerta. Desde luego que Dowland no sabía eso. ¿Qué estaba haciendo en su casa? ¿Escribiendo? ¿Leyendo los chistes de algún diario de Reno? ¿Durmiendo?

Ruidos de pasos. Con tirantez, Slade se preparó.

La puerta se abrió. Una joven mujer con ligeros pantalones de algodón, su cabello atado hacia atrás con un listón, lo inspeccionó con calma. Slade se dio cuenta que tenía unos pies pequeños y hermosos. Usaba zapatillas; su piel era suave y brillante, y él se encontró mirándola fijamente, desacostumbrado a ver tanto en una mujer. Sus tobillos estaban completamente desnudos.

—¿Sí? —preguntó la mujer de manera agradable pero con un toque de fatiga. Slade se dio cuenta en ese momento que estaba aspirando; ahí en la sala estaba una aspiradora con tanque *General Electric*... su sola existencia probaba que los historiadores estaban equivocados; la aspiradora con tanque no había desaparecido en 1950 como pensaban.

Slade, minuciosamente preparado, dijo con suavidad:

—¿Señora Dowland? —La mujer asintió. En ese momento un niño pequeño pareció asomarse atrás de su madre—. Soy un admirador de la monumental obra de su marido... —Oh, pensó, eso no está bien—. *Ahem* —se corrigió, utilizando una expresión típica de ese período del siglo veinte según los libros—: *Tsk, Tsk* —dijo—. Lo que quiero decir es esto, señora. Conozco muy bien la obra de su marido, Jack. He cruzado los páramos del desierto, viniendo desde muy lejos para llegar aquí y observarlo en su hábitat. —Sonrió lleno de esperanza.

—*¿Conoce la obra de Jack?* —Parecía sorprendida, pero completamente complacida.

—En la televisión —dijo Slade—. Buenos guiones los suyos. —Y asintió.

—Usted es inglés, ¿verdad? —dijo la señora Dowland—. Bien, ¿quiere pasar? —Mantuvo la puerta abierta—. Jack está trabajando ahora arriba en el ático... el ruido de los niños lo molesta. Pero sé que le gustaría detenerse y hablar con usted, especialmente si condujo desde tan lejos. Usted es el señor...

—Slade —dijo—. Muy agradable el domicilio que tienen.

—Gracias. —Lo condujo hacia una cocina fresca y oscura en el centro de la cual se veía una mesa de plástico con cartones encerados de leche, platos de plástico, azucarero, tazas cafeteras y otros objetos sorprendentes.

—Jack —llamó ella desde el primer tramo de las escaleras—. Aquí está un admirador tuyo. *¡Quiere verte!*

Arriba a lo lejos una puerta se abrió. Se oyó el sonido de los pasos de una persona y, mientras Slade permanecía rígido, Jack Dowland apareció, joven y con buen aspecto, con su cabello castaño ligeramente delgado, con un suéter y unos pantalones flojos, su cara delgada y con aspecto inteligente se veía sombrío y con el ceño fruncido.

—Estoy trabajando —dijo de manera cortante—. Aunque lo hago en casa es como cualquier otro empleo. —Miró de un vistazo a Slade—: ¿Qué desea? ¿Qué quiere decir con eso de que es un *«admirador»* de mi obra? ¿Cuál obra?

Dios mío, hace meses que no vendo nada, estaba a punto de cambiar de idea sobre a qué dedicarme.

—Jack Dowland —dijo Slade—, eso es porque no ha encontrado todavía el género adecuado. —Oyó su propia voz temblorosa, este era el momento.

—¿Desearía una cerveza, señor Slade? —preguntó la señora Dowland.

—Gracias —dijo—. Jack Dowland —dijo Slade—, estoy aquí para inspirarlo.

—¿De dónde viene usted? —preguntó Dowland con desconfianza—. ¿Y por qué trae esa corbata tan rara?

—¿Rara en qué sentido? —preguntó Slade, sintiéndose nervioso.

—Con el nudo abajo y no alrededor de su nuez de Adán. —Dowland caminó alrededor de él, ahora, estudiándolo críticamente—. ¿Y por qué trae la cabeza rapada? Es demasiado joven para estar calvo.

—Es la moda de esta época —dijo Slade débilmente—. Es preciso traer la cabeza rapada, al menos en Nueva York.

—¡La cabeza rapada y un cuerno! —dijo Dowland—. Sé qué es usted. Una especie de maniático. ¿Qué quiere?

—Yo quería *elogiarlo* —dijo Slade.

Ahora se sentía enojado; una nueva emoción, la indignación, lo llenaba... no estaba siendo tratado propiamente y lo sabía.

—Jack Dowland —dijo, tartamudeando un poco—, sé más sobre su obra que usted mismo; sé que su género adecuado no son los guiones sobre el Oeste sino la Ciencia Ficción. Será mejor que me escuche, *soy su musa.* —Se quedó en silencio, entonces, respirando ruidosamente y con dificultad.

Dowland se le quedó viendo fijamente, y luego levantó la cabeza y estalló en carcajadas.

Sonriendo también, la señora Dowland dijo:

—Bien, yo sabía que Jack tenía una musa pero pensé que era mujer. *¿No son todas las musas del sexo femenino?*

—No —dijo Slade colérico—, Leon Parks de Vacaville, California, inspiró a *A. E. van Vogt*, y era de sexo masculino. —Se sentó junto a la mesa de plástico, sintiendo sus piernas demasiado tambaleantes para sostenerlo—. Escúcheme, Jack Dowland...

—Por el amor de Dios, llámame Jack o Dowland, pero no de ambos modos; no es natural la forma en que hablas. Traes el *«té cruzado»*, ¿o qué? —Hizo la seña como si inspirará algo.

—*¿Té?* —repitió Slade, sin entender—. No, sólo una cerveza, por favor.

Dowland dijo:

—Pongamos esto en claro. Estoy ansioso por regresar a trabajar. Aunque lo haga en casa, es trabajo.

No había tiempo ahora para que Slade enunciara todos sus elogios. Lo había preparado cuidadosamente; aclarando su garganta, comenzó:

—Jack, si puedo llamarlo así, me pregunto por qué diablos no ha intentado escribir Ciencia Ficción. Creo que...

—Te diré por qué —interrumpió Jack Dowland. Empezó a moverse hacia delante y hacia atrás, con sus manos en los bolsillos de sus pantalones—. Porque va a haber una guerra con bombas de hidrógeno. El futuro es sombrío. ¿Quién quiere escribir acerca de eso? ¡Cristo! —Sacudió la cabeza—. Y de cualquier modo, *¿quién lee esa cosa?* Adolescentes con problemas en la piel. Inadaptados. Y es basura. Nómbrame una buena historia de Ciencia Ficción, solo una. Compré una revista en un autobús una vez que fui a

Utah. ¡Basura! No voy a escribir esa basura aunque me paguen bien, y he visto que no pagan bien... como un centavo por palabra. ¿Quién puede vivir con eso? —Indignado, comenzó a subir las escaleras—. Voy a volver a trabajar.

—Espere —dijo Slade, sintiéndose desesperado. Todo estaba yendo mal—. Escúcheme, Jack Dowland.

—Vaya insistencia en hablar de esa manera tan rara —dijo Dowland. Pero se detuvo a esperar—. ¿Y bien? —demandó.

Slade dijo:

—Señor Dowland, *vengo del futuro.* —Se suponía que no debía decir eso, el señor Manville se lo había advertido con severidad, pero en ese momento parecía la única manera, lo único que detendría a Jack Dowland.

—¿Qué? —dijo Dowland alzando la voz—. ¿De dónde?

—Soy un viajero del tiempo —dijo Slade débilmente, y se quedó en silencio.

Dowland regresó hacia él.

Cuando llegó al punto dónde estaba la nave temporal, Slade encontró al robusto y bajo operador en el suelo junto a ésta, leyendo el diario.

—De vuelta sano y salvo, Slade. Vamos, marchémonos. —Abrió el casco y guió a Slade a su interior.

—Lléveme de vuelta —dijo Slade—. Sólo lléveme de vuelta.

—¿Cuál es el problema? ¿No disfrutaste de tu labor inspiradora?

—Sólo quiero regresar a mi propio tiempo —dijo Slade.

—Muy bien —dijo el operador, levantando una ceja. Aseguró a Slade a su asiento y tomaron el camino de regreso.

Cuando llegaron a *«Proyecto Musa»*, el señor Manville lo estaba aguardando.

—Slade —dijo—, venga conmigo. —Su expresión era oscura—. Tenemos que hablar.

Cuando estuvieron solos en la oficina de Manville, Slade comenzó:

—Estaba de mal humor, señor Manville. No me culpe. —Se sostenía la cabeza, sintiéndose vacío e inútil.

—Usted... —Manville se quedó mirándolo fijamente lleno de incredulidad—. *¡Falló en inspirarlo! ¡Esto nunca había sucedido antes!*

—Quizá pueda regresar una vez más —dijo Slade.

—Dios mío —dijo Manville—, no sólo falló en inspirarlo... lo volvió en contra de la Ciencia Ficción.

—*¿Cómo lo supo?* —preguntó Slade. Tenía la esperanza de mantener el asunto en silencio, sería un secreto que se llevaría a la tumba con él.

Manville dijo, con mordacidad:

—Todo lo que tuve que hacer fue mantenerme viendo las referencias relacionadas con la literatura del siglo veinte. Media hora después de su partida, todos los textos de *Jack Dowland*, incluyendo la media página dedicada a él en la *«Enciclopedia Británica»*... se desvanecieron.

Slade no dijo nada; se quedó mirando fijamente hacia el suelo.

—Así que me puse a investigar —dijo Manville—. Utilicé las computadoras de la Universidad de California para buscar todas las citas existentes sobre *Jack Dowland*.

—¿Encontró alguna? —murmuró Slade.

—Sí —dijo Manville—, había un par. Minúsculas, en artículos técnicos especializados que trataban de manera minuciosa y exhaustiva ese período. Porque, gracias a usted, *Jack Dowland* es ahora completamente desconocido para la gente... y lo fue incluso durante su propia época. —Levantó un dedo hacia Slade, señalándolo con ira—. Gracias a usted, *Jack Dowland jamás* escribió su historia épica de *«El Mundo Futuro»*. Gracias a su *«inspiración»* continuó escribiendo guiones del Oeste para la televisión, y murió a los cuarenta y seis años como un escritorzuelo completamente desconocido.

—¿No escribió nada de Ciencia Ficción? —preguntó Slade, incrédulo. ¿Lo había hecho tan mal? No podía creerlo; es cierto que *Dowland* había rechazado con amargura cada sugerencia que Slade le había hecho... cierto que había regresado a su ático con una actitud mental bastante peculiar después de discutir con Slade. Pero...

—Bien —dijo Manville—, existe un relato de Ciencia Ficción de *Jack Dowland*. Muy corto, mediocre y totalmente desconocido. —Abriendo el cajón de su escritorio extrajo una revista amarillenta y antigua que le arrojó a Slade—. Una cuento corto llamado *«Orfeo con Pies de Arcilla»*, escrito con el seudónimo de *Philip K. Dick*. Nadie lo leyó, nadie lo lee ahora... es la descripción de la visita a un tal *Jack Dowland* por... —Miró con furia a Slade—, por un bienintencionado *idiota* del futuro con la idea trastornada de inspirarlo para escribir la historia mitológica del mundo por venir. Y bien, Slade. ¿Qué tiene que decir?

—Utilizó mi visita como base para el cuento. Obviamente —dijo Slade con dificultad.

—Y con eso consiguió el único dinero que habría de obtener escribiendo Ciencia Ficción... muy poco, desgraciadamente, pero lo suficiente para justificar el intento y el tiempo empleado. Usted está en el relato, yo estoy en el relato, Dios Santo, Slade, debe haberle contado absolutamente todo.

—Lo hice —dijo Slade—. Para convencerlo.

—Pues bien, no quedó convencido. Pensó que era una clase de loco. Escribió la historia con una perspectiva mental amarga. Permítame preguntarle: *¿Estaba trabajando cuando usted llegó?*

—Sí —dijo Slade—, pero la señora *Dowland* dijo...

—¡No hay, no hubo, ninguna señora Dowland! Dowland nunca se casó. Debió haber sido la esposa de algún vecino con la que *Dowland* tenía alguna aventura. No hay duda que estaba furioso; impidió la cita que tenía con esa chica quienquiera que haya sido. Ella aparece en el relato, también; lo escribió todo y luego abandonó su casa de Purpleblossom y se mudó a Dodge, City en Kansas.

Ambos permanecieron en silencio.

—Eh —dijo por fin Slade—, bien, ¿podría intentarlo de nuevo? ¿Con alguien más? Estaba pensando en *Paul Ehrlich* y su *bala mágica*, su descubrimiento de la cura del...

—Escuche —dijo Manville—. También he estado pensando. Va a volver pero no para inspirar al Dr. *Ehrlich* ni a *Beethoven* ni a *Dowland* ni a nadie como ellos, a nadie útil a la sociedad.

Con temor, Slade volteó a mirarlo.

—Va a volver —dijo Manville entre dientes— para cortar la inspiración de gente como *Adolf Hitler*, *Karl Marx* y *Sanrome Clinger*...

—¿Cree usted que soy tan *ineficaz* que...? —murmuró Slade.

—Exactamente. Comenzaremos con *Hitler* en su periodo de encarcelamiento después del primer fallido intento de hacerse del poder en Bavaria. La época en la que le dictó *«Mi Lucha»* a *Rudolf Hess*. He discutido esto con mis superiores y todo está planeado; estará usted ahí como compañero de celda, ¿lo entiende? Y le recomendará a *Hitler*, así como le recomendó a *Jack Dowland*, que escriba. En este caso, una detallada autobiografía que exponga en detalle su programa político para el mundo. Y si todo va bien...

—Entiendo —murmuró Slade, mirando fijamente el piso de nuevo—. Es una idea... iba a decir que era una idea inspirada pero no sé si darle ya valor a esa palabra.

—No me dé el crédito de la idea —dijo Manville—. La obtuve de ese pobre cuento olvidado, *«Orfeo con Pies de Arcilla»*; así es cómo finaliza. —Le dio vuelta a las páginas hasta que llegó a la parte que quería—. Lea esto, Slade. Encontrará que el relato lo trae aquí hasta encontrarse conmigo, y luego se marcha a investigar todo lo posible sobre el Partido *Nazi* para así poder instar a *Adolf Hitler* a no escribir su autobiografía y, de ahí, posiblemente, prevenir la Segunda Guerra Mundial. Y si falla con *Hitler*, lo intentaremos con *Stalin*, y si falla con *Stalin*, entonces...

—Correcto —farfulló Slade—, lo entiendo; no tiene que explicármelo con tantos detalles.

—Y usted lo hará —dijo Manville—, porque en *«Orfeo con Pies de Arcilla»* dice estar de acuerdo.

Slade asintió.

—Cualquier cosa. Para tratar de compensar.

—Es un tonto. ¿Cómo pudo hacerlo tan mal? —le dijo Manville.

—Fue un mal día —replicó Slade—. Estoy seguro que podré hacerlo mejor la próxima vez. —Quizá con Hitler, pensó. Quizá pueda hacer un trabajo excelente para cortarle la inspiración, mejor que el que cualquiera haya hecho en la historia.

—Le llamaremos la *«antimusa»* —dijo Manville.

—Una buena idea —dijo Slade.

Con cansancio, dijo Manville:

—No me felicite; felicite a *Jack Dowland*. Está también en su relato. Ya al final.

—¿Y así es cómo termina? —preguntó Slade.

—No —dijo Manville—, finaliza conmigo presentándole una factura... el costo de mandarlo al pasado para acabar con la inspiración de *Adolfo Hitler*. Quinientos dólares, por adelantado. —Dijo extendiéndole su mano—. *Sólo por si no vuelve.*

Resignadamente, sintiéndose miserable, Jesse Slade, de la manera más lenta posible, sacó su cartera del bolsillo de su traje del siglo veinte.

LOS DÍAS DE PRECIOSA PAT

A las diez de la mañana una terrible sirena, familiar para él, despertó de su sueño a Sam Regan, y maldijo al auxiliador de arriba; sabía que el ruido era deliberado. El auxiliador, dando vueltas en el cielo, deseaba estar seguro

de que los afortunados —y no solamente los animales salvajes— iban a recibir parte de lo que iba a arrojarles.

Está bien, está bien, lo recogeremos, se dijo Sam Regan para sí mismo, mientras se enfundaba su mono antipolvo, metía sus pies en las botas, y luego se dirigía malhumoradamente y con toda la lentitud que le era posible hacia la rampa. Algunos otros afortunados se le unieron, todos ellos mostrando similar irritación.

—Es temprano —se quejó Tod Morrison—. Y apostaría a que todo será alimentos básicos, azúcar y harina y manteca... nada interesante como, digamos, caramelos.

—Deberíamos estar agradecidos —dijo Norman Schein.

—¡Agradecidos! —Tod se detuvo para mirarle—. *¿AGRADECIDOS?*

—Sí —dijo Schein—. *¿Qué es lo que crees que comeríamos sin ellos?* Si no hubieran visto las nubes hace diez años.

—Bueno —dijo Tod hoscamente—, lo único que pasa es que no me gusta que vengan tan temprano; realmente, no me importa el hecho en sí de que vengan.

Mientras apoyaba el hombro contra la tapa en la parte superior de la rampa, Schein dijo jovialmente:

—Qué tolerante estás hoy, Tod, muchacho. Estoy seguro de que los auxiliadores se sentirían complacidos oyéndote.

De los tres, Sam Regan fue el último en alcanzar la superficie; no le gustaba en absoluto subir, y no le preocupaba que se supiera. Y de todos modos, nadie podría obligarle a abandonar la seguridad de la madriguera de Pinole; era enteramente asunto suyo, y observó como un número determinado de sus compañeros afortunados habían elegido quedarse abajo en sus apartamentos, confiados en que aquellos que contestaban a la sirena les traerían algo.

—Es brillante —murmuró Tod, parpadeando al sol.

La nave auxiliadora relucía a poca altura sobre sus cabezas, recortada contra el cielo gris como si colgara de un tembloroso hilo. Buen piloto el tipo, decidió Tod. Él, o mejor dicho ello, simplemente bajaba y se inmovilizaba allí, sin prisas. Tod saludó con la mano a la nave auxiliadora, y la sirena sonó una vez más, haciendo que todos se llevaran las manos a los oídos. Hey, una broma es una broma, se dijo a sí mismo. Y luego la sirena paró; el auxiliador se había ablandado un poco.

—Hazle señas de que empiece a tirar —dijo Norm Schein a Tod—. Tú eres el jefe de comunicaciones.

—Seguro —dijo Tod, y empezó a agitar laboriosamente la bandera roja que las criaturas marcianas le habían proporcionado hacía mucho tiempo, adelante y atrás, adelante y atrás.

Un proyectil se deslizó de la parte inferior de la nave, desplegó sus estabilizadores, y empezó a caer en espiral hacia el suelo.

—Mierda —dijo Sam Regan disgustado—. Son cosas de primera necesidad; no llevan paracaídas. —se dio la vuelta, perdido todo interés.

Qué miserable se veía arriba hoy, pensó mientras miraba el paisaje que le rodeaba. Ahí, a la derecha, la casa inacabada que alguien —no lejos de su madriguera— había empezado a construir a partir de materiales recuperados de Vallejo, a quince kilómetros al norte. Los animales o las radiaciones se habían hecho cargo del constructor, de modo que su trabajo se había quedado tal cual estaba; nunca había llegado a servir. Y, observó Sam

Regan, se había acumulado una densa precipitación desde la última vez que había estado arriba, el jueves por la mañana o quizá el viernes; había perdido la cuenta exacta. El maldito polvo, pensó. Solo rocas, trozos de cascotes, y el polvo. El mundo se convierte en algo polvoriento sin nadie que lo cuide regularmente. ¿Y qué hay contigo?, le preguntó silenciosamente al auxiliador marciano que les sobrevolaba dando lentos círculos. ¿No es tu tecnología ilimitada? ¿No puedes aparecer alguna mañana con un aspirador de polvo capaz para una superficie de un par de millones de kilómetros cuadrados y devolver a nuestro Planeta el brillo de lo nuevo?

O mejor, pensó, el brillo de lo viejo, devuélvenoslo tal como era en los *«viejos días»*, como los llaman los niños. Nos gustaría. Mientras piensas en algo para darnos como futura ayuda, intenta eso.

El auxiliador dio una nueva vuelta, buscando señales de algo escrito en el polvo: un mensaje de los afortunados de abajo. Le escribiré eso, pensó Sam: *«Trae aspiradora, devuelve nuestra civilización».* ¿De acuerdo, auxiliador?

En aquel momento la nave auxiliadora se elevó como una flecha, sin duda de regreso a su base en la Luna o quizá de regreso a Marte.

Del abierto agujero de la boca de la madriguera por donde habían salido los tres hombres emergió una nueva cabeza, la de una mujer. Jean Regan, la esposa de Sam, apareció, protegiéndose con una gorrita del gris y cegador sol, frunciendo el ceño y diciendo:

—¿Algo importante? ¿Algo nuevo?

—Me temo que no —dijo Sam. El proyectil de suministros de auxilio había aterrizado, y se dirigieron hacia él, arrastrando las botas en el polvo. El casco del proyectil se había roto y abierto con el impacto, y pudieron ver los contenedores esparcidos dentro. Parecía haber un par de toneladas de sal... quizá fuera mejor dejarlas allí para que los animales no se murieran de hambre, decidió. Se sentía desanimado.

Qué sorprendentemente ansiosos de ayudarles se mostraban los auxiliadores. Preocupados constantemente porque la cadena de la supervivencia no se interrumpiera nunca desde su Planeta a la Tierra. Pero debían pensar que ellos se pasaban allí todo el día comiendo, pensó Sam. Dios mío... la madriguera estaba llena a rebosar con comida almacenada. Pero por supuesto había sido uno de los refugios públicos más pequeños de California del Norte.

—Hey —dijo Schein, deteniéndose junto al proyectil y mirando por la enorme abertura de su lado—. Creo que veo algo que podemos utilizar. — Encontró una oxidada vara metálica, que en su momento debía haber ayudado a reforzar el costado de cemento de algún Edificio Público, y golpeó con ella el proyectil, poniendo en marcha el mecanismo de apertura. El mecanismo se disparó, hizo saltar la parte posterior del proyectil, abriéndolo... y ahí estaba su contenido.

—Parece como si hubiera radios en esa caja —dijo Tod—. Radios a transistores. —Tirándose pensativamente de su corta barba negra, dijo—: *Quizá podamos utilizarlos para algo nuevo en nuestros escenarios.*

—El mío ya tiene una radio —hizo notar Schein.

—Bueno, construye un cortacésped autodirigido electrónico con sus componentes —dijo Tod—. Seguro que no tienes eso, ¿verdad? —conocía perfectamente el escenario de Preciosa Pat de los Schein; las dos parejas, él y su esposa con Schein y la suya, habían jugado mucho juntos, y ambos escenarios eran muy parecidos.

Librodot

—Adelante con las radios —dijo Sam Regan—; yo puedo utilizarlas. —Su propio escenario carecía del dispositivo automático de apertura de la puerta del garaje que tenían Schein y Tod; estaba considerablemente muy por detrás de ellos.

—Entonces pongámonos a trabajar —aprobó Schein—. Dejaremos la comida aquí, y solo nos llevaremos las radios. Si alguien quiere la comida, que suba y la recoja él mismo. Antes de que lo hagan los *grangatos* de por aquí.

Asintiendo, los otros dos hombres se dedicaron al trabajo de arrastrar todo el contenido útil del proyectil hasta la entrada de la rampa de su madriguera. Para usarlo en los preciosos, elaborados Equipos de sus *Preciosas Pat*.

Sentado con las piernas cruzadas ante su piedra de afilar, Timothy Schein, diez años y consciente de sus muchas responsabilidades, afilaba su cuchillo, lenta y expertamente. Mientras tanto, molestándole, su madre y su padre se peleaban ruidosamente con el señor y la señora Morrison, al otro lado de su mampara de separación. Estaban jugando de nuevo a *Preciosa Pat*. Como de costumbre.

¿Cuántas veces al día tienen que *jugar* a ese juego estúpido? se preguntó Timothy. Siempre, supongo. No podía ver en él nada que le llamara la atención, pero sus padres jugaban sin descanso de todos modos. Y no eran los únicos; sabía, por lo que decían los otros chicos, incluso de otras madrigueras, que sus padres también jugaban a *Preciosa Pat* la mayor parte del día, y a veces incluso por la noche.

Su madre dijo en voz muy alta:

—*Preciosa Pat* va al supermercado, y es captada por uno de esos ojos electrónicos que abren las puertas. Mirad. —Una pausa—. Mirad, se abre para ella, y ahora ya está dentro.

—Empuja un carrito —añadió el padre de Timothy, apoyándola.

—No, no es cierto —contradijo la señora Morrison—. No lo hace. Le entrega su lista al encargado del supermercado, y este se la prepara.

—Eso solo ocurre en las pequeñas tiendas de barrio —explicó su madre—. Y ahora nos hallamos en un auténtico supermercado, como puedes ver por la puerta electrónica.

—Estoy segura de que todas las tiendas de alimentación tienen detectores electrónicos en sus puertas —dijo testarudamente la señora Morrison, y su esposo murmuró aprobadoramente algo inconcreto. Las voces se elevaron irritadas; otra discusión. *Como siempre.*

Oh, que los cuelguen, se dijo Timothy, utilizando la palabra más fuerte que él y sus amigos conocían. ¿Qué es un supermercado, después de todo? Probó la hoja de su cuchillo —lo había hecho él mismo, personalmente, a partir de una pesada cacerola metálica— y se puso en pie. Un momento más tarde corría silenciosamente por el corredor y golpeaba según el código convenido en la puerta del apartamento de los Chamberlain.

Fred, diez años también, respondió.

—Hey. ¿Listo para subir? Veo que has afilado tu viejo cuchillo; ¿qué crees que vamos a atrapar?

—No un *grangato* —dijo Timothy—. Algo mejor que eso; estoy cansado de comer *grangatos*. Su carne es muy fuerte.

—¿Tus padres están jugando a *Preciosa Pat*?

—Aja.

—Mi mamá y mi papá se han ido hace mucho rato, a jugar con los Benteley —prosiguió Fred al cabo de un momento. Miró de reojo a Timothy, y en un instante compartieron su muda decepción respecto a sus padres. Infiernos, quizá el maldito juego se había esparcido ya por todo el mundo a aquellas alturas; ninguno de ellos se hubiera sorprendido de ello.

—¿Cómo es que tus padres juegan a él? —preguntó Timothy.

—Por la misma razón que los tuyos —dijo Fred.

Vacilante, Timothy dijo:

—Bueno, *¿por qué?* No sé por qué lo hacen; te lo pregunto: *¿tienes alguna idea?*

—Es porque... —Fred se interrumpió—. Pregúntaselo a ellos. Vamos; vayamos arriba y empecemos la caza. —Sus ojos destellaron—. Veamos qué podemos atrapar y matar hoy.

Poco después habían subido la rampa, abierto la tapa, y se agazapaban entre el polvo y las rocas, observando el horizonte. El corazón de Timothy latía fuertemente; aquel era siempre su momento preferido, el primer instante de alcanzar la superficie. La impresionante visión inicial de toda aquella extensión. Porque nunca era la misma. El polvo, denso hoy, tenía un color gris oscuro más intenso que otras veces; parecía más opaco, más misterioso.

Aquí y allá, cubiertos por varias capas de polvo, había varios cargamentos dejados por anteriores naves de auxilio... dejados y abandonados. Nunca serían reclamados por nadie. Y Timothy vio un nuevo proyectil que había llegado aquella mañana. La mayor parte de su contenido estaba aún en su interior; los adultos no habían hallado ningún uso para la mayor parte de la carga de hoy.

—Mira —dijo Fred en voz baja.

Dos *grangatos* —perros o gatos mutantes; nadie lo sabía seguro— estaban merodeando por allí, olisqueando desconfiadamente el proyectil. Atraídos por el contenido no reclamado por nadie.

—No nos interesan —dijo Timothy.

—Ese de ahí parece gordo y suculento —dijo Fred quejumbrosamente. Pero era Timothy quien tenía el cuchillo; todo lo que él tenía era una cuerda con un perno atado a su extremo, un arma ligera que podía matar un pájaro o cualquier otro animal pequeño a una cierta distancia... pero completamente inútil contra un *grangato*, que generalmente pesaba entre seis y ocho kilos y a veces incluso más.

Muy arriba en el cielo, un punto se movía a una enorme velocidad, y Timothy supo que era una nave auxiliadora dirigiéndose a otra madriguera, trayéndole provisiones. Realmente tenían trabajo, se dijo a sí mismo. Esos auxiliadores, siempre yendo y viniendo; sin detenerse nunca, porque si lo hicieran los adultos podían morir. ¿Sería tan malo eso?, pensó irónicamente. Al menos sería triste.

—Hazle una seña —dijo Fred— y quizá nos deje caer algo. —Sonrió a Timothy, y luego ambos se echaron a reír a carcajadas.

—Seguro —dijo Timothy—. Déjame ver, ¿qué es lo que quiero? —De nuevo se echaron a reír ante la idea de desear algo. Los dos muchachos tenían a su disposición toda la superficie, hasta tan lejos donde podían ver... tenían más de lo que tenían los auxiliadores, y eso era mucho, más que mucho.

—¿Crees que saben —dijo Fred— que nuestros padres juegan a *Preciosa Pat* con los artículos que ellos les envían? Apuesto a que no saben nada de las *Preciosas Pat*; nunca han visto ninguna muñequita *Preciosa Pat*, y si lo hicieran se volverían realmente locos.

—Tienes razón —dijo Timothy—. Se sentirían tan disgustados que probablemente dejarían de enviarnos cosas. —Miró a Fred, protegiéndose los ojos.

—Mejor no —dijo Fred—. Mejor no les decimos nada; tu papá seguramente volvería a pegarte si hicieras eso, y probablemente el mío también a mí.

De todos modos, era una idea interesante. Podía imaginar primero la sorpresa y luego la cólera de los auxiliadores; sería divertido verlo, ver la reacción de las criaturas marcianas de ocho piernas que eran tan caritativas dentro de sus verrugosos cuerpos, aquellos organismos cefalopódicos univalvos parecidos a moluscos que habían tomado voluntariamente sobre sí mismos la responsabilidad de proporcionar auxilio a los escasos supervivientes de la raza humana... y así era como les pagaban su caridad, esa estúpida y totalmente gratuita finalidad que le daban a sus artículos. Ese estúpido juego de la *Preciosa Pat* al que jugaban los adultos.

Y de todos modos iba a ser muy difícil decírselo; apenas había comunicación entre humanos y auxiliadores. Eran demasiado distintos. Actos, ofrendas, podían tener una identidad común... pero no las palabras, no los signos. Y sin embargo...

Un enorme conejo pardo saltó a su derecha, más allá de la semiterminada casa. Timothy extrajo inmediatamente su cuchillo.

—¡Oh, muchacho! —dijo excitadamente—. ¡Vamos a por él! —Echó a correr por el guijarroso terreno, con Fred un poco detrás. Gradualmente le fueron ganando terreno al conejo; el correr rápidamente era algo fácil para los dos chicos: habían practicado mucho.

—¡Tira el cuchillo! —jadeó Fred, y Timothy, deteniéndose, alzó su brazo derecho, hizo una pausa para tomar puntería, y luego lanzó el afilado y contrapesado cuchillo. Su más valiosa posesión, hecha por él mismo.

Atravesó al conejo en mitad de sus órganos vitales. El animal dio un salto y cayó, alzando una nube de polvo.

—¡Apuesto a que conseguiremos un dólar por eso! —exclamó Fred, dando saltos de alegría—. Solo la piel... ¡Apuesto a que podemos conseguir cincuenta centavos solo por la maldita piel!

Juntos, corrieron hacia el conejo muerto, apresurándose antes de que un halcón de cola roja o una lechuza diurna cayeran sobre él desde el gris cielo.

Inclinándose hacia adelante, Norman Schein tomó su muñeca *Preciosa Pat* y dijo malhumoradamente:

—Me voy; no deseo seguir jugando.

Afligida, su esposa protestó:

—Pero si hemos conseguido hacer ir a *Preciosa Pat* hasta el centro de la ciudad en su nuevo *Ford* convertible último modelo, y aparcarlo, y echar diez centavos en el parquímetro, e ir de compras, y ahora está en la consulta de su psiquiatra leyendo el *Fortune*... ¡vamos por delante de los Morrison! ¿Por qué quieres irte, Norm?

—Simplemente porque no nos ponemos de acuerdo —gruñó Norman—. Tú dices que los psiquiatras cobraban veinte dólares la hora, y yo los recuerdo claramente cobrar solo diez; nadie puede cobrar veinte. Así que estás

penalizando nuestro lado, ¿y por qué? Los Morrison están de acuerdo en que eran solo diez, *¿no es así?* —dijo al señor y a la señora Morrison, que permanecían acuclillados al otro lado de la mampara separadora que reagrupaba los dos escenarios *Preciosa Pat*.

Helen Morrison le dijo a su esposo:

—Tu ibas al analista más que yo; ¿estás seguro de que cobraba solo diez?

—Bueno, yo asistía principalmente a terapias de grupo —dijo Tom—. En la Clínica Estatal de Higiene Mental de Berkeley, y cobraban a cada uno de acuerdo con sus posibilidades. Y el de *Preciosa Pat* es un psicoanalista privado.

—Entonces tendremos que preguntárselo a alguien —le dijo Helen a Norman Schein—. Me temo que vamos a tener que suspender el juego por el momento —se dio cuenta de que todos la miraban ahora debido a su insistencia en que por un detalle tan nimio como aquel suspendieran el juego durante todo el resto de la tarde.

—Quizá podamos dejar todo el escenario montado —dijo Fran Schein—. Así tal vez pudiéramos terminar esta noche, después de cenar.

Norman Schein miró a su equipo combinado, las tiendas de lujo, las bien iluminadas calles con los coches último modelo aparcados, todos ellos brillantes, la propia casa de varios pisos donde vivía Preciosa Pat y donde recibía ocasionalmente a Leonard, su amigo. Era la casa lo que siempre atraía su atención; la casa era el auténtico foco de todos los equipos, por mucho que difirieran de unos a otros en lo demás.

El guardarropa de *Preciosa Pat*, por ejemplo, allí en los armarios de la casa, el enorme armario del gran dormitorio. Sus pantalones de fantasía, sus mini-minis de algodón blanco, su sucinto bikini a lunares, sus peludos suéteres... y allí, en su dormitorio, su equipo de alta fidelidad, su colección de discos de larga duración...

Así habían sido las cosas hacía un tiempo, exactamente igual, en los viejos días. Norm Schein podía recordar su propia colección de *elepés* de éxito, y en su tiempo había tenido un vestuario casi tan lujoso como el del amigo de *Preciosa Pat*, *Leonard*, chaquetas de cachemira y trajes de *tweed* y ropa deportiva italiana y zapatos ingleses. Nunca había tenido un *Jaguar XKE* deportivo como el que tenía *Leonard*, pero había sido propietario de un precioso *Mercedes Benz* de 1963 de segunda mano, con el que acostumbraba a ir al trabajo.

Entonces *vivíamos*, se dijo Norm Schein a sí mismo, como *Preciosa Pat* y *Leonard* lo hacen ahora. Así es como eran las cosas.

Señalando el radioreloj que tenía *Preciosa Pat* en la mesilla de noche junto a su cama, le dijo a su mujer:

—¿Recuerdas nuestra vieja radio despertador *General Electric*? ¿Cómo acostumbraba a despertarme por la mañana con música clásica de esa estación de frecuencia modulada, la *KSFR*? *«Los fans de Wolfgang»*, se llamaba el programa. De las seis a las nueve, cada mañana.

—Si —dijo Fran, asintiendo ligeramente—. Y acostumbrabas a levantarte antes que yo; yo sabía que debía levantarme también y prepararte los huevos con jamón y el café caliente, pero era tan agradable quedarse en la cama sin hacer nada, echada durante media hora más, hasta que se despertaran los chicos.

—Se despertaran, infiernos; estaban despiertos antes que nosotros —dijo Norm—. ¿No recuerdas? Estaban en la parte de atrás viendo el programa de

«Los tres delatores» en la televisión hasta las ocho. Luego yo me levantaba y les preparaba el cereal, y luego me iba a mi trabajo en *Amprex* allá en Redwood City.

—Oh, sí —dijo Fran—. La televisión. —Su *Preciosa Pat* no tenía aparato de televisión; lo habían perdido con los Regan en el juego de la semana pasada, y Norman aún no había conseguido reconstruir otro que fuera lo suficientemente realista como para sustituirlo. De modo que, en el juego, pretendían que *«el reparador de televisores se lo había tenido que llevar»*. Así explicaban el que su *Preciosa Pat* no tuviera algo que realmente debería haber tenido.

Norm pensó: *Jugar a este juego... es como volver atrás,* volver al mundo anterior a la guerra. Por eso jugamos a él, supongo. Se sintió avergonzado, pero solo por un momento; la vergüenza, casi inmediatamente, fue sustituida por el deseo de jugar un poco más.

—No lo dejemos —dijo de pronto—. Admitiré que el psicoanalista le cobró a *Preciosa Pat* veinte dólares la hora. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondieron al unísono los Morrison, y volvieron a acuclillarse para reanudar el juego.

Tod Morrison había tomado su *Preciosa Pat*; la mantenía entre sus manos, acariciando su rubio cabello —la suya era rubia, mientras que la de los Schein era morena— y jugueteando con los cierres de su falda.

—¿Qué estás haciendo? —dijo su mujer.

—Lleva una falda preciosa —dijo Tod—. Hiciste un buen trabajo de costura.

—¿Alguien conoció alguna chica —dijo Norman—, en los viejos días, que se pareciera a *Preciosa Pat*?

—No —dijo Tod Morrison melancólicamente—. Y me hubiera gustado. Vi chicas como *Preciosa Pat*, especialmente cuando estaba viviendo en Los Angeles, durante la guerra de Corea. Pero nunca conseguí conocer a ninguna personalmente. Y por supuesto había también algunas chicas cantantes que eran realmente terribles, como *Peggy Lee* y *Julie London*... se parecían mucho a *Preciosa Pat*.

—Juega —dijo Fran vigorosamente. Y Norm, a quien le tocaba el turno, hizo sonar los dados.

—Once —dijo—. Esto saca a mi *Leonard* del taller donde están reparando su coche deportivo y lo envía a las carreras. —Movió el muñeco de Leonard hacia adelante.

Pensativamente, Tod Morrison dijo:

—¿Sabes?, estaba el otro día tomando algunos artículos perecederos que habían echado los auxiliadores... Bill Ferner estaba ahí, y me dijo algo interesante. Se encontró con un afortunado de una madriguera de allá donde antes estaba Oakland. ¿Y sabes a lo que juegan ellos? No a *Preciosa Pat*. Nunca han oído hablar de *Preciosa Pat*.

—Bien, *¿a qué juegan, entonces?* —preguntó Helen.

—Tienen otra muñeca completamente distinta. —Frunciendo el ceño, Tod prosiguió—: Bill dice que el afortunado de Oakland la llamaba muñeca *«Connie Compañera»*. ¿Habéis oído hablar alguna vez de ella?

—Una muñeca *«Connie Compañera»* —dijo Fran pensativamente—. Es extraño. Me pregunto cómo será. ¿Tiene algún amigo?

—Oh, seguro —dijo Tod—. Su nombre es *Paul*. *Connie* y *Paul*. ¿Sabes?, deberíamos darnos un paseo uno de esos días a esa madriguera de Oakland

y ver cómo son *Connie* y *Paul*, y cómo viven. Quizá podamos aprender algunas cosas que añadir a nuestros propios escenarios.

—Quizá podamos jugar con ellos —dijo Norm.

Sorprendida, Fran dijo:

—¿Puede Preciosa Pat jugar con una Connie Compañera? ¿Es posible? Me pregunto qué ocurriría.

Ninguno de los otros respondió. Porque ninguno de los otros lo sabía.

Mientras despellejaban el conejo, Fred le dijo a Timothy:

—¿Sabes de dónde proviene el nombre de *«afortunados»*? Seguro que es una palabra fea; ¿por qué la utilizan?

—Un afortunado es una persona que sobrevivió a la Guerra de Hidrógeno —explicó Timothy—. Ya sabes, por un azar de la fortuna. O una fortuna del azar. ¿Entiendes? Porque casi todo el mundo resultó muerto; creo que fueron miles de personas.

—¿Pero qué es una *«fortuna»*, entonces? Cuando dices *«una fortuna del azar...».*

—Una fortuna es cuando el azar ha decidido que tú sigas viviendo —dijo Timothy, y aquello era todo lo que tenía que decir sobre el tema. Era todo lo que sabía.

Fred dijo pensativamente:

—Pero tú y yo no somos afortunados porque no estábamos vivos cuando se inició la guerra. Nacimos después.

—Exacto —dijo Timothy.

—Así que si alguien me llama afortunado —dijo Fred— va a recibir un puñetazo en plenas narices.

—Y *«auxiliador»* —dijo Timothy— viene también de antes. De cuando los aviones a reacción arrojaban víveres desde el aire a la gente que vivía en zonas de desastre. Eran llamadas *«zonas de auxilio»*, porque en ellas había que ayudar a la gente.

—Conozco eso —dijo Fred—. No te lo había preguntado.

—Bueno, pero te lo he dicho de todos modos —dijo Timothy.

Los dos muchachos siguieron despellejando el conejo.

Jean Regan dijo a su esposo:

—¿Has oído hablar de esa muñeca *Connie Compañera*? —Bajó la vista hacia la mesa de contraplacado para asegurarse de que ninguna de las demás familias estaba escuchando—. Sam —dijo—, se lo he oído a Helen Morrison; a ella se lo dijo Tod, y ese a su vez lo oyó de Bill Ferner, creo. Así que probablemente debe ser cierto.

—¿Qué es cierto? —dijo Sam.

—Que en la madriguera de Oakland no tienen a *Preciosa Pat*; tienen a *Connie Compañera*... y se me ocurrió que quizá algo de este... ya sabes, esta especie de vacío, ese aburrimiento que sentimos de tanto en tanto... quizá si viéramos a la muñeca *Connie Compañera* y como vive, quizá pudiéramos añadirle lo suficiente a nuestro propio escenario como para... —Hizo una pausa, reflexionando—...para hacerlo más completo.

—No me gusta el nombre —dijo Sam Regan—. *Connie Compañera*; suena baratero. —Tomó otra cucharada del insípido y utilitario puré de cereales que los auxiliadores les echaban últimamente. Y, mientras la engullía, pensó: apostaría a que *Connie* no come esta mierda; apostaría a que come

hamburguesas de queso con todo tipo de salsas, como daban antes en los *drive-in* de lujo.

—¿Podríamos hacer un viaje hasta allí? —preguntó Joan.

—¿Hasta la madriguera de Oakland? —Sam se la quedó mirando—. Son veinticinco kilómetros, ¡todo el camino al otro lado de la madriguera de Berkeley!

—Pero es importante —dijo Jean testarudamente—. Y Bill dice que un afortunado de Oakland hizo todo el camino hasta aquí, en busca de componentes electrónicos o algo parecido... así que si él puede hacerlo, nosotros también. Tenemos trajes antipolvo que nos arrojaron los auxiliadores. Sé que podemos hacerlo.

El pequeño Timothy Schein, sentado con su familia, la había oído; dijo:

—Señora Regan, Fred Chamberlain y yo podemos viajar hasta allá, si nos pagan. ¿Qué dice? —Le dio un codazo a Fred, que estaba sentado a su lado—. ¿Qué te parece? Por quizá cinco dólares.

Fred, el rostro serio, se volvió hacia la señora Regan y dijo:

—Podemos traerle una muñeca *Connie Compañera*. Por cinco dólares para cada uno de nosotros.

—Buen Dios —dijo Jean Regan, ultrajada. Y dejó a un lado el tema.

Pero más tarde, después de la cena, volvió a él cuando Sam y ella estuvieron solos en su apartamento.

—Sam, tengo que ir a verlo —estalló. Sam, en su bañera galvanizada, estaba tomando su baño semanal, así que no le quedaba más remedio que escucharla—. Ahora que sabemos que existe, tenemos que *jugar* contra alguien de esa madriguera de Oakland; al menos podemos hacer esto. *¿Podemos?* Por favor. —Fue arriba y abajo por la pequeña habitación, apretándose tensamente las manos—. Connie Compañera puede que tenga una centralita de comunicaciones y una terminal de aeropuerto con reactores aterrizando y televisión en color y un restaurante francés donde sirvan caracoles como aquel al que fuimos en nuestra luna de miel... He de ver su escenario.

—No sé —dijo Sam, vacilante—. Hay algo acerca de esa muñeca *Connie Compañera* que... me hace sentir intranquilo.

—¿Qué puede ser?

—No lo sé.

—Es —dijo Jean amargamente— porque sabes que su escenario es mucho mejor que el nuestro, y que ella es superior en todo a *Preciosa Pat*.

—Quizá sea eso —murmuró Sam.

—Si tú no vas, si tú no intentas entrar en contacto con ellos allá en la madriguera de Oakland, algún otro lo hará... alguien con más ambición se te adelantará. Como Norman Schein. El no tiene tanto miedo como tú.

Sam no dijo nada; siguió con su baño. Pero sus manos temblaban.

Un auxiliador había arrojado recientemente complicadas piezas de maquinaria que eran, evidentemente, una especie de ordenador mecánico. Durante varias semanas los ordenadores —si eso es lo que eran— permanecieron junto a la madriguera en sus cajas, sin ser utilizados, pero ahora Norman Schein había encontrado una utilidad a uno de ellos. En aquel momento estaba atareado adaptando algunas de sus ruedas, las más pequeñas, a la unidad trituradora de basuras de la cocina de Preciosa Pat.

Utilizando las pequeñas herramientas especiales —diseñadas y construidas por los habitantes de la madriguera— necesarias para construir el Equipo de *Preciosa Pat*, se ajetreaba en su banco de trabajo. Totalmente absorto en lo que estaba haciendo, se dio cuenta de pronto de que Fran estaba de pie directamente tras él, observando.

—Me pone nervioso que me miren —dijo Norm, tomando una minúscula rueda con unas pinzas.

—Escucha —dijo Fran—, he pensado en algo. ¿Te sugiere esto algo? —Colocó ante él una de las radios a transistores que habían sido arrojadas el día anterior.

—Me sugiere ese abridor automático de la puerta del garaje del que me hablaron —dijo Norm irritadamente. Siguió con su trabajo, sujetando expertamente las diminutas piezas en el desagüe de la cocina de *Pat*; un trabajo tan delicado como aquel exigía un máximo de concentración.

—Me sugiere —dijo Fran— que tienen que existir transmisores de radio en algún lugar en la Tierra, o los auxiliadores no nos hubieran arrojado eso.

—¿Y? —dijo Norm, sin el menor interés.

—Quizá nuestro alcalde tenga uno —dijo Fran—. Quizá haya alguno aquí en nuestra propia madriguera, y podríamos utilizarlo para llamar a la madriguera de Oakland. Algunos de sus representantes podrían encontrarse con nosotros a mitad de camino... digamos en la madriguera de Berkeley. Y podríamos jugar allí. Así no tendríamos que hacer ese largo viaje de veinticinco kilómetros.

Norman dudó en su trabajo; dejó las pinzas a un lado y dijo lentamente:

—Es posible que tengas razón. Pero si su alcalde tiene un radio transmisor... ¿les dejará utilizarlo? Y aunque les deje...

—Podemos intentarlo —animó Fran—. No nos cuesta nada probar.

—De acuerdo —dijo Norm, levantándose de su banco de trabajo.

El hombre bajito y de rostro taimado vestido con un uniforme del Ejército, el alcalde de la madriguera, escuchó en silencio mientras Norm Schein hablaba. Luego esbozó una sabia y maliciosa sonrisa.

—Claro que tengo un radiotransmisor. Lo he tenido todo el tiempo. Cincuenta vatios de salida. ¿Pero para qué desea entrar en contacto con la madriguera de Oakland?

—Eso es asunto mío —respondió Norm, en guardia.

Hooker Glebe dijo pensativamente:

—Se lo dejaré usar por quince dólares.

Fue un buen golpe, y Norm retrocedió. Buen Dios; aquel era todo el dinero que poseían él y su esposa... y lo necesitaban hasta el último centavo para utilizarlo jugando a Preciosa Pat. El dinero era la base del juego; no había otro criterio bajo el cual uno pudiera decir si había ganado o perdido.

—Es demasiado —dijo con voz fuerte.

—Bueno, digamos diez —dijo el alcalde, alzándose de hombros.

Finalmente llegaron a un acuerdo por seis dólares y cincuenta centavos.

—Yo efectuaré el contacto por radio por usted —dijo Hooker Glebe—. Porque usted no sabe como. Va a tomar tiempo. —Empezó a darle vueltas a una manivela a un lado del generador del transmisor—. Ya le avisaré cuando haya establecido el contacto con ellos. Pero deme el dinero ahora. —Tendió una mano, y Norm le pagó con reluctancia.

Hasta última hora de la noche no consiguió Hooker establecer contacto con Oakland. Complacido consigo mismo, radiando autosatisfacción, apareció en el apartamento de los Schein durante la cena.

—Todo listo —anunció—. Oigan, ¿saben que hay realmente nueve madrigueras en Oakland? Yo no lo sabía. ¿Cuál es la que desean? He entrado en contacto con la que tiene el radiocódigo de Vainilla Roja. —se echó a reír—. Son duros y suspicaces ahí; me ha costado conseguir que alguno de ellos respondiera.

Dejando su comida, Norman se apresuró al apartamento del alcalde, con Hooker resoplando tras él.

El transmisor estaba efectivamente conectado, y la estática zumbaba por el altavoz de su unidad monitora. Torpemente, Norm se sentó ante el micrófono.

—¿Solo tengo que hablar? —preguntó a Hooker Glebe.

—Solo diga, aquí la madriguera de Pinole al habla. Repítalo un par de veces y, cuando ellos den su conformidad, diga lo que tiene que decir. —El alcalde trasteó en los controles del transmisor, con aires de importancia.

—Aquí la madriguera de Pinole —dijo Norm en voz muy alta ante el micrófono.

Casi inmediatamente una voz clara surgió del monitor:

—Aquí Vainilla Roja Tres respondiendo.

La voz era fría y dura; impactó en Norm de una forma extraña. Hooker tenía razón.

—¿Tienen ustedes a *Connie Compañera* allí donde están?

—Sí, la tenemos —respondió la madriguera de Oakland.

—Bien, les *desafío* —dijo Norman, sintiendo que las venas de su garganta pulsaban con la tensión de lo que estaba diciendo—. Aquí en esta zona tenemos a *Preciosa Pat*; jugaremos a *Preciosa Pat* contra su *Connie Compañera*. ¿Dónde podemos encontrarnos?

—*Preciosa Pat* —hizo eco la madriguera de Oakland—. Sí, he oído hablar de ella. ¿Qué es lo que desean poner en juego?

—Aquí jugamos normalmente con papel moneda —dijo Norman, dándose cuenta de que su respuesta era más bien elusiva.

—Tenemos montañas de papel moneda —dijo cortante la madriguera de Oakland—. No nos interesa. ¿Qué otra cosa?

—No sé. —se sentía desconcertado, hablando con alguien a quien no podía ver; no estaba acostumbrado a ello. La gente, pensó, debería hablar siempre cara a cara, así podrías ver la expresión de la otra persona. *Esto no era natural.*

—Encontrémonos a mitad de camino —dijo— y discutámoslo. Quizá podamos encontrarnos en la madriguera de Berkeley; ¿qué le parece?

—Es demasiado lejos —dijo la madriguera de Oakland—. ¿Pretende usted que traslademos a *Connie Compañera* y todo su escenario hasta allí? Es demasiado pesado, y podría ocurrirle algo.

—No, solo discutir las reglas y las apuestas —dijo Norman.

Dubitativamente, la madriguera de Oakland dijo:

—Bueno, creo que podríamos hacer eso. Pero será mejor que comprendan... nosotros nos tomamos a nuestra muñeca *Connie Compañera* muy en serio; vengan preparados a fijar los términos.

—Lo haremos —le aseguró Norm.

Librodot

Durante todo aquel tiempo el alcalde Hooker Glebe había estado dándole a la manivela del generador; sudando, el rostro congestionado por el esfuerzo, hizo rabiosas señas a Norman para que concluyera su charla.

—En la madriguera de Berkeley —terminó Norm—. Dentro de tres días. Y envíen a su mejor jugador, el que tenga el mayor y más auténtico equipo. Nuestros escenarios de *Preciosa Pat* son obras de arte, ¿comprende?

—Lo creeremos cuando lo veamos —dijo la madriguera de Oakland—. Después de todo, tenemos aquí carpinteros y electricistas y yeseros construyendo nuestros escenarios; apostaría a que no saben ustedes hacer mucho.

—Más de lo que ustedes piensan —dijo Norm furiosamente, y cortó el micrófono. Dirigiéndose a Hooker Glebe, que había dejado inmediatamente de dar vueltas, murmuró—: Los batiremos. Espere a que vean el triturador de basuras que estoy haciendo para mi *Preciosa Pat*; ¿sabe usted que había gente en los viejos días, quiero decir seres humanos auténticos, que no disponían de trituradores de basura?

—Lo recuerdo —dijo Hooker malhumoradamente—. Oiga, ha charlado usted mucho por tan poco dinero; creo que me ha engañado con tanto rato de cháchara. —Miró a Norm con una tal hostilidad que Norm empezó a sentirse intranquilo. Después de todo, el alcalde de una madriguera tenía la autoridad de echar a cualquier afortunado que quisiera; esa era su ley.

—Le daré como compensación la boca contra incendios que terminé el otro día —dijo Norm—. En mi escenario está en el rincón del bloque de edificios donde vive *Leonard,* el amigo de *Preciosa Pat*.

—Está bien —aceptó Hooker, y su hostilidad desapareció. Fue reemplazada casi inmediatamente por el deseo—. Déjeme verla, Norm. Apostaría a que encajará perfectamente en mi escenario; una boca contra incendios era precisamente lo que necesitaba para completar mi primer bloque de edificios, donde tengo el buzón. Gracias.

—De nada —suspiró Norm, filosóficamente.

Cuando regresó de su viaje de dos días a la madriguera de Berkeley su rostro estaba tan ceñudo que su esposa supo inmediatamente que sus conversaciones con la gente de Oakland no habían ido bien.

Aquella mañana un auxiliador había arrojado cajas de una bebida sintética parecida al té; le puso una taza a Norman, esperando que le explicara lo que había ocurrido a doce kilómetros al sur.

—Hemos discutido y regateado y forcejeado —dijo Norm, sentado cansadamente en la cama que él y su esposa y sus hijos compartían—. No quieren dinero; no desean bienes de consumo... naturalmente porque esos malditos auxiliadores les están arrojando cosas regularmente a ellos también.

—¿Qué aceptarán, entonces?

—La propia *Preciosa Pat* —dijo Norm. Entonces hubo un silencio.

—Oh, buen Dios —dijo ella, consternada.

—Pero si vencemos —apuntó Norm—, ganaremos a *Connie Compañera*.

—¿Y los escenarios? ¿Qué hay con ellos?

—Cada cual se quedará los suyos. Es simplemente la propia *Preciosa Pat*, y no *Leonard*, ni ningún otro.

—Pero —protestó ella—, *¿qué haremos si perdemos a Preciosa Pat?*

Librodot

—Puedo hacer otra —dijo Norm—. Dame tiempo. Queda aún una gran reserva de termoplásticos y pelo artificial, aquí en la madriguera. Y tengo muchas pinturas distintas; quizá me tome un mes, pero puedo hacerlo. El trabajo no va a ser fácil, lo admito. Pero... —Sus ojos brillaron—. No lo mires por el lado malo; imagina como será si ganamos la muñeca *Connie Compañera*. Creo que podemos ganar; su delegado parecía listo y, como dice Hooker, duro... pero aquel con quien hablé no me pareció un *tipo con suerte*. Ya sabes, de esos que tienen buenos tratos con el azar.

Y, después de todo, el elemento suerte, el azar, entraba en cada fase del juego a través del rodar de los dados.

—No me parece bien —dijo Fran— jugarnos a la propia *Preciosa Pat.* Pero si tú dices que sí... —consiguió esbozar una pequeña sonrisa—, entonces adelante. Y si tú ganas a *Connie Compañera*... ¿quién sabe? Podrías ser elegido alcalde cuando Hooker muera. *Imagina, haber vencido la muñeca de otro*... no solo el juego, el dinero, sino la *propia* muñeca.

—Puedo vencer —dijo Norm con seguridad— porque tengo mucha suerte. —Podía sentirlo dentro de él, la misma suerte que le había permitido seguir con vida a lo largo de toda la Guerra de Hidrógeno, que le había mantenido con vida desde entonces. Uno simplemente *tiene suerte o no la tiene*, se dijo. Y *yo* la tengo.

—¿Debemos pedirle a Hooker que convoque una reunión de toda la madriguera, y enviemos al mejor jugador de nuestro grupo? —dijo su esposa—. Para estar lo más seguros posibles de ganar.

—Escucha —dijo Norm Schein enfáticamente—. Yo soy el mejor jugador. Yo iré. Y tú harás lo mismo; formamos una buena pareja, y no debemos romperla. Además, necesitamos al menos dos personas para llevar el escenario de *Preciosa Pat.* —En su conjunto, calculó, su escenario pesaría unos treinta kilos.

Su plan le parecía satisfactorio. Pero cuando lo mencionó a los demás que vivían en la madriguera de Pinole se enfrentó a un intenso desacuerdo. El siguiente día estuvo completamente lleno de discusiones.

—No podéis arrastrar vuestro escenario vosotros solos durante todo este trecho —dijo Sam Regan—. O tomáis más gente con vosotros para que os ayuden en el transporte, o lleváis vuestro escenario en un vehículo de algún tipo. Como una carreta, por ejemplo. —Le frunció el ceño a Norm.

—¿Y dónde encuentro una carreta? —preguntó Norm.

—Quizá se pueda adaptar algo —dijo Sam—. Te daré toda la ayuda que necesites. Personalmente, yo iría contigo, pero como le he dicho a mi mujer, hay algo en todo esto que me preocupa. —Le dio una palmada a Norm en la espalda—. Admiro tu valor, el tuyo y el de Fran, haciendo esto. Me gustaría tenerlo yo también. —Parecía desgraciado.

Al final, Norm se decidió por una carretilla. El y Fran se turnarían empujándola. De esta forma ninguno de los dos tendría que cargar tampoco con su comida y agua, sin olvidar los cuchillos con los que protegerse de los *grangatos*.

Mientras estaban colocando cuidadosamente los elementos de su escenario en la carretilla, el chico de los Schein, Timothy, se deslizó a su lado.

—Llévame contigo, papá —suplicó—. Por cincuenta centavos haré de guía y explorador, y también ayudaré a buscar comida a lo largo del camino.

—Nos las arreglaremos bien —dijo Norm—. Tú quédate aquí en la madriguera; estarás más a salvo. —Le disgustaba la idea de su hijo tomando parte en una aventura tan importante como aquella. Era algo casi... sacrílego.

—Danos un beso de adiós —dijo Fran a Timothy, sonriéndole brevemente; luego su atención volvió de nuevo al escenario en la carretilla—. Espero que no se vuelque —le dijo temerosamente a Norm.

—No hay ninguna posibilidad —dijo Norm—, si somos cuidadosos. —se sentía confiado.

Un poco más tarde empezaban a tirar de la carretilla rampa arriba hasta la tapa de la superficie. Su viaje a la madriguera de Berkeley había empezado.

A un kilómetro y medio de distancia de la madriguera de Berkeley, Norm y Fran empezaron a tropezarse con los proyectiles vacíos y solamente medio vacíos: restos de pasados envíos de auxilio parecidos a los que llenaban la superficie cerca de su propia madriguera. Norm Schein dejó escapar un suspiro de alivio; el viaje no había sido tan malo después de todo, excepto que sus manos estaban llenas de ampollas de sujetar las asas metálicas de la carretilla, y Fran se había torcido un tobillo, de modo que ahora caminaba con una dolorosa cojera. Pero les había tomado menos tiempo del que habían anticipado, y su humor era más bien alegre.

Frente a ellos apareció una figura, inclinada sobre las cenizas. Un muchacho. Norm le hizo señas con la mano y llamó:

—¡Hey, hijo...! Venimos de la madriguera Pinole; se supone que teníamos que encontrarnos con un grupo de Oakland aquí... ¿has oído algo acerca de nosotros?

El muchacho, sin responder, se dio la vuelta y se marchó a toda velocidad.

—No hay nada que temer —dijo Norm a su esposa—. Ha ido a decírselo a su alcalde. Un viejo encantador llamado Ben Fennimore.

Al cabo de poco tiempo aparecieron varios adultos, que se les acercaron desconfiadamente.

Con alivio, Norm dejó las asas de la carretilla en las cenizas, secándose el sudor del rostro con su pañuelo.

—¿Aún no ha llegado el equipo de Oakland? —preguntó.

—Todavía no —respondió un hombre alto y viejo, con un brazalete blanco y un casquete muy adornado en la cabeza—. Usted es Schein, ¿no? —dijo, mirándole fijamente. Era Ben Fennimore—. Trayendo su escenario. —Por aquel entonces los afortunados de Berkeley se habían reunido ya en torno a la carretilla, inspeccionando el escenario de Schein. Sus rostros mostraban admiración.

—Aquí tienen a *Preciosa Pat* —explicó Norm a su esposa—. Pero... —bajó la voz—. Sus escenarios son solo básicos. Solo una casa, un guardarropa y un coche... no han creado casi nada. Les falta imaginación.

Un afortunado de Berkeley, una mujer, le dijo soñadoramente a Fran:

—¿Y han hecho ustedes mismos todas las piezas del mobiliario? —maravillada, se giró al hombre que estaba a su lado—. *¿Has visto lo que han conseguido, Ed?*

—Sí —respondió el hombre, asintiendo—. Oigan —les dijo a Fran y a Norm—, ¿podremos ver todo eso montado? Van a montarlo en nuestra madriguera, ¿verdad?

—Claro que sí —dijo Norm.

Los afortunados de Berkeley les ayudaron a empujar la carretilla el último kilómetro y medio. Y al poco rato estaban bajando la rampa al abrigo bajo la superficie.

—Es un gran refugio —dijo Norm a Fran, con aire de experto—. Al menos deben haber dos mil personas aquí. Es donde antes estaba la Universidad de California, ¿sabes?

—Sí, lo sé —dijo Fran, un poco intimidada entrando en una madriguera desconocida; era la primera vez en años... desde la guerra, de hecho, que se encontraba en presencia de extraños. Y tantos a la vez. Era casi demasiado para ella; Norm se dio cuenta de que retrocedía, apretándose un poco contra él, temerosa.

Cuando hubieron alcanzado el primer nivel y empezaron a descargar la carretilla, Ben Fennimore vino hacia ellos y dijo suavemente:

—Creo que la gente de Oakland ha sido divisada ya; acabamos de recibir un informe de actividad arriba. Así que prepárense. —Añadió—: Nosotros estamos de su lado, por supuesto, porque ustedes son *Preciosa Pat*, como nosotros.

—¿Han visto ustedes alguna vez la muñeca *Connie Compañera*? —le preguntó Fran.

—No, señora —respondió Fennimore cortésmente—. Pero naturalmente hemos oído hablar de ella, siendo vecinos de Oakland como somos. Les diré una cosa... Hemos oído decir que la muñeca *Connie Compañera* es un poco más vieja que *Preciosa Pat.* Ya saben, más... esto... *madura* —explicó—. Solo deseaba advertírselo.

Norm y Fran se miraron.

—Gracias —dijo Norm lentamente—. Sí, tenemos que estar advertidos y preparados... tanto como sea posible. ¿Y qué hay de *Paul*?

—Oh, no es gran cosa —dijo Fennimore—. *Connie* es quien lo lleva todo; no creo siquiera que *Paul* tenga un apartamento real. Pero será mejor que esperen hasta que los afortunados de Oakland lleguen aquí; no desearía que recibieran impresiones erróneas... mis conocimientos son de segundo oído, ya saben.

Otro afortunado de Berkeley, de pie cerca de ellos, se decidió a hablar:

—Yo vi a *Connie* una vez, y es mucho mayor que *Preciosa Pat.*

—¿Qué edad le daría usted a *Preciosa Pat*? —le preguntó Norm.

—Oh, yo diría diecisiete o dieciocho —llegó la respuesta.

—*¿Y Connie?* —Aguardó tensamente.

—Oh, puede que tenga *veinticinco*, hasta más.

Llegaron ruidos procedentes de la rampa tras ellos. Aparecieron más afortunados de Berkeley y, tras ellos, dos hombres llevando entre ambos una plataforma en la cual Norm vio, completamente desplegado, un enorme y espectacular escenario.

Era el grupo de Oakland, y no eran una pareja, un hombre y una mujer; eran ambos hombres, y mostraban rostros duros con ojos firmes y lejanos. Tendieron brevemente sus manos a él y a Fran, dando testimonio de que habían reparado en su presencia, y luego, con enorme cuidado, depositaron la plataforma en la que descansaba su escenario.

Tras ellos apareció un tercer afortunado de Oakland, llevando una caja metálica parecida a una fiambrera alargada. Norm, mirando, supo

instintivamente que en la caja estaba la muñeca *Connie Compañera.* El afortunado de Oakland sacó una llave y empezó a abrir la caja.

—Estamos listos para empezar a jugar en cualquier momento —dijo el más alto de los hombres de Oakland—. Como quedó establecido en nuestras conversaciones, utilizaremos una ruleta en vez de dados. Menos posibilidades de trucos.

—De acuerdo —dijo Norm. Vacilante, tendió su mano—. Soy Norman Schein, y esta es mi esposa y compañera de juego, Fran.

El hombre de Oakland, evidentemente el jefe, dijo:

—Soy Walter R. Wynn. Este es mi compañero, Charley Dowd, y el hombre con la caja es Peter Foster. El no va a jugar; simplemente guarda nuestro equipo. —Wynn miró a su alrededor, a los afortunados de Berkeley, como si estuviera diciendo, sé que sois partidarios de *Preciosa Pat* aquí, pero no nos preocupa, no tenemos miedo.

—Estamos listos para jugar, señor Wynn —dijo Fran. Su voz era débil pero controlada.

—¿Qué hay del dinero? —preguntó Fennimore.

—Creo que ambos grupos llevamos dinero suficiente —dijo Wynn. Extrajo varios miles de dólares en billetes de pequeña denominación, y Norm hizo lo mismo—. Por supuesto, el dinero no es un factor determinante aquí, excepto como una forma de controlar el juego.

Norm asintió; comprendía perfectamente. Solo las propias muñecas importaban. Y entonces, por primera vez, vio a la muñeca *Connie Compañera.*

Estaba siendo situada en su dormitorio por el señor Foster, que evidentemente estaba a cargo de ella. Y su vista le hizo contener la respiración. Sí, era mayor. Una mujer madura, en absoluto una chiquilla... la diferencia entre ella y *Preciosa Pat* era grande. Y era tan real. Esculpida, no modelada; obviamente había sido tallada en madera y luego pintada... no era de termoplástico. Y su pelo. Parecía auténtico.

Se sintió profundamente impresionado.

—¿Qué opina de ella? —preguntó Walter Wynn, con una leve sonrisa.

—Muy... impresionante —concedió Norm.

Ahora los de Oakland estaban estudiando a *Preciosa Pat.*

—Termoplástico moldeado —dijo uno de ellos—. Pelo artificial. Hermosas ropas, sin embargo; enteramente cosidas a mano, puede verse. Interesante; lo que habíamos oído es correcto. *Preciosa Pat* no es una adulta, es tan solo una adolescente.

Ahora apareció el compañero masculino de *Connie*; fue depositado en el dormitorio junto a *Connie*.

—Esperen un momento —dijo Norm—. ¿Están poniendo a *Paul*, o cual sea su nombre, en el dormitorio con ella? ¿No tiene que empezar a partir de su propio apartamento?

—*Están casados* —dijo Wynn.

—¡Casados! —Norman y Fran se le quedaron mirando, asombrados.

—Por supuesto —dijo Wynn—. Así que naturalmente viven juntos. ¿Sus muñecas no lo están?

—N-no —dijo Fran—. *Leonard* es el amigo de *Preciosa Pat*... —su voz se desvaneció—. Norm —dijo, sujetando su brazo—, no les creo; pienso que dicen que están casados simplemente para conseguir ventaja. Porque si ambos salen de la misma habitación...

—Hey, miren, amigos —dijo Norm en voz alta—, no está bien decir que están casados.

—No estamos *«diciendo»* que estén casados —dijo Wynn—: están casados. Sus nombres son *Connie* y *Paul Lathrope*, y viven en el 24 de Arden Place Piedmont. Llevan casados un año, la mayoría de los jugadores podrán decírselo. —Sonaba tranquilo.

Quizá, pensó Norm, fuera cierto. Se sentía realmente abatido.

—Míralos juntos —dijo Fran, arrodillándose para examinar el escenario de los de Oakland—. En el mismo dormitorio, en la misma casa. Mira, Norm; ¿lo ves? Solo hay una cama. Una enorme cama doble. —con los ojos muy abiertos, apeló a él—: ¿Cómo pueden *Preciosa Pat* y *Leonard* jugar contra ellos? —Su voz tembló—. No es *moralmente* correcto.

—Es enteramente otro tipo de escenario —dijo Norm a Walter Wynn—. Este que tienen ustedes es completamente distinto del que estamos acostumbrados a utilizar, como pueden ver. —Señaló a su propio escenario—. Insisto en que en este juego *Connie* y *Paul* no viven juntos y no pueden considerarse casados.

—Pero lo están —dijo Foster—. Es un hecho. Miren... sus ropas están en el mismo armario. —Les mostró el armario—. Y en los mismos cajones de la cómoda —se los mostró también—. Y miren en el cuarto de baño. Dos cepillos de dientes. El de él y el de ella, en el mismo soporte. Así que no pueden decir que nos lo estamos inventando.

Hubo un silencio.

Luego Fran dijo con voz impresionada:

—Y puesto que están casados, ¿quiere decir usted que son... *íntimos*?

Wynn alzó una ceja, luego asintió.

—Por supuesto, ya que están casados. ¿Acaso hay algo malo en ello?

—*Preciosa Pat* y *Leonard* nunca han... —empezó Fran, y se interrumpió.

—Por supuesto que no —admitió Wynn—. Porque solamente salen juntos. Comprendemos eso.

—Simplemente no podemos jugar así —dijo Fran—. No podemos. —Sujetó a su esposo por el brazo—. Volvámonos a la madriguera de Pinole... por favor, Norman.

—Esperen —dijo Wynn inmediatamente—. Si no juegan, eso quiere decir que abandonan; tienen que entregarnos a *Preciosa Pat.*

Los tres hombres de Oakland asintieron. Y, observó Norm, varios de los afortunados de Berkeley estaban asintiendo también, incluido Ben Fennimore.

—Tienen razón —le dijo derrotadamente Norm a su esposa. La rodeó con su brazo—. Tenemos que intentarlo. Es mejor que juguemos, querida.

—Sí —dijo Fran, con una voz apagada y carente de entonación—. Jugaremos. —se inclinó y, con una mano indiferente, hizo girar la cruz de la ruleta. Se detuvo en el seis.

Sonriendo, Walter Wynn se arrodilló y la hizo girar también. Obtuvo un cuatro.

El juego había empezado.

Acurrucado tras el desparramado y medio podrido contenido de un envío de auxilio dejado caer hacía mucho tiempo, Timothy Schein vio llegar por la cenicienta superficie a su madre y a su padre, empujando la carretilla ante ellos. Parecían cansados y consumidos.

—Hey —gritó Timothy, corriendo hacia ellos, contento de verlos de nuevo; los había echado a faltar mucho.

—Hola, hijo —murmuró su padre, haciendo un gesto con la cabeza. Soltó las asas de la carretilla, se detuvo, y se secó el rostro con un pañuelo.

Entonces llegó Fred Chamberlain, corriendo y jadeando.

—Hola, señor Schein; hola, señora Schein. ¿Qué tal fue, ganaron? ¿Vencieron a los afortunados de Oakland? Apuesto a que lo hicieron, *¿verdad que sí?* —Paseó su vista de uno a otro, alternativamente.

Con voz muy baja, Fran dijo:

—Sí, Freddy. Vencimos.

—Mira en la carretilla —dijo Norm.

Los dos chicos miraron. Y allá, en el escenario de *Preciosa Pat*, había otra muñeca. Más alta, más desarrollada, mucho mayor que *Pat*... se la quedaron mirando mientras ella miraba sin verlo el cielo gris sobre sus cabezas. Así que esta es la muñeca *Connie Compañera*, se dijo Timothy. *Huau.*

—Tuvimos suerte —dijo Norm. Había empezado a salir gente de la madriguera, y se estaban reuniendo a su alrededor, escuchando. Jean y Sam Regan, Tod Morrison y su esposa, Helen, y ahora su alcalde, el propio Hooker Glebe, cojeando hacia ellos excitado y nervioso, el rostro enrojecido, jadeando por el esfuerzo, inusual para él, de subir la rampa.

Fran dijo:

—Sacamos una tarjeta de cancelación de deudas cuando estábamos más atrás. Debíamos cincuenta mil, y aquello nos colocó en situación de paridad con los afortunados de Oakland. Y luego, después de aquello, obtuvimos otra tarjeta de avance diez casillas, que nos puso directamente en el camino de la victoria, al menos en nuestro escenario. Tuvimos una terrible pelea con ellos, porque los de Oakland nos mostraron que en el suyo la casilla indicaba un impuesto especial sobre los bienes muebles e inmuebles, pero habíamos sacado un número impar y eso nos puso directamente en camino. —Suspiró—. Me alegra estar de vuelta. Fue: duro, Hooker; fue un juego terrible.

Hooker Glebe lanzó un silbido.

—Echémosle una mirada a la muñeca *Connie Compañera*, amigos —dijo. Y a Fran y Norm—: ¿Puedo tomarla y mostrársela?

—Claro —dijo Norm, asintiendo.

Hooker tomó la muñeca *Connie Compañera*.

—De veras que es realista —dijo, mirándola de cerca—. Las ropas no son tan bonitas como las que tenemos nosotros; parecen hechas a máquina.

—Lo son —dijo Norm—. Pero ella está tallada, no moldeada.

—Sí, ya veo. —Hooker le dio vueltas a la muñeca, inspeccionándola desde todos los ángulos—. Un buen trabajo. Está... hum, algo más desarrollada que *Preciosa Pat*. ¿Qué es lo que lleva puesto? Algo así como un traje de *tweed* o algo parecido.

—Un traje de trabajo —dijo Fran—. Lo ganamos con ella; estaba establecido por anticipado.

—Entended, ella tenía un trabajo —explicó Norm—. Es psicóloga consultante de una firma comercial dedicada a los sondeos de mercado. Sobre las preferencias de los consumidores. Un empleo muy bien pagado... sobre veinte mil al año, creo que dijo Wynn.

—Dios mío —dijo Hooker—. Y *Pat* que aún ha de ir a la Universidad; todavía no ha terminado el colegio. —Pareció un poco turbado—. Bueno,

supongo que es normal que estén por delante de nosotros en algunas cosas. Lo que importa es que ganasteis. —Su sonrisa jovial regresó—. *Preciosa Pat* ha sido la primera. —Alzó la muñeca *Connie Compañera* muy arriba, para que todo el mundo pudiera verla—. *¡Mirad lo que Norm y Fran se han traído de vuelta consigo, amigos!*

—Ve con cuidado con ella, Hooker —dijo Norm. Su voz era firme.

—¿Eh? —dijo Hooker, haciendo una pausa—. ¿Por qué, Norm?

—Porque —dijo Norm— *va a tener un bebé.*

Hubo un repentino silencio helado. Las cenizas a su alrededor se agitaron ligeramente a causa de un golpe de viento; fue el único sonido.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hooker.

—Ellos nos lo dijeron. Los de Oakland nos lo dijeron. Y también les ganamos eso... tras mucha discusión que Fennimore tuvo que cortar. —Rebuscó en la carretilla, y sacó una pequeña bolsita de piel; de ella extrajo cuidadosamente un bebé recién nacido tallado y pintado de rosa—. Ganamos también esto porque Fennimore admitió que desde un punto de vista técnico forma parte literalmente de la muñeca *Connie Compañera* en este momento.

Hooker se lo quedó mirando un largo, largo momento.

—Está casada —explicó Fran—. Con *Paul*. Ya no salen simplemente juntos. Está embarazada de tres meses, nos dijo el señor Wynn. No nos lo dijo hasta que hubimos ganado; no deseaba hacerlo, pero tuvo que admitir que era su obligación. Creo que tenía razón; no le hubiera servido de nada guardar el secreto.

—Y de hecho —dijo Norm—, en este momento hay *realmente* un pequeño embrión...

—Sí —dijo Fran—. Habría que abrir a Connie para verlo, por supuesto...

—No —dijo Jean Regan—. Por favor, no.

—No, señora Schein, no lo haga —dijo Hooker. Retrocedió un par de pasos.

—A nosotros también nos impresionó al principio —dijo Fran—, pero...

—Entiendan —intervino Norm—; es lógico. Hay que seguir la lógica. Porque, más pronto o más tarde, *Preciosa Pat*...

—No —dijo Hooker violentamente. Se inclinó, tomó una piedra de entre las cenizas a sus pies—. No, —dijo, y alzó su brazo—. Deteneos, los dos. No digáis nada más.

También los Regan habían tomado piedras. Nadie habló.

Finalmente, Fran dijo:

—Norm, tenemos que irnos de aquí.

—Eso es —les dijo Tod Morrison. Su esposa asintió en hosca confirmación.

—Volved los dos a Oakland —dijo Hooker a Norman y Fran Schein—. No podéis vivir más aquí. Sois diferentes a como erais antes. Habéis... *cambiado*.

—Sí —dijo lentamente Sam Regan, a medias para sí mismo—. Yo tenía razón; había que temer algo. —Y dirigiéndose a Norm Schein—: ¿Es muy difícil el viaje hasta Oakland?

—Solo fuimos hasta Berkeley —dijo Norm—. Hasta la madriguera de Berkeley. —Parecía asombrado y desconcertado por lo que estaba ocurriendo—. Dios mío —dijo—, no podemos dar media vuelta y empujar

esta carretilla de vuelta todo el camino hasta Berkeley... ¡estamos agotados, necesitamos descansar!

—¿Y si empujara algún otro? —dijo Sam Regan. Se dirigió hasta los Schein y se detuvo junto a ellos—. Yo empujaré esta maldita cosa. Tú indica el camino, Schein. —Miró hacia su propia esposa, pero Jean no se movió. Y no soltó su puñado de piedras.

Timothy Schein pellizcó el brazo de su padre.

—¿Puedo ir esta vez, papá? Por favor, déjame ir.

—De acuerdo —dijo Norm, casi para sí mismo. Parecía haberse recuperado algo—. Si no somos deseados aquí... —se giró hacia Fran—. Vámonos. Si Sam tira de la carretilla, creo que podemos llegar ahí antes del anochecer. Si no, podemos dormir al aire libre; Timothy nos ayudará a protegernos contra los *grangatos*.

—Creo que no tenemos otra elección —dijo Fran. Su rostro estaba pálido.

—Y tomad esto —dijo Hooker. Les tendió el pequeño bebé tallado. Fran Schein lo aceptó y lo puso tiernamente en su bolsa de piel. Norm devolvió a *Connie Compañera* a la carretilla, donde había estado. Podían partir.

—También ocurrirá aquí, finalmente —dijo Norm al grupo de gente, a los afortunados de Pinole—. Oakland solo está un poco más adelantada; eso es todo.

—Iros —dijo Hooker Glebe—. Ya; tendríais que estar lejos.

Asintiendo, Norm sujetó las asas de la carretilla, pero Sam Regan lo apartó a un lado y las tomó él.

—Vámonos —dijo.

Los tres adultos, con Timothy Schein a la cabeza con su cuchillo preparado —en caso de que algún *grangato* atacase— se pusieron en marcha, en dirección a Oakland y el sur. Nadie habló. No había nada que decir.

—Es una lástima que las cosas hayan ocurrido así —dijo Norm finalmente, cuando habían recorrido un par de kilómetros y ya no había ninguna señal de la madriguera de Pinole tras ellos.

—Quizá no —dijo Sam Regan—. *Quizá haya sido bueno.* —No parecía apesadumbrado. Y después de todo, él había perdido su esposa; había perdido más que cualquier otro, y pese a todo... había sobrevivido.

—Me alegro que pienses así —dijo Norm sombríamente.

Siguieron adelante, cada cual con sus propios pensamientos.

Tras un rato, Timothy dijo a su padre:

—Todas esas grandes madrigueras al sur... hay muchas más cosas que hacer allí, ¿verdad? Quiero decir, no puedes quedarte simplemente sentado jugando a ese juego. —Realmente esperaba que no.

—Confío que sea cierto —dijo su padre.

Sobre sus cabezas, una nave auxiliadora silbó a gran velocidad y desapareció casi inmediatamente; Timothy la observó pero no estaba realmente interesado en ella, porque había mucho más que ver allí delante, en la superficie y debajo de la superficie, frente a ellos hacia el sur.

Su padre murmuró:

—Esos de Oakland; su juego, su muñeca en particular, les ha *enseñado* algo. *Connie* tuvo que crecer, y les obligó a ellos a crecer consigo. Nuestros afortunados nunca aprendieron nada así, no de *Preciosa Pat*. Me pregunto si aprenderán alguna vez. Ella tendrá que crecer de la misma forma en que lo

Librodot

hizo *Connie*. Hubo un tiempo en que *Connie* debió ser como *Preciosa Pat*. Hace mucho tiempo.

No sintiéndose interesado en lo que su padre estaba diciendo —*¿Quién se preocupaba realmente de muñecas y de juegos con muñecas?*—, Timothy se adelantó, intentando ver lo que había ante ellos, las oportunidades y posibilidades, para él y para su madre y para papá, y también para el señor Regan.

—¡Apresuraos, no puedo esperar! —gritó hacia atrás a su padre, y Norm Schein consiguió esbozar una débil, cansada sonrisa como respuesta.

CARGO DE SUPLENTE MÁXIMO

Con una hora de anticipación a su programa matutino en el canal seis, Jim Briskin, el cotizado payaso de las noticias, se había reunido con sus asistentes de producción para discutir el informe sobre una flotilla desconocida, posiblemente enemiga, detectada a unas ochocientas unidades astronómicas del Sol. Se trataba, por cierto, de una noticia sensacional, pero ¿cómo presentarla a varios billones de espectadores distribuidos por tres planetas y siete lunas?

Peggy Jones, su secretaria, encendió un cigarrillo.

—Evita alarmarlos, Jim-Jam. Emplea un tono familiar —dijo, y reclinándose hacia atrás barajó diestramente los despachos que la estación comercial había recibido de las teletipos de Unicefalón 40-D.

En la Casa Blanca, en Washington DC, la Unidad Automática Resolutora de Problemas Unicefalón 40-D había detectado la posible existencia de un enemigo exterior. En su capacidad de Presidente de los Estados Unidos ordenó de inmediato el despacho de naves de línea para reforzar la vigilancia.

—En tono familiar —repitió Jim Briskin, de mal humor—, lo puedo imaginar —primero sonrío de oreja a oreja y luego les digo—: *«Hola, camaradas. Por fin ha sucedido lo que todos temíamos. Ja, ja, ja».* —Y mirando a la chica agregó—: En la Tierra y en Marte se desternillarán de risa, pero en las Lunas lejanas temo que no. Si se trata de una operación agresiva, las colonias más remotas serán las primeras en ser atacadas.

—No les resultará nada divertido —coincidió Ed Finneberg, asesor de continuidad.

El también estaba preocupado; tenía familiares en Ganímedes.

—¿No hay alguna noticia más ligera con la que abrir el programa? —preguntó Peggy—. Eso le gustaría a nuestro patrocinante.

Pasó a Briskin la pila de despachos de noticias.

—A ver qué se te ocurre. *«Vaca mutante obtiene privilegios de voto de un Tribunal de Alabama...»*, tú sabes, ese tipo de cosas.

—Sí, ya sé —admitió Briskin, empezando a examinar los despachos.

Recordó una de sus narraciones más pintorescas, que había logrado conmover el corazón de millones de espectadores: la del grajo azul mutante que, tras largos esfuerzos y angustias había aprendido a coser. Una mañana de abril en Bismark, Dakota del Norte, había logrado coser a la perfección un

nido para él y su progenie frente a las cámaras de televisión de la red que contrataba a Briskin.

Un informe se destacó de pronto entre los otros. Su instinto se lo señaló, indicándole de inmediato que era lo que necesitaba para aligerar el tono de mal agüero de las últimas noticias. No tardó en sentirse aliviado. Los mundos continuaban con la rutina de costumbre a pesar de la gran noticia que estallaba a ochocientas unidades astronómicas de distancia.

—Miren —dijo sonriendo—; ha muerto el viejo Gus Schätz; era hora.

—¿Quién es Gus Schätz? —preguntó Peggy perpleja—. El nombre me resulta familiar.

—El sindicalista —dijo Jim Briskin— ¿Recuerdas? ¡El suplente!, ese que siempre está listo para reemplazar al Presidente. Hace veintiún años que el Sindicato lo envió a Washington. Ha muerto y el Sindicato... —arrojó a la secretaria un comunicado claro y conciso—...envía ahora otro suplente para tomar el puesto de Schätz. Me gustaría entrevistarlo, siempre y cuando sepa hablar.

—Es cierto —dijo Peggy—; siempre lo olvido. Todavía hay un reemplazante humano por si falla Unicefalón. ¿Alguna vez ha fallado?

—No, y *nunca* sucederá —contestó Ed Finneberg—. Ese es otro ejemplo de parasitismo sindical que infecta a nuestra sociedad.

—Así y todo —aventuró Jim Briskin— a la gente le gustará. La vida íntima del máximo suplente del país; por qué eligió el Sindicato, qué pasatiempos prefiere, qué piensa hacer este hombre, sea quien sea, para no morirse de aburrimiento durante el tiempo que dure su cargo. El viejo Gus había aprendido encuadernación; coleccionaba viejas revistas de automóviles y las encuadernaba en vitela, con títulos grabados en oro.

Tanto Ed como Peggy hicieron una señal de asentimiento.

—Me parece bien —dijo Peggy, dándole ánimo—. Debes hacerlo, Jim-Jam. Sé que eres capaz de darle interés; tú puedes transformar el tema más tonto en algo interesante. Pediré una llamada a la Casa Blanca. ¿Habrá llegado el tipo nuevo?

—Es probable que aún se encuentre en Chicago, en la Oficina Central del Sindicato —dijo Ed—. Pide una línea; prueba con el Sindicato de Empleados Civiles del Gobierno, División Este.

Peggy tomó el teléfono y marcó rápidamente un número.

Eran las siete de la mañana cuando Maximilian Fischer oyó algunos ruidos, entre sueños. Levantó la cabeza de la almohada y escuchó: de la cocina se oía la voz chillona de la dueña de casa que hablaba con algunos desconocidos. Después de algunos minutos la barahúnda parecía aumentar. No sin cierto esfuerzo logró incorporarse, aún un poco aturdido y, siguiendo las órdenes del médico, movió con precaución su cuerpo enorme. No se apresuró. Cualquier actividad física excesiva podía ser perjudicial para su corazón, de tamaño mayor que el normal. Se vistió parsimoniosamente.

Alguien que viene a pedir una contribución para alguna de las fundaciones, se dijo Max. Creo que es uno de los muchachos. A esta hora. ¡Qué extraño!, pensó, sin alarmarse. Pero yo estoy bien establecido. No tengo nada que temer, se dijo con firmeza.

Se abotonó cuidadosamente la camisa fina, a rayas verdes, que era una de sus preferidas. Me da un aire distinguido, pensó, haciendo un gran esfuerzo para inclinarse y colocarse los zapatos de imitación de cabritilla. Hay que

estar siempre listos para enfrentarlos de igual a igual, pensó mientras se alisaba los cabellos ralos frente al espejo. Si el pechazo es muy grande, Pat Noble de la oficina de empleos de Nueva York va a tener que oírme. Quiero decir, con la antigüedad que tengo en el Sindicato no tengo porque aguantarme cosas raras.

—Fischer —dijo una voz desde la otra habitación—; junta tu ropa y sal. Hay un trabajo para ti. Tienes que empezar hoy.

Un trabajo, pensó Max intranquilo. No sabía si alegrarse o no. Hacía ya más de un año que venía retirando fondos de desempleo del Sindicato, como casi todos sus amigos.

Vaya novedad. ¡Caramba!, pensó. Supongamos que sea un trabajo pesado que me obligue a agacharme o a moverme de un lado para otro; empezó a enojarse. ¡Qué mala pata! Después de todo, quiénes se creen que son.

Abrió la puerta y se enfrentó con ellos.

—Escuchen... —empezó a decir, pero uno de los funcionarios del Sindicato lo interrumpió.

—Fischer, empaca tus cosas. Gus Schätz estiró la pata y tienes que ir a Washington DC a hacerte cargo de la suplencia número uno. Debemos proceder rápido y queremos que llegues antes de que se les ocurra anular el puesto o algo parecido y nos veamos forzados a declararnos en huelga o ir a los Tribunales. Lo mejor es poner enseguida a alguien, sin líos ni complicaciones. ¿Entiendes? Lograr una transición tan suave que nadie se entere siquiera.

—¿Qué sueldo dan? —preguntó enseguida Max.

—En esto no tienes nada que decir —aclaró secamente el funcionario del Sindicato—. Te han elegido y eso basta. ¿O quieres que te corten los fondos por desempleo? ¿Te gustaría tener que salir a buscar trabajo a tu edad?

—¡Vamos! —protestó Max—. Todo lo que tengo que hacer es tomar el teléfono y llamar a Pat Noble...

Los funcionarios del Sindicato empezaron a recoger al azar diversos objetos que había en el apartamento.

—Te ayudaremos a empacar tus cosas. Pat quiere que llegues a la Casa Blanca a las diez de la mañana, en punto.

—¡Pat! —exclamó Max.

Lo habían traicionado.

Los tipos del Sindicato sonreían mientras sacaban a tirones la maleta del armario.

Poco después estaban en camino, atravesando por el monorriel las tierras llanas del Medio Oeste. Pensativo, melancólico, Maximilian Fischer miraba desfilar el paisaje ante sus ojos; prefería cavilar en silencio. Trató de recordar cómo era el trabajo de suplente número uno. Recordaba haber leído en una revista que empezaba a las ocho de la mañana. Además, siempre había rebaños de turistas, en su mayoría escolares, que desfilaban por la Casa Blanca, ansiosos de echar un vistazo a Unicefalón 40-D. Los chicos no le gustaban; solían mofarse de él a causa de su peso excesivo. ¡Caramba! Tendría que aguantar el desfile de millones de niños porque él debía permanecer en el edificio. De acuerdo a la Ley debía permanecer, en todo momento, a cien metros de Unicefalón 40-D, ya fuera de día como de noche. ¿O era a cincuenta metros? Sea como fuere, tenía que estar prácticamente encima, en caso de que el sistema automático para resolver problemas llegara a fallar. Será mejor que me ponga al día con esto, pensó. Me

convendría, por las dudas, tomar un curso de televisión sobre Administración Pública.

Dirigiéndose al funcionario del Sindicato que tenía a su derecha le preguntó:

—Dígame, correligionario. ¿Tengo alguna autoridad en este trabajo que me consiguieron? Es decir, ¿puedo...?

—Es un trabajo sindical como tantos otros —contestó el otro, aburrido—. Tienes que estar sentado ahí; esperar. ¿Hace tanto que no trabajas que ya no te acuerdas? —dijo riendo, mientras codeaba a su compañero—. Escucha, Fischer quiere saber qué autoridad le da este trabajo.

Los dos se echaron a reír.

—Fischer, permite que te diga una cosa —dijo el funcionario arrastrando las palabras—. Una vez que estés bien instalado en la Casa Blanca, cuando tengas la cama lista, la silla y hayas organizado el horario de tus comidas, el lavado de la ropa y las horas para ver televisión, ¿por qué no te acercas a Unicefalón 40-D y te pones a gimotear un poco? Tú sabes, a rascarte y gimotear. A lo mejor nota tu presencia.

—Déjenme en paz —protestó Max.

—Y después —continuó el funcionario —le dices algo así como, *«Escucha, Unicefalón, soy tu compinche. Si tú me rascas la espalda a mí, yo te rasco la espalda a ti. Pasa una ordenanza que me favorezca...».*

—¿Pero qué servicio puede prestarle *él* a Unicefalón? —preguntó el otro funcionario del Sindicato.

—Puede divertirlo; por ejemplo, contarle su historia, cómo salió de la pobreza y se educó mirando televisión siete días por semana hasta llegar a la cúspide. ¿Y a qué no sabes una cosa? Le dieron el trabajo de... suplente del Presidente —dijo el funcionario, riendo despectivamente.

Maximilian no contestó. El rubor le subió por las mejillas pero se limitó a mirar estúpidamente por la ventanilla del monorriel.

Cuando llegaron a Washington DC, ya en la Casa Blanca, enseñaron a Fischer su pequeño cuarto. Era el que había ocupado Gus y aunque habían sacado todas las viejas revistas de automóviles antiguos, aún quedaban algunas láminas adheridas a la pared: un *Volvo S-122* de 1963, un *Peugeot 403*, de 1957 y otras clásicas antigüedades de una época pasada. Sobre un anaquel Max vio un modelo en plástico tallado a mano de un cupé *Studebaker Starlight* modelo 1950 con todos los detalles del original, reproducidos a la perfección.

—Estaba haciendo eso cuando estiró la pata —dijo uno de los funcionarios mientras dejaba en el suelo la maleta de Max—. Él podía dar cualquier información sobre todos los detalles de esos coches anteriores a los modelos de turbina. Hasta el detalle más insignificante e inútil.

Max asintió.

—Y tú, ¿tienes alguna idea de lo que vas a hacer? —preguntó el funcionario.

—¡Demonios! ¡Cómo puedo saberlo tan pronto! Necesito tiempo.

Recogió malhumorado la cupé *Studebaker Starlight* y examinó la parte inferior. Sintió un impulso de destrozar el modelo, pero lo dejó donde estaba y volvió la espalda.

—¿Por qué no haces una pelota con gomas elásticas? —dijo el funcionario.

—¿*Qué* dices?

—El suplente que estuvo antes que Gus, Luis no sé qué, acostumbraba a juntar anillas de goma y formaba una pelota que se iba agrandando cada vez más; cuando murió, la bola ya era grande como una casa... No me acuerdo cómo se llamaba el tipo, pero la pelota de anillas de goma está ahora en el Museo Smithsoniano.

Hubo un movimiento en el corredor. Una de las recepcionistas de la Casa Blanca, mujer madura vestida con severidad, asomó la cabeza en la habitación y dijo:

—Señor Presidente; un cómico de la televisión desea entrevistarlo. Por favor, trate de terminar pronto porque hoy hay varias excursiones que desfilarán por el edificio y puede ser que algunos turistas pidan verlo a usted.

—Está bien —contestó Max.

Al volverse se encontró con Jim-Jam Briskin, el payaso del momento.

—¿Desea verme a mí? —preguntó a Briskin en tono vacilante—. Quiero decir, ¿está usted seguro que desea entrevistarme a mí?

No podía imaginarse qué interés podía hallar en él Briskin. Tendiéndole la mano agregó—: Esta es mi habitación, pero las copias de coches y las fotos que ve por aquí no son mías, pertenecían a Gus. No puedo decirle nada con respecto a ellas.

Briskin lucía en la cabeza la familiar peluca de color rojo vivo característica del payaso, que prestaba a su imagen real el mismo aspecto extraño que las cámaras captaban tan bien. Sin embargo, parecía más viejo que en televisión, aunque lucía la misma sonrisa abierta y amistosa que todo el mundo admiraba, el símbolo de su simpatía, del buen tipo siempre con el ánimo en alto y de buen carácter, aunque cuando la ocasión lo requería, solía hacer gala de un sentido del humor algo mordaz. Briskin era esa clase de hombre que... bueno, pensó Max, la clase de tipo que uno desearía se casara con alguien de la familia.

Se estrecharon las manos.

—Señor Max Fischer, mejor dicho... señor Presidente; en estos momentos se encuentra usted ante las cámaras —dijo Briskin—. Jim-Jam habla desde aquí. Permita que le haga una pregunta ante los billones de televidentes que se encuentran en los más remotos rincones de nuestro Sistema Solar. ¿Cómo se siente señor, al saber que si Unicefalón 40-D llegara a fallar siquiera momentáneamente, usted sería lanzado al cargo más importante que jamás haya caído sobre los hombros de un hombre; el de ser, no ya un mero suplente sino el verdadero Presidente de Estados Unidos? ¿Ese pensamiento lo preocupa por las noches? —dijo terminando la pregunta con una sonrisa.

A sus espaldas, los técnicos de fotografía desplazaban las cámaras de un lugar a otro. Las luces intensas le quemaban los párpados y Max sintió que el calor empezaba a hacerlo transpirar por el cuello, las axilas y el labio superior.

—¿Qué emociones siente en este momento —siguió preguntando Briskin—, cuando está en el umbral de una nueva tarea, quizá para el resto de sus días? ¿Qué pensamientos se le ocurren ahora, que ya está en la Casa Blanca?

Tras una pausa, Max contestó.

—Es... es una *gran* responsabilidad.

Librodot

Enseguida cayó en la cuenta; vio que Briskin se reía de él, se reía en silencio en su propia cara. Todo era una payasada de Briskin a costa suya. La audiencia dispersa por las diversas Lunas y Planetas también lo sabía. De sobra conocía el sentido del humor de Jim-Jam.

—Usted es un hombre de buen físico —dijo Briskin—, corpulento diría yo. ¿Le gusta hacer ejercicio? Le hago esta pregunta porque en su puesto actual estará confinado a este cuarto y me gustaría saber qué cambios producirá en su vida esta situación.

—Bueno —dijo Max— y desde luego, pienso que un empleado del Gobierno debe estar siempre en su puesto. Sí, lo que acaba de decir es muy cierto, debo estar aquí día y noche, pero eso no me preocupa. Estoy preparado.

—Dígame —preguntó Briskin— ¿Acaso usted...?

Se interrumpió y, volviéndose hacia los técnicos de video que estaban a sus espaldas, les dijo con voz extraña:

—La transmisión se ha cortado.

Un hombre que llevaba auriculares se acercó pasando entre las cámaras.

—Escuche por el monitor —dijo entregando los auriculares a Briskin—, hemos sido cancelados por Unicefalón; está transmitiendo un boletín de noticias.

Briskin se colocó los audífonos. La cara se le contorsionó al decir:

—Esas naves que se aproximan a ochocientas unidades astronómicas..., dice que son enemigas —dirigió una rápida mirada a los técnicos, la peluca un poco ladeada—. Ya han empezado a atacar... Dice que en menos de veinticuatro horas estos intrusos han logrado penetrar no sólo el Sistema Solar, sino también descomponer Unicefalón 40-D.

Maximilian Fischer se enteró de esto de manera indirecta mientras cenaba en la cafetería de la Casa Blanca.

—¿Señor Maximilian Fischer?

—Sí —contestó Max, mirando sorprendido al grupo de agentes del Servicio Secreto, que rodeaba la mesa.

—Usted es Presidente de Estados Unidos.

—Se equivocan —dijo Max—, sólo soy un suplente del primer magistrado, no es lo mismo.

—Unicefalón 40-D está fuera de servicio, no sabemos por cuánto tiempo; puede ser un mes o más —dijo el hombre del Servicio Secreto—. De acuerdo con la enmienda de la constitución, desde este momento usted es Presidente y Comandante en Jefe de todas las Fuerzas Armadas. Estamos aquí para protegerle —concluyó sonriendo burlonamente.

Max a su vez le sonrió.

—¿Me entiende? —preguntó el agente—. ¿La idea le penetra?

—¡Por supuesto! —contestó Max.

Fue entonces cuando comprendió el significado de los murmullos que había escuchado mientras esperaba con la bandeja en la fila de la cafetería. También eso explicaba las miradas raras que le había dirigido el personal de la Casa Blanca. Dejó la taza de café, secó sus labios con la servilleta, lenta y tranquilamente, fingiendo estar absorto en pensamientos graves. En realidad su mente era un vacío.

—Nos han dicho que lo necesitan inmediatamente en el puesto fortificado del Consejo Nacional de Seguridad —afirmó el hombre del Servicio Secreto—.

Quieren que usted participe en las deliberaciones sobre estrategia, ya están en el tramo final.

Desde la cafetería se dirigieron todos al ascensor.

—Estrategia política —dijo Max mientras descendían—. Tengo formada una opinión con respecto a ese problema. Creo que ha llegado el momento de actuar severamente con esas naves extranjeras. ¿Ustedes no piensan lo mismo?

Los hombres del Servicio Secreto asintieron.

—Claro, debemos demostrarles que no tenemos miedo. Naturalmente llegaremos a una definición: aplastaremos a esos microbios —les dijo Max.

Los guardaespaldas del Servicio Secreto festejaron la ocurrencia con una risa espontánea. Más animado, Max dio un codazo al jefe del grupo.

—Creo que somos bastante fuertes; quiero decir, Estados Unidos es un país con músculo.

—Max, muéstrales de lo que somos capaces —dijo uno de los agentes, y todos rieron estruendosamente, incluso Max.

Al salir del ascensor se les presentó un hombre alto y bien vestido que dijo con tono urgente:

—Señor Presidente, soy Jonathan Kirk, Secretario de Prensa de la Casa Blanca. Creo que en esta hora, de grave peligro, antes de conferenciar con los miembros del Consejo Nacional de Seguridad, usted debería dirigirse al país. El pueblo quiere saber cómo es su nuevo líder. Aquí tiene una declaración redactada por la Junta Política Asesora —dijo extendiéndole algunas hojas de papel—, codifica su...

—Nada —dijo Max, devolviéndole los papeles sin mirarlos—. El Presidente soy *yo*, no usted. Ni siquiera lo conozco. ¿Cómo dijo que se llama, Kirk, Burke, Shirk? Nunca lo oí nombrar. Dígame dónde está el micrófono y yo haré mi discurso. O comuníqueme con Pat Noble, tal vez él tenga algunas ideas.

Enseguida recordó que Pat lo había vendido; era él quien lo metió en esto.

—No, no lo haga —se corrigió Max—. Déme el micrófono solamente.

—Este es un momento de crisis —graznó Kirk.

—*¡Claro!* —aprobó Max—. Será mejor que me deje solo. No se ponga en mi camino y yo no me interpondré en el suyo ¿entendido? —palmeó familiarmente a Kirk—. Así vamos a entendernos.

Apareció un grupo de personas con cámaras portátiles de televisión y lámparas de iluminación; entre todos ellos estaba Jim-Jam Briskin, rodeado de todo su personal.

—¡Hola Jim-Jam! —gritó—. Mire, ahora soy Presidente.

Jim Briskin se acercó impasible.

—No voy a formar una pelota con anillas de goma —dijo Max—, ni pienso tampoco hacer modelos automovilísticos; o nada de eso —apretó con fuerza la mano de Briskin—. Gracias por sus felicitaciones —concluyó.

—Felicitaciones —dijo entonces Briskin en voz baja.

—Gracias —repitió Max apretando la mano del otro hasta hacerle crujir los nudillos—. Naturalmente, tarde o temprano podrán remendar esa caja de ruidos y entonces volveré a ser el suplente. Pero...

Sonrió alegremente a todos los que se encontraban a su alrededor. En ese momento el corredor estaba colmado de gente; técnicos de la televisión, personal de la Casa Blanca, oficiales del Ejército y agentes del Servicio Secreto..., toda clase de gente.

—Señor Fischer, tiene una gran obra que realizar —dijo Briskin.

—Sí —asintió Max.

Le pareció que los ojos de Briskin trataban de decirle algo... *«Quisiera saber si será capaz de hacerlo. Me pregunto si es el hombre indicado para detentar el poder».*

—Ya lo creo que puedo —afirmó Max ante el micrófono de Briskin para que toda la audiencia pudiera escucharlo.

—Es posible que así sea —dijo Briskin, revelando ciertas dudas.

—¿Qué...? ¿Acaso ya no le gusto? —preguntó Max.

Briskin no respondió; se limitó a parpadear.

—Escucha bien —dijo Max—; ahora soy Presidente y puedo cerrar tu estúpida red de televisión. Puedo enviarte los agentes del FBI cuando se me antoje. Para que lo sepas, en este mismo momento voy a echar al Fiscal General, quiero en ese puesto a alguien de mi confianza.

—Ya veo —dijo Briskin.

Su expresión no era tan dubitativa, adquirió cierto grado de convicción que Max no podía determinar.

—Sí —dijo Jim Briskin—. *Posee* la autoridad suficiente para ordenarlo. Usted es, *de verdad*, el Presidente.

—Mucho cuidado —advirtió Max—. Tú no eres nadie comparado conmigo, Briskin, ni siquiera frente a esa inmensa audiencia.

Luego volvió la espalda a las cámaras y pasó por la puerta abierta hacia el hoyo fortificado del Consejo Nacional de Seguridad.

Algunas horas más tarde, ya de madrugada, Maximilian Fischer escuchaba, soñoliento, en las profundidades de la fortificación del Comité Nacional de Seguridad, las últimas noticias por televisión. Para ese entonces, los Servicios de Inteligencia habían descubierto la llegada de unas treinta naves extrañas al Sistema Solar. Se creía que, en total, habían entrado unas setenta y los desplazamientos de todas eran constantemente vigilados.

Eso era sólo el principio, y Max lo sabía. Tarde o temprano tendría que dar la orden de ataque contra las naves extranjeras. Vaciló un momento. Después de todo, *¿de dónde procedían? ¿quiénes eran?* Nadie podía decirlo; ni siquiera la CIA. *¿Qué fuerzas eran capaces de desplegar?* Nadie tampoco estaba en condición de determinarlo.

Por otra parte, habían surgido algunos problemas de carácter interno. A decir verdad, Unicefalón había chapuceado con la economía, dirigiéndola cuando lo creía conveniente; había suprimido impuestos mediante medidas demagógicas, había reducido las tasas de interés... todo lo cual terminó por destruir el resolutor de problemas.

¡Jesús! —pensó Max con tristeza—. ¿Acaso sé algo sobre cuestiones de desempleo? Quiero decir, ¿cómo sé qué fábricas debo volver a abrir y cuándo hacerlo?

Se volvió hacia el General Tompkins que, sentado junto a él, examinaba el informe sobre las Tácticas de Defensa de las naves encargadas de proteger a la Tierra.

—Dígame ¿nuestras naves están bien distribuidas? —preguntó a Tompkins.

—Sí, señor Presidente —contestó el General.

Max se sobresaltó, a pesar de que el General no se había dirigido a él en tono irónico sino que había hablado con toda naturalidad, con respeto.

—Muy bien —dijo—; me alegro de eso y espero que la nube de cohetes esté bien planeada, de manera que no deje pasar ninguna nave, como sucedió con Unicefalón. No quiero que eso se repita.

—Desde las seis, hora local, está en vigencia el *DefCon Uno* —dijo el General Tompkins— Estamos en pleno pie de guerra.

—¿Y qué sucede con esas naves estratégicas? —Max ya había aprendido la expresión eufemística para referirse a la fuerza de ataque.

—Estamos capacitados para organizar un ataque en cualquier momento —dijo el General Tompkins, dirigiendo una mirada a lo largo de la mesa en espera de los cabeceos de asentimiento de sus colegas—. Somos capaces de aniquilar a los setenta invasores que han penetrado en nuestro Sistema.

—¿Tienen un poco de bicarbonato? —preguntó Max con un gruñido.

El estado de cosas lo estaba deprimiendo. ¡Qué manea de sudar y trabajar!, pensó. ¡Cuánta agitación! ¿Por qué esos microbios no se van de nuestro Sistema? Quiero decir, ¿es necesario que declaremos la guerra? No podemos saber qué hará el Sistema de los invasores como represalia; nunca se sabe cómo reaccionarán ciertas formas vivientes antihumanas, no se puede confiar en ellas.

—Eso es lo que me preocupa —dijo en voz alta—; las represalias —y exhaló un suspiro.

—Es evidente que resulta imposible negociar con ellos —dijo el General Tompkins.

—¡Adelante, entonces! —dijo Max—. Denles una buena tunda.

Miró cerca suyo, buscando el bicarbonato.

—Creo que es la mejor decisión que pueda haber tomado —afirmó el General Tompkins.

Los consejeros sentados en torno a la mesa, movieron las cabezas en señal de asentimiento.

—Una extraña noticia ha llegado a nuestro conocimiento —dijo uno de los consejeros a Max, sosteniendo en la mano un despacho del teletipo.

—James Briskin acaba de presentar un recurso contra usted, ante un Tribunal de California. Afirma que usted no es el Presidente legítimo porque no fue elegido para el cargo.

—¿Se refiere a que no me votaron? —preguntó Max—. ¿Sólo por eso?

—Sí, señor. Briskin ha pedido a los Tribunales Federales que se expidan sobre el caso y entretanto, se ha declarado candidato.

—¿Queeé?

—Briskin no sólo afirma que usted debe hacer la campaña para ser electo, sino que debe correr contra él. Evidentemente piensa que con su popularidad...

—¡Caracoles! —exclamó Max—. Muy bien, entonces. Ya está decidido; ustedes, los muchachos del Ejército, sigan adelante pon sus planes y hagan pedazos a esas naves foráneas. Mientras tanto —y en ese momento tomó la decisión—, ejerceremos ciertas presiones económicas contra los patrocinantes de Jim-Jam. Nos ocuparemos de los de *Reinlander Beer* y *Calbest Electronics*..., de todos, para tratar de que no se presente como candidato.

Todos los presentes asintieron. Hubo un crujido de papeles y los portafolios se cerraron. La reunión había terminado, al menos por el momento.

Es injusto, se dijo Max, él me lleva ventaja. ¡Cómo presentarme contra *él* si no estamos en iguales condiciones! *La televisión le ha dado fama, y a mi no.* Eso no es justo, no puedo admitirlo.

Si lo desea, Jim-Jam puede presentarse como candidato; de nada le valdrá. No podrá derrotarme porque no vivirá el tiempo suficiente para conseguirlo.

Una semana antes de las elecciones, TELSCAN, la Agencia Interplanetaria de Investigaciones de la Opinión Pública dio a conocer los resultados de las últimas encuestas. Al leerlos, Maximilian se sintió más deprimido que nunca.

—Fíjate en esto —dijo a su primo León Lait, el abogado a quien recientemente había nombrado Fiscal General.

Le arrojó el informe.

El apoyo obtenido por Max era insignificante en realidad. Si se efectuaba la elección de inmediato, no había duda de que Briskin saldría ganador.

—¿Por qué será? —preguntó Lait.

Igual que Max, su primo era un hombre corpulento, barrigón y hacía años que desempeñaba el trabajo de suplente. No estaba acostumbrado a ningún tipo de actividad física, y su nuevo trabajo le resultaba bastante difícil, pero no renunciaba por lealtad hacia Max.

—¿Será porque tiene varias estaciones de televisión? —preguntó mientras sorbía cerveza directamente de la lata.

—No —repuso Max con sarcasmo—; ¡es porque el ombligo le brilla en la oscuridad! Por supuesto que es por las estaciones de televisión, no seas imbécil. ¿No ves que todos los días machacan sobre lo mismo? Le están creando una imagen. Es un payaso —concluyó malhumorado—;con esa peluca escarlata servirá para dar noticias, pero no para Presidente.

Guardó silencio. Demasiado enfadado estaba para seguir hablando.

Cosas peores habrían de suceder.

Esa misma noche, a las nueve, como culminación de la campaña, Jim-Jam Briskin empezó una maratón de setenta y dos horas por televisión. Estaba destinada a llevar hasta el tope su popularidad, y asegurarle la victoria en las elecciones.

Max Fischer estaba sentado en la cama de su dormitorio especial en la Casa Blanca, con la bandeja de la cena ante sí, mientras miraba melancólicamente la televisión.

¡Ese Briskin!, pensó furioso por millonésima vez.

—Mira —dijo a su primo, el Fiscal General, sentado en un sillón—. Ahí está —y señaló la pantalla del televisor.

León Lait continuó mordisqueando su hamburguesa con queso.

—¡Qué abominable! —exclamó.

—¿Sabes desde dónde transmite? —le preguntó Max—. Desde uno de los lugares más lejanos del espacio, mucho más allá de Plutón. Está usando el transmisor del lugar más remoto que pudo encontrar. Tus tipos del FBI no podrán alcanzarlo nunca...

—Ya verás —dijo León, tratando de tranquilizarlo—; les dije que tenían que alcanzarlo por orden especial de mi primo, el Presidente.

—Pero pasará un buen tiempo hasta que logren alcanzarlo —dijo Max—. ¿Sabes León? Eres demasiado lento. Te diré un secreto. Tengo lista una de las naves de línea, la *Dwight D. Eisenhower*. Pienso dejarle caer un buen

huevo de paloma encima, con mucho estruendo ¿sabes? En cuanto de la voz de mando, entrará en acción.

—De acuerdo Max.

—No me gusta verme obligado a hacerlo —dijo Max.

El programa de televisión se estaba poniendo animado. Se encendieron grandes reflectores y avanzó en el escenario, con paso lento y ondulante, la bonita Peggy Jones, envuelta en un vestido brillante que dejaba al descubierto uno de sus hombros, sobre el que caía su pelo radiante.

Ahora van a hacer un *striptease* de primera calidad, por una chica bien bonita, pensó Max, acomodándose para ver mejor.

Debía reconocer una cosa: la oposición, sin necesidad de llegar al desnudo, tenía de su parte cierto atractivo sexual. Briskin y su personal se habían encargado de que así fuera. En el otro extremo de la habitación, el primo de Max había dejado de mordisquear su emparedado; al menos por un momento no se escuchó el ruido de sus carrillos. Pero no por mucho tiempo; poco después siguió masticando.

La linda Peggy entonaba una canción pegadiza desde la pantalla:

«Vote por Jim-Jam, es el mejor
favorito de América, ayer y hoy.
Como Jim-Jam otro no hay,
es el candidato superior».

Max gruñó exasperado.

—¡Dios mío! —exclamó.

A pesar de todo, cuando la muchacha entonaba el estribillo ondeando su cuerpo al ritmo de la música, sonaba muy agradable.

—Creo que no tengo otro remedio que ordenarle a la *Dwight D. Eisenhower* seguir adelante con la consigna —dijo Max.

—Si tu lo dices, Max —dijo León—, puedes estar tranquilo; dictaminaré que actuaste dentro de la Ley, no te preocupes y procede.

—Pásame el *teléfono rojo* —pidió Max—. Es la conexión que usa el Comandante en Jefe para dar instrucciones ultrasecretas. No está mal ¿verdad? —dijo al recibir el teléfono de manos del Fiscal General—. Estoy llamando al General Tompkins; él dará la orden a la nave. Lo siento mi estimado Briskin —agregó echando la última mirada a la pantalla—; tú lo has querido. No debías haber procedido como lo hiciste, ponerte en contra de mí y todo lo demás.

La chica del vestido plateado desapareció de la pantalla. Jim-Jam la reemplazó. Max bajó el teléfono por un momento, para mirar mejor.

—¡Hola, queridos camaradas! —exclamó Briskin levantando los brazos para pedir silencio (a los aplausos grabados). Bien sabía Max que en aquel lugar remoto no había audiencia. Los aplausos fueron más fuertes al principio, luego un poco apagados.

Briskin sonrió fotogénicamente ante las cámaras, esperando que los aplausos terminaran.

—Es falso —gruñó Max—; es un público falso. Él y todo su equipo son muy listos. Ya ha ganado popularidad entre la audiencia.

—Es cierto, Max —dijo el Fiscal General—. Me di cuenta de eso ya...

Librodot

—¡Camaradas! —anunció Briskin sobriamente desde la pantalla—. Como ustedes saben, en un principio el Presidente Maximilian Fischer y yo nos llevábamos muy bien.

Mientras tenía la mano apoyada en el *teléfono rojo* Max pensó que lo que decía Jim-Jam era cierto.

—Nuestras diferencias, que habrían de terminar en ruptura —continuó Briskin—, tuvieron origen en la cuestión del *empleo de la fuerza*; el uso del poder sin limitaciones. Para Max Fischer, el despacho presidencial es sólo una máquina, un instrumento que puede utilizar para satisfacer sus deseos personales. Creo, honestamente, que en algunos sentidos tiene buenas ideas, hace lo posible por llevar a la práctica las políticas más positivas de Unicefalón. Ahora bien, con respecto a los medios que emplea..., eso es otra cuestión.

—Escúchalo bien, Leo —dijo Max.

No importa lo que dice, pensó para sí; haré de todos modos lo que me he propuesto. Nadie se cruzará en mi camino. Cumpliré con *mi* deber; eso es todo. El cargo tiene ciertas responsabilidades, y si tú fueras Presidente como yo, harías lo mismo.

—El Presidente, como todos los demás, debe acatar la Ley —decía Jim Briskin—; a pesar del poder que detenta, no puede, de ninguna manera, ponerse por encima de la Ley.

Permaneció en silencio unos instantes, luego continuó:

—Sé muy bien que en este mismo momento el FBI, siguiendo órdenes directas de León Lait, designado por Max Fischer, tratará de cerrar las estaciones de esta cadena para amordazarme. Una vez más, Max Fischer está abusando del poder mientras emplea la Repartición Policial para sus propios fines, convirtiéndola en una extensión...

Max levantó el *teléfono rojo*. Enseguida escuchó una voz que decía:

—Sí, señor Presidente. Habla el General Tompkins, J. de C.

—Y eso... qué es? —dijo Max.

—Jefe de Comunicaciones, Ejército 600-1000 señor, a bordo de la *Dwight D. Eisenhower*, en transmisión por relé a través de la estación Plutón.

—¡Ah, sí! —dijo Max, moviendo la cabeza—. ¡Eh, muchachos, escuchen! Estén alerta ¿entienden? Permanezcan atentos hasta cuando reciban mis próximas instrucciones.

Puso la mano sobre el receptor y miró a su primo, que había terminado el emparedado y estaba bebiendo un batido de fresas.

—León —dijo—. *¿Qué hago?* Quiero decir, eso que Briskin está diciendo es verdad.

—Dale la orden a Tompkins —repuso León y eructó; después se golpeó el pecho con el puño—. Perdón —dijo.—. Jim Briskin continuaba hablando desde la pantalla.

—Mientras hablo con ustedes, mi vida corre peligro; el hombre que es nuestro Presidente no vacilaría en emplear el crimen para lograr sus objetivos. Estamos soportando una verdadera tiranía política, que por primera vez aparece en nuestra sociedad, en un intento de reemplazar la vigencia de la razón. Es una tendencia completamente ajena a Unicefalón 40-D, nuestro Resolutor Automático de Problemas, diseñado, construido y puesto en operaciones por nuestros mejores cerebros, que siempre se han empeñado en la conservación de los valores de nuestras mejores tradiciones.

Librodot

La sumisión de un Estado que fuera ideal a la tiranía de un solo hombre es, desgraciadamente, una triste experiencia.

—Ahora ya no puedo dar la orden —dijo Max con calma.

—¿Por qué no? —preguntó León—. Escucha Max, ¿por qué no puedes seguir adelante?

—No sé cómo explicarlo pero..., ¡qué diablos! Eso demostraría que tiene razón.

De todas maneras *sé* que tiene razón, pensó Max. Pero ¿acaso ellos lo saben? ¿El pueblo está enterado? No puedo correr el riesgo de que me descubran, admitió. Es preciso que respeten a *su* Presidente, lo honren y admiren. No me extraña que en las encuestas de popularidad saque una puntuación tan elevada. Con razón Jim Briskin se decidió a luchar contra mí cuando se enteró que yo estaba en el puesto. De alguna manera se dan cuenta de quién soy; lo *sienten* y también saben que Jim-Jam les está diciendo la verdad. No tengo pasta para Presidente; no estoy capacitado para el cargo.

—Escucha León —dijo a su primo—; a pesar de todo haré lo que tenía pensado con ese tipo Briskin, después renunciaré. Será mi último acto oficial.

Volviendo a tomar el teléfono, continuó.

—Daré orden de aniquilar a Briskin; otro después podrá ser Presidente. Habrá que dejar que el pueblo decida. Podrá ser Pat Noble o tú; no me interesa —sacudió la horquilla del teléfono—. ¡Eh, Jefe de Comunicaciones! —gritó—. Vamos, conteste —y volviéndose hacia su primo le dijo—: Oye, dame un vaso de batido, recuerda que la mitad es para mí.

—Por supuesto, Max —contestó el fiel León.

—¿Nadie contesta? —preguntó Max en el teléfono.

Esperó, pero no consiguió que le contestaran.

—Algo debe andar mal —explicó a León—; no me sorprendería que hayan hecho volar todo el equipo de comunicaciones. Deben ser esas naves invasoras.

Miró la pantalla de televisión. Estaba en blanco.

—¿*Qué* sucede? —preguntó Max—. ¿*Qué* me están haciendo? Quisiera saber quién se esconde detrás de todo esto. No entiendo —concluyó, mirando asustado, en torno.

Como si estuviera ajeno a todo, León continuaba imperturbable bebiendo su batido. Se limitó a encogerse de hombros; él tampoco tenía ninguna explicación. Sin embargo, su cara rubicunda había empalidecido.

—Es demasiado tarde —admitió Max—; de todos modos ya es demasiado tarde —colgando el teléfono lentamente agregó—: León, tengo enemigos mucho más poderosos que yo, y ni siquiera tengo idea de quiénes son.

Quedó sentado, en silencio, frente a la televisión a oscuras, esperando.

De pronto se escuchó la voz del anunciante.

—Este es un boletín de noticias semiautónomo. Atención, por favor.

Otra vez silencio.

Briskin miró a Ed Finneberg, a Peggy después, y esperó.

—Camaradas, ciudadanos de Estados Unidos —dijo la voz inexpresiva y monótona del anunciante de televisión—. El interregno ha terminado. La situación vuelve a la normalidad, felizmente.

Mientras él hablaba, aparecieron algunas palabras en la pantalla monitora, grabadas en una cinta que pasaba lentamente ante las cámaras. En Washington DC, Unicefalón 40-D se había autoreparado en la forma acostumbrada dentro del co-eje. Ocupó de inmediato el espacio en el aire, anulando el programa que se transmitía en esos momentos; por tradición tenía derecho a hacerlo. La voz era producida por el órgano verbalizador sintético de la estructura automática. Esto es lo que informaba Unicefalón 40-D—:

> Artículo Primero: *Queda anulada la campaña para la elección.*
> Artículo Segundo: *El Presidente interino Max Fischer, cesa en su cargo.*
> Artículo Tercero: *Estamos en guerra con las fuerzas foráneas que han invadido nuestro Sistema.*
> Artículo Cuarto: *James Briskin, cuya voz han estado escuchando...*

Ahora viene, pensó Briskin.

A través de los audífonos le llegó la voz chata e impersonal que continuaba diciendo—:

> *...a través de estas instalaciones, tiene orden de cesar en sus actividades y desistir de sus pretensiones. Se extenderá de inmediato un recurso solicitándole que muestre justa causa para continuar en libertad y proseguir con cualquier actividad de índole apolítica. En el interés público, le ordenamos que dé por terminadas sus actividades políticas.*

—Ya está. Todo ha terminado —dijo Briskin sonriendo vacuamente a Peggy y Ed Finneberg—. Debo anularme políticamente.

—Puedes presentarte ante los Tribunales —dijo Peggy decidida—; apela a la Corte Suprema, ya hay antecedentes de decisiones de Unicefalón 40-D que han sido anuladas.

Le colocó la mano en el hombro tratando de consolarlo, pero él se hizo a un lado.

—¿No te *atreves* a desafiarlo? —insistió ella.

—Por lo menos me han cesado —dijo Briskin, cansado—. Estoy contento de que la máquina haya vuelto a funcionar. Es una vuelta a la normalidad. Creo que es preferible para *todos* —concluyó, tratando de inspirar confianza a Peggy.

—¿Qué piensas hacer, Jim-Jam? —preguntó Ed—. ¿Volverás a tu antiguo empleo con *Reinlander Beer* y *Calbest Electronics*?

—No —murmuró Briskin—. Eso, por supuesto, queda descartado.

En realidad, no podía silenciar sus ideas políticas; de ninguna manera pensó en hacer lo que dijera el Resolutor de Problemas. Le era imposible desde un punto de vista biológico; tarde o temprano, para bien o para mal, empezaría a hablar nuevamente. Además, pensó, estoy seguro de que Max tampoco puede hacer lo que le han dicho. Ninguno de los dos somos capaces de cumplirlo. Tal vez, después de todo, siguió pensando, inicie alguna acción contra el recurso. Puedo presentar una contrademanda... Me presentaré ante el Tribunal y le haré un juicio a Unicefalón 40-D: *querellante Jim-Jam;*

Librodot

acusado, Unicefalón 40-D. Sonrió para sí. Necesitaré un buen abogado; alguien mucho más capaz que el letrado principal de Max Fischer, su primo León Lait.

Sacó la chaqueta del armario que había en el pequeño estudio desde el cual hicieran la transmisión, y se la puso lentamente. Desde ese remoto lugar, había un largo viaje hasta la Tierra; estaba ansioso por ponerse en camino.

Peggy lo siguió.

—¿No piensas salir al aire para nada? ¿Ni siquiera vas a terminar el programa? —le preguntó ella.

—No —repuso Briskin.

—Piensa que Unicefalón pronto volverá a interrumpir la transmisión; después ¿qué nos restará? La nada; aire muerto. Eso no está bien. Jim, no sé cómo puedes abandonar todo así. No te creía capaz de algo semejante; no está de acuerdo con tu temperamento.

Antes de llegar a la puerta del estudio, se detuvo.

—Tú has oído lo que dijo, las instrucciones que impartió —trató Briskin de convencerla.

—Pero *nadie* deja el aire así, muerto —dijo Peggy—. Es el *vacío*, Jim; eso va contra la misma naturaleza. Si tú no lo llenas, alguien lo hará por ti: Mira, en este momento Unicefalón acaba su transmisión.

La cinta con palabras impresas había dejado de pasar y la pantalla, una vez más, estaba a oscuras, silenciosa, sin luz ni movimiento.

—No puedes desconocer la responsabilidad que tienes —dijo Peggy.

—¿Estamos transmitiendo nuevamente? —Jim le preguntó a Ed.

—Está fuera del circuito, al menos por el momento —dijo Ed mirando el escenario vacío que las cámaras de televisión y las luces parecían señalarle.

No habló. No era necesario. Con la chaqueta puesta se dirigió hacia el lugar enfocado por las cámaras. Sin sacar las manos de los bolsillos dio unos pasos hacia atrás para estar al alcance de las cámaras, y sonriente dijo:

—Queridos camaradas, creo que la interrupción ha terminado por ahora, de modo que podemos continuar.

El volumen de los aplausos grabados pareció aumentar, regulados por Ed Finneberg; Jim Briskin levantó las manos pidiendo silencio al público imaginario del estudio.

—¿Alguien conoce a un *buen* abogado? —preguntó cáusticamente Jim-Jam—. Si es así, telefonéenme de inmediato, antes de que llegue el FBI.

Cuando terminó el mensaje de Unicefalón, Maximilian Fischer, que se hallaba en el dormitorio de la Casa Blanca, se volvió hacia su primo León y le dijo:

—Bueno, he perdido el puesto.

—Así parece, Max —dijo León.

—Y tú, también —le recordó Max—. Van a ser implacables, de eso puedes estar seguro. *Cesado* —repitió para sí, haciendo rechinar los dientes—. Parece un insulto. ¿No podía haber dicho retirado?

—Es una manera de expresarse —dijo León—. No te preocupes Max, a ver si te hace mal al corazón. Además, todavía te queda el trabajo de suplente y ese es el segundo puesto máximo del país. Presidente interino de Estados

Unidos, no lo olvides. Piensa que has tenido suerte en librarte de tanto esfuerzo y preocupaciones.

—Quisiera saber si me permitirán terminar la cena —dijo Max, picando un poco la comida que tenía en la bandeja.

No sabía porqué, pero ahora que estaba retirado, sentía un apetito feroz. Eligió un emparedado de pollo y le dio un buen mordisco.

—Estoy en mi derecho —dijo—; después de todo tienen la obligación de alojarme aquí y darme de comer todos los días ¿no es cierto?

—¡Claro que sí! —afirmó León mientras hacía esfuerzos por pensar en algún argumento de tipo legal—. Eso figura en el contrato que el Sindicato firmó con el Congreso. ¿Recuerdas esos tiempos Max? Por algo fuimos a la huelga.

—*¡Qué época aquélla!* —dijo Max, poniendo los ojos en blanco.

Terminó el emparedado de pollo y bebió unos cuantos sorbos de un espeso ponche de huevos. ¡Qué sensación de bienestar le proporcionaba no tener que tomar grandes decisiones! Dejó escapar un suspiro de alivio profundo y prolongado, y se reclinó satisfecho en la pila de almohadones que lo sostenía.

Sus pensamientos no tardaron en tomar otra dirección. Sin embargo, me gustaba bastante tomar decisiones —hizo un esfuerzo por agudizar su entendimiento—. Quiero decir, era muy distinto a ser un simple suplente o a cobrar el seguro de desempleo. Me daba cierta... *satisfacción*. Eso es; como si estuviera logrando algo.

Ya empezaba a extrañar esa sensación; de pronto se sintió vacío, como si la vida careciera de propósito.

—León —dijo, por fin—, pensar que pude haber sido Presidente por un mes más. Me gustaba ese cargo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, creo que te entiendo —murmuró León.

—No, te equivocas.

—Hago lo posible por comprenderte —afirmó su primote— lo juro.

—No debí dejar que esos ingenieros repararan a Unicefalón —dijo Max—; hubiera sido mejor postergar el proyecto, por lo menos unos seis meses más.

—Ahora es demasiado tarde —reafirmó León.

—*¿Lo crees?* —preguntó Max—. Después de todo, siempre puede sucederle algo a Unicefalón 40-D... Un *accidente*.

Mientras comía una porción de tarta de manzanas con queso, siguió dándole vueltas a la idea. Conocía a alguien que hacia esa clase de trabajo. Podía ponerse en contacto con él.

Un accidente importante, casi fatal, pensó Max. En medio de la noche, cuando todos estén durmiendo y yo sea el único despierto en la Casa Blanca. Después de todo, para ser franco, los invasores nos enseñaron cómo hacerlo.

—Mira, Jim Briskin está otra vez en la pantalla —dijo León, señalando el aparato de televisión.

Era verdad. La peluca escarlata volvía a estar en pantalla. Briskin estaba diciendo algo gracioso y al mismo tiempo profundo, algo como para hacer pensar a uno.

—Escucha —dijo León—, se está burlando del FBI. ¿Te parece posible que sea capaz de algo así? No le teme a nadie.

—No me molestes —replicó Max—, estoy pensando.

Extendió el brazo con cuidado y bajó el volumen del televisor. No podía permitir que nada interfiriera con lo que estaba pensando en ese momento.

¿QUE HAREMOS CON RAGLAND PARK?

En su propiedad cerca del pueblo maderero de John Day, Oregon, Sebastián Hada comía pensativamente una uva mientras miraba la pantalla de TV. Las uvas, transportadas ilegalmente en jet hasta Oregon, provenían de una de sus granjas en el Valle de Sonoma en California. Escupió las semillas dentro del hogar a leña delante de él, oyendo a medias al anunciante de CULTURE que daba una lección sobre los bustos realizados por los escultores del siglo veinte.

Si solo pudiera encontrar a Jim Briskin en mi red, pensó Hada desesperanzado. El payaso de las noticias en la TV, tan popular, con su flamante peluca escarlata y su genial e informal tamborileo... CULTURE necesita eso, descubrió Hada. Pero...

Pero su sociedad, en ese momento, estaba siendo conducida por el idiota —pero peculiarmente capaz— Presidente Maximilian Fischer, quien había chocado astas con Jim-Jam Briskin; y había, de hecho, encarcelado al payaso de las noticias. Por lo tanto y como resultado, Jim-Jam no estaba disponible para la Red Comercial que enlazaba los tres Planetas habitables ni para CULTURE. Y mientras tanto, Max Fischer dominaba todo.

Si yo pudiera sacar a Jim-Jam de prisión, pensó Hada, tal vez el se mudaría a mi Red por gratitud, abandonaría a sus patrocinadores *Reinlander Beer* y *Calbest Electronics*; después de todo ellos no han sido capaces de liberarlo a pesar de sus intrincadas maniobras judiciales. No tienen el poder o el *know-how*... y yo los tengo.

Una de las esposas de Hada, Thelma, había entrado al *living* de la propiedad y ahora observaba la pantalla de TV parada detrás de él.

—No te pongas ahí, por favor —dijo Hada—. Me provoca una reacción de pánico; me gusta ver el rostro de las personas. —Se revolvió en su profunda silla.

—El zorro *ha* vuelto —dijo Thelma—. Lo vi; me miro amenazadoramente. —se rió encantada—. Se veía tan salvaje e independiente, un poco como tu, Seb. Ojalá hubiera podido filmarlo en video.

—Debo liberar a Jim-Jam Briskin —dijo Hada en voz alta; ya se había decidido. Levantando el teléfono, marco el número del Jefe de Producción de CULTURE, Nat Kaminsky, en el satélite transmisor terrestre Culone.

—En exactamente una hora —le dijo Hada a su empleado—. Quiero que todos nuestros boletines empiecen a chillar por la liberación de Jim-Jam Briskin de prisión. El no es un traidor, como declara el Presidente Fischer. De hecho, sus derechos políticos, su libertad de expresión, le han sido quitados ilegalmente. ¿Entendió? Muestren cortos de Briskin, háganlo quedar bien, prepárenlo... usted entiende. —Hada colgó y luego llamó a su abogado, Art Heaviside.

—Voy afuera otra vez a alimentar a los animales —dijo Thelma.

—Hazlo —respondió Hada, encendiendo un *Abdulla*, un cigarrillo Turco hecho en Inglaterra del cual era muy aficionado—. ¿Art? —dijo por el

teléfono—. Empieza a analizar el caso de Jim-Jam Briskin; encuentra una manera de liberarlo.

La voz de su abogado sonó quejosa:

—Pero, Seb, si nos mezclamos en eso, tendremos al Presidente Fischer detrás nuestro con el FBI; es *demasiado* arriesgado.

—Necesito a Briskin. CULTURE se ha hecho pomposo, mira la pantalla en este mismo instante. Educación y arte, necesitamos personalidad, un buen payaso para las noticias; necesitamos a Jim-Jam. —Las ultimas encuestas de TELSCAN mostraban una ominosa caída del número de televidentes, pero no le dijo eso a Art Heaviside; era confidencial.

Suspirando, el abogado aceptó:

—Lo haré, Seb. Pero el cargo en contra de Briskin es el de «Sedición en Tiempo de Guerra».

—¿Tiempo de Guerra? ¿Con *quien*?

—Esas naves alienígenas, tu sabes. Las que entraron al Sistema Solar en febrero ultimo. Maldición Seb; tu sabes que estamos en guerra, no puedes ser tan arrogante para negar eso; es un hecho legal.

—En mi opinión —dijo Hada—, los alienígenas no son hostiles. —Colgó el auricular, sintiéndose enojado.

Es la forma de Max Fischer de sostenerse en el poder supremo, dijo para sí. Golpear el tambor del miedo a la guerra. Se preguntó, ¿que daño real han causado los alienígenas últimamente? Después de todo, nosotros no somos los dueños del Sistema Solar. Solo nos gusta pensar que lo somos.

En cualquier caso, CULTURE —la televisión educativa en sí misma— estaba languideciendo, y como dueño de la Red, Sebastián Hada tenía que actuar. ¿Estoy declinando personalmente en mi vigor? se preguntó a sí mismo. Levantando una vez más el teléfono, marcó el número de su analista, el Dr. Ito Yasumi, quien estaba en su propiedad en las afueras de Tokio. Necesito ayuda, dijo para sí. El creador y soporte financiero de CULTURE necesita ayuda. Y el Dr. Yasumi puede dármela.

Observándolo desde el otro lado de su escritorio, el Dr. Yasumi dijo:

—Hada, tal vez el problema proviene del hecho de que tiene 8 esposas. Eso significa más o menos 5 de más. —Hizo regresar a Hada al sofá con un gesto de su mano—. Cálmese, Hada. Es bastante triste que un operador *top* como el Señor S. Hada se esté derrumbando bajo el peso del estrés. ¿Usted teme que el FBI del Presidente Fischer lo atrape como atrapó a Jim Briskin? —sonrió.

—No —dijo Hada—. No temo a nada —Yacía semisupinamente, los brazos detrás de su cabeza, contemplando una impresión de *Paul Klee* en la pared... o tal vez era un original; los buenos analistas sí que hacían un inmenso montón de dinero. Yasumi le cargaba mil dólares la media hora.

Yasumi dijo contemplativamente:

—Tal vez debería arrebatar el poder, Hada, en un audaz golpe de Estado contra Max Fischer. Jugar fuerte para usted mismo; convertirse en Presidente y luego liberar al Sr. Jim-Jam, y entonces no más problemas.

—Fischer tiene a las Fuerzas Armadas detrás de él —dijo Hada con pesimismo—, como Comandante en Jefe. Debido al General Tompkins, quien siente agrado por Fischer, son absolutamente leales. —Él ya había pensado en esto—. Tal vez debería huir a mi propiedad en Calixto —murmuró. Era una propiedad fantástica, y Fischer, después de todo, no tenía autoridad allí;

no era territorio de los Estados Unidos sino Alemán—. De cualquier manera, no quiero pelear; no soy un luchador, un peleador callejero; soy un hombre culto.

—Usted es un organismo biofísico con respuestas incorporadas; *usted* está vivo. Todo lo que vive lucha. Usted *peleará* si es necesario, Hada.

Mirando su reloj, Hada dijo:

—Tengo que irme, Ito. Tengo una cita a las tres en La Habana para entrevistar a un nuevo cantante de *folk*, un hombre de banjo y baladas que esta arrasando en América Latina. Ragland Park es su nombre; el puede devolverle la vida a CULTURE.

—He oído de él —dijo Yasumi—. Lo vi en un comercial de TV; muy buen músico. Algo del Sur de Estados Unidos, del condado de Dane, muy joven, con un enorme bigote negro y ojos azules. Magnético, este Rags, como le llaman.

—¿Pero es la música *folk* algo cultural? —murmuró Hada.

—Le diré algo —dijo el Dr. Yasumi—. Hay algo extraño en Rags Park; lo noté incluso en la TV. No es como las otras personas.

—Es por eso que es una gran sensación.

—Más que eso, *diagnostico* —reflexiono Yasumi—. Usted sabe, la enfermedad mental y los poderes psíquicos están estrechamente relacionados, como el efecto poltergeist. Muchos esquizofrénicos de la variedad paranoica son telépatas, que captan pensamientos de odio en los subconscientes de las personas que los rodean.

—Lo sé —dijo Hada con un suspiro, pensando que esto le estaba costando cientos de dólares, una dosis de teoría psiquiátrica.

—Sea cuidadoso con Rags Park —le previno el Dr. Yasumi—. Usted es del tipo volátil, Hada; salta demasiado rápido. Primero, la idea de liberar a Jim-Jam Briskin, arriesgándose a la ira del FBI, y ahora este Rags Park. Usted es como un diseñador de sombreros o una pulga humana. La mejor apuesta, como yo digo, es enfrentar abiertamente al Presidente Fischer, no la tortuosidad que adivino está llevando a cabo.

—¿Tortuoso? —murmuro Hada—. *Yo no soy tortuoso.*

—Usted es el paciente más tortuoso que tengo —le dijo el Dr. Yasumi con aspereza—. Usted no tiene más que huesos traicioneros en su cuerpo, Hada. Cuídese o sus propios planes lo quitaran de la existencia. —Asintió con gran sobriedad.

—Iré con cuidado —dijo Hada, sus pensamientos fijos en Rags Park; apenas si oía lo que el Dr. Yasumi le estaba diciendo.

—Un favor —dijo el Dr. Yasumi—. Cuando pueda arreglarlo, déjeme examinar al Sr. Park; lo disfrutaría ¿de acuerdo? Por su propio bien, Hada, y además por un interés profesional. Su talento psíquico puede ser de un nuevo tipo; uno nunca sabe.

—Sí —accedió Hada—. Le llamaré. —Pero, pensó, no voy a pagar por ello; su examen de Rags Park será a su propio tiempo.

Antes de su cita con el cantante melódico Rags Park, tuvo oportunidad de pasar por la Prisión Federal en Nueva York, en la cual Jim-Jam Briskin estaba detenido por cargos de sedición en tiempo de guerra.

Hada nunca había conocido al payaso de las noticias cara a cara, y se sorprendió al descubrir cuanto más viejo se veía el hombre en persona que en TV. Pero tal vez el arresto de Briskin, sus problemas con el Presidente

Fischer, lo habían sobrepasado temporariamente. Sería suficiente para sobrepasar a cualquiera, reflexionó Hada mientras el guardián abría la celda y lo dejaba pasar.

—¿Como fue que se enredó con el Presidente Fischer? —preguntó Hada.

El payaso de las noticias se encogió de hombros y dijo:

—Usted vivió ese periodo de la historia tanto como yo —encendió un cigarrillo y fijo su mirada detrás de Hada.

Se estaba refiriendo, comprendió Hada, a la defunción de la gran computadora solucionadora de problemas de Washington DC, Unicefalón 40-D; la cual había gobernado como Presidente de los Estados Unidos y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas hasta que un misil, disparado por las naves alienígenas, la había dejado fuera de servicio. Durante ese periodo, el Presidente sustituto, Max Fischer, había tomado el poder, un bobo designado por la Unión de Estados, un hombre primitivo con una antinatural y bucólica astucia. Cuando al fin Unicefalón 40-D fue reparada y reasumió su funcionamiento, le había ordenado a Fischer que abandonara su oficina y a Jim Briskin que cesara su actividad política. Ninguno de los hombres había obedecido. Briskin siguió con su campaña contra Max Fischer, y Fischer se las había arreglado, por medio de algún método todavía desconocido, para desactivar a la computadora. Convirtiéndose, por lo tanto, de nuevo en el Presidente de los Estados Unidos.

Y su primer acto había sido encarcelar a Jim-Jam Briskin.

—¿Lo ha visitado mi abogado, Art Heaviside? —preguntó Hada.

—No —dijo Briskin con brevedad.

—Escúcheme amigo —dijo Hada—, sin mi ayuda usted estará en prisión para siempre, o al menos hasta que Max Fischer muera. Esta vez no cometerá el error de permitir que Unicefalón 40-D sea reparada; está fuera de combate para siempre.

—Y usted me quiere para su Red a cambio de sacarme de aquí —dijo Briskin.

Fumaba rápido su cigarrillo.

—Lo *necesito*, Jim-Jam —dijo Hada—. Hizo falta coraje de su parte para exponer al Presidente Fischer como el bufón hambriento de poder que es; en Max Fischer tenemos una terrible amenaza pendiendo sobre nosotros, y si no nos unimos y trabajamos rápido será demasiado tarde; ambos estaremos muertos. Usted sabe —de hecho lo dijo en TV— que Fischer recurriría sin problemas al asesinato para conseguir lo que quiere.

—¿Puedo decir lo que quiera por medio de sus instalaciones? —inquirió Briskin.

—Le doy libertad absoluta. Ataque a quien quiera, incluso a mí.

Luego de una pausa, Briskin respondió:

—Aceptaría su oferta, Hada... pero dudo de que incluso Art Heaviside pueda sacarme de aquí. Leon Lait, el Fiscal General de Fischer, esta conduciendo personalmente el proceso en mi contra.

—No se resigne —dijo Hada—. Billones de sus televidentes están esperando para verlo salir de esta celda. En este momento mis boletines televisivos están clamando por su liberación. La presión publica está creciendo. Incluso Max tendrá que escuchar eso.

—Lo que temo es que me ocurra un «accidente» —dijo Briskin— Tal como el *«accidente»* que sufrió Unicefalón 40-D un semana luego de reasumir su funcionamiento. Si no pudo salvarse ella, como puedo...

—¿Usted esta asustado? —preguntó Hada con incredulidad—. Jim-Jam Briskin, el prestigioso payaso de las noticias... No puedo creerlo.

Se hizo un silencio, quebrado por Briskin:

—La razón por la que mis patrocinadores, *Reinlander Beer* y *Calbest Electronics*, no han sido capaces de sacarme es —hizo una pausa— la presión del Presidente Fischer sobre ellos. Sus abogados hasta lo admitieron conmigo. Cuando Fischer se entere de que usted está tratando de ayudarme, él aplicará toda la presión que disponga directamente sobre usted. —Dirigió una aguda mirada a Hada—. Me pregunto si tiene el aguante necesario para soportarlo.

—Ciertamente lo tengo —dijo Hada—. Como le dije al Dr. Yasumi...

—Y presionará a sus esposas —continuó Jim-Jam Briskin.

—Me divorciare de las ocho —replicó Hada acalorado.

Briskin extendió su mano y se dieron un apretón.

—Es un trato entonces —dijo Jim-Jam—. Iré a trabajar para CULTURE tan pronto como salga de aquí. —Sonrió en forma cansada pero esperanzadora.

—¿Ha oído alguna vez de Rags Park, el cantante melódico *folk*? Hoy a las tres y media lo contrataré a él también.

—Hay un aparato de televisión aquí y de vez en cuando veo alguno de los actos de Park —dijo Briskin—. Suena bien, pero... ¿quiere usted eso en CULTURE? No es muy *educacional* que digamos.

—CULTURE esta cambiando. Vamos a suavizar nuestro tono didáctico de ahora en más. Hemos estado perdiendo a nuestra audiencia. No es mi intención ver como CULTURE se desvanece. El solo pensarlo...

La palabra CULTURE se refería a «Comité de Utilización de Técnicas de Aprendizaje para Propósitos de Renovación Urbana». Gran parte de las propiedades en bienes raíces de Hada, consistían en la ciudad de Portland, Oregon, la cual había adquirido —intacta— hacía diez años. No tenía un gran valor; típico de las constelaciones de conventillos semiabandonados en que se habían convertido, no solo repelentes sino también obsoletos, Portland tenía un cierto valor sentimental para él debido a que había nacido allí.

Sin embargo, un pensamiento permanecía en su mente. Si por algún motivo las colonias en los otros Planetas y Lunas debían ser abandonadas, si sus habitantes fluyeran de retorno a la Tierra, las ciudades serían repobladas nuevamente. Y con las naves alienígenas moviéndose rápidamente cerca de los Planetas más lejanos, esto no era tan imposible como sonaba. De hecho, algunas familias ya habían emigrado de vuelta a la Tierra...

Por lo tanto, bajo la superficie, CULTURE no era exactamente la empresa de Servicio Público desinteresado y sin fines de lucro que aparentaba. Mezclados con la educación, los boletines de Hada difundían la seductora idea de la ciudad, todo lo que esta podía ofrecer, cuan poco había en las colonias. *«Abandone la difícil y cruda vida en la frontera»,* declaraba CULTURE día y noche. *«Retorne a su Planeta; repare las ciudades en decadencia. Ellas son su verdadero hogar».*

¿Sabía esto Briskin? Se preguntaba Hada. ¿Comprendía el payaso de las noticias el *verdadero* propósito de su Organización?

Hada iba a averiguar esto... cuando lograra —si lo lograba— sacar a Briskin de la cárcel y ponerlo delante de un micrófono de CULTURE.

A las tres en punto, Sebastián Hada conoció al cantante *folk* Ragland Park en la oficina de La Habana de CULTURE.

—Estoy encantado de conocerlo —dijo Rags Park con timidez. Alto, flaco, con su enorme bigote negro escondiendo casi toda su boca, caminando en un estado semiinconsciente y arrastrando los pies, sus ojos azules brillaban auténticamente gentiles y amistosos. Poseía una inusual dulzura en su persona, notó Hada. De una calidad casi de santo. Hada se encontraba impresionado.

—¿Usted toca tanto la guitarra como el banjo de cinco cuerdas? —dijo Hada—. No al mismo tiempo, por supuesto.

—No, señor. Alterno entre una y otro —musitó Rags Park—. ¿Quiere que toque algo para usted ahora?

—¿Dónde nació usted? —preguntó Nat Kaminsky. Hada había traído con él a su Jefe de Producción; en este tipo de asuntos, la opinión de Kaminsky era valiosa.

—En Arkansas —respondió Rags—. Mi familia cría cerdos. —Tenía su banjo con él y ahora hacía sonar nerviosamente un par de notas—. Conozco una canción realmente triste que le romperá el corazón. Se llama *«Pobre Viejo Hoss».* ¿Quiere que la cante?

—La hemos oído —dijo Hada—. Sabemos que es bueno. —Trató de imaginarse a ese desmañado joven haciendo sonar su música a través de CULTURE entre lecciones sobre los escultores de retratos del siglo veinte; difícil de imaginar…

—Apuesto a que hay *algo* que usted no sabe sobre mí Sr. Hada. Compongo gran parte de mis baladas —dijo Rags.

—Creativo —dijo Kaminsky expresamente a Hada—. Eso es bueno.

—Por ejemplo —continuo Rags—, una vez hice una balada sobre un hombre llamado Tom McPhail quien corrió quince kilómetros con un cubo de agua para apagar el fuego de la cuna de su pequeña hija.

—¿Lo logró? —pregunto Hada.

—Claro que sí. Justo a tiempo. Tom McPhail corrió rápido y más rápido con ese cubo de agua.

Cantando, Rags hizo sonar su banjo como acompañamiento:

«Aquí viene Tom McPhail,
agarrando fuerte ese pequeño cubo.
Agarrándolo fuerte chicos, aquí viene.
Corazón lleno de miedo, facultades entumecidas».

Twang, twang, sonaba el banjo, triste y apremiante.

—He estado siguiendo sus *shows* y nunca lo he oído cantar esa canción —dijo Kaminsky con intensidad.

—Ah —dijo Rags—. Tuve mala suerte con eso, Sr. Kaminsky. Resulta que realmente *existe* un Tom McPhail. Vive en Pocatello, Idaho. Canté acerca del viejo Tom McPhail en mi *show* de TV número catorce en enero y ahí mismo se molestó —estaba escuchando— he hizo que un abogado me escribiera.

—¿No era solamente una *coincidencia* en los nombres? —quiso saber Hada.

—Bueno —dijo Rags, caminando inconscientemente en círculos—, parece que realmente había habido un incendio en su casa de Pocatello, y McPhail,

entró en pánico y corrió con un cubo hasta el arroyo, y éste estaba a 15 kilómetros, como yo dije en la canción.

—¿Volvió con el agua a tiempo?

—Sorprendentemente, lo hizo —dijo Rags.

—Sería mejor, para CULTURE, si este hombre se limita a auténticas baladas inglesas tales como *«Greensleeves»*. Eso sería más cercano a lo que queremos —dijo Kaminsky a Hada.

—Mala suerte elegir un nombre para una balada y que resulte que tal hombre realmente existe... ¿ha tenido esa clase de *mala suerte* desde entonces? —Hada le preguntó a Rags, pensativo.

—Sí, la he tenido —admitió Rags—. Compuse una balada la semana pasada... era acerca de una dama, la Señorita Marsha Dobbs. Escuchen.

«Todo el día, toda la noche, Marsha Dobbs.
Ama a un hombre casado a cuya esposa arrebata.
Arrebata esa esposa y ese hogar del corazón de Jack Cooks.
Roba al esposo, destruye al matrimonio».

—Ese es el primer verso —explicó Rags—. Sigue por 17 versos; explica como Marsha empieza a trabajar en la oficina de Jack Cooks como secretaria, va a almorzar con él, luego más tarde ellos se encuentran en...

—¿Hay alguna lección moral al final? —preguntó Kaminsky.

—Seguro —afirmó Rags—. No te metas con el hombre de otra porque si lo haces, el cielo vengara a la esposa deshonrada. En este caso:

«La gripe espera a Jack a la vuelta de la esquina.
Para Marsha Dobbs sería peor, un ataque al corazón.
A la Sra. Cooks, la mano del cielo decidió perdonar.
La rodeó, se convirtió en una prenda difícil de llevar.
La Sra. Cooks...».

Hada interrumpió la música y el canto:

—Eso está muy bien, Rags. Es suficiente. —Lanzó una mirada a Kaminsky y dio un respingo.

—Y apuesto que resultó —dijo Kaminsky—, que hay una verdadera Marsha Dobbs que tuvo un romance con su jefe, Jack Cooks.

—Correcto —dijo Rags, asintiendo—. Ningún abogado me llamó, pero lo leí en el periódico, el *New York Times*. Marsha, ella murió de un paro cardíaco, y fue justamente durante... —Dudo modestamente—. Usted sabe. Mientras ella y Jack estaban en un satélite motel, haciendo el amor.

—¿Ha eliminado esa canción de su repertorio? —pregunto Kaminsky.

—Bueno —dijo Rags—, no logro decidirme. Nadie me esta demandando... y me gusta la balada. Creo que voy a conservarla.

Hada pensó, para sí mismo, ¿que era lo que había dicho el Dr. Yasumi? Que olfateaba poderes psíquicos de algún tipo inusual en Ragland Park... tal vez es el poder parapsicológico de tener la mala suerte de componer baladas sobre gente que verdaderamente existe. No era precisamente un gran talento.

Por otro lado, comprendió, podría ser una variante del talento telepático... y con un pequeño retoque podría ser bastante valioso.

—¿Cuanto tiempo le toma componer una balada? —le preguntó a Rags.

—Puedo hacerlo en el acto —respondió Rags Park— Podría hacerlo ahora; dígame un tema y compondré aquí mismo en su oficina.

Hada caviló un instante y luego dijo:

—Mi esposa Thelma ha estado alimentando a un zorro gris que yo sé, o creo saber, que mató y comió a nuestro mejor pato *Rouen*.

Luego de un momento de consideración, Rags Park entonó:

«La Sra. Thelma Hada habló al zorro.
Le construyó una casa de un vieja caja de pino.
Sebastián Hada oyó un triste cacareo:
El malvado zorro gris se había comido a su pato».

—Pero los patos no cacarean, ellos graznan —dijo Nat Kaminsky críticamente.

—Ese es un hecho —admitió Rags. Deliberó un momento y luego cantó:

«El Jefe de Producción de Hada cambió mi suerte.
No tengo trabajo, y los patos no cacarean».

—Ok, Rags; usted gana —y dirigiéndose a Hada—. Le aconsejo que lo contrate —finalizó Kaminsky sonriendo abiertamente.

—Déjeme preguntarle algo —dijo Hada a Rags—. ¿Cree usted que el zorro atrapó a mi *Rouen*?

—Cielos —dijo Rags— no se nada sobre eso.

—Pero en su balada usted lo dijo así —señaló Hada.

—Déjeme pensarlo —dijo Hada. En un momento cantó una vez más y dijo:

«Interesante problema ha planteado Hada.
Tal vez mi habilidad está subestimada.
Tal vez no soy un tipo ordinario.
¿Compongo mis baladas utilizando poderes psíquicos?»

—¿Cómo supo que yo di a entender poderes psíquicos? —preguntó Hada—. Usted puede leer los pensamientos interiores, *¿no es cierto?* Yasumi tenía razón.

—Señor, yo *sólo* estoy cantando; solo soy un animador, igual que Jim-Jam Briskin, el payaso de las noticias al que el Presidente Fischer metió a la cárcel —respondió Rags.

—¿Tiene miedo a la cárcel? —le preguntó Hada sin rodeos.

—El Presidente Fischer no tiene nada contra mí —dijo Rags—. *No hago baladas políticas*.

—Si usted trabaja para mí —dijo Hada—, tal vez lo haga. Estoy tratando de sacar a Jim-Jam de la cárcel; hoy todos mis boletines han comenzado la campaña.

—Sí, *él* debería ser liberado —estuvo de acuerdo Rags, asintiendo con la cabeza—. Eso fue algo malo, el Presidente Fischer utilizando al FBI para eso... esos alienígenas no son una amenaza importante.

Kaminsky, frotándose la mejilla en actitud meditabunda, dijo:

—Haga una balada sobre Jim-Jam Briskin, Max Fischer, los *aliens*, sobre toda la situación política. Mézclelo todo.

—Eso es pedir demasiado —dijo Rags, con una sonrisa sesgada.

—Inténtelo —dijo Kaminsky—. Vea que tan bien puede epitomar.

—Guau —dijo Rags—. Epitomar. Ahora sé que estoy hablando con CULTURE. Correcto, Sr. Kaminsky. ¿Que tal esto? —y cantó:

«Pequeño Presidente panzón llamado Max,
usó su poder, cayo sobre Jim como un hacha.
Sebastián Hada lanzó una mirada de buitre.
Ve su oportunidad, interviene con CULTURA».

—Está contratado —dijo Hada al cantante *folk*, y metió la mano en su bolsillo para extraer un formulario de contrato.

—¿Tendremos éxito, Sr. Park? Díganos como resultarán las cosas —quiso saber Kaminsky.

—Yo, eh... mejor no —dijo Rags—. Por lo menos no en este momento. ¿Usted cree que también puedo leer el futuro? ¿Que soy precognitivo además de telépata? —Rió gentilmente—. Tengo mucho talento, de acuerdo a usted; estoy halagado —hizo una reverencia irónica.

—Asumiré que usted vendrá a trabajar para nosotros —dijo Hada—. Y su deseo de ser un empleado de CULTURE es un signo de que siente que el Presidente Fischer no será capaz de atraparnos.

—Oh, podríamos estar en la cárcel también, junto con Jim-Jam —murmuró Rags—. Eso no me sorprendería. —Sentándose, con su banjo en la mano, se preparó para firmar el contrato.

En su dormitorio de la Casa Blanca, el Presidente Max Fischer había escuchado casi una hora en su TV, como CULTURE machacaba una y otra vez sobre el mismo tema. Jim-Jam debe ser liberado, dijo la voz; era una suave y profesional voz de anunciante, pero detrás de ella, silencioso, Max sabía, estaba Sebastián Hada.

—Fiscal General —dijo Max a su primo Leon Lait— consígame *dossiers* sobre todas las esposas de Hada, las siete u ocho, lo que sea. Creo que tengo que tomar un curso drástico.

Cuando, más tarde ese día, los ocho *dossiers* estaban delante de él, comenzó a leer cuidadosamente, mascando su cigarro *El Producto* y frunciendo el ceño, sus labios moviéndose con el esfuerzo de comprender el intrincado y detallado material.

Jesús, que desastre deben ser algunas de esas damas, comprendió. Deberían estar recibiendo psicoterapia química, que les enderezaran sus metabolismo cerebrales. Pero no estaba descontento; había sido suya la corazonada de que un hombre como Sebastián Hada atraería a una clase inestable de mujer.

Una en particular, la cuarta esposa de Hada, le interesaba. Zoe Martin Hada, 31 años de edad, vivía ahora en Io con su hijo de diez años.

Zoe Hada tenía definitivamente rasgos psicóticos.

—Fiscal General —dijo a su primo—, la dama esta viviendo en una pensión proporcionada por el Departamento de Salud Mental de los Estados Unidos. Hada no esta contribuyendo con un centavo para su mantenimiento. Tráigala aquí a la Casa Blanca, ¿comprende? Tengo un trabajo para ella.

A la mañana siguiente, Zoe Martin Hada fue llevada a su oficina.

Vio, entre dos hombres del FBI, a una mujer flaca y huesuda, atractiva, pero con ojos salvajes y llenos de hostilidad.

—Hola, Sra. Zoe Hada —dijo Max—. Escúcheme, conozco algo sobre usted; usted es la única genuina Sra. Hada, las otras son impostoras, ¿correcto? Y Sebastián se la jugo sucia. —Esperó, y vio como cambiaba la expresión del rostro de ella.

—Sí —dijo Zoe—. He estado en las Cortes por seis años tratando de probar lo que usted acaba de decir. Casi no puedo creerlo, ¿usted va realmente a ayudarme?

—Seguro —dijo Max—. Pero usted tiene que hacerlo a *mi* manera; quiero decir, si espera que ese canalla de Hada cambie, está perdiendo su tiempo. Todo lo que usted puede hacer —hizo una pausa—, es *emparejar* el marcador.

La violencia que había abandonado su cara se arrastró lentamente de vuelta, a medida que ella comprendía gradualmente lo que él quería decir.

Frunciendo el ceño, el Dr. Yasumi dijo:

—He llevado a cabo mi examen, Hada. —Comenzó a guardar su equipo de tarjetas—. Este Rags Park no es ni un telépata ni un precognitivo; tampoco lee mi mente ni prevé lo que va a suceder y, francamente, Hada, aunque todavía detecto poderes psíquicos en él, no tengo idea de que podría ser.

Hada escuchaba en silencio. En ese momento, Rags Park, esta vez con una guitarra sobre su hombro, entró desde la otra habitación. Parecía sorprenderlo que el Dr. Yasumi no pudiera sacar ninguna conclusión de él; les sonrío a ambos y luego se sentó.

—Soy un rompecabezas —le dijo a Hada—. O consiguió demasiado cuando me contrato o consiguió demasiado poco... pero usted no sabe cual de las dos y tampoco lo sabemos el Dr. Yasumi o yo.

—Quiero que empiece en CULTURE de una vez —dijo Hada con impaciencia—. Componga y cante baladas que describan la injusta detención y hostigamiento de Jim-Jam Briskin por parte de Leon Lait y su FBI. Haga que Lait aparezca como un monstruo; haga que Fischer aparezca como un bobo codicioso y manipulador. *¿Comprende?*

—Seguro —dijo Rags Park, asintiendo—. Tenemos que despertar a la opinión pública. Lo sabía cuando firme; ya no lo estoy entreteniendo más.

El Dr. Yasumi dijo a Rags:

—Escuche, tengo un favor que pedirle. Componga una balada contando como Jim-Jam Briskin salió de cárcel.

Tanto Hada como Rags Park le lanzaron una mirada.

—No sobre lo que es —explicó Yasumi—, sino sobre aquello que queremos que sea.

—De acuerdo —aceptó Park encogiéndose de hombros.

La puerta de la oficina de Hada se abrió de golpe y apareció la cabeza del jefe de guardaespaldas de Hada, Dieter Saxton:

—Sr. Hada, acabamos de balear a una mujer que estaba tratando de llegar hasta usted con una bomba casera. ¿Tiene un momento para identificarla? Creemos que tal vez es, quiero decir *era*, una de sus esposas.

—Dios del cielo —dijo Hada, y corrió con Saxton fuera de la oficina y por el corredor.

Allí en el suelo, cerca de la entrada de la mansión, yacía una mujer que él conocía. *Zoe*, pensó. Se arrodilló, la tocó.

Librodot

—Lo lamento —musitó Saxton—. Tuvimos que hacerlo, Sr. Hada.

—Esta bien —dijo él—. Le creo si usted lo dice. —Confiaba enormemente en Saxton; después de todo, tenía que hacerlo.

—Creo que de ahora en más sería mejor que uno de nosotros estuviera con usted en todo momento. No me refiero afuera de su oficina; quiero decir vigilancia cercana —dijo Saxton.

—Me pregunto si Max Fischer la envió aquí —dijo Hada.

—Las chances son altas —dijo Saxton—. Apostaría sobre ello.

—Sólo porque estoy tratando de liberar a Jim-Jam Briskin. —Hada estaba totalmente convulsionado—. Realmente me sorprende. —Se puso en pie tambaleando.

—Déjeme ir tras Fischer —lo urgió Saxton en voz baja—. Para su protección. Él no tiene derecho a ser Presidente. Unicefalón 40-D es nuestro único Presidente legal y todos sabemos que Fischer la sacó de servicio.

—No —murmuró Hada—. No me gusta el asesinato.

—No es asesinato —dijo Saxton—. Es protección para usted, sus esposas e hijos.

—Tal ves lo sea —dijo Hada—, pero no puedo hacerlo. Por lo menos no todavía. —Dejó a Saxton y recorrió con dificultad el camino de vuelta a su oficina, donde aguardaban Rags Park y el Dr. Yasumi.

—Oímos todo —le dijo Yasumi—. Aguántelo, Hada. La mujer era una esquizofrénica paranoica con delirios de persecución; sin psicoterapia era inevitable que encontrara una muerte violenta. No se culpe a sí mismo o al Sr. Saxton.

—Y una vez ame a esa mujer…

Rasgando tristemente su guitarra, Rags Park cantaba para sí; las palabras no eran audibles. Tal vez estaba practicando su balada sobre el escape de prisión de Jim Briskin.

—Acepte el consejo del Sr. Saxton —dijo el Dr. Yasumi—. Protéjase en todo momento —dio un palmeada a Hada en el hombro.

—Sr. Hada, creo que ya tengo mi balada. Acerca… —comenzó Rags.

—No quiero oírla ahora —dijo Hada ásperamente—. No ahora. —Deseó que los dos hombres se fueran; quería quedarse solo.

Tal vez *debería* devolver el golpe, pensó. El Dr. Yasumi me lo recomendó; ahora Dieter Saxton me lo recomienda. ¿Que recomendaría Jim-Jam? Tiene una mente atinada... él diría, no utilice el asesinato. Se que *esa* sería su respuesta; lo conozco.

Y si dice que no lo haga, no lo haré.

El Dr. Yasumi estaba instruyendo a Rags Park:

—Una balada, por favor, acerca del jarrón con gladiolos que esta allí en la biblioteca. Diga como hacerlo crecer recto en el aire y que se suspenda en él; ¿de acuerdo?

—¿Que clase de balada es esa? —dijo Rags—. De todas formas, mi trabajo ya esta determinado; usted escuchó lo que dijo el Sr. Hada.

—Pero todavía estoy examinándolo —refunfuño el Dr. Yasumi.

Max Fischer se dirigió disgustado a su primo el Fiscal General:

—Bueno, no lo liquidamos.

—No, Max —reconoció Leon Lait—. Tiene buenos hombres con él; no es un individuo como Briskin; es una Corporación entera.

Malhumorado, Max dijo:

—Leí un libro una vez que decía que si tres personas están compitiendo, eventualmente dos de ellas se unirán contra el tercero. Es inevitable. Eso es exactamente lo que ha pasado; Hada y Briskin son socios, y yo estoy solo. Tenemos que separarlos Leon, y poner a uno de nuestro lado contra el otro. Hubo un tiempo en que a Briskin le agradaba. Sólo que no aprobaba mis métodos.

—Espera a que se entere de que Zoe Hada trató de matar a su ex marido, entonces Briskin va a deplorarte realmente —dijo Leon.

—¿Crees que ahora es imposible ganarlo para nuestro lado entonces?

—Seguro que sí, Max. Estamos en peor posición que nunca con respecto a él. Olvídate de traerlo a nuestro lado.

—Tengo una idea en mente sin embargo —dijo Max—; todavía no puedo descubrir bien que es pero tiene algo que ver con liberar a Jim-Jam con la esperanza de que sienta gratitud hacia mí.

—Estas loco —dijo Leon—. ¿Como se te ocurrió una idea como esa? No es de tu tipo.

—No lo sé —gimió Max—. *Pero ahí está*.

Rags Park le dijo a Sebastián Hada:

—Eh, creo que ya me conseguí una balada, Sr. Hada. Como el Dr. Yasumi sugirió. Tiene que ver con como Jim-Jam Briskin sale de la cárcel. ¿Quiere oírla?

Lentamente, Hada asintió:

—Adelante —después de todo, le estaba pagando al cantante *folk*; bien podría conseguir algo por su dinero.

Haciendo sonar su música, Rags cantó:

«Jim-Jam Briskin languidecía en prisión,
No podía encontrar a nadie que pagara su fianza.
¡Culpen a Max Fischer! ¡Culpen a Max Fischer!».

—Ese es el estribillo, «¡Culpen a Max Fischer!». *¿Ok?* —explicó Rags.

—De acuerdo —dijo Hada, asintiendo.

«El Señor vino y dijo, Max, estoy enojado.
Lanzar a ese hombre a la cárcel, eso estuvo mal.
¡Culpen a Max Fischer! el buen Señor clamó.
Pobre Jim Briskin, sus derechos le fueron negados.
¡Culpen a Max Fischer! aquí estoy para decir;
El buen Señor dijo, él ira derecho al infierno.
¡Arrepiéntete, Max Fischer! hay solo una ruta:
Gánate mi favor; libera a Jim-Jam».

—Esto es lo que va a pasar ahora —Rags le explicó a Hada. Aclaró su garganta:

«El malo Max Fischer, él vio la luz,
dijo a Leon Lait, tenemos que hacer el bien.
Envió un mensaje para que girara la llave,
Abriera la puerta y dejara salir a Jim-Jam.
El viejo Jim Briskin vio el fin de su aprieto;

La puerta de la cárcel abierta ahora, deja entrar la luz».

—Eso es todo —informó Rags a Hada—. Es una suerte de canción *folk* para vocear, una canción espiritual para seguir el ritmo golpeando ligeramente con su pie. ¿Le gusta?

Hada se las ingenio para asentir:

—Seguro. Cualquier cosa está bien.

—¿Debo decirle al Sr. Kaminsky que usted quiere que la cante al aire en CULTURE?

—Difúndala —dijo Hada. No le importaba; la muerte de Zoe todavía pesaba en su mente, se sentía responsable, debido a que después de todo habían sido sus guardaespaldas los que lo habían hecho, y el hecho de que Zoe hubiera estado loca, tratando de destruirlo, no parecía importar. Aún era una vida humana; aún era un asesinato.

—Escuche —le dijo a Rags en un impulso—. Quiero que componga otra canción, ahora.

Con simpatía, Rags dijo:

—Ya sé, Sr. Hada. Una balada sobre la triste muerte de su ex esposa Zoe. He estado pensando sobre eso y ya tengo una balada lista. Escuche:

«Había una vez una dama bella de ver y oír;
Vagaba, un espíritu, sobre campos y estrellas,
Dolorida, pero perdonando a la distancia.
Ese espíritu sabe quien la traicionó.
Fue un extraño, no de los suyos.
Fue Max Fischer quien sabía que ella no...».

—No me libere de culpa, Rags; yo soy el culpable. No acuse de todo a Max como si él la hubiera azuzado —lo interrumpió Hada.

Sentado en la esquina de la oficina, escuchando en silencio, habló el Dr. Yasumi:

—Y también le da demasiado crédito al Presidente Fischer en sus baladas, Rags. En la balada sobre la liberación de Jim-Jam de la cárcel, usted específicamente le da crédito a Max Fischer por un ético cambio de parecer. Él no hará esto. El crédito de la liberación de Jim-Jam debe ser para Hada. Escuche, Rags; he compuesto un poema para esta ocasión.

El Dr. Yasumi entono:

«El payaso de las noticias no anida en la cárcel.
Un amigo, Sebastián Hada, lo liberó.
El ama a ese amigo, lo estima.
Sabe a quien honrar, y a quien buscar».

—Exactamente, treinta y dos sílabas —explicó el Dr. Yasumi modestamente—. La poesía japonesa al viejo estilo *haiku* no debe rimar como las baladas norteamericanas e inglesas, sin embargo debe ir derecho al grano, lo cual en este asunto es crucial. —Dijo a Rags—. Usted transforme mi *haiku* en una balada, ¿correcto? A su manera típica, con ritmo, rimando pares, etcétera.

—Yo conté treinta y tres sílabas —dijo Rags—. De cualquier forma, soy un artista creativo; no estoy acostumbrado a que me digan que componer. —

Giró hacia Hada—. ¿Para quién estoy trabajando, para usted o él? No para él, hasta donde yo sé.

—Haga como el Dr. dice —dijo Hada a Rags—. Es un hombre brillante.

Malhumoradamente, Rags murmuró:

—De acuerdo, pero no esperaba esta clase de trabajo cuando firme el contrato. —Se retiró al extremo más alejado de la oficina para cavilar, pensar y componer.

—¿Que esta tramando con esto, Doctor?— preguntó Hada.

—Ya veremos —dijo el Dr. Yasumi misteriosamente—. Tengo una teoría sobre los poderes psíquicos de este baladista aquí presente. Puede dar frutos, puede que no.

—Parece sentir que el exacto fraseo de las baladas de Rags es muy importante —dijo Hada.

—Eso es correcto —coincidió el Dr. Yasumi—. Como en un documento legal. Usted espere, Hada; eventualmente, si tengo razón, lo descubrirá. Si estoy equivocado, ya no importa de ninguna manera —sonrió alentadoramente a Hada.

Sonó el teléfono en la oficina del Presidente Max Fischer. Era el Fiscal General, su primo, sonando agitado.

—Max, fui a la Prisión Federal donde está Jim-Jam, para ver como invalidar los cargos en su contra tal como estuviste hablando... —Leon dudó—. No está, Max. Ya no está aquí —Leon sonaba totalmente nervioso.

—¿Como salió? —dijo Max, con más desconcierto que enojo.

—Art Heaviside, el abogado de Hada, encontró una manera; todavía no *sé* que es, tengo que ver al Juez de la Corte del Circuito Dale Winthorp acerca de eso; él firmó la orden de liberación hace una hora o algo así. Tengo una cita con Winthorp... tan pronto como lo haya visto, te llamare de nuevo.

—Maldición —dijo Max lentamente—. Bueno, llegamos demasiado tarde. —Colgó el teléfono reflexivamente y luego se concentró. ¿Que tenía Hada planeado para él? se preguntó. *Algo* que no comprendo.

Y ahora, descubro que debo preocuparme de Jim Briskin apareciendo en TV. En la Red de CULTURE.

Con alivio, vio en la pantalla no a Jim Briskin sino a un cantante *folk* dando punteos con un banjo.

Y luego se dio cuenta de que el cantante folk estaba cantando sobre él.

«El malo Max Fischer, él vio la luz,
dijo a Leon Lait, tenemos que hacer el bien.
Envió un mensaje para que girara la llave».

Escuchando, Max Fischer dijo en voz alta:

—¡Dios mío, *eso* es exactamente lo que paso! ¡Eso es exactamente lo que hice! —Escalofriante, pensó. Qué significa, este cantante de baladas en CULTURE que canta sobre lo que estoy haciendo, ¡asuntos secretos sobre los que no es posible que supiera!

Telepático tal vez, pensó Max. Eso debe ser.

Ahora el intérprete de *folk* estaba cantando y punteando acerca de Sebastián Hada, de cómo Hada había sido personalmente responsable de sacar a Jim-Jam Briskin de la cárcel. Y es cierto, se dijo Max para sí. Cuando Leon Lait llego a la Prisión Federal, se encontró con que Briskin

había sido liberado por acción de Art Heaviside... será mejor que escuche muy cuidadosamente a este cantante, porque por algún motivo parece saber más que yo.

Pero el cantante había terminado.

El anunciante de CULTURE estaba diciendo:

—Ese fue un breve interludio de baladas políticas a cargo del mundialmente reconocido Ragland Park. El Sr. Park, usted estará complacido al saberlo, aparecerá en este canal cada hora para cinco minutos de nuevas baladas, compuestas para la ocasión aquí en los estudios CULTURE. El Sr. Park estará observando los teletipos y compondrá sus baladas para...

En ese momento Max apagó la TV.

Como una zapada, comprendió Max. Nuevas baladas. Dios, pensó, lúgubre. Suponer que Park canta sobre el retorno de Unicefalón 40-D.

Tengo un presentimiento, pensó, de que lo que Ragland Park canta se convierte en realidad. Es uno de esos talentos psíquicos.

Y ellos, la oposición, están haciendo uso de esto.

Por otra parte, pensó, yo podría tener un par de talentos psíquicos propios. Porque si no los tuviera no habría llegado tan lejos como llegue.

Sentado delante de la TV, lo encendió una vez más y esperó, mordiéndose el labio inferior y deliberando sobre lo que debería hacer. Hasta el momento no se le había ocurrido nada. Pero lo haré, tarde o temprano, se dijo para sí. Y antes de que a ellos se les ocurra la idea de recuperar a Unicefalón 40-D...

—He resuelto cuál es el talento psíquico de Ragland Park, Hada. ¿Le interesa saberlo? —preguntó el Dr. Yasumi.

—Estoy más interesado en el hecho de que Jim-Jam Briskin está fuera de la cárcel —respondió Hada. Colgó el receptor del teléfono, casi incapaz de creer las noticias—. Estará aquí inmediatamente —dijo al Dr. Yasumi—. Esta en camino, en el monorriel. Nos encargaremos de que llegue a Calixto, donde Max no tiene jurisdicción, para que no puedan volver a arrestarlo. — Su mente era un torbellino de planes. Frotando sus manos, dijo rápidamente—: Jim-Jam puede transmitir desde nuestro satélite en Calixto. Y puede vivir en la propiedad que tengo allí, eso será cocer y cantar para él, sé que estará de acuerdo.

—Él esta fuera —dijo el Dr. Yasumi con sequedad— por el talento psíquico de Rags, así que le conviene escuchar. Porque este talento psíquico no es comprendido ni siquiera por Rags y, tan seguro como que hay un Dios, podría volverse contra usted en cualquier momento.

—De acuerdo, deme su opinión —dijo Hada reluctante.

—La relación entre las baladas compuestas por Rags y la realidad es una de causa y efecto. Lo que Rags describe ocurre. La balada precede al evento y no por mucho tiempo. ¿Lo ve? Esto podría ser peligroso, si Rags lo comprendiera y lo usara para su propia ventaja.

—Si esto es cierto —dijo Hada— entonces queremos que componga una balada sobre el retorno a la acción de Unicefalón 40-D. —Eso era obvio inmediatamente para él. Max Fischer sería merecidamente el Presidente sustituto una vez más, como había sido originalmente. Sin autoridad de ningún tipo.

—Correcto —dijo el Dr. Yasumi—. Incluso Park no podría fallar con eso. — Entonces quedó en silencio, pensando profundamente. Ragland Park era

potencialmente más peligroso que Max Fischer. Por otro lado, Ragland parecía ser un buen tipo; no había motivo para asumir que usaría mal su poder, como Max Fischer usaba el suyo.

Pero era un enorme grado de poder para que un ser humano tuviera. Demasiado.

—Debe tenerse cuidado acerca de que tipo de baladas que compone Ragland. Los contenidos deben ser editados por adelantado, tal vez por usted —advirtió Yasumi.

—Quiero tan poca responsabilidad como sea posible... —comenzó a decir Hada, y luego se interrumpió. La recepcionista le había zumbado; encendió el intercomunicador.

—El Sr. James Briskin esta aquí.

—Hágalo pasar de inmediato. —dijo Hada, encantado—. Ya esta aquí, Ito —Hada abrió la puerta de la oficina, y allí estaba Jim-Jam, con expresión sobria.

—El Sr. Hada lo liberó —informó el Dr. Yasumi a Jim-Jam.

—Lo sé. Lo aprecio, Hada —Briskin entró en la oficina y Hada cerró la puerta con llave.

—Escuche, Jim-Jam —dijo Hada sin preámbulos—, tenemos problemas más grandes que nunca. Max Fischer no es ninguna amenaza en comparación. Ahora tenemos que vérnoslas con la forma de poder definitiva, una forma absoluta en lugar de relativa. Ojalá nunca me hubiera metido en esto; ¿de quién fue la idea de contratar a Rags Park?

—Suya, Hada, y yo le advertí en ese momento —dijo el Dr. Yasumi.

—Será mejor que dé instrucciones a Rags de no componer más baladas —decidió Hada—. Ese es el primer paso a tomar. Llamaré al estudio. Dios mío, puede componer una acerca de todos nosotros yéndonos al fondo del Atlántico, o a veinte unidades astronómicas en el espacio exterior.

—Evite el pánico —le dijo el Dr. Yasumi con firmeza—. Ya esta dejando que lo gane el pánico, Hada. Volátil como siempre. Cálmese y piense primero.

—¿Como puedo estar calmo —dijo Hada— cuando ese rústico tiene el poder de manejarnos como juguetes? Porque, él podría comandar el universo entero.

—No necesariamente —expresó su desacuerdo el Dr. Yasumi—, podría haber un límite. El poder psíquico no esta bien comprendido, ni siquiera ahora. Difícil de examinar en condiciones de laboratorio; difícil suscribirse a un escrutinio respetable y riguroso —continuó, reflexionando.

—Como yo entiendo lo que están diciendo... —comenzó Jim Briskin.

—Usted fue liberado por una balada inventada —le dijo Hada—. Hecha por orden mía. Funcionó, pero ahora estamos atascados con el cantante —se paseó de un lado al otro, con las manos en sus bolsillos.

¿Que haremos con Ragland Park? Se preguntó con desesperación.

En los estudios principales de CULTURE en el satélite terrestre Culone, Ragland Park se sentó con su banjo y su guitarra, examinando los despachos noticiosos que llegaban al teletipo y preparaba baladas para su próxima aparición.

Jim-Jam Briskin había sido liberado de prisión por orden de un Juez Federal. Complacido, Ragland consideró componer una balada sobre ese tema, luego recordó que ya había compuesto —y cantado— varias. Lo que

necesitaba era un tema totalmente nuevo. Ya lo había tratado hasta el cansancio.

Desde la cabina de control, la voz de Nat Kaminsky trono a través del altoparlante:

—¿Está listo para salir de nuevo, Sr. Park?

—Seguro —replicó Ragland, asintiendo. Realmente no lo estaba, pero iba a estarlo en un momento.

¿Que tal una balada, pensó, sobre un hombre llamado Pete Robinson de Chicago, Illinois, cuyo perro spaniel fuera atacado por un águila enfurecida un día a plena luz en una calle de la ciudad?

No, eso no es suficientemente político, decidió.

¿Que tal una que tratara sobre el fin del mundo? ¿Un cometa que choca contra la Tierra, o tal vez los alienígenas que llegan en oleadas y conquistan todo... una balada realmente temible con gente estallando y cortada en dos por armas de rayos?

Pero eso era demasiado *intelectual* para CULTURE, eso tampoco serviría.

Bueno, pensó, entonces una canción sobre el FBI. Nunca he hecho una sobre ese tema; los hombres de Leon Lait con sus trajes grises y anchos cuellos rojos... graduados universitarios acarreando portafolios...

Cantó para sí, mientras rasgueaba su guitarra:

«Nuestro Jefe de Departamento dice, Hark;
Ve y trae de nuevo a Ragland Park.
Es una amenaza para el conformismo;
Sus crímenes son una enormidad».

Riendo entre dientes, Ragland pensó en como continuar la balada. *Una balada sobre sí mismo*; una idea interesante... ¿como se le había ocurrido eso?

Estaba tan ocupado pensando la balada que de hecho no notó a los tres hombres en trajes grises con gruesos cuellos rojos que habían entrado al estudio y estaban acercándose a él, cada hombre acarreando un maletín de una manera que dejaba bien en claro que era un graduado universitario y solía llevar uno.

Realmente tengo una buena balada entre manos, se dijo Ragland. La mejor de mi carrera.

Rasgando su guitarra, continuo:

«Si, se escabulleron en la oscuridad.
Apuntaron sus armas y dispararon al pobre Park.
Callaron el clamor de la trompeta de la libertad.
Cuando condenaron a este hombre a la muerte;
Pero un crimen que no será olvidado pronto.
Incluso en una cultura podrida...».

Eso fue lo más lejos que llegó Ragland con su balada. El líder del grupo de hombres del FBI bajo su humeante pistola, asintió a sus compañeros, y luego habló al transmisor de su muñeca.

—Informen al Sr. Lait que hemos tenido éxito.

La metálica voz de su muñeca respondió:

—Bien. Vuelvan al Cuartel de inmediato. *Él* lo ordena.

Él, por supuesto, era Maximilian Fischer. Los hombres del FBI sabían eso, sabían quien los había enviado en su misión.

En su oficina de la Casa Blanca, Maximilian Fischer respiró con alivio cuando fue informado de que Ragland Park estaba muerto. Esa había estado cerca, se dijo. Ese hombre podría haber acabado conmigo... conmigo y con todos en el mundo.

Sorprendente, pensó, fuimos capaces de acabar con él. La suerte estuvo de nuestro lado sin lugar a dudas. Me pregunto porqué.

Podría ser que *uno* de mis talentos psíquicos tiene que ver con acabar con los cantantes *folk*, se dijo a sí mismo y sonrió con disimulada satisfacción.

Específicamente, pensó, un talento psíquico para hacer que los cantantes de *folk* compongan baladas sobre el tema de su propia destrucción...

Y ahora, descubrió, el problema real. Hacer que Jim Briskin volviera a la cárcel. Y será difícil. Hada es lo suficientemente listo para pensar en transportarlo inmediatamente a una Luna remota en donde yo no tenga autoridad, será una larga lucha, *yo contra esos dos*... y bien podrían derrotarme al final.

Suspiró. Mucho trabajo duro, se dijo para sí. Pero creo que tengo que hacerlo. Levanto el teléfono, marcó el número de Leon Lait...

OH, SER UN BLOBEL

I

Introdujo una moneda de platino de veinte dólares en la ranura, y el analista, después de una pausa, se iluminó. Sus ojos brillaron afablemente. Carraspeó, cogió una pluma y un bloc de papel amarillo de su escritorio y dijo:

—Buenos días, señor. Puede usted empezar.

—Buenos días, Dr. Jones. Supongo que no es usted el mismo Dr. Jones que redactó la *«Biografía definitiva de Freud»*... Eso ocurrió hace un siglo. —Rió nerviosamente. Siendo un hombre de condición más bien modesta, no estaba acostumbrado a tratar con los nuevos psicoanalistas completamente homeostáticos—. Bueno —añadió—: ¿tengo que contestar a sus preguntas, o darle los datos de mi caso, o qué?

El Dr. Jones dijo:

—Puede empezar diciéndome quién es y... por que me ha escogido precisamente a mí.

—Soy George Munster, del pasillo 4, edificio WEF-395, del condominio establecido en 1996 en San Francisco.

—¿Cómo está usted, Sr. Munster?

El Dr. Jones extendió su mano y George Munster la estrechó. Descubrió que la mano tenía la agradable temperatura del cuerpo humano y era decididamente suave. Sin embargo, el apretón fue viril.

—Verá —dijo Munster—. Soy un ex Gl, un veterano de guerra. Por eso obtuve mi apartamento en el condominio WEF-395. Los veteranos tenían preferencia.

—Oh, sí —dijo el Dr. Jones, parpadeando rítmicamente, como si midiera el paso del tiempo—. La Guerra con los Blobels.

—Luché tres años en aquella guerra —dijo Munster, alisando nerviosamente su largo y negro pelo—. Odiaba a los Blobels y me presenté voluntario. Tenía dieciocho años y mi empleo era muy bueno... Pero la Cruzada para limpiar el Sistema Solar de Blobels fue para mí lo primero.

—Hum —dijo el Dr. Jones, parpadeando y asintiendo.

George Munster continuó:

—Luché bien. En realidad, obtuve dos condecoraciones y una citación en el campo de batalla. Ascendí a cabo. Me concedieron los galones porque sin ayuda de nadie puse en fuga a un satélite de observación lleno de Blobels; nunca supimos cuántos eran, exactamente, ya que siendo Blobels tienden a unirse y a desunirse de un modo desconcertante...

Se interrumpió emocionado. El hablar de la guerra era demasiado para él. Se tendió en el diván, encendió un cigarrillo y trató de calmarse.

Los Blobels habían emigrado originariamente de otro Sistema Astral, probablemente Próxima. Hacía varios millares de años que se habían establecido en Marte y en Titán, dedicándose a la agricultura. Eran evoluciones de la primitiva ameba unicelular, bastante grandes y con un sistema nervioso altamente desarrollado, pero continuaban siendo amebas, seudópodos, y se reproducían por desdoblamiento. En su mayor parte eran hostiles a los colonos terrestres.

La guerra había estallado por motivos ecológicos. El Departamento de Ayuda al Exterior de las Naciones Unidas había querido cambiar la atmósfera de Marte, haciéndola más respirable para los colonos terrestres. Sin embargo, el cambio perjudicó a las colonias de Blobels establecidas allí. De ahí el conflicto.

Teniendo en cuenta el movimiento browniano, reflexionó Munster, no era posible cambiar la *mitad* de la atmósfera de un planeta. En un período de diez años, la atmósfera modificada se había difundido a través de todo el Planeta, causando sufrimientos —o al menos así lo alegaron ellos— a los Blobels. Como desquite, una flota Blobel se acercó a la Tierra y puso en órbita una serie de satélites técnicamente adulterados y destinados a viciar la atmósfera terrestre. No consiguieron su objetivo, desde luego, porque el Departamento de Guerra de las Naciones Unidas había entrado en acción; los satélites fueron destruidos por proyectiles autodirigidos... y estalló la guerra.

El Dr. Jones dijo:

—¿Está usted casado, Sr. Munster?

—No, señor —respondió Munster—. Y... —se estremeció— lo comprenderá usted cuando se lo haya contado todo. Verá, Doctor, seré sincero. Fui espía terrestre. Esa era mi tarea. Me escogieron para ello debido a mi bravura en el campo de batalla. No fue por mi gusto.

—Comprendo —dijo el Dr. Jones.

—¿De veras? ¿Sabe usted lo que era necesario en aquellos días para que un terrestre pudiera efectuar un espionaje eficaz entre los Blobels?

El Dr. Jones asintió.

—Sí, Sr. Munster. Tuvo usted que renunciar a su forma humana y asumir la forma de un Blobel.

Munster no dijo nada; se limitó a abrir y cerrar nerviosamente sus puños. Delante de él, el Dr. Jones parpadeó.

Aquella noche, en su pequeño apartamento del WEF-395, Munster abrió una botella de whisky y se sentó a beber de la misma botella, falto de la energía necesaria para alcanzar un vaso de la alacena situada encima del fregadero.

¿Qué había sacado en limpio de su entrevista con el Dr. Jones? Nada, absolutamente nada. Y se había comido buena parte de sus escasos recursos económicos..., escasos debido a que...

Debido a que durante casi doce horas diarias reasumía, a pesar de sus esfuerzos y de la ayuda del Departamento de Hospitalización de Veteranos de las Naciones Unidas, su antigua forma Blobel. Volvía a convertirse en una amorfa masa unicelular, en su propio apartamento del WEF-395.

Sus recursos financieros consistían en una modesta pensión del Departamento de Guerra. Encontrar un empleo resultaba imposible, porque en cuanto le contrataban la emoción provocaba su transformación inmediata, a la vista de su nuevo patrono y de sus compañeros de trabajo.

Esto no le ayudaba a establecer unas afortunadas relaciones laborales.

En aquel momento, a las ocho de la noche, notaba que estaba empezando a transformarse. Era una antigua y familiar experiencia para él, y la detestaba. Se bebió apresuradamente otro trago de whisky, dejó la botella sobre la mesa... y experimentó la sensación de que se convertía en una especie de charco homogéneo.

Sonó el teléfono.

—¡No puedo contestar! —le gritó al aparato.

El relé del aparato recogió su angustiado mensaje y lo transmitió a la persona que llamaba. Ahora, Munster se había transformado en una masa gelatinosa tendida en medio de la alfombra. Onduló hacia el teléfono... el cual seguía sonando a pesar de su advertencia, y Munster se irritó. ¿No tenía ya bastantes preocupaciones, para tener que entendérselas con el teléfono?

Acercándose al aparato, extendió un seudópodo y descolgó el receptor. Con un gran esfuerzo modeló su sustancia plástica a semejanza de un aparato vocal, de opaca resonancia.

—Estoy ocupado —balbució—. Llame más tarde.

«Llame —pensó mientras colgaba— mañana por la mañana. Cuando haya vuelto a asumir mi forma humana».

El apartamento quedó silencioso.

Suspirando, Munster se arrastró a través de la alfombra hasta la ventana, donde se subió a un alto escabel para poder ver el panorama que se extendía más allá. Su superficie exterior estaba provista de una pequeña zona sensible a la luz, y aunque no poseía un verdadero ojo podía apreciar —nostálgicamente— la mancha de la Bahía de San Francisco, el puente Golden Gate, el parque infantil que era la Isla de Alcatraz...

«No puedo pensar en casarme —se dijo a sí mismo amargamente—. No puedo vivir una verdadera existencia humana, reasumiendo todos los días la forma que los mandamases del Departamento de Guerra me obligaron a adoptar...».

Cuando aceptó la misión, ignoraba que produciría en él este efecto permanente. Le habían asegurado que era una cosa provisional, temporal, o algo por el estilo. ¡Provisional! ¡Y hacía *once años* que duraba!

Los problemas psicológicos que le creaba aquella situación, y la presión sobre su mente, eran inmensos. De aquí que decidiera visitar al Dr. Jones.

El teléfono volvió a sonar.

—De acuerdo —dijo Munster en voz alta, y se arrastró trabajosamente hacia el aparato—. ¿Quiere usted hablar conmigo? —siguió diciendo, cada vez más cerca del teléfono; para alguien que tenía forma Blobel, era un viaje muy largo—. Hablaré con usted. Incluso puede conectar el vídeo y *mirarme*. —Una vez ante el teléfono, pulsó el interruptor que permitía la comunicación visual al mismo tiempo que la auditiva—. Míreme bien —dijo. Y se situó delante del tubo transmisor del vídeo.

A través del receptor llegó la voz del Dr. Jones.

—Siento molestarle en su casa, Sr. Munster, especialmente encontrándose en ese... ejem... desagradable estado. —El analista homeostático hizo una pausa—. Pero he estado meditando acerca de su situación, y es posible que tenga una solución parcial.

—¿Qué? —exclamó Munster, cogido por sorpresa—. ¿Quiere usted decir que la ciencia médica puede...?

—No, no —se apresuró a decir el Dr. Jones—. Los aspectos físicos quedan fuera de mi especialidad, Sr. Munster. Cuando usted me consultó acerca de sus problemas, lo que le interesaba era el reajuste psicológico...

—Ahora mismo voy a su oficina y hablaremos —dijo Munster. Y entonces se dio cuenta de que no podía hacerlo; en su forma Blobel, tardaría varios días en llegar a la oficina del analista—. ¡Dr. Jones! —añadió desesperadamente—. Ya ve usted los problemas con que me enfrento. Estoy clavado a este apartamento desde las ocho de la noche hasta las siete de la mañana, día tras día. Ni siquiera puedo visitarle a usted, y consultarle, y obtener ayuda...

—Tranquilícese, Sr. Munster —le interrumpió el Dr. Jones—. Estoy tratando de decirle algo. No es usted el único que se encuentra en esas condiciones. ¿Lo sabía?

—Desde luego —respondió Munster—. Durante la guerra, fueron transformados en Blobels ochenta y tres terrestres. De los ochenta y tres —se sabía los datos de memoria —sobrevivieron sesenta y uno, y en la actualidad existe una Organización llamada «Veteranos de Guerras Artificiales» que agrupa a cincuenta de ellos. Yo mismo soy miembro de esa Organización. Nos reunimos dos veces al mes, nos transformamos juntos... —Empezó a colgar el teléfono. Se había gastado el dinero para que le informaran de algo que había olvidado de puro viejo—. Buenas noches, Doctor —murmuró.

—¡Sr. Munster! —El Dr. Jones parecía estar algo excitado—. No me refiero a otros terrestres. He estado investigando en beneficio suyo, y he descubierto que, de acuerdo con unos informes que fueron capturados al enemigo y que ahora se encuentran en la Biblioteca del Congreso, quince Blobels fueron transformados en seudoterrestres para que actuaran como espías en la Tierra. ¿Comprende usted?

Al cabo de unos instantes, Munster dijo:

—No del todo.

—Tiene usted una reserva mental contra la posibilidad de ser ayudado —dijo el Dr. Jones—. Lo único que quiero es que venga a mi oficina mañana por la mañana, a las once. Nos ocuparemos de la solución a su problema, Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Munster.

Colgó el receptor, intrigado. De modo que había quince Blobels paseando por Titán en aquel momento, condenados a asumir formas humanas... Bueno, ¿cómo podía ayudarle esto a él?

Tal vez lo descubriera a la mañana siguiente, a las once.

Cuando entró en la sala de espera del Dr. Jones vio, sentada en una butaca y leyendo un ejemplar de *Fortune*, a una joven sumamente atractiva.

Maquinalmente, Munster se sentó en un lugar desde el cual podía observarla a placer, mientras fingía leer su propio ejemplar de *Fortune*. Piernas esbeltas, codos pequeños y delicados, ojos inteligentes, nariz ligeramente respingona... Una muchacha realmente encantadora, pensó. La contempló fijamente... hasta que la joven levantó la cabeza y le dirigió una fría mirada.

—Es aburrido tener que esperar —murmuró Munster.

La muchacha dijo:

—¿Viene usted a menudo a ver al Dr. Jones?

—No —admitió Munster—. Esta es la segunda vez.

—Yo no había estado nunca aquí —dijo la muchacha—. Iba a otro psicoanalista electrónico de Los Ángeles, el Dr. Bing. Anoche me llamó por teléfono y me dijo que tomara un avión y me presentara esta mañana en el consultorio del Dr. Jones. ¿Es bueno?

—Supongo que sí —dijo Munster.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y apareció el Dr. Jones.

—Señorita Arrasmith —dijo, inclinando la cabeza hacia la muchacha—. Sr. Munster. —Saludó a George—. ¿Quieren ustedes pasar?

Poniéndose en pie, la Srta. Arrasmith dijo:

—¿Quién paga los veinte dólares?

Pero el analista quedó silencioso. Se había apagado.

—Pagaré yo —dijo la Srta. Arrasmith, echando mano a su bolso.

—No, no —se apresuró a decir Munster—. Permítame.

Sacó una moneda de veinte dólares y la depositó en la ranura del analista.

Inmediatamente, el Dr. Jones dijo:

—Es usted un caballero, Sr. Munster. —Sonriendo, les invitó a entrar en su despacho—. Siéntense, por favor. Srta. Arrasmith, permítame que sin ningún preámbulo le explique al Sr. Munster sus... circunstancias. —se volvió hacia George—. La Srta. Arrasmith es una Blobel.

Munster miró a la muchacha, asombrado.

—Evidentemente —continuó el Dr. Jones—, ahora se encuentra bajo la forma humana. Durante la guerra, actuó detrás de las líneas terrestres como espía del Ejército Blobel. Fue capturada, pero su captura coincidió con el final de la guerra y no fue juzgada.

—Me dejaron en libertad —dijo la Srta. Arrasmith—. Y me quedé aquí por vergüenza. No podía regresar a Titán, y...

Hizo un vago ademán.

—Para un Blobel —explicó el Dr. Jones—, la forma humana resulta vergonzosa.

Asintiendo, la Srta. Arrasmith se llevó un fino pañuelo a los ojos.

—Efectivamente, Doctor. Fui a Titán para consultar a las autoridades médicas acerca de mi estado. Después de un complicado y largo tratamiento,

consiguieron que recobrara mi forma natural durante unas seis horas diarias. Pero, las otras dieciocho horas...

Volvió a llevarse el pañuelo a los ojos.

—¡Es usted muy afortunada! —protestó Munster—. Una forma humana es infinitamente superior a una forma Blobel. Lo sé por experiencia. Un Blobel tiene que arrastrarse por el suelo. Es como un calamar; sin un esqueleto para mantenerse erguido. Realmente...

El Dr. Jones le interrumpió.

—Durante un período de seis horas, sus formas humanas coinciden. Y luego, durante una hora, coinciden sus formas Blobel. De modo que de las veinticuatro horas del día, hay siete en las que sus formas son idénticas. En mi opinión, siete horas son un plazo que no está mal. ¿Comprenden adónde quiero ir a parar?

Al cabo de unos instantes, la Srta. Arrasmith dijo:

—Pero, el Sr. Munster y yo somos enemigos naturales.

—Eso fue hace muchos años —dijo Munster.

—Exacto —asintió el Dr. Jones—. En realidad, la Srta. Arrasmith es básicamente una Blobel, y usted, Munster, es un terrestre. Pero los dos están desplazados en sus respectivas civilizaciones, y ello produce en ustedes una pérdida gradual de ego-identidad. Se exponen a contraer una grave enfermedad mental..., a menos que lleguen a un acuerdo entre ustedes.

El analista se calló.

La Srta. Arrasmith dijo, en voz baja:

—Creo que hemos estado de suerte, Sr. Munster. Tal como dice el Dr. Jones, nuestras formas coinciden durante siete horas al día. Podemos disfrutar de ese tiempo juntos, sin sentirnos ya aislados.

Munster pareció vacilar.

—Dele tiempo para pensarlo —le dijo el Dr. Jones a la Srta. Arrasmith—. Verá cómo acaba aceptando.

II

Varios años después, sonó el teléfono de la oficina del Dr. Jones. Respondió como de costumbre:

—Por favor, dama o caballero, si desea hablar conmigo deposite veinte dólares.

Al otro extremo del hilo, una voz masculina dijo:

—Escuche, ésta es la Oficina Jurídica de las Naciones Unidas y no depositamos veinte dólares para hablar con nadie. De modo que suelte ese mecanismo que lleva dentro, Jones.

—Sí, señor —dijo el Dr. Jones, y con su mano derecha empujó hacia abajo la pequeña palanca situada detrás de su oreja.

—Ahora, escuche —dijo el abogado de las Naciones Unidas—. En el año 2037 aconsejó usted el matrimonio a una pareja formada por un tal George Munster y una tal Vivian Arrasmith, ¿no es cierto?

—Sí —respondió el Dr. Jones, después de consultar sus archivos electrónicos.

—¿Ha investigado usted las consecuencias jurídicas de ese matrimonio?

—No, desde luego que no —dijo el Dr. Jones—. Lo jurídico no es mi especialidad.

—Puede usted ser procesado por aconsejar un acto contrario a las Leyes de las Naciones Unidas.

—No existe ninguna Ley que prohíba el matrimonio de un terrestre y una Blobel.

El abogado de las Naciones Unidas dijo:

—De acuerdo, Doctor, iré a echarles una ojeada a las historias clínicas de sus pacientes.

—¡Imposible! —exclamó el Dr. Jones—. Sería una trasgresión a la ética profesional.

—Entonces, obtendremos una orden de secuestro.

—Como quiera.

El Dr. Jones acercó la mano a su oreja para desconectar su mecanismo auditivo.

—¡Espere! Tal vez le interese saber que los Munster tienen ahora cuatro hijos. Y, de acuerdo con la Ley Mendeliana Revisada, su venida al mundo se produjo por este orden: una niña Blobel, un niño híbrido, una niña híbrida y una niña terrestre. El problema jurídico estriba en que el Consejo Supremo Blobel reclama a la niña Blobel como ciudadana de Titán, y sugiere también que uno de los dos híbridos sea entregado a la jurisdicción del Consejo. —El abogado de las Naciones Unidas explicó—: Verá, el matrimonio de los Munster ha fracasado. Han pedido el divorcio, y es un verdadero problema saber las leyes que deben aplicárseles, a ellos y a su prole.

—Sí —dijo el Dr. Jones—, lo comprendo. ¿Y cuál ha sido la causa del fracaso de su matrimonio?

—No lo sé, ni me importa. Posiblemente, el hecho de que ninguno de los dos era completamente terrestre ni completamente Blobel. ¿Por qué no habla directamente con ellos, si quiere saberlo?

El abogado de las Naciones Unidas colgó.

—¿Acaso cometí un error, aconsejándoles que se casaran? —se preguntó el Dr. Jones—. Tengo que hablar con ellos. Abriendo el listín telefónico de Los Ángeles, su dedo índice comenzó a recorrer los nombres que empezaban con la letra M.

Habían sido seis años difíciles para los Munster.

Después de su boda, George se había trasladado desde San Francisco a Los Ángeles. Vivian y él se habían instalado en un apartamento que tenía tres habitaciones en vez de dos. Vivian, gracias a que tenía forma terrestre durante dieciocho horas del día, pudo obtener un empleo en la Oficina de Información del Aeropuerto de Los Ángeles. George, en cambio...

Su pensión ascendía a la cuarta parte del sueldo de su esposa, y este hecho lastimaba su amor propio. Para aumentar sus ingresos, buscó algún medio de ganar dinero en casa. Finalmente, en una revista encontró este prometedor anuncio:

¡OBTENGA SANEADOS BENEFICIOS EN SU PROPIO HOGAR!

CRÍE RANAS GIGANTES PROCEDENTES DE JÚPITER, CAPACES DE DAR SALTOS DE OCHENTA PIES.

PUEDEN TOMAR PARTE EN LAS CARRERAS DE RANAS, Y...

De modo que en 2028 había comprado su primera pareja de ranas importadas de Júpiter y había empezado un negocio que había de producirle saneados beneficios en su propio hogar. Mejor dicho, en un rincón del sótano que Leopold, el portero parcialmente homeostático, le permitía utilizar gratuitamente.

Pero en la relativamente débil gravedad de la tierra, las ranas de Júpiter daban unos saltos enormes, y el sótano resultó ser demasiado pequeño para ellas; rebotaban de pared en pared como verdes pelotas de ping pong, y no tardaron en morir. Evidentemente, se necesitaba algo más que un rincón del sótano del edificio QEJ-604 para albergar a aquellos condenados bichos.

Luego nació su primer hijo. Un Blobel de pura sangre. Durante las veinticuatro horas del día era una masa gelatinosa, y George esperó en vano que adquiriera forma humana, aunque sólo fuera por un momento.

Habló desabridamente con Vivian del asunto, durante uno de los períodos en que ambos tenían forma humana.

—¿Cómo puedo considerarle hijo mío? —inquirió George—. Es una forma de vida extraña para mí. —Estaba desatentado e incluso horrorizado—. El Dr. Jones debió prever esto. Desde luego, no puede negarse que es hijo tuyo... Es igual que tú.

Los ojos de Vivian se llenaron de lágrimas.

—Lo dices de un modo insultante.

—¡Desde luego! —se puso el abrigo—. Me voy al Cuartel General de los «Veteranos de Guerras Artificiales» —informó a su esposa—. Me tomaré una cerveza con los muchachos.

Poco después entraba en el Cuartel General de los VGA, un antiguo edificio del siglo veinte necesitado de una capa de pintura. Los VGA tenían pocos fondos, ya que la mayor parte de sus miembros eran, como George Munster, pensionistas de las Naciones Unidas. Sin embargo, disponían de una mesa de billar, de un aparato de televisión 3D, muy antiguo, de unas cuantas docenas de discos de música popular y de un tablero de ajedrez. George solía beberse una cerveza y jugar al ajedrez con sus compañeros, en forma humana o en forma Blobel; aquél era el único lugar donde se admitía a las dos formas.

Aquella noche se sentó con Pete Ruggles, un veterano que también estaba casado con una mujer Blobel que reasumía, al igual que Vivian, la forma humana.

—No puedo soportarlo por más tiempo, Pete. He tenido un hijo que es una masa gelatinosa. Toda mi vida he deseado tener un hijo, y ahora... ¡No puedo más!

Sorbiendo su cerveza, Pete —que en aquel momento tenía también forma humana— respondió:

—Es lamentable, George, lo admito. Pero debiste pensar en ello antes de casarte. Y, de acuerdo con la ley Mendeliana Revisada, el próximo niño...

George le interrumpió.

—La raíz del problema es que no respeto a mi propia esposa, eso es todo. Pienso en ella como si fuera una cosa. Y también en mí mismo. Los dos somos cosas.

Se bebió su cerveza de un trago. Pete dijo, pensativamente:

—Pero, desde el punto de vista Blobel...

—Escucha, ¿de qué lado estás tú? —preguntó George.

—¡No me grites! —aulló Pete.

Un momento después estaban enzarzados en una violenta discusión y a punto de llegar a las manos. Afortunadamente, Pete asumió la forma Blobel en aquel preciso instante y la cosa no pasó a mayores. Ahora, George estaba sentado solo, en forma humana, mientras Pete se arrastraba por alguna parte, probablemente para unirse a otros veteranos que habían asumido también la forma Blobel.

«Tal vez podamos encontrar una nueva sociedad en alguna luna remota, pensó George. Ni terrestre ni Blobel».

Decidió que tenía que regresar al lado de Vivian. ¿Qué otra cosa podía hacer? Había estado de suerte al encontrarla. Al fin y al cabo, no era más que un veterano de guerra sin porvenir, sin esperanza, sin una vida real...

Tenía un nuevo plan en marcha para hacer dinero. Había insertado un anuncio en el *Saturday Evening Post:*

¡ATRAIGA LA BUENA SUERTE ADQUIRIENDO UNA CALAMITA MÁGICA!
¡IMPORTADAS DIRECTAMENTE DE OTRO PLANETA!

Las piedras habían llegado de Próxima y procedían de Titán; Vivian había establecido los necesarios contactos comerciales con su pueblo. Pero, hasta ahora, casi nadie había enviado los dos dólares.

«Soy un fracasado», se dijo George a sí mismo.

Afortunadamente, el siguiente hijo, nacido en el invierno de 2039, fue un híbrido. Asumía forma humana durante la mitad del tiempo, de modo que finalmente George tuvo un niño que era —ocasionalmente, al menos— un miembro de su propia especie.

Unos días después del nacimiento de Maurice, una comisión de vecinos del edificio QEJ-604 se presentó en su apartamento.

—En nombre de todos los vecinos —dijo el portavoz de la comisión—, venimos a pedirles que abandonen este edificio.

—¿Por qué? —preguntó Munster, asombrado—. Nadie puede tener queja de nosotros como vecinos...

—Nos hemos enterado de que han tenido ustedes un hijo híbrido. Cuando sea mayor querrá jugar con nuestros hijos y... compréndanlo...

George les cerró la puerta en las narices.

Pero a partir de entonces empezó a rodearles la hostilidad de la gente.

—¡Y pensar que luché en la guerra para salvar a esos tipos! —se dijo amargamente George—. No lo merecían, desde luego...

Una hora más tarde se encontraba en el Cuartel General de los VGA, bebiendo cerveza y hablando con su compañero Sherman Downs, casado también con una Blobel.

—No nos quieren, Sherman. Tendremos que emigrar. Tal vez nos convenga marcharnos a Titán, el mundo de Vivian.

—¡Tonterías! —dijo Sherman—. Te desanimas en seguida. ¿Acaso no está empezando a venderse bien vuestro cinturón adelgazante electromagnético?

Durante los últimos meses, George había estado fabricando y vendiendo un complicado artilugio electrónico reductor de cintura que Vivian le había ayudado a diseñar; estaba basado en un aparato muy popular entre los Blobels, pero desconocido en la Tierra. Y la cosa había salido bien: George tenía más pedidos de los que podía servir.

Librodot

—He pasado por una terrible experiencia —explicó George—. El otro día entré en una tienda a ofrecer el cinturón. Me hicieron un pedido tan importante, que me excité y... —se encogió de hombros—. Ya puedes imaginar lo que sucedió. Me transformé en Blobel, a la vista de un centenar de clientes. Y cuando el dueño vio aquello, canceló su pedido. Si hubiera visto cómo cambió su actitud hacia...

Sherman dijo:

—Emplea a alguien que te los venda. Un terrestre. —Frunciendo el ceño, George replicó:

—Yo soy un terrestre, no lo olvides.

—Lo único que trataba de decir...

—Sé lo que tratabas de decir —le interrumpió George, lanzando un puñetazo hacia Sherman.

Afortunadamente, falló el golpe, y en su excitación, Sherman y él asumieron la forma Blobel. Se arrastraron furiosamente uno contra otro, pero unos veteranos consiguieron separarles.

—Soy tan terrestre como el primero —le dijo George a Sherman irradiando su pensamiento al estilo Blobel—. Y le romperé las narices al que se atreva a sostener lo contrario.

En su forma Blobel era incapaz de regresar a su casa; tuvo que llamar por teléfono a Vivian para que pasara a recogerle. Otra humillación.

Sólo quedaba una solución: el suicidio.

¿Cuál sería el mejor sistema? En forma Blobel era incapaz de sentir dolor; por lo tanto, tendría que aprovechar una de sus transformaciones. Había varias sustancias que podían desintegrarle... por ejemplo, el agua clorada de la piscina del edificio QEJ-604.

Vivian, en la forma humana, le encontró mientras se disponía a entrar en la piscina, a ultima hora de la noche.

—¡Por favor, George! vamos a ver al Dr. Jones.

—No —replicó hoscamente George, formando un aparato casi vocal con una parte de su cuerpo—. Sería inútil, Viv. No quiero continuar.

Incluso los cinturones; habían sido idea de Vivian, más que suya. Iba a remolque de ella en todo. Vivian dijo:

—Piensa en tus hijos...

George Munster pensó en sus hijos.

—Tal vez me deje caer en el Departamento de Guerra de las Naciones Unidas. Hablaré con ellos, por si la ciencia médica ha efectuado algún nuevo descubrimiento que pueda estabilizarme.

—Pero, si te estabilizas como terrestre —dijo Vivian—, ¿qué será de mí?

—Seremos iguales durante *dieciocho horas* al día. Las horas que tú tengas forma humana.

—Entonces no querrás seguir casado conmigo, George, porque podrás hacerlo con una mujer terrestre.

No podía hacerle eso a Vivian, pensó George. Y abandonó la idea.

En la primavera de 2041 nació su tercer hijo; fue una niña y fue híbrida, como Maurice. Era Blobel durante la noche y terrestre durante el día.

Entretanto, George había encontrado una solución a algunos de sus problemas.

Se buscó una amante.

III

La amante era Nina Glaubman, una ex Blobel, esposa de uno de sus compañeros de los VGA.

Su industria de cinturones adelgazantes había prosperado hasta el punto de que ahora tenía quince empleados terrestres y una pequeña y moderna fábrica. Si los impuestos de las Naciones Unidas hubieran sido más razonables, sería un hombre rico. Pensando en ello, George se preguntó qué tal andarían los impuestos en el territorio Blobel, en Io, por ejemplo.

Una noche, en el Cuartel General de los VGA, habló del asunto con Reinholt, el marido de Nina, que parecía ignorar lo que había entre su esposa y George.

—Tengo grandes planes, Reinholt —dijo George mientras apuraba su cerveza—. Esto se está poniendo imposible. Todo lo que gano se lo lleva el Gobierno. Y se me ha ocurrido trasladar la fábrica a otro planeta, ¿comprendes?

Reinholt dijo, fríamente:

—Eres un terrestre, George. Emigrar con tu fábrica a territorio Blobel sería traicionar a tu...

—Escucha —le interrumpió George—. Tengo un hijo Blobel pura sangre, dos hijos medio Blobels y un cuarto en camino. Supongo que eso representa un fuerte lazo emotivo con la gente de Titán y de Io.

—Eres un traidor —replicó Reinholt, dándole un puñetazo en la boca—. Y no sólo por esto —continuó, golpeando a George en el estómago—. Estoy enterado de que sales con mi esposa. ¡Voy a matarte!

Para escapar, George asumió la forma Blobel; los golpes de Reinholt se estrellaron inofensivamente en su cuerpo gelatinoso. Pero Reinholt se transformó a su vez y se lanzó contra él con intenciones asesinas, tratando de absorber el núcleo de George.

Afortunadamente, la intervención de otros veteranos impidió que Reinholt consumara sus propósitos.

Aquella misma noche, todavía tembloroso, George estaba sentado con Vivian en el salón de su nuevo y lujoso apartamento del edificio ZGF-900. Desde luego, Reinholt informaría a Vivian de lo que sucedía. Su matrimonio estaba roto. Este era quizás el último momento que pasaban juntos.

—Vivian —dijo George—, tienes que creerme. Te quiero. Tú y los niños, y el negocio de cinturones naturalmente, sois toda mi vida... —se le ocurrió una idea desesperada—. Vamos a emigrar esta misma noche, ahora mismo. Coge a los niños y vámonos a Titán.

—No puedo ir allí —dijo Vivian—. Sé cómo me trataría mi gente, y cómo os tratarían a ti y a los niños. Márchate tú, George. Traslada la fábrica a Io. Yo me quedaré aquí.

Sus ojos negros se habían llenado de lágrimas.

—¿Qué clase de vida sería ésa? —protestó George—. Tú en la Tierra y yo en lo... ¿Y los niños?

Probablemente, Vivian se quedaría con ellos. Tendría que consultar al asesor jurídico de su firma: tal vez él podría ayudarle a resolver sus problemas domésticos.

A la mañana siguiente, Vivian se enteró de lo de Nina. Y contrató los servicios de un abogado.

—Escuche —le dijo George por teléfono a su asesor jurídico, Hank Ramarau—. Obténgame la custodia del cuarto hijo: será terrestre. De los dos

híbridos, quiero quedarme con Maurice. Kathy puede quedarse con su madre. Naturalmente, Vivian se quedará con el primero de los... bueno, con eso que ella llama su primer hijo.

Colgó el receptor y se volvió hacía el grupo de directivos de su compañía.

—Sigamos con nuestro estudio de las leyes fiscales de lo...

Durante las semanas que siguieron, la idea de un traslado a lo pareció más y más beneficioso desde el punto de vista económico.

—Adelante. Compre terrenos en lo —ordenó George a su agente comercial Tom Hendrick—. Y consígalos baratos. Empezaremos a construir la fábrica inmediatamente.

Cuando Hendrick se hubo marchado, George llamó a su secretaria, la Srta. Nolan.

—No permita que entre nadie en mí oficina hasta que le avise. Noto que va a darme un ataque. La excitación del traslado a lo, seguramente. Y las preocupaciones personales —añadió.

—Sí, Sr. Munster —dijo la Srta. Nolan—. Nadie le molestará.

Podía confiarse en ella para que mantuviera alejados a los visitantes inoportunos, como había estado haciendo durante los últimos días. George vivía en un estado de continua tensión, y sus transformaciones eran más frecuentes que nunca.

Cuando, a última hora de la tarde, George volvió a adquirir su forma humana, la Srta. Nolan le informó de que había llamado un tal Dr. Jones.

—¿Aún sigue funcionando ese Dr. Jones? —dijo George, pensando en los seis años transcurridos desde su primera visita al analista—. Creí que estaría convertido ya en chatarra... Bien, llame al Dr. Jones y avíseme en cuanto obtenga la comunicación.

Poco después, George hablaba con el Dr. Jones.

—Me alegro mucho de oírle, Doctor —dijo Munster.

—Observo que tiene usted ahora una secretaria —dijo el analista homeostático.

—Sí —asintió George—. Ahora soy un hombre de negocios. Bueno, ¿qué puedo hacer por usted?

—Creo que tiene usted cuatro hijos...

—Tres, en realidad; el cuarto está en camino. Escuche, Doctor; ese cuarto hijo es vital para mí; según las Leyes Mandelianas Revisadas, será completamente terrestre, y le juro que haré todo lo que esté a mi alcance para obtener su custodia. —Hizo una breve pausa—. Vivian —supongo que la recuerda— está ahora en Titán, entre su propia gente. Y yo ando en manos de unos médicos que me han prometido estabilizarme. Estoy cansado de esta continua transformación, de día y de noche.

El Dr. Jones dijo:

—Efectivamente, habla usted como un importante hombre de negocios, Sr. Munster. Ha ascendido mucho en la escala social desde la última vez que le vi...

—Vamos al grano, Doctor —dijo George en tono impaciente.

—Yo... ejem... Bueno, pensé que tal vez podría hacer algo para arreglar su situación con Vivian.

—¡Bah! —exclamó George desdeñosamente—. ¿Esa mujer? Ni hablar. Mire, Doctor, lo siento mucho, pero tengo que colgar. He de resolver importantes asuntos de la *Munster Incorporated*, y...

—Sr. Munster —inquirió el Dr. Jones—, ¿hay otra mujer?

—Hay otra Blobel —dijo George—, si le interesa saberlo.

Y colgó el teléfono.

Dos Blobels son preferibles a ninguna, se dijo a sí mismo. Y, ahora, al negocio. Pulsó un botón de su escritorio e inmediatamente la Srta. Nolan se presentó en la oficina.

—Srta. Nolan —dijo George—, búsqueme a Hank Ramarau. Necesito saber...

—El Sr. Ramarau está esperando en la otra línea —dijo la Srta. Nolan—. Me advirtió que era una llamada urgente.

Descolgando el otro receptor, George dijo:

—Hola, Hank. ¿Qué ocurre?

—Acabo de enterarme —dijo el Asesor Jurídico— de que para montar una fábrica en lo tiene usted que ser ciudadano de Titán.

—Bueno, no creo que sea difícil solucionarlo —dijo George.

—Es que... para ser ciudadano de Titán... —Ramarau vaciló—. En fin, tiene usted que ser un Blobel, George.

—Bueno, yo soy un Blobel —replicó George—. Al menos parte del tiempo. ¿No basta con eso?

—Me temo que no —dijo Ramarau—. He efectuado las oportunas averiguaciones, y hay que ser Blobel el ciento por ciento del tiempo. Día y noche.

—*Hummm* —gruñó George—. Mal asunto. Pero, ya pensaremos algo. Mire, Hank, tengo una cita con Eddy Fullbright, mi Coordinador Médico. Le llamaré a usted más tarde. ¿De acuerdo?

Colgó el teléfono y se quedó sentado, frotándose pensativamente la barbilla.

«Bueno decidió finalmente, estaba escrito. Lo que importa son los hechos. Tal vez sea ésta la mejor solución».

Descolgó el teléfono y marcó el número de su médico, Eddy Fullbright.

IV

La moneda de platino de veinte dólares se deslizó por la ranura y puso en funcionamiento el circuito. El Dr. Jones levantó la mirada y vio a una hermosa joven. Un rápido repaso a su fichero mental le permitió reconocer a la Sra. George Munster, la antigua Vivian Arrasmith.

—Buenos días, Vivian —le saludó cordialmente el Dr. Jones—. Pero, tenía entendido que estaba usted en Titán...

Se puso en pie, ofreciendo una silla a su visitante.

Vivian se sentó.

—Doctor, las cosas se han puesto terriblemente mal para mí —explicó—. Mi marido tiene un lío con otra mujer... Lo único que sé de ella es que se llama Nina. En el Cuartel General de los VGA todo el mundo habla de ese asunto. Lo más probable es que sea una terrestre. George y yo hemos planteado una demanda de divorcio, cada uno por su cuenta. Y el problema de la custodia de los niños significará una verdadera batalla legal. —Inclinó modestamente la mirada hacía su abultado vientre—. Estoy esperando otro hijo. El cuarto.

—Lo sé —dijo el Dr. Jones—. Esta vez, un terrestre, si no fallan las Leyes de Mendel... aunque yo creía que sólo se aplicaban a los guisantes.

Mrs. Munster continuó:

—He estado en Titán, consultando a los médicos, ginecólogos y consejeros matrimoniales más famosos. Durante el pasado mes he recibido toda clase de consejos. Ahora he regresado a la Tierra... para encontrarme con que George ha desaparecido. No puedo dar con él.

—Me gustaría poder ayudarla, Vivian —dijo el Dr. Jones—. El otro día hablé brevemente con su marido, pero no pude sacar nada en limpio. Por lo visto, ahora es un importante hombre de negocios y resulta difícil llegar hasta él.

—Y pensar —murmuró Vivian amargamente— que lo ha alcanzado todo gracias a una idea que yo le di... Una idea Blobel.

—Ironías del destino —dijo el Dr. Jones—. Bien, si quiere usted conservar a su marido, Vivian...

—Estoy decidida a conservarle, Dr. Jones. Sinceramente, en Titán me he sometido a tratamiento, el más moderno y el más caro, porque quiero a George mucho más que a mi propia gente y a mi planeta.

—¿Qué tratamiento? —inquirió el Dr. Jones.

—A través de las técnicas más nuevas de la ciencia médica en todo el Sistema Solar —dijo Vivian—, he sido estabilizada. Ahora tengo forma humana durante las veinticuatro horas del día. He renunciado definitivamente a mí forma natural para salvar mi matrimonio con George.

—El sacrificio supremo —dijo el Dr. Jones, impresionado.

—Con tal de que pueda encontrarle...

—Este es un gran día para mí, Hank —murmuró George Munster, ahuecando en forma de aparato vocal parte de la sustancia gelatinosa que componía su cuerpo unicelular.

—Desde luego, Sr. Munster —asintió Ramarau, que estaba en pie junto a George con los documentos legales.

El funcionario de lo, una masa gelatinosa como George, reptó hasta Ramarau, cogió los documentos y articuló:

—Los transmitiré a mi gobierno. Supongo que están en orden, Sr. Ramarau.

—Puedo garantizárselo —dijo Ramarau—. El Sr. Munster no volverá a asumir nunca más la forma humana. Se ha sometido a un tratamiento, beneficiándose de las técnicas más nuevas de la ciencia médica, para alcanzar esta estabilidad en la fase unicelular de su antigua rotación. Ahora es un Blobel completo.

—Este momento histórico —dijo George Munster, irradiando su pensamiento al grupo de Blobels locales que asistían a la ceremonia, significará un nivel de vida más elevado para los ciudadanos de lo, que encontrarán empleo en la nueva fábrica. Aparte de la prosperidad que traerá a esta región, la nueva fábrica será un motivo de orgullo nacional, por cuanto el Cinturón Reductor Electromagnético Munster tuvo su origen en una idea Blobel.

El grupo de Blobels irradió sus congratulaciones.

—Este es el mejor día de mi vida —añadió George Munster, y empezó a reptar lentamente hacia su automóvil, donde le esperaba su chofer para conducirle a las habitaciones que tenía alquiladas en el *Io City Hotel*.

Algún día sería dueño de aquel Hotel. Estaba invirtiendo los beneficios de su negocio en fincas. Según le habían informado otros Blobels, era un modo patriótico y provechoso de invertir el dinero.

George Munster se escurrió rampa arriba y entró en su automóvil fabricado en Titán.

FIN

NOTAS

Todas las notas en *cursiva* son de Philip K. Dick. El año en que la nota fue escrita aparece a continuación de ésta entre paréntesis. La mayoría de las notas fueron escritas para las colecciones *«The Best of Philip K. Dick»* (publicada en 1977) y *«The Golden Man»* (aparecida en 1980). Algunas fueron escritas a petición de los editores que publicaban o reimprimían sus relatos en libros o revistas.

Cuando hay una fecha a continuación del título del relato, se trata de la fecha en que el agente de Dick recibió el manuscrito, de acuerdo con los archivos de la *Scott Meredith Literary Agency*. La falta de fecha significa que no existen datos al respecto. El nombre de una revista seguido de un mes y de un año indica la fecha de publicación del relato. Un título entre paréntesis y entrecomillado corresponde al título original del relato, tal como consta en los archivos de la agencia.

Estos cinco volúmenes reúnen todos los relatos cortos de Philip K. Dick, con excepción de las novelas cortas integradas en otras novelas o publicadas como tales, los escritos de juventud y obras inéditas de las que no se han encontrado manuscritos. Se ha procurado respetar en lo posible el orden cronológico en que se escribieron los relatos; la investigación tendiente a recomponer esta cronología fue obra de *Gregg Rickman* y *Paul Williams.*

AUTOMACIÓN, *(Autofac).* 11/10/54. *Galaxy,* Noviembre, 1955.

Tom Disch dijo que esta historia es una de las primeras advertencias ecológicas en la CF. Lo que tenía en mente al escribirla, sin embargo, era el pensamiento de que si las fábricas se tornaran totalmente automáticas, podrían empezar a mostrar el instinto de supervivencia que las entidades orgánicas tienen... y tal vez desarrollar soluciones similares. (1976)

SERVICIO DE REPARACIONES, *(Service Call).* 11/10/54. *Science Fiction Stories,* Julio, 1955.

Cuando esta historia apareció, muchos fans la rechazaron por la actitud negativa que expresaba en ella. Pero yo ya estaba comenzando a suponer en mi cabeza la creciente dominación de las máquinas sobre el hombre, especialmente las máquinas con las que nos rodeamos voluntariamente, las que deberían ser, lógicamente, las más inofensivas. Yo nunca asumí que algún gran y ruidoso monstruo pudiera transitar por la Quinta Avenida, devorando Nueva York; yo siempre temí que mi propia televisión o mi tostadora pudiera, en la privacidad de mi apartamento, cuando nadie estaba cerca para ayudarme, anunciarme que ellos habían tomado todo, y que aquí tenían una lista de reglas a las que tendría que obedecer. Nunca me gustó la idea de hacer lo que una máquina quisiera. Odio saludar a algo construido en una fábrica. (¿Supones que todas esas cintas de la Casa Blanca salieron

Librodot

de la parte posterior de la cabeza del Presidente? ¿Y lo programaron para que supiera qué decir y hacer?) (1976)

EL CLIENTE PERFECTO, *(Captive Market).* 18/10/54. *If*, Abril 1955.

EL MODELO DE YANCY, *(The Mold of Yancy).* 18/10/54. *If,* Agosto 1955.
Obviamente, Yancy está basado en el Presidente Eisenhower. Durante su mandato todos estábamos preocupados por el problema del hombre-del-traje-gris-de-franela; temíamos que el país entero se convirtiera en una sola persona y un montón de clones (a pesar de que la palabra clon era desconocida para nosotros). Esta historia me gustó lo suficiente para usarla como base para mi novela LA PENÚLTIMA VERDAD; particularmente la parte en donde el Gobierno te dice que todo es una mentira. Todavía me gusta esa parte; quiero decir, todavía creo que es así. El caso Watergate, por supuesto, llevaba la idea básica para esta historia. (1978)

EL INFORME DE LA MINORÍA, *(The Minority Report).* 22/12/54. *Fantastic Universe,* Enero 1956.

MECANISMO DE RECUPERACIÓN, *(Recall Mechanism)*. *If,* Julio 1959.

LA M NO RECONSTRUIDA, *(The Unreconstructed M).* 02/06/55. *Science Fiction Stories,* Enero 1957.
Si el tema central a través de toda mi obra es, «¿podemos considerar el universo real, y si es así, de qué manera?» mi tema secundario podría ser, «¿somos todos humanos?». Aquí una máquina no imita a un ser humano, sino en cambio imita evidencias de un ser humano, un ser humano dado. Imitación es un tópico que me fascina absolutamente; estoy convencido de que cualquier cosa puede ser imitada, o de alguna manera la evidencia señalada por cualquier cosa dada. Evidencias falsas pueden llevarnos a creer cualquier cosa que ellos quieran que creamos. No hay realmente un límite teatral superior para esto. Una vez que has abierto la puerta para la recepción de la noción de imitación, estas listo para imaginarte, enteramente, en otra clase de realidad. Es un viaje del cual nunca regresas. Y pienso, un viaje saludable... a menos que lo tomes muy seriamente. (1978)

NOSOTROS LOS EXPLORADORES, *(Explorers We).* 06/05/58. *Fantasy & Science Fiction,* Enero 1959.

JUEGO DE GUERRA, *(War Game).* 31/10/58. *Galaxy,* Diciembre 1959.

SI NO EXISTIERA BENNY CEMOLI..., *(If There Were no Benny Cemoli)*. 27/02/63. *Galaxy,* Diciembre 1963.
Siempre he creído que al menos la mitad de la gente famosa en la historia no ha existido nunca. Te inventas lo que necesitas inventar. Tal vez incluso Karl Marx fue inventado, el producto de un escritorzuelo. En tal caso... (1976)

ACTO DE NOVEDADES, *(Novelty Act)*. 23/03/63. *Fantastic,* Febrero 1964. [Incluido en la novela de PKD: THE SIMULACRA.]

LA ARAÑA ACUÁTICA, *(Waterspider)*. 10/04/63. *If,* Enero 1964.

LO QUE DICEN LOS MUERTOS, *(What the Dead Men Say)*. 15/04/63. *Worlds of Tomorrow, June* 1964.

ORFEO CON PIES DE ARCILLA, (*Orpheus with Clay Feet).* 16/04/63. [publicado en *Escapade* alrededor del año 1964 bajo el seudónimo de Jack Dowland].

LOS DÍAS DE PRECIOSA PAT, (*The Days of Perky Pat)*. 18/04/63*. Amazing,* Diciembre 1963.

The Days of Perky Pat *vino a mí en un flash cuando estaba mirando a mis hijas jugando con muñecas Barbie. Obviamente estas muñecas anatómicamente superdesarrolladas no estaban destinadas al uso de niños, o, más precisamente, no debería haberlo sido. Barbie y Ken consisten en dos adultos en miniatura. La idea era de que la compra de innumerables nuevas prendas de vestir para estos muñecos era necesaria si Barbie y Ken iban a vivir en el estilo en el que acostumbraban. Tuve visiones de Barbie viniendo a mi dormitorio en la noche y decirme, «Necesito mi tapado de visón». O, incluso peor, «Hey, muchachote... ¿Quieres dar un paseo a Las Vegas en mi Jaguar XKE?». Estaba asustado de que mi mujer nos encontrara a mí y Barbie juntos y nos disparara.*

La venta de The Days of Perky Pat *a* Amazing *fue una buena, porque en esos días Cele Goldsmith editaba* Amazing *y ella era una de las mejores editoras en el campo. Avram Davidson en* Fantasy & Science Fiction *lo había rechazado, pero más tarde me dijo que si hubiera sabido de las muñecas Barbie lo hubiera comprado. No puedo imaginar a nadie que no conociera a Barbie. Tuve que tratar con ella y sus costosas compras constantemente. Era tan malo como mantener mi televisor funcionando; la TV siempre necesitaba algo y así también Barbie. Siempre sentí que Ken tenía que comprar sus propias ropas.*

En esos tempranos días —principio de los sesenta— lo que yo escribí fue bastante bueno, y algunas de mis mejores cuentos y novelas manaron de ese periodo. Mi mujer no me dejaba trabajar en la casa, entonces alquilé una pequeña casucha por $25 al mes y me iba ahí caminando todas las mañanas. Eso era en las afueras en el campo. Todo lo que veía en mi caminata hasta la casucha eran unas pocas vacas pastando y mi propio rebaño de ovejas que nunca hacían otra cosa que no fuera caminar detrás de la oveja de la campana. Estaba terriblemente solo, silenciado por mí mismo en mi casucha todo el día. Tal vez extrañé a Barbie, que estaba atrás en mi casa grande con los niños. Entonces, tal vez, The Days of Perky Pat *es una fantasía deseosa de mi parte; yo hubiera amado ver a Barbie —o Perky Pat o Connie Companion— asomarse por la puerta de mi casucha.*

Lo que sí se asomó fue algo horrible: mi visión de la cara de Palmer Eldritch que se convertiría en la base de la novela LOS TRES ESTIGMAS DE PALMER ELDRITCH *que generó la historia de Perky Pat.*

Ahí fui, un día, caminando el camino del campo hasta mi casucha, deseando mis ocho horas de escritura, en total soledad; miré hacia el cielo y vi una cara. No la vi realmente, pero la cara estaba ahí, y no era una cara humana; era un vasto semblante de la perfecta maldad. Y ahora me doy cuenta (y pienso que lo noté débilmente en el momento) qué me causó verlo:

los meses de soledad, la privación de contacto humano, de hecho privación sensorial como aquella... de todas formas el semblante no podía ser negado. Era inmenso; llenaba un cuarto del cielo. Tenía rendijas vacías por ojos, era metálico y cruel y, peor que todo, era Dios.

Conduje hasta mi Iglesia, Saint Columbia's Episcopal Church, y hablé con mi sacerdote. Él llegó a la conclusión de que yo había tenido un vislumbre de Satán y me dio unción, no la suprema unción; solo unción curativa. Pero no hizo ningún bien; la cara metálica permaneció en el cielo. Yo tenía que caminar todos los días mientras eso miraba hacia mí.

Años mas tarde —desde que ya hacía tiempo que había escrito LOS TRES ESTIGMAS DE PALMER ELDRITCH *y lo vendí a* Doubleday*, mi primer venta a* Doubleday*— encontré una fotografía de la cara en un número de la revista* Life*. Era, simplemente, una cúpula de la Primer Guerra Mundial en el Marme, construida por los franceses. Mi padre había luchado en la Segunda Batalla de el Marme; él había estado con el «Fifth Marines», uno de los primeros grupos de soldados americanos que fueron a Europa y pelearon en esa espantosa guerra. Cuando era un niño muy pequeño él me había enseñado su uniforme y su máscara de gas, el equipo completo de filtración de gas, y me contó cómo los soldados se aterrorizaron durante los ataques de gas mientras el carbón en sus sistemas de filtración se saturaba, y cómo a veces un soldado atemorizado se sacaba la máscara y corría. Siendo niño sentía un montón de ansiedad escuchando las historias de guerra de mi padre, mirando y jugando con su máscara de gas y su casco; pero lo que más me asustaba era cuando mi padre se ponía su máscara de gas. Entonces, su cara desaparecía. Ya no era mi padre. Ese no era un ser humano para nada. Yo tenía solo cuatro años. Después de eso mi madre y mi padre se divorciaron y no vi más a mi padre por años. Pero la visión de él con su máscara de gas, combinándolo como hacía con sus hombres con sus entrañas colgando fuera de ellos, hombres destrozados por las metrallas, décadas más tarde, en 1963, mientras caminaba día tras día por aquel camino del campo sin nadie a quien hablar, nadie con quien estar; ese metálico, ciego, inhumano semblante apareció ante mí otra vez, pero esta vez trascendente y vasto, y absolutamente malvado.*

Decidí exorcizarlo escribiendo acerca de él, y escribí acerca de él, y se fue. Pero he visto al ser malvado por mí mismo, y lo dije entonces y lo digo ahora, «El ser malvado lleva una cara metálica». Si quieres verlo por ti mismo, mira las fotos de las máscaras griegas de guerra. Cuando los hombres quisieron inspirar terror y matar, se ponían esas caras metálicas. Los caballeros cristianos invasores con los que Alexander Nevsky luchó, usaban máscaras similares; si ves películas de Eisenstein sabrás de qué estoy hablando. Todos se parecían. No había visto Nevsky cuando escribí LOS TRES ESTIGMAS*, pero la vi más tarde y vi nuevamente la cosa que colgaba en el cielo allá por 1963, la cosa en la que se había transformado mi padre cuando yo era un niño.*

Entonces LOS TRES ESTIGMAS *es una novela que salió de los poderosos miedos atávicos en mí, miedos que se remontan a mi niñez que sin duda se conectan con mi dolor y mi soledad cuando mi padre nos dejó a mi madre y a mí. En la novela mi padre aparece tanto como Palmer Eldritch (el padre malvado, el diabólico padre-máscara) y Leo Bulero, el tierno, brusco, cálido, humano, amoroso hombre. La novela que emergió salió de la más intensa angustia posible; en 1963 yo estaba reviviendo la desolación original que*

había experimentado cuando perdí a mi padre, y el horror y el miedo expresado en la novela no son sentimientos artificiales nacidos para interesarle al lector; ellos venían de la parte más profunda de mí: anhelo por el buen padre y miedo por el mal padre, el padre que me dejó.

Encontré en el cuento The Days of Perky Pat *un medio que podía traducir en la temática básica para la novela que quería escribir. Ahora, bien, Perky Pat es el eternamente atractivo leal,* das ewige Weiblichkeit *«el femenino eterno» como Goethe lo describió. La desolación generó la novela y el anhelo generó el cuento; entonces la novela es una mezcla entre el miedo a ser abandonado y la fantasía de la hermosa mujer que te espera, en algún lugar, pero Dios sabe dónde; todavía tengo que resolver eso. Pero si tú eres de esos que se pasan día tras día sentado frente a una máquina de escribir, sacando un cuento tras otro y sin tener a nadie con quien hablar, nadie con quien estar y encima teniendo de manera meramente formal a una mujer y cuatro hijas de cuyo hogar has sido expulsado, desterrado a una pequeña casucha de una habitación que está tan fría en invierno que la tinta, literalmente, se congela en la cinta de la máquina de escribir, bueno, vas a escribir acerca de caras de hierro con rendijas por ojos y cálidas mujeres jóvenes. Y así hice. Y todavía lo sigo haciendo.*

La reacción a LOS TRES ESTIGMAS *fue variada. En Inglaterra algunos críticos la consideraron una blasfemia. Terry Carr, quien era mi agente en* Scott Meredith *en ese entonces, me dijo más tarde, «esa novela es loca» a pesar de que subsecuentemente él se había reservado su opinión. Algunos críticos la encontraron una novela profunda. Yo solo la encontré aterradora. Era incapaz de corregir la galerada por lo mucho que me aterraba la novela. Es un viaje oscuro a la mística y a lo sobrenatural, y a lo absolutamente malvado como yo lo entendía en ese entonces. Déjenme decir, me gustaría que Perky Pat se acercara a mi puerta, pero me aterra la posibilidad de que, cuando oiga el golpe en la puerta, sea Palmer Eldritch esperando fuera y no Perky Pat. Realmente, para ser honesto, ninguno se dejó ver en diecisiete o tantos años desde que escribí la novela. Supongo que es la historia de la vida: lo que más te aterra nunca aparece, pero lo que más anhelas es que nunca pase. Esa es la diferencia entre la vida y la ficción. Supongo que es una buena compensación. Pero no estoy seguro.* (1979)

CARGO DE SUPLENTE MÁXIMO, *(Top Stand-By Job).* 18/04/63. *Amazing,* Octubre, 1963.

QUE HAREMOS CON RAGLAND PARK, *(What'll We Do with Ragland Park?).* 29/04/63. *Amazing,* Noviembre, 1963.

¡OH, SER UN BOBEL!, *(Oh, To Be a Blobel!).* 06/05/63. *Galaxy,* Febrero, 1964.

En el comienzo de mi carrera como escritor, en los principios de los cincuenta, Galaxy *era mi soporte económico. Horace Gold de* Galaxy *gustaba de mi escritura mientras que John W Campbell Jr. de* Astounding *consideraba mi escritura no sólo despreciable sino, como él lo decía, «chiflada». Asimismo me gustaba leer* Galaxy *porque tenía la más amplia gama de ideas, aventurándose en las ciencias suaves como la sociología y la psicología, al tiempo que Campbell (¡como el me escribió una vez!)*

consideraba a los psiónicos una premisa necesaria para la ciencia ficción. Además, Campbell dijo, el personaje psiónico en el cuento tenía que estar a cargo de lo que iba transcurriendo. Por lo tanto Galaxy *me propinó una latitud que* Astounding *no hizo. De todas maneras, yo me iba a meter en una horrible discusión con Horace Gold; él tenía el hábito de cambiar tus historias sin decírtelo: agregando escenas, agregando personajes, removiendo finales deprimentes a favor de otros alegres. Muchos escritores resintieron esto. Yo hice más que resentirlo; a pesar del hecho de que* Galaxy *era mi medio principal de ingresos, dije a Gold que no le vendería más mis historias a menos que dejara de alterarlas, después de lo cual no compró más nada de mí.*

No fue, entonces, hasta que Fred Pohl se convirtiera en el editor de Galaxy *que yo comenzara a aparecer por allí otra vez.* Oh, To Be A Blobel! *es un cuento que Fred Pohl compró. En este cuento mi enorme sesgo antiguerra es evidente, un sesgo que, irónicamente, hubiera complacido a Gold. No estaba hablando de la Guerra de Vietnam sino de la guerra en general; particularmente en cómo una guerra te fuerza a convertirte en algo como tu enemigo. Hitler dijo una vez que la victoria real de los nazis sería forzar a sus enemigos, los Estados Unidos en particular, a ser como el Tercer Reich —socialismo totalitario— para ganar. Hitler, entonces, esperaba ganar incluso perdiendo.*

Mientras observaba como los complejos industriales-militares americanos crecían después de la Segunda Guerra Mundial yo continuaba recordando el análisis de Hitler. Y sigo pesando cuán en lo cierto estaba ese hijo de puta. Habíamos vencido a Alemania, pero tanto los Estados Unidos como la URSS se hacían más y más como los nazis cada día con sus grandes sistemas policiales. Bueno, creo que había cierto humor irónico en esto (pero no mucho). Tal vez podría escribir sobre eso sin entrar muy profundamente en polémicas. Pero el tema presentado en este cuento es real. Mira en lo que nos hemos convertido en Vietnam solo para perder, déjalo solo para ganar; ¿Puedes imaginar en qué tendríamos que habernos convertido para ganar? Hitler podría reírse mucho sobre esto, y las risas serían sobre nosotros. Y esas serían risas huecas y nefastas, sin humor de ningún tipo. (1979)

Aquí establecí la suprema ironía sin sentido de la guerra; los humanos convirtiéndose en un Blobel, y los Blobel, sus enemigos, convirtiéndose en humanos, y ahí está todo, la futilidad, el humor negro, la estupidez. Y en el cuento todos ellos terminan felices. (1979)